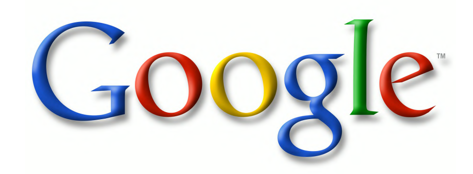
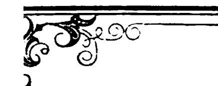






HISTORIA GENERAL

DE

ANDALUCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870.

POR

JOAQUIN GUICHOT.



TOMO I.

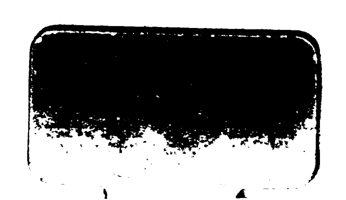
E. PERIÉ.
SEVILLA.
Libreria de los Hijos de Fé.

F. PERIÉ.
MADRID.
S. Andrés núm. 1 duplicado 3.º

1869.











HISTORIA GENERAL

DE

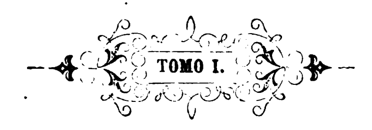
ANDALUCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870.

POR

JOAQUIN GUICHOT.



TOMO I.

E. PERIÉ.
SEVILLA.
Libreria de los Hijos de Fé.

F. PERIÉ.
MADRID.
S. Andrés núm. 1 duplicado 3.º

1869.







HISTORIA
GENERAL
DE ANDALUCÍA.

I.

SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y Sierpes 21.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

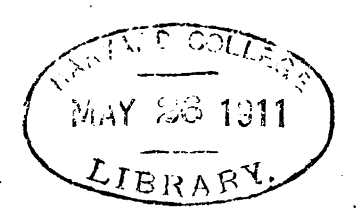
TOMO I.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 25.

F. PERIÉ,
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1869.


HARVARD COLLEGE
MAY 26 1911
LIBRARY.

INTRODUCCION.

I.

La admirable y profunda evolucion que ante nuestra vista viene efectuándose en el órden social, en el político y en el religioso, no es, ni puede ser, un movimiento aislado, ni producto de la casualidad, sino que ha nacido necesariamente y como indeclinable consecuencia de otro movimiento, de otra evolucion que se ha verificado antes en las ideas. La evolucion filosófica precede siempre á la evolucion social. El movimiento se efectua en las ciencias, antes de que en las masas y en las naciones se traduzca por hechos: sin tener conocimiento esacto del estado intelec-

tual y moral de un pueblo, al propio tiempo que del material, en vano procuraríamos comprender la causa de sus sacudimientos y esplicar el objeto de sus aspiraciones.

Si este aserto necesitase para algunos de demostracion, á poco trabajo la encontramos, sin salir de la historia contemporánea, con acudir á la revolucion francesa de 1789, suceso que tan importante fué en la historia de Europa, y cuyas consecuencias no han llegado todavía á su último desarrollo.

Grandemente se equivocaria el que creyese que aquella revolucion profunda fué hija del acaso, ó que estalló por causas políticas que produjeran el descontento popular... No: en vano luchará por comprender aquel cataclismo el que no aprenda el estado del pueblo, y del trono, y de la nobleza en Francia durante un siglo, ó mas atrás de aquella época; el que no abarque con su mirada la dilapidacion monárquica, tan pródiga de la sangre y de los tesoros del pueblo, y el empobrecimiento de las clases productoras por consecuencia de aquellas prodigalidades y del sistema anti-económico que sobre todos pesaba, abrumándolos á todos; el que no observe como se formó la revolucion en las obras de los filósofos que prepararon el remedio de aquellos males con la destruccion de las cau-

sas que los producian, y con la ruina de las instituciones que eran el sosten de aquellas causas.

Del conocimiento de tales antecedentes se puede presumir cuales habrian de ser las consecuencias. Lo que la filosofía fijaba en principios, habia de ser proclamado y establecido en sistema al término de la lucha..... Despues del combate, la victoria; tras de la victoria, la conquista de los derechos que han servido de bandera.

Esto fué entonces. Mas como la humanidad camina siempre hácia la perfeccion, y las conquistas jamás han sido ni serán completas en ningun terreno, tanto en el físico y material como en el moral y político, el espíritu humano continúa incansable en el ejercicio de su prodijiosa actividad. El movimiento intelectual y filosófico prosiguió sus adelantos en Alemania, rodeado de asechanzas, en medio de la opresion y de la tiranía, pero dando muestras á pesar de ella, de asombrosa profundidad y de grande espíritu de propaganda, que á un tiempo estendía sus doctrinas por la Francia, la Inglaterra, Italia y España, preparando el advenimiento de nuevas conquistas por medio de teorías nuevas. Para comprender los sacudimientos actuales, los deseos de libertades políticas y religiosas, las

aspiraciones socialistas y hasta los delirios del comunismo que conmueven, perturban y derrocan á los gobiernos nacidos del sistema doctrinario, se hace indispensable comenzar el estudio por el de las ramificaciones de la revolucion francesa, por el desarrollo de las ideas filosóficas hasta llegar á las últimas exageraciones; conociendo lo que los pueblos europeos saben, lo que sufren, lo que creen y lo que desean.

Esta verdad inconcusa, que es la base mas sólida de la filosofía de la historia, se siente, y hasta se toca, por decirlo así, en esas épocas de transformacion por las que pasan periódicamente las naciones como los individuos. Y de aquí la vehemente aficion á estudios sérios, el anhelo de lecturas históricas que el pueblo español siente hoy, con mayor intensidad que otras veces. Y es que, sin darnos cuenta de ello, aspiramos todos á comprender las causas y antecedentes del malestar que nos aqueja; queremos conocer las premisas para adivinar las consecuencias, y alcanzar un rayo de luz que nos permita vislumbrar el fin probable de nuestro largo y trabajoso período revolucionario.

El pueblo español, harto mas ignorante de lo que seria de desear, muestra hoy señalada prediIeccion por los estudios históricos; y á la

verdad, que ya era tiempo. Nuestra raza meridional y ardiente, es mas dada á lo maravilloso y poético que á lo grave; tal vez está mejor dotada de imajinacion que de entendimiento; es de mas facilidad en la concepcion que profunda en las reflecciones; de aquí el que España abunde mas en poetas que en filósofos é historiadores; que los españoles hayan sobresalido en la ficcion, y no tanto en las ciencias; que estudiemos poco, aunque deseemos aprender mucho. Si el pueblo español desea aprender historia necesita libros escritos espresamente para él.

Pero si este es un mal grave, hay otro que es mucho mayor. La historia de España no está escrita. Tenemos algunos de esos que Hegel llamó historiadores primitivos ó contemporáneos; escritores que narraban lo que veian, que vivian en los sucesos, tomando en ellos parte activa; testigos presenciales que consignaban en sus crónicas sus sensaciones, y cuya comunicacion es de grande aprovechamiento, por el conocimiento que suministran de las diversas épocas.

Tenemos tambien la historia refleccionada ó erudita, la historia académica que estudia, reune y colecciona los hechos por órden de fechas; historia escrita por el sábio en su gabinete á vista de los monumentos primiti-

vos, en la que el historiador juzga con el criterio propio y con las leyes de su época á las edades que pasaron, y en la que por lo tanto se deducen á veces consecuencias equivocadas y erróneas de premisas ciertas. Sin embargo, muchas veces tampoco pueden narrarse los hechos con fidelidad; faltan los datos para la apreciacion, porque gran porcion de la historia de España duerme todavia en los archivos generales y particulares, y en las Bibliotecas públicas ó de corporaciones civiles, militares y eclesiásticas. A esto nos referíamos al afirmar que nuestra historia no está escrita. En nuestro sentir no lo está, ni puede serlo por el trabajo de un solo hombre.

Los escritores eruditos de España comprendiéndolos á todos desde el Sábio Rey D. Alonso, hásta D. Antonio Cabanilles, deben ser leidos con desconfianza por lo que falta en sus obras. Mucho hicieron, y dignos son de grande alabanza, especialmente D. Alfonso, Ambrosio de Morales y el P. Mariana por haber reducido á cuerpo proporcionado y metódico lo que en crónicas, canciones de gesta, memorias y escrituras estaba diseminado; pero el trabajo de los obreros posteriores ha hecho conocer que aquellos no fueron perfectos, que falta mucho todavía para comprender en toda su estension los sucesos, pa-

ra poder darles su verdadero carácter en una historia general.

No basta para el conocimiento de las edades pasadas el estudio detenido de los cronicones contemporáneos ó primitivos. Esa es una parte, pero no es el todo. El desarrollo y adelanto de las ciencias económicas y sociales exije hoy que á la historia política y exterior de cada pueblo vaya unida la de su vida interior, la de su particular manera de ser; queremos abarcar en una ojeada la existencia de la nacion con la de la familia y el indivíduo. La vida privada de los pueblos no está en las crónicas. Se encuentra mucho mejor en los documentos que por tantos siglos descuidados duermen en los archivos municipales y notariales. Las contratas sobre abastecimientos, los privilegios, los documentos que consignan transacciones entre particulares, son datos preciosísimos que importa conocer y estudiar.

Y esta labor, repetimos, no está hecha, ni puede ser el trabajo de un solo indivíduo. Nuestra cultura en las diferentes épocas que abraza el desarrollo de la civilizacion española, ha sido muy vária; han sido múltiples las causas que han venido á impulsarlas, á detenerlas, y á hacerlas cambiar de rumbo, y por eso creemos que las monografías his-

tóricas, políticas, literarias, científicas, artísticas, y todas cuantas puedan imaginarse, habrán de preceder al trabajo de escribir la historia general filosófica de la nacion española.

La historia escrita bajo la forma y con el criterio que Hegel señalaba á la que coloca en la tercera categoría, es la verdadera ciencia, la que nos demuestra los pasos de cada pueblo en la senda de su perfeccionamiento, enseñándonos su cultura absoluta y su cultura en relacion con los demás pueblos y con la humanidad entera. En ella podremos examinar las partículas, los átomos que se van reuniendo para constituir un todo; las evoluciones de ese todo como sujeto social, sus adelantos en la marcha histórica, su influencia en los adelantamientos de otros entes sociales, de otras naciones, con las que los azares del camino las pone en contacto, y en una palabra, la importancia del trabajo que cada colectividad trae al adelanto, al perfeccionamiento comun del ser humano.

No quisiéramos apartarnos del objeto de esta introducion, pero tal manifestacion de la filosofía histórica pide alguna esplicacion y ciertas aclaraciones; con tanto mayor fundamento, cuanto que entre nosotros es por desgracia muy poco conocida.

Para el filósofo la historia no es mas que la demostracion por medio de los hechos de que la razon rije los destinos humanos, cuál sea esta razon, es discutible entre las escuelas y sistemas; pero el estudio demuestra que los cuerpos sociales y la humanidad en jeneral estan en contínua ajitacion, en perpétua marcha, y preciso es investigar la razon de este movimiento. El filósofo aspira á demostrar que esos movimientos, esas ajitaciones, esos cambios marcan un adelanto progresivo hacia el perfeccionamiento, y admira siempre á la inteligencia que dirige en su marcha á la humanidad. Esta consideracion del espíritu, es el objetivo. El sujetivo comprende el desenvolvimiento de la vida, de la actividad. El primero es la libertad; el segundo la accion; aquella la idea, esta la forma. La historia filosófica debe abrazarlas á ambas. Pero la historia escrita así, es una profunda elucubracion científica, y sus condiciones nos llevarian muy léjos de nuestro intento. Démonos ahora por satisfechos con la enunciacion, para venir á comprender que esta historia no es posible todavia entre nosotros, y que los escritores deben limitarse á ir preparando el advenimiento del gran dia en que pueda escribirse. Faltan para este trabajo los datos, los precedentes necesarios; fal-

tarian tambien los lectores; que no está preparada la inteligencia de nuestro pueblo á recibir esa instruccion compleja, sintética, que abarca en sí tantas y tan profundas variedades.

Si cada rejion, cada provincia, cada pueblo de España se dispusiera á coleccionar y dar á luz los primitivos monumentos de su historia; si la arqueolojía por una parte y por otra la geolojía se esforzáran en presentar los descubrimientos que revelan los diversos grados de civilizacion de nuestras comarcas, se iria allanando el camino y podríamos vislumbrar el dia en que la historia filosófica de España pudiera escribirse y leerse con aprovechamiento.

Mucho tiempo hace que en la sagaz Inglaterra se ha comprendido esta verdad, y dado la importancia debida á los trabajos parciales. Profundos y famosos escritores han consagrado allí sus estudios á la historia de los diversos Condados, para poder presentar en cada uno el progreso de todo linaje de investigaciones sin prescindir de lo mas minucioso, sin dejar á un lado nada de cuanto puede ayudar á que se forme idea completa de cada uno de ellos.

Dicho se está, por lo tanto, cuán oportuna consideramos en las actuales circunstan-

cias la formacion de la Historia General de Andalucía. Viene á tiempo; nace porque ha debido nacer. Satisfará á la vez esa necesidad de estudios sérios que la generalidad de los españoles sienten en estos momentos en que la lucha se renueva, en que las aspiraciones no están bien definidas; al derrocarse gran porcion de lo que en nuestro edificio restaba de tradicional, con el deseo de levantar algo mas armonioso y en terreno mas científico, preparará el camino á otros trabajos análogos y allegará los materiales para la historia filosófica de la nacion española.

II.

Viniendo á lo particular de la historia, habremos de reconocer que el autor como práctico y sabedor de la época en que escribe y del pueblo á que destina su libro, no ha pensado en hacer una crónica, una desnuda narracion de hechos mas ó menos averiguados, ni tampoco ha tenido el intento de escribir la historia filosófica.

La historia de Andalucía es de la segunda categoría Hegeliana, historia reflecciónada, erudita, crítica hasta cierto punto... y nada

mas. La eleccion es acertada. En la primera parte de esta Introduccion hemos indicado que nuestro pueblo español no tiene generalmente el grado de instruccion necesario para emprender cierto género de estudios; que es preciso darle la ciencia en forma tal que pueda serle agradable, porque la entienda fácilmente. Mucho es que se comience á estudiar, y el escritor tiene la noble mision de fomentar, de estender esa aficion, plegándose al desarrollo intelectual de los lectores para quienes escriba. Importa saber mucho; pero importa tambien saber lo que se debe decir y lo que no puede decirse.

Qui ne sut se borner, ne sut jamais ecrire.

Además la historia erudita no carece de ventajas. Cuando la narracion, encerrada dentro de los rigorosos límites de la verdad, se hace con galanura, con claridad, con brio y rapidez, el interés que despiertan los sucesos hace agradable la lectura; el ánimo se embelesa, y el lector sigue ansioso el curso de los sucesos históricos, tomando parte en ellos, por decirlo así, inclinándose á un lado ú otro segun las peripecias, y lleno de emociones tanto mas gratas y tanto mas profundas cuanto que tienen por base la verdad. Y cuando el atractivo de lo verdadero se ha apoderado de un lector, ya está cautivado, ya podrá ase-

gurarse que ha entrado en la buena senda, y que su entendimiento dará alguna vez todo el fruto de que sea capaz; fruto precioso que nunca veríamos madurar si el que se instruye en el estudio de la historia quedase sumido en la ignorancia ó se entregase á lecturas frívolas, á la ficcion y á la fábula. El estudio de la narracion histórica engrandece el corazon despertando la pasion por la verdad, y ennoblece de intelijencia poniéndola en la senda de lo verdadero que es el único camino de llegar á lo bello y á lo bueno.

Otra ventaja de la historia erudita consis-en el juicio que de la buena narracion puede resultar acerca de los sucesos, de sus causas y de sus consecuencias. No se elevará el escritor á la alta concepcion de la historia filosófica, pero en esfera mas reducida en mas estrecho círculo, hará apreciaciones de localidad, de familia, digamoslo así, que preparan el ánimo para mas elevados cálculos y mas levantadas calificaciones.

Abundan en la historia de Andalucía las demostraciones críticas, hasta ei punto de que en mas de una ocasion pueda decir el lector, si esta no es en toda su estension la filosofía de la historia, muy poco le falta para merecer este nombre. Y creemos que en justo elojio del autor no podrá decirse menos.

**

La division de la historia es la mas acomodada á las circunstancias de la época y á las condiciones de nuestros lectores. En la *primera parte*, en un pequeño espacio ha encerrado el autor á grandes rasgos la historia jeneral de la rejion andaluza, dividida en tres grandes periódos. En la *segunda parte*, la historia particular de cada reino y de cada ciudad con sus antigüedades, sus glorias, sus hijos ilustres. En aquella todo es comun; son las historias de las dominaciones que sufrió la Andalucía, la condicíon de los andaluces en todos los tiempos á que alcanzan las memorias históricas. En esta todo se circunscribe á la ínfluencia que aquellos sucesos jenerales tuvieran en cada localidad. Son lo jeneral y lo particular de los sucesos de Andalucía.

Mucho trabajo ofrecia el presentar con la claridad y la novedad apetecibles las diversas faces de nuestra historia. El libro que ahora sale al público, satisfáce cumplidamente, en nuestro sentir, todas las condiciones que la crítica moderna exije. Hay claridad en el método, dividiéndose la historia en tres periódos, de los cuales el primero comprende desde la edad pre-histórica hasta la estincion del imperio godo; la segunda comienza en la batalla del Guadalete y viene á

concluir bajo los muros de Granada, en el momento de cerrarse el importantísimo período llamado Edad Media, al salir las carabelas de Colon del pequeño puerto de Palos para descubrir un nuevo é ignorado hemisferio; la tercera desde aquel acontecimiento grandioso, único en los anales de la humanidad, conduce al lector rápidamente hasta nuestros dias.

Graves dificultades, algunas de ellas insuperables todavía, ofrece al historiador la investigacion de los oríjenes de las naciones europeas, pero esas dificultades son mayores al tratarse de Andalucía, cuya poblacion se remonta á la mas fabulosa antigüedad. No eran los iberos, ni los celtas, ni otros pueblos venidos por tierra desde la Armenia los que poblaron primitivamente la España, «muchos sostienen ser Sevilla lo primero que hombres acá moraron» decia ya en su tiempo Florian de Ocampo, y esta opinion que era la del célebre y sábio autor de la *Crónica general,* encuentra hoy fortísimo apoyo en el resultado de esos estudios mitad jeolójicos, mitad arqueológicos que se van estendiendo prodijiosamente y acrecentando su importancia bajo el nombre de arqueolojía prehistórica.

No estamos del todo conformes con que

tal época tenga la estension que los adeptos de la nueva ciencia quieren atribuirle; tal vez con el ardor de neófitos conceden á la edad de piedra atributos y resultados que no pertenezcan á ella, ni mucho menos; pero de cualquier modo, y aunque en su dia se los despoje de la ecsajeracion actual, los estudios pre-históricos han traido descubrimientos interesantes y proporcionado datos para justificar lo que antes éran meras hipótesis.

Con sagacidad y con lucidez estremas se entra en la historia jeneral de Andalucía, discurriendo por el periódo fabuloso, á través de las ficciones con que la imajinacion ha revestido y abultado los sucesos de aquellos tiempos. El autor procura mostrar al lector alguna cosa cierta en medio de aquella oscuridad, bien así como el que caminando entre tinieblas aguza los sentidos para desbrir la senda, y cuando esto no le sea posible, para fijar la planta sobre terreno firme, aunque solo conozca el lugar bastante para conservarse de pié y en seguridad.

No es menor el trabajo al llegar á tiempos históricos. La incuria, la ignorancia de los pueblos primitivos, su empeño en hacerse proceder de edades remotísimas, de los Dioses cuando tanto es posible, y cuando menos de causas sobre-humanas, la falta de histo-

riadores contemporáneos, todo concurre á entorpecer el camino. La luz de la razon guia siempre al historiador erudito, que procura separar lo cierto de lo que es problemático, y lo probable de lo que evidentemente es falso ó supuesto.

Y como no queremos privar á los lectores del placer de entrar por sí mismos; y hábilmente conducidos por el autor á través de estos laberintos históricos; solamente diremos que están fielmente retratadas en la Historia jeneral de Andalucía las diversas dominaciones de los pueblos que sobre ella pasaron, sin olvidarse de investigar el oríjen de aquellos, ni las instituciones que traian, pero cuidando escrupulosamente de poner siempre aparte y muy en relieve la condicion de los naturales del país, de los españoles, de los andaluces. Así corren sin tropiezo las épocas fabulosas, la fenicia, griega, cartajinesa y romana; pero al llegar al fin de los tiempos de la República, cuando el Imperio rayó en su mayor gloria, y Octaviano Augusto cerraba el templo de Jano gritando ¡Paz!, el autor se detiene un momento, para dar una ojeada al mundo romano, á la venida de la nueva era, y poner ante nuestra vista que la paz no habia de descender de la punta de la espada de un Emperador que se creia om-

nipotente, sino que el que habia de darla nacia entonces en una humilde cabaña de la aldea de Bethlen en la Palestina.

Interesantísima es bajo muchos aspectos la última época que comprende este primer periódo. El imperio que se disuelve, los pueblos septentrionales que le arrebatan sus mejores provincias, el Evanjelio que se estiende infiltrándose por todas partes y preparando la rejeneracion de la humanidad, y sobresaliendo siempre en primer término la Andalucía cristiana, dando emperadores á Roma, y paso á los vándalos, alanos y godos que se disputaron su posesion, hasta que los últimos establecieron en ella su córte. Cierra el volúmen la dominacion gótica, muriendo ante otros nuevos invasores.

Periódo muy digno de estudio es el que comprende este tomo primero, y el autor le ha consagrado mucha atencion y mucho trabajo. Pero no lo es menos el que comienza. La dominacion árabe, elevada hoy á tanta altura por los orientalistas modernos, necesitaba especial trabajo, labor mas delicada, por cuanto nuestros antiguos historiadores no pueden ser estudiados para adquirir el necesario conocimiento de aquella epopeya de ocho siglos, si se esceptúa la *Crónica general* del Rey Sábio. La diferencia de relijion

hizo á todos nuestros autores tratar con ódio, ó cuando menos con desden a los sectarios de Mahoma, y llamándolos siempre *moros*, los califican á su placer de bárbaros sin cuidarse de hacernos conocer sus artes, su manera de vivir, sus ciencias y sus letras. El silencio de los historiadores españoles ha hecho de necesidad el acudir á las crónicas arábigas, y allí se encuentra hoy la historia de la edad media de España.

Rejistrándolas hemos aprendido la naturaleza de aquella invasion, mucho menos horrible y sangrienta que la pintaban nuestros escritores, guiados por la pasion y viviendo á muchos siglos de distancia de los sucesos; y hemos podido conocer que no era tan intolerante la raza árabe, que permitió á los cristianos el uso de su relijion como tambien á los judios. En ellas encontramos descritas las invasiones repetidas de los hombres del Norte, (Normandos y Magogs) con pormenores que acreditan la importancia de aquellas luchas; y vemos la cultura del pueblo árabe con sus filósofos, sus poetas, sus historiadores, dejando muy atrás los ponderados adelantos de otros pueblos, á pesar del círculo de hierro en que bajo algunos aspectos los encerraba su creencia.

La condicion del pueblo vencido, tan im-

portante para nosotros, la vemos en los libros de los historiadores cordobeses y sevillanos, hoy en manos de todos, merced á los científicos trabajos de Conde, de Dozy, y de Gayangos, y descubrimos con asombro que el pueblo cristiano conservó iglesias, nombró obispos, gozó libertades y dió culto, que aun duraba al cabo de seis siglos en Córdoba y Sevilla cuando fueron recuperadas, como en Toledo y en Valencia; y al ver la tolerancia de aquel pueblo, al leer los libros de sus sábios, al contemplar sus maravillosas obras de arquitectura, y saber el número de sus escuelas, comprendemos muy bien que por la antipatía religiosa se les ha pintado con negros colores, y que como dice un célebre poeta

Siete siglos de su prez testigos
Los dan por caballeros, si enemigos.

Con el llanto de Boabdil al abandonar para siempre á su ciudad querida, termina el importantísimo periodo árabe, que cierra tambien casi por completo la Edad Media española.

En el descubrimiento de las Américas, representa brillante papel toda la Andalucía que albergó á Colon durante largos años, le vió salir de uno de sus puertos, le dió compañeros para su atrevida esploracion y le

aplaudió al volver triunfante, para regresar en repetidos viajes á aquellas rejiones que su jénio adivinó. Con este grandioso hecho da principio la Edad Moderna, y el autor de la historia de Andalucía le consagra toda la atencion que se merece, por sus inmensas consecuencias.

Pero dada la unidad nacional y entrando estos antiguos reinos á formar partes de un gran todo, la historia andaluza se confunde con la jeneral, y el autor pasa rápidamente sobre los hechos comunes, procurando hacer resaltar los que tuvieron influencia directa en Andalucía, como las venidas de los reyes D. Felipe II, D. Felipe IV, D. Felipe V y Don Fernando VII, las espulsiones de moriscos y judios que hoy la ciencia juzga severamente como medida anti-económica, y que causó la despoblacion y el empobrecimiento de muchas provincias, y el establecimiento de la Inquisicion con los célebres autos de fé de Sevilla y Córdoba.

Al comenzar el periodo, se da por el autor la noticia debida de una familia cuya ilustre historia es en mas de una ocasion la historia de Andalucía, y que desde tiempos muy antiguos venía teniendo gran influencia en todos los sucesos. Era la casa de Medina Sidonia. Con el señorío de una preciosa porcion

de nuestro suelo, dada por D. Sancho IV al héroe de Tarifa, que vió inmolar á su hijo por no faltar á su pátria, tenían muy bastante los Guzmanes para ocupar preeminente lugar en Andalucía, pero acrecentado el poderío de su casa con otros muchos Estados, ya por enlaces, ya por otros títulos, llegaron á ser una verdadera potencia, y cuando en tiempos en que la potestad real estuvo sometida á la nobleza y menos preciada por todos, estallaron las disensiones entre los duques de Medina-Sidonia y los marqueses de Cádiz, los bandos de Andalucía tuvieron tanta importancia que todos los historiadores se ocuparon de ellos, y fué necesario todo el prestigio y fuerza de voluntad de los Reyes Católicos para avenir y apaciguar á aquellos temibles rivales.

Uno de los mas notables acontecimientos de la grandiosa epopeya que comenzando en Zahara terminó al tremolar el pendon de España en las torres de la Alhambra, fué el socorro que Enrique de Guzman llevó á don Rodrigo Ponce de Leon, sitiado en Alhama por Muley-Hacen, porque fué la verdadera reconciliacion de los dos célebres caudillos, que al darse fraternal abrazo depuestos antiguos rencores, hicieron posible á los reyes la conquista de Granada, que tal vez sin aque-

lla no se hubiera llevado á feliz término.

Tanto fué el poderío de aquellos Duques, que hay autores que afirman que Cristobal Colon fué en una ocasion á ponerse bajo su amparo y solicitar de ellos los medios necesarios para llevar á cabo su descubrimiento; así como otros aseguran, que el principio de la desgracia de esa ilustre casa procedió de los celos y envidia que produjeron en el ánimo del rey Felipe IV las ostentosas fiestas, con que el duque le obsequió cuando en la jornada á Andalucía pisó el monarca los Estados de Medina-Sidonia; fiestas que fueron en efecto, tan magníficas y deslumbradoras que al leer hoy la descripcion de lo ocurrido en el coto de Oñana, frontero á la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, creemos tener ante los ojos un fantástico capítulo de *las mil y una noches*.

No pudo ser muy del agrado del rey Felipe la escesiva prodigalidad del sucesor de Guzman el bueno, y tal vez influiria algo en su ánimo la envidia para inclinarle á cortar el vuelo á nobles que tan alto le remontaban; pero la verdadera causa de la desgracia de los duques fué á no dudar la conspiracion en que entraban con el marqués de Ayamonte y otros para formar reino independiente en Andalucía, al propio tiempo que se efectuara

la separacion de Portugal, conspiracion á la que tal vez no fué estraño el mismo conde duque de Olivares, y que descubierta, tuvo por resultado la ejecucion del de Ayamonte y el ridículo desafío al de Braganza que por carteles hizo el de Medina-Sidonia para sincerarse.

Tienen tal importancia local estos sucesos, que por mas que en sus pormenores queden reservados para las historias particulares de Sevilla y Cádiz, que vendran en la *parte segunda*, el autor ha debido consagrarles atencion muy preferente.

Y saltando, cuanto es posible hacerlo para que no se pierda la ilacion de los sucesos, por los hechos jenerales, viene la historia á detenerse un poco en los cinco años que el primer Borbon, el nieto de Luis XIV tuvo su corte en Andalucía; de allí pasa á la espulsion de los jesuitas de las ciudades andaluzas; y de aquí á los graves sucesos de las dos invasiones francesas de este siglo; que la primera fué vencida, si así puede decirse, en nuestros campos de Bailen, al rendir sus armas los invencibles soldados de Dupont para ir á embarcarse mansamente en el Puerto de Santa Maria; y la segunda vino sobre Andalucía para sacar á Fernando VII de entre las manos de los constitucionales, que despues de las

declaraciones de las cortes reunidas en Sevilla, se habian encerrado en Cádiz.

Memorables invasiones, por muchas causas dignas de atencion, y con las cuales cerrariamos nosotros el libro, si hubieramos tenido la fortuna de concebir y ejecutar esa obra. El estudio de esas épocas, la observacion del espíritu que guiaba á los soldados franceses en su primera entrada en España á propagar el espíritu liberal y filosófico del siglo XVIII, destruyendo la antigua manera de ser de nuestra nacion, introduciendo la sávia de nuevas teorias, y nuevos derechos; y su contraposicion con la segunda de 1823, en la que venían guiados por el ódio de la corte á restablecer un sistema imposible ya en Francia, como en España, daba digno remate y corona á la obra.

Pero el autor de esta es mas audaz, mas atrevido, y con la decision que dá la fuerza de las ideas, se propone traer hasta nuestros mismos dias la continuacion de su trabajo. Ardua tarea é ingrata, en la cual no es posible dejar de remover un suelo todavía caliente por la lucha política, por las encontradas pasiones y por la jenerosa sangre derramada. La empresa es dificil; el resultado dudoso; que no se puede hacer historia verdadera, imparcial y justa, cuándo todavía se

aspira la atmósfera de los sucesos que han de referirse y juzgarse.

Señalando al autor el peligro, nos alegramos, sin embargo, de su audacia, porque fruto de ella vemos consignadas en su libro las pájinas de la historia andaluza que se refieren á la proclamacion de Isabel II, á la lucha civil que ensangrentó por siete años el suelo español, narrándose la célebre espedicion del general carlista Gomez á Andalucía; los sucesos locales de los años últimos de la guerra, cuando célebres generales, hoy difuntos, bajaron á ella; la campaña gloriosa de nuestro ejército en África, dirijida por nuestro mejor caudillo, y hasta los últimos sucesos que han producido la caida de la dinastía.

Audacia es, y grande en nuestro sentir. ¡Ojalá recoja el autor la gloria que merece, esponiendo con lucidez y buena fortuna tan recientes peripecias!

Oiga nuestros desinteresados y amistosos consejos, ya que en tan difícil camino ha puesto el pié. En la historia de nuestros dias es necesario desechar mucho, no dar cabida á cuanto dá que hablar, que tales cosas abulta hoy la pasion que nunca deberán entrar en la historia; y es preciso además ser severo con todos, sin distincion, que todos tene-

mos nuestra parte de culpa en los males que á la madre pátria aquejan.

Resultado de las elocuentes lecciones de la historia general de Andalucía, como de todas las historias fielmente escritas, que aquellos pueblos son grandes y poderosos, donde arde en todos los pechos el amor pátrio, donde todos miran como propios y con vivo interés los males de la nacion. El patriotismo, el desinterés, la fé, esos son los elementos de la grandeza y prosperidad; cuando el egoismo y la indiferencia por los asuntos públicos dominan en un pueblo, la degradacion es inmediata, la ruina inevitable; y entonces es cuando ocurren esas grandes transformaciones, esos cataclismos que entregan á las naciones en brazos de conquistadores, haciéndolas desaparecer del cuadro de las que tienen vida propia. En los cuerpos decrépitos, se necesitan nuevos jérmenes de vida.

¡Plegue á Dios que con la lectura de esta historia se despierte entre el noble pueblo español una jenerosa emulacion, que conmovidos todos los corazones al recordar lo que fuimos sientan el vivo deseo de igualar las glorias de nuestros mayores, sin incurrir en sus defectos!

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

I.

TIEMPOS PRE-HISTÓRICOS.

El orígen de los primitivos pobladores de la region de España que desde los primeros siglos de la Era cristiana se llamó *Andalucía*, así como la procedencia de los primeros hombres que arribaron á ella, se pierde en la noche de los tiempos. Temeraria empresa es, pero necesaria para el buen desempeño del asunto que nos hemos propuesto, investigarlo siquiera sea por meras conjeturas, ó tal cual señal que podamos rastrear en medio de las fábulas y exageraciones de los escritores griegos y latinos, y de las escursiones fantásticas de la imaginacion de nuestros historiadores de la edad media y primeros siglos de la moderna.

Procuraremos, pues, penetrar á tientas por en-

tre aquella densa oscuridad, á fin de separar el elemento histórico de interés social, de las relaciones confusas, de las fábulas poéticas, y del inmoderado deseo de lisonjear el orgullo nacional, que caracteriza literariamente á los escritores á quienes acabamos de aludir.

Afirman los historiadores pertenecientes á los primeros siglos de la Era cristiana, y los posteriores que bebieron en aquellas fuentes, que los españoles, y desde luego los andaluces, descienden de TARSIS, hijo de *Javan*, nieto de *Jafet*, y biznieto de *Noé*. ¿Cuáles son los fundamentos de su afirmacion? Hélos aquí:

Moisés dice (Génesis, c. x. v. 4 y 5) «que los hijos de Javan, Elisa y TARSIS, Cethim y Dodanim, propagaron la especie humana *en las islas*, cada uno conforme á su lengua y sus familias, en sus naciones.»

Polibio, historiador griego que murió por los años de 128, antes de J. C., en sus *Fragmentos de historia general*, llama TARSEYO á una region de España situada en las costas de la Bética; region que los mas antiguos historiadores griegos y romanos llaman TARTESO, y que corresponde á las ISLAS *que el Guadalquivir forma* antes de precipitarse en el mar, y á los paises contiguos al estrecho de Gibraltar.

Así, pues, de la asercion de Moisés, y de la indicacion geográfica de Polibio, ha nacido la tradicion de que TARSIS, biznieto de Noé, vino á España y pobló todo el pais que se estiende desde y con

las dos islas del Guadalquivir hasta el mar, y dió el nombre de *tartesos* á los pueblos de la Bética, de quienes desciende la nacion española.

No nos detendremos en refutar opiniones que descansan en tan débiles cimientos, ficciones que se desvanecen á la luz de la sana crítica; ni en acusar la falta de criterio especulativo, de los autores griegos y latinos, que desfiguraron la verdad histórica de los orígenes del pueblo español; así como tampoco motejaremos la facilidad con que D. Alonso X consignó aquellas y otras fábulas en su *Crónica general de España;* la credulidad con que el buen Florian de Ocampo las recibió como artículos de fé; y la *complicidad* de nuestro primer historiador general, el Padre Mariana, en el hecho de propalar los *cuentos, hablillas* y *consejas,* que llevan la duda y la confusion al espíritu del lector.

De la misma manera, haremos caso omiso de ese enjambre de semi-dioses, reyes y héroes, bellísimas ficciones mitológicas con que nuestros historiadores mas antiguos convierten el suelo español en el escenario de un teatro de Atenas de los tiempos de Esquilo, Sófocles y Eurípides; pero sin la sublimidad, la grandeza y el lirismo que caracterizó las obras de los tres grandes trágicos griegos.

Sírveles de disculpa, á nuestros ojos, su empeño en realzar las glorias antiguas de la pátria; no precisamente á espensas de la verdad histórica, que á su diligencia, erudicion y claro talento no se podia ocultar, sino á espensas de la fama de sus maestros los historiadores griegos y latinos, á quienes toma-

ron por modelo, y á quienes pretendieron eclipsar aventajándolos en esa especie de adivinacion fantástica, con que intentaron penetrar á través de la niebla caliginosa que envuelve los primeros siglos, buscando orígenes que se han perdido para no volverse á encontrar. Los disculpamos, además, por los tiempos en que escribieron, y por la escuela histórica á que pertenecian; es decir, *la escuela popular de la Edad media*, como la llama el ilustre Thierry.

Y, sin embargo, diremos, á riesgo de que se nos coja en flagrante contradiccion, que en medio del artificio de la fábula, entre la invencion poética y á través de las consecuencias ideales é ilegítimas que se pretenden deducir de un hecho cierto, pero que no se puede racionalmente aplicar, al menos en la forma que lo hacen nuestros primeros historiadores, á España, colúmbrase un reflejo de luz, semejante al fenómeno físico llamado *espejismo,* que hace aparecer sobre el horizonte de los albores de nuestra historia, la verdad que la fábula desnaturalizó vistiéndola con su mas brillante ropaje.

Con objeto de depurar esa verdad que se nos habia aparecido, relativa al orígen de los primeros pobladores de Andalucía, tan desfigurado por las ficciones poéticas y por las interpretaciones notoriamente erróneas, hemos consultado cuantos historiadores y comentadores, que hablan con estension ó por incidencia de las cosas de España, pudimos haber á la mano. Hicimos mas; fatigamos nuestra imaginacion estudiando muchos escritores

estraños á nosotros y para quienes fuimos completamente desconocidos, si nó geográficamente, al menos como pueblo ó nacion, á fin de rastrear nuevos indicios sobre los cuales nos fuera permitido fundar un sistema entre racional é hipotético, que nos acercase á la verdad que anhelamos, dentro de las condiciones que marca la sana crítica.

Pues bien, por mas doloroso que nos sea confesarlo, debemos decir, que toda nuestra perseverante diligencia ha sido vana; y que solo hemos obtenido por resultado de tan ímprobo trabajo, el triste y desconsolador convencimiento de que, ó debemos dejar bajo la losa del olvido la HISTORIA DE ANDALUCÍA desde los tiempos primitivos hasta la época de la dominacion romana, ó debemos resignarnos á que la crítica nos coloque en la fila de los que por temerario afan ó pueril orgullo, pretenden hacer alguna luz entre las tinieblas del pasado, si intentamos levantar el velo que le cubre.

Acaso hubiéramos debido atenernos al primer estremo, dado que no es la historia general de España la que nos proponemos escribir, sino la de Andalucía, cuyo interés, por contenerse en límites relativamente estrechos, y cuya influencia, por no alcanzar mas allá de las fronteras convencionales de una provincia, nos eximiria de profundizar en la lobreguez de los tiempos primitivos, para arrancar á aquellas recónditas edades secretos cuyo conocimiento interesa á la ciencia y á la sociedad.

Empero un hecho estraordinario, ó mas bien diremos una ráfaga de luz que brota, no del choque

de pareceres encontrados, sino á resultas de la conformidad de opiniones entre los historiadores de mas crédito en la antigüedad, que han tratado de las cosas de España, nos ha hecho ver, entre las ficciones de la fábula un embrion que, diestra y críticamente manejado, puede derramar alguna claridad sobre los orígenes del pueblo andaluz.

Hélo aquí.

Los historiadores griegos y romanos que desde los antiguos hasta los primeros siglos de la Era cristiana, trataron con mas ó menos estension de España, estan contestes en afirmar que los TURDETANOS, pueblos los mas poderosos de la BÉTICA, poseian, á la llegada de los romanos, un grado máximo de civilizacion.

Estrabon, Polibio y Estéfano de Bizancio, describen en términos pomposos, y hemos de suponer que imparciales, porque no les cegaria el amor pátrio, ni el instinto de raza, *la civilizacion, las leyes, la literatura y la riqueza*—nótese bien, la riqueza, que es la espresion de la cultura intelectual y de la cultura material—de aquellos pueblos.

Refiere Estrabon, que los TURDETANOS poseian LEYES ESCRITAS EN VERSO, cuya antigüedad se remontaba á 6,000 años. El insigne geógrafo se fundaba, indudablemente, en el testimonio del griego Asclepiades, que permaneció en España por los años 48, poco mas ó menos antes de J. C. practicando la medicina que estudió en Roma, y *enseñando humanidades en el país de los* TURDETANOS, cuyas costumbres y particularidades historió.

Esto se escribia en Roma en el siglo de Augusto, ó llámese de *las letras*, á cuyo esplendor contribuyeron el elocuente Lucano, autor de *la Farsalia*, Márco Anneo Séneca, famoso orador latino y profesor de retórica en Roma, y su hijo Lucio Anneo Séneca, célebre filósofo á quien Agripina confió la educacion de su hijo Neron, *hijos los tres de Córdoba, ciudad de la Bética*.

Es evidentemente exajerada la cifra de 6,000 años señalada á la existencia de las leyes escritas en verso en el país de los TURDETANOS; empero siendo lo mas verosimil que aquellos pueblos no contaran por años solares de doce meses, sino que, á la manera de otros muchos pueblos de la antigüedad, lo hicieran por divisiones de cuatro y tres meses, resulta, hecho un cálculo prudente, y tomando por norma el periodo de tres meses por año turdetano, que la civilizacion de aquel pueblo se remontaba á la época de la primera llegada de los fenicios á las costas de la Bética; esto es, por los años de 1500 antes de J. C.

De aquí se deduce, que esta pudo ser la primera region de Europa que se civilizó. ¿De qué manera? Veremos si nos es dado rastrearla por una série de conjeturas, partiendo del dato que nos suministran los historiadores griegos y latinos, que hacen remontar los orígenes de aquella civilizacion á los años 848 despues del Diluvio (2348 antes de J. C. y unos 700 despues de la dispersion de los hombres, á resultas de la confusion de las lenguas en la torre de Babel.

Haremos notar episódicamente, en el curso de esta narracion, que los mismos escritores que asignaban, en el primer siglo de nuestra Era, una antigüedad de 6,000 años (lease 1,500) al primer código de leyes conocido en la *Turdetánia*, estan contestes en afirmar, que *Licurgo*, el gran legislador de Lacedemonia, vivia hácia los años 866 antes de J. C., *Numa Pompilio*, en Roma, por los de 714, y *Solon*, en Atenas en 594 es decir, que nuestros tiempos lejislativos, precedieron de muchos siglos á los de Grécia y Roma.

Ahora bien; dada la lentitud con que debia progresar la civilizacion—y aquí tomamos la palabra en su acepcion mas lata y completa, es decir, los diversos grados de perfeccion moral, intelectual y física, por los cuales pasa periódicamente un pueblo hasta llegar á su perfeccion relativa, en tiempos en que tanto escaseaban los medios de difundirla, é impulsar el desarrollo de los intereses morales y materiales, ¿no es verdaderamente corto el periodo de los 700 años trascurridos entre la infancia y la virilidad del pueblo turdetano?

Creemos que si; y en tal virtud, si damos crédito á las aseveraciones de los historiadores griegos y latinos, referentes á que la Bética daba ya señales de cultura 700 años, próximamente, despues de la dispersion de los hombres al pié de la torre de Babel, fuerza nos será convenir en la posibilidad de que la region bañada por el Guadalquivir, region que los antiguos llamaron Tarteso, fué la primera que se pobló en España; ya fuera por

Tarsis y su familia, ya por otro cualquiera gefe de los que salieron de las llanuras del Sennaar para venir á poblar la Europa.

Hé aqui como entre las ficciones de la fábula, y entre las temerarias interpretaciones de un pasaje indeterminado y nada esplícito del libro de Moisés; partiendo de un dato que nos suministra el historiador Asclepiades, que habla, no por referencia, sino por lo que ha visto, rastreamos algo de cierto acerca de los origenes del pueblo andaluz.

Vamos á robustecer nuestra racional hipótesis con una nueva observacion.

La civilizacion turdetana, ¿nació de los gérmenes que importaron los primeros pobladores de esta region, ó fué traida por estos ya en un estado de madurez? En una palabra, aquella civilizacion se formó en la Bética, ó llegó formada?

Creemos que llegó formada, y que vino por mar.

Fundamos esta creencia en que no pudo ser importada por tierra, dada la inmensa distancia que separa las márgenes del Guadalquivir de las llanuras del Sennaar, donde tuvo su origen, ó donde reunió los elementos dispersos de la que le precedió, y estuvo á pique de desaparecer completamente, entre las aguas que produjeron la gran catástrofe universal, y considerando que aquella inmensa distancia hubiera obligado al pueblo, tribu ó familia emigrante á hacer frecuentes y largas estaciones en un viaje á través de la Mesopotamia, de la Armenia, de la Albania, del Cáucaso; cruzando el

Tanais para entrar en la Sarmacia, el *Boristenes*, para atravesar la Esclavonia, el Danubio, Dios-rio de los Getas, de los Dacios y de los Tracios, para atravesar la Germania, el país de los Celtas, la Galia, los Pirineos, y en fin, la España toda para llegar á su estremidad mas occidental, durante cuyo largo viaje de años, acaso de un siglo, caminando á jornadas cortas, sufriendo grandes penalidades é imposibilitada de toda espansion, hubiera esperimentado profundas alteraciones que la hubiesen hecho retroceder á la barbarie; pues es sabido que los pueblos nómadas son refractarios á las luces de la civilizacion.

La de los Turdetanos, pues, debió ser importada por mar.

Toda emigracion verificada por mar, revela un grado muy adelantado de cultura en los emigrados. Los pueblos bárbaros no construyen buques de gran porte, ni emprenden largas navegaciones.

La distancia entre las costas de la Bética y las de la Fenicia, navegando el Mediterráneo, es infinitamente mas corta que la que separa la Andalucía del Eufrates viajando por tierra.

Dentro de un buque los hombres conservan mejor sus tradiciones, y se mantienen mas estrechamente unidos por la mancomunidad de intereses, de esperanzas y de peligros, dado que no existen agentes bastante numerosos ó fuertes, para romper brusca ó sistemáticamente esos lazos, sobre todo si han sido formados por la civilizacion. Embarcados no hay que atravesar dilatadísimas regiones,

cruzar rios caudalosos, abrirse paso entre espesos bosques, acampar todos los dias, detenerse durante las malas estaciones, arrastrar un inmenso bagaje para trasportar los ancianos, los enfermos, las tiendas, los víveres y los utensilios; y por último gastar las fuerzas de la inteligencia en una lucha incesante contra la barbárie que tiende á ocupar el lugar de la cultura.

Admitiendo, pues, que la civilizacion que caracterizó los pueblos Turdetanos, fué importada por mar, todo queda satisfactoriamente esplicado, y no causa admiracion que 48 años antes de J. C. un retórico griego, contemporáneo de Ciceron y de Pompeyo, viniese á dar lecciones de filosofía entre los Turdetanos, y que encontrase en la Bética una civilizacion tan antigua, que, á juicio suyo, remontábase á una fecha tan lejana, que apenas si la separaban 700 años de la época en que fué repoblada la tierra por los biznietos de Noé.

Siendo así, la civilizacion Turdetana ¿procedió inmediatamente, y vivió con las primitivas del mundo postdiluviano? Creemos que sí, y vamos á indicarlo tan breve y compendiosamente, cuanto lo permiten lo exiguo é incierto de los datos que tenemos, y la falta absoluta de medios de persuacion.

Desde luego acude á la imaginacion una pregunta que es consecuencia precisa de nuestra proposicion, y que nos causa muy grande embarazo:

¿Qué civilizacion fué aquella, y cuáles fueron sus manifestaciones y su espresion?

No podemos responder categóricamente, visto que no existe, que sepamos, monumento alguno literario ó de piedra, ninguna medalla, ningun documento ó testimonio fehaciente, ni siquiera una tradicion continuada por la série de los siglos, sin desviarse del hecho principal que le dió orígen ó le sirve de fundamento, y solo tenemos un dato indeterminado, seco, descarnado, sospechoso de fábula ó cuando menos de abultada exageracion, para resolver el intrincado problema.

Este dato es, ya lo hemos dicho y lo repetimos, á riesgo de evidenciar la pobreza de nuestra imaginacion y la total carencia de recursos para persuadir, las palabras de Polibio y Estrabon, que dijeron, probablemente con referencia al griego Asclepiades, que vivió en la Bética y describió las costumbres y particularidades de sus pueblos 48 años antes de J. C. que los Turdetanos eran los más poderosos de esta region, que cultivaban las letras, y que se distinguian por su riqueza y civilizacion. Dato exiguo, incierto, que la exéjesis acepta con dificultad, para levantar sobre él un edificio que no sea deleznable, pero que tiene un valor inestimable, no solo por ser único, sino por el crédito que el mundo científico ha dado y dá á los historiadores que nos lo suministran.

En efecto, una civilizacion que elojian los hombres más doctos del siglo de Augusto, y una riqueza, en la acepcion que los romanos daban á esta palabra, citada por ellos, no pueden menos de haber existido, y si han existido, pruebas concluyen-

tes son de la antiguedad del pueblo que poseyó ambas cosas.

Enumeremos ahora, aunque sea brevemente, los principales monumentos legislativos, históricos y literarios que dan testimonio de la cultura del mundo entonces conocido; señalemos los pueblos ó razas que la poseyeron, y limitándonos, no á hacer meras conjeturas, sino á mencionar los hechos de más bulto, los que están perfectamente controvertidos y dilucidados ya, veremos cómo no hay exajeracion en afirmar que la civilizacion Turdetana, fué contemporánea de las más antiguas que registra la historia.

Traslademonos con la imaginacion á la época que, admitida la existencia de las leyes escritas *en verso* de los Turdetanos, la crítica filosófica les señala, esto es, 1,500 años próximamente, y no 6,000 antes de J. C. ó sean 2,000 años antes de la creacion del mundo segun el cómputo eclesiastico y la Escritura, y veremos aparecer, en primer lugar:

El *Pentatéuco*, ó los cinco libros de Moisés, monumento histórico y legislativo el más antiguo y el más completo que se conoce (1645 años a. de J. C.) La doctrina contenida en él, es un milagro en el órden moral que atestigua lo divino de la mision del gran legislador, historiador y hombre de Estado del pueblo hebreo. El Pentatéuco, además de ser un código de leyes religiosas, lo es tambien de leyes políticas, civiles y sociales.

En segundo lugar, *El libro de Job*, que unos comentadores suponen contemporáneo y otros ante-

rior á Moisés. Este libro que, segun la version mas acreditada, fué compuesto por un opulento patriarca habitante de la tierra de Hus, situada entre la Iduméa y la Arabia, es un admirable poema de filosofía moral sublimemente cantada, discutida y razonada, en el que se compendian todas las verdades teológicas, filosóficas y metafísicas que puede comprender una civilizacion casi adulta, como se revela además en la descripcion que en él se hace de las artes, costumbres y usos de los hombres entre quienes se escribió.

En tercer lugar, *La historia de Fenicia,* escrita en ocho libros, por *Sanchoniaton,* historiador el más antiguo despues de Moisés. Eusebio, obispo de Cesaréa, refiere, tomándolo del filósofo fenicio Porfirio, que Sanchoniaton, escrita su historia, se la dedicó á Abibal, rey de Fenicia, y que no solo este príncipe, sino tambien los encargados por él de examinar la obra, se manifestaron convencidos de la escrupulosa fidelidad con que estaba escrita una historia que habia sido sacada de los *archivos de cada ciudad,* y de los que se conservaban cuidadosamente en *cada templo;* por último, que Sanchoniaton y el rey Abibal, vivieron en un siglo poco distante del de Moisés, segun era fácil convencerse examinando la cronología de los reyes de Fenicia.

Finalmente; Los VEDAS, ó libros sagrados primitivos de la India, cuya antigüedad la sana crítica hacé subir á unos 1,500 años antes de nuestra Era. Los *Vedas,* forman una coleccion de himnos consagrados á las divinidades simbólicas de aquellos

tiempos primitivos. «Son, dice Mr. Barthelemy de Saint-Hilaire, entre el mismo pueblo indio, el fundamento de una literatura que es mas rica y mas estensa que la literatura griega.» Sabido es, que quien dice *literatura*, dice civilizacion.

Hé aquí cuatro monumentos literarios, cada uno de los cuales nos da la medida de la cultura de los pueblos que los vieron nacer, y que se reflejan en ellos como en un espejo.

Ahora bien; dando por sentado que los historiadores griegos y romanos que trataron con mas ó menos estension, ó por incidencia de las cosas de España, merezcan el crédito que no es posible negarles en cuanto se refieren á hechos probadamente históricos, ¿no es verdaderamente asombroso encontrar entre los *Turdetanos*, pueblo de Andalucía, un código de leyes, monumento literario que por la forma en que está escrito revela una civilizacion muy adelantada, y que aparece ser contemporáneo del libro de Moisés, del de Job, de las obras de Sanchoniaton, y de los *Vedas* de la India?

¿Dónde estaban todavía Licurgo, Solon, Numa, y la Ley de las doce Tablas? ¿Dónde el Parthenon, el Capitolio, Fidias, los bronces, las medallas y los vasos etruscos?

¿No es evidente, pues, (partiendo siempre de la suposicion racional que hicimos anteriormente) que la region de España que hoy, y desde el comienzo del siglo v de nuestra era se llama ANDALUCÍA fué LA PRIMERA DE EUROPA QUE SE CIVILIZÓ, y

que su cultura es anterior en algunos siglos á la que produjo el siglo de Pericles en Grecia y el de Augusto en Roma?

La circunstancia de ser única en la Europa, bárbara entonces, desde el mar Sarmático hasta las columnas de Hércules; su contemporaneidad con la del Egipto, que es la que se refleja en los libros de Moisés, con la de los árabes, de los fenicios y de la India; la imposibilidad de señalarle un orígen europeo, y el no encontrarse ningun rastro ni vestigio de ella en las regiones comprendidas entre las orillas del Guadalquivir y la cordillera de montañas que forman un itsmo entre el mar Negro y el mar Caspio, ¿no justifica nuestra opinion de que debió llegar por mar á las costas de la Bética, traida, en tiempos que se remontan á la época de la dispersion de los hombres al pié de la torre de Babel, por una ó mas familias de emigrados, procedentes del Asia, cuna del género humano?

No faltará quien diga que á imitacion de los que hacen á los españoles descendientes de Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé, ó de Tarsis, hijo de Javan y nieto de Jafet, hemos levantado, aprovechando un momento de reposo de la naturaleza, un edificio de pórfido sobre las movedizas arenas del Gran Desierto.

A esto contestaremos, que las aseveraciones de Asclepiades, Polibio y Estrabon, por ser claras, precisas, terminantes y referirse directamente, señalándolos por sus nombres y situacion geográfica á los pueblos de la Bética, merecen mas crédito que

las interpretaciones arbitrarias que algunos historiadores han dado á los vers. 4 y 5, cap. x del Génesis, y á un pasaje del historiador de los judíos, Flavio Josefo, que cita á los IBEROS ASIÁTICOS situados al pié del Cáucaso entre la Cólquida y la Albania, y no á los *Iberos* españoles; además, diremos, que nuestro objeto no ha sido tanto desentrañar el oscuro orígen de los primeros pobladores de Andalucía, como hacer mérito de la antigüedad que los historiadores griegos y latinos conceden á su civilizacion.

Ciertamente no hemos adelantado un solo paso en la cuestion crítico-histórica del orígen del pueblo andaluz; pero hemos reivindicado para él la gloria de haber sido el primero que se civilizó en Europa despues de la tremenda catástrofe del Diluvio universal.

¿Y será temerario reivindicar tambien la prioridad de poblacion para un suelo que fué el primero que se civilizó, y afirmar que sus primeros pobladores no fueron Iberos, ni Celtas, sino una colonia ó emigracion procedente de las costas del Asia menor ó de la Siria?

Para contestar cumplidamente á esta pregunta, seria necesario tener noticias exactas del grado de cultura en que los fenicios encontraron la Bética, en los tiempos de su verdadera emigracion; de otra manera: si encontraron civilizados aquellos pueblos ó si les llevaron una civilizacion que se arraigó en el país.

A falta de datos, recurriremos al método conje-

tural; método que si no resuelve nada de una manera definitiva puede ayudar á rastrear el embrion de la verdad.

La época de la verdadera emigracion fenicia á las costas de la Bética, puede fijarse por los años de 1500 antes de J. C.

Pero la tradicion oriental y las conjeturas tradicionales, estan contestes en que en el siglo décimo nono antes de J. C., los pueblos comerciantes y marinos de las costas de la Siria y Asia menor entablaron por primera vez relaciones con los *Turdetanos,* y quelos encontraron ya civilizados. Se sobreentiende que aquella civilizacion seria rudimentaria; pero así y todo era un progreso.

Si sustraemos 1900 años de los 2348, época en que tuvo lugar el Diluvio Universal, tendremos, que unos 448 años despues de la gran catástrofe de la humanidad, la rejion que baña el Bétis á pocas léguas de su desembocadura en el mar, comenzó á civilizarse. ¿Quién llevó aquellos gérmenes de cultura? Seguramente no fueron los *Iberos* ni los *Celtas.*

¿Fueron los fenicios, dado que en aquella época y acaso en otras anteriores, es notorio que traficaban con los Estados y pequeños reyezuelos de la Grécia, y visitaban las islas del Mediterráneo, la Europa Oriental, las costas del Asia menor y las del Egipto?

Puede muy bien ser así, y tambien puede no ser; sin que sirva de argumento lo que dicen la Sagrada Escritura y los historiadores mas antiguos, respecto á que los fenicios fueron los primeros y

los únicos pueblos que durante una larga série de años, emprendieron dilatadas navegaciones por el Mediterráneo.

Recuérdese, en apoyo de nuestra conjetura, que en la época del descubrimiento y poblacion de la América del Norte por los ingleses, y aun todavía en nuestros dias, llamáronse todos los establecimientos europeos de aquellas costas, *colonias inglesas;* por mas que algunos de ellos, y no ciertamente los menos importantes, debieron su fundacion y los comienzos de su actual increible prosperidad, á los holandeses, á los franceses, á los suecos y á los alemanes.

Aquí terminamos nuestra rápida y claudicante escursion por los siglos mas remotos y desconocidos de la historía de Andalucía; trabajo que no nos atrevemos á llamar crítica conjetural, porque no hemos producido ni la mas ténue luz suficiente á iluminar aquellas edades pre-históricas, sino meras conjeturas sobre señales que se adivinan mas bien que se vislumbran. Trabajo estéril y ocioso, si se quiere, porque los tiempos que hemos evocado, antes que á la historia propiamente dicha, pertenecen á la ciencia arqueolójica, única que puede hablar allí donde los libros y las tradiciones dignas de fé, permanecen completamente mudos; pero trabajo que no quisimos escusar por darnos la satisfaccion de comenzar la HISTORIA DE ANDALUCIA consignando un hecho fundado en el testimonio de autores que escribieron sobre el mismo teatro de los sucesos, del cual deben envanecerse los hijos de

Andalucía; esto es: Que la cultura del privilegiado suelo que los vió nacer, cuenta una antigüedad que se pierde en la noche de los tiempos mitolójicos.

Solo nos resta ya describir compendiosamente una época que pertenece todavía á la historia crítico-conjetural, pero que viene á ser como la amanecida del dia verdaderamente histórico, para entrar de lleno y desembarazadamente en él.

II.

ÉPOCA DE LOS FENICIOS.

La primera raza del Oriente que entabló relaciones comerciales con los pueblos que habitaban la region de Andalucía, fué la fenicia. Esta circunstancia, así como el órden cronológico de la sucesion de los grandes acontecimientos históricos, nos obliga á separarnos momentáneamente de nuestro asunto principal, para consagrar unas pocas líneas á la historia de un pueblo que tanta influencia ejerció en los destinos de Andalucía, y al cual debió esta region siglos de una paz, prosperidad y bienestar, que no ha vuelto á disfrutar desde 2400 años, próximamente, que hace se vió arrojado de este suelo por las vicisitudes de la guerra y la deslealtad de otro pueblo hermano suyo.

En la Siria, pais situado en las costas occidentales del Asia á orillas del Mediterráneo, y que se estendia desde la Palestina y la Arabia al S. hasta él monte Taurus al N., entre el Gran mar y el Eufrates, existian dos provincias notables, la *Fenicia* y la Celesiria, separadas por la cordillera del Líbano.

De la *Fenicia*, la mas importante region del Asia en la antigüedad, solo tenemos una *Cosmogonia* fabulosa y algunos fragmentos de los libros que sobre la historia y antigüedades de este pais, escribió *Sanchoniaton*, y tal cual noticia apuntada por historiadores posteriores, para formarnos una idea muy incompleta de aquel pueblo.

Desde los tiempos mas remotos que describe la historia, vemos á los Fenicios dedicados á las especulaciones mercantiles y á la navegacion. Su comercio terrestre alcanzó inmensas proporciones y se hacia por medio de caravanas. Sus principales mercados estaban en la Arabia de donde sacaba especies y gomas; tejidos de seda de Babilonia y Palmira; esclavos, caballos y objetos de cobre de la Armenia y paises limítrofes.

Su comercio de esportacion consistia en productos de sus fábricas y manufacturas; vidrio, púrpura de Tiro, y tegidos. Atribúyenseles inventos y descubrimientos importantes, tales como el alfabeto griego primitivo, que se componia de once consonantes y cinco vocales; la astronomía aplicada á la navegacion; las artes navales, y de la guerra y el comercio.

Fundaron numerosas colonias, siendo las mas importantes la mayor parte de las islas del Archipiélago, de donde fueron espulsados por los griegos.

En la costa N. del Africa, *Utica*, *Cartago* y *Adrumetun*.

En la N-E. de Sicilia, *Panormus* (Palermo).

La isla *Melita* (Malta).

Y al medio dia de España, *Gaddir* (Cádiz) *Carteya* (Calpe) y *Malacca* (Málaga).

Es probable que fundaran establecimientos en el golfo Pérsico, y que navegaran las costas de la Gran Bretaña y del Báltico de donde sacaban estaño y ámbar amarillo.

La Fenicia no formaba nacion propiamente dicha, sino una confederacion de ciudades y sus territorios unidas por los lazos del origen y del interés comun. *Sidon*, sobre el Gran Mar, fundada por Sidon hijo mayor de Canaan, y *Tiro*, construida primero sobre el continente y trasladada luego á una isla inmediata que se unió á este por una calzada mandada construir por el rey Hiram, fueron grandes emporios de comercio, y estuvieron consideradas en diferentes épocas como *metrópolis*.

Terminada esta breve reseña histórica del primer pueblo estrangero que en la edad remota asentó su planta en Andalucía, llegamos inmediatamente á los tiempos en que se camina con alguna mas certidumbre por entre las dudas y las contradicciones de los historiadores griegos y latinos; y haciendo caso omiso de todas las fábulas que se refieren á las anteriores espediciones de los navegantes

y comerciantes fenicios á las costas de Andalucía fijamos en el siglo XV antes de J. C. la época de la emigracion y definitivo establecimiento de aquel pueblo en nuestro suelo.

Es demasiado importante para la historia del mundo la causa que motivó aquel acontecimiento para que la pasemos en silencio.

Habian llegado los tiempos del cumplimiento de las promesas hechas por Dios á Abraham. El gran historiador y legislador del pueblo hebreo, habia muerto sin pisar la tierra *Prometida* á la posteridad del *Patriarca* hijo de Tharé, y padre de las naciones hebrea y árabe, es decir la tierra de Canaan; y esta tierra fué el rico país de los *Fenicios*. Josué, sucesor de Moisés y caudillo del pueblo escojido por Dios, llevó á cabo la conquista (1452 años antes de J. C.) y espulsó de aquellos lugares á los *Filisteos ó Palestinos* descendientes de Misraim, hijo de Cham, nieto de Noé.

Tomadas por fuerza de armas las principales ciudades fenicias del interior, y devastado el país, sus habitantes hubieron de huir arrollando la poblacion cananea hácia la costa, y aglomerándola en las grandes metrópolis marítimas *Tiro*, *Biblos y Arada*.

El esceso de poblacion y los males que de ello podian originarse, debió hacer nacer el pensamiento de fundar colonias en los paises frecuentados hasta entonces por los fenicios con el simple carácter de comerciantes. Estos paises fueron las regiones boreales del Atica y del Peloponeso, y los es-

tremos occidentales del Mediterráneo hasta el medio dia y poniente de España.

Puédese, pues, fijar con alguna certeza la época de la fundacion de la primera colonia fenicia en las costas del S. de España, entre los años de 1550 á 1400 antes de J. C.

Una prueba de que aquel establecimiento tuvo por causa la conquista de la tierra de Canaan por el primer caudillo del pueblo hebreo, la encontramos en la existencia en Tánger de un monumento Fenicio, descrito por Procopio, historiador de la guerra de los Vándalos, quien dice haberlo visto personalmente. El secretario del general Justiniano, se espresa en estos términos:

«Vénse alli dos columnas de piedra junto á »una gran fuente, las cuales tienen grabados carac»téres fenicios que dicen asi: *Nosotros llegamos aquí »huyendo del bandolero Josué, hijo de Nave.*»

A quien estrañe lo injurioso del epíteto dado por aquellos infelices espatriados al primer caudillo de los israelitas, recordaremos que durante aquel primer periodo de la historia del pueblo hebreo, los libros santos nos lo pintan con todos los signos de la degradacion intelectual, moral y física, consecuencia de la dura opresion en que vivió durante dos siglos de abyecta esclavitud.

La historia de los primeros establecimientos formales de los fenicios en Andalucía, aparece envuelta en conjeturas, opiniones y versiones distintas y frecuentemente encontradas, entre las cuales no es fácil rastrear la verdad, si no es partiendo de

un punto sobre el cual están contestes la mayor parte de los historiadores. En tal virtud, vamos á esponer lo que nos parece mas verosimil, y creemos estar mas justificado.

Los fenicios se establecieron en la costa de Andalucía antes de llegar al Estrecho de Gibraltar; y echaron los cimientos de las ciudades de Málaga y Adra, que tanta celebridad acordaron andando el tiempo. Ya fuera por lo penoso de la infancia de la colonizacion, ó por otra circunstancia que no menciona la historia, acordaron buscar mejor establecimiento; y al efecto, resolvieron emprender un nuevo viaje de esploracion por la costa occidental hasta llegar al rio *Anas* (Guadiana) donde parece encontraron obstáculos que dificultando su pacífica permanencia, les obligaron á retroceder.

Poco tiempo antes habian descubierto dos islas pequeñas y deshabitadas, pero perfectamente situadas, de las cuales la mayor tendria unas cuatro leguas de circunferencia. Estableciéronse en ella; diéronle el nombre de *Eritya* ó *Eritrea*, y trasladáronse luego á la otra donde edificaron un templo, y la nombraron *Gadir*, (Cádiz.)

Solo una de aquellas dos islas subsiste todavía en nuestros dias, y se cree sea la llamada *Santi-Petri*, situada al Oriente y cerca de Cádiz, y cubierta en su mayor parte por las olas del mar. En efecto, descúbrense en ella, cuando las mareas son muy bajas, vestigios de un templo y de otros edificios que revelan el imperio del hombre vencido al fin por la soberania del mar.

Es opinion admitida que la primitiva colonia fenicia debió establecerse en la citada isla, y que más tarde se fundó la ciudad conocida todavia con el nombre de Cádiz.

La ventajosa situacion de aquella su semejanza con la del mar de la Siria desde donde la renombrada Tiro estendia su comercio por la mayor parte del mundo entonces conocido, movieron á los Fenicios á elegirla para asiento de su naciente imperio en Andalucía. Al efecto edificaron, segun su costumbre, un templo al Semi-Dios ó Dios. Hércules, símbolo particular de aquel pueblo, y muy luego una ciudad en la parte occidental á la entrada de la bahía de Cádiz.

Una vez asegurado su establecimiento, y puesto al abrigo de los ataques del pueblo indígena, que pudiera un dia reivindicar sus derechos á la posesion del territorio usurpado por los mercaderes fenicios, estos comenzaron á estender y multiplicar sus colonias por el litoral de la Bética, y en el pais de los *Turdetanos*, formando alianzas con los naturales, y fundando factorías, almacenes, pueblos y ciudades, algunas de las cuales llegaron á tener un comercio floreciente.

El sin número de ciudades de fundacion fenicia destruidas las unas y existentes todavía las otras en Andalucía, dan testimonio elocuente de la política sagaz y prudente, y del carácter y condiciones colonizadoras de aquel pueblo comerciante é industrioso, que introdujo é hizo prosperar entre nosotros las artes de la paz cultivadas en las fera-

ces regiones de Andalucia, durante una larga série de siglos.

Los beneficios de aquella sábia política, fueron inmensos para todos; para el pueblo colonizador porque logró tantas riquezas que en su tiempo adquirió la ciudad de Tiro aquella suma nombradía que tan célebre y famosa la hizo en la antigüedad; y para el pueblo indígena, y sobre todo para las regiones bañadas por las aguas del Bétis, desde Córdoba hasta su desembocadura en el Occéano, porque le debieron sus dias de prosperidad, sus adelantos en las artes liberales, el perfeccionamiento de su primitiva cultura y sus relaciones con otros pueblos y naciones.

Los fenicios se mostraron siempre apacibles y generosos; pueblo comerciante, ponía su mayor empeño en alejar todo motivo ó pretesto de guerra; y atento solo á su beneficio comercial, que pagaba comunicando á sus vecinos y aliados sus costumbres, sus artes, su culto y hasta su lengua, no pretendió imponerse ni enseñorearse á título de conquistador ó soberano de los pueblos de la Bética.

Respetando la autonomía y la sagrada independencia de sus vecinos, amigos ó aliados, raza belicosa y dificil de domeñar por la fuerza, y rigiéndose políticamente por un sistema de república federal, ó mas bien diremos, de confederacion de las colonias entre las cuales la mas rica y floreciente, sin duda alguna, fué la de Cádiz, los Fenicios vieron pasar la larga série de siglos que trascurrieron

desde el décimo quinto, antes de J. C., época de su primer establecimiento formal en las costas de Andalucía, hasta el sesto antes de nuestra era, en que por primera vez aparecieron los cartagineses en la Península.

Corrian los años del mayor auje y prosperidad de los establecimientos fenicios en Andalucía; el tiempo y la no interrumpida paz habian identificado los intereses de la raza indígena con los de la raza colonizadora; nada anunciaba la catástrofe, sino esa ley, que no nos atrevemos á llamar fatal, que mantiene constantemente la Roca Tarpeya junto al Capitolio, cuando un funesto accidente produjo una contienda que dió por resultado la espulsion, el esterminio de aquel primero y único pueblo cuyo establecimiento, que no dominacion, en España, ha dejado solo recuerdos de cultura y leal generosidad.

Son várias las opiniones acerca de las causas que motivaron la guerra entre la colonia fenicia de Cádiz y los pueblos Turdetanos sus vecinos. Unos autores las suponen leves, otros, como Justino, historiador latino del siglo II de nuestra era, afirman que el engreimiento hijo de la prosperidad arrastró á los Fenicios á cometer actos de superioridad y orgullo, que irritaron el ánimo levantado y la varonil entereza de los Turdetanos, quienes indignados declararon la guerra á la Colonia, resueltos á lanzarla fuera de su territorio.

Lo que aparece fuera de duda es, que la acometida de los indígenas fué tan briosa y tan afortunados los primeros encuentros para los acometedores,

que los Fenicios, perdida la esperanza de poder resistir con sus solas fuerzas, pidieron auxilio á Cartago, ciudad importantísima de la costa de Africa, y Colonia, como Cádiz, oriunda de Tiro.

Este suceso viene á corroborar la opinion que venimos sosteniendo desde el comienzo de nuestra narracion, referente á que los pueblos *Turdetanos* alcanzaron desde tiempos muy remotos un grado verdaderamente notable de cultura moral y material.

Demostrémoslo. Mas antes fijemos la situacion de uno de los beligerantes.

Cádiz, en tiempos del asedio por los turdetanos, estaba edificada en una isla separada del continente por un brazo de mar, escelente fondeadero para los buques que defendian la plaza de todo ataque ó asalto repentino. Sus fortificaciones debieron ser de primer órden, y además reputadas inespugnables segun lo demostrará un hecho posterior. El pueblo que se amparaba de ellas era rico y poderoso, como pueblo que comerciaba con la mayor parte del mundo entonces conocido, y descendia de los primeros inventores de las artes de la guerra y de la navegacion. Sus escuadras serian formidables atendido que ejercia la soberanía del mar, origen de su prosperidad y grandeza. Sus recursos debian ser cuantiosos y le pondrian en situacion de reunir rápidamente un ejército bastante numeroso para atender á su defensa. La comunidad de origen y la mancomunidad de inteseses y de peligros, seria causa á proporcionarle poderosos aliados entre las

demás colonias de la misma procedencia; y por último, sus relaciones comerciales con los pueblos del continente debieron mover á algunos de estos á ayudarle moral ó materialmente en la contienda belicosa.

Si, pues, con tantos elementos de estabilidad y de fuerza, y con tantos medios de resistencia, productos de una civilizacion adulta, la poderosa colonia fenicia de Cádiz, no pudo vencer ni aun rechazar al pueblo que le acometia dentro de sus inespugnables fortificaciones, protegidas además, por numerosos buques armados en guerra ¿qué opinion deberemos formar de los sitiadores?

Que estos tambien tenian marina, sin la cual les hubiera sido imposible tomar tierra en la isla y estrechar á los sitiados en términos de obligarles á impetrar auxilios de allende el mar; que esta marina no seria insignificante cuando pudo hacer frente y por lo visto vencer la del primer pueblo marítimo de aquellos tiempos, y en suma, que sus conocimientos militares debieron ser muy adelantados, cuando así practicaban el arte de atacar las plazas, parte tan importante de la ciencia de la guerra.

Quien dice marina militar dice marina comercial; quien dice ciencia de la guerra dice adelanto en otras muchas ciencias. El asedio, pues, que los *Turdetanos* pusieron á Cádiz y el aprieto en que se vió la plaza, son testimonios irrecusables de la civilizacion de aquel pueblo; civilizacion tan antigua, que los historiadores griegos y latinos mas dignos de fé, la hacen remontar á una época fabulosa.

El grito de angustia de Cádiz, conmovió al Senado Cartaginés, que decretó inmediatamente el socorro que pedian sus hermanos establecidos en la Bética. Hízose á la mar, rumbo á Cádiz, una escuadra poderosa, con tropas de desembarco, que á los pocos dias dió vista á la plaza sitiada por los Turdetanos.

Esto aconteció hácia el siglo sesto antes de nuestra era, época y acontecimiento memorables, porque data el comienzo del período verdaderamente histórico de España, y porque dió principio á la transformacion profundamente radical, política, social y religiosamente considerada, que sufrió la Península Ibérica, y á esa no interrumpida série de irrupciones de pueblos y razas estranjeras, que unas en pós de otras, y con intérvalos de siglos, se lanzaron como avalanchas sobre su suelo, que fecundaron con su sangre y con el polvo de sus huesos, y que modificaron moralmente imprimiéndole cada uno el sello de su peculiar civilizacion, cuyos principales rasgos se conservan todavía mezclados pero no confundidos.

Aquí pues, repetimos, comienza la verdadera historia de Andalucía, es decir de España; puesto que durante veinte siglos el suelo andaluz fué el teatro donde se representaron los grandes, los memorables acontecimientos de esa inmensa epopeya, de ese sublime canto heróico que tuvo principio entre las rizadas olas del mar que baña á Cádiz, y terminó sobre los muros de Granada, azotados por las frescas brisas que se desprenden de los altos ventisqueros de Sierra-Nevada.

III.

DOMINACION CARTAGINESA.

Salidos de los tiempos desconocidos que la fábula y la poesía quisieron reconstruir á su antojo, y despues de bosquejar conjeturalmente la época de la venida y establecimiento de los fenicios en Andalucía, cuyo recuerdo conserva la historia sin mancha alguna que lo empañe, vamos á ver esta magnífica y privilegiada region de España en poder de los cartagineses, cambiar su situacion tranquila, su naciente prosperidad, en una existencia ajitada y turbulenta, obligada á tomar parte, como instrumento en manos de un pueblo sin corazon, aleve y codicioso, en todas las combinaciones militares de las dos grandes naciones preponderantes en aquellos siglos, y sufrir las modificaciones políticas, so-

ciales y geográficas que á sus opresores les plugo imprimirla.

Mas antes cumple á nuestro propósito decir algunas palabras acerca de aquel pueblo memorable, que fué para los españoles lo que estos fueron veinte siglos despues para los indios occidentales; á diferencia que los hijos de España llevaron á America, en pago de los tesoros que estrajeron de sus entrañas, una civilizacion adulta, religion, leyes, lengua y costumbres que nunca perecerán en tanto que los mercaderes de Cartago, solo dejaron en nuestro suelo recuerdos de su rapacidad, e cambio de las lejiones que sacaron de Iberia para vencer en Sicilia é Italia, y de las enormes riquezas que estrajeron para satisfacer su insaciable sed de oro.

Además, bien merece que historiemos, aunque sea de pasada, su origen, un pueblo que dió ocasion á los romanos para estender sus conquistas por toda la península; que disputó á Roma el imperio del mundo, y que ha dejado un rastro indéleble de su paso en la tierra; rastro ó rasgo que se conserva en nuestros dias, y que se percibe distintamente en las relaciones diplomáticas de los gobiernos entre sí, y en la política, que él inventó, ó que al menos elevó á la categoria de ciencia.

¿Quién no vé subsistir á través de las edades, y aparecer á cada paso, la *fé púnica,* en la política internacional de los grandes pueblos del mundo civilizado?

La historia de la fundacion de Cartago, la pri-

mera República conquistadora y comerciante simultáneamente, de que nos hablan los historiadores; de aquella república que supo hermanar y conservar hasta el dia en que perdió su gloria y su independencia, la riqueza y la libertad, se pierde como la de todos, en el caos de la fábula. Apiano fija su fundacion 50 años antes de la toma de Troya; Patérculo 65, antes de la de Roma, y Tito Livio 93.

Pasaremos por alto la poética y vulgar tradicion que nos pinta á Dido, ó Elisa, huyendo de Sidon para librarse de las asechanzas de su fratricida cuñado Pigmalion, rey de Tiro, que queria apoderarse de sus tesoros, y su llegada, acompañada de sus servidores, á la costa setentrional de Africa, donde fundó una ciudad que llamó Cartago *(Kartha Hadath,* ciudad nueva, en lengua fenicia) sobre un terreno que le cedió el enamorado *Yarbas*, rey de Getulia (Africa) para fijarnos en el hecho probadamente cierto de su comun orígen con la colonia Fenicia de *Gades;* es decir, su procedencia de las grandes ciudades marítimas de la Fenicia, que á cada revolucion ó acontecimiento que trastornaba su órden interior, lanzaban enjambres de emigrados que fundaban colonias en las costas que bañan las aguas del Mediterráneo.

Partiendo, pues, de este dato, comenzaremos por fijar su situacion geográfica, dada la importancia que tuvo para nuestro país, y á la que debió el renombre que ha dejado en los anales del mundo.

Al norte de la Libia, en frente y á unas cien millas de Sicilia, en un dilatado golfo formado por

los cabos Bueno y Zibib, y en una península entre Tunez y Utica, se fundó la memorable República de Cartago, que poseia un vasto territorio, rodeado de pequeñas monarquías africanas con las cuales se fundó, en época posterior, el gran reino de Numidia.

La República africana no solo precedió de unos cien años á la Romana, sino que se hizo mucho mas poderosa, adelantándola en las artes del comercio, de la industria y sobre todo en la navegacion. Política y constitucionalmente considerados ambos paises, su forma de gobierno venia á ser la misma salvo la division de los poderes, que en Cartago era más perfecta, dado que la autoridad se repartia entre los *Suffetes*, el *Senado* y el *Pueblo* que se contrabalanceaban unos á otros y se auxiliaban mútuamente; lo que hizo decir á Aristóteles, que el gobierno de Cartago era el modelo de las Repúblicas.

Los Cartagineses tuvieron durante largos años, el imperio del mar; su situacion les favorecia estraordinariamente. A cien millas de Sicilia y en frente de Italia; á siete dias de navegacion, con viento favorable, de España, y á menor distancia de Grecia, llegaron á monopolizar el comercio marítimo con los estranjeros y con sus propias colonias, en términos, que hubieran dado celos á la misma Inglaterra del tiempo de Cromwel, cuya famosa *Acta de navegacion*, parece haber sido calcada sobre los reglamentos marítimos de Cartago.

Si no consiguieron ser los únicos comerciantes

en el Mediterráneo Occidental, fueron sin disputa los mas poderosos. Su marina mercante frecuentaba todos los puertos y mercados marítimos conocidos á la sazon; su comercio terrestre se hacia en grandes caravanas que, segun Herodoto, recorria los mismos caminos que hoy todavía mantienen las comunicaciones entre el alto Egipto y el Fezan, y entre Cartago y los paises del otro lado del Niger; en suma, su marina militar fué tan poderosa que en el combate naval que abrió á Régulo las puertas del Africa, pusieron en línea 350 galeras en las que iban embarcados 150,000 hombres.

Tal era, en resúmen, Cartago, cuando en hora menguada para ellos, los Fenicios de Cádiz recurrieron á sus hermanos de Africa para salvarse de la ruina con que los amenazaban los Turdetanos.

Hemos dicho en un párrafo anterior, que el Senado de la República africana respondió ejecutivamente al llamamiento de los fenicios de Cádiz, enviando en su auxilio una poderosa armada. No podia obrar de otra manera, un pueblo que aspiraba a abrirse mercados y á establecer factorías en todas las regiones del mundo conocido á la sazon. Los Cartagineses habian establecido en la costa de Africa una linea de colonias paralela á la gran cordillera del Atlas, desde donde pudieron apreciar la prodigiosa riqueza que atesoraba España, y calcular los inagotables recursos que en hombres aptos para la guerra y en metales preciosos podian obtener de aquel suelo, que habia hecho ricos hasta la opulencia y prósperos hasta dar celos á la soberbia

Cartago, á unos cuantos mercaderes fenicios. En su vista, los cartajineses debieron concebir mas de una vez el pensamiento de estender su dominacion á un pais de tan privilegiadas condiciones, fácil de esplotar y no difícil de avasallar, dada la natural sencillez de sus habitantes.

Acudieron, pues, en álas de su insaciable sed de lucro; y como eran á la vez pueblo comerciante, guerreros y conquistadores, lograron en poco tiempo, despues de salvar á Cádiz, hacerse dueños de varios puntos importantes en las riberas de la Bética, venciendo unas veces á los naturales y otras haciéndoselos amigos por medio de las artes de su fementida política.

Durante aquella primera correría por el territorio de Andalucía, hubieron de ver confirmado lo que su imaginacion soñaba, lo que la tradicion repetia, y lo que las relaciones de los navegantes y viageros contaban de la riqueza de aquel suelo. En su virtud resolverian convertirlo en un gran feudo de Cartago. Mas ya fuese que su política no estimase todavía oportunos aquellos momentos, ó que empeñados en otras empresas árduas no quisiesen dividir sus fuerzas, es lo cierto que por entonces no fundaron ningun establecimiento formal, y se limitaron á quedar, como vulgarmente se dice, con un pié en el país.

Sin duda que los habitantes de Cádiz adivinaron sus intenciones, ó que cumplido el objeto de su espedicion, presentarian unas cuentas galanas de los gastos de la guerra, ó que, y esto es lo mas

probable en el terreno conjetural en que nos encontramos, faltos de datos verdaderamente históricos, los Fenicios de España y los Cartagineses á título de pueblos marinos y comerciantes, aspirasen cada uno en su particular provecho, á ejercer sin rival la soberanía del mar, y el monopolio de los mercados; siendo en aquellas remotas edades lo que en el siglo XVI fueron Inglaterra y Holanda, es decir, dos pueblos enemigos irreconciliables por instinto de conservacion, que no cabian juntos en el mar ni en los mercados, en idénticas condiciones de primeras potencias marítimas y de primeros pueblos comerciantes, fuera cualquiera de estos tres estímulos lo que moviera su ánimo, es lo cierto, que apenas finalizada la campaña contra los turdetanos, comenzaron á enfriarse las relaciones entre los fenicios y cartajineses, en términos que muy luego apelaron á las armas para hacer buena cada uno su razon.

Sin tener en cuenta los vínculos de su parentesco, olvidando su comun orígen y atentos solo á su particular y esclusivo provecho, que es la condicion de toda política que se funda principalmente en los intereses comerciales, cambiaron una declaracion de guerra, y los cartagineses pusieron sitío á Cádiz.

Largo y porfiado debió ser el empeño de sitiadores y sitiados; brioso el ataque y tenaz la defensa; récias hasta la inespugnabilidad debieron ser las fortificaciones de la plaza, cuando el cerco se prolongó algunos meses, viéndose al fin los carta-

gineses obligados á *inventar*, para abrir brecha, la formidable máquina de batir llamada por los antiguos, *ariete*, la cual, dice la historia, se usó por primera vez en el asedio de una ciudad de *Andalucía*.

Posesionados, al fin, los cartaginesesde la plaza, y lanzados para siempre de ella los fenicios, los primeros hicieron de ella la base de sus futuras operaciones militares en Andalucía, su primer puerto comercial en España y la metrópoli de las numerosas colonias que establecieron en sustitucion de las fenicias en todo el litoral de la Bética desde Cádiz hasta Málaga.

Los primeros años de su establecimiento, fueron para los naturales del pais, una continuacion de los tiempos prósperos y bonancibles de la dominacion fenicia. La comunidad de origen, de religion y de costumbres; una misma forma de gobierno y el carácter esencialmente comercial de los dos pueblos hizo que los naturales de la Bética no echasen de ver el cambio de dominadores, tanto mas, cuanto que los cartagineses no se mostraron, á la sazon, en ánimos de conquistar el pais por la fuerza de las armas, sinó de seguir una politica que les granjease el aprecio de sus moradores por los medios insinuantes del comercio de buena fé.

Engreidos con aquel triunfo, estimulados con los tesoros que les ofrecia el suelo de la Bética, y cediendo á los impulsos de su política fria y calculadamente previsora, los cartagineses pensaron formalmente en dilatar ó asegurar su imperio marti-

mo, á cuyo fin volvieron los ojos airados hácia las colonias griegas establecidas en el Mediterráneo, cuya prosperidad irritaba su orgullosa codicia.

Así pues, vémoslos, en la série de años comprendidos entre 550 y 480 antes de J. C., apoderarse de la Cerdeña; formar alianza con los tirrenos de Italia para arrojar de Córcega á los griegos focenses, y apenas terminadas ambas conquistas, revolverse contra sus mismos aliados á quienes arrebatan casi todas sus posesiones insulares del Mediterráneo, y á quienes vejan incesantemente en el mismo continente, terminando aquella larga lista de venturosas empresas con la conquista de las islas Gimnesias (Mallorca y Menorca.)

Tanta fortuna y tan inmenso y avasallador poderío alarmó las colonias griegas de España, que temiendo para sí la misma suerte que cupo á las Fenicias de Andalucía, á los tirrenos y á sus hermanas mediterráneas, buscaron un aliado poderoso que las protegiese contra la insaciable ambicion y la crueldad de Cartago.

Este aliado fué el pueblo de Roma, que ya poderoso á la sazon, miraba con envidioso recelo la supremacía adquirida en el mar por la república africana.

Por entonces aparece, segun refiere Polibio, el primer tratado que celebraron ambas repúblicas, en el cual no se hace mencion de España, por mas que figurasen en él pueblos mucho menos importantes.

En 480, antes de J. C. tuvo lugar la *segunda guerra médica*, ó sea la famosa espedicion de Jerges

contra Grecia. Estimando los cartagineses oportuna la ocasion para destruir el poderío de los griegos tanto en el Asia como en Europa, hicieron alianza con el gran rey de Persia, le suministraron tropas y naves, y llevaron á cabo una espedicion, en nombre de Jerges, en Sicilia, cuya posesion codiciaban, y en cuyo suelo dieron comienzo á aquellas largas y sangrientas guerras Sicilianas, en las que los españoles sirviendo á sueldo de Cartago, se dieron á conocer como los mejores soldados de Europa.

Por los años de 360 antes de J. C., época del mayor esplendor de la República africana, su Senado decretó los dos largos y memorables viajes de descubrimiento, conocidos por los *Periplos* (derroteros ó diarios de navegacion) de Himilcon y Hanon. Estos dos célebres navegantes emprendieron sus espediciones marítimas *desde Cádiz, en buques construidos en aquellos arsenales,* partiendo ambos al mismo tiempo del puerto de Gades, el primero hácia el norte para esplorar las costas de Europa occidental y septentrional, y el segundo hácia el sur navegando las del Africa, desconocidas hasta entonces.

El año 264, antes de J. C., sobrevino en Sicilia una guerra que tuvo, andando el tiempo, los mas desastrosos resultados para España. Nos referimos mos á la primera *guerra púnica,* que duró 24 años y que costó á Cartago un mar de sangre, inmensos tesoros, y la pérdida de la Sicilia y la Cerdeña.

Humillada pero no abatida la soberbia República, pensó en indemnizarse ejecutivamente de la

pérdida de Sicilia y vengarse de los romanos. Desgraciadamente España le brindaba con una y otra cosa, y en su virtud dispuso abrir en seguida la campaña.

Un suceso horrible, baldon eterno para aquella sanguinaria y despiadada República, le obligó á aplazar hasta el año 238 sus proyectos. Aquel suceso fué la guerra llamada *de los mercenarios*, en la que Cartago, por via de represalias, arrojó á las fieras todos sus prisioneros, mandó crucificar diez jefes que habian acudido en demanda de perdon, y degollar *cuarenta mil* rebeldes que se le habian entregado.

Desde el siglo VI hasta el año 238 de nuestra Era, Cartago se habia limitado en sus relaciones con España, á comerciar y á tomar á sueldo numerosas tropas españolas, á las que debió sus mas grandes y memorables triunfos; mas á partir de la última fecha, pensó sériamente en la conquista de la Península, para resarcirse de la pérdida de Sicilia y vengarse de Roma.

Decretada la guerra, el Senado no rrecurrió á pretestos, ni adujo mas razon para llevarla á cabo, que la elástica y acomodaticia razon de Estado. Cartago era fuerte, España estaba desunida; Cartago se veia al borde de su ruina, España brindaba con los ricos tesoros de su suelo; Cartago era un pueblo civilizado, España era un conjunto de pueblos sencillos, ignorantes, y semi-bárbaros; ¿qué mas se necesitaba para intentar el cumplimiento de una *mision providencial.*?

La fuerza, la codicia y el deber de propagar la civilizacion, hé aquí los mismos pretestos que habian de invocar, andando los siglos, los españoles para conquistar la América, los portugueses para conquistar el África y los ingleses para apoderarse de la India.

Los cartagineses han espiado su crimen.

Decretada, repetimos, la guerra de España, el Senado, conociendo toda su importancia y las inmensas dificultades que habria que vencer, envió á Cádiz sus *mejores tropas* al mando de Amílcar Barca, general que se habia labrado una gran reputacion, primero en las guerras de Sicilia, y luego en la de África, conocida por la *de los mercenarios*.

Otra vez Andalucía tuvo el triste privilegio de ser la primera region de España, que sufriera el peso y el rigor de las armas estrangeras.

Amílcar correspondiendo á las esperanzas que el Senado habia puesto en él, realizó en una sola campaña la conquista de la Bética, é hizo tributaria de Cartago todo el país que forma hoy dia, las provincias de Sevilla, Córdoba y Málaga.

Al año siguiente llevó sus armas por la costa oriental, y sujetó á los batestanos y contestanos, (pueblos de Almería, Murcia y Valencia. En esta campaña dió oidos á una embajada que le enviaron los saguntinos, antes de que pisara su territorio, recordándole que eran aliados de Roma; y la terminó echando los cimientos de una ciudad que llamó Barcino, (Barcelona) nombre patronimico de su linaje.

Atajóle en su proyecto de llevar la guerra á Italia, la noticia que recibió de haberse sublevado aprovechando su ausencia, los pueblos de la Bética, tartesios y célticos del cunéo, celosos de su libertad é independencia. Acudió diligente Amílcar; derrotólos en el primer encuentro, hizo morir en el suplicio de la cruz á su caudillo Istolacio, taló su territorio y dispersó toda la nacion.

Vencidos los tartesios y célticos del cunéo, Amílcar dispuso una espedicion contra los pueblos del interior que, rebeldes á todo yugo, rechazaban la alianza de Cartago. Corrió la tierra de los lusitanos y vetones, hasta que le salió al encuentro un ejército fuerte de 50,000 hombres, con el que empeñó una sangrienta batalla en la que la ciencia militar y la disciplina de los soldados cartajineses triunfó, á duras penas, del valor y feróz desesperacion de los *bárbaros*.

Cubierto todavía con el polvo del campo de batalla, Amílcar retrocedió aceleradamente hácia la costa oriental, mermado y atemorizado su ejército; pero arrastrando un riquísimo botin, arrebatado principalmente del país de los tartesios, cuyas riquezas eran tantas, al decir de los historiadores que consultó Estrabon, que todos los utensilios del menaje de sus casas eran de plata.

Desde la *pacificacion*—palabra que han usado en todos tiempos los tiranos ó conquistadores favorecidos por la fortuna—del pais de los tartesios, célticos, lusitanos y vetones, hasta los principios del siglo II antes de J. C. la historia general de España

no hace mencion de acontecimiento alguno digno de nota, acaecido en la Bética.

Sin embargo; el órden que nos hemos propuesto seguir en el curso de la narracion, nos obliga á distraer la atencion de nuestros lectores del asunto principal, enumerando, sea sumariamente, aquellos sucesos de mas bulto que trajeron fatalmente los grandes resultados históricos que señalaron un lugar preferente á nuestra pátria en los fastos de la historia de Europa, desde aquellos remotos siglos hasta los primeros años de la edad contemporánea. Enciérranse en ellos lecciones harto elocuentes para que nos sea lícito pasarlos por alto; lecciones que tenemos constantemente á la vista, pero que, desgraciadamente no sabemos aprovechar..... Cartagineses, Romanos, Godos, Musulmanes, razas todas diametralmente opuestas á la raza española, dominaron una despues de otra y durante largos siglos, un suelo que las aborrecia y las repelia tenazmente. ¿Por qué? Porque la indisciplina y el espíritu selváticamente independiente de los españoles, hizo siempre imposible la unidad, y dificultó obstinadamente la formacion de una nacionalidad, que hoy, despues de tantos siglos, contrariando hasta las mismas leyes de la naturaleza, todavía está lejos de haberse realizado.

Despues de sus costosísimos triunfos sobre los tartesios, lusitanos, y vetones, Amílcar se retiró á la fortaleza de Acra-Leuka, ciudadela edificada sobre un peñon tajado á la vista del mar, y frente á la mas pequeña de las Pityusas, donde tenia es-

tablecido la base de sus operaciones militares, sus cuarteles, sus almacenes, y donde crecia educándose en el ódio á los romanos y amaestrándose en el arte de la guerra, su hijo Anibal.

El año noveno de su mando en España, Amilcar puso sitio á una ciudad próxima á Acra-Leuka, nombrada *Helice*. Acudió un numeroso ejército celtíbero en socorro de los sitiados, y valiéndose de un originalísimo estratagema, derrotó completamente á los cartagineses. Amilcar murió en la refriega, y sus soldados huyeron á la desbandada á guarecerse detrás de los muros de Acra-Leuka,

Muerto Amilcar, el ejército eligió por general á Asdrubal, su yerno, quien vengó cruelmente la muerte de su suegro, despues que el Senado de Cartago confirmó su eleccion.

En su tiempo las colonias griegas establecidas en España, temerosas de los azares á que las esponia la peligrosa vecindad de los cartagineses, solicitaron el protectorado de Roma. Admitíolas el Senado bajo su amparo, y envió una embajada á Cartago para celebrar un tratado en el cual se estipuló: 1.°, que los cartagineses limitarian sus conquistas hasta el Ebro; 2.°, que respetarian el territorio y ciudad de Sagunto, y demás colonias griegas.

Asdrubal, segun Polibio, echó los cimientos de una ciudad que se llamó *Cartago nova* (Cartagena). Duró su mando en España unos ocho años, y murió á manos de un esclavo, cosido á puñaladas, en venganza de la muerte que hizo dar á un caudillo español.

Sucedióle en el mando del ejercito, por eleccion de los soldados, que fué confirmado por el Senado y pueblo de Cartago, ANIBAL, hijo de Amilcar, joven á la sazon de 25 años, que desde su mas tierna infancia hubiera jurado odio mortal al nombre romano.

Inauguró su mando con una espedicion al interior de España, llevando sus armas victoriosas hasta el pais que hoy dia se conoce con el nombre de Castilla la Nueva.

Al año siguiente, despreciando los tratados, se apoderó de Sagunto, ó por mejor decir, de las ruinas calcinadas de aquella heróica ciudad, admiracion del mundo, que despues de un sitio memorable, que duró nueve meses, entregó al vencedor solo cadáveres y escombros humeantes.

Indignada Roma, y encendido el rostro por el rubor de la vergüenza que le causaba la insigne *cobardia* con que habia pagado la inmortal lealtad de aquellos mártires de su fé, declaró la guerra á Cartago.

Aceptada por el Senado, las dos repúblicas se dispusieron á emprenderla ejecutivamente. Viendo Anibal llegado el momento de poner en ejecucion el atrevido plan que meditaba desde muchos años, esto es, de combatir á los romanos en Roma, púsose en marcha con un ejército fuerte de 80,000 hombres de infanteria y 12,000 caballos. Cruzó el Ebro y llegó sin encontrar resistencia hasta los Pirineos, donde tuvo que combatir con los naturales del pais. De los Pirineos pasó á las márgenes del

Ródano, mermado su ejército que ya solo contaba 59, 000 infantes, 9,000 ginetes y 37 elefantes. Con ellos salvó los Alpes, (218 antes de J. C.) desde cuya cima mostró á sus soldados las ricas comarcas regadas por las aguas del Pó. Entre este rio y el Tesino, derrotó al Consul Escipion; en las márgenes del Trébia batió con pérdida de 30, 000 hombres al Consul Sempronio; á orillas del lago Trasimeno venció un nuevo ejército romano, acaudillado por el Consul Flaminio, por último, en las márgenes del Aufidos cerca de *Cannas*, pasó al filo de la espada el cuarto ejército, mandado por el Consul Varron.

Segun Polibio, los romanos perdieron 70, 000 hombres en esta memorable batalla; entre ellos los dos cónsules del año anterior, 80 senadores, 2 cuestores, 29 tribunos de legiones, y mas de 6, 000 caballeros. con cuyos anillos, arrancados á los cadáveres, se llenaron tres módios que fueron enviados á Cartago.

Sagunto quedaba vengada...

Anibal, que *sabia vencer, mas no aprovecharse de la victoria,* en lugar de marchar sobre Roma despues de la victoria de Cannas, fué á establecer sus cuarteles de invierno en Cápua, cuyas *delicias* fueron fatales á su estrella.

Roma en medio de sus desastres no desfallece, ni se abandona á un cobarde temor; reune tres ejércitos, uno para resistir á Anibal, otro para sitiar á Siracusa y el tercero para combatir en España.

El año 556 de Roma, 218 antes de J. C., llegó

Cneyo Escipion, hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español que pisaron los ejércitos romanos. Salióle al encuentro el general cartaginés Hannon, á quien Anibal dejára confiado el gobierno de España; mas fué completamente derrotado en una batalla campal que se dió entre Lérida y Fraga. Asdrúbal intentó reparar el desastre, y perdió otra batalla inmediata á Tarragona y un combate naval cerca de las bocas del Ebro.

Aquellos primeros triunfos y la sábia política de los romanos, les grangeó la admiracion y el respeto de los naturales, que por primera vez veian en su suelo un estranjero, cuyos levantados pensamientos aspiraban á otra cosa que á esplotarle y esquilmarle con sórdida avaricia. Así que mas de 120 pueblos y particularmente los celtiberos, se confederaron con ellos para espulsar á los cartagineses.

Pocos meses despues llegó con refuerzos á Tarragona Publio Escipion hermano de Cneyo. Los cartagineses se reconcentraron en las regiones de Valencia y Murcia donde se abrió el teatro de la guerrra, que muy luego debia trasladarse á la Bética.

Seria larga y difusa, y por lo tanto ajena al plan de nuestra obra, la enumeracion de las batallas, sitios, acciones de guerra y encuentros parciales que se sucedieron sin interrupcion, durante los años que duró la contienda que trabaron los romanos y cartagineses en el suelo de la península para conquistar el imperio del mundo. Pasarémos-

la, pues, en silencio, remitiendo á aquellos de nuestros lectores, que deseen saber mas ámplios pormenores, á la historia general de España; limitándonos, por lo tanto, á continuar narrando lo que se refiere mas inmediatamente á Andalucía.

No bien Publio hubo desembarcado en Tarragona, dispuso apoderarse de Cartagena, metrópoli de la España cartaginesa, y primer puerto militar y comercial del Mediterráneo. Venida la primavera atacó la plaza, aprovechando la ocasion de encontrarse lejos de ella los generales y el grueso del ejército enemigo. Tomóla por asalto, y pasó al filo de la espada la guarnicion, esceptuando los españoles al servicio de los cartagineses, á quienes puso en libertad.

Asdrubal quiso vengar el desastre de Cartagena y al efecto salió de nuevo á campaña. En *Bécula* no lejos de *Castulon,* (ruinas de Cazlona, provincia de Jaen) encontró el ejército romano mandado por Escipion. Empeñóse la batalla, y de nuevo la suerte de la guerra fué adversa á los cartagineses.

Una série no interrumpida de reveses y de señaladas derrotas, unida á la animadversion del país, redujo á los cartagineses á tal estremo, que el año 206 antes de J. C. solo quedaban en España dos generales de la república africana, Asdrubal y Magon, que con las reliquias de sus grandes ejércitos tuvieron que replegarse al país de los turdetanos donde primero se establecieron despues de haber lanzado á los fenicios de España, en tanto que las costas del Mediterráneo, y toda la parte oriental de

la Bética, se encontraban ya en poder de los romanos.

Allí fué á buscarlos Escipion; pero los cartagineses no osaron esperarlo en campo abierto y se encerraron dentro de los muros de Cádiz.

No juzgando el romano la ocasion oportuna para emprender una campaña formal en la Bética, provincia á la sazon enteramente sometida á los carcartagineses, regresó á Cartagena, dejando á su hermano Lucio Escipion con un cuerpo considerable de tropas sobre *Orinjis* (hoy Jaen). La plaza se defendió bizarramente, mas al fin fué tomada por asalto.

Los cartagineses de Cádiz, viéndose próximos á ser bloqueados en sus últimos atrincheramientos, auxiliaron generosamente á Asdrubal, Gisgon y Magon, quienes reunieron un numeroso ejército con el que tomaron inmediatamente la ofensiva, yendo á poner sitio á Silipa (ciudad que se cree estuvo situada entre Córdova y Sevilla). Esta campaña, como las anteriores, fué desgraciada para los cartagineses.

La siguiente en la Bética no les fué menos adversa. Lucio Marcio, general romano que debió su elevacion á las grandes dotes militares que le adornaban, se apoderó una en pos de otra y ejecutivamente de las últimas plazas que ocupaban todavia los cartagineses en la Bética. Córdova, Ilípula, Sevilla con todos sus territorios, cayeron en poder del afortunado general. Solo la memorable Astapa, (cerca de Estepa) dentro de cuyos muros no se abrigaba á la sazon *un solo soldado cartaginés,* fiel á

su alianza con ellos, se preparó á la resistencia, dispuestos sus habitantes á perecer á ejemplo de los saguntinos antes que rendirse. Estrechamente cercados por Marcio, agotados todos sus medios de defensa, y desesperanzados de ser socoridos, sus heróicos moradores resolvieron morir antes que ser esclavos. Al efecto levantaron una inmensa pira en medio de la plaza pública de su ciudad; pusieron sobre ella sus ancianos, sus hijos, sus mujeres y todas sus alhajas; rodeáronla con cincuenta hombres determinados armada la diestra de la espada, y la siniestra con una tea encendida, y despues de hacerles jurar que en el caso de asomar las cohortes romanas sobre el muro de la ciudad, darian muerte á las prendas queridas de su corazon y fuego á la leña, á fin de salvar sus cadáveres de la profanacion estrangera, salieron al campo y acometieron gallardamente las trincheras del enemigo. La refriega fué porfiada; el valor sucumbió ante el número, y los héroes de Astapa murieron todos cubriendo con sus cuerpos los cadáveres romanos que sus espadas habian amontonado.....

Cuando los soldados de Marcio penetraron en la ciudad, solo encontraron ruinas, huesos calcinados y cenizas para erigir un trofeo á su bárbara victoria.

El heroismo de Astapa ha sido menos ensalzado que el de Sagunto; y, sin embargo, es una gloria mas pura de la historia de España. Sagunto fué una colonia griega; Astapa una ciudad española; Sagunto luchó con virtud inmortal y sucumbió co-

mo solo en España se sabe sucumbir; pero tenia por aliado al Senado y al pueblo romano, y en este aliado veia un socorro ó un vengador. Astapa luchó y sucumbió de la misma manera por conservarse fiel á un aliado reducido á la impotencia, próximo á desaparecer de la haz de la tierra, y que no podia darle ni siquiera un historiador ó un poeta, que gravára su nombre en las páginas de oro de la historia de los héroes.

Destruida Astapa y sin enemigos que en parte alguna distrajese su atencion, los romanos volvieron los ojos á Cádiz, último baluarte de los cartagineses en España, y fueron á plantar sus reales en frente de la plaza con ánimo resuelto de tomarla. Mas hubieron de desistir de su empeño, vistas las inmensas dificultades que á su empresa oponia la ventajosa situacion de la plaza y los cuantiosos recursos con que contaban los sitiados para defenderla; levantaron, pues, el sitio, y ejército y escuadra romana se dirigieron á Cartagena.

Repuesto Escipion de una enfermedad que en aquel tiempo le acometió y le puso á las puertas del sepulcro, y vencida la insurreccion de la Celtiberia, que estuvo á punto de destruir el poderio romano en España, el victorioso general decidió espulsar de una vez á los cartagineses, á cuyo efecto envió sobre Cádiz una parte de su ejército al mando de Marcio, yendo él mismo en persona poco tiempo despues para activar las operaciones del sitio de la plaza.

Llegado el procónsul con un ejército sobre Cá-

diz, tuvo una entrevista secreta diestramente preparada con Masinisa, soberano de una parte de la Numidia, que se encontraba, á la sazon en la plaza en calidad de aliado de los cartagineses y al frente de una numerosa hueste de caballería númida; y en ella se convino la entrega de la ciudad.

Afortunadamente no fué necesario consumar la traicion, por haber dispuesto el Senado de Cartago, preocupado con la guerra de Italia, que el gobernador Magon abandonase con la escuadra la plaza y pasase á Génova para coaligarse con los Galos y los Ligurios, á fin de marchar sobre Roma. El general cartaginés se dió prisa á cumplimentar la órden del Senado, y salió de Cádiz despues de haber saqueado á los habitantes, y apoderándose del tesoro público, y del de los templos sin respetar el famoso de Hércules.

Dueños de Cádiz los romanos, lo fueron muy luego de todas las ciudades de la Bética, que se apresuraron á aliarse á la gran República, no solo en ódio á los cartagineses, cuya dominacion quedó por siempre aniquilada, sino por gratitud hácia Roma que declaró ciudad franca á Cádiz, y se manifestó mas bien amiga que conquistadora en aquella region de la Península.

Aquí empieza una nueva era para España, desde cuyos albores vemos aparecer, principalmente en *Andalucía,* los signos inequívocos que anuncian la sustitucion de una civilizacion bárbara, con otra civilizacion mas perfecta, que andando el tiempo ha de llamarse latina.

En el corto período de nuestra historia, que comprende la dominacion cartaginesa, se encierra una elocuente enseñanza para todas las naciones que aspiran á ser conquistadoras, y que se arrogan la mision de civilizar los pueblos que conceptúan mas débiles ó mas atrasados que ellas.

Cartago, la potencia militar mas importante en aquellos siglos, la República modelo que citó con envidia Aristóteles, el gran pueblo que monopolizó durante largos años el imperio y el comercio de los mares entonces conocidos, pasó casi como un relámpago por nuestro suelo, entre los doce siglos que duró la dominacion fenicia y los siete que se conservó la romana. ¿A qué fué debido tan rápido tránsito? Pregúntese á los monumentos literarios ó de piedra, pregúntese á la tradicion y á la verdad histórica que conservamos de aquellas edades, y ellos dirán cómo los cartagineses no dejaron otro recuerdo de su dominacion en España, que la insigne deslealtad con que trataron á sus hermanos los fenicios de Cádiz; las ruinas de Sagunto; *los pozos de Anibal* abiertos para estraer las riquezas que encerraba el suelo español, y las lágrimas de innumerables familias cuyos hijos y deudos llevaron á morir á Italia, al Africa y á Sicilia; sin dejar como grata memoria que atenue los escesos de su codicia y de su fria crueldad, ni un dogma religioso, ni un dogma político, ni una institucion social, ni un código, ni mas monumento que algunas ciudades en nuestro litoral del Mediterráneo, no fundadas para civilizar al pais ó vivir de los intereses morales y

materiales del mismo, sino para ser otros tantos depósitos de sus depredaciones en España, otras tantas bases de operaciones militares y marítimas, otras tantas colonias dependientes en absoluto de Cartago.

Cartago, pues, gobernada por un Senado de mercaderes, República codiciosa y egoista, sin fé, ó con una fé de recuerdo imperecedero en la hisotria, fué mas estrangera en España que otro alguno de los pueblos que han dominado la Península.

A diferencia de los fenicios, pueblo religioso, leal, pacífico y comerciante de buena fé, que enseñó á los españoles el alfabeto que inventó; la ciencia del cálculo y de la navegacion; sus prácticas religiosas, y hasta sus costumbres, que llegaron á arraigarse de tal manera, que el poeta Cayo Silio Itálico, que murió á fines del siglo primero despues de J. C., asegura que en su tiempo existian en España muchas costumbres de origen fenicio: á diferencia de los romanos cuya hábil política, cuyos grandes vicios y virtudes y cuya relevante cultura, moral y material, logró asimilarse el español en términos que este cambió su nombre por el de romano, que conservó hasta el siglo octavo despues de J. C.; á diferencia, repetimos, de estos dos pueblos, que pueden considerarse como el *alfa* y el *omega* del primer período de la historia de España, el cartaginés desapareció sin dejar rastro ni señal de su paso por la península Ibérica.

Pueblo de mercaderes, solo supo comprar, vender, cambiar, monopolizar el comercio, esplotar

minas y convertir en oro todo cuanto tocaba. En política fué egoista; su aspiracion la de lucrarse á toda costa; y si es verdad que tuvo grandes generales, debiólo á que sus masas de infantería se formaban con soldados españoles, y sus escuadrones con ginetes númidas. De su literatura, barómetro el mas seguro para medir el grado de cultura intelectual de un pueblo, solo nos ha quedado una muestra; el *Periplo de Hannon;* y este es un diario de navegacion por costas desconocidas, en busca de puntos para establecer factorías y colonias comerciantes.

No es posible perpetuar una dominacion con semejantes elementos. No hay pueblo que consienta en enagenar su libertad á cambio solo de productos de la industria. Ofreced al mas refractario á todo progreso los de la inteligencia mezclados con los de las artes, de la industria y del comercio; respetad en él todo aquello que debe ser respetado, hasta sus preocupaciones; mejorad su condicion moral y material; fiad en la accion lenta pero irresistible del tiempo, y la conquista, medio brutal, llegará á ser próvido elemento de civilizacion, que venza todas las resistencias y acabe por fundir en uno el pueblo conquistado y el conquistador.

No fué esta, ciertamente, la conducta de los cartagineses en la península Ibérica.

No hay que preguntar, pues, por qué de aquel pueblo solo el nombre nos ha quedado en España.

Su primer establecimiento formal en Andalucía, fué debido á un acto de fé *púnica;* su total espulsion de ese mismo establecimiento fué debido á un

acto de mala fé. Los Fenicios de Cádiz tuvieron por vengadores á los bárbaros africanos. El periódo de traiciones que abrió Amilcar Barca en España, lo cerró Masinisa. El África ayudó á los romanos á vencer al África en la península Ibérica, 204 años antes de J. C,, como trece siglos despues debia ayudar á los españoles á vencer á los descendientes de Ismael, hijo de Abraham, que de ese misma África sacaron la mayor parte de los recursos materiales que emplearon para dominar á España.

IV.

DOMINACION ROMANA.

DESDE LA ESPULSION DE LOS CARTAJINESES, 201 AÑOS A. DE J. C. HASTA LA MUERTE DE VIRIATO Y LA DESTRUCCION DE NUMANCIA, 133 AÑOS A. DE J. C.

Llegada la época en que los sucesos mas memorables de la historia de España, desde la total espulsion de los cartagineses hasta la paz de Augusto tuvieron lugar en la Celtiberia y en la Bética, region la primera que se componia á la sazon de todos los pueblos del Nordeste y centro de la Península, que lucharon sin tregua ni descanso durante una larga série de años por la libertad é independencia de España, y la segunda donde, despues de terminada la contienda por conquistar el imperio del mundo entre las dos grandes repúblicas de la antigüedad, se empeñaron porfiadas y sangrientas luchas por el señorío de la España ulterior entre lusitanos y romanos, y por el de la misma Roma entre los partidarios de Sila y Mario, y

mas tarde entre César y los hijos de Pompeyo; llegada esta época, repetimos, creemos conveniente, para mayor claridad de nuestro asunto, hacer una breve reseña geográfica del país cuyos hechos venimos historiando, dado que, como dijo Bacon, la historia camina á tientas cuando le faltan los ojos de la cronología y de la geografía.

La España romana, pues, segun el naturalista é historiador Plinio, y los geógrafos Estrabon y Tolemeo, comprendia toda la península, y se dividia, en la época de la primera dominacion romana, en *citerior* y *ulterior*, provincias que tenian por línea de demarcacion el Ebro. Corrigióse muy luego tan monstruosa division; así es que en la época de que nos ocupamos, la *ulterior* comprendia la *Lusitania* y la *Bética*. Formábase la primera con el Portugal, Estremadura y Leon hasta las orillas setentrionales del Duero y del Guadiana, y la segunda con las provincias que hoy llamamos de Andalucía, una pequeña porcion de la de Almería y otra de la Estremadura.

La *Bética* confinaba al Oriente con la provincia Cartaginense, desde el promontorio *Charidemis* (cabo de Gata) pasando sus límites por *Iliturgis*, (Úbeda) montes Marianos hasta el Guadiana; por el Norte con la Cartaginense y la Lusitania, siguiendo la corriente del citado rio; por Poniente con la Lusitania, y por el Sur con el Occéano y el Mediterráneo. Dividiala en dos partes iguales, el *Bétis*, (Guadalquivir), y la poblaban los *Beturios*, los *Turdetanos*, los *Túrdulos* y los *Bástulos*.

La *Túrdetania* ocupaba la region comprendida desde el Guadiana hasta el mediodia del Estrecho, esceptuando un reducido territorio poblado por los célticos.

La *Turdulia*, estaba habitada por un pueblo originario de la Lusitania, que pasó el Guadiana y se fijó en la parte oriental de la *Bética*, es decir, en las Alpujarras, corriéndose hácia el Norte desde el Guadajoz hasta el Guadiana.

La *Beturia*, era, segun Plinio, el pais que mediaba entre el Betis y el Guadiana; dividíase en dos porciones pobladas por los célticos que lindaban con la Lusitania y correspondian al partido de *Hispalis*, y los túrdulos confinantes con la Lusitania y la Cartaginense, cuya capital era Córdoba.

La *Bastulia*, se estendia por la costa del mar interior, desde el estrecho de *Gades*, hasta el promontorio *Charidemi*.

Sus golfos eran el *Calpetanus*, y el *Gaditanus*, (golfos de Gibraltar y de Cádiz.)

Sus montes el *Calpe*, (Gibraltar), y el *Mons Marianus*, (Sierra Morena.)

Sus rios, el *Bétis*, el *Singilis*, (Genil), el *Anas*, (Guadiana), el *Luxia*, (Odiel), *Menoba*, (Guadiamar), *Chisus*, (Guadalete), *Barbesina*, (Guadiaro), *Malaca*, (Guadalmedina), *Salsum*, (Guadajoz), *Urins*, (Rio-Tinto), *Menoba*, (Velez), *Belon*, (Barbate), y *Silici*, (Algámitas.)

Sus promontorios, el *Junoni*, (cabo de Trafalgar), y el *Charidémi*, (cabo de Gata).

Sus ciudades principales además de *Córduba*,

(Córdoba), *Hispalis*, (Sevilla), *Gades*, (Cádiz), eran muchas. Casi todas han llegado hasta nuestros dias, así como no pocas de segundo y tercer órden, lo cual dá lugar á suponer, no solo que esta region de España estuvo muy poblada, sino que fueron merecidos los elogios que á su civilizacion tributaron los historiadores griegos y romanos.

Terminada esta breve reseña geográfica, reanudemos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Espulsados definitivamente los cartagineses de la Península, el Senado llamó á Roma al vencedor Publio Cornelio Escipion, para concederle los honores del triunfo. Con deseos de premiar á sus valientes veteranos, ántes de separarse de ellos, el afortunado general los reunió, y dióles tierras en un lugar muy ameno en las cercanías de Sevilla, al cual puso por nombre Itálica. Esta fué la primera ciudad que fundaron los romanos en España.

Declarada Cádiz *ciudad franca*, y aliada del pueblo romano, á solicitud de sus habitantes, que hicieron presente no haber sido conquistados, sino convenidos en aceptar la alianza y amistad de Roma, fué fácil á los vencedores de los cartagineses estenderse por toda la Bética que los recibió como amigos; dado que á la sazon, ó mas bien diremos, en todos tiempos, los romanos miraron con particular predileccion esta provincia de la España ulterior, en donde dejaron mas grandiosos y memorables testimonios de su secular estancia. Verdad es que los recuerdos, el contraste entre la raza que

acababa de ser espulsada, y la que la habia sustituido sobre el suelo de *Andalucia*, abonaba en favor de esta última.

La *civilizacion turdetana* debia acomodarse mejor y ser más fácil de asimilar á la civilizacion científico-legístico-artístico-guerrera de Roma, que á la civilizacion del tanto por ciento de Cartago.

Asi que en tanto que los pueblos de la Celtiberia varoniles, rudos é independientes, enemigos de la cultura en cuanto pudiera enervar sus robustos cuerpos, comprendian que el triunfo de los romanos sobre los cartagineses solo habia cambiado el nombre de los dominadores de España, y en tal virtud se negaban á admitir ningun género de alianza que no estuviera basada en el reconocimiento de su autonomía, y daban comienzo á nuevas hostilidades que produjeron una sangrienta guerra de independencia, la Bética, satisfecha con la situacion en que se encontraba, se abandonó confiada á la merced de sus nuevos aliados que le ofrecian largos años de paz y prosperidad.

Sin embargo, no fué de larga duracion. Unos dos años mas tarde, en tanto que el cónsul Marco Porcio Caton, conocido por *Caton el censor*, enviado á España por el Senado, á quien produjo vivo sobresalto el sesgo que tomaban los asuntos de la *citerior*, guerreaba con fortuna contra los indómitos celtíberos, los *turdetanos*, que habitaban las márgenes del Bétis, en las cercanías de *Sevilla*, se alzaron en armas, (los historiadores romanos no dicen la causa).

Acudió contra ellos el pretor de la *Bética*, Apio Claudio Neron, con sus legiones. Los *turdetanos* le presentaron batalla en campo abierto, y combatieron tan bizarramente contra los soldados de Roma, que la victoria quedó indecisa, al decir de los escritores romanos. A pesar de su testimonio, creemos que debió coronar el valor de los *andaluces*, puesto que el pretor pidió inmediatamente refuerzos al Cónsul, quien, vencida ya por aquel año la insurreccion celtíbera, se trasladó con su ejército á la *Turdetania*.

A poco de empezada la campaña en la *Bética*, el cónsul tuvo que regresar á marchas forzadas hácia la Celtiberia, algunos de cuyos pueblos se habian sublevado durante su ausencia.

El inflexible y severo Caton ahogó en sangre el heroismo de los celtíberos, y regresó triunfante á Roma.

El año 559 de Roma, 194 antes de J. C., tuvo comienzó aquella sangrienta é implacable guerra, que durante una larga série de años los lusitanos hicieron á los romanos, siendo la *Bética* el principal teatro donde se representó la memorable epopeya guerrera que lleva el nombre de VIRIATO.

Segun Tito-Livio, los lusitanos fueron los agresores, puesto que, sin causa justificada, pasaron el Guadiana, atravesaron toda la *Bética* de Poniente á Sur, y llegaron hasta las cercanias de *Ilipula*, (Loja), en la region de los *túrdulos*, poniendo á saco las poblaciones romanas que encontraron á su paso.

Publio Cornelio Escipion, Násica, pretor de la *Bética*, reunió el mayor número posible de tropas, y se dirigió á marchas forzadas sobre los lusitanos, á quienes alcanzó cerca de *Ilípula* y derrotó en una sangrienta batalla, sufriendo él, por su parte, pérdidas tan considerables, que no bastaron á subsanarlas los laureles de la victoria.

Retiráronse los vencidos á su tierra perdiendo el rico botin que habian hecho en las pingües provincias de Andalucía. Mas dos años despues, el pretor Lucio Emilio Paulo, que habia sucedido á Marco Fulvio Nobilior, queriendo enfrenar la audacia de los lusitanos, cuyas frecuentes y atrevidas escursiones por la *Bética* mantenian en continua alarma al país, realizó una espedicion á la lusitania resuelto á encerrar en sus enriscadas sierras aquellos temerarios merodeadores. Empero fuéle adversa la suerte de la guerra, puesto que en el primer encuentro que tuvo con los lusitanos sufrió una completa derrota, en la que perdió 6,000 hombres, y salvó los restos de su ejército retirándose aceleradamente. La rota de Ilípula quedó vengada.

Siguiéronle los lusitanos mas acá del Guadiana. Rehízose Lucio Emilio, y con refuerzos que le llegaron á tiempo, empeñó una segunda batalla en los campos de la *Beturia* en donde alcanzó una completa victoria.

Refiere Tito-Livio, á este propósito, que en aquellas primeras guerras de los romanos con los lusitanos, cuantas veces estos penetraban en la *Bética* quedaban vencidos, lo cual acontecia á las

águilas romanas siempre que estendian su vuelo mas allá del Guadiana.

Larga seria é impertinente á nuestro asunto la narracion de la série de triunfos y reveses, de los actos de levantado heroismo que acometieron los españoles, y de repugnante avaricia que caracterizaron á los romanos durante los 23 años que mediaron entre los 134 y 171 antes de J. C. época en que las guerras de Lusitania y Celtiberia comenzaron á tomar ese carácter que habia de inmortalizarlas para siempre. Bastará á nuestro propósito decir, que la dominacion romana, fuera de *Andalucía,* llegó á hacerse tan odiosa como la de Cartago; hasta el estremo, que en el Senado Romano se formó un partido dirigido por Escipion el *Africano* y Caton el *Censor*, en defensa de los españoles vejados y saqueados sin piedad por los pretores, cuyo gobierno bienal, mas bien que gobierno fué un sistema organizado de saqueos y depredaciones, que hizo asomar el rubor á la frente de aquella misma Roma de quien dijo Yugurta: *ciudad venal ¡cuán pronto perecerías si existiese un hombre bastante rico para comprarte!*

En su virtud, el Senado acordó desagraviar á España, nombrando un *Proconsul* para que la gobernase, y mandando procesar á cuantos pretores habian provocado, con su punible conducta, las sublevaciones de la península Ibérica. No limitó á esto su obra de justa reparacion, sino que tambien suprimió el derecho que se habia concedido á los magistrados romanos para tasar el trigo que com-

praban á los españoles, y concedió á estos el de fijar por sí mismos las cuotas de los impuestos que habian de pagar.

Es verdaderamente digna de admiracion la conducta del Senado romano, otorgando á sus *colonias* y *provincias* de España, en el siglo segundo antes de Cristo, lo mismo que negó á las suyas de América, el Parlamento inglés de 1774. Y no es menos honroso para la humanidad, el poder registrar en las páginas de oro de su historia, al lado de los nombres de Escipion y de Caton, *gefes de la oposicion* en el Senado romano, en una cuestion de derecho y de justicia, los de lord Chatham, lord Cambden y Burke, gefes tambien de la oposicion en el Parlamento inglés, en otra cuestion análoga en que el derecho y la justicia estaban de parte de las colonias de la América del Norte.

Esto prueba una vez mas, que los principios de la sana moral y de la justicia son de todos los tiempos, de todas las edades, de todas las sociedades, y forman la religion de los hombres verdaderamente grandes.

En aquel año (171 a. de C.) fundóse en España la primera colonia romana, eligiendo para su asiento en el suelo de Andalucía un lugar junto al Estrecho de Gibraltar. Llamóse *Carteya*, y por la clase de sus habitadores, *Colonia de los Libertinos*. Sus hijos fueron los primeros que en la Península gozaron de la proteccion de las leyes de la República.

En el de 169 antes de J. C. en el consulado de Márco Cláudio Marcelo, establecióse la segunda

colonia romana, y como la primera en la region de la *Bética*. A diferencia de aquella que tuvo un carácter semi-militar, esta se llamó *Patricia*, por haberse avecindado en ella, con sus familias, varios nobles patricios romanos. Su clima delicioso, fértiles comarcas y pintoresca situacion á orillas del Guadalquivir, al pié de los montes Marianos, granjeáronle desde luego tal reputacion que se hizo moda entre los romanos acaudalados el poseer una quinta en *Córdoba*.

Itálica, Carteya, Córdoba lozanas flores nacidas en el jardin de la *Bética*, en tanto que la guerra asolaba sin trégua las provincias que las cercaban por Oriente, Norte y Occidente, ¿no son el mas elocuente testimonio que viene á deponer en favor de aquella cultura *turdetana*, que asoma en tiempo de los fenicios, progresa con los cartagineses y alcanza con los romanos un grado de esplendor que despierta los celos de todos los pueblos civilizados de Europa?

Aquella civilizacion, aislada, por decirlo así, en medio de España, si nó fué fatal á *Andalucía* al menos le originó grandes quebrantos, puesto que dió motivo á que su suelo se convirtiese en teatro donde la ambicion y la codicia de muchos pueblos estrangeros se disputasen el señorío y la riqueza de España.

En efecto, ya hemos visto como en la region mas occidental de la Bética, los cartagineses arrebataron á los fenicios el dominio de la Península; como los romanos combatieron en ella con la Re-

pública africana por el imperio del mundo, y como en la época que venimos historiando, una de las dos razas mas belicosas que á la sazon pugnaban por romper el yugo romano, los lusitanos, la eligieron por campo de batalla en su guerra de independencia. Mas adelante veremos aparecer el mismo suceso histórico con las guerras de Sertorio y de César contra los hijos de Pompeyo. Veremos, ó hablando mas apropiadamente, continuaremos viendo cómo la sangre y los tesoros de Andalucia se gastan en contiendas estrañas al interés de la independencia del suelo andaluz.

¿A qué podemos atribuir este hecho particular; *hecho constante que aparece con la misma intensidad en todos los tiempos de la historia de Andalucía*? ¿Son los andaluces, menos belicosos, menos amantes de su independencia, y menos entusiastas por conservar su libertad? Si se nos prueba que *si*, renunciaremos á toda discusion por ociosa acerca de este punto. Si se nos dice que *no*, preguntaremos ¿cómo se esplica, pues, esa facilidad que encontraron todos los pueblos estrangeros, algunos de raza, orígen, carácter y costumbres opuestas constante y obstinadamente al carácter andaluz, para establecerse, permanecer, desarrollarse y fundar un imperio de largos siglos de duracion en su suelo? ¿Fué porque aquellos pueblos estrangeros tuvieron una fuerza irresistible asimilativa, ó porque los andaluces son naturalmente asimilables?

Nosotros creemos en el segundo estremo de la proposicion; es decir, que su carácter es esencial-

mente asimilable; pero no á la barbarie, sino á la civilizacion; no á las razas que pueden despojarle de sus tesoros de inteligencia é imaginacion, sino á los que pueden aumentar el caudal de esa misma inteligencia.

Hemos visto á los *turdetanos* y *tartesios* vivir largos siglos en fraternal armonía con los *fenicios*, raza de hombres ilustrados que mejoraban la condicion moral y material de los pueblos con quienes se aliaban; mirar con ojeriza é instintiva repulsion á los cartagineses, mercaderes sin entrañas, cuya política egoista no tenia mas fin que la esplotacion del suelo donde asentaban la planta; unirse á los romanos, raza de carácter levantado, para espulsar á los cartagineses, y ahora los estamos viendo convertirse lentamente en romanos, porque los romanos llevan al frente de sus legiones, y bajo las álas de sus águilas vencedoras, tesoros de cultura y civilizacion, gérmenes de prosperidad y de grandeza que han de hacer de la Bética un fiel remedo de la Roma de los cónsules y de los buenos emperadores.

Mas adelante veremos á los pueblos andaluces asistir, crúzados de brazos, á la gran catástrofe que sepultó en la corriente del Guadalete á los *bárbaros*, que desde Ataulfo hasta Rodrigo, vejetaron en Andalucía entre las ruinas de los monumentos romanos, y á seguida vivir tranquilos y resignados bajo la dominacion de los *árabes* ese pueblo refinadamente culto, sábio, humano, industrioso, agricultor, navegante y guerrero, que brilló con luz propia y la irradió en medio de la caliginosa oscu-

ridad de los primeros siglos feudales. Mas adelante todavia, los veremos despertar de su letargo, estirar sus entumecidos miembros y desnudar la espada, al oir el grito de guerra lanzado por las hordas de la Mauritania, que vinieron á España á sustituir la civilizacion de Bagdad, Damasco y Córdoba con la barbárie de la cordillera del Atlas, y no volverla á envainar hasta que la grande trasformacion operada por la civilizacion cristiana se hubo completado en España, plantando el estandarte de la cruz sobre la torre de la Vela de la Alhambra de Granada.

Mas no anticipemos los sucesos, y volvamos á nuestra narracion.

El año 135 antes de J. C. los pretores de la *Bética* que habian sido restablecidos en 167, cuatro años despues de haber sido abolidas las preturas, cansados de oir los clamores que levantaban en el territorio de su gobierno las frecuentes correrías de los lusitanos, verificaron algunas espediciones allende el Guadiana, para intimidar á aquellos audaces *salteadores* cuyas poblaciones y campos incendiaron y talaron.

Irritados los lusitanos, juraron tomar ejecutiva y ejemplar venganza. Al efecto reunidos en crecido número cruzaron el Guadiana y se derramaron como un torrente asolador por las fértiles comarcas de la Béticea bañadas por las aguas de aquel rio. Saliöles al encuentro el pretor Manlio Calpurnio, mas fué completamente derrotado. Vencido este primer obstáculo y alentado con su reciente victo-

ria, *Púnico,* caudillo del ejército vencedor, atravesó la Turdetania y llegó, sin que los romanos se atreviesen á interceptarle el paso, hasta los muros de *Asta* (Jerez de la frontera) cuyo sitio emprendió ejecutivamente. Desgraciadamente para los lusitanos, el precursor de Viriato fué herido mortalmente, y el ejército falto de caudillo, levantó el cerco y repasó el Guadiana.

El año 154 antes de J. C. tuvo principio la guerra de NUMANCIA, originada por la indignacion que causó á muchos pueblos de la Celtiberia la infraccion por los romanos de un tratado celebrado poco tiempo antes con el pretor Graco. Muchos pueblos del interior y los inmediatos al Pirineo, hácia el Norte, formaron alianza para combatir á los romanos.

El año siguiente, Quinto Fulvio Nobilior, uno de los cónsules nombrados para el gobierno de España, puso el primer sitio á NUMANCIA. Mas tuvo que levantarlo atropelladamente antes de formalizarlo, por haber perdido una batalla campal en la que dejó 4,000 hombres muertos sobre el campo.

Fulvio se retiró á pocas millas de la plaza, y se encerró en un campo atrincherado, esperando refuerzos y la buena estacion para abrir una nueva campaña.

El año 152 antes de J. C. el Senado envió á la España citerior el consul Claudio Marcelo con crecidos refuerzos y poderes para ajustar un tratado de paz con los numantinos. Celebróse el tratado á satisfaccion de las partes; mas no tardó en ser que-

brantado á resultas de la general indignacion que produjeron la vandálica conducta del consul Lucio Licinio Lúculo, qúe saqueó los campos y ciudades españolas para enriquecer el tesoro público romano, y principalmente el suyo, y por la pérfida alevosía del pretor de la España citerior, Sergio Sulpicio Galba, que mandó pasar á cuchillo 9,000 lusitanos que se habian rendido fiados en la palabra de un general romano.

Roto el tratado, renovose aquella formidable alianza de los pueblos celtíberos, que pocos años antes hicieron temblar á Roma.

En tanto que por el centro y hácia el norte de la península, se formaba aquella tempestad que habia de amenazar con un naufragio la grandeza y el poderío romano; hácia el poniente brillaban los relámpagos de otra no menos asombrosa tempestad, que á unirse con la primera hubiera anticipado algunos siglos la destruccion de la que se llamó la *Señora del mundo.*

Entre los pocos prisioneros que se salvaron de la cobarde carnicería decretada por Galba, encontróse VIRIATO, á la sazon oscuro soldado de la independencia española, que comenzó á darse á conocer pregonando por todos los cantones de la Lusitania la negra perfidia de los romanos y predicando la guerra santa de la emancipacion.

Así tuvieron comienzo aquellas dos memorables guerras, llamada la una de los *Salteadores*, y la otra de *Numancia*, por los historiadores romanos: guerras sin ejemplo en los fastos de la historia del

mundo, que hicieron necesario el empleo de *todas las fuerzas* de la grande república, y que fueron las mas costosas en hombres y en dinero de cuantas sostuvo en el discurso de los siglos.

Lo mas admirable del suceso, lo que le distingue entre todos cuantos acontecimientos análogos registran los anales del mundo, es que la primera fué sostenida por espacio de doce años, por un hombre oscuro, montaráz que á fuerza de génio y perseverancia logró trocar su nombre de *gefe de bandoleros*, por el título de gran general, en un siglo que se envaneció de haber visto nacer á Escipion y Anibal; y la segunda mantenida durante veinte años, sin el auxilio de los *dioses, semidioses y héroes homéricos*, por 10,000 guerreros encerrados en una ciudad, cuyos sitios, forman una epopeya real, mil veces mas resplandeciente que la fábula seductora al sitio de Troya.

Los límites en que debemos permanecer encerrados, nos obligan á condensar los detalles de tan memorables acontecimientos, tocando como de pasada el suceso de la guerra de Numancia, y estendiéndonos un poco mas sobre los de la de VIRIATO, dado que la Bética fué el principal teatro de las grandes hazañas del héroe perfectamente histórico que inmortalizó el nombre lusitano.

Al grito de venganza lanzado por el *pastor* salvado providencialmente de las garras de la hiena romana, respondieron 10,000 hombres, resueltos á dar cumplida satisfaccion á los manes de sus hermanos. Con ellos penetró VIRIATO en la Turdetania,

(año 147 antes de J. C.) de donde fueron rechazados por el pretor Vetilio, que los persiguió hasta dejarlos encerrados en *Tribola* (hácia Aguier de Beira). Disponiendo estaba el pretor el sitio de la plaza, cuando VIRIATO, rehecho y reforzado su ejército le presentó la batalla. Larga y porfiada fué la refriega; mas al fin los romanos quedaron completamente vencidos, dejando 4,000 hombres tendidos en el campo, y mayor número de prisioneros en poder del enemigo. El pretor Vetilio quedó entre los primeros.

Los restos del ejército romano, en número de unos 6,000 hombres, se refugiaron en desorden en *Tarteso* (cerca del estrecho de Gibraltar) donde se fortificaron temiendo verse acometidos de nuevo por los lusitanos.

El año siguiente, el pretor Cayo Plancio, sucesor de Vetilio, buscó y acometió á VIRIATO, que se encontraba guerreando en la Carpetania. Venciόle el caudillo lusitano en un encuentro parcial. Satisfecho con este nuevo triunfo, y no juzgando, acaso, el pais á propósito para sostener la campaña con éxito VIRIATO repasó el Tajo, y llegó á cortas jornadas sobre *Ebora* en cuyas cercanías tomó posiciones, sabedor que el pretor le seguia deseoso de vengar su reciente descalabro.

A los pocos dias avistáronse ambos ejércitos, y empeñaron, en una espaciosa llanura, una verdadera batalla campal; la primera en que VIRIATO puso de manifiesto sus dotes de consumado general. A lo acertado de sus disposiciones, á la inteligen-

cia con que supo aprovechar las faltas de su enemigo, á la buena eleccion de sus posiciones, á su denuedo, y á la confianza que supo inspirar á sus soldados, debió la señalada victoria de *Ébora,* que puso su nombre á la altura de los grandes capitanes de la República romana.

Vencidos, y mas que vencidos desmoralizados, los romanos repasaron en desórden el Guadiana, y se encerraron en las plazas fuertes de la Beturia, fronteriza á la Lusitania, dando por terminada la campaña de aquel año, sin embargo de encontrarse mediado el verano.

Desde la batalla de Évora, la guerra entró en condiciones mas ajustadas al arte militar de aquellos tiempos. Cesó el sistema de las sorpresas, emboscadas, rápidas irrupciones ya en la Bética ya en la Lusitania, y los romanos no volvieron á llamarla *de los salteadores,* visto que tenian á su frente un verdadero general. Viriato introdujo en su ejército una organizacion y disciplina tan perfecta, que pudo medirse de poder á poder y en campo abierto con los capitanes romanos, á quienes ya no esperó en sus atrincheramientos y reparos naturales, sino que los buscó y venció cuantas veces llegó á las manos con ellos.

Así que dos años despues (144) aterrado el Senado y sobresaltada Roma al ver vencidos uno despues del otro á los tres Pretores que se sucedieron en el gobierno de la España ulterior, despues de la derrota de Plancio, resolvió hacer un supremo esfuerzo para lavar la afrenta que á su gran nombre

inferia un *oscuro gefe de salteadores*.... Al efecto envió á España, con 15,000 infantes y 2,000 caballos, á Fabio Emiliano, hermano de Escipion el Africano, que acababa de ser nombrado cónsul.

Llegado á la Bética Fabio puso sus reales en *Urso* (Osuna), punto perfectamente elegido puesto que desde él podia acudir en el mismo espacio de tiempo á la defensa de cualquiera de las regiones importantes de la Bética, que se viera amenazada por las armas de Viriato. En tanto que se reunian en *Urso* al ejército que trajo de Roma, las legiones existentes en la Ulterior, y que se allegában formidables recursos para abrir una campaña decisiva, Fabio se dirigió á Cádiz para implorar la proteccion de *Hércules*, en su templo, en favor de las armas romanas.

En tanto que el cónsul ofrecia sacrificios sobre el ara de la divinidad fenicia, Viriato, noticioso de los proyectos del romano, y juzgando humillante para su fama esperar el ataque del enemigo, tomó la ofensiva y penetró en la Bética al frente de un numeroso ejército con el que atacó briosamente al lugar-teniente de Fabio en su mismo campamento de *Urso*. Una completa victoria coronó la atrevida maniobra del caudillo lusitano. Sin embargo, su resultado no fué decisivo, puesto que Fabio regresó aceleradamente de Cádiz, reorganizó su ejército y emprendió una campaña que fué una série continuada de triunfos para las águilas romanas. Viriato, derrotado por primera vez, abandonó el suelo de la Bética, y fuese á atrincherar

en las inmediaciones de Évora, donde reunió un nuevo y formidable ejército para vengar la pasada derrota.

Terminados los preparativos, el año siguiente abrió la campaña por la *Beturia*, y llegó arrollando todos los obstáculos hasta la *Turdulia*, cerca de cuya capital, Córdoba, encontró al ejército de Fabio, á quien derrotó en batalla campal; los fugitivos se encerraron en la ciudad, donde el caudillo lusitano los tuvo estrechamente bloqueados.

La proximidad del invierno le obligó á retirarse á sus cuarteles en la Lusitania. Llegada la primavera del año 142, Viriato vino á buscar á los romanos en la Bética, y dió comienzo á la campaña apoderándose de cuatro ciudades llamadas por los historiadores romanos, *Jesuela, Escadia, Obolcula y Buccia*, cuya situacion geográfica no se ha podido fijar, si bien el sábio Masdeu las supone en la parte oriental de la Turdulia, y supone sean las conocidas hoy por Martos, Porcuna y Baeza. Nos sentimos inclinados á ser de la opinion del erudito jesuita, fundándonos en que la region de la *Bética* poblada por los turdulos fué donde en todos tiempos los lusitanos llevaron mas frecuentemente sus armas, ya fuese por la mancomunidad de orígen, ya porque la riqueza y fertilidad del suelo y lo escabroso del terreno les ayudase á hacer la guerra con éxito.

En el mismo año el cónsul Serviliano, sucesor de Fabio Emiliano, puso sitio á la ciudad de *Erisana,* cuya situacion es completamente desconocida

á los geógrafos modernos; Viriato acudió aceleradamente en socorro de la plaza, atacó á los romanos en su campamento, les obligó á levantar el cerco, y á retirarse poco menos que á la desbandada. Púsose en persecucion de los fugitivos, y maniobró con tanto acierto y conocimiento del terreno, que los acorraló en un estrecho desfiladero, donde cortada la retirada, y envueltos por todas partes, los romanos tuvieron que capitular bajo las condiciones que les impuso el vencedor. Condiciones que se redujeron, en sustancia, á que se mantendrian en sus posesiones anteriores, cuyos límites no habrian de salvar sinó en el caso de ser atacados.

Este convenio parece revelar, que Viriato fatigado ya de tan prolongada guerra, y conceptuándose suficientemente fuerte para tener asegurada la independencia de su país, pensaba en organizarlo para disfrutar de los beneficios de la paz, despues de haberlo organizado para vencer todos los trances de la guerra.

Segun afirma Apiano, el Senado de Roma ratificó el tratado.

Pero la fé romana tuvo en España no poco de *fé púnica*, segun lo demostraron varios otros hechos posteriores. Así fué, que en el año 140, Q. Servilio Cepion, sucesor de Serviliano, autorizado por el Senado, se apresuró á romper el tratado, pretestando que era humillante para su patria. En su virtud, penetró en la Lusitania al frente de un numeroso ejército y sorprendiendo á Viriato, que

descansaba en la fé de los tratados, taló los campos, saqueó las poblaciones y lo llevó todo á sangre y fuego. Por uno de esos azares de la fortuna bastante frecuentes en la guerra, Viriato, hasta entonces vencedor, no pudo contrarestar en aquella ocasion el empuje de las águilas romanas, y pidió la paz al cónsul. Cepion recibió los enviados del caudillo lusitano y estipuló con ellos las condiciones de un infame asesinato.

De regreso á su campamento, ya muy entrada la noche, los *vendidos* pidieron ser introducidos en la tienda del general, y hallándolo dormido, le despedazaron el corazon á puñaladas.

Con la muerte de Viriato, terminó aquella memorable guerra llamada por algunos historiadores romanos, *de los Salteadores,* y por otros, *el primer terror de Roma.* A merecer la primera calificacion, la vergüenza seria para la gran República que se humilló á los piés de un bandido. Creemos mas exacta la segunda, puesto que la que aspiraba á dar leyes al Universo, tuvo que enviar, para ahuyentar su terror, el único general que podia terminar la guerra y salvarla del aprobio de la derrota; el ASESINATO.

Roma respiró, y con Roma tambien respiró la *Bética*, cuyo suelo fué, como dejamos dicho anteriormente, el principal teatro de las hazañas del héroe cuyo nombre es una de las mas espléndidas glorias militares de España.

Es verdaderamente lamentable, y sobre todo para el asunto que traemos entre manos, que la

historia no nos haya conservado una relacion fiel, estensa y detallada de las campañas de Viriato en *Andalucía*. Descritas estas á grande rasgos por los romanos, mas atentos á ensalzar las glorias de su propio país, que las de aquellos que sometieron por la fuerza de sus armas, se limitan á narrar los hechos militares mas importantes, descuidando con injustificable abandono todos aquellos que se refieren á la organizacion religiosa, social y política de los pueblos de la Bética; de tal manera, que solo por conjeturas se puede rastrear tal cual hecho que arroja una ténue luz sobre puntos cuyo conocimiento lato es indispensable para escribir la historia crítico-filosófica de un pueblo.

Así es que la observacion se confunde, y la atencion crítica se desvanece, cuando sin tener á la vista otros datos que aquellos que suministran los escritores de aquellos tiempos, el historiador de los nuestros se empeña en buscar las causas, ó esplicar el fenómeno que presenta un pueblo altivo é independiente de suyo, haciendo causa comun con sus dominadores para rechazar la libertad que le ofrece otro pueblo de su mismo orígen, de su misma raza, habitante del mismo territorio y unido á él por los lazos de la sangre, de la fraternidad y de la mancomunidad de intereses de una idéntica nacionalidad.

En efecto, basta un poco de atencion en el estudio de la historia de aquel período de la española, para sentirse herido por la siguiente observacion: ¿Cómo se esplica que una region vastísima de la

Península, habitada en parte por un pueblo de orígen lusitano, no se haya unido á estos para rechazar la dominacion romana? ¿Fué temor de la derrota, ó el de remachar las cadenas con que el estrangero la tenia aprisionada? No, porque la victoria coronó todas las empresas de Viriato en la Bética. ¿Fué conciencia de su debilidad y flaqueza? Tampoco, puesto que podia contar con un poderoso aliado que le diera suficiente aliento para conquistar su independencia. ¿Fué miedo, debilidad, afeminacion, falta de energía y hábitos guerreros? Menos, puesto que contra tan humillante suposicion alzan la voz *Astapa,* los campos de *Bécula,* la defensa de *Oringis* (Jaen), las ruinas de *Cazlona,* la destruccion de *Illiturgo,* y cien memorables sitios y batallas en las cuales mostraron los *turdetanos, túrdulos* y *Beturios*, en lucha con los fenicios, cartagineses y romanos un heroismo que en nada cedia al de los lusitanos y celtíberos. ¿Qué fué, pues, si no fué temor, flaqueza ni falta de hábitos militares?

Este es un secreto que guarda todavía la historia, porque lo guardaron los escritores romanos. Solo nos queda el hecho seco, árido y descarnado, sobre el cual seria temerario hacer conjeturas con la pretension de hacerlas pasar por verdades: el hecho de haber sido la *Bética* hóstil sistemáticamente á la Lusitania. Vemos á Viriato formar alianzas con los carpetanos y con los celtiberos, para lanzar á los romanos de la Península, pero ni una sola vez entran los pueblos de la Bética en

aquellas alianzas. Las campañas del pastor general tienen todo el carácter de correrías en este suelo; son á manera de un torrente cuyas aguas se desbordan todos los años por los campos de la Bética durante la primavera y el estío, y que retroceden hácia su orígen cuando se aproxima el invierno. No conserva un palmo de terreno aquende el Guadiana despues de sus espléndidas victorias, ni funda nada estable sino el recuerdo de su glorioso nombre.

¿Quién duda que si á la alianza lusitano-celtíbera se hubiese unido la Bética, la dominacion romana en España hubiera terminado por los años 140 antes de J. C.?

¿Por qué no se efectuó esta alianza reclamada por el interés de la pátria comun y por el irresistible sentimiento de la independencia?

A juicio nuestro, porque en aquellos tiempos en que no existía espíritu de nacionalidad, sino de localidad, los andaluces, viéndose obligados á elegir entre la dominacion de los lusitanos, pueblo semibárbaro á la sazon, y la de los romanos, pueblo sábio é ilustrado, cuya cultura se acomodaba á la civilizacion de la Bética, optaron necesaria y fatalmente por esta última, obedeciendo, si se nos permite la frase, á la ley de la atraccion molecular.

Mas dejemos la forma crítica, faltos de datos suficientes para esplicar un hecho envuelto todavía en la oscuridad de los primeros siglos históricos de Andalucía, y volvamos á la narrativa, visto que esta es la que adoptaron los escritores romanos que

nos hablan de las cosas de España en aquellos tiempos.

Hemos dicho anteriormente, que con la muerte de VIRIATO, Roma respiró; y ahora habremos de agregar que fué por poco tiempo.

En efecto; alzóse muy luego hácia el norte de la península Ibérica, un tremendo vengador del cobarde asesinato del héroe lusitano. Este vengador no fué un pueblo numeroso, ni un Estado prepotente, ni un ejército formidable ni un general que tuviera encadenada la victoria á su bandera; fué una pequeña ciudad abierta á todos los vientos, franca para todas las embestidas, sola, aislada en medio de pueblos postrados y desangrados por un conquistador siempre victorioso, huérfana, en fin, y sin otro escudo ni mas defensa que el gran corazon de sus escasos habitantes para resistir el incontrastable empuje de la nacion mas temida y respetada de la tierra.

Bosquejemos rápidamente este hecho sin ejemplo en los fastos de la historia universal: reavivemos con su recuerdo la llama nunca apagada del patriotismo español, y conmemoremos una vez mas el simpar heroismo de un puñado de hombres, que luchando por su libertad sembraron tal *terror* en la gran república de los tiempos antiguos, que su Senado, árbitro del mundo, tuvo que sortear las legiones que formaron los últimos ejércitos enviados á combatir contra seis ú ocho mil ciudadanos armados para la defensa de su libertad.

El mismo año de la muerte de VIRIATO, los ecos

del Duero, del Ter y de las enriscadas escabrosidades que forman el término del pequeño pueblo de Garay, en nuestros dias, repitieron asombrados el grito de independencia lanzado al viento como una provocacion, por los habitantes de NUMANCIA, amenazados por las águilas romanas que acababan de avasallar toda la celtiberia á escepcion de aquella ciudad y de la de *Termintia*.

El consul Q. Pompeyo Rufo recojió el guante, y fué á acampar con 32,000 infantes y 2,000 caballos delante de la ciudad. Numancia no solo resistió gallardamente el ataque, sino que le obligó á levantar el sitio, y á retirarse á invernar á sus cuarteles despues de ajustar una paz que fué una pérfida asechanza puesta á la generosidad de los numantinos, que sin duda no esperaban ver revivir entre los romanos la *fé púnica* de los cartagineses.

El año 138 antes de J. C. el consul Popilio Senas sucesor de Pompeyo, vino á España con poderes del Senado para romper el tratado celebrado el año anterior. Puso nuevo sitio á la ciudad, mas fué completamente derrotado,

En 137, C. Hostilio Mancino fué vencido en batalla campal por los numantinos, y tuvo que retirarse en desorden. Perseguido sin trégua por los vencedores que en número de 4,000 salieran de la plaza, acabó por encontrarse en situacion tan comprometida que tuvo que capitular bajo las condiciones que plugo al vencedor imponerle. La capitulacion de Mancino tuvo la misma suerte que el tratado ajustado por Pompeyo Rufo; es decir, fué de-

saprobada por el Senado Romano, *despues que sus ejércitos hubieron obtenido los beneficios de la capitulacion.*

Seis meses mas tarde vino en reemplazo de Mancino el cónsul Emilio Lépido, que no logró conseguir, á pesar de sus esfuerzos, ventaja alguna sobre los numantinos.

En 136, Lucio Furio Philon se acercó con un numeroso ejército á la plaza; mas se retiró sin atreverse á embestirla. En 135, Calpurino Pison tomó ejemplo de la prudencia del consul su antecesor, y retrocedió á tomar cuarteles de invierno en la Carpetania.

El año 134 antes de J. C. la pequeña ciudad de Numancia, defendida ya solo por unos 4,000 hombres, aparecia mas grande que Roma. Seis cónsules habian tenido que inclinar las águilas romanas delante de las *tápias* que defendian la plaza, y seis ejércitos habian vuelto las espaldas flajelados por un puñado de numantinos.

A la vergüenza de tan repetidas derrotas, sucedió el teror; el SEGUNDO TERROR DE ROMA..... ¡De Roma, vencedora de Antioco el Grande, de Cartago, de Corinto, de Macedonia, de la Grecia toda, y del Asia menor! ¡De Roma, árbitro á la sazon de las grandes monarquías del Egipto y de la Siria!

El Senado, pues, comprendiendo la suprema necesidad de cegar la estrecha boca de aquella profunda cima donde durante tantos años se venian sepultando fatalmente sus legiones, sus tesoros, su dignidad, su orgullo y su grandeza, fijóse ansioso

de encontrar quien levantase su honrra yacente á los piés de los numantinos, en Escipion Emilio, el vencedor de Cartago; y encomendó á este gran capitan, que habia tardado cuatro años en apoderarse de la rival de Roma, poblada con 700,000 habitantes, la *árdua empresa,* de someter una poblacion que contaba 4,000 defensores.

Un año invertió Escipion en restablecer la disciplina en los soldados romanos, desmoralizados por las frecuentes derrotas que habian sufrido delante de los muros de Numancia, y por los hábitos de lujo, molicie y desenfreno que habian contraido en un país que les ofrecia para su regalo, si no las seductoras maravillas del arte, los ricos dones de una naturaleza privilegiada; al mismo tiempo se afanó en allegar los formidables recursos que conceptuaba necesarios para formalizar el sitio de un pueblo abierto, que debia poner á prueba su génio militar.

Llegada la primavera del año 133 antes de J. C., segundo de su consulado en la España citerior, Escipion acampó delante la plaza con un ejército de 60,000 hombres, compuesto de soldados veteranos. A pesar de la inmensa superioridad en todos los medios de ataque, el prudente capitan no quiso fiar el éxito de la empresa al trance de una batalla ni á las contingencias de un asalto, y apeló para rendir á Numancia, á un medio que si no debia manchar su memoria, como manchó la de Cepion el asesinato de Viriato, debia oscurecer los laureles de Cartago.

Recurrió al hambre.

Al efecto, bloqueó tan estrechamente la ciudad, y la incomunicó de tal manera con el esterior que no le fué humanamente posible recibir socorros de ninguna especie por tierra ni por el rio; en tanto que un formidable tren de batir, compuesto de balistas catapulcas y todos cuantos ingénios de esta especie conocia el arte militar antiguo combatian la plaza sin cesar. En vano intentaron los numantinos romper con furiosas salidas la inquebrantable cadena que los oprimia; las defensas de la línea de circunvalacion hicieron inútiles sus heróicos y desesperados esfuerzos. Al fin debilitados por el hambre, diezmados por las espadas y armas arrojadizas de los enemigos y sin esperanza de socorro próximo ó remoto, se resolvieron á pedir capitulacion. Al efecto, enviaron diputados al general romano para proponerle las dictase cual cumplia al valor de aquellos héroes, y á la fama del capitan á quien cabia la gloria de haberlos sojuzgado. El romano contestó que no recibia ni imponia mas condiciones que la entrega á discrecion.

Sabida tan fria é inhumana respuesta, los numantinos, viéndose en la ineludible necesidad de elegir entre una *muerte inmortal* y una esclavitud afrentosa, no vacilaron un momento en hacer la eleccion. Reuniéronse en el centro de las ruinas de la ciudad que fué Numancia, y despues de incendiar los pocos edificios que todavía permanecian en pié, diéronse muerte los unos á los otros con la espada y con el veneno. Ni uno solo sobrevivió á la pérdida de su libertad.......

Cuando el cruel vencedor penetró en la plaza, su planta solo profanó cadáveres medio sepultados entre los escombros y las cenizas de la ciudad que fué durante nueve años, EL TERROR DE ROMA.

El Senado concedió á Escipion los honores del triunfo, y agregó á su título de *Africano* el de *Numantino*.

Y, sin embargo, Escipion no tomó á Numancia, sino un inmenso sepulcro; grandioso panteon labrado por las manos de los mismos héroes que se sepultaron en él.

Así terminó á los 20 años aquella maravillosa epopeya que se llamó, *La guerra de Numancia*. Drama heróico cuyas palpitantes escenas no han cesado un momento de conmover á la humanidad durante los cuarenta siglos que van trascurridos desde el dia en que se verificó su desenlace; poema inmortal, en fin, cuyas primeras estrofas fueron *Sagunto*, en la Tarraconense, *Astapa*, en la Bética, y que España continuó escribiendo en *Calahorra*, en *Gerona* y en *Zaragoza*.

Sin el testimonio de Polibio, contemporáneo de los sucesos y *amigo de Escipion el Africano*, y del de Apiano, historiadores ambos de merecido crédito, tomaríamos el sitio de Numancia, por una asombrosa y conmovedora fábula inventada para oscurecer el sitio de Troya!

En efecto, no es necesario un exámen muy profundo, para conocer que Numancia fué á Roma en aquellos tiempos, lo que la república de Andorra es al imperio francés en nuestros dias. Ahora bien, ¿cabe

en cerebro humano que este microscópico Estado pudiera resistir durante nueve años, qué decimos, durante nueve minutos, á los conquistadores de Sebastopol, y vencedores de Magenta y Solferino? Y, sin embargo, esto es lo que hizo en la misma desproporcion de poder y de recursos, hace cerca de 2000 años, Numancia, resistiendo á la orgullosa y prepotente República que aspiraba á avasallar el mundo, y venciéndola moralmente, puesto que la superó en heroismo, lealtad y pundonor.

Numancia viva, fué el espanto de Roma; destruida fué su afrenta. Los que dejaron reducir á escombros la inolvidable Sagunto, no debieron pasar el arado sobre la inmortal Numancia. Los romanos dieron comienzo á su dominacion en España, arrasando *Astapa* é *Illuturgo* en Andalucía, y la establecieron definitivamente destruyendo á Numancia en la Celtiberia. Afortunadamente para la memoria de aquel gran pueblo, vemos aparecer á través del humo de las hogueras que redujeron á cenizas las ciudades mas heróicas del mundo, cien y cien soberbios monumentos literarios ó de piedra con los cuales la grandeza romana enriqueció á España, su provincia predilecta.

V.

La Bética, desde la destruccion de Numancia, 133 años antes de J. C., hasta la muerte de Sertorio.

—

La situacion pacifica en que se encontró la Bética despues de la muerte de Viriato, se consolidó còn la destruccion de Numancia. No fué ciertamente de larga duracion este periodo, pues apenas si contó 35 años; mas fué aprovechado para la prosperidad de la provincia exenta del terror que en el resto de la Península, y señaladamente en toda la Celtiberia produjo el último triunfo de las armas romanas.

Difícil nos seria indicar por qué medios alcanzó aquella prosperidad, ni qué circunstancias la caracterizaron. Puntos son estos sobre los cuales los historiadores romanos guardan un completo silencio; pero á juzgar por las descripciones que nos dejaron de los festejos y honores que se decretó á sí mismo, en Córdoba, por los años de 76 el anciano Metelo, despues de su ilusorio triunfo sobre Ser-

torio, en Calahorra, es indubable que las bellas artes, producto de la paz y de la cultura, alcanzaron en la Bética un grado notable de adelanto, como mas adelante veremos.

El período de paz cuyos límites acabamos de indicar, fué interrumpido por un suceso cuya responsabilidad no debe recaer sobre los habitantes de la Bética, sino sobre el Senado Romano, cuya política imprevisora en aquella ocasion, fué causa de disturbios, que si bien no constituyeron al país en un estado de guerra violenta, originaron perturbaciones parciales que hicieron necesario el empleo de la fuerza para su represion.

Veamos como.

El mismo año de la destruccion de Numancia, el Senado deseoso de mantener en la obediencia un país al que no podia renunciar, por mas que le fuera muy costoso, estimó oportuno, para los fines de sus proyectos ulteriores, hacer una nueva division política de la España; al efecto subdividió las dos grandes divisiones *citerior* y *ulterior* en diez distritos, que pudiéramos llamar militares, cuyo gobierno y administracion confió á otros tantos legados, dependientes de un consul. Como se vé, el sistema de ocupacion militar prevaleció sobre el de civilizacion; se quisó hacer por las armas lo que era infinitamente mas factible por la palabra, el ejemplo y la enseñanza. Error lamentable que hemos heredado y conservamos en nuestros dias, sin pensar en corregirlo á pesar de los frecuentes desengaños que nos ha hecho sufrir.

Ignoramos qué parte correspondió á la Bética en el nuevo reparto político establecido por el Senado; pero es indudable que no debió quedar satisfecha, puesto que protestó de ella en una forma que le costó bastante cara, segun vamos á demostrar.

En el primer año del Consulado de Tito Didio (98 antes de C.) los habitantes de *Castulon*, hoy cortijos de Cazlona en la provincia de Jaen, irritados de los escesos á que se entregaban en la ciudad y en su distrito los soldados romanos, se confabularon con los vecinos de un pueblo inmediato, llamado *Jerision*, y en una noche de invierno sorprendieron la guarnicion durante su sueño, é hicieron una cruel matanza en ella. Entre los romanos que pudieron escapar á la venganza castulonense, encontróse el jóven SERTORIO, gefe que mandaba la corta guarnicion en calidad de tribuno. Este reunió los fugitivos, y puesto á su cabeza volvió sobre la ciudad, cuyos habitantes cojió desprevenidos y trató con el mas despiadado rigor. Igual suerte cupo á los Jeresianos. Tal fué el primer fruto que produjo en la Bética la nueva política adoptada por el Senado romano para pacificar y gobernar la España.

El suceso en sí, no fué de grande importancia, ó por mejor decir, no la tuvo fuera de la localidad donde aconteció; así que no lo hemos citado para datar de él el periódo de las perturbaciones á que hemos aludido anteriormente, sino para hacer notar dos hechos que no deben pasar desapercibidos.

El primero, que la supremacia concedida al elemento militar sobre el civil en la gobernacion de los pueblos sometidos, es contraria á los intereses bien entendidos de los gobernantes y gobernados. La mejor política es aquella que se esfuerza en hacer desaparecer todo rastro de conquista, allí donde la dominacion tiene ese carácter. El haber desconocido los romanos esta verdad, hizo correr rios de sangre en España, y sublevó contra su dominacion, muchos pueblos de la provincia *mas romana* de toda la península Ibérica.

El segundo hecho notable que se destaca en el suceso de *Castulon,* es la primera aparicion en los fastos de nuestra historia, de aquel hombre estraordinario que hizo de España la émula de Roma, desarrollando en ella el gusto por las ciencias, las artes, la literatura, lengua y filosofía de la grande República, en términos que llegó á dar celos á la que daba leyes al universo, y hasta el estremo de poder concebir en su elevada y magnánima inteligencia un pensamiento que Corneille espresó en el siguiente célebre verso:

Roma no está ya en Roma, sino donde está Sertorio.

No fué, pues, en *Castulon,* sino con Sertorio, donde realmente tuvieron fin los años de paz que disfrutó la Bética despues de la muerte de Viriato, y comienzo los de una época que no debe ser llamada de perturbaciones, sino de gloria y grandeza para España. Época célebre, porque por primera vez, durante el curso de los siglo, la sangre y los tesoros de nuestro suelo se gastaron en provecho de sus

naturales y no del estrangero, si bien el resultado no fué el que podia esperarse atendida la magnitud del sacrificio.

La Bética, como siempre, y como no podia menos de suceder, tomó una parte activa en aquellos sucesos, muchos de los cuales tuvieron por teatro las regiones y pueblos que bañaba el Guadalquivir.

Reanudemos la narracion.

Despues del castigo impuesto á los castulonenses y jeresianos, Sertorio fué destinado como cuestor á la Galia cisalpina, donde se hizo notable por su valor.

Trascurrieron todavía algunos años de aparente calma en España, y de perfecta paz en Andalucía, hasta que en el 87, antes de J. C., estalló la guerra civil en Itália entre Mario y Sila; guerra que se hizo sentir durante muchos años en la Península, acosada alternativamente por los proscritos de una y otra faccion.

Sertorio, que siendo cuestor en las Galias, habia acudido con un cuerpo de galos en socorro de Roma, amenazada de volver á su primitivo humilde origen, por la confederacion de los pueblos de Italia, tomó una parte activa en aquellas sangrientas disenciones, que la historia conoce con el nombre de *Guerra social*, y se declaró por Mario, á cuyas órdenes habia combatido contra los cimbrios en la célebre batalla de *Vercelli* (30 julio 101.) mereciendo el aplauso de su general.

Mas adelante (el año 84) cuando Sila se apoderó de Roma y puso fin á las guerras *Social* y *Civil*, ha-

ciéndose nombrar dictador y publicando aquellas horribles *listas de proscripcion* que le hicieron merecer, de los historiadores de nuestros dias, el nombre de *Marat aristocrático*, Sertorio pasó á España enviado por los partidarios de Mário, para proporcionarse aliados y buscar un asilo á sus amigos.

Desde los primeros pasos en la peninsula Ibérica del verdadero fundador de la *España romana*, los partidarios de Mário, pudieron conocer que tenian al fin un vengador. En efecto; muchos pueblos de la Celtiberia lo aclamaron por su caudillo, y muy luego, merced á su política generosa y altamente humanitaria, no menos que á su génio organizador, se vió al frente de un ejército de 9000 hombres, y de una escuadra de galeras armadas en el puerto de Cartagena, con cuyas fuerzas se preparó á resistir al sanguinario dictador de Roma.

Dábase allí demasiada importancia á cualquier movimiento insurreccional de España para que este pasára desapercibido; así es que Sila envió para sofocarlo ejecutivamente un numeroso ejército al mando de uno de sus lugar-tenientes, Cayo Anio; quien cruzó á marchas forzadas las Galias, y llegó hasta los Pirineos, donde se vió detenido por Livio Salinator, enviado por Sertorio con seis mil hombres para atajarle el paso. No atreviéndose Anio á forzar las posiciones del enemigo, recurrió á la traicion. Salinator fué asesinado por uno de sus oficiales, y el ejército falto de caudillo se dispersó. Conceptuándose Sertorio en la imposibilidad de sostener la campaña con las escasas fuerzas que le

habian quedado, se retiró al África dispuesto á aprovechar la primera coyuntura favorable para volver á la Península.

En tanto que los partidarios de Mário sufrian aquel primero y funesto descalabro en la España Citerior, los de Sila se entregaban á todo género de escesos en la Ulterior, y particularmente en la Bastulia, region la mas oriental de la Bética.

Cuenta Plutarco, que Marco Craso, hijo de Licinio Craso el vencedor de los Lusitanos, como se titulaba á sí mismo, viéndose obligado á huir de Roma para salvar su cabeza de la proscripcion decretada por Mário contra los partidarios de Sila, pasó á España, donde su padre dejára muchos amigos, en casa de uno de los cuales llamado Vibio Pacieco, español principal y acaudalado, recibió la mas generosa hospitalidad. Recelando ser descubierto por sus implacables enemigos, el jóven Craso se ocultó en una profunda cueva que, segun opinion del erudito y diligente historiador Ambrosio de Morales, existe entre Ronda y Gibraltar junto á la villa de Jimena, y en ella permaneció cuidadosamente oculto, si bien asistido con esmero por el generoso Pacieco, por espacio de ocho meses, hasta que muerto Cinna y proclamado Sila dictador, le fué dado salir de su lóbrego retiro, ardiendo en deseos de celebrar el triunfo de su partido.

El primer uso que hizo de su libertad, fué reunir el mayor número posible de aquellos partidarios de Sila que como él habian sufrido los rigores

de la proscripcion, y con ellos y la gente allegadiza que pudo reunir bajo su bandera, formó un ejército de aventureros y merodeadores, con el cual trabajó en establecer en la Bética la autoridad del Dictador de Roma. Con este pretesto y con el fin de resarcirse de las grandes pérdidas que habia tenido su familia durante el tiempo de la proscripcion, recorrió la tierra talando los campos y saqueando los pueblos, despues de imponerles crecidas contribuciones de guerra. Una de las ciudades que mas padeció en aquella vandálica y prolongada algarada, fué Málaga, que el ingrato y codicioso caudillo romano entregó á la merced de una desenfrenada soldadesca.

Todo el oro y plata que pudo recoger en su espedicion de bandido, lo reservó para su tesoro particular.

Así dió comienzo á su vida pública *en Andalucía* el célebre Marco Licinio Craso, triunviro mas adelante con César y Pompeyo, y prisionero el año 53 antes de J. C. en la guerra contra los Partos, cuyo rey, *Surena,* le mandó cortar la cabeza y echar oro derretido en la boca.

La brutal rapacidad de M. Craso en el país que lo habia abrigado generosamente, arrebató muchos partidarios á la causa de Sila, y los hizo amigos de los proscritos por el Dictador. Así que muy pocos años despues, el 81, cuando Sertorio, despues de haber corrido las mas estraordinarias aventuras, guerreando en África y en el Mediterráneo contra los soldados de Sila, se dirigió á España llamado

por los Lusitanos, ansiosos de sacudir el insufrible yugo romano, fuele fácil hacer un desembarco en las cercanías de Tarifa, entrar en la Turdetania que lo aclamó como su vengador, y reunir un ejército con el cual derrotó cuatro generales de Sila, el último en las orillas del Guadalquivir, y hacerse dueño de casi toda la Bética y la Lusitania.

La fama de sus victorias le granjeó la admiracion y la alianza de los pueblos de la Celtiberia, y muy luego se encontró Sertorio en situacion de luchar de potencia á potencia con el temible Dictador de Roma. Alarmado este con el jiro que tomaban los asuntos de España, envió un ejército al mando del pretor Lucio Domicio para restableder su autoridad; mas fué derrotado por Hirtuleyo, cuestor del de Sertorio. Poco tiempo despues, Manilio, pretor de la Galia narbonense pasó á España por órden de Sila, para vengar la derrota de Domicio, y tuvo la misma ó peor fortuna que su predecesor, pues fué batido tan completamente que se retiró casi solo á Lérida.

Tan continuas y ruidosas derrotas y la insurreccion que se iba estendiendo triunfante por todos los ámbitos de la península, anunciando el término de la dominacion romana, obligaron á Sila á confiar á un general esperimentado la direccion de la guerra de España. En su virtud, envió al anciano Metelo Pio, general famoso que se habia labrado una de las primeras reputaciones militares de aquella época, en las guerras *social* y *civil* que inundaron en sangre la Italia. A pesar de sus grandes dotes,

Metelo no fué mas afortunado que sus predecesores. Su pericia y celebrada prudencia se estrellaron contra el denuedo é impetuosidad de los soldados españoles, instruidos por Sertorio en el arte de hacer la guerra así de montañas como en campo abierto. Venciéronle en batalla campal, y mas tarde le obligaron á levantar el sitio de Lacobriga, de cuyos muros se retiró en desórden dejando todos sus bagajes en poder del enemigo. Vencido Metelo, toda la España citerior se declaró por Sertorio.

Poco tiempo antes de la muerte de Sila, el caudillo romano-español recibió un poderoso refuerzo. Perpenna, otro de los ilustres proscriptos por el Dictador, pasó de la Cerdeña, donde se habia mantenido oculto, á la Península Ibérica con ánimo de crearse en ella un partido á imitacion de Sertorio. Desembarcó en las costas de Levante con 20,000 hombres, que apenas hubieron saltado en tierra, le abandonaron para incorporarse al ejército sertoriano. Perpenna, á fuer de prudente, se puso á las órdenes del afortunado general.

Muerto Sila, víctima de una asquerosa enfermedad (79), el Senado de Roma, restablecido en su esencia por el célebre Dictador, tomó á empeño destruir lo que llamaba los restos de la plebeya faccion de Mário en España. Al efecto, envió contra ella con crecidos refuerzos, al jóven Pompeyo, á quien Plutarco llamó *triunfador barbilampiño,* y Sila dió el nombre de *Grande*, mucho antes de que la historia le confiriese este titulo.

Ardiendo en deseos de justificar la confianza

que el Senado habia depositado en él, el jóven Pompeyo reunió ejecutivamente sus tropas á las de Metelo, y formó un ejército de sesenta mil soldados, veteranos de las guerras de Italia y España; con él abrió la campaña acudiendo en socorro de la plaza de *Laurona* (ignórase cual fuera su situacion geógrafica) sitiada por Sertorio. Ante aquellos muros tuvo lugar el primer encuentro de los dos jóvenes caudillos; encuentro que fué fatal al *discípulo de Sila,* que sufrió una completa derrota perdiendo 10,000 soldados y todos sus bagajes.

Vencidos Pompeyo y Metelo se retiraron á las faldas de los Pirineos, donde pasaron el invierno de aquel año, bloqueados por enjambres de guerrillas españolas que los hostilizaban sin cesar en su campamento. Sertorio fué á invernar á sus cuarteles de la Lusitania.

Al despuntar la primavera del año 76, los beligerantes abrieronla campaña en la España Citerior y en la Ulterior simultáneamente. Sertorio y Perpenna la sostuvieron contra Pompeyo en la Celtiberia, y tomaron, venciendo la obstinada resistencia de la guarnicion romana, la importante plaza fuerte de *Contrebia* (hoy *Trillo* en la provincia de Guadalajara). Hirtuleyo, lugar-teniente de Sertorio, y vencedor de Domicio y de Manilio al comenzar la guerra, la sostuvo en la *Bética* contra Metelo Pio, que desde los Pirineos habíase corrido con su cuerpo de ejército á esta region.

Menos afortunado que su general en el sitio de Contrebia, Hirtuleyo fué completamente derrotado

á la vista de Sevilla, en las inmediaciones de Itálica, por Metelo Pio, que le puso 18000 hombres fuera de combate y le dejó cadáver con uno de sus hermanos entre los de sus soldados.

El resultado de esta campaña quedó indeciso entre los beligerantes, puesto que la fortuna caprichosa repartió entre ellos por partes iguales los triunfos y los reveses. La del año siguiente (75) comenzó favorable para los romanos y terminó con una espléndida victoria para los españoles. Metelo la principió venciendo por segunda vez los generales de Sertorio en la Bética, y Pompeyo derrotando á Perpenna en la region de los Suesetanios, y arrojándolo de Valencia. Alentados con tan brillantes victorias, los generales romanos convinieron en reunir sus respectivos ejércitos para terminar ejecutivamente y de una vez la guerra. Habian comenzado á poner en ejecucion su plan, cuando Sertorio, noticioso de él, trató de desbaratarlo interponiéndose entre ambos ejércitos para batirlos en detalle. Al efecto salió del pais de los *Berones*, (actual provincia de la Rioja), atravesó la Tarraconense, y dirigiéndose hácia las costas orientales encontró el ejército de Pompeyo en las márgenes del *Sucrona* (hoy rio Júcar). Empeñóse la mas sangrienta y porfiada batalla que registran los anales de aquella guerra, y en ella quedó completamente destrozado el ejército del *Gran* Pompeyo, quien se salvó casi solo, dejando 20,000 hombres tendidos sobre el campo. La pérdida de Sertorio fué casi igual, segun dice Plutarco.

Disponiase el afortunado vencedor á seguir el alcance de los fugitivos, cuando recibió la noticia de la próxima llegada al teatro de la accion, del anciano Metelo, al frente de sus legiones vencedoras en la Bética. Comprendió, á fuer de general esperimentado, lo aventurado que sería dar una segunda batalla á un ejército que llegaba de refresco, con tropas victoriosas eso sí, pero quebrantadas con lo costoso que les fué alcanzar aquella victoria, y en tal virtud dió órdenes para que sus soldados se fraccionasen en pequeñas divisiones, y marchasen por distintos caminos á reunirse en un punto señalado.

Entretanto los dispersos del ejército de Pompeyo se reunieron á Metelo, y ambos generales se dirigieron contra Sertorio, á quien alcanzaron en las inmediaciones de *Segoncia*, (hoy Sigüenza no léjos del nacimiento del Henares.) Trabóse la refriega con tal ímpetu por parte de los romanos, que las tropas españolas comenzaron por perder terreno y acabaron por dispersarse á pesar de los esfuerzos que á fin de contenerlas hizo Sertorio, quien corrió gran riesgo de ser hecho prisionero.

Encerrarónse los fugitivos en *Calagurris Násica* (Calahorra) donde fué á sitiarlos Metelo: mas antes de que el veterano general formalizase el cerco de la plaza, Sertorio la abandonó. Metelo tradujo por miedo aquella retirada, y se dió á sí mismo el dictado de vencedor.

La proximidad de la mala estacion obligó al engreido general á retirarse á sus cuarteles de invier-

no, en la Bética. Entró en Córdoba donde se hizo tributar honores casi divinos.

Pero en tanto que Metelo escitaba la murmuracion de los pueblos con su petulante arrogancia, Sertorio reunía un numeroso y disciplinado ejército, con el que sostuvo victoriosamente la campaña del año 75, fatigando y estenuando el de los romanos con marchas, contramarchas, sorpresas, emboscadas é interceptándoles convoyes, hasta que sorprendió á Metelo y Pompeyo delante de *Palancia*, ciudad importante de la Celtiberia. Obligóles á levantar el cerco en el momento en que se disponian á dar el asalto á la plaza, púsolos en precipitada fuga y los persiguió hasta *Calagurris* al pié de cuyos muros los alcanzó al fin, y les mató 3,000 hombres.

Metelo regresó á la Bética y Pompeyo traspuso los Pirineos para invernar en la Galia Narbonense.

La fama de los altos hechos de Sertorio llegó al Asia. Mitrídates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, le propuso (74) una alianza ofensiva y defensiva, que el *Anibal romano*, aceptó bajo condiciones, que hicieron esclamar al gran rey: *Si así se conduce cuando proscrito; ¿qué sería si fuese dictador en Roma?*

Desgraciadamente para España, este fué el último resplandor de la gloria y de la fortuna de Sertorio. Roma, despues de haber gastado inmensos tesoros de sangre y de dinero para resolver en su favor el problema planteado por las victorias del caudillo de los españoles, es á saber: si España seria de

Roma, ó Roma de España, temorosa de caer en el segundo estremo, recurrió al medio que siempre tenía dispuesto en la Península para cortar ejecutivamente todo nudo que no podía desatar. Apeló al asesinato.

Metelo puso á precio la cabeza de Sertorio, ofreciendo por ella mil talentos de plàta y veinte mil arpentas de tierra. Nadie, en España se dejó deslumbrar, por el pronto, por tan brillante ofrecimiento; mas dado el primer paso en la senda de la traicion y de la alevosía, no podia faltar quien la recorriese toda.

En efecto, Perpenna, que haciendo de la necesidad virtud, resignárase mal, de su grado á ocupar el segundo lugar al lado de un hombre que *ni caballero romano era*, juzgó la ocasion propicia para derribar el obstáculo que se oponía á que realizara el bello ideal que le trajo á España algunos años antes, y urdió una infame conspiracion contra la vida de su jefe.

Los conjurados, rpmanos todos, que ningun español manchó su honra con tan negra traicion, convidaron á Sertorio para presidir un banquete que dieron en celebridad de una falsa victoria, pretesto del festin, y en él cosieron á puñaladas al ilustre y memorable varon que hizo de España la rival de Roma.

El historiador latino, Veleyo Patérculo, dice que el suceso tuvo lugar en *Etosca*, hoy Aitona, á pocas leguas de Lérida, (año 78 antes de J. C.)

Perpenna y los principales jefes de la conspira-

cion cayeron en poder de Pompeyo, quien los hizo ajusticiar en castigo de su perfidia. Roma aprovechaba la traicion, mas queria eximirse de la nota de cómplice.

Muerto Sertorio, España resistió todavia algun tiempo á las armas victoriosas de Pompeyo; hasta que dos años despues, con la destruccion de *Calagurris*, pudo el Senado dar por completamente terminada la guerra Sertoriana. Su conclusion se señaló con un hecho no menos memorable que las heróicas defensas de Sagunto, Astapa y Numancia. *El hambre de Calahorra*, que ha pasado á proverbio, pero que no ha tenido segundo ejemplo. Cuenta, Valerio Máximo, que los desgraciados habitantes de aquella memorable ciudad, se vieron tan estrechamente cercados por las armas de Pompeyo, que no repugnaron *en salar los cadáveres para alimentarse con ellos y prolongar la resistencia.*

¿Cuál fué la situacion de *Andalucía* durante el breve pero glorioso periódo señalado por la existencia en España de aquel grande hombre, uno de los pocos con quienes la historia se ha visto obligada á mostrarse tan verídica como imparcial al referir sus proezas como consumado capitan, y sus hechos como admirable repúblico?

Aparece por la relacion de los escritores latinos contemporáneos ó posteriores á los acontecimientos que dejamos brevemente apuntados, que debió ser menos tormentosa y mas favorable para la prosperi-

dad de las artes de la paz, que la de las otras provincias de España; y que permaneció, durante el curso de aquellos sucesos, adicta á Roma; es decir, al elemento aristocrático que triunfó definitivamente en el gobierno de la gran República con la dictadura de Sila.

Esta adhesion se testifica con los repetidos triunfos que alcanzó sobre los generales de Sertorio el procónsul de la España ulterior, Cecilio Metelo Pio, durante los ocho años que duró *la guerra de la independencia;* se esplica por el título de pretoría la *más romana de todas,* con que desde mucho tiempo atras venía envaneciéndose, y se comprueba, además, con dos hechos importantes que revelan la existencia de un profundo antagonismo entre los habitantes de esta region y el grande hombre que llenó con su nombre la Europa y el mundo entónces conocído.

Vamos á esponerlos.

1.° Nuestros lectores recordarán que Sertorio hizo su primera entrada por la España Citerior, donde sentó sus reales y donde se granjeó desde luego numerosos amigos y aliados, así entre los españoles como entre los romanos proscritos por Sila. Recordarán, tambien, que su segunda espedicion, ó desembarco, se efectuó por las costas de la Bética; pero que inmediatamente se trasladó á las regiones N. E. de la Península, donde se estableció y desde donde estendió su gobierno por toda la Celtiberia, la Carpetania y la Lusitania, paises que dominó durante los ocho años de guerra, sin que en todo

el curso de los acontecimientos sonara su nombre en Andalucia de otra manera que asociado á las derrotas que sufrieron en ella sus lugar-tenientes.

2.° Victorioso de los ejércitos romanos y dueño Sertorio de toda la España citerior y de la Lusitania, establece un gobierno de hecho y de derecho, puesto que tuvo el asentimiento de los pueblos, y viene á constituir, ó estuvo á punto de constituir un grande Estado libre, poderoso é independiente, que llegó á contrabalancear el poder de Roma, árbitra desde mucho tiempo atrás, de los destinos del mundo. Crea un Senado á imitacion del romano, en el que reside el supremo poder legislativo, y del cual dependen todos los majistrados pretores, tribunos, cuestores y ediles, amoldando su carácter y funciones á la índole y necesidades de su nueva pátria; y para dar fuerza y estabilidad á este gobierno y facilitar su accion político-administrativa, conceptuándose dueño de toda España, la divide en dos grandes provincias ó distritos, ó por mejor decir, conserva la última division territorial hecha por el Senado despues de la muerte de Viriato, señalando á cada provincia una capital, centro respectivo de cada gobierno. Pero, ¿dónde establece aquellos centros? En *Évora*, ciudad de la Lusitania, y en *Huesca*, en la region de los *Ilerjetas*, (alto Aragon,) casi al pie de los montes Pirineos. En la primera fija su residencia habitual y establece la silla del Senado, y en la segunda funda una escuela pública, á manera de Universidad, donde se enseñaban ciencias y literatura greco-latina, bajo la direc-

cion de profesores venidos de Itália, á los hijos de las principales familias españolas.

Ahora bien; ¿no hubiera sido mas lógico y racional política, geográfica, estadística y hasta comercialmente considerado, que la capital de la España ulterior, es decir, el asiento del gobierno supremo del Estado, se hubiese establecido en Sevilla ó Córdoba, ciudades infinitamente mas importantes por su poblacion y situacion á orillas de un rio navegables que desemboca cerca del Estrecho de Gibraltar, y en el centro de la region mas fértil mas opulenta y mas civilizada de toda la península, que es *Évora,* pequeña ciudad de la Lusitania?

¿Cuál pudo ser la causa del marcado desvío con que Sertorio miró á la Bética? Contesten por nosotros los campos de Itálica, donde el valiente Hirtuleyo general Sertoriano, fué completamente destrozado por los soldados de Sila, sin duda por no haber podido contar con la alianza de Sevilla. Responda Córdoba, *solar de los patricios*, donde el veterano Metelo Pio, despues de su ilusorio triunfo sobre Sertorio en Calahorra, entró triunfalmente recibiendo honores *casi divinos*, entre fiestas y regocijos públicos, cuya descripcion revela que existía allí un grado de cultura moral y material que en poco le cedia al de Atenas en tiempo de Pericles y al de la Roma de los emperadores. En efecto, delante del desvanecido anciano, se representaron dramas alegóricos en que se ensalzaban sus victorias; coros de niños y de Vestales cantaron himnos de alabanza escritos por poetas cordobeses, y por último,

hallándose Metelo en un magnífico salon colgado de tapices, sentado en un trono de marfil incrustado de oro y plata, bajó de la bóveda un autómata representando la Fortuna, y le puso una corona en las sienes en tanto que sus cortesanos le envolvian en nubes de incienso.

Despues de fijar la consideracion en estos dos hechos que dejamos brevemente indicados, ¿qué mas pruebas se necesitan para confesar la existencia de un marcado antagonismo entre los pueblos de la Bética, cultos y civilizados, y en tal virtud adictos á la causa de la aristocracia romana, representada en España por los parciales de Sila, y el gran Sertorio, hechura y sucesor de Mário, y en este concepto representante de los intereses de esa clase desheredada y oprimida siempre, que se viene llamando pueblo, ó *plebe* desde la plaza de Atenas hasta la de la Bastilla pasando por el monte Aventino?

Andalucía, pues, durante la primera y mas memorable *Guerra de la Independencia* española, en tiempo de los romanos, si no formó alianza espresa, que sepamos, con los dominadores de la Península, se mantuvo neutral en la contienda empeñada por la redencion de la pátria comun. ¿Merece por ello el vituperio de la historia? Sí; si se nos prueba que fué un obstáculo, siquiera una rémora para la formacion de la nacionalidad española. Pero ¿teníase, acaso, en aquellas edades, la idea de unidad nacional? ¿Existia en las imaginaciones el gérmen siquiera de este gran principio que comenzó á florecer al

terminar la Edad media en Europa, y que hoy dia es la base constitutiva de la política nacional é internacional de los grandes pueblos modernos?

¡Cómo habia de existir, si las sociedades de la época histórica que venimos bosquejando tenian por maestros á los pueblos de la Grecia y por modelo á Roma!

Además, suponiendo la existencia, sea embrionaria, de este principio en aquella remota edad, no en *Andalucía*, sino en Sertorio deberia buscarse la causa de que no adquiriese todo su desarrollo.

En efecto; Sertorio mantuvo la division territorial de la Península hecha por el Senado romano; y aun la exajeró creando dos centros de gobierno, dos capitales, *Evora* en la Ulterior, *Huesca* en la Citerior.

Sertorio estableció en España la constitucion política de Roma, esto es, una ciudad y un solo pueblo libre y una nacion y muchos pueblos esclavos.

Sertorio, creó en beneficio de *Evora* y *Huesca* la hegemonía que en épocas desiguales ejercieron las grandes ciudades de la Grecia, y esto debió enagenarle las simpatías de Sevilla, Córdoba y de todas las grandes ciudades de *Andalucía*.

No le hacemos un cargo por ello; era romano antes que español, é hijo de aquel siglo en el que el derecho era privilegio de unos pocos, y la opresion el gobierno de los demás; pero señalamos estos hechos para esplicar la neutralidad, cuando menos, en que permaneció la *Andalucía* durante los años de la gloriosa y memorable *Guerra de la Indepen-*

dencia española en el siglo primero antes de J. C.

Finalmente, si la Lusitania, la Celtiberia y en general la España, impulsadas por Sertorio, dieron los primeros pasos bajo su direccion en la senda del progreso moral y material, *Andalucía* estaba hacia muchos siglos en pleno goce de aquel progreso.

Era la provincia *mas romana de todas*, y no quiso ser provincia Lusitánica ni Celtibérica.

VI.

Desde la muerte de Sertorio, año 73, hasta la paz de Augusto año 19 antes de J. C.

Tomada Calahorra, España quedó sometida á Roma, y tan quebrantada á resultas de sus heróicos é infructuosos esfuerzos por conquistar su independencia, que el vencedor la creyó completamente sojuzgada. En su virtud, Pompeyo y Metelo licenciaron sus tropas y regresaron á Roma, cuyo Senado concedió por segunda vez los honores del triunfo á Pompeyo, antes de que su edad le permitiese tomar asiento entre los padres conscriptos.

A la guerra sertoriana sucedieron algunos años de paz para la Península. Sin embargo, el Senado romano, que no apartaba los ojos de esta, la mas pingüe y á la par temible, de las provincias del imperio, acordó gobernarla, como en otro tiempo, por pretores revestidos de las potestades civil y militar.

El año 69 antes de J. C. pisó por primera vez el suelo español, en Andalucía, Cayo Julio César, en calidad de cuestor del pretor de la Ulterior, Antis-

tio Tuberon. España debia ser la cuna de la grandeza de César, y en ella habia de dar la primera prueba de su audáz ambicion. Cuenta Suetonio *(Vida de los doce Césares)* que recorriendo los pueblos de la Bética en ejercicio de su cargo, llegó á Cádiz, y en una visita que hizo al templo de Hércules lloró ante el busto de Alejandro el Grande, considerando que á la edad en que el hijo de Filipo habia conquistado un mundo, él no se habia dado todavía á conocer. Poco tiempo despues regresó á Italia, donde pasó por todos los grados de la magistratura, necesarios, segun la ley, para obtener el mando de un ejército.

Nombrado pretor, el año 60, de la Bética y la Lusitania, apenas se hizo cargo de su gobierno declaró con razon ó sin ella la guerra á los lusitanos; los venció y llevó sus armas victoriosas por las costas del Occéano, hasta el puerto de *Brigantino* (hoy la Coruña). No fué, ciertamente, el afan de gloria, ni la necesidad de afianzar su dominio el móvil que le impulsó á llevar á cabo tan arriesgada espedicion. César al salir de Roma para España, debia unos 1300 talentos (próximamente 27 millones de reales) que pagó religiosamente á su regreso. El Senado *castigó* este acto de vandalismo poniendo á César en el caso de optar entre los honores del triunfo y la dignidad consular. El descendiente de *Vénus* y de *Anco Marcio*, como él se titulaba, optó por la magistratura suprema, á fin de asociarse á Craso y Pompeyo, y formar con ellos el primer triunvirato que dirigió los negocios públicos durante aquella

época de turbulencia y desenfreno, que debia cambiar la faz del orbe Romano.

Rara coincidencia; aquellos tres hombres que con su talento y desmedida ambicion supieron esplotar en su particular beneficio, la anarquía á que los partidos habian conducido á Roma, y arrojar la República como un cadáver corrompido en la fosa de un cesarismo sin virtudes, sacaron de España vandálicamente el oro con que compraron al Senado y al pueblo romano. Craso, á la cabeza de una compañía de forajidos, á pretesto de restablecer la autoridad de Sila, saqueó á Málaga y otras muchas ciudades de la Bética; César, al frente de un cuerpo de ejército, salió á merodear en grande escala por los pueblos de Lusitania y de Galicia, para allegar los millones que le reclamaban sus acreedores, y comprar los votos que le habian de elevar á todos los cargos hasta la suprema magistratura, y si de Pompeyo no cuenta la historia iguales escandalosos abusos de fuerza y autoridad, tampoco niega que se enriqueciera, despues de vencida definitivamente la causa de Sertorio, como se enriquecieron todos los pretores y pro-cónsules en España. ¿Qué estraño es que Roma tuviese fija constantemente la vista en la Península, y que se impusiera todo género de sacrificios por conservar esta *inagotable mina* que proveia á todos los escesos de su refinada molicie, de su desenfrenada codicia y de su proverbial venalidad?

¡Ah! cuando algunos historiadores estrangeros, cegados por la pasion y sin verdadero conocimiento

de causa, amontonan tremendas acusaciones contra los capitanes españoles descubridores y conquistadores de las Américas, á quienes pintan no como desalmados foragidos, que á tanto no se atreven embargados por un resto de pudor, sino como despiadados aventureros, de cuyo pecho la codicia habia espulsado todo sentimiento de humanidad, sin duda echan un velo sobre los 200 años que duró la conquista de España por los romanos; que á no olvidarlos, disculparian hechos que son meras *faltas*, puestos en parangon con los grandes *crímenes* de aquella que llegó á dar leyes al orbe.

Corría el año 55, y España ajena á las luchas intestinas que precipitaban el término de la República romana, gozaba de una calma parecida á la que precede á los huracanes en la línea Equinoccial.

Trascurrido el año consular de César, los triunviros se repartieron las provincias mas pingües de la República. Cúpole á Craso la Siria y regiones circunvecinas; á César las Galias y la Germania, y á Pompeyo la España y el África romana. Con el oro robado á los españoles, *compraron* del Senado y pueblo de Roma, la ratificacion del tratado que celebraran secretamente entre ellos, merced al cual se hacian dueños de todo el imperio y daban el golpe mortal á la República.

Pompeyo envió á España en calidad de pro-pretores á Afranio, Petreyo y Varron. Encargóse el primero del gobierno de la Citerior, el segundo de la region llamada hoy Estremadura, y el tercero de la Bética, la Lusitania y el país de los Vetones.

Prolongóse todavía la paz en España, hasta que con la muerte de Craso (57), que pereció con todo su ejército en los arenales de la Mesopotamia, vencido por los Partos, se disolvió el triunvirato, quedando frente á frente César y Pompeyo; el primero *aspirando á crearse un trono, el segundo esperando á que se lo dieran.*

Muerto el único hombre que mantenia el equilibrio entre aquellos dos grandes ambiciosos, que aborreciéndose de corazon se respetaban, en la apariencia, por temor de que Craso inclinase la balanza en favor de uno de ellos, cesó todo miramiento, y estalló su rivalidad de un modo fatal para Roma y no menos fatal para España, que eligieron para teatro de su sangrienta y prolongada discordia.

Ocho años hacia que Pompeyo tenia el gobierno de España y África, que regia desde Roma por medio de sus lugar-tenientes, cuando César (50-48), sabedor de que su pretension al Consulado y la de la prolongacion de su gobierno en las Galias y en la Germania, habian sido desechadas por el Senado á influjo de Pompeyo y de sus parciales, pronunció aquellas célebres palabras, puesta la mano sobre la empuñadura de su espada: *Esta conseguirá lo que se me niega con tanta injusticia;* y, en efecto, poco tiempo despues pasó el Rubicon, esclamando: *¡La suerte está echada!*

En 70 dias conquistó la Italia y sojuzgó la Sicilia y la Cerdeña por medio de sus generales. Dirigióse luego sobre Roma, que Pompeyo abandonó precipitadamente, entró en la ciudad, y se apoderó

del tesoro público á pesar de las protestas del tribuno Metello. Retirado Pompeyo á su campamento de Dirrachio, César se hizo nombrar dictador.

Dueño de Roma, resolvió atacar á su rival en el centro de su poder, es decir, en España, dominada á la sazon por los tenientes de Pompeyo, que tenian bajo sus órdenes siete legiones de soldados veteranos: Afranio, con tres, ocupaba la *Citerior;* Petreyo con dos, la Lusitania, y Varron con las restantes, la Bética toda hasta el Estrecho de Gibraltar.

Con objeto de activar la guerra, César encargó del gobierno de Roma al pretor Lépido y del de Italia á Marco Antonio, y se dirigió á España por mar, en tanto que su teniente Fabio, con cinco legiones entraba por los Pirineos.

Noticiosos los pro-pretores Afranio y Petreyo del peligro que les amenazaba, reunieron sus legiones cerca de Ilerda (Lérida) á orillas del Sicoris, donde habian dado cita á Varron. Mas el pro-pretor de la Bética, no estimó conveniente á sus *particulares intereses,* abandonar el país cuya defensa le habia sido confiada. Esta fué la causa y principio de todos los descalabros que Pompeyo sufrió en la Península.

Fabio atravesó sin obstáculo los Pirineos y llegó á la confluencia del *Sícoris* (Segre) y del Cinca donde estableció sus reales. César desembarcó en Ampurias y se encaminó por el Ebro, para unirse con su lugar-teniente. En las inmediaciones de Ilerda se trabó una refriega en la que los soldados

de César tuvieron que ceder el campo á las tropas españolas; cuyo denuedo y briosa manera de combatir era desconocida á los veteranos del Dictador.

Aquel pasajero triunfo fué el primero y el único que obtuvieron las legiones de Pompeyo en toda aquella campaña, que ganó César con su génio militar y sus hábiles maniobras, sin derramar sangre. Tan sábiamente estuvo dirigida, que á pesar de poder ser comparada con una partida de ajedrez, por lo incruenta que fué, César obligó á los generales de Pompeyo á pedir una capitulacion que les fué otorgada bajo las mas honrosas condiciones, puesto que se redujeron á que Afranio y Petreyo saldrian inmediatamente de España, que no volverian á hacer armas contra él, y que licenciarian sus tropas españolas, que se restituyeron á sus hogares con los honores de la guerra.

Así terminó la primera campaña de César contra Pompeyo en la Península; campaña que granjeó al dictador de Roma la admiracion y el cariño de los españoles, poco acostumbrados á ser tratados con tanto desinterés y magnanimidad por los romanos.

Con la capitulacion de los generales pompeyanos, César quedó dueño de toda la España á escepcion de la Ulterior, donde se encontraba Varron con dos legiones, resuelto á conservar aquellas provincias á Pompeyo. Al efecto puso en armas las ciudades y plazas fuertes de la Bética, mandó construir una armada de galeras en los *astilleros de Cádiz y Sevilla*, é impuso al pais una contribucion es-

traordinaria para atender á los gastos de la guerra que veia inevitable.

Noticioso César de los grandes aprestos que hacia Varron para contrarestarle, envió á Q. Casio Longino con dos legiones á la Bética, recomendándole que atrajese con medidas conciliadoras las poblaciones á su partido, y que las invitase á concurrir por medio de diputados á Córdoba, donde habrian de recibirle el dia que señaló para verificar su entrada en la ciudad *solar de los patricios*. Sus órdenes fueron cumplidas fielmente. César entró en Córdoba con un grandioso aparato militar y con demostraciones de júbilo por parte de sus habitantes.

Ni la significacion del recibimiento que la ciudad patricia hizo al dictador de Roma, ni el prestigio guerrero inseparable de aquel gran capitan, intimidaron el ánimo de Varron, quien leal á la causa de Pompeyo, reunió el mayor número posible de tropas, y marchó diligente sobre Córdoba, dispuesto á apoderarse de la ciudad y del ilustre huésped que se abrigaba dentro de sus muros.

Sin la nobleza de los moradores de Córdoba, que se prepararon para hacer una desesperada resistencia, la estrella de César se hubiera eclipsado mucho antes de que el puñal de Bruto la hubiese apagado para siempre.

Frustrado su primer intento, Varron retrocedió hácia Carmona, plaza reputada á la sazon como la mas fuerte de la Bética, con ánimo de establecer en ella la base de sus operaciones futuras. En el camino recibió la inesperada nueva de haberse su-

blevado el vecindario de la plaza, y espulsado de ella la guarnicion compuesta de soldados pompeyanos. Este segundo descalabro que lo colocaba en una situacion por demás comprometida, le hizo pensar en retirarse hácia los pueblos de la costa, donde creia contar con poderosos elementos, si nó de ataque, al menos de resistencia. Emprendió, pues, la retirada hácia Cádiz, donde se proponia hacerse fuerte; mas vióse de nuevo atajado en su propósito con la noticia que recibió de haber los gaditanos lanzado la guarnicion, y estar dispuestos á entregarse á César si intentaba sitiar la plaza.

Detúvose Varron en el punto donde se encontraba, esto es, en las inmediaciones de Sevilla, y plantó su campo para darse lugar á discurrir sobre los medios mas convenientes de salvar lo difícil de su situacion. Sacóle de tan penosa incertidumbre la desercion de una corta legion de españoles, llamada la *Vernácula*, que plegó su bandera y se retiró á Sevilla, cuyos moradores recibieron entre víctores y aplausos á los desertores.

Varron levantó el campo apresuradamente, y se dirigió sobre Itálica, que tambien se negó á recibirle dentro de sus muros. Este último golpe le hizo comprender que la causa que defendia estaba completamente perdida en la Bética. En tal virtud, viéndose en la imposibilidad de permanecer en el pais y aun de retirarse á Itália, resolvió someterse con su ejército á César.

Algun historiador ha atribuido á venalidad la última resolucion del general Pompeyano. Noso-

tros creemos que la codicia terminó la obra que las exacciones y la rapiña habian comenzado en la Bética.

César admitió lo que el pro-pretor le ofrecia, á condicion de que diera estrecha cuenta del tiempo de su gobierno. Varron se conformó, haciendo de la necesidad virtud. Aquel acto sin ejemplo hasta entonces en España, se verificó en presencia de los diputados de las ciudades convocados en Córdoba poco tiempo antes, con motivo de la entrada de Julio César.

Dos dias despues el dictador de Roma se puso en camino para Cádiz. A su llegada mandó devolvolver al templo de Hércules los tesoros que Varron le habia arrebatado; hizo publicar muchos edictos de utilidad pública, y concedió á todos sus habitantes el derecho de ciudadanos romanos. Hecho lo cual, se embarcó en la misma armada que Varron mandara equipar contra él, y dió la vela para Itália.

Andalucía, pues, como el resto de la Península, quedó sometida á César en una breve campaña, en la que el desinterés y la justicia ocuparon el lugar de las armas: campaña pacífica, puesto que el vencedor derramó beneficios que no costaron una sola gota de sangre, y que hubiera sido duradera como todo lo que se cimenta en los eternos principios de la moral y del bien público, si desgraciadamente, César, no hubiera nombrado pro-pretor de la Bética á Quinto Casio Longino, hombre en cuyas venas estaba inoculado el virus de la codicia que

corrompia la sangre de los romanos de aquella época. Así que no bien se vió al frente del gobierno investido de un poder ilimitado y casi irresponsable, comenzó á cometer tantos y tan repetidos actos de repugnante avaricia, lo mismo sobre los romanos que sobre los españoles, que se unieron todos para concluir con la insoportable tiranía dando muerte á quien tan sin pudor saqueaba el pais. Formaron esta conjuracion varios hombres principales naturales de Córdoba é Itálica y algunos patricios romanos, que en un dia señalado sorprendieron al pretor en una calle de Córdoba, donde le acometieron y derribaron en tierra herido de muchas puñaladas. Acudió su guardia, que logró á duras penas sacarle vivo todavía de manos de los conjurados, y conducirle á su palacio, desde donde dictó, no bien hubo desaparecido la gravedad de su situacion, los mas sanguinarios decretos para vengarse de sus enemigos. Aquella tremenda manifestacion del descontento público, en lugar de inducirle á cambiar de sistema, parece que solo sirvió para avivar su insaciable sed de oro; á tal punto, que á partir de aquel dia su rapacidad no tuvo límites, ni se contuvo ante ninguna consideracion.

Tan desapoderada conducta acabó por producir una sublevacion general en el pais, que á una voz y como un solo hombre se alzó contra Casio Longino á quien abandonaron en tan apurado trance hasta sus mismas tropas, que unidas al pueblo de Córdoba declararon depuesto al pretor. Este que se en-

contraba á la sazon en Sevilla organizando, por mandado de César, un ejército que debia embarcarse para Africa, dió órden de dirigirle contra la ciudad sublevada para castigar á los rebeldes; pero con gran sorpresa suya no solo fué desobedecida, sino que las tropas que debian embarcarse eligieron nuevo caudillo, quien las encaminó á marchas forzadas hacia Córdoba dispuesto á hacer causa comun con los sublevados.

Longino pidió socorro á Lépido, pretor de la España Citerior, quien se negó á facilitárselo reconociendo la justicia de una sublevacion provocada por los mas irritantes abusos de fuerza y de poder, y legitimada por el derecho que asiste á todo hombre para defender su familia y propiedad contra quien quiera que intente despojarle de ambas cosas.

Casio abandonado de todo el mundo, y cuidadoso ya solo de conservar las inmensas riquezas que habia atesorado por los mas reprobados medios, aprovechó la ocasion de haber espirado el tiempo de su pretura para regresar á Italia á gozar del fruto de sus rapiñas. Entregó el mando á Marcelo, pretor elegido por el ejército sublevado, y se dirigió á Málaga donde se embarcó. Sorprendido por una deshecha borrasca, cerca de los Alfaques, el buque que *conducia á Casio y su fortuna* naufragó sobre la costa, desapareciendo asi sepultado entre las olas el pretor con sus riquezas.

El desastroso fin de aquel avaro sin pudor, no dejó desagraviados ni satisfechos á los habitantes de la Bética, no acostumbrados, como las otras provin-

cias de España, á ser tratados por los romanos como pais conquistado, privados del derecho de gentes y entregados sin recurso á la rapacidad del conquistador. Así que muy luego quedó olvidada la equitativa y generosa conducta que observó César en Córdoba cuando el proceso de Varron, y el país le hizo responsable de las demasias de su lugar-teniente.

Pronto veremos cuán funestos resultados tuvieron para Andalucía los sucesos que quedan rápidamente bosquejados, y cuánta sangre española y romana costó la animosidad que provocaron los robos y exacciones del pretor Longino.

Mientras *Andalucia* se ajitaba para sacudir la lepra de la codicia romana, la rivalidad entre César y Pompeyo se acercaba á pasos agigantados al término de su *primer desenlace:* y decimos *primero*, porque, en realidad, el definitivo debia tener lugar en la Bética, de una manera infinitamente mas trájica que aquella que el destino le dió en los campos de la Tesália.

Despues del paso del *Rubicon*, y de la toma de *Rimini* por César, Pompeyo y el Senado se retiraron á Grécia, acompañados de la flor de la nobleza romana, y de un ejército y escuadra formidables. Separados con esto los obstáculos que se oponian á la ambicion de César, hízose nombrar sin dificultad dictador y cónsul para el año siguiente. Doce dias despues renunció al poder supremo, y se puso en marcha para hacer la guerra á Pompeyo en Grécia. Llegado que fué, ofreció la paz á su rival, que le

contestó con la guerra, obligándole á levantar el sitio de Durazzo. César se retiró á la Tesalia, donde se atrincheró en las orillas del Enipo, entre *Farsalia* y Tebas. Siguióle de cerca Pompeyo, y muy luego se empeñó (20 de Junio 48) aquella célebre batalla que lleva en la historia el nombre de Farsalia, en la que el gran Pompeyo quedó completamente derrotado, perdiendo 15,000 hombres en tanto que su afortunado rival solo perdió *doscientos*.

Napoleon I esplica esta enorme é increible diferencia, diciendo que los soldados de César estaban ejercitados en las guerras del Norte, y los de su enemigo en las del Ásia.

Vencido Pompeyo, atravesó fugitivo la Tesalia, y se embarcó para Lesbos donde se le unieron su esposa Cornelia y su hijo mayor Sesto. De Lesbos se dirigió á Egipto en busca de un refugio, y encontró la muerte, decretada ó consentida por Tolomeo XII, deseoso de congraciarse con el vencedor, y ejecutada por Aquilas, general egipcio, y Sempronio, antiguo centurion romano.

De regreso en Roma despues de su espléndido triunfo sobre Pompeyo, y de sus fáciles victorias sobre Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y sobre Deyotaro, rey de los Galatas y partidario de Pompeyo, César recibió los mas señalados honores, se le nombró dictador por diez años, y se declaró sagrada su persona.

Parecia llegada la hora de reposo para el imperio romano, y, sobre todo, para la *ciudad* y para España, desgarradas ambas, mas que otro punto al-

guno de la tierra, por las ambiciones de los grandes, por las discordias intestinas, por la anarquía, las facciones y la guerra civil. Sin embargo, no fué así para Andalucía que vió amanecer, cuando menos lo esperaba, el dia de la espiacion de una falta que *no cometió*, y la hora del castigo de un crímen del cual nos es forzoso absolverla, toda vez que no le cabe ninguna responsabilidad en él. Verdad es, que en dos ocasiones tuvo en sus manos la suerte de Roma, y que si en cualquiera de ellas hubiese echado su espada en la balanza, la que en tiempo de Augusto se envaneció con el título de *Señora del mundo,* en los de Viriato ó de Sertorio, hubiera vuelto á los de Rómulo. En efecto, suponed á la Bética aliada de la Celtiberia y de la Lusitania en la *guerra de los Salteadores*, y el *primer terror de Roma* no hubiese dado lugar al segundo; de la misma manera, suponedla unida á la causa de la independencia española representada por Sertorio, y Roma habria sido trasladada á Évora, Huesca, Córdoba ó Sevilla.

Pero no es dado al hombre anticipar las edades, ni á las sociedades resolver los problemas cuya solucion se ha reservado el tiempo. La humanidad no avanza á saltos desordenados; se adelanta pausada y sistemáticamente, obedeciendo á la ley santa del progreso, á través de los siglos cada uno de los cuales es una jornada de etapa que tiene que recorrer fatalmente para llegar al punto de su destino.

Lo hemos dicho anteriormente y lo repetimos, no para que sirva de disculpa á la actitud en que

se mantuvo la Bética, durante aquellas dos memorables guerras que tuvieron todo el carácter de independencia nacional, sino por que es un hecho perféctamente histórico, y que no debe perderse ni un momento de vista al estudiar los sucesos de aquella dilatada época. Lo hemos dicho é insistimos en ello, la idea de unidad nacional, la de intereses generales, la de provincias unidas políticamente, y, en suma, la de fusion de razas eran completamente desconocidas de los hombres de aquellos primeros tiempos históricos, para quienes no existia otro mundo mas allá de los límites de su localidad, ni otro interés sagrado en materia de defensa nacional, que el de protéger sus hogares y el pedazo de tierra con que alimentaban á su familia. Entonces no habia España propiamente dicha, ni asomos de gobierno central, ni de confederacion de Estados, ni de federalismo, ni, en fin, lazo alguno que uniera los intereses, no precisamente encontrados y antagonistas, sino desligados los unos de los otros, de los varios pueblos de distinto orígen que vivian en las diferentes regiones de la península Ibérica.

No fuera justo, pues, exigir de los hijos de Andalucía lo que no se podria pedir á ningun otro pueblo de la tierra; y por lo tanto, seria una irritante injusticia fallar en esta causa: que la guerra civil que estalló en la Bética, en los tiempos que venimos historiando, fué un merecido castigo, una espiacion inevitable de la falta que cometiera permaneciendo neutral entre los españoles y los romanos, durante las dos guerras de la independencia

de España. Además, que si pecado fué en los andaluces, en él incurrieron los cántabros y los astures, que solo se levantaron en armas para la defensa de la libertad comun, cuando vieron penetrar en sus montañas las águilas romanas guiadas al combate por Augusto en persona.

Bosquejemos brevemente, tales como nos lo permiten los límites que nos hemos trazado en esta reseña general, los sucesos de la primera

Guerra civil en Andalucía.

Vencido el ejército de Pompeyo en los campos de la Tesália, Caton de *Utica*, que habia abrazado su causa, reunió en *Corcira* (hoy Corfú) algunas cohortes fugitivas de la derrota de Farsalia. Uniéronsele muy luego los hijos del finado rival de César, y muchos hombres ilustres que no desesperaban todavía del triunfo de su causa. Con ellos formó un respetable cuerpo de ejército, pasó al África y se apoderó de *Cirene*, ciudad importante de la Cirenáica, region al O. de la Libia esterior. Dueño del país, atrajo á su causa á *Juba*, rey de la Mauritania, y tomó á su sueldo y servicio la temible caballería númida. A tener mas union y disciplina los partidarios de Pompeyo, es posible que el vencedor de Farsalia hubiera acabado por ser el vencido de África ó de España.

El génio y la poderosa actividad de César cayeron como un rayo sobre aquellos mal subordinados proscriptos, que quedaron vencidos en la batalla de *Tapso*, en la que perdieron 15,000 hombres.

Neyo y Sexto Pompeyo reunieron las reliquias de su ejército; y en tanto que el vencedor volvia á Roma, despues de dejar asegurada el África romana y sojuzgadas la Numidia y la Mauritania, ellos combinaban el plan para buscar en España un desquite de las derrotas de *Farsalia* y *Tapso*.

Neyo, pues, ardiendo en sed de venganza, hizo un llamamiento á todos los amigos y parciales de su padre, que dispersos por Europa, Asia y África, y soñando con planes de restauracion pompeyana, solo esperaban ser llamados á un punto para reunirse en él. Acudieron á la voz del jóven caudillo, y formaron un numeroso ejército pronto para entrar en campaña.

Terminados los preparativos, embarcáronse en una escuadra que los condujo á las islas Baleares, donde cayó enfermo Neyo, contrariando asi la impaciencia de sus amigos.

Con la ocupacion de las Baleares coincidió un levantamiento general en *Andalucía*, trabajada desde algun tiempo por los parciales de Pompeyo en favor de la causa que tan rudos golpes habia recibido en la Tesalia y en la Cirenáica. Fué tan súbito, tan vigoroso y tan unánime aquel alzamiento, que á los pocos dias de su esplosion, el pretor Cayo Trebonio, que mantenia en la Bética la autoridad de César, perdió todas las ciudades y plazas fuer-

tes á escepcion de *Ulia*, pueblo importante junto á Córdoba.

Muy luego llegaron Sexto con una escuadra procedente de Africa, y Neyo al frente de un ejército, que unido al que el pais habia levantado, constituyó una fuerza militar imponente capaz de sostener la campaña con probabilidades de éxito, contra César. Neyo fué aclamado jefe de los ejércitos aliados, é investido de facultades estraordinarias para la defensa del país.

Llegó á Roma la noticia abultada del ya formidable alzamiento de la provincia mas importante de España por sus poblaciones, riqueza é inmensos recursos; y con ella la de la completa derrota de las legiones mandadas por el pretor Trebonio. La nueva sorprendió á César, y llenó su ánimo de inquietud, tanto por lo inesperado del suceso, cuanto porque presentaba un aspecto verdaderamente amenazador para el poder, que á fuerza de génio, audacia y fortuna se habia creado el dictador de Roma. En efecto, una sublevacion general de la Bética, que ya se habia estendido por la mayor parte de la Citerior y Ulterior, es decir, que se habia generalizado en un pais que en las guerras anteriores se midiera de poder á poder con la república que daba leyes al mundo, poniéndola en todas ellas al borde del precipicio; una sublevacion que recordaba á Viriato, Sertorio y Numancia, cuya sangre caliente todavia clamaba al cielo pidiendo venganza; una sublevacion, en fin, en un pais que no le cedia á Roma en recursos de todo géne-

ro para combatir, y que la superaba en el número y valor de sus soldados, no era una de aquellas rebeliones tan frecuentes como fácilmente reprimidas en la vasta estension de los dominios del imperio, sino una guerra preñada de siniestros presagios, que anunciaban el *tercer terror de Roma*; de Roma, que á la sazon no se encontraba en condiciones de vencer como venció, trabajosamente, en las que le precedieron.

Además, concurria en ella una circunstancia que la hacía verdaderamente terrible para el dictador: esta circunstancia fué, que á diferencia de las anteriores, en las cuales España, puede decirse, luchó con sus solas fuerzas y recursos contra Roma unida, en esta lucha contaba con el auxilio de la parcialidad mas poderosa é influyente, enemiga de César. Mas claro, Viriato, Numancia y Sertorio combatieron solo por la independencia de España contra el poder de la República unida y compacta para defender la integridad de sus dominios; mas en esta ocasion, España tenia por aliados á Sexto y Neyo, representantes de los intereses, de las aspiraciones y de los rencores del partido aristocrático que tuvo por jefes á Sila y á Pompeyo, para disputar á César, continuador de la política de Mario, el derecho de gobernar el mundo.

Estas graves consideraciones debieron mover al dictador á no fiar el éxito de la empresa, es decir, su propia *fortuna* á otro génio político-militar que no fuera el suyo. Asi que vino por cuarta vez á España (año 47 antes de J. C.) con una diligencia

tal, que se revela en ella la inmensa importancia que para su gloria é intereses concedia á esta guerra; la primera, nótese bien, que en el trascurso de los siglos estallaba en Andalucía, region que pocos años antes se habia mostrado muy adicta á César contra los intereses de Pompeyo, cuya defensa tomaba entusiasmada en esta ocasion. Luego veremos por qué causa.

El dictador, pues, salió apresuradamente de Roma, desembarcó en Sagunto, y haciendo prodigios de celeridad, llegó en 27 dias á *Obulco*, (Porcuna) ciudad antigua de la Bética, fundada por los Fenicios. En su rápida marcha, antes de penetrar en *Andalucía*, atrajo á su partido todas las plazas de la España citerior, en las costas del Mediterráneo, que habian secundado el alzamiento de Andalucía en favor de la causa de los hijos de Pompeyo; y esto sin derramar sangre. César pudo repetir, antes de romper las hostilidades en la Bética, aquella célebre y lacónica frase con que poco tiempo antes describiera su rápida y victoriosa campaña contra Farnaces rey del Bósforo Cimerio: *vine, vi, vencí*.

Desgraciadamente para los partidarios de Pompeyo, y para el pais, César no pudo repetir estas palabras en la Bética. Decimos desgraciadamente, porque al fin tuvieron que sucumbir despues de dos años de una guerra acaso la mas cruel y sanguinaria de todas cuantas sostuvieron los romanos en España, en la que comprometidos los hijos de *Andalucía* sufrieron todos los horrores y pasaron

por todas las implacables venganzas que son el fatal acompañamiento de las guerras civiles.

Desde el comienzo de la campaña pudo conocer el dictador de Roma que la fortuna no le habia abandonado todavía, puesto que se encontraba en una situacion ventajosísima para proseguirla con la misma celeridad con que la habia empezado, y para estrechar á su enemigo en términos de que le fuera imposible hacer una larga resistencia.

En efecto, con la adhesion á su causa de toda la España Citerior y con la neutralidad en que perpermanecía una gran parte de la Ulterior, la guerra quedaba encerrada en los límites de Andalucía. Además, habiendo sido vencida junto á Carteya, en el Estrecho, la armada de los hijos de Pompeyo por la de César mandada por Accio Varo, quedaba dueño del mar como ya lo estaba de todos los puertos de la costa, cortando así toda comunicacion á los sublevados con sus amigos de fuera de España; y por último, encontrábase en una posicion estratéjica ventajosisima en el centro mismo de la insurreccion, entre Córdoba donde tenía muchos parciales, y *Ulia* (hoy Montemayor) plaza fuerte donde permanecian defendiéndose los restos del ejército del pretor Trebonio, derrotado en los primeros dias de la sublevacion.

Así que, no bien hubo César sentado sus reales en *Obulco*, recibió mensajeros que le enviaban sus parciales de Córdoba y sus soldados de *Ulia*, pidiéndole que acudiese diligente en auxilio de ambas plazas. Así lo hizo y con esa maravillosa celeridad

que distinguia todas sus operaciones militares, y esa viva perspicacia que le caracterizaba, dividió su ejército, y cayó casi simultáneamente sobre las dos ciudades que le pidieron socorro. Introdujo en *Ulia*, sitiada por Neyo Pompeyo, un cuerpo de tropas, que logró su intento favorecido por el desorden de una noche tempestuosa, y él, con la porcion mas considerable, cuyo mando personal se habia reservado, se puso sobre Córdoba cuyo sitio formalizó ejecutivamente.

Reforzada la guarnicion de Ulia, y alentada con la proximidad de César, hizo una vigorosa salida que obligó á Neyo á levantar el cerco y refugiarse en la capital.

Siendo verdad que las mismas causas producen los mismos efectos, el suceso de Ulia debia tener eco en Córdoba. Y asi fué; reforzado Sexto con el ejército de Neyo puso la ciudad en tal estado de defensa, que preveyendo el dictador lo prolongado que habia de ser el sitio, y vista la necesidad en que se encontraba de obtener triunfos rápidos y brillantes para atajar la guerra civil que ya devoraba los recursos de esta su provincia predilecta, levantó el sitio y se trasladó sobre *Ategua* (hoy ruinas de Teba la vieja) fortaleza la mas importante de aquella comarca, donde los hermanos Pompeyo tenian sus almacenes de armas y repuestos de provisiones de boca. Asentó su campo y lo atrincheró fuertemente á la vista de la plaza, en los campos de *Postuncio*, posicion ventajosa, y formalizó el cerco de manera á hacer dificil una larga resistencia por parte de los sitiados.

Entre tanto no se descuidaba Neyo cuya prevision en aquel trance de la guerra no le iba en zaga á la de César. En su consecuencia, dejó encomendada á su hermano la defensa de Córdoba, y juntando un ejército de 60,000 hombres compuesto de soldados romanos, africanos y en su mayor parte de españoles, llegó en horas sobre el campamento del dictador, que atacó denodadamente favorecido por la oscuridad de una noche tempestuosa, y lo puso en el mayor apuro destrozando ejecutivamente sus grandes guardias avanzadas. En la noche siguiente renovó el ataque con no menos fortuna, puesto que logró introducir un considerable resfuerzo en la plaza sitiada.

Conceptuando suficientemente abastecida la fortaleza, y en estado de resistir durante mucho tiempo al enemigo, retrocedió con propósito de asentar su campo allende el *Salsa* (Guadajoz) en la falda de un cerro situado entre *Ategua*, y *Ucubi* (hoy Espejo) desde donde podria tener sitiado el campo de los sitiadores. Una vez fortificado el suyo para asegurarse la retirada, atacó los reales de César, con mala fortuna, puesto que fué rechazado con pérdida considerable. En su vista levantó el campo y fuese á situarlo próximo al del enemigo en una posicion ventajosa; desde donde daba frecuentes rebatos sobre el de César que continuaba estrechando mas y mas la fortaleza de *Ategua*.

Prolongábase el asedio mas de lo que habia previsto el Dictador, y de lo que convenia á sus intereses, puesto que en tanto que se veia obligado á

encerrar sus operaciones militares en los estrechos límites de la jurisdiccion de *Ategua*, el resto de Andalucía continuaba adicto á la causa de Pompeyo, y le facilitaba todos los recursos necesarios para sostener una guerra que amenazaba ser tanto ó mas funesta para la Roma imperial que proyectaba fundar César, como lo fueron las de Viriato y Sertorio para Roma republicana.

Esta consideracion y la inminencia del peligro movieron el ánimo del Dictador á recurrir á un medio que le facilitase la terminacion del conflicto. Como tuviera en la plaza amigos y parciales de su causa, púsose en inteligencia con ellos y derramó el oro á manos llenas para penetrar en la ciudad por la puerta de la traicion. Súpolo á tiempo el general que mandaba en nombre de Pompeyo, y apoderándose de todos los conjurados en número crecido, mandó degollar á los unos, despeñar á los otros y alancear á los mas. Los estremos de crueldad á que se entregaron los parciales de Pompeyo fueron tan inhumanos é impolíticos, que produjeron entre los bandos una lucha sin cuartel que se renovaba todos los dia inundando en sangre las calles de la ciudad. El resultado fué, que quebrantado el teson de todos y acobardados los ánimos, resolvieron entregarse á César, de cuyas manos no era posible recibieran un castigo mas cruel que el que sufrian de la feroz anarquía que los devoraba.

Rendida la plaza bajo honrosas condiciones, César la dejó bien guarnecida, y marchó sobre *Ucubi* (hoy villa de Espejo) plaza fuerte situada á

dos leguas de Ategua, en la que contaba con numerosos partidarios. Mas habíale precedido Neyo, quien los hizo prender antes de la llegada del Dictador, y les mandó dar muerte á todos; estremando su coraje como lo habia hecho su lugar-teniente en Ategua. Tal esceso de ferocidad y tan bárbaras venganzas fueron funestas á la causa de Pompeyo. Cundió la indignacion y comenzaron á desertar de sus banderas los parientes, los deudos y los amigos de las víctimas, recelosos de ser sacrificados uno despues de otro á cada nueva victoria de César.

Para atajar la desmoralizacion que se iba introduciendo en sus filas, á resultas de la política sanguinaria que se habia propuesto para mantener la disciplina entre sus parciales, Neyo puso en movimiento su ejército, marchando y contra marchando en diferentes direcciones á fin de tener entretenidos á sus soldados con operaciones estratégicas que no les dejaran lugar á pensar en otra cosa que no fuera lo concerniente al egercicio de las armas. De *Ucubi*, pasó á *Aspavia*, fortaleza situada á unas dos leguas de la plaza anterior, de donde se alejó despues de un ligero combate empeñado con la vanguardia del ejército de César, que le seguia de cerca, picándole incesantemente la retaguardia y no dejándole un momento de reposo; hasta que pasados algunos dias empleados en marchas y contra marchas estratégicas, ambos ejércitos se encontraron en una llanura que se estendia á los alrededores de MUNDA, y en situacion que les era ya humanamen-

te imposible evitar la accion, que Pompeyo habia eludido hábilmente hasta entonces y que César deseaba con febril ardor.

Reservándonos para otro lugar mas oportuno dar amplísimos detalles de aquella batalla, una de las mas memorables, si no fué la mas señalada de cuantas registran los anales del mundo, habremos de limitarnos por el momento á condensar sus accidentes para presentar á nuestros lectores sus resultados en general.

Ambos ejércitos pusieron en línea un conjunto de 120,000 hombres, contando cada uno, próximamente, la mitad de aquella cifra. Componíanse de españoles, romanos y africanos; de suerte que si alguna guerra mereció, sin disputa, el nombre de civil, fué la que sostuvieron en España César y Pompeyo, en los años 47 y 45 antes de J. C., puesto que en ella pelearon españoles contra españoles, romanos contra romanos y africanos contra africanos.

¿Qué secreta atraccion, qué fuerza irresistible, qué arcano de la providencia puso en contacto, desde las mas remotas edades históricas, estos tres pueblos que llenaron el mundo con la fama de su nombre, uno durante 12 siglos, otro mezclado con el árabe, durante 8, y el tercero durante 18?

Volvamos á *Munda*.

Llegado el momento supremo de empeñar la batalla que habia de decidir quién entre César y Pompeyo quedaria dueño de Roma, es decir, del mundo todo conocido á la sazon, manifestóse una

ansiedad y congoja inesplicable entre los que se aprestaban al combate. Conocian que iban á fiar á la vuelta de un dado toda su fortuna: los españoles su libertad; los romanos su obra de setecientos años; César el imperio del mundo que creia tener y Neyo Pompeyo la herencia que le dejó su padre.

Mas ya no era posible retroceder; habia llegado el instante fatal, y el decreto de la Providencia tenia que cumplirse. Pompeyo formó su línea de batalla, y César dió la señal de ataque.

Tras un pavóroso alarido lanzado á una voz por ciento veinte mil hombres que iban á morir ó matar á su enemigo en una misma hora, oscurecióse con una nube de armas arrojadizas el sol de aquel dia, que, segun el hiperbólico dicho de Hircio—historiador de esta guerra—*parecia hecho espresamente por los dioses inmortales para alumbrar esta batalla*. Muy luego el crujir de las armas, el golpear de los escudos y el redoblado galope de los caballos, cubrió con su marcial estruendo la voz de los ejércitos y la sangre comenzó á correr á raudales y los cadáveres á amontonarse bajo los piés de los combatientes. Mantúvose indecisa la victoria durante largas horas de mortal angustia para aquellos soldados, ninguno de los cuales queria dar un paso atrás, en tanto que todos querian andar muchas leguas hácia adelante. Parecia que todos iban á morir en su puesto, cuando de improviso, Bogud, caudillo de los africanos á sueldo de César, creyendo que el campamento de Pompeyo estaba mal guardado, arrojóse con sus bárbaros hácia el, lle-

vado en alas de su codicia de la presa. Labieno, uno de los generales de Pompeyo, conociendo el intento de los salvajes mercenarios, acudió presuroso con el cuerpo de ejército que mandaba en defensa de los reales. Esta inesperada evolucion, cuyo móvil era un secreto para todos menos para quien la estaba practicando, produjo general sorpresa que muy luego degeneró en terror. Creyendo que Labieno huia, corrió cual chispa eléctrica por las filas del ejército de Pompeyo la palabra *traicion*. Entró el pánico, desordenáronse las haces, y los soldados, que pocos momentos antes se manifestaban resueltos á morir primero que retroceder un paso, solo pensaron ya en salvar su vida huyendo despavoridos y á la desbandada, perseguidos sin descanso por los de César, que á los gritos de victoria hicieron una espantosa carnicería en los fugitivos.

El suceso que precipitó el desenlace de la batalla de Munda, prueba una vez mas cuán frágil es el edificio de la prevision humana, y como los planes mas vastos y mas hábilmente combinados pueden estrellarse contra lo imprevisto de un accidente de poquísima importancia. ¡Quién habia de decir á los que jugaban su vida por ganar el imperio del mundo, que perderian una y otro por salvar el mísero equipaje de un soldado en campaña! Y, sin embargo, el suceso no era nuevo, y debia repetirse algunos siglos despues, en circunstancias análogas á las que concurrieron en la batalla de Munda. Nos referimos á las de *Arbela* y de *Poitiers*.

En la primera, (dice Quinto Curcio) viendo Parmenion que capitaneaba el ala izquierda del ejército macedonio, que un cuerpo de caballería del de Dario saqueaba el campamento, mandó pedir instrucciones á Alejandro acerca de lo què convenía hacer. El hijo de Filipo le contestó: *Decidle que si ganamos la victoria, no solo recuperaremos lo que es nuestro, sino que nos apoderaremos de cuanto posee el enemigo; que no debilite el cuerpo de batalla, ni se cuide del bagaje, sino de pelear por la gloria de Alejandro y de Filipo.*

Entre Parmenion y Labieno, está el oro de España de por medio.

Muchos siglos despues, (732 de J. C.) encontráronse frente á frente en los campos de *Poitiers* el Evanjelio y el Coran, y las nacientes civilizaciones de Europa y del Ásia. Arrebatados en alas de su entusiasmo religioso, los guerreros de la cruz y los de la media luna se acometen con el mismo brio y con la misma esperanza de recibir la palma del martirio. Siete dias duró la sangrienta contienda. A las cuatro de la tarde del último, el torrente de la caballería Árabe rompe al fin el dique que le oponían las profundas masas de infantería franca. El imperio de Occidente vacila; una densa y siniestra nube envuelve la cúpula de Santa Sofía y la cruz del Vaticano. ¡Ay de la cristiandad......! Óyese de improviso un espantoso alharido á retaguardia de las filas musulmanas; los *creyentes* vuelven despavoridos los ojos. Es Eudo, duque de Aquitania, que ha entrado furiosamente á saco las tiendas

del innumerable ejército de Abd-el-Rahman. Los árabes se desordenan, acuden atropelladamente á salvar sus riquezas, y muerenalanzeados y heridos á golpe de maza en la espalda por los récios hombres de armas de Cárlos Martel.

Los que siguiendo la senda que les trazára el *Profeta*, marchaban llenos de fé á la conquista del Orbe, perdieron sus esperanzas y la vida con ellas, por la codicia de salvar el oro, las esmeraldas, los jacintos y topacios que habian amontonado en su victoriosa correría por la Aquitania.

Volvámos á las llanuras de Munda.

Fué tal el terror que se apoderó de los soldados pompeyanos, tanto el desórden y tanta la confusion de la derrota, que los restos de aquel poderoso ejército que momentos ántes se creyera ya á las puertas de Roma, se fraccionaron en pequeños grupos, que huyendo á la desbandada se ampararon en Munda y Córdoba, otros en su campamento donde muy luego fueron atacados y pasados al filo de la espada, y los mas se desparramaron por la tierra corriendo sin rumbo fijo y sin voluntad de rehacerse. Neyo se salvó milagrosamente de caer en manos de su rival, y huyó seguido de ciento cincuenta caballos hacia Carteya, ciudad que le era adicta como la mayor parte de las de Andalucía.

El Dictador mandó cesar la persecucion de los fugitivos, y revolvió con su ejército victorioso sobre Munda, tras de cuyos fuertes muros habíanse amparado algunos miles de soldados pompeyanos. Batida en brecha con los arietes y tomada por asal-

to aquella desgraciada ciudad, quedó convertida en un monton de escombros y despoblada por la espada del vencedor. Parecida suerte cupo á Córdoba, donde se habia refugiado con algunas mermadísimas cohortes Sexto el hermano de Neyo. Sitióla ejecutivamente César, y la entró sin combate, favorecido por el desórden que dentro de sus muros produjeron los parciales de los dos bandos en que estaba dividido el vecindario de la ciudad. Córdoba sufrió la dura ley de la guerra. Fué entregada al saqueo, y perdió veintidos mil ciudadanos (segun afirma Hircio) degollados por una soldadesca sedienta de sangre y de rapiña.

Dueño de Córdoba el vencedor dirigió su ejército sobre Sevilla, entregada á la sazon á todos los horrores de la guerra civil, que sostenian los partidarios del dictador y de Pompeyo dentro del recinto de sus murallas. A favor de una hábil estratagema, César logró sorprender á sus contrarios y esterminarlos á todos sin que lograse salvarse ninguno. La ciudad se entregó por falta de defensores, y César pudo dar por terminada la guerra con esta conquista. Así debió creerlo tambien el Senado de Roma, puesto que mandó celebrar el suceso con fiestas públicas y que se consignara en el Calendario romano la toma de Hispalis.

Cúpole á *Osuna* la gloria de ser la última ciudad de Andalucia que resistió al ilustre conquistador de las Gálias, del Egipto, del África y de España, y la de sucumbir heróicamente vencida por César.

Neyo Pompeyo tuvo el mísero fin de su padre;

murió asesinado por un soldado, y su cabeza fué presentada á César que no permitió se espusiera al público. Sexto, despues de la rendicion de Córdoba, se retiró al centro de la Celtiberia, ardiendo en deseos de encontrar una ocasion propicia para vengarse del enemigo de su familia.

Desde Sevilla, César pasó á Cartagena, donde recibió numerosos diputados de todas las ciudades principales de España, que fueron á felicitarle por sus brillantes victorias. Allí dictó algunas importantes disposiciones relativas al gobierno político y civil de la Península, y despues de nombrar á Lépido para la pretoría de la España citerior, y á Asinio Polion para la de la ulterior, regresó á Roma donde le esperaba el quinto triunfo, la dictadura perpétua, el nombre de *Imperator*, el título de *Padre de la pátria* y el *Apoteosis*. Llamáronle *César semi-Dios*, y colocaron en el Capitolio la estátua de *Júpiter Julio* frente á la de *Júpiter Capitolino*.

Así terminó la primera guerra civil que anegó en sangre el suelo de Andalucía, devastó sus campos, y convirtió en montones de escombros muchas de sus florecientes ciudades.

Cosa singular. En esta guerra la mas civil de todas, puesto que, como dejamos apuntado anteriormente, lucharon en ella tres pueblos, españoles contra españoles, romanos contra romanos y africanos contra africanos, el interés del pais teatro del pavoroso acontecimiento, no entró para nada en la contienda. César y Pompeyo lucharon por el imperio del mundo, imperio cuyo yugo habia de

pesar sobre Andalucía lo mismo que sobre las demás provincias sometidas al déspota á quien coronara la victoria; Bogud, caudillo de los mercenarios africanos á sueldo de César, y Boco de los mismos que tomaron servicio bajo idénticas condiciones en el ejército de Pompeyo, pelearon por la *paga* que recibian de sus respectivos *amos*, y los andaluces que constituian la principal fuerza numérica en ambos ejércitos, que derramaban su sangre generosa por el dictador de Roma y por los hijos de su rival, y que aprontaban todo el oro que consumian los bárbaros de la Mauritania, combatieron por todos y por todo, menos por sí mismos y por la libertad de su pais.

¿Podremos deducir de este hecho singular, que Andalucía, en la época de que nos ocupamos, se encontraba en pleno período de decadencia? No, porque no se advierte en los rasgos que de su carácter nos han conservado los historiadores contemporáneos y testigos de vista de los sucesos, ninguna señal que revele en ella ese estado. Todavia estaban léjos los tiempos en que los ricos españoles fueron citados en Roma como los hombres mas sibaritas y disolutos, y en los que las bailarinas de Cádiz se hacían aplaudir frenéticamente en los teatros de la capital, por una juventud afeminada que deliraba viendo las actitudes y gestos voluptuosos de aquellas victimas llevadas de Andalucía para satisfacer la sensualidad romana.

Si, pues, no es posible atribuirlo á decadencia física ni moral, dada la virilidad de aquellos espíri-

tus; ni á degradacion de la raza, mas pujante y briosa que nunca en la época de la guerra civil; ni á los hábitos de esclavitud contraidos durante dos siglos de dominacion estrangera, puesto que Andalucía jamás se vió tratada como pais conquistado por los romanos, fuerza nos será buscar las causas de aquel fenómeno, en las leyes fatales, inenludibles de la sábia Providencia que guian á los hombres; en esa necesidad que arrastra á los pueblos hácia la perfeccion individual y social, que procuran alcanzar por medio de una série mas ó menos ordenada de evoluciones necesarias y que han de cumplirse, y entre sacudimientos periódicos, cada uno de los cuales los acerca á través de los siglos y de las trasformaciones de las edades al término de la perfeccion final que Dios les tiene señalado.

Empero renunciemos á esplicárnoslo por medio de la filosofía de la historia, susceptible de inducirnos en error, y estudiemos el suceso bajo una de sus faces principales, ayudándonos de la *crítica histórica*, que nos dará un conocimiento algo mas exacto de los hechos generales y particulares de los tiempos en que tuvieron lugar, y de los hombres mas importantes que tomaron parte en ellos, ó fueron los instrumentos de que se valió la Providencia para cumplirlos.

Desde luego observaremos que en la época á que nos referimos, la fisonomía moral del pais habia cambiado completamente; el tipo primitivo, por decirlo, así, no existia ya: *tartesios, turdetanos, célti-*

cos y bastulios, habiánse fundido en un solo pueblo, y formaban un solo grupo conocido con el nombre genérico de *Béticos;* en una palabra, que la Andalucía, provincia la *mas romana de todas* hasta los tiempos de la muerte de Sertorio, en los de César y los hijos de Pompeyo, era ya, y precediendo de algunos años al resto de España, completamente romana por educacion, por costumbres, por gratitud y casi por idioma. ¿No la hemos visto permanecer neutral en cuantas guerras el espíritu de independencia y libertad suscitó en la Celtiberia y en la Lusitania á los romanos? ¿No tuvo colonias de libertos, colonias militares y colonias patricias todas con derecho romano; poetas, humanistas, y hombres de letras, antes de que Huesca viera abrir las puertas de su Universidad y Evora las de su Senado?

Andalucía, pues, era romana en la significacion de esta palabra, en los tiempos de la rivalidad de César y Pompeyo; en tal virtud, no debemos estrañar que tomase parte activa en la contienda civil *entre romanos*, ni debe sorprendernos que aquella guerra no se trasformase en guerra de independencia, en un país que no se consideraba sometido al estranjero, sino como formando parte integrante del imperio de quien recibia leyes.

Y tan es así, y tan romana era ya á la sazon, que participaba con una intensidad asombrosa de todas las exageraciones políticas, de todas las necesidades sociales y de todas las preocupaciones de casta que atormentaban la existencia de Roma. Dí-

galo, si no, la actitud en que se colocó la Bética durante los años de la guerra que los partidarios de Silá y de Mário se hicieron en España. Dícelo tambien con una claridad que deslumbra, y con una elocuencia que convence, el suceso de la guerra civil que terminó definitivamente con la toma de Sevilla.

En efecto, durante los ocho años de la guerra sertoriana en que lucharon tenazmente en España Pompeyo, hechura del aristocrático Sila el restaurador de la antigua república, que devolvió al Senado la autoridad judicial y la eleccion de los pontífices, y arrebató á la plebe todos los derechos políticos que habia conquistado durante muchos siglos de perseverante labor para adquirirlos, y Sertorio, hechura de Mário el *gran plebeyo*, grosero y educado entre campesinos, que intentaba resucitar la ley Agraria de los Gracos, toda la Bética se mantuvo adicta á la causa del primero, completamente ajena á la guerra de emancipacion que la Celtiberia y la Lusitania hicieron sin descanso contra los dos elementos antagonistas, la plebe y el Senado, que se disputaban la soberanía y gobierno de la República y el dominio de la península ibérica.

Mas tarde, cuando á resultas de las derrotas de Farsalia y Tapso, se reunieron en España, y particularmente en la Bética, provincia predilecta de Pompeyo, todos los partidarios del rival de César, que se titulaban los amigos de la libertad, vimos á estos con los *andaluces* alzarse á una voz y como un solo hombre para espulsar, como lo consiguie-

ron, las legiones y los pretores Cesarianos; produciéndose una guerra en la que el elemento español entró solo como auxiliar, y sacrificó su sangre y sus tesoros, no en beneficio de la independencia del suelo de la Bética, sino en provecho de una de las dos facciones que tenian convertida la *capital del orbe*, en un circo de gladiadores.

Pero, ¿á qué móvil obedecieron los naturales de Andalucía al provocar una guerra civil en su propio territorio en favor del estrangero? ¿Qué causa los impulsó á militar con lamentable ceguedad en uno y otro bando? Comprendemos que las depredaciones y la codiciosa rapacidad del general pompeyano, Varron, arrojase al partido de César todas las víctimas de sus extorsiones; de la misma manera comprendemos que las violencias, las rapiñas y el imprudente vandalismo del gobernador cesarino, Casio Longino, engrosasen las filas de los partidarios de Pompeyo; pero el hecho en sí, ¿basta para esplicar y menos justificar la guerra civil que devastó la Andalucía durante los años del 47 al 45 ántes de J. C.? ¿Es posible creer que los *andaluces* sacrificaron vida y hacienda por cohonestar los robos de los generales cesarinos y pompeyanos, y que vertieron á torrentes su sangre generosa por poner en claro quién entre Varron y Longino habia sido menos ladron?

No, ciertamente; y por lo tanto, fuerza nos será buscar en otra parte la causa eficiente, el orígen, los móviles de aquel suceso, que hace época en los anales del mundo, puesto que cambió su faz dando

por amo á Roma al continuador de la política de los Gracos y de Mário, al que sobrepuso la *plebe* á la *aristocracia*, al que abrió, en fin, las puertas de Roma á todas las naciones, y quitó á la *Ciudad* el privilegio de ser la única libre en el orbe.

Lo hemos dicho hasta la saciedad, y sin embargo lo repetimos por que esta es para nosotros la clave del enigma. Andalucía, á la sazon era completamente romana; sus intereses, sus aspiraciones, sus necesidades, todo, hasta sus preocupaciones, eran las mismas que las del pueblo romano. Educada por este, civilizada por él, y pobladas sus principales ciudades con los proscritos mas ilustres, que las facciones y la anarquía arrojaban como enjambres de abejas del recinto de la *Ciudad*, perdió aquella fisonomía particular que la distinguiera en las épocas de los Fenicios y de los Cartagineses, y tomó las leyes, los usos, las costumbres, y vistió la toga y la clámide de los romanos.

¿Qué estraño es que participase de las pasiones, de los ódios y de las rivalidades del pueblo rey? Los proscritos de Mário y los proscritos de Sila, aclimataron en ella sus ideas sociales, sus principios políticos, y sus preocupaciones de raza. Hubo aristocracia y hubo plebe: opresores y oprimidos; defensores de la humanidad entera que querian despojar á Roma del privilegio de su unidad, y conservadores del patriciado como poder tutelar de las tradiciones romanas; en suma, quien queria, como Mário y César, sobreponer el pueblo á la aristocracia, y quien queria, como Sila y Pompeyo,

mantener la soberanía de los nobles sobre los plebeyos.

Roma arrojó sus sangrientas rivalidades en la Bética, como en tierra de mucho tiempo atrás preparada para recibir aquella mala semilla que produjo una guerra civil que no fué guerra de independencia, porque como dice Estrabon, *Andalucia tenia ya todas las costumbres de Roma y el trato era tan romano, que casi ya se habia perdido todo lo español antiguo, hasta la lengua natural pues todos hablaban latin.*

Convencidos, pues, de que los romanos no eran estrangeros en Andalucía, ni en Roma estrangeros los hijos de la Bética, queda plenamente justificada la parte que estos tomaron en la contienda de César y los hijos de Pompeyo, y esplicada su neutralidad en la guerra de independencia de Viriato, Numancia y Sertorio; así como la indiferencia con que la Lusitania, la Celtiberia y el resto de España, asistieron á la cruenta tragedia que tuvo su desenlace en Munda.

Mientras que Roma espresaba la inmensidad de su júbilo divinizando al que habia coronado sus triunfos en *quinientas* batallas y *mil* plazas y ciudades fuertes tomadas por asalto, con la victoria de Munda, la mas importante de todas, Andalucía, arrastrada por la corriente de entusiasmo que embriagaba el mundo romano, trocaba el nombre antiguo de muchas de sus poblaciones por el de César. Córdoba y Sevilla arrebatadas por el torrente de la lisonja, grabaron en preciosos mármoles la fecha de aquel ruidoso suceso, y la de los hechos

mas memorables de la guerra de César y los hijos de Pompeyo, y exageraron la adulacion hasta erigir altares al vencedor.

Sin embargo; no estaba completamente apagada la tea de la discordia civil. No bien César se hubo embarcado para Itália, cuando Sexto Pompeyo, que despues de la rendicion y saqueo de Córdoba por las tropas cesarianas, se habia refugiado en la Celtiberia, reunió sus partidarios, y auxiliado por las tropas mercenarias africanas que tomó á sueldo, abrió una nueva campaña por la Lacetania. Recorriendo triunfante las provincias orientales de la Península, llegó hasta la Bética, donde le salió al encuentro con algunas legiones el pretor de la Ulterior, Asinio Polion. Dióse la batalla, en la que fué completamente derrotado el general de César, perdiendo la mitad de su ejército. Con esta victoria quedó Sexto Pompeyo dueño de toda la Andalucía, que estuvo á punto de verse entregada de nuevo á los horrores de la guerra civil, cuando la trágica muerte de César, asesinado en el Senado, junto á la *estátua de Pompeyo el Grande* por los descontentos y los republicanos (15 de marzo 44 ant. de J. C.), atajó por inesperado camino las nuevas desgracias próximas á caer sobre el suelo andaluz.

Alarmado el Senado con la perspectiva de los males que iba á ocasionar á Roma una nueva guerra en España, y precisamente en los momentos en que acababa de perder el único hombre que podia conjurarla ó vencerla, dispuso fiar á los amaños de

la política lo que era dudoso consiguiera por la fuerza de las armas. Al efecto, negoció con Pompeyo la paz, ofreciéndole en pago de su traicion á la causa de su padre y de su abandono de la de España, la devolucion de los bienes confiscados á su familia, y el mando de todas las escuadras de la moribunda República. Sexto depuso las armas y partió inmediatamente para Italia.

Así terminó definitivamente, la primera guerra civil que devastó los campos de la Bética.

Esta es una de tantas lecciones que como la historia dá á los pueblos, que no parecen cuidarse mucho de conservarlas en la memoria.

Muerto Julio César por el puñal *parricida* de su ahijado Junio Bruto, constituyóse, al año siguiente un segundo *triunvirato*, formado por Octavio, sobrino de César, Márco Antonio y Lépido, quienes se apoderaron de la autoridad soberana y se repartieron las provincias del imperio, las legiones y el tesoro de la República. Tocóle á Octavio César el África, la Sicilia, Cerdeña y demás islas; á Márco Antonio las Galias escepto la provincia narbonense, y á Lépido esta última y la España.

Los nuevos *amos* de Roma, se dieron mútuas prendas de seguridad, sacrificando bárbaramente, en satisfaccion de la cautelosa desconfianza con que se correspondian, sus mas próximos y queridos parientes. Lépido dió en arras la cabeza de su propio hermano; Márco Antonio la de su tio, y Octavio la de Ciceron su protector. Así comenzó por un pacto de sangre la alianza de aquellos tres ver-

dugos, que inundaron con ella las calles de Roma, se enriquecieron con los bienes confiscados á sus víctimas y abrieron un periodo de crueles persecuciones que terminó en las cercanías de Filipos, en Macedonia, con la derrota del ejército republicano y la muerte de Cayo Casio y Junio Bruto, llamados los *últimos romanos*.

El año 41, antes de J. C., hízose por los triunviros una nueva particion del Imperio; Octavio-César tomó para sí la España y dió el África á Lépido.

Diez años mas tarde (31) Octavio, vencedor de los republicanos, trató de deshacerse de sus cólegas los triunviros. Poco trabajo le costó inutilizar á Lépido, mal ciudadano y agitador sin habilidad, á quien humilló y condenó al desprecio y olvido público. No asi con respecto á Márco Antonio, general muy querido de sus soldados y dueño de todo el Egipto y de una gran parte del Asia. Pero su buena estrella, los amores de Cleopatra y la derrota de todas las fuerzas maritimas del Oriente, mandadas por Antonio, en el combate naval de Accio, á la entrada del golfo de Ambracia en el Epiro, le hicieron dueño sin rival del poder que ambicionaba.

Roma AGRADECIDA, le saludó con los nombres de *Augusto, Emperador, Soberano Pontífice, Consul, Tribuno, Censor y Padre de la Pátria.*

Fué destino de Roma abrir todas las grandes épocas de su historia, é inaugurar todas sus grandes trasformaciones políticas con un crímen detestable. Rómulo, fundador de Roma-monarquía, ase-

sinó á su hermano gemelo Remo, para reinar solo. Roma-República, nació del parricidio de Tarquino el Soberbio, y del brutal atentado de su hijo contra el honor de Lucrecia; y Roma-imperial, comienza por un pacto de sangre que produce un fratricidio, un parricidio y una cruenta ingratitud.

Desde la defeccion del venal Sexto Pompeyo hasta los primeros años del advenimiento de Octavio César al trono imperial, no aconteció suceso alguno de marcada importancia histórica en Andalucía, salvo que, en la nueva division política, civil y administrativa que hizo *Augusto* de España, concedió la Bética al Senado, entre las trece provincias mas pacíficas que le asignara para que las gobernase, segregadas de las treinta y una que componian todo el imperio romano,

En virtud de aquella reforma, Andalucía tomó el nombre de *provincia Senatorial,* á diferencia del resto de España que se comprendía bajo el de *provincia imperial*. Esta diferente denominacion se fundaba en la diversa organizacion política de los dos Estados. En el primero imperaba sin contrapeso militar, el elemento civil representado por el magistrado supremo delegado del Senado; en el segundo dominaban las legiones imperiales, es decir el sistema puramente militar. En aquel se suponía adhesion, conformidad voluntaria al gobierno de Roma, en este resistencia y un espíritu de rebelion que hacia necesario el empleo de la fuerza para mantenerle en la obediencia.

Muy pronto veremos á todos los españoles, á

semejanza de los andaluces que les precedieron de muchos años convertidos en romanos, echando asi los cimientos de la unidad del carácter nacional, que habia de traer en pos de sí el comienzo de la unidad política.

Mas antes de eclipsarse por muchos siglos tenia que brillar todavia en estraordinario resplandor la llama del patriotismo y el denuedo sin par de los españoles. Todavía quedábale al mundo algo que le admirase hasta causarle espanto en materia de heroismo y de desprecio de la vida, despues de creer que lo habia visto todo en Sagunto, Astapa, Numancia y Calahorra.

Corria el año 26, antes de J. C. y el imperio romano que tenía por límites: al norte el Rhin y el Danubio; al este el Eufrates; al sur la peninsula Arábiga, las cataratas del Nilo y el monte Atlas, y y al oeste el Occéano Atlántico, gozaba al fin, en la inmensidad de su estension un momento de reposo, trás largos siglos de guerras implacables y de anarquía sin trégua; de crímenes que afrentaron á la humanidad, y tambien de virtudes admirables y de arranque de sublime patriotismo que salvaron la sociedad cuantas veces estuvo á punto de caer para nunca mas volverse á levantar.

Reposaba el mundo, y parecía solo ocupado en cicatrizar sus llagas y en purificarse para recibir la *buena nueva,* que se anunciaba próxima á aparecer por el Oriente, saliendo del seno del Eterno como el sol entre la púrpura del lejano horizonte; cuando allá, en la region mas apartada y agreste

de España, encerrada entre los Pirineos y el Océano Atlántico, donde cartagineses ni romanos osaron nunca penetrar temerosos de despertar *aquellas fieras*, oyóse de improviso un rugido de independencia, un grito á manera de desafio y amenaza que azotó el rostro de Roma lanzado por los *astures* y los *cántabros*. En pos de la amenaza vino el ataque y un ataque á la *española*, que interrumpió el reposo del imperio é hizo necesaria la presencia de Augusto al frente de un numeroso ejército para obtener satisfaccion del insulto hecho á Roma por un puñado de montañeses, cuya bravura y ferocidad competía con la de los leones que Sila, Pompeyo y César presentaron al *pueblo rey* en la arena del Circo.

Condensaremos, por ser asunto ajeno á nuestro objeto, por mas que no nos sea estraño del todo, los detalles de aquella sangrienta y dilatada guerra de esterminio y de bárbaras represalias, sostenida en una region de España cuyos habitantes dieron muestras de un heroismo y grandeza de alma, comparable solo al superbo aspecto y á la majestad imponente de sus montañas.

Corria, repetimos, el año 26 antes de J. C. cuando los Cántabros y Astures, *nunca domados*, atacaron las comarcas vecinas sujetas á los romanos. El aspecto que presentaba aquella inesperada guerra alarmó á César Agusto, que se encontraba á la sazon, en Narbona, preparando una espedicion militar contra las islas Británicas á cuya empresa renunció por acudir diligente allí donde estimaba mas

necesaria su presencia. Pasó pues, los Pirineos, y vino á sentar sus reales en *Segisamo* (Sasamon, entre Burgos y el Ebro) desde donde intentó todas las maneras de desenriscar á los montañeses y atraerlos á los llanos para darles la batalla. Burlaron estos sus intentos manteniéndose en la defensiva, hasta que cansado Augusto de una guerra que amenazaba prolongarse indefinidamente, se retiró á Tarragona dejando el mando del ejército y el cuidado de la empresa á Cayo Antistio.

Mas afortunado el general de Augusto, logró por medio de una hábil maniobra atraer á los cántabros á las inmediaciones de Vellica, no lejos de las fuentes del Ebro, y allí los derrotó completamente. Los fujitivos de la batalla se guarecieron en el monte *Medulio*, (hoy montañas Medulas) posicion inexpugnable d onde se hicieron fuertes. Antistio circunvaló el monte con un profundo foso de quince millas de estension, dispuesto á esterminar por el hambre al enemigo.que no podia reducir por la espada. Viéndose los cántabros obligados á escojer entre la muerte y la esclavitud, optaron denodados por el primer estremo, dándosela los unos á los otros con sus propias armas, y con los venenos que para tales casos llevaban siempre prevenidos. Los romanos debieron apercibirse de aquel bárbaro sacrificio hecho sobre el altar de la pátria; y aprovechando la confusion propia del momento, penetraron en el monte, y arrancaron algunas víctimas de aquella muerte heróica, para dársela en el martirio de la cruz. En efecto, crucificaron á los pocos

que libraron de la matanza general. Las víctimas de aquella feroz y cobarde venganza, murieron todas con estóica serenidad, *cantando himnos guerreros,* cuyos ecos á manera de incienso, envolvian su alma y la acompañaban en su ascension al templo de la inmortalidad.

De igual denuedo dieron elocuentes pruebas los *Astures*, contra Públio Coricio, que los combatió con un formidable ejército, y contra el mismo Augusto que los sitió en su último atrincheramiento dentro de *Lancia,* (tres leguas de Leon). Defendiéronse los sitiados con admirable valor, mas hubieron de rendirse despues de apurar todos los medios humanos de resistencia.

Tomada *Lancia,* Augusto regresó por Tarragona á Roma, donde cerró, por cuarta vez, el templo de Jano, suponiendo que con la terminacion de la guerra de España el mundo quedaba en completo reposo.

Sin embargo, no tardó en renovarse allí mismo donde acababa de ser vencida. La conducta de los gobernadores romanos, siempre codiciosos siempre déspotas é insolentes donde quiera que administraban, provocó una segunda sublevacion de los *Cántabros* y *Astures* no menos terrible ni menos airada que la primera. El gobernador supremo de la provincia acudió ejecutivamente contra los llamados *rebeldes;* taló sus tierras, incendió sus viviendas é hizo cortar las manos á cuantos prisioneros cayeron en su poder. Tanta barbárie, que ninguna razon podia disculpar, exasperó hasta el delirio á las víc-

timas que en el paroxismo de su furor arrollaron en varios puntos las legiones romanas; que tomaron sangrientas represalias. Tan inaudito teson y tan portentoso desprecio de la vida, llenaron de pavor á los soldados romanos, hasta el caso de tener los generales que recurrir á la fuerza para llevarlos al combate. Por fin, tras largos años de una guerra sin cuartel, en la que la ferocidad del hombre en quien ha desaparecido todo sentimiento de humanidad y justicia, se estremó en sobrepujar los instintos de las fieras, Agripa, yerno de Augusto, fué nombrado para dirigir las operaciones de la guerra contra *Astures* y *Cántabros*. El vencedor de los germanos, comenzó la primera campaña perdiendo varios combates, y la terminó retirándose derrotado por aquellos heróicos montañeses.

Tomóse tiempo para restablecer la moral de sus soldados, y para allegar grandes recursos á fin de acelerar el desenlace de aquella guerra que amenazaba convertirse en el *tercer terror* de Roma. Cuando lo tuvo todo dispuesto, abrió ejecutivamente una nueva campaña, y la prosiguió con tanta habilidad y fortuna, que logró atraer á los cántabros á una llanura en la que los derrotó y dispersó en tales términos, que pudo, al fin, recorrer victorioso toda la Cantábria, asolando el pais, incendiando las poblaciones y degollando á cuantos naturales caian en sus manos. Para prevenir nuevas sublevaciones, Agripa obligó á los ancianos, mugeres y niños á trasladar sus viviendas á las llanuras. Obedecieron algunos; pero los mas eludieron

el despótico mandato del vencedor, dándose la muerte. Viéronse escenas que la pluma se resiste á trazar; madres que sacrificaron sus hijos; hijos que dieron muerte á sus ancianos padres, en cumplimiento de su espresa voluntad.

La guerra de Cantábria concluyó, pues, con el esterminio de todos los naturales de aquella tierra, cuyo heroismo tendríamos por fabuloso, si sus mismos verdugos no fueran sus historiadores. Fué la última que los romanos sostuvieron contra los españoles, y la que puso mas de relieve la briosa arrogancia de las víctimas y la bárbara crueldad de sus opresores.

España toda quedaba ¡AL FIN! reducida á provincia del imperio, despues de doscientos años de incesante lucha contra la dominacion estrangera. Lucha que admiró y admira al mundo, no solo por los portentosos hechos de valor que la señalaron, sinó porque sirvió de escuela militar á Anibal, á los Escipiones, á los Pompeyos y á los Césares, los mas grandes capitanes de la antigüedad.

Roma recibió con estraordinario regocijo la noticia de la terminacion de la guerra de Cantábria, (19 a. de J. C.) que anunciaba la completa pacificacion de España; de esta heróica nacion que, segun dijo Tito-Lívio «fué la primera parte del continente europeo que ocuparon los ejércitos romanos, y la última que sometieron.»

El regreso de Agripa, el *Vencedor de los cántabros,* á Roma, fué la señal para cerrar definitivamente el templo de Jano.

El mundo gozó por primera vez, despues de muchos siglos de guerra, aquella deseada paz que tomó el nombre de *Octaviana*.

VII.

Desde la paz de Augusto hasta Constantino año 306.

¿Cuál fué el estado de Andalucía, considerado bajo el punto de vista político, religioso, administrativo, intelectual, comercial é industrial en los tiempos de la paz Octaviana?—No vacilamos en responder: que próspero y bonancible cual en ninguna otra region de la Península.

Su civilizacion, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos fabulosos; la esplendidéz de su cielo; la incomparable fertilidad de su suelo; sus inmensos recursos naturales; numerosa poblacion y el no haber conocido los horrores de la guerra sino en dos periodos de su existencia como provincia romana, relativamente cortos, dada la larga duracion de aquel azote de la humanidad en el resto de las provincias de España, justifican nuestra aseveracion, que no tardará en verse confirmada por los hechos perfectamente comprobados que vamos á exponer.

Hasta el advenimiento de Augusto, la Bética estuvo administrada por gobernadores militares; y dicho se está con esto, que el régimen que en ella imperó fué arbitrario y despótico; pero erigida en provincia senatorial por César-Octavio, comenzó á predominar en ella el elemento civil, bajo cuyo influjo adquirieron súbito desarrollo los intereses morales y materiales del país.

No poco contribuyó al movimiento progresivo de su prosperidad la nueva division geográfica que de la Península hizo Augusto, corrigiendo la irregularidad que habian establecido el Senado, y subdividiéndola en tres grandes provincias que se denominaron: Tarraconense, Bética y Lusitania. En cada una de estas grandes porciones se establecieron para la administracion de justicia, varios distritos judiciales, que se llamaron *conventos jurídicos*, los cuales tenian bastante analogía con nuestras modernas Audiencias.

La Bética, que segun Plinio, era la provincia mas rica por su cultivo y por la lozanía de su vejetacion, tenia cuatro, á saber: Hispalis, Gades, Corduba, y Astigis. Contábanse en ella *ciento setenta y cinco* ciudades, de las seicientas catorce que existian en España á la sazon. Entre ellas habia nueve *Colonias*, que se llamaban así por estar pobladas de ciudadanos y soldados romanos, que gozaban de todos los derechos de la metrópoli, y eran considerados como vecinos de Roma ausentes: ocho *municipios*, cuyos moradores se gobernaban por sus propias leyes, nombraban sus majistrados y tenian op-

cion á las dignidades del imperio, sin gozar de todos los derechos de ciudadanos romanos: veintinueve *ciudades latinas*, pobladas por habitantes del Lácio, los cuales se igualaban á los ciudadanos de Roma, tan luego como recibian la investidura de alguna majistratura: seis *ciudades libres*, á quienes se dejaban sus leyes propias y majistrados, y estaban ecsentas de las cargas que pesaban sobre las demas del imperio; esta constitucion político-administrativa, constituia un privilegio muy difícil de obtener del Senado, que solo lo concedió venciendo muchas dificultades, á seis ciudades de España, las cuales, nótese bien, radicaban en *Andalucía*. Tres *aliadas*, que subsistieron en un verdadero estado de independencia; y por último, veintinueve *tributarias*, sobre las cuales gravitaban la mayor parte de las cargas públicas, y en tal virtud, eran las que proveian á las necesidades y alimentaban el desenfrenado lujo de la metrópoli. Aquellas poblaciones estaban unidas por magníficas carreteras, de las que solo en Córdoba terminaban siete, y tres en Sevilla.

Número tan considerable de ciudades importantes, como lo demuestran sus condiciones políticas y su régimen administrativo, revela una densidad de poblacion que hace verosimil el exagerado censo del historiador Paulo Orosio, que señala á España 70 millones de habitantes; censo exagerado, repetimos, por mas que Ciceron dijera, algunos siglos ántes, al espirar la República. «No hemos superado en número á los españoles, ni á los galos en fuerza, ni en las artes á los griegos.»

La consecuencia natural de aquella numerosa poblacion, y del cambio político introducido en el gobierno de la Bética por Augusto, debió ser, y fué indudablemente, un rápido incremento de la produccion agrícola é industrial del pais, de su comercio y de sus artes mecánicas y de fabricacion. En efecto, segun testimonio de los mismos historiadores romanos, ya en tiempo de aquel emperador, las naves aparejadas en los puertos de las costas de *Andalucía,* mantenian un comercio sumamente activo entre los mercados de la Bética y Roma, donde trasportaban ricos cargamentos de cereales, vinos, aceites, frutas, minerales, lanas finísimas, cochinilla, miel y salazones. Productos todos, que, por su abundancia y lo muy solicitados que eran en la metrópoli, dan una idea bastante aproximada de la riqueza del pais que los producia, y de la industria y laboriosidad del pueblo que los cultivaba.

Region tan pródigamente dotada por la naturaleza, y hombres tan adelantados en el conocimiento de las artes manuales, no podian ser ajenos al de las nobles ó bellas artes. En efecto, cultivaron muchas de ellas con singular maestria, segun lo demuestran las preciosas medallas que se conservan de aquellos tiempos, grabadas con elegancia y notable correccion de dibujo, y sobre todo, en este género de trabajo artístico, las monedas de plata y cobre que se fabricaron en muchas ciudades de la Bética, provincia que tuvo casi sola el privilegio de esta fabricacion, ejecutadas con un primor y

maestria tal, que se revela en ellas el arte griego. (Flores, *medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*). No menos dignos de consideracion fueron sus adelantos en la estatuaria, en la escultura y en la arquitectura; de lo que nos suministran abundantes pruebas las preciosidades de este género halladas en las escavaciones y en los solares de antiguos establecimientos romanos, y en particular el hermoso mosáico encontrado á principios de nuestro siglo, en una casa no léjos del anfiteatro de Itálica. Por último, la habilidad con que trabajaban los metales preciosos, con los cuales en la época que precedió á los cartagineses, construian muchos utensilios del menage de sus casas; la riqueza que usaban en sus vestidos, de tal manera ostentosa, que al decir de Horacio, las damas de la nobleza romana se embelesaban viendo pasear por la via Apia aquellos *advenedizos;* sus armas y arreos militares; la fama que adquirieron las representaciones mimicas ejecutadas por aquellas célebres bailarinas gaditanas, *delicias* de la corrompida juventud romana, y, en suma, los grandiosos monumentos de piedra que embellecian la mayor parte de las ciudades de la Bética, cuya memoria tradicional y cuyas venerandas ruinas producen general admiracion, prueban de un modo indudable el grado de cultura que alcanzaba.

Empero, si notorio se hizo el progreso material de Andalucia, en los siglos que venimos historiando, no menos visible se manifestó su cultura intelectual. La aficion al cultivo de las letras ya muy

desarrollada en tiempo de Sertorio, segun puede deducirse de las magníficas fiestas con que Córdoba, el *solar de los patricios*, solemnizó el ilusorio triunfo del anciano y engreido Metelo sobre el *Anibal romano*, bajo los muros de Calahorra, fiestas en que la oratoria, la poesia, el canto y el baile hicieron los primeros papeles, aquella aficion, repetimos, se aumentó prodijiosamente en el reinado de Augusto, á beneficio de la paz que disfrutó el pais, y del impulso que recibieron todos sus intereses morales y materiales. La Bética, desde luengos siglos atrás civilizada, é infinitamente menos lacerada que las demás provincias de España por los horrores de las guerras de independencia y de conquistas, simultáneas, pudo entregarse á soláz y con holgura al cultivo del idioma del Lacio, y al estudio de las ciencias, de la filosofia y de la poesia, con la viveza de imaginacion, la atraccion pasional por el saber, y la impresionabilidad que caracterizan á los hijos de su privilegiado suelo, y abrir aquel brillante periódo de la literatura hispano-latino-pagana, que sucedió en Roma al de los escritores clásicos del siglo de Augusto. Los dos Sénecas, Lucano, Floro, Pomponio Mela, Silio Itálico, Columela, hijos todos de Andalucía, y los primeros entre los escritores de Roma despues de la época de Virgilio y Horacio, son la prueba incontestable del grado superior de cultura intelectual que habia alcanzado su pátria, en los tiempos en que todo el saber humano parecia estar encerrado dentro de los muros de la capital del Orbe.

No debemos terminar esta breve reseña del estado en que se encontraba la Bética al proclamarse la paz de Augusto, sin decir algunas palabras acerca del culto y creencias religiosas del país. Pocas serán, y aun estas vagas é inciertas por la falta de noticias y de monumentos referentes á los tiempos prehistóricos. Así, pues, diremos, que en la época de la invasion romana, tres debian ser las religiones que se profesaban en Andalucia: la fenicio-cartaginesa, que comprendemos bajo un solo nombre por proceder de un mismo tronco; la de los griegos y la de los naturales del país. De la primera nos ocuparemos con la estension posible en la historia particular de Cádiz, al describir el templo y culto de Hércules; de la tercera, nada, absolutamente nada podemos decir, por no conservarse de ella ningun rastro, señal ó tradicion, salvo los nombres de los trece dioses de orígen fenicio-cartagineses y céltico, admitidos en el Panteon de Roma.

Dueños los romanos de la Bética, y habiendo sus naturales adoptado los usos, costumbres y legislacion de aquellos, no tardaron en aceptar tambien su religion, divinidades, ritos é institutos religiosos. Así vemos que Andalucia, tenia ya en la época de César Augusto, sus pontífices, flamines, sacerdotes y augures encargados de celebrar las fiestas sagradas y los sacrificios á los dioses hispano-romanos. Tambien vemos figurar comunmente en las medallas y monedas acuñadas en Itálica, Acido, Obulco, Carteya y otras muchas ciudades de Andalucía, la cabeza de Apolo, de Cibeles, el

Cuerno de la Abundancia, las efigies de Castor y Polux, Hércules con sus atributos, Juno con sus pavos reales, Júpiter *Capitolino* y Júpiter *Hospitalario*, la loba de Rómulo y de Remo, y en fin, las divinidades rústicas.

Si la série de hechos que dejamos expuestos en las páginas precedentes, no fuesen bastantes á justificar el título de provincia la *mas romana* con que la historia califica á la Andalucía, la entera adopcion que hizo este país, de toda la teogonía de Roma, probaria hasta la evidencia cuan merecido lo tuvo. Quien quiera que conozca la naturaleza de los lazos que establece una religion entre todos los hombres que la profesan; la facilidad con que funde en un mismo crisol todos los deseos en esta vida y las aspiraciones en la otra; como modifica las preocupaciones de orígen y de raza; como influye en las costumbres, en la vida pública y privada, y como borra todo antagonismo entre los hombres que adoran á un mismo Dios bajo el mismo nombre, con los mismos ritos y las mismas prácticas; quien quiera repetimos, que esto conozca ó considere, verá cumplidamente esplicado el fenómeno de la completa trasformacion moral y material de los andaluces en romanos: máxime si, para disipar toda duda, recuerda ó no pierde de vista, que á diferencia de las otras provincias de España, Andalucía no fué tratada por el Senado de Roma como país conquistado, sino como aliado. De lo cual es una elocuente prueba, la concesion de puerto franco que hizo á Cádiz despues de haber espulsado á los cartagineses de la

plaza; la fundacion inmediata de tres colonias con derecho romano, una de *libertinos* en Carteya, otra de *soldados veteranos* en Itálica, y la tercera de *patricios* en Córdoba; y por último, lo que es mas significativo y disipa toda incertidumbre, el reconocimiento de SEIS CIUDADES LIBRES en la Bética, las únicas que existian en España.

Andalucía, pues, en tiempo de Augusto, estaba ya desprendida, segregada moralmente de la Península Ibérica. Era, si se nos permite la abultada exageracion de la frase, un barrio de Roma, donde se hablaba la hermosa lengua de Ciceron como en Roma; donde se adoraba á Júpiter padre de los dioses y de los hombres, como en el Capitolio, en la Elide y en la Líbia, donde germinaba la semilla que habia de dar los primeros emperadores estrangeros á Roma, y la escuela literaria que, recogiendo las tradiciones clásicas del siglo de Augusto, salvó de inminente naufragio la literatura de Roma y la elevó, en los de Tiberio y Calígula, á una altura como nunca volvió á alcanzar.

Si «España, como dice un historiador contemporáneo, llegó al tiempo de Augusto ensangrentada toda, cubierta de cicatrices y herida cruelmente,» Andalucia, por el contrario, decimos nosotros, alcanzó en él la época de su mayor prosperidad y esplendor. Culta, ilustrada, opulenta, á beneficio de las reformas político-administrativas hechas por Augusto en su sistema de gobierno, y de las importantes ventajas de su comercio marítimo, rica por su abundante produccion agrícola y sus

adelantos en las artes manuales y fabriles, vió correr en el seno de la abundancia siglos enteros de paz y felicidad; en tanto que Roma, de quien recibió los principales elementos constitutivos de su prosperidad moral y material, si bien dió al mundo una paz que ha pasado á la clase de proverbio, vióla desaparecer de su propio seno con su fundador, y con ella las lisonjeras esperanzas que habia concebido de renovar, bajo la monarquía, los memorables tiempos de su virtud y grandeza republicana.

De la misma manera, y con los mismos fundamentos que se ha dicho, que jamás hubo hermanos mas desemejantes que los emperadores Tito y Domiciano, podria decirse del reinado de Augusto y de los de sus inmediatos sucesores. En efecto, Augusto, hábil y profundo político, *buen cómico*, como á sí mismo se llamó en la hora de la muerte, supo disimular con extrema habilidad sus vicios; logró dar su nombre al siglo que le contó entre sus hombres ilustres, engrandecer á Roma dentro y fuera del recinto de sus murallas, y reformar las costumbres públicas del pueblo que le amó, á pesar de haber sido despojado por él de su libertad. Sus inmediatos sucesores, por el contrario, las corrompieron con el mas insolente y repugnante cinismo. Deberíamos *apartar la vista con horror y el estómago con asco*, del espectáculo que presentó la capital del Orbe, durante el reinado de aquellos mónstruos que sentaron consigo en el trono, el parricidio, el fratricidio y el incesto; la lujuria y la glotonería mas desenfrenada; el asesinato, el robo y todos los

crímenes y vicios mas nefandos que puede cometer el hombre mas desalmado en el seno de la sociedad mas perversa y corrompida; deberíamos, en fin, salvar de un salto aquel inmundo lodazal, y escusarnos de pronunciar aquellos nombres, afrenta de la humanidad, repitiendo á nuestros lectores el célebre verso de la Divina comedia:

Non raggionar di lor, ma guarda é passa.

Pero el encontrarse algunos de ellos mezclados en los hechos de cierta entidad que tuvieron lugar en Andalucía durante sus execrables reinados, no nos permite pasarlos en claro como hubiéramos deseado.

Reanudemos, pues, el hilo de nuestra interrumpida narracion de las cosas particulares de Andalucía, haciendo preceder su eslabonamiento con la referencia de un hecho, cuya sola enunciacion nos releva de todo comentario.

En la noche del 24 de diciembre del año 30 del imperio de César Augusto; 753 de la fundacion de Roma, y 4963 de la creacion, *nació* en un establo, en Bethleem, pequeña ciudad de la montuosa Galilea y situada á unas tres leguas al Sur de Jerusalem,

JESUCRISTO, HIJO DE DIOS.

Catorce años mas tarde, el dia 19 de agosto, murió en Nola, ciudad de la Campania, á los setenta y seis de su edad, despues de haber reinado cua-

renta y cuatro, *Cayo Julio César Octaviano Augusto*; de quien se ha dicho, que *nunca debiera haber nacido, ó que nunca hubiera debido morir*.

España agradecida á sus beneficios, le erigió en vida templos y altares; y Sevilla arrebataba por los estímulos de su apasionada gratitud, levantó un monumento á su esposa Livia, como *enjendradora del Orbe*, madre de todos los pueblos del mundo, de los cuales Augusto estaba reputado como padre.

Sucedióle en el trono imperial su yerno é hijo de su esposa, Livia, el infame Tiberio, mónstruo de crueldad y de corrupcion. En el octavo año de su reinado, hubo un levantamiento general en Andalucía contra Vibio Sereno, prefecto de la Bética, nombrado por el Senado por recomendacion de Tiberio, cuyas tropelías y vejaciones se habian hecho insoportables al pais. Alarmado el Senado con la noticia de un suceso tan grave, y penetrado de la justicia que asistia á los sublevados, depuso inmediatamente al prefecto, y envió á Andalucía á Julio Beso, procónsul de África, con algunas tropas, recomendándole que apaciguase los ánimos con medidas conciliatorias mas bien que de fuerza. Esta prudente conducta surtió el mejor efecto. El pais depuso las armas, y envió por consejo de Beso, una diputacion al Senado, para presentarle sus quejas y pedirle justicia. ¡Cosa estraña para aquellos tiempos en que la *diosa* no aparecia siquiera en el templo que Augusto le hizo levantar en Roma! el Senado se la hizo cumplida á los habitantes de

la Bética, condenando al rapaz prefecto Vibio Sereno á destierro en una de las islas del mar Egeo.

El año 19 del reinado de Tiberio, se verificó el misterio de la

MUERTE Y PASION DE NTRO. SEÑOR JESUCRISTO.

Los Fariseos, secta hipócrita y ambiciosa, *Sepulcros blanqueados por fuera y por dentro llenos de hediondéz,* sublevaron al pueblo ignorante y dementado por largos siglos de miseria y sufrimientos, contra su propio REDENTOR. Jesús, vendido por Judas y abandonado de sus discípulos, se dejó interrogar por los sumos sacerdotes; llevar ante el tribunal de Poncio Pilatos, que reconociéndole inocente y *Justo*, no se atrevió á ponerle en libertad, *sacrificando la justicia á la razon de Estado*, y por último arrastrar á la presencia de Herodes II, que lo escarneció y condenó. *Jesús* murió en el suplicio, hasta entónces ignominioso de la cruz, cumpliendo sobre el *Calvario* la redencion del género humano, el dia 3 de Abril, á las 3 de la tarde del año 33 de su nacimiento. Este año concuerda con el 4° de la 202° olimpiada, en el cual se verificó un grande eclipse de sol. Poncio Pilatos remitió á Roma el acta del proceso de Jesucristo, y Tiberio mandó poner en el número de los dioses á *Jesús hijo de Maria.*

Del pié de la cruz (dice Chateaubriand, en sus

Estudios históricos) en que fué clavado por ingratitud y ceguedad de los hombres, partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desvalidos, á predicar al mundo la doctrina de la salvacion, y á derramar por todas las naciones la verdadera semilla civilizadora que debia cambiar la faz del mundo.

Cuatro años mas tarde (37) murió Tiberio, á los 79 de su edad, habiendo reinado 22 años, que dejaron honda y triste huella en Andalucía por las vejaciones que impuso á la provincia, en venganza del *desaire* que hizo á su protejido el prefecto Vibio Sereno.

El año 68 de J. C., despues de los reinados del sanguinario Caligula, del imbécil Claudio y del Tirano Neron, subió al trono imperial por eleccion de las lejiones, que despues de la muerte del *parricida incendiario de Roma*, se habian arrogado la facultad de elejir emperadores, M. Salvio Othon, pro-pretor de la Lusitania.

Othon, uno de los tres emperadores que en el discurso de un año, (el 68) los ejércitos, dueños ya de los destinos de Roma, eligieron y asesinaron en las guerras civiles que fueron consecuencia del desquiciamiento social, renovó en Andalucía, en los dias de su efímero reinado (duró poco más de tres meses) los inolvidables tiempos de Augusto. En efecto; no solo procuró cicatrizar las heridas que le habian causado los rencorosos resentimientos de Tiberio, y la rapacidad y torpeza de Neron, dando un vigoroso impulso á su comercio exterior por

medio de nuevos reglamentos marítimos y leyes protectoras, sino que tomó una disposicion de inmensa trascendencia política y de incalculable beneficio económico para Andalucia, que fué incorporar á la Bética las costas mediterráneas de África, poniéndolas en el concepto de colonia, bajo la jurisdiccion de Cádiz, con el nombre de *Hispania Tingitana*.

Es muy digno de notarse, que un emperador romano, en las contadas horas de su reinado, iniciara un pensamiento de inmensa trascendencia para los intereses morales y políticos de España. Pensamiento que hemos dejado dormir durante cerca de diez y nueve siglos, salvo en algunos cortos momentos de lucidez, que no dieron resultado alguno; porque en tanto que la espada obraba quijotéscamente del otro lado del Mediterráneo, los ojos y la inteligencia de nuestros hombres de Estado, permanecian fijos mas allá de los Pirineos.

Othon al incorporar las costas de África á la Bética, echó un puente sobre el Estrecho; puente cuyo paso hemos descuidado los españoles, y que los africanos comenzaron á aprovechar poco tiempo despues de *abierto á la esplotacion*, como se dice en nuestros dias. En efecto, muy luego los veremos, en el reinado de Marco Aurelio, verificar su primera invasion, en son de conquista en España y no cesar de lanzar hordas semi-bárbaras en Andalucía, hasta que D. Alfonso XI, con la Batalla del Salado y la toma de Algeciras, destruyó para siempre aquel puente que no supimos esplotar.

El emperador Othon, de tan grata memoria para la Bética, se suicidó al dia siguiente de haber perdido la Batalla de Bedriaco, (14 de abril del año 69) contra su competidor Vitelio, por no ser causa, segun dijo, de que se derramase mas sangre romana.

Despues de la desastrosa muerte del gloton Vitelio, las legiones de Oriente, que sitiaban á Jerusalem, proclamaron á Vespasiano, general valeroso y hombre magnánimo, sábio y económico, de la ilustre familia Flavia, que dió tres emperadores á Roma. España se declaró desde luego por él, y Vespasiano agradecido, concedió á todos los españoles los derechos del Lacio, en virtud de cuyo decreto quedaron elevados á la categoría de ciudadanos romanos. Pero entre todas las provincias, la Bética fué la que mas beneficios obtuvo del nuevo emperador, quien envió á ella, en calidad de Cuestor al célebre escritor, erudito y naturalista, Cayo Plinio el *Mayor*, que desempeñó su cuestura esmerándose con ahinco en proporcionar cuantos beneficios estuvieron en su mano al pais encomendado á su administracion. Durante los años de su permanencia en España, Plinio hizo un particular estudio de las regiones que recorrió, recojiendo en ellas abundantes materiales para su inapreciable *Historia Natural*.

El reinado de Vespasiano fué para España una época de gran prosperidad, segun puede deducirse de los muchos monumentos erigidos en ella á su memoria.

Bajo el imperio de Vespasiano, Jerusalem y el *Templo* fueron destruidos por su hijo Tito. «Llegaron á once veces cien mil los hombres muertos en esta guerra,—dice el historiador judio Flávio Josefo, que militaba en las filas del ejército sitiador,—y á noventa y siete mil los cautivos.» Esta muchedumbre de esclavos fué repartida por todas las provincias del imperio, y España recibió su contingente, al cual señalóse para habitar la ciudad de Mérida. Estos fueron los primeros judíos que entraron en la Península, donde se establecieron y propagaron durante una larga série de siglos.

Muerto Vespasiano, el año 79, sucedióle su hijo Tito, á quien España dió el nombre glorioso que le ha quedado, llamándole *Delicias del género humano*. Tras un brevísimo reinado de dos años, y frustrando las halagüeñas esperanzas que habia hecho concebir, murió Tito, el año de 81, dejando el imperio á su hermano Domiciano: tirano cruel y sanguinario, cuyo nombre, por lo odioso que se habia hecho, mandó el Senado, despues de su muerte, que fuese borrado de todos los monumentos públicos del Imperio, y derribar todas sus estátuas. En tiempo de este mónstruo, la Bética pidió justicia al Senado contra las depredaciones y atropellos de su procónsul. Plinio el jóven, y Erenio Senecion, natural de Andalucía, defendieron la causa de los andaluces con tanto acierto y habilidad, que á pesar de ser él acusado un hombre muy poderoso por sus inmensas riquezas, fué condenado y sus bienes confiscados.

Domiciano decretó la segunda persecucion contra los cristianos que comenzaban á estenderse por España, á influjo de la elocuente palabra de San Eugenio, que fué enviado de las Galias por San Dionisio el *Areopajita*, y ocupó la primera silla episcopal de Toledo, segun la tradicion de la Iglesia española.

Domiciano el tercer emperador de la familia Flavia, y el último de los que llamamos *doce césares*, murió asesinado (año 96.) por su propia servidumbre.

Sucedióle el anciano Marco Coceyo Nerva, cuyo breve reinado de dos años, fué ventajoso para Roma por la proteccion que acordó á las ciencias y á las artes; por haber abolido el crímen *Lesa majestad*, y mandado devolver sus bienes á los desterrados; y no menos venturoso para Andalucía, por los buenos majistrados que envió para gobernarla, asi como por los magníficos edificios que mandó construir en Córdoba. Este excelente príncipe dió el primer decreto de tolerancia en favor de los cristianos, prohibiendo que fueran procesados por causa de su religion. Finalmente, coronó su breve reinado tan aprovechado para el bien, con el acto que mas le enaltece, cual fué adoptar y nombrar para sucederle en el imperio, á Marco Ulpio TRAJANO á quien sus contemporáneos llamaron, por su clemencia, el *mejor de los príncipes*.

Trajano, *aquel rayo de la guerra, pio felice, triunfador*, como lo llamó Rioja, nació en *Itálica*, de una familia mas antigua que ilustre. Fué el *primer* em-

perador estranjero que vistió el manto de púrpura de los Césares en Roma; y este primer emperador estranjero, fué andaluz; de la misma manera que andaluz fué tambien el primer estranjero, Balbo, que obtuvo en Roma los honores del triunfo.

Andalucía, dando á Roma el mejor emperador, excelentes generales, poetas, filósofos, historiadores, una escuela literaria, escuadras, soldados, inmensas riquezas, y llenando su mercado con los esquisitos frutos de su suelo, pagó generosamente á la capital del mundo los tesoros que de ella recibió, y justifica lo que hemos dicho en diferentes ocasiones; que esta fué, no solo la primer region de Europa donde asomó el crepúsculo de la civilizacion en la segunda edad post-diluviana del mundo, sino que tambien aventajó á casi todos los pueblos de nuestro continente en el siglo de Augusto, á cuyo brillo y esplendor contribuyó mas que otro alguno. . .

El reinado de Trajano fué de inolvidable memoria para Roma, para España, y sobre todo para Andalucía. En su tiempo se construyeron magníficas obras públicas y espléndidos edificios; al mismo tiempo que, con la libertad que concedió de pensar, decir y escribir, florecieron las letras y las artes. Sevilla le debe la construccion de hermosos edificios; Itálica señaladamente y en particular el célebre anfiteatro de esta ciudad;—cuya descripcion detallada daremos en otro lugar—así como escelentes gobernadores que administraron fiel y paternalmente la provincia. En su tiempo los habitantes de

la Bética pidicron justicia contra el proconsul Cecilio Clásico, acusado de graves demasias en el egercicio desu autoridad. El Senado se la administró ejecutivamente, y el acusado, sabedor del tremendo fallo que iba á caer sobre él; eludió la ejecucion de la sentencia suicidándose (114). Fueron restituidos á los pueblos y á los particulares los bienes que les habian sido arrebatados, y los cómplices de las exacciones del procónsul sufrieron un largo destierro.

El andaluz Cecilio Taciano, natural de Itálica, ejerció durante los últimos años del reinado del *clemente emperador*, las funciones de procónsul general del fisco, cargo que equivalia al de ministro de Hacienda en nuestros dias.

Despues de 19 años de glorioso reinado, murió Trajano en Selinunte, en Cilicia (117). Sus cenizas fueron trasladadas á Roma, y colocadas debajo de la columna que recordaba sus gloriosas conquistas. En tiempo de este gran príncipe, comenzó á propagarse con celeridad el cristianismo por los paises meridionales de España, como resultado de lo divino de la doctrina y del edicto de tolerancia publicado por el bondadoso Nerva.

Elio Adriano, hijo de padre andaluz y de madre tambien andaluza, Domicia Paulina, natural de Cádiz; nació en Itálica, fué deudo y sucesor de Trajano, quien instó para que se le nombrase emperador, como así se verificó. Sus historiadores nos lo pintan como hombre de especiales conocimientos en todos los ramos del saberhumano, de

grandes virtudes, mas tambien de repugnantes vicios.

En los años trascurridos entre el 120 y el 131 de su reinado, visitó personalmente todas las provincias de su imperio. En el 122, hallándose en Tarragona, convocó una asamblea de representantes de las principales ciudades de España. Concurrieron todos á escepcion de los de Itálica. Adriano se vengó del desaire negándose á visitar aquella ciudad en el viaje que hizo por Andalucía, en la que dejó grata memoria de su paso, perdonando á la provincia un atraso de contribuciones que debia por valor de un millon nuevecientos mil *sestercios*, y mandando recomponer, con su propio peculio, la carretera pública desde Munda á *Cartima* (Cártama) en una estension de siete leguas.

Adriano murió en 138, dejando por sucesor á E. Antonino, apellidado el *Piadoso, padre de la pátria y segundo Numa*. Antonino gobernó el imperio durante 43 años en medio de la paz y de la prosperidad, y dejó al morir (161), por sucesor á Márco Aurelio, llamado el *Filósofo;* título que mereció por su ciencia y por sus escelentes dotes de príncipe y de general.

Márco Aurelio, fué oriundo de una familia andaluza. Su bisabuelo, el primero de la familia que pasó á avecindarse en Roma, era natural de *Ucubis*, pueblo de la Bética, poco distante de Itálica.

En el año décimo de su reinado (171), los africanos procedentes de la region de la Mauritania, donde mas tarde se fundaron el imperio de Fez y

el imperio de Marruecos, deseosos, sin duda, de protestar contra la dependencia de España, en que el emperador Othon habia puesto al África. pasaron por *aquel puente, que nosotros tuvimos siempre abandonado*, y se lanzaron ávidos de saqueo y de botin sobre la provincia de Andalucía. El gobernador de la Bética, Galo Vallio, y el cuestor Severo, quien mas adelante fué emperador, reunieron tropas y marcharon á su encuentro. Alcanzáronlos delante de *Singilis* (hoy Antequera la vieja) cuyo sitio habian emprendido hacia ya bastante tiempo; obligáronlos á levantarlo y los batieron sin tregua hasta arrojarlos de España, persiguiéndolos despues por mar sobre las costas de Tánger.

Seis años antes de su muerte (174), Márco Aurelio consiguió una célebre victoria, allende el Danubio, sobre los *Sarmatas*, *Quados* y *Marcomanos*. El emperador, dice un padre de la Iglesia, confesó ser deudor del triunfo, á las oraciones de los *soldados de Cristo*. Este suceso es el conocido con el nombre de *el milagro de la legion fulminante*.

Márco Aurelio murió en 180, antes de acabar de sugetar á los bárbaros. Roma lloró la muerte de uno de los mejores príncipes que se habian sentado en el trono de los Césares, y España, á quien le habia dado otros diez y nueve años de paz y de prosperidad, lo lloró tambien.

La época de Trajano, Adriano, Antonino y Márco Aurelio, los dos primeros y el último, en cuyas venas corria sangre andaluza, fué para España y para Roma la del espectáculo mas grandioso que

nos presenta la historia. En ella triunfó la civilizacion; y la sociedad desde muchos años desquiciada, pareció recobrar su asiento. Ciento veinte millones de hombres distribuidos en la vasta estension del imperio gozaron del bienestar y de la abundancia, gobernados por príncipes que fueron modelos en la antigüedad. Las ciencias, la literatura y las bellas artes florecieron como núnca, y alcanzaron un grado de esplendor, que hoy, á pesar de los progresos de nuestra cultura y civilizacion, nos admiran.

Escusamos decir que en este rapidísimo bosquejo que hemos hecho de la situacion del imperio en el reinado de los Antoninos, está comprendida la Bética, cuya prosperidad moral y material caminó de consuno con la de Roma.

Desgraciadamente, con aquellos venturosos y excelentes príncipes terminaron los buenos tiempos de Roma, y comenzaron á lucir dias aciagos con los de los emperadores que les sucedieron; tiranos, la mayor parte, de notoria incapacidad y de vida licenciosa y corrompida. Elejidos por una soldadesca insubordinada, instrumento de que se valió la Providencia para hacer purgar á Roma los grandes crímenes é injusticias que cometió en el mundo por medio de sus soldados, fueron asesinados por estos con la misma facilidad con que los elevaron al trono de los Césares.

Por mas que los historiadores de aquellos sucesos se hayan ocupado poco ó casi nada de España, y por consiguiente de Andalucía, no nos es posible

pasar por alto los acontecimientos mas importantes y característicos de su reinado, en consideracion á ser la península Ibérica, la provincia predilecta del imperio, donde necesariamente habian de sentirse de rechazo los estremecimientos, las convulsiones que anunciaban la ruina inminente de aquella Roma á cuyo esplendor y grandeza tanto habia contribuido la Bética.

Además, acercándose velozmente la hora de la definitiva trasformacion del mundo antiguo en el mundo moderno: encendida ya la pira que habia de consumir una civilizacion incompleta, por mas que fuera el fruto del laborioso trabajo del Oriente y del Occidente durante una larga série de siglos: ardiendo ya la llama que habia de consumir las impurezas que corrompian la esencia y la vida de la sociedad; que habia de sustituir la esclavitud con la libertad; la materia putrefacta con la sublimacion del espíritu; la filosofía epicúrea, egoísta, con la filosofía popular de amor y fraternidad entre todos los hombres; el politeismo grosero, sensual, que ni el nombre de religion merece, con un dogma evidente, absoluto, completo que comprendiese Dios, el hombre y la Creacion; los dioses de *la pátria*, que no salian de las fronteras de un Estado y frecuentemente de los muros de un templo, con el Dios del Universo; el derecho privilegio de unos pocos, con el derecho propiedad de todos; acercándose, repetimos, este gra dioso momento, y rujiendo ya en las fronteras del imperio las hordas bárbaras que habian de arrasar el muhdo de ayer para

dejare spacio al mundo de hoy, creemos de imprescindible necesidad referir los principales acontecimientos que mediaron entre los primeros frutos próximos á la madurez del árbol plantado por la mano del Eterno en la cima del monte Calvario, y el desmoronamiento del Panteon de Agripa.

Por otra parte, siendo nuestro país uno de aquellos en quienes mas inmediata y profundamente se sintieron los efectos de aquella providencial trasformacion; aquel cuya faz social y política se modificó desde luego mas radicalmente, cambiando su estado misto de provincia tributaria y de colonia dependiente de lejana metrópoli, en el de Estado constuido en nacionalidad soberana é independiente; el que creó, en fin, la primera vasta monarquía en Europa, y tuvo el primer código de leyes que puso los cimientos del derecho público moderno, parécenos de suma conveniencia narrar los sucesos que acompañaron la gran mudanza, por mas que tuvieran lugar fuera de nuestro suelo, que, en conclusion participó, como dejamos dicho, de ella, mas profunda y característicamente que otro pueblo alguno.

Muerto Marco Aurelio, sucediéronle, su hijo *Commodo*, mónstruo de lujuria y crueldad aun mas odioso que Neron: *Pertinax*, asesinado por sus soldados (193). *Didio Juliano* que compró la púrpura, y que, no pudiendo pagar el precio estipulado, fué muerto á los sesenta y seis dias por los pretorianos; *Séptimo Severo*, conquistador pero cruel y sanguinario, que ordenó la tercera persecucion; y fecun-

dó nuestro suelo con la sangre de los mártires, siendo ya muy numerosos los cristianos en España: *Caracalla*, hijo de Severo, (211) quien hizo asesinar á su hermano *Geta* en los brazos de su propia madre, y fué muerto por Macrino, prefecto del pretorio; el mismo *Macrino*, que elegido emperador fué tambien asesinado á los 14 meses de reinado; por último, *Heliogábalo*, jóven siro, gran sacerdote del Sol, y mónstruo que escedió en impiedad, libertinaje y barbárie, á todos los que le habian precedido. Educado en el afeminado lujo del Oriente, *Heliogábalo*, introdujo en su palacio la mas desenfrenada molicie y sensualidad; se formó un Senado de mujeres, y se hizo adorar como Dios. Avergonzados los soldados de tenerle por emperador, le dieron muerte, así como á su madre, en una cloca donde se habian ocultado, huyendo de la rebelion que habia estallado en el ejército (11 de marzo de 222).

En el reinado de *Heliogábalo*, puede decirse que tocó en el límite de la demencia el desenfreno, el libertinaje y el esceso del lujo y de la corrupcion en Roma. Los *germanos* y algunos pueblos del Oriente, hicieron frecuentes y venturosas correrías en las tierras del Imperio, contando con la impunidad que les ofrecia la debilidad de los romanos degenerados é incapaces de sufrir las penalidades de la guerra.

Pasados aquellos 42 años de abyeccion y de miseria, Roma gozó un momento de paz bajo el reinado de Alejandro Severo príncipe ilustrado, eco-

nómico y lleno de buen sentido, quien á pesar de sus generosos esfuerzos, no pudo poner remedio á la cancerosa enfermedad que devoraba al Imperio, ni detenerle en su vertijinosa carrera hácia el abismo donde tenia que sepultarse fatalmente. En efecto; la corrupcion de las costumbres continuaba con insolente cinismo y desfachatez; los bárbaros avanzaban, y veíase próximo el dia en que someterian las legiones, y la antigua sociedad desapareceria con su farsa politeista, reemplazada por el culto cristiano, fundamento de una sociedad mas perfecta.

En tiempo de Alejandro Severo, concedióse á los cristianos libertad para practicar su culto en público. El emperador gustaba de su moral y de sus libros, y mandó colocar una efigie del Crucificado en su oratorio particular. Alentáronle para entrar en esta nueva senda de salud, los consejos de su madre *Mamea,* en cuyo pecho germinaba la semilla del cristianismo. Bajo el prudente gobierno de este ilustrado príncipe, Andalucia tuvo buenos gobernadores que mantuvieron la provincia en un estado próspero y pacífico.

Á los veintiseis años de edad y trece de reinado, Alejandro Severo, fué asesinado con su madre en *Siclingen* cerca de Maguncia, por Máximo, godo de nacion, y oficial de su ejército.

Muerto Alejandro, volvieron para el imperio los tiempos de Calígula, de Heliogábalo y de Commodo. Aceleróse su movimiento de descomposicion que no cesó, salvo en algunos cortos espacios

de tiempo, hasta que desapareció bajo los piés de las innumerables hordas de bárbaros, que se apoderaron de él como de presa despreciable por lo fácil.

Al Sirio Alejandro, sucedió en el imperio el godo *Máximo* su asesino, que murió con su hijo de la misma manera en la guerra que hizo á los Germanos y Sármatas.

Muerto Máximo (238) sucediéronse algunos emperadores, cuya clasificacion por órden cronológico es difícil establecer, tan vários y enmarañados son los sucesos de las guerras civiles y crímenes que los elevaron y precipitaron del trono de los Césares, hasta *Valeriano,* el vencedor de los godos, que fué vencido á su vez y hecho prisionero (260) en la Mesopotamia, por *Sapor*. Su derrota dió lugar á que todos los enemigos de Roma Godos, Escitas, Quados, Sármatas, Alemanes y Francos se lanzaran á un mismo tiempo contra el imperio, que tuvo la fortuna de vencerlos bajo la dominacion de *Galieno,* hijo de *Valeriano*. La época de este emperador fué una de las mas deplorables para Roma, hasta que con su muerte desastrosa (268) entró á reinar *Claudio,* el primero de una série de valientes emperadores que sostuvieron durante algunos años el vacilante imperio.

Claudio derrotó un ejército de 320,000 bárbaros, y les desbarató una escuadra fuerte de 2000 velas. Victorias de inmensa importancia que reanimaron el abatido espíritu de los romanos. Muerto en 270, subió al trono de los Césares, *Aureliano*, principe

dotado de brillantes cualidades y de grande entereza, que renovó por poco tiempo las antiguas glorias de Roma, y que murió en 275, en ocasion en que meditaba una cruel persecucion contra los cristianos.

Sucedióle, despues de ocho meses de interregno, durante los cuales el mundo estuvo sin dueño el anciano *Tácito*, que tuvo un fin desastroso; y luego el hermano de éste, *Florian*, á quien mataron sus soldados en 276.

Probo, uno de los mas grandes emperadores del tiempo de la decadencia, fué elevado al sólio por las legiones de Asia. Derrotó á los bárbaros que habian invadido las Galias; obligó á los Godos y Persas á pedirle la paz; venció á los Isauros y á los Blemios, y aseguró la paz en las fronteras del imperio. Como administrador mejoró el gobierno interior, protejió las letras y las artes y fomentó la agricultura, derogando el edicto de *Diocleciano*, que habia mandado arrancar las viñas en España, las Galias y la Hungria, reedificó ciudades demolidas, y abrió canales y carreteras. *Si los dioses*, dijo en una ocasion, *me conceden vida, pronto el imperio* NO NECESITARÁ SOLDADOS. Frase sublime que deberia estar escrita con letras de oro en el sólio de todos los reyes; pero que fué funesta para aquel gran corazon, puesto que recojida por las legiones produjo una conjuracion que le arrebató la vida (182).

Caro, *Carino* y *Numeriano*, pasaron por el sólio de los emperadores, sin dejar recuerdo memorable de su efímero reinado.

Sucedióles *Diocleciano*, gefe de los oficiales de palacio, que se hizo proclamar emperador despues de dar muerte con su propia mano á *Ario Apero*, prefecto del Pretorio que aspiraba al imperio.

Diocleciano, príncipe hábil y prudente, comenzó por asociarse en el gobierno algunos cólegas, á fin de satisfacer ambiciones y conjurar los peligros de nuevas conspiraciones contra su vida. Razon tenia para precaverse, pues en los noventa y dos años transcurridos desde *Commodo* «de las veinticinco veces que estuvo vacante el imperio, veintidos fué por muerte violenta del que lo ocupaba; de los treinta y cuatro emperadores elegidos, treinta fueron asesinados por las personas que aspiraban á sucederles. Los soldados eran electores, verdugos, dueños de todo: no sabemos qué podian hacer los Bárbaros para empeorar semejante situacion.» A los diez y ocho años de un reinado que se hizo notable por la prudencia de su gobierno y la firmeza con que reprimió las discordias intestinas, Diocleciano, cediendo á las importunas instancias de *Valerio*, tuvo la debilidad de decretar el famoso *Edicto de Nicomedia*, que empapó la tierra con la sangre de los mártires cristianos. Con él empezó la era de la Iglesia, conocida con el nombre de *era de Diocleciano, ó era de los mártires*.

Los decretos de persecucion publicados antes del Edicto de Nicomedia, fueron parciales, y dejaban al arbitrio de los gobernadores que habian de hacerlos cumplir el empleo del mayor ó menor rigor contra los cristianos; mas este último tuvo el

carácter de general, y ordenábase en él el completo esterminio de los que profesaban la ley del Crucificado. Asi se hizo destruyendo las iglesias, destrozando los objetos destinados al culto; quemando los libros santos y las actas de los mártires anteriores, llenando las cárceles de víctimas destinadas al suplicio, y amontonando cadáveres, en términos de horrorizar á los mismos verdugos, que los quemaban sobre inmensas piras, ó los arrojaban en el seno de las aguas.

Andalucía tambien recibió aquel glorioso bautismo de sangre, y pagó gozosa crecido tributo á la ira de los sacerdotes de los dioses *que se iban*. La *Palabra* de Jesucristo estaba ya muy propagada en aquella fecha en su suelo. Entre los numerosos mártires que por este tiempo confesaron su fé en el tormento, cuéntanse las santas vírgenes Justa y Rufina en Sevilla, y S. Zóilo y compañeros mártires en Córdoba.

Dos años duró en Occidente aquella cruel persecucion contra los cristianos, y ocho en Oriente.

Diocleciano, á resultas de una grave enfermedad que contrajo viajando por las provincias ilíricas, resolvió abdicar; lo cual verificó en Nicomedia, (305) dejando el imperio dividido entre *Constancio* y *Galerio;* el primero administró las provincias de Occidente, y el segundo las del Oriente. *Constancio* gobernó la España con templanza y dulzura, diciendo que mas bien queria que fuesen ricos los súbditos que el Estado: procuró suavizar los rigores de la persecucion decretada contra los cristia-

nos, y aun los auxilió en cuanto pudo. Bajo su paternal gobierno dejóse de perseguir en España á los que profesaban la fé de Cristo; abriéronse las cárceles (305) á los que esperaban la palma del martirio, siendo uno de los que vieron frustradas sus esperanzas, al recobrar la libertad, Osió, obispo de Córdoba, que tanta celebridad llegó á adquirir.

Constancio, escelente príncipe, dulce, afable y tolerante, tomó por esposa á *Elena*, muger oscura, —segun dice S. Ambrosio, que tenia una casa de posada,—y de ella tuvo varios hijos, siendo el mayor *Constantino*, nacido en Nisa, en la Mesia, por los años 274 de J. C. Muerto *Constancio* en Yorck, en la Bretaña, las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron á *Constantino* emperador en memoria de las virtudes de su padre. (306)

VIII.

DESDE CONSTANTINO (306) HASTA LA TRASMIGRACION DE LOS VÁNDALOS AL ÁFRICA (428).

Cercano el dia de la gran catástrofe que dejó relegado á las páginas de la historia el mundo antiguo, y luciendo ya en el firmamento el astro que hace diez y nueve siglos viene alumbrando con sus vivos resplandores el mundo moderno, parécenos conveniente bosquejar la situacion de Andalucía durante los tormentosos años del principio de la decadencia romana, y durante aquellos que precedieron á su propia trasformacion religiosa, política y social.

Andalucía, pues, tan adicta á Roma, ó por mejor decir, tan romana como Roma, no pudo menos de participar de todas las vicisitudes de aquel pueblo degenerado y de aquella sociedad corrompida, cuya grandeza histórica nos pareceria un mito, si no subsistiesen todavía testimonios fehacientes de que no siempre quemaron incienso delante de las estátuas de *Neron*, de *Commodo*, de *Caracalla* y de

Eliogábalo: empero, si participó de ellas, no debió ser con toda la intensidad de sus desastrosos efectos, alejada como estaba del principal teatro de aquellos desórdenes, de aquella corrupcion y de aquel desenfreno de todas las malas pasiones, que convirtieron al *pueblo-rey* en una trahilla de perros cobardes, tendidos á los piés, y lamiendo la mano de los tiranos que le flajelaban y lo embrutecian con los espectáculos del circo.

Además de su alejamiento, tenia en su favor la riqueza de su suelo, y la que obtenia de su industria y comercio, que la permitian recuperar en el mercado de Roma, con la venta de sus productos, el oro que le arrebataban la insaciable codicia de los gobernadores que el Senado y los emperadores le enviaban para que la esquilmasen. De todas maneras es presumible que la época de la decadencia de Andalucía coincidiese ó fuese el resultado de la de Roma; si bien allí debió ser mas lenta, y menos funestos sus resultados; porque no existian tantos elementos de perturbacion, no se respiraban aquellos miasmas deletéreos que corrompian todas las clases de la sociedad romana. Esto es cuanto puede conjeturarse sobre la situacion de Andalucía durante la época del despotismo de los Césares y de la degeneracion de Roma; dado el silencio que guardan los historiadores de aquellos tiempos, acerca del estado de la Bética, á quien si nombran alguna vez, es comprendiéndola entre las demás provincias del imperio, al dar cuenta de algun acontecimiento de interés general.

No obstante; en la época á que aludimos, ó sea durante el último tercio del siglo que precedió al del advenimiento de Constantino el *Grande*, vemos hacerse alguna claridad que ilumina la situacion de Andalucía, á beneficio del suceso mas estraordinario que registran las edades conocidas del mundo.

Nos referimos á la aparicion del Cristianismo.

En efecto, merced á él, ó con su ayuda, nos será menos difícil descubrir una parte de la verdad que nos ocultan los historiadores de aquellos tiempos, y determinar con alguna claridad el hecho cuyo conocimiento perseguimos.

Hemos dicho que la época de la decadencia de Andalucía coincidió ó fué el resultado de la de Roma; pero tambien hemos dicho que no existian en su suelo los elementos de perturbacion moral y material que arrastraban hácia el abismo al *pueblo-rey*, ni se respiraban en su atmósfera los miasmas ponzoñosos que corrompian y acortaban la vida de aquella sociedad.

¿Por qué, pues, en tan distintas condiciones se produjeron resultados iguales y semejantes? es decir; ¿por qué, Andalucia, siendo noble y honrada, tuvo la misma suerte que Roma corrompida y disoluta, en lo relativo á su prosperidad material, y á la cultura intelectual que introdujeron en ella las letras y las artes greco-latinas?

¿Por qué? Porque así como en Roma la corrupcion de las costumbres públicas y privadas ahuyentó las virtudes y produjo la decadencia moral y

material de aquel pueblo, asi en Andalucía la predicacion del Evangelio y la voz de los Apóstoles de la verdad, al disipar los errores del politeismo, produjeron la declinacion de su progreso material y la de su cultura, que tenian por base aquel deleznable cimiento.

Al difundirse el cristianismo en Andalucía (y creemos que comenzó á difundirse mucho tiempo antes de lo que suponen algunos autores estranjeros), hubo necesariamente de trastornar hasta en sus fundamentos el modo de ser de la sociedad que lo recibió en su seno; sociedad que descansaba sobre principios y sobre *intereses*, que tambien á la sazon se llamarian *permanentes*, diametralmente opuestos á la moral cristiana y á los nuevos intereses que esta venia á crear, y como estos nuevos intereses y aquella sublime moral estaban en perfecta armonía con las aspiraciones indudablemente sentidas, pero todavía mal definidas del pueblo, de aquí procedió el trastorno de aquella sociedad, que debió verse detenida en su movimiento por la senda que le trazara la filosofía hasta entonces dominante, y muy luego paralizada, ó mas bien diremos, oscilando entre la civilizacion imperfecta de su pasado y presente, y la civilizacion perfecta que veia en cercana perspectiva.

Su incertidumbre no pudo ser, y no fué de larga duracion; entre una religion, un culto, una organizacion política, leyes y doctrinas filosóficas que trajeron los tiempos de Calígula, de Commodo y de Heliogábalo, que dejaban los bienes y la familia

de todos los ciudadanos nobles ó plebeyos á merced de cualquier loco revestido de la púrpura imperial, ó de uno de sus delegados; que autorizaban la ereccion de templos á la prostitucion y á la concupiscencia; que constituian en esclavos de una sola ciudad á todos los pueblos de la tierra, y que hacian un Dios de cada mónstruo coronado que se embriagaba con la sangre de sus súbditos, y un mónstruo de cada Dios á quien los hombres rendian culto; entre aquella religion, gobierno, leyes y filosofía, repetimos, y una doctrina que anunciaba *un solo Dios verdadero, padre misericordioso de todos los hombres,* que imponia como un deber el *amor,* la *caridad* y el *perdon de las ofensas;* que proclamaba la *igualdad* y la *fraternidad,* la *abnegacion* y el *sacrificio,* y que arrancando la humanidad de las manos de la fuerza bruta, abolia la esclavitud y proclamaba la libertad, la eleccion no podia ser dudosa para los hombres en cuyo corazon existía el gérmen de aquella moral divina.

Así nos esplicamos la decadencia en que, á semejanza y simultáneamente con Roma, se encontró Andalucía; decadencia de que muy luego la historia nos suministrará abundantes pruebas, y decadencia, en fin, que si bien fué en lo que se referia al progreso material y á la cultura intelectual cuyos gérmenes recibiera de Roma, no así en lo relativo á los tesoros de su inteligencia, á su intensidad de accion y á la exuberante vida con que el cielo la dotó. Fué, en suma, un retroceso en el órden material, para buscar en el moral un nuevo

orígen que constituyese el fundamento de una nueva civilizacion, nacida del Evangelio de Jesucristo.

Pero, se nos dirá: ¿tantos progresos habia hecho el cristianismo en Andalucía en la época referida, para que pueda atribuírsele, sin notoria exajeracion, un poder suficiente para llevar á cabo la trasformacion que se habia operado en el pais? Contestaremos; pero sin ánimo de tratar la cuestion en el terreno de las abstracciones filosóficas, sino considerándola como un hecho histórico del cual se deriva una série de observaciones críticas.

Se ha discutido mucho en libros escritos por publicistas é historiadores nacionales y estrangeros, acerca de los progresos que en España hizo el cristianismo en los primeros siglos de nuestra era; llegando algunos de los segundos á afirmar, que al *advenimiento de Constantino*, el número de los cristianos era muy reducido en España; en tanto que los primeros desmienten esta afirmacion, presentando como prueba privilegiada, la piadosa y no interrumpida tradicion de la venida á España del Apóstol Santiago el Mayor y su predicacion evangélica en varias regiones de la Península; y la de San Pablo, el *Apóstol de las gentes*, el *Apóstol filósofo*, que se tiene por cierto haber venido á España por los años 60 de la era vulgar, habiendo desembarcado en Tarragona, desde donde comenzó á predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como lo habia hecho en la Occidental el Apóstol Santiago.

Ahora bien, demos por cierto que las afirmacio-

nes de los escritores españoles se apoyan en débiles fundamentos, y que se han tomado por hechos incontestables lo que solo puede fundarse en conjeturas; pero entonces, ¿cómo se esplican las siguientes contradicciones?

Afirman unos historiadores estrangeros, que hasta el advenimiento de *Constantino* (306, nótese bien la fecha) el número de los cristianos era *muy reducido en España:* dicen otros, que Daciano, gobernador de esta provincia, fué un *ejecutor feroz* del Edicto de Nicomedia (febrero de 303), y, por último, Mr. Beugnot asevera, que «en *ninguna parte*, por el Occidente trastornó la última persecucion (la de Diocleciano) tantas conciencias, frustró tan firmes propósitos, ni causó *tantas apostasías como en España.*»

¿Cómo se compagina, pues, el que si en 306 todavia era cortísimo el número de cristianos en la península Ibérica, en 303 se hiciera necesario usar de un *rigor feroz para esterminarlos?* ¿Para qué emplear aquel lujo de arbitrariedad y tiranía siendo tan pocos y tan insignificantes las víctimas de la intolerancia? ¿Cómo habia de ser en España mayor que en otra parte alguna del Occidente, el número de las apostasías, si era, por lo visto, menor el de los que se vieron compelidos á negar la fé de Jesucristo?

Esta duda, si es que para alguno existe, la resuelve terminantemente el Concilio de Ilíberis, celebrado el año 300, segun la inapreciable Historia Universal, escrita por los padres Benedictinos, ó en

alguno de los años que mediaron entre el 306 y el 310, como pretenden otros cronologistas, ó en el 324, segun dice Ambrosio de Morales, refiriéndose á los dos originales de Toledo y de San Millan de la Cogulla. Sea cualquiera de aquellas fechas la del Concilio de Ilíberis, lo que está fuera de toda duda es, que fué anterior al de *Nicea,* celebrado el año 325 de Jesucristo.

«Han llegado hasta nosotros—dice Carlos Romey, uno de los escritores estrangeros que afirman que al advenimiento de Constantino era cortísimo el número de cristianos que habia en España—las actas de aquel Concilio (el Iliberitano) que derraman copiosa luz sobre la materia;en ellas se vé cual era el verdadero estado de la religion en aquella época...... Este precioso documento puede servir tambien para justipreciar el alcance moral é intelectual de los primeros cristianos que lo compusieron.»

En los cánones de aquel concilio—publicados por Aguirre, en su Coleccion de los españoles,—se contienen curiosísimas noticias que robustecen estraordinariamente la opinion que venimos sustentando. Háblase en ellos de *obispos sacerdotes* y *diáconos*; de cristianos que hubieron aceptado el cargo de *flamines* y *sacrificadores;* de *duumviros cristianos,* ó sean majistrados que venian á ejercer las funciones de alcaldes ó regidores; de mugeres cristianas que prestaban sus galas y alhajas para aumentar el esplendor de las fiestas paganas; de cristianos que tenian muchos esclavos; de iglesias, de cuadros y

de efigies de santos; de pantomimos y cocheros que no puedan ser admitidos á la comunion de los fieles si no abandonan antes su profesion, y en suma, de multitud de disposiciones disciplinarias, que pueban que los cristianos se encontraban en todas partes, y que la religion del crucificado habia penetrado por todas las clases de la sociedad; finalmente, se mencionan 19 obispos, 36 sacerdotes y muchos diáconos que asistieron á él.

Ahora bien, en lo que dejamos apuntados ¿no se manifiesta con una claridad que deslumbra el error ó falta de criterio de los escritores que aseveran que al advenimiento de *Constantino*, eran contados los cristianos que habia en España? Pues que, 19 pastores, la mayor parte procedentes de una misma provincia (la de Andalucia) ¿no suponen un numerosísimo rebaño? Pues que, ese número de sacerdotes, esas iglesias, esas imágenes y esa intrusion de una asamblea religiosa en los asuntos puramente civiles, y esa manera de decretar contrariando, ó prescindiendo de las disposiciones del poder constituido ¿no revelan, cuando menos, el principio de la formacion de un Estado dentro del Estado?

¿Y, cuándo, cómo, en qué momento tuvo lugar la reunion del Concilio Iliberitano? A la misma raiz ó muy pocos años despues de publicado y puesto en ejecucion el Edicto de Nicomedia, que inundó en sangre cristiana el suelo español, donde, segun opinion generalmente admitida, la persecucion y el esterminio de los que profesaban la fé de Cristo, fué mas sañuda, mas implacable y mas feroz que

en parte alguna del Occidente.

Si, pues, bastó el advenimiento al trono de los Césares de un príncipe tolerante, que profesaba sin rebozo el cristianismo, para que en los dias de la abdicacion de otro príncipe que por debilidad autorizó una persecucion inaudita y la mas sanguinaria contra los fieles, estos, los salvados milagrosamente del degüello general, se reunieran en número relativamente considerable de obispos, y legislasen y decretasen con una fuerza tan exuberante de autoridad como lo manifiestan las actas del Concilio de Ilíberis, ¿cómo es posible sostener que el cristianismo habia hecho pocos progresos en España al advenimieuto de Constantino, en 306, esto es, tres años despues de publicado y puesto en ejècucion el sanguinario edicto de Nicomedia?

Creemos, pues, que el cristianismo comenzó á propagarse en España mucho ántes de lo que suponen algunos autores estrangeros, y que tènia ya reconocida importancia, por el número de sus adeptos, al advenimiento de *Constantino*. Así como creemos que á su influjo se puede atribuir la decadencia en que, bajo el punto de vista de los intereses materiales, se encontraba en estos tiempos Andalucía, combatida por los dos ajentes destructores de la civilizacion politeista: la *verdad* que se sobreponía irresistiblemente al error, y los desórdenes de Roma que hacian imposible todo progreso en el imperio y abrian de par de en par las puertas de la Europa Occidental á los Bárbaros.

Sin embargo, mas bien que postrada, mas bien

que rendida al peso del sentimiento que le causaba la pérdida de su lisongero pasado y la renuncia de sus esperanzas en el porvenir con que le brindaba la civilizacion pagana, creemos que lo que hizo Andalucía, fué replegarse sobre sí misma para lanzarse, repuesta y fortalecida por la nueva senda de verdadero progreso y civilizacion que el cristianismo abria al mundo; y en la que ella entró, no diremos la primera en el órden cronológico, porque á ello se opone la no interrumpida tradicion de la venida á España del apóstol Santiago y su predicacion evangélica en las regiones del Norte y Nordeste de la Península, pero si en cuanto al número de fieles que contó y al ardor con que abrazó la ley de Cristo, por mas que fuera la provincia donde mas obstáculos opuso á su propagacion el paganismo.

En efecto, Andalucía la primera que abrió su suelo para recibir las semillas de la cultura intelectual y material, lo mismo en tiempo de los Fenicios, que de los Cartagineses y de los Romanos, no podia faltar á sus antecedentes cuando la única, la verdadera civilizacion se difundia como la luz por el mundo. Así la vemos reunir cerca de Granada el PRIMER CONCILIO QUE CELEBRÓ ESPAÑA, y enviar ella sola, á aquella augusta asamblea, tantos ó mas obispos como el resto de la Península; y entre ellos OSIO, *obispo de Córdoba,* que fué una de sus lumbreras, y quien mas adelante presidió en nombre del Papa y por órden del emperador Constantino, el Concilio ecuménico de Nicea en Bitinia, al que concurrieron 318 obispos de todas las provincias del

imperio, y en el que, el mismo Osio, segun se asegura, compuso *el Símbolo de la Fé*, que hace mas de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie de la tierra.

Desde la congregacion del Concilio Iliberitano hasta la invasion de los Vándalos en Andalucía, la historia profana guarda un completo silencio acerca de las cosas de este pais. Sin embargo, fueron tantos y tan notables los que acontecierôn en el imperiodel cual la Bética era una provincia, que por esta razon y porque no deben dejarse olvidar ninguna de las enseñanzas que á los pueblos dá la Providencia, los narraremos sea sucintamente. Prosigamos, pues.

Constantino proclamado emperador por las legiones de las Galias, entró en Roma donde fué aclamado como libertador, y donde recibió el título de *primer Augusto*, despues de haber vencido en *Saxa rubra*, (312) á unas tres leguas de la ciudad, á *Maxencio*, el mas temible de los seis competidores que le disputaron el imperio. Pocos dias antes de este célebre encuentro, en el cual por primera vez se vieron frente á frente sobre el campo de batalla, la religion de *un solo Dios verdadero* y la del politeismo, *Constantino* habia visto en el cielo, al pasar los Alpes, una cruz resplandeciente, en la que estaba escrito: *Con esta enseña vencerás*. Fuertemente impresionado con el sobrenatural aviso, Constantino hizo poner en los estandartes de las legiones la

Cruz con el monógrama de Cristo; y el signo de la Redencion reemplazó en el *Lábarum*, los atributos é imágenes de los dioses paganos.

Dueño ya del Imperio, dispensó agradecido, la mayor proteccion al nuevo culto, que desde el humilde establo de Betleem, pasando por el monte Calvario, habia subido al trono de los Césares, sus mas implacables enemigos hasta *Constantino*.

El *primer Augusto*, publicó numerosos edictos y leyes favorables á los cristianos; adoptó públicamente el cristianismo, y dió en 313, el célebre *Edicto de Milan*, en el cual decretó *proteccion* al nuevo culto en el Occidente, y *tolerancia* en el Oriente.

Mas así que la Iglesia de Occidente se vió convertida de perseguida en soberana, comenzó á ser trabajada por las heregias. Celoso *Constantino*, de la ortodóxia de la Fé, congregó un concilio en *Arlés* donde fué condenada la secta de los *Donatistas*, que afirmaban que solo en ella se conservaba la verdadera Iglesia, y negaban la superioridad del Papa y la eficacia de los sacramentos conferidos fuera de ella; y celebró el primero ecuménico en Nicea de Bitinia, donde quedó anatematizada la célebre heregía de *Arrio*, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Padre con el Hijo, y llamaba á Jesucristo, *la primera de las Criaturas*.

En 329, trasladó la silla del Imperio de Roma á Bizancio, y erigió en la nueva ciudad imperial, que de su nombre comenzó á llamarse Constantinopla, un templó á la *Sabiduría Eterna*, bajo el nombre de *Santa Sofía*. Llevó á cabo, además, una

nueva division del imperio en 4 grandes prefecturas, una de las cuales, las Galias, comprendia las siete provincias en que fué dividida España, á saber: Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartagineses, islas Baleares y la Tingitana, que desde aquella fecha quedó separada de Andalucía, á la que estuviera agregada desde el breve reinado de Othon.

Constantino, que cometió el error de romper la unidad del imperio, suceso que venia preparándose desde Diocleciano, publicó leyes altamente beneficiosas para el mundo romano. La autoridad civil se vió completamente emancipada del poder militar; las provincias fueron convertidas en prefecturas; el despotismo de la corte se sustituyó al de los campamentos, y el cristianismo, profesado por el emperador, derrocó los dioses del politeismo.

El primer Augusto, y primer emperador que profesó públicamente la religion de Jesucristo, murió el dia 22 de Mayo del año 337 en Nicomedia, pidiendo en aquel supremo instante el agua del bautismo que hasta entonces no habia recibido.

Su génio, su reinado glorioso, y sobre todo, los servicios que hizo al Cristianismo declarándole religion dominante en sus Estados, le hicieron merecedor del sobrenombre de *Grande*, conque le distingue la historia.

Bajo el reinado de sus hijos Constantino y Constancio, el imperio fué lanzado de nuevo por la ruinosa senda donde le habia detenido durante 31 años el grande emperador. El primero murió de-

sastrosamente en lucha fratricida, y el segundo que quedó dueño del imperio (355) convocó el concilio general de *Sardica*, que fué presidido por nuestro Osio, obispo de Córdoba. Constancio murió en 361.

Sucedióle Juliano, llamado el *Apóstata*, porque apostató de la fé cristiana en que habia sido educado. Juliano, cuyo génio militar, habilidad política, aficion al estudio de las ciencias, talento, elocuencia y austeridad de costumbres, detuvieron el imperio en la pendiente donde los hijos de Constantino lo habian colocado, oscureció sus brillantes cualidades con su escesiva vanidad, su cinismo y carácter bufon, con su fanática supersticion politeista, y con la implacable persecucion que promovió contra los cristianos, cuyo culto se empeñó en destruir totalmente.

Afortunadamente para la cristiandad, su reinado solo duró tres años. Habíase propuesto conquistar la Persia; mas se vió atajado en su deseo, recibiendo una mortal herida en la segunda batalla que dió al rey Sapor II. *¡Vencistes, Galileo!* esclamó al espirar. Este fué el último emperador pagano.

Muerto Juliano, la decadencia romana caminó á pasos ajigantados, á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos emperadores para contenerla. Los Bárbaros que habian sido incorporados al imperio, ocupaban ya muchos puestos importantes en la magistratura y en el ejército. El emperador Valente, permitió á una numerosa horda de *Godos*, lan-

zada de la Panonia por los *Hunos*, establecerse en la Tracia; pero muy luego fué preciso hacerles la guerra para contenerlos dentro de los límites de las tierras que se les habian señalado. El año 378, los romanos y los godos empeñaron una reñida batalla campal en *Marcanópolis*, cerca de *Andrinópolis*, donde los primeros quedaron completamente derrotados, perdiendo las dos terceras partes de su ejército con los principales caudillos, incluso el emperador que murió quemado en una cabaña donde mal herido se habia retirado durante la batalla.

Al tener noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia, *Graciano*, sobrino de Valente y emperador de Occidente, que se encontraba en guerra con los germanos y alemanes, imposibilitado de enviar socorros á Oriente, buscó un general capaz de resistir al torrente asolador de los bárbaros; y lo encontró en el ilustre Teodosio, español, que habia servido gloriosamente en África y que á la sazon se encontraba, cual otro Cincinnato, cultivando su patrimonio en el tranquilo retiro de su pátria. Graciano lo hizo venir á su lado, y en presencia del ejército lo proclamó emperador de Oriente, (379).

»Teodosio cumplia entónces 33 años, y el pueblo que admiraba su varonil belleza y su magestad dulcificada por la gracia, recordaba con placer y confianza que era de la misma pátria que Trajano y Adriano, de cuya gloria no dudaba fuera fiel continuador.»

No se equivocó en su pronóstico. Teodosio, consumado general y hábil político, restableció la disciplina en el ejército, reavivó en los soldados la antigua confianza en la victoria, y fomentó las divisiones y rivalidades entre los ostrogodos y visigodos, acabando por incorporar cuarenta mil de aquellos bárbaros á las tropas imperiales, con lo que consiguió restablecer la tranquilidad en el imperio de Oriente.

Quince años despues, habiendo muerto desastrosamente *Graciano*, *Máximo*, *Valentiniano* y el franco *Arbogasto*, que desde el año 383 al 394 se disputaran el imperio de Occidente, Teodosio quedó único y absoluto dueño del mundo romano, que bajo su imperio se conservó integro sin perder una sola pulgada de territorio; á pesar de los bárbaros que le inundaban, y que se mantuvieron tranquilos enfrenados por la poderosa mano que los sujetaba.

A los 16 años de glorioso reinado, *Teodosio* á quien con justicia llama la historia *Grande*, falleció en Milan, dejando el imperio dividido, entre sus dos hijos *Arcadio*, niño imbecil, de corta estatura y de carácter miserable, y Honorio, jóven ligero, casquivano, atolondrado. Al primero dejó el imperio de Oriente, y al segundo el de Occidente, bajo la tutela del alano Estilicon, con cuyas dos hijas se casó sucesivamente.

La unidad del imperio quedó definitivamente rota.

Los Godos, á quienes hemos visto bajo el emperador Valente, esterminar un ejército romano en *Marcanópolis*, cerca de Andrinópolis, y mas tarde someterse á Teodosio, muerto el que supo conservar durante su vida la integridad del imperio romano, y no encontrando ya dique que se opusiera á sus proyectos de conquista, se precipitaron como un torrente impetuoso acaudillados por *Alarico*, sobre la Tracia, Dacia, Macedonia y la Tesalia, y penetraron en la Grécia. Aterrado Arcadio ante la irresistible pujanza de aquel fragoroso huracan, cedió á los Godos la Iliria, donde estos proclamaron á Alarico, primer rey de los Visigodos.

Creemos este momento el mas oportuno para dar una breve noticia de esta raza que tanto nos importa conocer, dado que llegó á fundar en España la primera monarquía estensa, poderosa é independiente que se constituyó en Europa con los despojos del imperio romano.

Entre las innumerables tribus de Bárbaros que invadieron el imperio, figuraron, como los menos bárbaros de todos, los Godos, que originarios del Asia y divididos en dos pueblos, habia pasado uno de ellos á la Escandinavia, donde se encontraban ya en los primeros siglos de la era cristiana establecidos en las costas del Báltico, en tanto que el otro se estableció entre el *Tanais* y el *Danubio*. Aunque del mismo origen, los Godos se diferenciaban por la situacion geográfica de los paises que ocupaban mas allá del Danubio, en *Ostrógodos* ó Godos Orientales, y en *Visigodos* ó Godos Occidentales.

En sus incesantes correrías hubieron al fin de verse detenidos por la rápida y profunda corriente de aquel rio, y por las armas romanas que dominaban los pueblos vecinos. Acamparon, pues, en las márgenes del Dios-rio de los Getas, de los Dacios y de los Tracios, y desde allí comenzaron á chocar con el mundo civilizado, y á recibir los primeros rudimentos de aquella civilizacion que habia de caracterizarlos mas tarde, y que á la sazon suavizaba sus costumbres enseñándoles los elementos de la cultura griega y romana.

Por los años de 375, los Visigodos, viéndose comprimidos en los bosques y en las comarcas que habitaban por la grande invasion de los *Hunos,* raza la mas salvaje de todas, que procedia del fondo de la Tartaria, pidieron permiso á Valente, por medio de su obispo Ufilas, que los habia convertido al Arrianismo, para establecerse en la orilla derecha del Danubio. El emperador accedió á su peticion, y les señaló tierras para habitar. Poco tardó como ya hemos visto en pagar con la vida su condescendencia.

Volvamos al primer rey de los Visigodos.

Ensoberbecido Alarico con el éxito de su invasion en la Grécia, pasó en 402 los Alpes Julianos, é invadió la Italia. Salióle al encuentro Estilicon, el tutor del indolente Honorio, y le derrotó completamente en los campos de Polencia. Alarico huyó de Italia con las reliquias de su ejército.

En 405, los Bárbaros en número de 200,000 guerreros Vándalos, Suevos, Borgoñones y Ala-

nos, verificaron una nueva invasion en Italia, y llegaron hasta Florencia, bajo cuyos muros, los derrotó otra vez Estilicon. Cien mil Bárbaros perecieron en aquella sangrienta refriega. Los restos de su destrozado ejército, Suevos, Vándalos y Alanos, pasaron á las Galias, donde durante tres años recorrieron y saquearon la Germania, las dos Béljicas y la segunda Leonesa. Dirigiéronse luego á las provincias meridionales, y ocuparon la Aquitania y la Narbonesa hasta el pié de los Pirineos.

La fama de las riquezas que atesoraba el país que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera; la inquietud genial de aquellos sanguinarios merodeadores ávidos de botin, y la situacion de España, víctima de la guerra que se hacian los ambiciosos que se disputaban entre sí un retazo de la desgarrada púrpura romana, los empujó á pasar los Pirineos. (409).

La pluma se resiste á trazar el cuadro horrible, que, segun los historiadores de aquellos tiempos, presentó la península Ibérica invadida por las hordas salvajes, que todo lo llevaron á sangre y fuego, en términos de producirse una peste con los montones de cadáveres que quedaban insepultos, por falta de brazos para cubrirlos de tierra, y una hambre general en el país á resultas del completo abandono en que quedaron los campos.

Las provincias donde mas se dejaron sentir los efectos de tantas calamidades fueron Galicia, la Lusitania y la Bética. La primera, se vió invadida y saqueada por los *Suevos*, raza la mas grosera, la

mas brava y la mas temida de los germanos. La segunda fué ocupada por los *Alanos*, pueblo de raza escita, tan salvaje y feroz como dado al pillaje y á la destruccion; fueron, entre todas las hordas bárbaras que inundaron el imperio, los mas sanguinarios é implacables; por último, la Bética tocó en suerte á los *Vándalos*, de quien recibió, segun opinion de algunos historiadores, el nombre de Vandalucía, ó Andalucía con que desde entonces es conocida. Los *Vándalos*, pueblo que se cree pertenecía á las razas puramente germánicas, fueron los mas inquietos, los mas revoltosos y los mas depredadores de los tres primeros pueblos bárbaros que invadieron la península; así es, que el nombre de vándalo se viene usando desde entónces para calificar á todos los destructores de los monumentos y de las obras de las bellas artes.

Algunas otras provincias, y en particular las orientales, se pusieron en estado de defensa, y sufrieron algo menos que las anteriormente citadas, las desvastaciones y horrores de aquella imponderable calamidad; tan inmensa é inaudita, que, segun refiere Paulo Orosio, contemporáneo y testigo ocular de los sucesos, en algunas poblaciones se llegó á comer *carne humana;* y una madre acosada por el hambre, dió muerte á sus propios hijos y se alimentó con sus carnes; barbarie que dió lugar á que el pueblo indignado la matase á pedradas.

Entre tante que los Vándalos, Suevos y Alanos, saqueaban y demolian todo cuanto encontraban á su paso en las provincias de España donde se ha-

bian establecido, y sepultaban entre escombros y cenizas á sus moradores, Alarico, aprovechando la debilidad é inercia del emperador Honorio, que permanecia retirado en Rávena, *engordando una gallina que llamaba Roma*, verificaba (408) una segunda invasion en Italia, y ponia sus tiendas delante de los muros de Roma (209), de la que se apoderó en 810 despues de un largo y estrecho asedio.

El dia 24 de Agosto de aquel año, el mundo asombrado vió ondear en lo alto del Capitolio el estandarte de los godos. El año 753 a. de J. C., una colonia procedente de Albalonga, que algunos historiadores llamaron banda de salteadores, puso los cimientos de aquella ciudad que durante muchos siglos se envaneció con el dictado de capital del Orbe; el 810, es decir, 1163 años despues de su fundacion, un enjambre innumerable de bárbaros, verdadera banda de espoliadores, destruyó en *seis dias* la obra y las riquezas acumuladas durante once siglos. El saqueo fué horroroso; solo se salvaron los templos destinados al culto cristiano, y con ellos todos cuantos se ampararon al abrigo de aquellos sagrados recintos.

La toma y saqueo de roma por los Godos, coincidió con la ocupacion y saqueo de Andalucía por los Vándalos. Estaba escrito, que la *provincia predilecta*, debia sufrir los mismos dolores que la metrópoli; y que en un mismo dia y una misma hora ambas á dos debian sepultar en una misma cima todo su pasado, para renacer como el Fénix, de sus

propias cenizas; la una cimentando sobre los escombros de la ciudad pagana los muros de la ciudad Eterna, y la otra purificándose por el hierro y por el fuego de las hordas salvajes, para entrar limpia de toda mancha en la nueva senda que le abria la civilizacion cristiana.

Los Godos cargados de botin se retiraron á la Italia meridional. A los pocos dias murió Alarico en Cosencia, en la Calabria. Habia cumplido la mision que le señalara la Providencia. Los bárbaros proclamaron rey á Ataulfo cuñado del destructor de Roma. Este, no viendo la posibilidad de fundar un imperio Godo tal como lo habia concebido su acalorada fantasia, resolvió reconstruir el imperio Romano, de cuya obra pensaba aprovecharse. Al efectò ofreció su amistad y alianza al emperador Honorio, quien la aceptó complacido. Ataulfo se encargó de combatir en las Galias á los rebeldes que tenian usurpado el poder romano en aquellas provincias; y realizó su propósito con tanta fortuna que en 412 estaba ya en posesion de Burdeos, Tolosa, Narbona, y todo el pais que se estiende desde Marsella hasta el Occéano.

En Narbona se desposó, á despecho de Honorio, con su hermana Plácidia, á quien los Godos hicieron prisionera con otras damas en la toma y saqueo de Roma.

Este consorcio, en el que la razon de Estado debió influir tanto, ó acaso mas, como el amor, fué el medio elegido por los inescrutables designios de la Providencia para trasformar completamente la fiso-

nomía política y social de España. En efecto á él fué debido el ejecutivo comienzo de la obra hasta entónces no intentada y hoy, á pesar de los siglos trascurridos, no realizada todavía, de la unidad nacional.

Casado Ataulfo con Placidia, Constancio, á la sazon ministro y consejero de Honorio, hombre de gran corazon y profundo político, que aspirara á la mano de la princesa como escala para el imperio, viendo frustradas sus esperanzas escitó los resentimientos del emperador contra los esposos, y consiguió de él que exigiera á Ataulfo la restitucion de su hermana. Negóse el godo; exacerbóse la cólera del emperador, y de ello resultó un rompimiento formal entre los dos cuñados. Esto era precisamente lo que deseaba Constancio; quien de acuerdo con Honorio y estimulado por la ambicion y los celos, hizo alianza con los bárbaros procedentes del Rhin, y formó un numeroso ejército con el cual penetró en son de guerra en las Galias. Viéndose Ataulfo hostilizado sin trégua por las legiones imperiales, resolvió abandonar el país, ya cediendo al arrebatado empuje de Constancio, ya obedeciendo al pensamiento que debia acariciar su mente y halagar su ambicion de fundar un poderoso imperio Godo en España, aprovechando el estado desesperado en que á la sazon se encontraba la Península, devastadas por hordas feroces y salvajes.

El año 414, Ataulfo pasó los Pirineos orientales, entró en la Tarraconense, y se apoderó de Barcelona, donde al poco tiempo encontró la muerte,

asesinado por el godo Sigerico ansioso de reemplazarle en el mando.

Siete dias despues, el asesino recibió el premio de su alevosía, muriendo á manos de sus soldados, indignados al ver las bárbaras violencias que ejecutó contra la familia de su ilustre víctima.

Muerto Sigerico, fué proclamado Walia.

El nuevo caudillo-rey de los Godos dió comienzo á su reinado con un acto de habilidad política, que revela cuán acertada fué su eleccion. Negoció un tratado de paz con Constancio, ministro y consejero de Honorio, bajo las condiciones de que fuera devuelta la viuda de Ataulfo á su hermano el emperador, que los godos combatirian á los bárbaros que los habian precedido en la conquista de las provincias del Oeste de España, y que los romanos les suministrarian, para dar comienzo á la campaña, los víveres de que habian gran menester, dado el estado deplorable en que se encontraban las tierras que ocupaban.

Walia que abundaba en los mismos pensamientos que movieran á Ataulfo á salvar los Pirineos, respecto á fundar un imperio gótico en la Península, puso inmediatamente en ejecucion el tratado en todo aquello que podia conducir á la realizacion de su proyecto.

Otra vez, como habia venido sucediendo desde el establecimiento de los Fenicios, y como acontecerá de contínuo hasta la época de la definitiva consolidacion de la nacionalidad española, Andalucía va á ser el teatro donde los pueblos bárbaros

estrangeros que invadieron la Península se disputen el dominio de España.

Dicho se está cuál debió ser la situacion de la Bética romana, en los años de su ocupacion por los *Vándalos* y los *Silingios*, pueblo que aquellos habian traido consigo de la Germania. Devastada, empobrecida, despoblada y reducida á escombros sus grandes y florecientes ciudades y los magníficos monumentos erigidos en los buenos tiempos de Roma, yacía perdida su agricultura, su industria y su opulento comercio, postrada cual ninguna otra provincia de España al rigor del mas despiadado destino. Fué la mas infeliz porque era la mas culta, la que mayor y mas rica presa ofrecia á sus bárbaros devastadores, y amontonáronse en su suelo mas ruinas porque ofreció mas alimento al vandalismo asolador de las hordas salvajes que acamparon en su suelo.

Sin embargo; del esceso del mal se produjo un principio de reaccion hácia la senda del bien. Gunderico, caudillo y rey de los Vándalos, en cuanto creyó tener asegurada su conquista, ajustó, segun escribe Procopio, (Guerra de los Vándalos) un tratrado con el débil Honorio, por el cual el emperador se obligaba á dejarle en tranquila posesion del país que ocupaba, bajo la condicion de que los bárbaros permanecerian dentro de los límites que se les señaló; que se reconocerian tributarios del imperio; que respetarian la vida y hacienda de los hispano-romanos, y que no contestarian el derecho que tenian las familias que emigraron para salvar-

se de las violencias de los conquistadores, á reclamar sus bienes, á pesar de la prescripcion de treinta años que concedian las leyes romanas. Este tratado debió ser fielmente observado por *Gunderico* y sus vándalos, despojados ya probablemente de una parte de su ruda ferocidad á influjo del clima de Andalucía, y de las comodidades y regalo que debieron encontrar en la region de España mas pródigamente dotada por la naturaleza. En efecto, segun dice Paulo Orosio, los vándalos no solo cesaron en sus inauditas devastaciones, sino que se mostraron tan solícitos en establecer la paz y la confianza en el pais, y en cultivar la tierra, como crueles y depredadores se habian manifestado en los primeros tiempos de su estancia en ella. ¡Y hay más; llevaron su tolerancia y humanidad á tal punto, que segun afirma el mismo historiador, vivieron en tan buena amistad con los naturales, y de tal manera se acomodaron á subsistir en una condicion cercana á la cultura, que, «algunos españoles se hallaban mejor con la pobreza libre en que ahora vivian que con la servidumbre rica y cargada de tributos que con los romanos habian tenido» Empero lo que prueba cuanto se habia amansado la feroz y bravía condicion de aquel pueblo en los pocos años que permaneció en Andalucía, es lo que de él cuenta Procopio, refiriéndose á su estancia en la Mauritania. «Se regalan estos hombres, dice, con mucha afeminacion, en medio de la miseria de los mauritanos. En sus mesas se sirve diariamente lo mas regalado que produce el África. Se visten

con ropajes magníficos. Su vida es un contínuo pasatiempo en teatros, carreras de caballos, cacerías, bailes, música y canto; celebran opíparos banquetes en los jardines y en el campo.» Como se vé 18 años de mansion en Andalucía, les habian hecho cobrar aficion á los deleites.

Los Vándalos, pues, cansados de destruir, dejaron descansar la tierra de Andalucía para que no les faltase el necesario sustento. Desgraciadamente este reposo no fué de larga duracion. Los Alanos, pueblo el mas feroz y montaraz de los cuatro que en estos años ocupaban grandes porciones de la Península, irritados con la paz que los Vándalos habian hecho con el emperador, ó envidiosos del relativo bienestar que estos y los Silingios disfrutaban en Andalucía, salieron de la Lusitania y se lanzaron á saquear las comarcas andaluzas. La irrupcion de los Alanos debió coincidir con la acometida que Walia, en cumplimiento del tratado celebrado con Constantino, llevó á cabo contra los Vándalos de Andalucía.

En vano Gunderico trató de resistir el tremendo empuje de la doble acometida: vióse arrollado por el número de sus enemigos, y se retiró á Galicia en busca de un refugio entre los Suevos. Estos debieron dispensarle buena acogida, puesto que con su auxilio regresó sobre Andalucía, de donde á su vez espulsó á los Alanos que se retiraron por la Celtiberia y la Carpetánia, cuyas tierras asolaron ferozmente, y de cuyas ciudades arrojaron á los romanos que hasta entonces habíanse sostenido en ellas.

Desde luego se deja comprender cual seria la suerte de los pueblos andaluces victimas de la rapacidad y de las sanguinarias rivalidades de aquellos bárbaros sin freno, destructores por costumbre y por la soez ignorancia que sacaron de sus bosques, y de la que no se despojaron en los años que llevaban de acampados en medio de pueblos cultos.

Entre tanto, Walia, despues de su campaña en Andalucía, intentó una espedicion á África para apoderarse de los paises que en ella poseia el imperio; espedicion que frustró una recia borrasca què dispersó su flota, y puso en el mayor aprieto á los godos que á duras penas pudieron regresar á las costas de donde acababan de salir.

No bien repuesto del pasado quebranto, Walia que no dejaba de insistir en sus proyectos de fundacion de un imperio godo en España, dió comienzo á nuevas hostilidades contra los Vándalos; tomóles parte de la tierra que ocupaban y los obligó á vivir en mayor estrechura de la que antes tenian. A seguida, revolvió contra los Alanos de la Lusitania; los batió en todos los encuentros y los deshizo en términos de que los escasos restos de su anterior poder tuvieron que refugiarse entre los Vándalos en Andalucía. Alentado con tan repetidas victorias, proyectó dirigir sus armas contra los Suevos de Galicia; mas tuvo que desistir de su propósito al saber que habian reconocido la soberanía de Roma, y héchose tributarios del imperio.

Satisfecho el emperador Honorio con los triun-

fos de Walia, que suponia redundaban en favor del imperio, recompensó al caudillo-rey de los Godos, dándole la segunda Aquitania, ó país de Burdeos, y la tercera, esto es, el país de Auch, (Gascuña francesa) junto con una parte de las provincias que habia conquistado en España.

Walia fijó su asiento y la córte de su imperio en Tolosa, que fué por largo tiempo la capital de los Godos en las Galias. En ella murió por los años 420, el primero que comenzó los cimientos del edificio de la monarquía Goda en España.

En aquel mismo año, Paulo Orosio, que repetidas veces hemos citado, presbítero y natural de Tarragona, concluyó de escribir su historia que lleva el título de *Historiarum adversus paganos*, la que dirigió al glorioso doctor S. Agustin, de quien fué amigo, asi como del bienaventurado doctor San Gerónimo. La historia de Orosio ha sido traducida varias veces á la mayor parte de los idiomas de Europa.

Muerto Walia, á los tres años de su reinado, los Godos aclamaron á Teodoredo (ó Teodorico). Al poco tiempo del advenimiento de este príncipe, Gundérico, rey de los Vándalos, repuesto del pasado quebranto ó juzgando la ocasion oportuna, dada la anarquía en que se encontraban sumidas todas las provincias del imperio «tomó avilantez,— como dice Ambrosio de Morales refiriéndose á San Isidoro, á Paulo Diácono y á la Crónica antigua,— de alterar á España y quererse hacer señor de toda ella.» En efecto; parece que olvidando los bene-

ficios recibidos y atropellando lo que Walia pocos años, acaso meses ántes habia respetado, es decir, la soberanía que habia reconocido Roma, marchó contra Hermenerico, rey de los Suevos, y se entró por Galicia talando sus tierras y saqueando sus ciudades.

Este hecho, á mas de confirmar la alusion que anteriormente hicimos respecto al estado de completa anarquía en que se encontraban todas las provincias del imperio, revela cuántos eran los recursos naturales y la riqueza de Andalucía, cuando á pesar de los años de desolacion y esterminio que venian pesando sobre ella, todavía suministraba medios á sus bárbaros opresores para emprender espediciones militares tan costosas y arriesgadas.

Los Suevos, no solo resistieron gallardamente el ataque de los Vándalos, sino que los obligaron á abandonar la temeraria empresa que habian acometido. Gunderico regresó á Andalucía, donde su genial movilidad, y la desatentada ambicion de engrandecimiento que se habia apoderado de él no le dejaron permanecer mucho tiempo en reposo. En efecto, verificó muy luego una nueva espedicion militar; por esta vez por las costas de Valencia, cuyas ciudades marítimas saqueó, incluso Cartagena que destruyó hasta asolarla del todo; y, despues de hacer sufrir el rigor de sus vandálicas depredaciones á las islas Baleares, y de haber pirateado con incansable fortuna por aquellos mares, regresó á Andalucía cargado de botin y con ánimo de espulsar de ella á los Silingios, pueblo en cuya

compañia los Vándalos habian vivido desde su salida de la Germania. Las breves y descarnadas crónicas que refieren aquellos sucesos, nada dicen de las causas que motivaran la guerra entre Vándalos y Silingios, solo sí que Gunderico tomó y saqueó á Sevilla, donde murió á los diez y ocho años de reinado (421).

Muerto Gunderico, los Vándalos eligieron para reemplazarle á su hermano bastardo llamado Geneserico, quien continuó tiranizando la infortunada tierra de Andalucía, hasta que un acontecimiento inesperado vino á libertarla de aquella plaga asoladora.

El emperador Honorio, á su muerte acaecida en 424, dejó el trono al niño Valentiniano III, hijo de su hermana Placidia, que quedó encargada de la regencia durante la menor edad del nuevo emperador. Una intriga de córte destituyó al conde Bonifacio de la prefectura de África que estaba desempeñando por nombramiento de la Regente. Ardiendo en sed de venganza, Bonifacio, solicitó el auxilio de los Vándalos de Andalucía, á quienes ofreció las dos terceras partes de las tierras que conquistasen á los romanos si le daban ayuda. Geneserico, no, la Providencia que por los mas ocultos y desconocidos caminos conduce á los pueblos al término que les tiene señalado, aceptó la proposicion; y halagado con la esperanza de abrir un nuevo campo á sus instintos espoliadores, dispuso ejecutivamente la trasmigracion de su pueblo de soldados, que en número de ochenta mil, con sus mugeres, sus hi-

jos y cargados con el rico botin fruto de sus saqueos y piraterías, cruzaron el estrecho de Gibraltar (428), y entraron en la Mauritania, de la que se apoderaron enteramente, á despecho del conde Bonifacio, que muy luego hubo de arrepentirse de su traicion.

Andalucía respiró al verse libre de aquellas hordas feroces que la despedazaran sin piedad durante tantos años. Desgraciadamente su alegria fué de corta duracion.

Los Suevos, los únicos que habian quedado en España, despues del esterminio de los Alanos por los Godos al mando de Walia, y de la trasmigracion de los Vándalos llamados al África por el resentimiento de un prefecto romano, viendo abandonadas las provincias meridionales dispusieron apoderarse de ellas. Al efecto llevaron á cabo una invasion contra la cual se opusieron en vano los hispano-romanos, que fueron vencidos en una batalla campal empeñada cerca del Genil. Victoriosos los Suevos, ocuparon á Sevilla y Mérida, y en pocos años llegaron á dominar las tres provincias de Gaicia, Lusitania y Andalucía.

IX.

LOS GODOS EN ANDALUCÍA.

DESDE LA TRASMIGRACION DE LOS VÁNDALOS AL ÁFRICA 428, HASTA LA MUERTE DE RECAREDO, 601.

Hemos llegado al segundo periódo, el mas corto, pero indudablemente el mas importante y digno de estudio, de aquellos en que se divide la historia general de España; periódo en el cual comenzaron á echarse los cimientos de nuestra nacionalidad; en el que tuvo principio nuestra unidad de raza y carácter; en el que se redondeó, por decirlo así, la Península políticamente hablando, y en el que se operó la inmensa, la radical trasformacion religiosa, social, politica, económica y administrativa de la nacion española.

Y sin embargo; en este periódo tan fecundo en acontecimientos; en este periódo durante cuyo curso nuestro país caminó al frente de la civilizacion de Europa, salvo el Bajo-imperio; en este periódo,

en suma, que marca una línea divisoria perfectamente perceptible y hondamente acentuada entre el mundo antiguo y el mundo moderno, siendo España quien en realidad la trazó constituyendo la primera monarquía en Europa y sentando la piedra angular sobre la que descansa todo el edificio constitucional moderno; en este periódo, repetimos, no es la historia propiamente dicha de España la que vemos desarrollarse á nuestros ojos, sino la de un pueblo ó raza estrangera, que acampó en nuestro suelo, al que llegó semi-bárbaro, y del que desapareció completamente en *una hora*, despues de una dilatada estancia de 297 años, tiempo trascurrido desde que *Ataulfo* (414) tomó posesion de Barcelona, hasta que *Rodrigo* (711) se sepultó en las aguas del Guadalete.

Ociosa tarea seria, por lo poco pertinente á nuestro asunto, dado que no es la historia general, sino la de una provincia de España la que escribimos, el desarrollar ámpliamente la tésis que dejamos sentada, y aducir pruebas y razones que justificasen una opinion de que participan muchos de los que han dedicado sus vigilias al estudio de este período de nuestra historia nacional.

Empero no podemos dejar pasar en silencio un hecho capital; hecho que por sí solo revela lo atinado de aquel juicio. Este hecho es, el total esterminio en un dia, á resulta de una primera y última batalla, de un pueblo entero, que durante tres siglos se estuvo nutriendo y robusteciendo para formar una nacionalidad libre, poderosa é indepen-

diente. Si la historia de aquel pueblo fué la historia del país que habitaba ¿por qué este país no desapareció con él? Preguntádselo á la ley de razas, que dividió la España en dos porciones; la una con su historia desconocida, por mas que fuera la verdadera nacional: la otra con su historia conocida que es la de la raza goda, acampada en nuestro suelo, donde se mantuvo en tanto que no vino otra raza estrangera á lanzarla de él.

Los Godos, pues, fueron mas estrangeros en España, y particularmente en Andalucía, que ninguno de los otros pueblos que la invadieron y dominaron durante una larga série de siglos. Andalucía que fué completamente romana desde Escipion hasta los primeros años de la reconquista, durante los cuales los árabes llamaron todavia romanos á los españoles; que fué enteramente musulmana hasta que el flujo y reflujo de los acontecimientos de la guerra lanzó la irresistible oleada del cristianismo por encima de los montes Marianos, y acabó por encerrar en el estrecho recinto de los muros de Granada el espirante islamismo, nunca fué goda en la acepcion de la palabra, por mas que el gobierno de los Godos se estableciera en Sevilla desde Amalarico hasta Atanajildo, es decir, durante los 43 años que mediaron entre el 511 al 554.

Sin embargo; no es posible separar completamente una de otra ambas historias, ni los dos pueblos en la referencia de los hechos, y sobre todo en razon á la influencia que el uno ejerció sobre el

otro; el hispano-cristiano-romano civilizando al Godo, el Godo levantando el carácter, la dignidad, la entereza y las costumbres públicas y domésticas del español.

Existe, además, un lazo que los une estrechamente; un principio; á manera de crisol, en el que se funden los dos, en todo, menos en lo que se refiere á la organizacion político-administrativa del pais, en la cual se mantiene rijido é inflexible el antagonismo de razas; una base, en fin, sobre la que se levanta en comun el edificio de la sociedad goda y el de la sociedad española. Este lazo, este principio, esta base, es aquella cultura amasada con los restos de la civilizacion romana salvados del naufragio general, y son los grandes principios de la civilizacion cristiana que tan profundamente se arraigaron desde luego en España.

Suprimid el poderoso elemento cristiano, y ni España ni la monarquía goda subsisten un solo dia despues de la irrupcion de los Vándalos, Suevos y Alanos: suponed, tambien, si quereis, existente España, y verificada la invasion de los Godos á pesar de aquella inmensa catástrofe, y la separacion de las dos razas se hace irresistible y completa; es mas, no llegan á formar, ni la una ni la otra, ni unidas ambas por los lazos del suelo que las sostiene en comun, una verdadera nacion en condiciones de existencia libre, independiente y respetada como tal por sus vecinos.

En efecto; sustraed el cristianismo; suponed efectuada la invasion de los Bárbaros en las pro-

vincias del imperio, y particularmente en España antes de la predicacion del Evangelio; imaginad á *Odin* con sus fiestas en que se degollaban 99 hombres y otros tantos gallos, perros y caballos; los lúbricos escesos á que se entregaban los Bárbaros en memoria de *Freya* diosa del amor, de la mitología escandinava, abandonada por su esposo *Odrr*, y *Herta*, la tierra á quien se ofrecian sacrificios humanos; imaginad, repetimos, este Olimpo de fieras en lucha con los Dioses del politeismo romano, *Júpiter Prædator*, Júpiter convertido en lluvia de oro para seducir las mugeres; Venus, Adonis, Priapo, es decir, el sensualismo y la lascivia; las fiestas Lupercales, las lúbricas danzas de Flora y los combates de los gladiadores, verdaderos *sacrificios humanos* hechos en honor del Dios-pueblo de Roma..... y decidnos, ¿hubiera llegado á formarse la nacionalidad española? No; ambas se hubieran sepultado en el cáos de la barbárie despues de haber sido hechas pedazos por los Vándalos, y amasadas con sangre bajo los piés de los Alanos. Porque, no hay que perder un momento de vista, que si los Godos tuvieron mas partido en España que otra raza alguna de Bárbaros, lo debieron á su cualidad de cristianos con la que aparecieron desde luego en el país.

En el cristianismo, pues, y solo en el cristianismo llegaron á fundirse los dos pueblos, el conquistador y el conquistado; fuera de él cada uno vivió dentro de sus costumbres y de su ley civil; los Españoles con el derecho romano, los Godos

con el *Breviario de Alarico*, hasta el tiempo de Recesvinto, unos sesenta años antes de la catástrofe de Rodrigo.

Solo hay una gloria que se hizo comun á los dos pueblos en el período histórico que venimos bosquejando; y esta es, la gloria de la Iglesia española. Los concilios, sus leyes civiles y canónicas; el célebre código conocido con el nombre de *Fuero Juzgo* y *Libro de los Jueces*, monumento legislativo el mas ordenado y completo de cuantos cuerpos de leyes se hicieron despues de la caida del imperio romano; Paulo Orosio; Orense, obispo de Iliberis; Severo de Málaga; Quirino de Barcelona; Bráulio de Zaragoza; Eutropio de Valencia, Eugenio de Toledo; Isidoro de Béja; Máximo, historiador de España; Pablo, diácono de Mérida, y San Leandro y San Isidoro de Sevilla, nombres que hacen honor á la literatura sagrada de su época, y en particular el último, que merece el dictado de restaurador de las letras y de los estudios en España, son glorias comunes, repetimos, á los dos pueblos; pero fuera de ellas cada uno gira dentro de su órbita; estrecha la del uno, dada la inferioridad á que le condena el orgullo y altivez de sus conquistadores; ámplia y dilatada la del otro, como que contiene la política, la administracion, el gobierno, toda la vida oficial, todas las fuerzas activas del país, es decir, el poder supremo, la diplomacia, la magistratura, el ejército, el gobierno de las provincias y el de las ciudades y plazas fuertes.

Hé aquí por qué hemos dicho que no es la his-

toria de España la que vemos desarrollarse á nuestros ojos durante este período, sino la historia del pueblo Godo; que si bien dió á los españoles una nueva constitucion política y civil, recibió de ellos en pago una cultura de que carecía á su llegada; cultura que algunos autores llaman *gótica*, y que nosotros llamamos sin vacilar, ***hispano-cristiana***.

Una palabra todavía y terminamos esta impertinente digresion, que pertenece mas bien á la historia general de España que á la particular de Andalucía. Hemos tenido una España de los Cartagineses; una España de los Romanos; ahora, en los tiempos que venimos historiando, tenemos una España de los Godos; pero una España de los Españoles, no la tendremos hasta que suene por primera vez en la historia el nombre de COVADONGA.

Y, cosa verdaderamente estraordinaria; ni aun entonces Andalucía será de España. Continuará separada del concierto de las otras provincias de la monarquía, hasta que Fernando III é Isabel I pongan término á esta monstruosa irregularidad, que constituyó, desde su orígen hasta el último tercio de la Edad media, el carácter peculiar, distintivo de esta region de España.

Desde la trasmigracion de los Vándalos al África, y la irrupcion y establecimiento de los Suevos, procedentes de Galicia, en las provincias del Mediodia hasta los reinados de Amalarico, Atanajildo y principalmente de Leovigildo, la provincia de

Andalucía no suena en la historia de una manera que merezca particular mencion. Debiéramos, pues, hacer caso omiso de todos los acontecimientos que se sucedieron hasta llegar á los años desde el 511, hasta el 585, durante los cuales Andalucía vuelve á figurar, principalmente, como dejamos dicho, en el reinado de Leovigildo, si la importancia de aquellos sucesos, y el deseó de rectificar un error histórico demasiado generalizado, no nos indujera á referirlos aunque sea compendiosamente.

Hélos aquí.

Conceptuando *Teodoredo*, que sucedió á Walia por los años de 420, demasiado estrechos para contener su noble ambicion los límites de la Aquitania, formó el propósito, aprovechando la espantosa anarquía que devoraba las provincias del imperio de Occidente, de recobrar toda la tierra de la Galia que Honorio cediera á *Ataulfo*: Siguiéronse de aqui largos años de guerra que terminaron hácia el 439 pidiendo la paz la corte imperial, y dejando á Teodoredo en posesion de todos los Estados de la Galia que ambicionara y que habia conquistado.

Poco tiempo despues un suceso memorable en los anales de la historia universal, obligó á los romanos, francos y godos que continuaban guerreando ferozmente en las Galias, á reunirse para combatir una nueva y la mas terrible invasion de los bárbaros procedentes del Septentrion. ATILA, el *azote de Dios*, habia penetrado en la Galia (451) al frente de mas de medio millon de guerreros. El ejército franco-romano-godo, le salió al encuentro

en los célebres *Campos Catalaunicos* cerca de *Chalon-Sur-Marne.* La batalla fué la mas porfiada y sangrienta que vieron los siglos. Se calcularon en 200,000 hombres próximamente, los que murieron en ella. El cadáver del valeroso Teodoredo encontróse debajo de un monton de hunos. ATILA quedó vencido.

Los Godos proclamaron á su hijo *Turismundo*, que al año de reinado fué asesinado por sus dos hermanos Teodorico y Frederico. El primero fué alzado rey, y el segundo enviado á la Tarraconense.

El año 456, Teodorico traspuso los Pirineos al frente de un ejército para combatir á los Suevos y su rey Rechiario, que despues de haber saqueado la provincia de Cartajena regresaban á Galicia cargados de botin. Alcanzólos en la llanura de Páramo, á cuatro leguas de Astorga, y los derrotó completamente. Despues de esta victoria Teodorico continuó estendiendo su dominacion en la Península, se apoderó de Andalucía y de casi toda la España; pero no por cuenta propia, sino en nombre del Emperador de Occidente.

Teodorico murió asesinado por su hermano Eurico (466) en Tolosa, donde continuaba establecido el gobierno y la corte de los reyes Godos.

Ascendido al trono el fratricida Eurico, procuró realizar á fuerza de valor é infatigable perseverancia el pensamiento de Ataulfo, al que ninguno de sus sucesores habia renunciado; esto es, el fundar un imperio Godo independiente con todas las pro-

vincias que Roma habia poseido en las Galias y en España. Favoreciόle la fortuna aun mas allá de lo que su ambicion podia esperar, visto que en pocos meses se hizo dueño de la Galia, ocupó Arles, Marsella, Clermon, y Burdeos, y en cosa de tres años realizó la conquista de toda España, escepto la region que ocupaban los Suevos en Galicia.

¿En qué estado se encontraba á la sazon, el imperio romano de Occidente? Deshacíase á pedazos como cuerpo muerto cuya descomposicion aceleraban á ojos vistas las desordenadas pasiones de Valentiniano, hijo de Placidia; la cobardia de Máximo, su asesino y sucesor; el saqueo de Roma por Genserico y sus vándalos que vinieron de África llamados por Eudoxia, viuda de Valentiniano; la ineptitud de Avito, proclamado emperador de los romanos por los Godos congregados al efecto en Arles; y, en fin, otro sin número de emperadores de pura raza bárbara hasta *Rómulo Augustulo*, hijo de Orestes, secretario que habia sido de Atila, quien fué despojado de la púrpura y desterrado por Odoacro, gefe de los Hérulos, que se hizo proclamar REY DE ITALIA.

En Agosto del año 476 despues de J. C. el Senado de la que fué Roma, declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo.

Así concluyó el de Occidente á los 1229 años de la fundacion de Roma, 507 despues que la batalla naval de Accio dió el primero de los sesenta y tres emperadores que tuvo la ciudad de Rómulo. De sus ruinas nació la Europa moderna.

Uno de los primeros actos del *primer rey de Italia*, Odoacro, fué confirmar á Eurico en el derecho á la posesion del imperio que se habia formado aquende y allende el Pirineo. No la necesitaba por cierto el rey de los Godos, cuyas conquistas pusieron término para siempre á la dominacion de Roma en España. Bajo Eurico, *primer soberano independiente de España*, el reino Visigodo alcanzó el punto culminante de su grandeza y estension, puesto que comprendia aquende los Pirineos, la Península toda, escepto Galicia, y allende, la Galia desde el Ródano y el Loira hasta el Occéano, y además todo el país de Durazo, el mar y los Alpes Ligurios. Fué la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente.

Eurico, pues, fué real y verdaderamente, el *primer* rey Godo de España. Los que hacen comenzar la cronolojía de aquellos soberanos en Ataulfo, olvidan que este, así como Sigerico, Walia, Teodoredo, Turismundo, Teodorico, y el mismo Eurico durante los primeros años de su reinado, solo poseyeron en España la Tarraconense; y esto bajo la autoridad de los emperadores de quienes fueron tributarios; que cuantas guerras y conquistas hicieron en la Península tuvieron por objeto mantenerla bajo la obediencia de Roma por mandato de la cual las llevaron á cabo; que de la misma manera que los Godos poseyeron la Tarraconense, los Vándalos poseyeron la Bética y los Suevos Galicia, es decir como grandes feudos dependientes de los emperadores, á quienes pagaban crecido tributo; y sin

embargo nadie ha llamado reyes de España á los soberanos que se dieron aquellos pueblos; y por último que todos los reyes Godos hasta Amalarico, tuvieron su corte y el asiento de su Gobierno, en Tolosa, capital de la tercera Aquitania; de forma que con la misma ó mas razon que se llamaron reyes de España, pudieron llamarse reyes del Mediodia de la Galia, donde poseyeron hasta Eurico muchísimo mas territorio que en España.

Eurico murió en la ciudad de Arlés, en Setiembre del año 484, habiendo reinado gloriosamente por espacio de 19.

Sucedióle su hijo, Alarico II, príncipe tan débil como enérgico y valeroso habia sido su padre. Sin embargo, dotó á su pueblo de un código de leyes conocido por el *Breviario de Alarico*. Murió el año 507 en una sangrienta batalla empeñada en Vouglé, cerca de Poitiers, contra los francos, cuyo rey Clodoveo la provocó «no pudiendo sufrir, como decia, que los Visigodos arrianos imperasen en la mas bella porcion de la Galia.»

Las consecuencias de aquella derrota fueron para los Godos la pérdida de toda la Galia meridional, escepto la Septimania Narbonense, y el tenerse que reconcentrar en España; lote que les habia señalado la Providencia en el reparto de las provincias del imperio romano, y en donde estaba su porvenir.

Alarico II dejó dos hijos; uno legítimo llamado Amalarico, de edad de cinco años, y otro ilegítimo, Gesaleico de 19; á este alzaron rey los Godos te-

niendo las consecuencias de una larga minoría. Por mas que esta eleccion se fundara en una razon de interés y utilidad para la república, y que el principio hereditario en la monarquía no formase parte de la constitucion política del pueblo Godo, es lo cierto que fué causa de una porfiada guerra entre los Visigodos y Ostrogodos, promovida por Teodorico, rey de Italia, y abuelo de Amalarico, como padre de su madre Teudetusa. Tras várias vicisitudes, Gesalico fué muerto en una batalla empeñada cerca de Barcelona entre el ejército Ostrogodo de Teodorico y los parciales del bastardo. El rey de Italia nombró regente del reino durante la menor edad del príncipe, á un noble de reconocida virtud y prudencia, llamado Teudis; mas andando el tiempo, receloso de la popularidad que se habia granjeado el regente, apresuró la declaracion de mayor edad de su nieto (524). Viéndose Amalarico en situacion de gobernar por sí mismo el reino, pidió y obtuvo por esposa á la princesa Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los cuatro reyes Francos. Este matrimonio fué desgraciado por ser Amalarico acérrimo arriano, y celosa católica su esposa; diferencia de religion que fué causa de una sangrienta guerra entre los cuñados. Murió en ella desastrosamente Amalarico, y los Godos perdieron la mayor parte de sus posesiones en la Galia meridional.

En tiempo de este rey, el gobierno y córte de los visigodos, que estuviera hasta entonces en la Galia gótica, SE TRASLADÓ Á SEVILLA, cuya silla me-

tropolitana egercia á la sazon «cierta manera de primacia, y estaba considerada casi como la cabeza de la Iglesia de buena parte de España.»

Asi lo dice Ambrosio de Morales, con referencia á las crónicas de aquellos tiempos. Como se vé, pues, Andalucia continúa siendo la region predilecta de los pueblos conquistadores de España; la que vé en su suelo nacer y fenecer todas las dominaciones, desde los Fenicios, quince siglos antes de J. C., hasta la musulmana, quince siglos tambien despues del nacimiento del Hijo de Dios.

No habiendo dejado sucesion Amalarico, los Godos aclamaron á Teudis, (532) el ex-regente de grata memoria para el país. Durante su reinado los reyes Francos Childeberto y Clotario llevaron á cabo una invasion en España. Tomaron por fuerza de armas á Pamplona y Calahorra y pusieron sitio á Zaragoza. En su retirada á Francia fueron atacados por un ejército godo en los desfiladeros de los Pirineos, donde la retaguardia del suyo fué pasada á cuchillo.

Teudis murió asesinado por un loco, (548) poco tiempo despues de la derrota que sufrió delante de la plaza de Ceuta, de la que se habian apoderado los imperiales al mando de Belisario, despues de haber destruido el reino de los Vándalos en África.

A Teudis sucedió Teudiselo; quien al año y medio de reinado, murió asesinado en Sevilla, en un banquete que diera á los principales de la ciudad. Su vida relajada y sus inauditas tropelías le condujeron á tan triste fin.

Diéronle los Godos por sucesor á Agila, hechura, probablemente, mas bien de una parcialidad que de la mayoría de la nacion; puesto que á los pocos dias estalló una sublevacion en Andalucía, cuyo orígen callan las breves crónicas de aquellos tiempos. Entre las ciudades que recurrieron á las armas para protestar contra su eleccion, aparecen en primer lugar Córdoba y luego Sevilla. Contra la primera marchó Agila al frente de un numeroso ejército que fué derrotado á la vista de la plaza por los cordobeses. El rey perdió un hijo en la batalla, y se retiró inmediatamente despues de haber sufrido el descalabro. La noticia del suceso de Córdoba, produjo un movimiento en Sevilla, que muy luego tomó el carácter de abierta rebelion. Un magnate llamado Atanagildo, hombre ambicioso y astuto político, que parece fué el principal motor de aquella discordia civil, se puso al frente del movimiento y lo dirigió hasta su desenlace. Para asegurar el triunfo de su causa, hizo alianza con el emperador de Oriente, Justiniano, quien le proporcionó tropas y recursos de todas clases, recibiendo en pago las costas españolas del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta los confines de Valencia. Los historiadores de aquellos tiempos no dan pormenores de la guerra civil que durante tres ó cuatro años turbó la paz de Andalucía, la única provincia de España que, al parecer, sufrió sus terribles consecuencias. Solo refieren, que por los años de 554, Agila marchó con numerosas tropas contra Sevilla, principal centro de la insurreccion, y que

fué derrotado bajo sus muros por el ejército aliado godo-romano. Perdida la batalla, retiróse Agila á Mérida, donde le dieron muerte los suyos para poner término á las calamidades que afligian al pais, y proclamaron á Atanagildo (554).

No se mostró el nuevo rey muy agradecido con el país á quien debia su engrandecimiento; puesto que en el mismo año de su proclamacion, trasladó la córte y asiento del gobierno á Toledo, despues de 43 años que habia permanecido en Sevilla. Andalucía no obtuvo de tan señalado honor otro beneficio, que sepamos, sino los desastres de la guerra civil que provocó y sostuvo durante 4 años por ceñir la corona en las sienes de quien le pagó con tan señalada ingratitud.

Atanagildo falleció en Toledo á los trece años de pacífico reinado (567).

Despues de Atanagildo hubo un interregno cuya duracion no fijan los historiadores de aquel tiempo, al que pusieron término los grandes de la Galia Gótica, proclamando á *Liuva*, hombre de carácter modesto y de rectas intenciones, quien no encontrándose con fuerzas suficientes para llevar tan pesada carga, pidió á los grandes que le dieran por compañero en la gobernacion del Estado á su hermano Leovigildo. Hiciéronlo así, y Liuva dividió el imperio, señalando á su hermano el gobierno de la España toda, y reservando para él la pequeña porcion de la Galia Gótica. Este buen rey murió en sus Estados en 572.

Con su muerte quedó todo el reino encomen-

dado á la superior inteligencia de Leovigildo, »príncipe animoso y de altos pensamientos.»

Guerra civil en Andalucia.

Vamos á bosquejar en grandes rasgos, tal cual lo exige la índole de nuestro trabajo, y tal como nos lo permite la falta que tenemos de documentos suficientemente extensos, y de noticias circuntanciadas, que no se encuentran en ninguna de las crónicas contemporáneas de los sucesos ni en las posteriores que se ocupen de ellos, una de las épocas mas interesantes de la historia de Andalucía, durante el periódo de la dominacion goda en España. Solo han llegado hasta nosotros los acontecimientos de mas bulto que tuvieron lugar durante su curso, ó hablando con mas exactitud, solo conocemos los resultados y los efectos de una causa que permanece todavía oculta; si bien creemos vislumbrarla por entre las noticias confusas y frecuentemente contradictorias que nos suministran los cronistas contemporáneos ó testigos de los sucesos; como Juan de Valclara que los escribió desde la celda de su monasterio fundado en la falda del Pirineo, y San Gregorio Obispo de Tours, historiador de los Francos.

Para mayor claridad debemos retroceder un poco, á fin de encontrar el orígen, el principio, la causa, impulsiva de la guerra civil-religiosa que

durante el reinado de Agila y los primeros años del de Leovigildo, conmovió hondamente la Andalucía; guerra cuyas consecuencias, despues de haber modificado las condiciones de la existencia política y social de los Godos en España, han llegado hasta nosotros y alcanzarán á las generaciones que nos sucedan.

Hemos indicado, en uno de los capítulos anteriores, que Andalucia fué una de las provincias de España donde mas progreso hizo el cristianismo desde los primeros siglos de nuestra era. Invocamos de nuevo en favor de esta opinion, el Concilio Iliberitano y los resultados que inmediatamente produjo. Mas tambien hemos dicho repetidas veces, que fué la *provincia mas romana de todas;* y ahora agregamos, que fué aquella donde por mas largo tiempo se conservaron despues de la caida del imperio de Occidente, las tradiciones romanas, así en lo relativo á los usos y costumbres, como en lo que se refiere al derecho civil, que se mantuvo hasta el reinado de Rescesvinto y al régimen municipal que todavía duró mas tiempo.

La invasion y estancia en su suelo de los Vándalos bárbaros é idólatras, y sus escesos y devastaciones en lugar de destruir las bases constitutivas de aquella sociedad, debieron afirmarlas, puesto que nada importaron ni en el órden moral ni en el material para reemplazarlas. Además, aventados los dioses del Panteon, y próximo á derrumbarse el Capitolio, no quedaba en Andalucía otro culto si no es el del *Dios verdadero*, ni otro poder alguno

religioso ni politico que ejercieran presion sobre las conciencias.

Esto sentado, no creemos deba calificarse de temeridad, el afirmar, que siendo Andalucía eminentemente cristiana ortodoxa y esencialmente romana, es decir, culta como este pueblo y civilizada por la moral del Evangelio, no debió ser afecta á los Godos, arrianos acérrimos y semi-bárbaros todavía en tiempo de sus primeros reyes.

Hé aquí, á nuestro juicio, la verdadera causa de la guerra civil que estalló en Andalucía en cuanto los dos pueblos se pusieron en contacto inmediato, con la traslacion de la corte y gobierno de los Godos á Sevilla, por los años de 511.

Pruébalo, en efecto, la naturaleza y el resultado de la rebelion que se alzó contra el rey Agila, cuyo gobierno arriano parecía estar fuera de su lugar, establecido junto á la Silla metropolitana de Sevilla, *que ejercía cierta manera de primacia y estaba considerada casi como la cabeza de la Iglesia de buena parte de España*; y pruébalo tambien el que aquella rebelion, así como la que vamos á historiar en seguida, nacieron en Andalucía; no salieron de los límites de la provincia, y tuvieron su centro de movimiento en Sevilla, donde como hemos dicho, residia la cabeza de la Iglesia de buena parte de España.

Mas, ¿cuál fué la bandera ó el pretesto que invocó la rebelion en tiempo de Agila? ¿Quién la acaudilló? Respecto á la causa eficiente, las diminutas crónicas contemporáneas de los sucesos, pa-

recen ignorarla; respecto á su gefe, nombran á Atanagildo. ¿Quién fué Atanagildo? Un magnate godo ambicioso y astuto de quien dice Gregorio obispo de Turs, *que ocultamente era católico*. ¿Quién fué Agila? Un rey legítimo dentro del derecho constitucional de la monarquía goda, pero celoso arriano como todos sus predecesores.

Agila se apoya en su derecho y en las armas de su pueblo arriano. Atanagildo en los pueblos de Andalucía católicos, y en las tropas que á solicitud suya le envió el emperador de Oriente, católicas tambien, y además romanas; por cuya razon fueron recibidas como hermanos en la provincia sublevada. Aqui tenemos, pues, frente á frente en contienda civil, el catolicismo y el arrianismo: los andaluces y sus aliados los imperiales, católicos, y los godos arrianos.

Los primeros salen triunfantes, y el vencido Agila muere asesinado por los suyos, que proclaman rey á su victorioso competidor.

Pero se dirá; ¿cómo es que habiendo triunfado el partido católico y profesando aunque en secreto la misma religion, Atanagildo, abandona este inmediatamente despues de su eleccion el país á quien debe su encumbramiento, y traslada la corte y el gobierno á Toledo de donde ya no salió hasta la destruccion de la monarquía goda? Lo ignoramos, y nada dicen las crónicas acerca de este particular. Mas ¿no pudo ser resultado de una concesion hecha al arrianismo, harto poderoso todavia en la España goda para que un rey *electivo* que to-

maba posesion del trono despues de dos, de muchos reyes asesinados por sus electores, se atreviese, fuesen las que fueran sus secretas creencias religiosas, á chocar violentamente con la religion que profesaba su pueblo? ¿No pudo haberle sido impuesta aquella condicion por los grandes que le proclamaron, deseosos de trasladar la corte á otra provincia donde pudiese subsistir y desarrollarse mas á sus anchas el arrianismo, sin temor á la peligrosa vecindad del catolicismo, y á los obstáculos que á su espansion debia oponer un culto contrario y profundamente arraigado en el pais donde hasta entónces habia residido el gobierno?

La razon de Estado, su própia conservacion y las exigencias de una secta intolerante pudieron muy bien obligar á Atanagildo, á pesar de ser católico en secreto, á salir de Andalucía, pais á quien debia, hasta cierto punto, la corona que ceñia sus sienes.

Muy luego veremos desarrollarse en mayor escala el antagonismo entre el elemento católico y el elemento arriano en Andalucía, y quedar justificado por medio de una sangrienta y porfiada guerra civil-religiosa que duró cerca de seis años, el juicio que acabamos de emitir.

De lo que dejamos expuesto anteriormente, se deduce cuán poco lisonjero y favorable para los intereses po íticos y morales de los godos seria el

estado de Andalucía. Así debió comprenderlo Leovigildo, puesto que uno de sus primeros cuidados, á los pocos dias de haber quedado único dueño del trono, fué disponer una espedicion militar contra esta provincia, donde el elemento católico prevalecia cada vez mas pujante, á resultas del señalado triunfo que habia obtenido en la pasada contienda civil.

Aumentábase la gravedad de la situacion para los Godos con la presencia de los imperiales llamados á España por Atanagildo para combatir á Agila; los cuales, como católicos tambien, ayudaban con el prestigio del nombre del emperador de Constantinopla, y con la fuerza de sus armas, á mantener vivo el espíritu de rebelion y el descontento público en Andalucía; refugio á la sazon, de todos los mal avenidos con la dominacion goda, que subsistian en él como una constante amenaza á la religion dominante en el gobierno de la Península.

En su virtud, Leovigildo, abrió ejecutivamente la campaña en Andalucía contra los imperiales, el mas importante elemento de fuerza con que contaban los católicos; tomando por pretesto de su violenta agresion el peligro que para la unidad é indepencia de España ofrecian aquellos advenedizos, que despues de haber arrebatado el África á los Vándalos, se habian establecido en las costas meridionales que tan imprudentemente les fueron cedidas por Atanagildo. Esto es lo que aparece de la relacion de las Crónicas de San Isidoro y de Valclara. Mas creemos que á Leovigildo le movieron

dos consideraciones para llevar á cabo su intento; la primera, la que queda expuesta; y la segunda, el quitar, á fuer de político hábil y previsor, la gran fuerza material que la alianza con los imperiales prestaba á los católicos andaluces, para destruirlos luego mas facilmente, ó al menos someterlos sin restencia á lo que la intolerancia de su secta pluguiera imponerles.

Andalucía, pues, se vió de nuevo trabajada por los males de una guerra que tuvo todo el carácter de religiosa. Leovigildo llevó sus armas por la region de los Bastetanos, que ocupaban casi toda la costa de Granada; despues pasó á tierra de Málaga de donde espulsó á los imperiales, y por último, les tomó todas las plazas fuertes que ocupaban, entre ellas Baza, Medina Sidonia, que le entregó la traicion despues de una larga y desesperada resistencia, y Córdoba, que desde su triunfo sobre Agila se habia mantenido en cierto estado de indepencia, gobernándose con el régimen municipal que los romanos establecieran en la ciudad en los tiempos de su dominacion. No hay que decir si la sangre corrió en los campos y ciudades de Andalucía, vertida copiosamente por el severo Leovigildo, y por la implacable crueldad de la intolerancia arriana.

Realizado tan felizmente el objeto de su espedicion (572), Leovigildo regresó á Toledo, donde fué recibido con inequívocas muestras de adhesion y respeto por los grandes del reino. El político príncipe juzgó la ocasion oportuna para insinuar una novedad de inmensa trascendencia en la constitu-

cion de su pueblo; que fué introducir cautelosamente el principio hereditario en una monarquía que desde su fundacion venia siendo electiva. Tomando, pues, pretesto de los grandes desórdenes que habia ocasionado en el reino la larga vacante del trono, y aduciendo el precedente de su propia participacion en tiempo de su hermano Liuva, propuso á los nobles, congregados al efecto, asociarse en la soberanía y autoridad real, á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Los magnates aprobaron la proposicion, y los dos hermanos fueron declarados príncipes de los godos y herederos del trono de su padre.

Leovigildo triunfaba como político y como guerrero. Encontrándose en tan buen camino, quiso continuar, sin darse descanso, la obra de la unidad nacional, como medio de asegurar definitivamente la estabilidad del imperio que su raza habia fundado en España. Al efecto llevó sus armas contra los cántabros, que se resistian al dominio godo, y los sujetó en 575. El mismo año firmó una tregua con el rey de los Suevos, Miro; tregua que fué una añagaza, y por último, dos años despues (577) subyugó igualmente á los habitantes de la Orospeda (hoy sierras de Alcaraz y de Cazorla) que por dos veces se habian rebelado.

En medio del camino de su prosperidad, vióse detenido aquel gran rey por un acontecimiento que forma uno de los dramas históricos mas interesantes de España; y que para Andalucía es de recuerdo imperecedero, dado que su suelo fué el

vasto escenario donde se representó todo entero, desde su prólogo hasta la catástrofe con que terminó.

Hélo aqui.

Mucho antes de su elevacion al trono, habíase casado Leovigildo con Teodosia, hija de Severiano, gobernador romano de la provincia de Cartagena, y hermana de los «cuatro santos hermanos, Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina» segun dice Lucas de Tuy, y certifica san Isidoro en su libro de *Claros Varones*. De aquel matrimonio tuvo dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. Muerta Teodosia, contrajo segundas nupcias con Gosuinda, viuda de su antecesor Atanagildo. Teodosia fué católica ferviente, y dicho se está, que procuraria inculcar su creencia en el corazon de sus hijos; Gosuinda era arriana furiosa.

Victorioso Leovigildo de los imperiales; sometidas las provincias que se resistieran á la dominacion goda; sosegadas todas las turbulencias interiores y gozando el reino de una paz como hacia mucho tiempo que no disfrutaba, el afortunado rey se propuso asegurarla, así en el esterior como en el interior, por medio de una alianza de familia, que le proporcionase poderosos amigos allende sus fronteras. Al efecto, negoció el casamiento de su hijo primogénito Hermenegildo, con la princesa Ingunda, hija de Sigiberto, rey de los Francos Austracios, y de Brunequilda su muger, «por donde dice Ambrolio de Morales, Ingunda era nieta de Gosuinda, madrastra de su marido.» Celebráronse las bo-

das con fiestas y regocijos públicos, á satisfaccion de ambas familias reinantes, y con alegria de los dos jóvenes esposos, á quienes unia, cuando menos, un mismo sentimiento religioso, puesto que la princesa era católica fervorosa, y el príncipe participaba, en el fondo de su corazon, de aquella creencia, como hijo de una reina católica y sobrino de cuatro lumbreras del catolicismo.

No fué de larga duracion la felicidad del matrimonio. Desde los primeros dias de la estancia en la córte de Toledo de los dos esposos, Gosuinda, acérrima arriana, como dejamos dicho, quiso, arrastrada por el espíritu intolerante de su secta, y valida de la autoridad que le daba su título de reina, madrastra y abuela de los príncipes, convertir á Indegunda al arrianismo. Resistió con valor la esposa de Hermenegildo, y estalló la mas violenta discordia en el seno de la familia real, sostenida por el heróico teson de la nieta, que se mostró sorda á todo género de halagos y de amenazas, y por la terquedad y dureza que usó con ella su abuela.

Con deseo de poner fin á los disgustos que turbaban la paz de su familia y córte, Leovigildo ideó separar de su lado á Hermenegildo. Al efecto, autorizado como estaba, y por lo visto, sin limitacion alguna, por los magnates del reino para asociarse en la gobernacion del Estado á sus dos hijos, dispuso constituir un gobierno á parte, pero dependiente del central, en favor de su primogénito Hermenegildo.

La Providencia, cuyos inescrutables arcanos

dispone las cosas á los fines de su alta sabiduría burlando todos los cálculos de la estrecha prevision humana, sugirió á Leovigildo la idea de formar aquel Estado con la provincia de Andalucía; que parece haber sido destinada para alimentar en su seno todas las grandes revoluciones y trasformaciones que se han operado en España.

Instalado Hermenegildo en Sevilla, donde fijó la córte de su gobierno; léjos de la presion que su padre y el arrianismo oficial ejercieran sobre su voluntad y conciencia; respirando aquella atmósfera saturada de catolicismo al lado de su tio el ilustre Leandro que ocupaba la silla metropolitana de Sevilla, *cabeza de la Iglesia de buena parte de España*, y cediendo á los reiterados ruegos y al ejemplo de su esposa, y á las exhortaciones de los hermanos de su madre, se convirtió á la fé católica y recibió por segunda vez el bautismo.

El regocijo fué inmenso, como no podia menos de suceder, en toda la católica Andalucía; pero la indignacion de la esposa de Leovigildo no tuvo límites. Conociendo, aunque tarde, el desacierto que habia cometido, y cediendo á las instigaciones de Gosuinda, el rey, llamó á Toledo á su hijo con propósito de pedirle estrecha cuenta de su conducta. Hermenegildo informado, sin duda, por sus amigos de la córte de lo que se tramaba contra él, y recelando de la conocida severidad de su padre, se negó á obedecer la órden.

Este acto de manifiesta desobediencia, debió producir ágrias contestaciones entre el padre y el

hijo, las cuales terminarian muy luego en un formal rompimiento, cuando, segun refiere la crónica del abad de Valclara, el príncipe Hermenegildo alzó el estandarte de la rebelion en Sevilla, insurreccionö á Córdoba, ocupó algunos otras ciudades y castillos y pronunció la Andalucía entera contra el rey Leovigildo.

No necesitamos apretar mucho el argumento para probar que aquella rebelion y la guerra civil que le sucedió, fueron puramente religiosas, y que sus causas deben buscarse mas bien en las violencias de Gosuinda, en la intransigencia de Leovigildo, y en la intolerancia de los sectarios arrianos, que en la ingratitud y ambicion de reinar de Hermenegildo; sin que por esto neguemos que el elemento católico que dominaba en Andalucía ayudase á la rebelion, tal como se lo aconsejaba su interés, y tal como cabía en su derecho, puesto que los Godos no eran señores de España sino á título de conquistadores,

El suceso tuvo lugar en el mismo año del casamiento de Hermenegildo con Ingunda; y segun parece tambien, solo tres años mas tarde, esto es, en 583, Leovigildo movió su ejército contra los sublevados. Sin embargo, durante aquel espacio de tiempo, padre é hijo no permanecieron ociosos ni se descuidaron en allegar los medios necesarios para asegurar el triunfo de su respectiva causa.

No pudiendo desconocer, Leovigildo, la trascendentalísima importancia del alzamiento de Andalu-

cia, en tiempos en que el partido católico tenia una inmensa superioridad moral y material sobre el arriano en España, estendiendo su irresistible influjo lo mismo en las poblaciones de corto vecindario que en las ciudades populosas, dispuso recurrir á artes de la diplomacia para desarmar, á serle posible, sin efusion de sangre, al partido católico. En su consecuencia, convocó un concilio de obispos arrianos en Toledo al cual sometió aquellas cuestiones de dogma y prácticas religiosas que mantenian separados á los godos arrianos de los católicos españoles. Este concilio, segun el abad de Valclara refiere, «dió muestras de querer ablandar algo su error, y quitarle lo que á los católicos en él mucho ofendia.» En efecto, reformó entre otras cosas la práctica del segundo bautismo que la iglesia arriana administraba á los catálicos que apostataban de su fé, «y *enmendó algo* el error en que yacía la secta, en cuanto á la desigualdad que establecia entre las personas de la Santísima Trinidad.»

Entre tanto Hermenegildo no descuidaba nada de cuanto podia sacar triunfante la causa del catolicismo. Negoció en secreto con los godos católicos, y con los reyes franceses católicos tambien y padres de su esposa; llamó en su auxilio las fuerzas imperiales que estaban posesionadas todavía de los pueblos de la costa, é hizo alianza con Miró rey de los Suevos de Galicia; en suma, obró con tanta energía y habilidad, que la rebelion tomó un carácter imponente y formidable.

Llegó el año 583, y terminados ya por ambas

partes beligerantes todos los preparativos militares, Leovigildo abrió la campaña invadiendo la Andalucía al frente de un numeroso ejército. Tras varios sucesos que racionalmente se suponen por mas que los cronistas contemporáneos solo hagan referencia de dos, el haber cohechado por treinta mil sueldos de oro al general de los imperiales para que abandonase la causa de su hijo, y el haber cortado en un desfiladero el ejército Suevo, que acaudillado por Miró se dirigia en auxilio de los sublevados de Andalucía, obligándole á capitular bajo la condicion de que renunciaria á su alianza con Hermenegildo, y se prestaria á ayudarle á él con un numeroso cuerpo de tropas, el severo y diligente rey de los godos, obligó á su hijo á encerrarse dentro de los muros de Sevilla; donde le cercó tan estrechamente, é hizo obras tan gigantescas para tomar la ciudad, como el *torcer el curso del Guadalquivir*, «abriendo un canal desde la Algaba en línea recta hasta frente al campo de Tablada»—segun razonablemente supone Ambrosio de Morales,—á fin de quitar á la plaza todos los socorros que recibia por el rio.

Dos años, hasta el 585, duró el sitio de Sevilla, combatida y defendida con el mismo teson y rigor por sitiadores y sitiados. Durante su curso Leovigildo mandó levantar los muros de la antigua ciudad de Itálica, arrasada, por los Vándalos y estableció en ella, segun todas las probabilidades, un campo atrincherado para hostilizar sin trégua, y con el menor daño posible de su ejército, la plaza,

que al cabo tuvo que rendirse sin que sepamos bajo qué condiciones.

Hermenegildo logró huir secretamente de Sevilla, donde dejó á su esposa Ingunda y á su hijo de muy tierna edad. Refugióse en Córdoba y tomó asilo en una iglesia, donde muy luego llegó su hermano Recaredo á ofrecerle el perdon en nombre de su padre, siempre que lo pidiese humildemente arrodillado á los piés del rey. Cedió el príncipe á la fraternal amonestacion, y se prosternó ante el severo Leovigildo; quien advertido que su hijo *vencido*, se presentaba á él todavía cubierto con las insignias reales, irritado mandóle despojar de ellas, y lo envió desterrado á Valencia.

Así terminó, segun el abad de Valclara, ó Juan de Viclara, la guerra civil religiosa de Andalucía, que duró unos seis años, y fué señalada con todos los horrores y desmanes que forman el cortejo obligado de este género de contiendas.

Mas al terminar la guerra quedó mas esparcida por España la fecunda semilla, que si hasta entonces solo habia germinado entre el pueblo conquistado, muy luego habia de florecer entre el pueblo conquistador. El arrianismo salió tan quebrantado de ella, y el catolicismo tan robustecido, aun en medio de su derrota material, cuanto que el primero no pudo hacer, á pesar de su victoria, un solo prosélito, en tanto que el segundo se acercaba á las gradas del trono, donde habia de sentarlo el hermano del primero que fué su caudillo militar en Andalucía; *primera* y única region de España que

se alzó en armas contra los godos, *por ser arrianos.*

Fáltanos ya solo referir el desenlace final del drama que hemos historiado á grandes rasgos. Las crónicas contemporáneas de los sucesos no están de acuerdo respecto al lugar donde tuvo efecto uno de sus mas interesantes detalles, el que se refiere al suplicio del príncipe Hermenegildo; pero sí en los pormenores del suceso, que Juan de Viclara refiere en poquísimas palabras y que el Papa San Gregorio, describe algo mas estensamente.

Llegado el dia de la páscua de Resurreccion, Hermenegildo, que se hallaba en un estrecho y oscuro calabozo, en Tarragona,—segun unos escritores, ó en Sevilla, segun otros,—recibió la visita de un obispo arriano, que por mandado de Leovigildo, debia administrarle la comunion. El príncipe se niega á recibirla de manos de un prelado hereje, y sordo á todas las amonestaciones, despide con desabrimiento al obispo, que se apresuró á dar cuenta al rey del mal éxito de su mision. «Arrebatado en fúria inhumana Leovigildo, y trocando el amor natural de padre en crueldad, mandó ir luego algunos de sus ministros, y entre ellos uno, llamado Sisberto, que allí en la misma cárcel matasen al príncipe. Esto hicieron dándole con un hacha en el cuello, y cercenándole la cabeza, que cayó separada del cuerpo» (13 de abril de 505).

Esto es lo que San Gregorio escribe acerca de la muerte del hijo mayor de Leovigildo.

La Iglesia ha colocado á Hermenegildo en el Catálogo de los santos mártires.

La desventurada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en África al ser conducida con su tierno hijo á Constantinopla. El huérfano llegó á su destino, y creció y se educó en la córte del emperador Mauricio, hasta que su abuela Brunequilda consiguió su rescate y libertad.

Sofocada la rebelion de Andalucía, y enfrenados momentáneamente los católicos de España con una persecucion sangrienta é implacable que recordaban en el siglo VI la de los emperadores romanos del siglo III y IV contra los cristianos, Leovigildo volvió sus armas contra los Suevos de Galicia, cuya nacion hizo desaparecer uniéndola definitivamente á la monarquía goda, á los 176 años de su primera invasion. Despues de dejar asentadas las bases de la unidad del reino, y de haber obtenido repetidos triunfos por mar y tierra sobre los Francos, el ilustre monarca lleno de años y cubierto de gloria, falleció en Toledo á fines del año 586.

Hé aquí el retrato acabado, que hace de este rey, D. Modesto Lafuente, en su historia general de España, P. I. L. IV. «Fué Leovigildo uno de los »monarcas mas grandes que tuvo el imperio Godo. »Guerrero de gran corazon y astuto político, así »supo vencer y sosegar todas las alteraciones intes»tinas, como refrenar y tener en respeto á los im»periales, restablecer la disciplina en su ejército, »aniquilar la monarquía de los suevos y unirla á su »corona, escarmentar á los Francos y conquistar»les plazas, y redondear y aun estender el imperio

»Godo. Era diestro en el soborno y mañoso en sembrar la discordia entre los enemigos. En la paz no »desplegó menos energía que en la guerra. Como »administrador asentó un sistema completo de Ha»cienda: como legislador modificó muchas de las »disposiciones del *Breviario de Alarico*, y le añadió »leyes nuevas. Creó instituciones que han llegado »hasta nuestros dias; fué el primero que estableció »el fisco real; el primero que adoptó las insignias »que aun distinguen á los reyes de España, el tro»no, el manto, el cetro y la corona; el primero que »se presentó en una asamblea pública revestido con »estos atributos, y que sentado en un magnífico só»lio en su palacio de Toledo, recibia en audiencia »los grandes, los obispos y el pueblo. Mas Leovi»gildo por otra parte era avaro, cruel, fanático por »el arrianismo, y hemos visto hasta qué punto lle»vó su severidad con su hijo Hermenegildo.»

Sin embargo, añadimos nosotros, se cree que Leovigildo se convirtió á la fé católica, poco antes de morir, movido por las exhortaciones del metropolitano de Sevilla, el ilustre Leandro, hermano de su primera esposa. Por mas que, en realidad, solo conjeturas puedan formarse sobre este punto, no es la menos verosimil la que afirma su conversion, considerando que Teodosia, fué ferviente católica, que su hijo primogénito Hermenegildo, murió mártir de la Fé del Crucificado, y que su hijo Recaredo que le sucedió en el trono, proclamó el Catolicismo religion del Estado en España.

Con Recaredo restablecióse la sucesion dinásti-

ca iniciada en tiempo de Teodoredo; mas no fué esta la novedad mas importante que con su advenimiento al trono se estableció en la constitucion de la monarquía goda. Recaredo, educado por una madre católica é instruido por el ilustre prelado Leandro de Sevilla, á los diez meses de haber ceñido á su frente la diadema, anunció públicamente que abrazaba la Fé católica en la forma que se contenia en el Símbolo de Nicea. Siguieron su ejemplo la mayor parte de los Godos arrianos; y despues de vencidas várias conjuraciones que se fraguaron en España, en la Galia gótica y dentro de su mismo palacio, convocó (589) en Toledo un Concilio general, que fué el tercero de los celebrados en aquella ciudad, al cual asistieron todos los obispos de España en número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, en el cual Recaredo renovó el acta de su abjuracion del arrianismo, y declaró que abrazaba la Fé católica y el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres personas de la Santísima Trinidad. Despues de esto hizo preguntar por un prelado á los obispos arrianos y á los grandes que asistian al Concilio, si se adherian á la nueva profesion de fé del rey, y todos, cual movidos por una misma y súbita inspiracion suscribieron á ella.

Causa maravilla el ver, como á los cuatro años del martirio de Hermenegildo y del ruidoso triunfo obtenido en Andalucía por la secta arriana sobre la religion católica, el edificio levantado en 312 por el célebre heresiarca Cirenáico, cayó desplomado en

589, en un solo dia, cuando mas injente y sólido se encontraba para no volver á levantarse jamás. Y esto sin sangre, sin violencias por la sola voluntad de un hombre, hijo de otro hombre que habia resistido durante seis años al clamor y á las armas de los Andaluces, de los Suevos, de los Imperiales y de los Francos católicos, y que acabó por vencer á los primeros, por borrar á los segundos del número de los pueblos independientes, y por espulsar casi del todo de España á los terceros.

Realizado con tanta fortuna el principio de la unidad religiosa en España, hecho sin ejemplo que durante doce siglos y medio—desde 589 hasta la constitucion de 1869—ha sido el distintivo de la nacion española, Recaredo se esforzó durante los años que siguieron á sus victoriosas guerras con los reyes Francos, y á sus negociaciones para espulsar á los imperiales del suelo de Andalucía, en promover la unidad nacional y en asegurar la paz interior y el respeto y consideracion esterior á su pueblo.

Al efecto, «reunidos ya todos sus súbditos Godos, Suevos, Galos é Hispano-Romanos, quiso igualarlos en los derechos civiles sometiéndolos á todos á una misma legislacion. Si no abolió el *Breviario de Alarico*, hizo por lo menos muchas leyes que mandó fuesen obligatorias indistintamente para los dos pueblos; echando de este modo los cimientos de la unidad política sobre la base de la unidad religiosa, que eran los dos principios de que habia de partir la civilizacion moderna.»

Murió este escelente príncipe, despues de quince años de reinado, en Toledo (Febrero de 601).

No se hallará acaso, dice un escritor de nuestros dias, en aquella época triste, un reinado en que se vertiera menos sangre, en que se cometieran menos violencias, menos atentados á la fortuna pública ó privada.»

X.

DESDE LA MUERTE DE RECAREDO (601) HASTA LA BATALLA DEL GUADALETE (711).

En los 110 años trascurridos desde la muerte de Recaredo hasta la catástrofe del Guadalete, nada aconteció que merezca particular mencion en Andalucía, segun aparece del contesto de las crónicas y documentos que el historiador puede consultar; escasísimas, confusas y aun inciertas aquellas, y poco apropósitos estos, para adquirir un esacto conocimiento de la multitud de sucesos que debieran verificarse en tan largo trascurso de tiempo, en una provincia que, desde el comienzo de los tiempos históricos hasta la muerte de Leovigildo, llenó sin cesar los anales españoles. La situacion de Andalucía, en aquel largo periodo, fué sin duda la misma que la del resto de España. Dejó de tener vida propia, vida aparte y se confundió con la vida general del país, cuya cabeza estaba en Toledo, centro de donde partia el movimiento político, religioso y civil que animaba á toda la Peninsula. Esta preeminencia que ejerció la capital elegida por

los reyes Godos sobre todas las demás ciudades de España, muchas de las cuales hasta aquel entónces habian gozado de una especie de soberanía independiente, prueba con harta elocuencia, que la unidad nacional estaba completamente realizada un siglo antes de que la rompieran, para no volverse á constituir, hasta sabe Dios cuando, las armas musulmanas; bajo cuya dominacion y memorable imperio, Andalucía volvió á quedar segregada del resto de la Península, y á vivir, no su vida propia, sino la del pueblo ó razas que la ocuparon, é hicieron independiente hasta el siglo XIII, y tributaria en parte y en parte vasalla de los reyes de Castilla hasta fines del XV.

Sin embargo, no nos es posible salvar con un trazo de pluma aquel largo espacio de tiempo en el que tuvieron lugar grandes acontecimientos que afectaron á nuestra provincia con el mismo grado de intensidad que á las demás de España; que pusieron los cimientos de la constitucion monárquica, religiosa y civil que todavía conservamos, y que prepararon el prodigioso suceso, único, sin ejemplo en los anales del mundo, de la muerte, en un solo dia de una raza guerrera, cuya cultura y valor se habian hecho proverbiales en toda la Europa, y cuyo número era superior, en una proporcion difícil de establecer, al de los guerreros advenedizos que la combatieron y esterminaron completamente.

Habremos, pues, de condensar la narracion de aquellos sucesos para llegar lo mas ántes posible á

reanudar la historia de Andalucía, que fué la mas importante, casi la única de España, durante los dos primeros tercios de la Edad Media; sin que decrezca su interés durante el último, ni durante el primer siglo de la moderna.

Muerto Recaredo, le sucedió su hijo Liuva II, jóven de 20 años, que murió desastrosamente á los dos años de reinado (603) victima de una conjuracion dirigida por Viterico.

El regicida subió al trono, y parece que intentó restablecer el arrianismo. Esta demente pretension le enajenó el respeto y la obediencia de los católicos, que se sublevaron contra él. Murió (610) asesinado en un banquete por sus mismos capitanes.

El clero y los magnates católicos eligieron á Gundemaro, cuyo reinado fué tan oscuro como breve, puesto que murió en 612.

Sucedióle Sisebuto, uno de los reyes mas notables que se sentaron en el sólio gótico. En los primeros años de su reinado redujo á la obediencia á los montañeses del norte de España, que rechazaban tenazmente la dominacion goda; venció en dos batallas á los imperiales y les obligó por fuerza de armas y en virtud de un tratado celebrado con Heraclio, emperador de Oriente, á evacuar todas las ciudades que ocupaban en la costa meridional y á encerrarse en determinadas plazas de los Algarbes. Sisebuto decretó la primera persecucion contra los judios que desde los tiempos de Vespasiano se habian refugiado en crecido número en España donde vivian oscurecidos. Dióles de térmi-

no un año para elegir entre recibir el bautismo, ó perder todos sus bienes y salir de la Península. Mas de 90,000, al decir de algunos escritores se bautizaron, y un número bastante mayor optó por el destierro y la confiscacion de sus bienes. Sisebuto murió de repente, el año 621, y le sucedió su hijo que solo reinó dos ó tres meses.

Los godos aclamaron á Suintila, bajo cuyo reinado se sometieron definivamente los Cántabros y Vascones, y fueron espulsados para siempre del suelo español, los imperiales (624), aquellos huéspedes molestos, traidos por Atanagildo, que durante 80 años habian vivido adheridos como planta parásita al litoral de la Península. Suintila fué e primer rey godo que vió reunido bajo su cetro la España entera. Parece que en los últimos años de su reinado se hizo avaro, sensual y tirano; por cuya razon fué destronado (621) á impulso de una conspiracion á cuya cabeza se habia puesto Sisenando, que fué aclamado rey.

Lo único notable del reinado de este monarca, fué la convocacion (633) del cuarto concilio de Toledo, que egerció una influencia decisiva en la condicion religiosa, política y social de la nacion. En él se establecieron las mas severas penas y censuras contra todo el que atentara en lo sucesivo contra la idea y el poder de los reyes; se prescribieron á estos las reglas y principios con que habian de gobernar al Estado; mándose que á la muerte del rey se juntaran los prelados y los grandes del reino para *elegir* pacíficamente el sucesor; se revocó

el decreto de Sisebuto que obligaba por la fuerza á los judios á recibir el bautismo, en cuya derogacion tuvo gran parte San Isidoro, metropolitano de Sevilla; y, por último, se ordenó que todas las iglesias siguieran la misma liturgia, que mas tarde se denominó *mozárabe*. Murió Sisenando el año 636, á los cinco de reinado.

Los grandes y los obispos le dieron por sucesor á Chintila, quien convocó inmediatamente el quinto Concilio de Toledo, y, en 638, el sesto. En este último, declaráronse inhábiles para ceñirse la corona gótica á los decalvados, á los de origen servil, á los estrangeros y á los que no descendieran del noble linage de los godos. Decretóse tambien en él, que el rey se obligase con juramento á no tolerar en el reino á los judios, ni á *ninguno que no fuese cristiano*. La tolerancia decretada en el cuarto Concilio, quedó anulada en el sesto. El año 640 murió Chintila, cuyo reinado «fué por los Obispos y para los Obispos.» Dejó por heredero, con el beneplácito de aquellos, á su hijo Tulga, príncipe jóven y débil, contra el cual se levantó un partido poderoso que lo destronó (642) y proclamó en su lugar á Chindasvinto.

Chindasvinto, anciano de noble raza, y guerrero de carácter firme y enérgico, se propuso reprimir con rigor el espíritu turbulento de los magnates godos. Al efecto condenó á muerte á un número considerable de aquellos que habian promovido desórdenes en los reinados anteriores, y obligó á otros muchos á espatriarse. En 649, ya fuese que

se rindiera al peso de los años, ó que intentase hacer la corona hereditaria en su familia, se asoció en la gobernacion del Estado á su hijo Recesvinto. Tres años despues, y á los noventa de su edad, murió en Toledo.

En los comienzos de su reinado, Recesvinto tuvo que combatir una sublevacion de algúnos nobles descontentos. Venciόla, y al poco tiempo convocó el octavo concilio de Toledo, en el que se establecieron nuevas reglas para la eleccion de los reyes, y en el que se decretó una nueva persecucion contra los judios. Pero la mayor y mas imperecedera gloria de Recesvinto, fué el haber realizado la fusion entre el pueblo godo y el español, anulando la impolitica ley que vedaba el matrimonio entre personas de las dos razas. La que la sustituia, consignada en el *Fuero Juzgo*, dice: «Establescemos por esta ley que á de valer por siempre, »que la mugier romana pueda casar con omne godo, »é la mugier goda pueda casar con omne romano.. »É que el omne libre pueda casar con la mugier »libre qualquequier, que sea convenible por con»seio, é por otorgamiento de sus parientes.» Esta ley y la confirmacion de la de Chindasvinto que prohibia el uso del derecho romano mandando que los godos y españoles se rigiesen únicamente por la visigoda, acabaron de completar la unidad politica y civil entre los dos pueblos. Recesvinto falleció de enfermedad el año 672, á los veintitres de su reinado el mas largo y el mas pacífico que se cuenta en los anales de los godos.

A los diez y nueve dias de la muerte de Recesvinto, fué proclamado torciendo solo la fuerza su obstinada resistencia á dejarse ceñir la corona, un noble y anciano Godo modelo de virtudes, llamado Wamba. Nunca hicieron los Godos eleccion mas acertada, ni España vió un reinado mas interesante y dramático que el de este gran rey, *hecho á la fuerza*.

Ya en el primer año de su reinado, tuvo que hacer la guerra á los Vascones. En el momento de comenzar las hostilidades le anuncian la rebelion de la Septimania, ó Galia gótica, que se negaba á reconocer su autoridad. En la imposibilidad de acudir en persona á los dos puntos á la vez, Wamba envió contra los rebeldes de allende los Pirineos al conde Paulo con un cuerpo de tropas escojidas. Paulo cohecha á sus oficiales y se hace proclamar rey en Narbona. Wamba recibe la noticia de la felonía de su general, en los momentos en que habia dado principio á las operaciones contra los montañeses. Actívalas en términos que á los siete dias tuvo sujetos á los rebeldes, y marcha ejecutivamente contra Paulo; que falto de valor para esperar al rey abandona la ciudad de Narbona y se retira y fortifica en Nimes. Alli lo sitia Wamba y le hace prisionero (agosto de 673) con sus principales cómplices, entre ellos Gulmido, obispo de Magalona. Condúcelos á Toledo, donde les conmutó en encierro perpétuo la pena de muerte que les habia sido impuesta en Nimes. Poco tiempo despues de la pacificacion de la Septimania, vióse, por primera vez en los anales de la historia de España, desde las

ciudades de las costas meridionales de la Península, una armada musulmana cruzar las aguas del Mediterráneo. Wamba no debia estar desprevenido, puesto que se hizo á la mar con otra flota, que batió y dispersó casi completamente la enemiga. En tiempo de este rey celebráronse dos concilios, uno en Toledo y otro en Braga. Por último, en el año 680, una pérfida intriga puso fin al glorioso reinado de este príncipe. Dirigióla un conde palatino llamado Ervigio, descendiente de la familia de Chindasvinto, que gozaba de gran privanza con el rey. El desleal Ervigio dió á beber á Wamba un brevaje que le sepultó en profundo letargo; cuya situacion aprovechó el traidor para tonsurarle y vestirle el hábito de penitencia. Recobrado Wamba y viéndose en aquel estado, no quiso infringir el decreto del concilio que privaba del trono al príncipe que hubiese sido despojado de su cabello y vestido el hábito de monje, y renunció gustoso á una corona que habia aceptado con tanta repugnancia. Wamba se retiró al monasterio de Pampliega (cerca de Búrgos), donde vivió ejemplarmente por mas de siete años.

Ungido Ervigio con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo (680), subió al trono de los godos que fué para él silla de espinas; tan acerbos eran los remordimientos que atenazeaban su pecho. A los pocos meses de su advenimiento, convocó un concilio en Toledo, que fué el duodécimo de aquella ciudad. Presentóse Ervigio ante la augusta asamblea en actitud humilde, para obte-

ner la confirmacion legal de un título, contra cuya legitimidad protestaba la voz de su conciencia. Diéronsela los padres del concilio, y con ella creyó poder acallar las murmuraciones del pueblo que le aborrecia sospechando el torcido camino por donde habia llegado al trono. Nunca tranquilo y siempre receloso, murió el año 687, á los siete de su reinado, dejando por abdicacion pocas horas antes de su fallecimiento, la corona á Egica sobrino de Wamba, á quien habia casado con su hija Cixilona.

El primer acto del reinado de Egica, fué convocar un concilio (688), el décimo quinto de Toledo, que no tuvo mas objeto que acallar ciertos escrúpulos que traian desasosegado al rey. En 693, reunió otro, á cuyo fallo sometió la causa de conspiracion tramada por el metropolitano de Toledo, Sisberto, para asesinarle á él con todos sus hijos. El concilio decretó la deposicion del metropolitano y su destierro perpétuo. El año siguiente (694) convocó otro concilio con objeto de castigar á los judíos de España, acusados de mantener secretas inteligencias con sus correligionarios de África, para romper la dura esclavitud en que vivian en la Península. Recargáronse en él las penas decretadas en los anteriores contra aquella raza desventurada, declarando á todos sus indivíduos esclavos, y mandando que les fueran quitados sus hijos de uno y otro sexo, en llegando á la edad de siete años. Finalmente, siguiendo el ejemplo de algunos de sus predecesores, á pesar de las leyes hechas en los concilios sobre la libre eleccion de los monarcas

compartió con su hijo Witiza la autoridad real; y con objeto de amaestrarlo en los negocios del Estado, dióle el gobierno de todo el pais de Galicia, en una de cuyas ciudades, Tuy, Witiza estableció su córte y el centro de su gobierno. Cinco años reinaron juntos el padre y el hijo, de los trece que duró el de Egica, que falleció en 701, dejando ya en visible decadencia la monarquia goda.

Witiza señaló su advenimiento al trono con actos de justicia, de humanidad y de notorio beneficio para el país; como fueron un indulto general y la devolucion de sus bienes á todos los que habian sido encarcelados ó desterrados por su padre, y la condonacion á sus súbditos de todos los tributos atrasados, actos que le grangearon el aplauso y cariño de su pueblo. Pero despues........ Despues, si hemos de dar crédito á la mayor parte de los cronistas é historiadores españoles, Witiza se encenagó en todo género de vicios, de crímenes, de torpezas y sensualidades. Su liviandad y desenfreno lo atropellaba todo, sin reparar en que las víctimas de su lascivia casadas ó doncellas, fuesen nobles ó de humilde condicion; dió licencia á los clérigos para que se casaran, mató de un bastonazo á Favila, padre de *Pelayo*, é hizo sacar los ojos á Teodofredo, que lo fué de *Rodrigo*, indivíduos todos de la familia de Chindasvinto: mandó demoler casi todas las fortalezas y murallas de las ciudades de España; autorizó á los judíos para volver á España, y practicar libremente su culto; y, por último, negó la obediencia al papa Constantino.

«Tal es en resúmen, dice D. Modesto Lafuente, »en su historia general de España, P. I. L. IV., el »famoso proceso de culpas que la mayor parte de »los historiadores españoles han formado al rey »Witiza, y con que por espacio de muchos siglos »ha aparecido ennegrecida su memoria atribuyen»do á su relajacion y desenfreno, tanto como al de »su sucesor Rodrigo, la pérdida de la monarquía »goda y haciéndole causa de que esta cayese bajo »el dominio y poder de los moros. Pero hé aqui que »despues de tan larga y constante tradicion en que »tan abominable se nos presenta el retrato de Witi»za, aparecen otros no menos respetables y sábios, »que ó nos pintan á Witiza como uno de los reyes »mejores y mas justos, ó por lo menos descargan »su retrato de la mayor y mas oscura parte de las »sombras que lo ennegrecian. En el último tércio »del siglo XVIII vinieron á disipar muchas de las »tinieblas que envolvian algunos puntos importan»tes de la historia de España los luminosos escritos »del sábio español don Gregorio de Mayans y Cis»car. Pues bien, el celebérrimo y elegantísimo Ma»yans, como le llama Heicneccio, el Nestor de la »literatura española, como le nombra el autor del »*Nuevo viaje á España* en 1777 y 1778, ha hecho la »vindicacion y defensa del rey Witiza, pintándole »como un monarca justo y benéfico. El erudito »Masdeu, en su historia crítica de España, califica »de fábulas, locuras y falsedades la mayor parte de »los exesos que se atribuyeron á Witiza.» *Toda esta narracion*, dice el sábio jesuita, *debe tenerse por fa-*

bulosa ó á lo menos por incierta, pues su mayor antigüedad es del siglo XIII, y los testimonios con que se ha pretendido fortificarla mas modernamente son los de Luitprando y otros semejantes. «Escusado es decir »que los historiadores y críticos estranjeros de »nuestro siglo, convierten en actos plausibles, si »hubieran existido, algunos de los que Mariana y »otros autores aplican á Witiza como iniquidades, »tales como la ley en favor de los judios y la ente»reza en rechazar la omnipotencia de Roma.»

Dedúcese de la crónica de Isidoro de Beja, que Witiza fué lanzado del trono por una revolucion que puso en su lugar á Rodrigo. Es verosimil que los españoles, llamados todavía por los godos romanos, tomasen una parte activa en ella, por ser Rodrigo descendiente de Recesvinto, cuyas leyes habian establecido la igualdad de derechos para las dos razas que poblaban la Península, en tanto que Witiza pertenecía á una familia que en todos tiempos se habia señalado por su esclusivismo en favor de los godos. No se sabe con certeza como ni donde fué la muerte de Witiza, y solo por conjeturas se supone que debió acontecer en febrero del año 709.

Vamos á terminar el cuadro de la España gótica, narrando compendiosamente el suceso del advenimiento al trono, y el de la muerte del último rey que arrastró consigo al sepulcro en una hora, una raza valerosa que hacia tres siglos estaba constituida en nacion preponderante en Europa.

Desgraciadamente á medida que nos acercamos

al desenlace del drama de la dominacion goda en España, y á los principios de la musulmana, comienzan á faltarnos documentos auténticos contemporáneos de los sucesos, leyendas y aun tradiciones orales dignas de fé que hagan alguna luz en la oscuridad de aquellos tiempos de triste recordacion. Quédannos solamente algunas áridas y descarnadas crónicas que se escribieron en tiempos muy distantes de los sucesos. (Lafuente).

Resulta de ellas que elevado al trono en brazos de una revolucion—precedente obligado del advenimiento de casi todos los reyes godos—Rodrigo, de la familia de Chindasvinto, á imitacion de sus predecesores se estremó en perseguir á los vencidos, siendo una de las víctimas de sus rigores el mismo Witiza á quien se supone que hizo sacar los ojos, como el monarca destronado habia hecho con el padre del rey entronizado; resultando de aquí una lucha enconada entre las parcialidades que dividian la familia goda. Las crónicas nos han conservado los nombres de los principales personajes parientes del destronado Witiza, Oppas, metropolitano de Sevilla, tio de los huérfanos, y Julian, gobernador de Ceuta, deudo de la familia perseguida.

Estos y sus parciales ardiendo en deseos de vengar las ofensas hechas á su familia derrocando del sólio al autor de ellas, de acuerdo con los judios tan perseguidos y vejados por los godos desde el reinado de Sisebuto, y que á la sazon, con el destronamiento de Witiza que los habia tratado benignamente temian ver decretadas nuevas persecucio-

nes contra su misma raza, solicitaron la alianza de Muza-ben-Noseir, gobernador del África setentrional, en nombre del califa de Damasco,

Muza dió oidos á su demanda y autorizado por su soberano Al-Valyd, envió una corta espedicion á las costas occidentales de Andalucía (Julio de 710), que desembarcó en el sitio que hoy ocupa Tarifa, y recorrió impunemente algunos pueblos del litoral.

El buen éxito de aquella primera algarada, alentó al wali del Magreb para disponer otra mas importante, que al mando del africano Tarik-Ben-Teyad, desembarcó en *Alghezirah Alhadra* (Algeciras). Noticioso de que el ejército godo al mando de Rodrigo se habia puesto en marcha para combatirle, Tarik le salió al encuentro, y le avistó á orillas del *Guadi-Becca*.

Empeñóse la sangrienta batalla que segun unos cronistas duró tres dias, y segun otros ocho, y terminó el viérnes 31 de Julio de 711. Con ella feneció la monarquía goda, sumerjida con su último rey Rodrigo, en las aguas de un pequeño rio de ANDALUCÍA, en la misma region de España donde se estableció por primera vez y definitivamente.

Así desapareció para siempre de la haz de la tierra en un solo dia la obra de tres siglos, barrida por el viento del Hedjaz que arrebató hecho polvo el monumento que el pueblo godo levantara, señalando con él, al menos para España, los confines perfectamente deslindados entre la Edad Antigua y la Edad Media.

«Fué una grande época, dice D. Joaquin Fran»cisco Pacheco en el notable discurso que precede »al FUERO JUZGO, un periodo interesante.... el que »corrió desde el siglo V hasta el VIII.... Fué una »gran nacion la que venció á los romanos, rechazó »los hunos, soguzgó á los suevos y se estableció »desde el Garona hasta las columnas de Calpe. »Fueron una gran iglesia y una gran literatura las »que tuvieron á su frente á Ildefonso y á Eugenio, »á Leandro y á Isidoro. Y fué mas grande aun que »todos estos elementos que le dieron vida, el céle»bre código que nació en esa sociedad, que ordenó »esa monarquía, que caracterizó esa época, que »fué redactado por esos literatos y esos obispos. »Cuando faltas y yerros por una parte, cuando la »ley de la naturaleza por otra, acabaron con el »pueblo y con sus monarcas, con los próceres y con »los sacerdotes, con el poder y la ciencia de aque»lla Edad, el código se eximió justamente de ese »universal destino, y duró y quedó vivo en medio »de las épocas siguientes, que no solo le acata»ron como monumento, sino que le observaron »como regla y se humillaron ante su sabidu»ría.»

Y, sin embargo, repetimos nosotros, toda esa grandeza fué barrida en una hora por el viento procedente del *Hedjaz*. Aquella iglesia, aquella literatura, aquel código y aquella gloria militar, no fueron bastante poderosas para impedir que España retrocediera otra vez en el camino de la civilizacion; si bien sirvieron de cimiento para que se

constituyese definitivamente tal como ha llegado hasta nosotros.

Gran nacion, gran iglesia y gran literatura fué la goda, convenimos en ello; mas, sin el heroismo del puñado de españoles enriscados en Covadonga, sin el teson y la perseverancia de las generaciones que les sucedieron, ¿qué hubiera sido de España? Y si en *Calatañazor*, en las *Navas de Tolosa*, y en el *Salado* hubiera lidiado por su pátria y religion la misma raza que peleó en el *Guadi-Becca* ¿quién hubiera contenido, salvo Dios, el torrente africano que amagaba inundar la Europa?

Gran nacion y gran iglesia...... que cedieron el suelo de España vencidas en una sola batalla, á las tribus árabes del Yemen, á las feroces kábilas del Africa........

¡Inescrutables arcanos de Dios, que permitió que el único pueblo de Europa que desde los primeros años del segundo tercio del siglo VII, hasta nuestros dias tiene por distintivo la unidad católica, fuese tambien el único de Europa donde el mahometismo fundase un grande imperio, que duró mas de 300 años, desde la batalla del *Guadi-Becca* hasta la desmembracion del califato de Córdoba!

En el tomo siguiente detallaremos con mas estension este memorable acontecimiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



HISTORIA GENERAL

DE

ANDALUCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870.

POR

JOAQUIN GUICHOT.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Libreria de los Hijos de Fé.

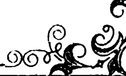
F. PERIÉ.
MADRID.
S. Andrés núm. 1 duplicado 3.º

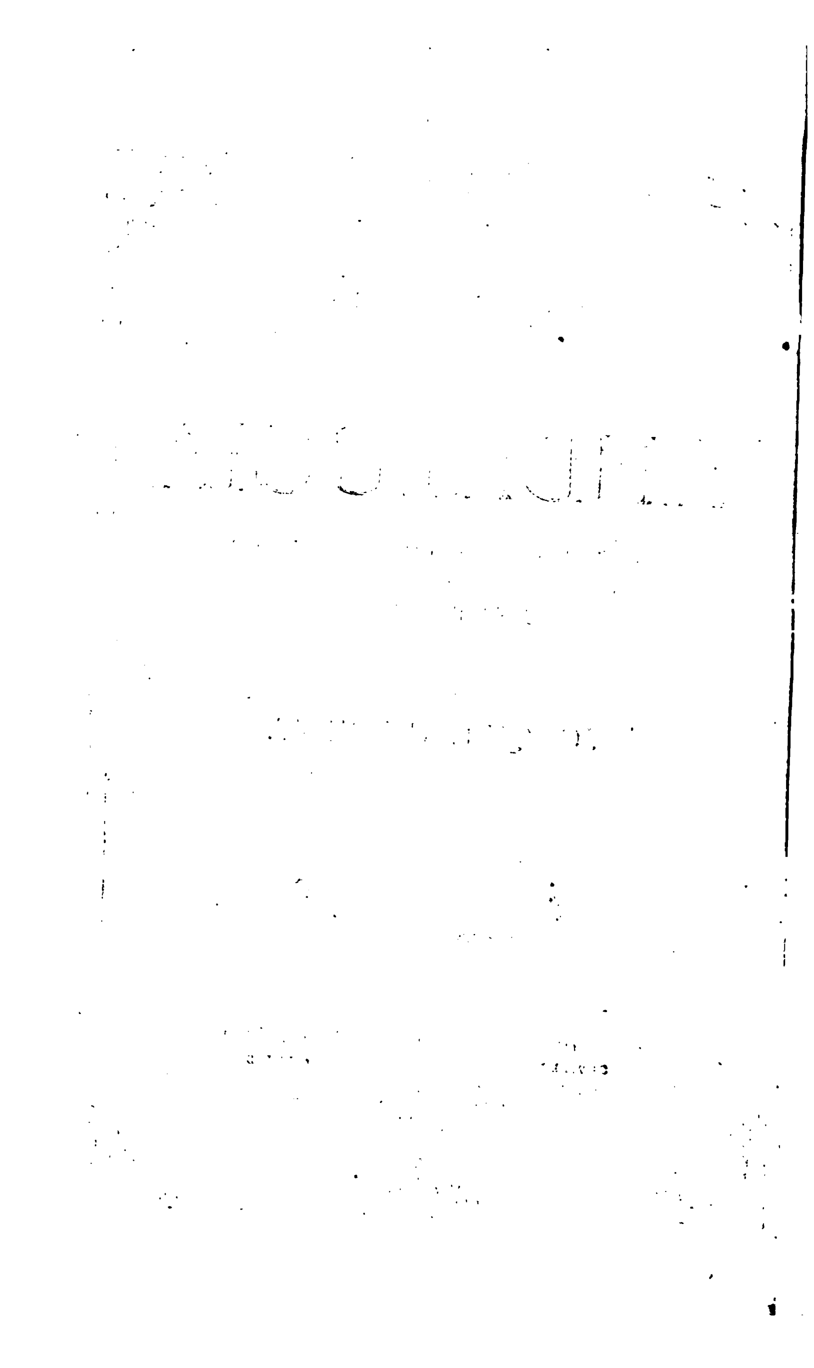
1870.











HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA.

II.

SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y Sierpes 21.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO II.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 25.

F. PERIÉ,
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1869.



HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

ANDALUCÍA BAJO LA DOMINACION MUSULMANA.

INTRODUCCION.

Hénos ya en el prólogo del memorable drama, de la grande epopeya que se representó en Andalucía durante 781 años, dia por dia sin que en ninguno de ellos decayese un momento el palpitante interés de la accion. Drama de una estructura tal, que es imposible presentarlo en compendio, porque no contiene nada de que el historiador pueda prescindir, ni accesorio que no le esté fuertemente adherido y que no constituya parte de su esencia.

Comenzaremos, pues, haciendo una exposicion de hechos y de personajes, y emitiendo algunas consideraciones generales acerca de las causas que hicieron posible su ejecucion en España, pais que

considerado bajo el punto de vista religioso que la tradicion continúa sin cesar, y bajo el político y social parecia el menos á propósito para servirle de teatro.

Lo nuevo, lo estraordinario del suceso, nos obliga á tratar con bastante latitud no del pueblo que va á desaparecer, que este queda juzgado ya, sino del que aparece de improviso en Europa sin haberse anunciado, sin ser apenas conocido á la sazon; pueblo tan nuevo, tan brioso, tan entusiasta y tan maduro al salir de la cuna fanatizado y obediente á la voz de un hombre, que se titulara el *Apóstol de Dios*, anunciado por la Sagrada Escritura y venido al mundo con la mision de convertir el universo á un solo culto y creencia, que con su súbita aparicion y con la fortuna que acompañó sus armas sorprendió y aterró á España, destruyó en una hora la obra de tres siglos y paralizó todas las fuerzas vivas del pais, harto menoscabadas ya con mil y mas años de dorada ó humillante esclavitud, y la conquistó toda entera en un dia que fué precisamente aquel en que despuntó el sol que habia de alumbrar la ESPAÑA DE LOS ESPAÑOLES.

Empero durante los catorce siglos que precedieron á su amanecida, ¡qué série de espantosas catástrofes, y qué cúmulo de infortunios no la trababajaron! ¡Qué inmensos mares de sangre, y qué caudalosos rios de lágrimas no tuvo que atravesar para ver á la luz de aquel sol, señalada en la esfera del reloj del tiempo, la hora en que debia dar comienzo al laborioso y cruento trabajo de su cons-

titucion en pueblo verdaderamente libre é independiente, en nacion dueña de sus destinos, soberana de sí misma y mas tarde reina de dos mundos; ella que durante trescientos años fué sierva de un puñado de bárbaros!

¡Ah! sin la exuberante vida con que el cielo la dotó; sin la fuerza de constitucion que la permitió resistir á tantos agentes destructores conjurados sin cesar en su daño; sin la fecunda savia que circula por sus venas y la hizo retoñar con redoblado empuje cuantas veces se vió talada por el hierro y por el fuego de los pueblos estrangeros que se establecieron en su suelo, ¿cómo fuera posible que después de haber salido lacerada y desangrada del poder de los Romanos, y con el estertor de la agonia de las manos de los Godos hubiera podido levantarse, nuevo Lázaro, bajo la pesada losa con que los Arabes cubrieron el sepulcro donde la enterraron los déspotas del Capitolio y los Bárbaros procedentes de las orillas del Dnieper y del Danubio?

Háse dicho muchas veces que los Árabes lanzaron á los Godos de la península Ibérica, como estos habian lanzado á los Romanos; creemos que este es un error de hecho ó un mentís dado á la verdad histórica. ¿Cómo habian de haber triunfado de Roma en España unas hordas incultas é indisciplinadas que pidieron al emperador Valente un pedazo de tierra aquende el Danubio para no morirse de hambre, ni de los Godos doce mil africanos tropas armadas á la ligera, si Augusto, Constantino y Teo-

dosio, si Leovigildo, Chindasvintó y Wamba hubieran tenido dignos sucesores?

Los Godos como los Arabes fueron instrumentos de que se valió la Providencia para salvar, para regenerar á España en el preciso momento en que la Suprema Sabiduría juzgó oportuno su intervencion, para detenerla al borde del abismo donde la empujaban los que no pudieron dar cumplimiento á su mision. No los godos, sino los grandes atentados contra la humanidad, y los cobardes ó corrompidos Césares de Roma fueron quienes arrojaron de España las águilas del Capitolio; asi como las grandes y sistemáticas injusticias de los Godos y sus errores políticos, sociales y económicos los que abrieron la sima donde los sepultaron los bereberes de Tarik.

La Providencia interviene siempre que una sociedad exije ser disuelta ó regenerada; y en esta situacion se encontraba la España romana al aparecer los Godos en Itália, y la España gótica al apoderarse los Árabes del África setentrional.

«Ojalá! decian los españoles en los primeros dias de la invasion visigoda, nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros.....!» Cuando una sociedad culta y civilizada exhala este grito forcejeando por desprenderse de los brazos de un pueblo estrangero que la tiene aprisionada, el interés de la humanidad exije que este pueblo desaparezca y que aquella sociedad séa regenerada; y la Eterna Sabiduría acude á satisfacer cumplidamente tan justa peticion. Para los Augustos convertidos en

Honorios y en Augústulos tiene siempre dispuestos un Alarico ó un Odoacro: y para los Leovigildos convertidos en Sisenandos y en Ervigios, monarcas de quienes se duda si fueron reyes ó fueron obispos, pero que indudablemente no supieron llevar la corona ni la mitra, siempre tiene dispuestos un Tarik y un Muza.

La Divina Providencia que vela solícita por la humanidad y dirije los pueblos y las naciones á los altos fines de su voluntad suprema, quiso renovar con España el milagro de la resurreccion de Lázaro. Murió pobre, desangrada y cubierta de llagas á manos de los Romanos, de los Godos y de los Sarracenos... *Metiéronla en un sepulcro... Era una gruta, y pusieron una losa sobre ella...* La voz de un hombre, que fué la de un Dios Omnipotente, levantó la losa y *gritó en alta voz, diciendo:* LÁZARO, VEN FUERA.

«Así se obran los milagros que esceden las »fuerzas y las leyes de la naturaleza. Se obran en »un instante y sin emplear mas que la palabra ó la »voluntad. La resurreccion de los muertos se obra »del mismo modo que la creacion: asi que la una y »la otra son obra del mismo poder.»

Desgraciadamente aquella resurreccion tardó muchas centurias en dejarse sentir aquende los montes Marianos. Andalucía tuvo el triste privilegio de mantenerse durante ellas completamente segregada del resto de España, y ájena á la reaccion patriótica y religiosa que se adelantaba pausada pero irresistible, arrancando de las ásperas

montañas de Astúrias para salvar lentamente, y por etapas que duraron siglos, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir.

Durante aquel largo y memorable periodo de nuestra historia, Andalucía, como en tiempo de los Romanos y en el de los Godos, fué la region donde se refugió toda la ciencia, todo el saber y toda la cultura, no ya solo de España, sino de la mayor parte de Europa. Los Sénecas y los Lucanos de Córdoba; los Isidoros y los Leandros de Sevilla reaparecieron en los Averroes, los Ibn-Haiyans y los Ibn-Kaldun, bajo otra forma, con otra escuela literaria y otro dogma religioso; pero con el mismo caudal de ciencia y de saber, y en tales condiciones, que el mundo los señala como la aurora del renacimiento de las letras en Europa.

Y, cosa admirable, ó mejor diremos, cosa del todo conforme con sus actos pasados; Andalucía que permitió que la primera invasion del Mediodia arrollase en una hora la que procedente del Norte habia acampado durante tres siglos en sus fértiles comarcas, se resistió por espacio de mas de cuatrocientos años contra la reaccion del Norte sobre el Mediodia. Y es, que la segunda traia consigo todos los signos característicos del saber y de la ilustracion, en tanto que la primera conservó ántes de su derrota en las orillas del Guadi-Becca, y aun durante los primeros siglos de su trabajo de reconstitucion bajo nuevas bases religiosas, políticas y sociales mucha parte de la rudeza que trajeron los Godos de las orillas del Danubio, y que no de-

pusieron del todo, á pesar de sus intintos civilizables en las del Tajo y del Guadalquivir.

Ya lo hemos dicho en otra ocasion: los andaluces son naturalmente asimilables; pero no á la barbárie sino á la civilizacion: no á las razas que puedan despojarles de sus tesoros de inteligencia é imaginacion, sino á las que saben aumentar el caudal de esa misma inteligencia.

¿Qué estraño es, pues, que en tanto que en las regiones del Norte de la Península se reunian los restos dispersos de la civilizacion latino-hispano-goda, y se agrupaban los elementos que habian de constituir la nacionalidad española tan humilde, tan desvalida en su comienzo, como formada solo de rudos soldados, de rústicos pastores y labradores, de ignorantes y sencillos sacerdotes y artesanos, la ilustrada Andalucía de todos los tiempos, sufriese sin protestar, como no habia protestado contra la dominacion romana, la de los Omiadas de Córdoba, dinastía indígena la mas brillante que ocupó los tronos del mundo «de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada de que apénas salió algun vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galeria de los grandes gefes de los imperios?»

Sin embargo, dejemos correr los años, dejemos pasar los siglos de voluptuoso letargo para Andalucía; dejémosla mirar con desden ó indiferencia cómo á los cuarenta años de la invasion musulmana, el puñado de cristianos que cupieran desahogadamente en la angostura de Covadonga, se trasfor-

mó en ejército numeroso que bajo el reinado de Alfonso I lanzó las vencedoras huestes muslímicas más acá del Duero y del Tajo, y convirtió milagrosamente, que de otra manera no se esplica, el pequeño Estado de Pelayo y de Favila en un reino poderoso que hizo temblar al imperio musulman; que dia llegará en que despierte al ver que los príncipes africanos sustituyen á sus príncipes indígenas, es decir, la barbarie, la supersticion y el fanatismo ocupando el lugar de la civilizacion, de la inteligencia y de la tolerancia, al ver, en fin, que todo progresa y se afirma en su derredor y que ella sola permanece estacionaria dentro del dogma y de los preceptos de un *libro* que afirma: *que toda doctrina nueva es una innovacion, toda innovacion es un estravío, y todo estravío, conduce al fuego eterno.*

Entonces verémosla dar Alfonsos décimos, Guzmanes y Gonzalos de Córdoba; marinos que descubran y conquisten un nuevo mundo; capitanes que ganen á sus reyes mas imperios y reinos que provincias tiene España; sabios, filósofos, poetas, pintores y escultores de inmortal renombre, y en suma, ocupar en la civilizacion cristiana el mismo lugar que ocupó en la romana y en la de los Árabes.

Mas antes de entrar de lleno en la memorable, y harto oscura todavía, época de la invasion musulmana, creemos de indispensable necesidad dar á conocer á nuestros lectores la raza conquistadora; el *libro* en cuyo nombre esta sojuzgó la España toda, salvo aquel pequeño rincon de la Península donde Fenicios ni Cartagineses nunca llegaron á

penetrar; que las águilas romanas tardaron doscientos años en reconocer, y que los Godos desde que pusieron el pié en España hasta Rodrigo, no pudieron avasallar del todo. Asi mismo evocar la memoria de los caudillos sarracenos que dirigieron las primeras espediciones militares, y, sobre todo, la de todos aquellos hombres funestamente memorables que vendieron su pátria ó la dejaron perecer por sus errores ó demente ambicion.

Tarea improba pero absolutamente necesaria es la que nos hemos impuesto, á fin de esclarecer un hecho, ó una série de hechos, sobre los cuales reina todavía, repetimos, la mayor oscuridad, dada la falta de documentos contemporáneos, y la aridez y laconismo del único que ha llegado hasta nosotros; pero necesaria, hemos dicho, porque sin ella seria imposible que la mayoría de nuestros lectores se formase una idea siquiera aproximada, de las causas que produjeron aquella catástrofe sin ejemplo en los anales del mundo.

Habremos de incurrir forzosamente en algunas repeticiones de nombres, de sucesos y de apreciaciones contenidas en las últimas páginas del tomo precedente. Sírvanos de disculpa nuestro deseo de hacer la mayor luz posible en un acontecimiento envuelto todavia entre sombras; pintado por cronistas ó historiadores unas veces con el colorido de la fábula ó de la poesía y otras vestido con el ropaje de la pasion política y religiosa, y siempre trasmitido á los escritores de la Edad Media por la *tradicion oral*.

A pesar del detenido estudio que hemos hecho de la mayor parte de las crónicas latinas y de las arábigas traducidas por sábios orientalistas nacionales y extrangeros, no abrigamos la temeraria pretension de haber alcanzado el conocimiento de toda la verdad histórica, acerca de aquellos sucesos y de aquellos hombres, cuya memoria há llegado hasta nosotros envuelta en sombras que la oscurecen y desfiguran. Tres siglos, los mas importantes por ser los mas cercanos al suceso, de completa decadencia literaria, durante los cuales no se escribió casi nada de las cosas de España, y la incertidumbre de lo poco que se historió en los posteriores, y esto poco solo sobre lo que la tradicion oral habia conservado, esplican la dificultad que tiene la empresa que hemos acometido, de presentar bajo una nueva faz el acontecimiento mas estraordinario, mas curioso é interesante, de todos los que constituyen la historia de Andalucía. Afortunadamente las crónicas árabes posteriores al siglo x, conocidas unas de los primitivos historiadores latinos y otras traducidas en nuestros dias por los sábios orientalistas Dozy, Gayangos y otros no menos eruditos y perseverantes escritores de nuestros tiempos, han arrojado recientemente bastante luz sobre aquellos sucesos para que nos sea dado, aprovechando sus inapreciables trabajos y los materiales por ellos acopiados, reconstruir, hasta cierto punto, aquel grandioso edificio que durante tantos siglos ha permanecido oculto entre las breñas y malezas que los primitivos cronistas y los historia-

dores de la Edad Media dejaron crecer en su derredor.

Es indudable que hoy, merced á los progresos que han hecho la crítica y los estudios históricos, y á los trabajos de los escritores mencionados y aludidos, y en particular á las traducciones de *Al-Makkari* y del trozo de *Akhbar-Madjmua* que se refiere al suceso de la invasion musulmana en la Península, sabemos mucho mas acerca de aquel acontecimiento y de los que le sucedieron en España en los años que se siguieron inmediatamente, que supieron nuestros historiadores anteriores desde Isidoro de Beja y Sebastian de Salamanca hasta los eruditos Lafuente y Cabanilles. Y hay mas todavía; hay que no solo alcanzamos un conocimiento mas esacto de la invasion, sinó que tambien hemos adquirido nuevos y curiosísimos datos referentes á los reyes cristianos de España, con la traduccion publicada por Dozy, de la historia de los mismos, escrita por *Ibn-Kaldun*, célebre historiador universal, oriundo de una ilustre familia sevillana, que en el año 1364 vino, en calidad de embajador del rey de Granada, Mahomed V, á la córte de D. Pedro I de Castilla.

Esta es, acaso, la única novedad que ofrece nuestra historia de la dominacion musulmana en Andalucía; es decir, la difusion entre nuestro pueblo de nuevos datos y noticias conocidas hasta ahora solo de algunos eruditos; datos y noticias muchas de ellas *nuevas*, como dejamos dicho, y otras que vienen á confirmar no pocos sucesos y episo-

dios que buen número de críticos así nacionales como estrangeros calificaron de apócrifos y fabulosos, ó cuando menos de inciertos por carecer de documentos auténticos en que apoyarlos.

Empero así como no abrigamos aquella temeraria pretension, tampoco hemos intentado, fundados solo en nuestro juicio mas ó menos desapasionado, rehabilitar la memoria de aquellos personajes funestos ó desgraciados, que una no interrumpida tradicion escrita ha hecho llegar hasta nuestros dias como mónstruos manchados con todo linaje de crímenes y torpezas. Lo que nos hemos propuesto, lo que nos hemos esforzado en conseguir hasta donde alcanza nuestra limitada inteligencia, es relatar sin pasion, describir con criterio imparcial, escudriñando con solícito afan, siguiendo huellas poco perceptibles, deduciendo unos hechos de otros hechos y cotejando opiniones no pocas veces diametralmente opuestas, lo que aparece con mas exactitud, lo que se hace mas verosímil acerca de los Witizas, de Rodrigo y Julian; de la traicion de los unos y de la corrupcion, libertinaje é insensatez de los otros: en una palabra, hemos buscado la verdad que todos anhelamos conocer; pero la verdad desnuda de toda lisonja, de todo apasionamiento y de todo artificio que pueda desfigurarla, ya embelleciéndola, ya pintándola con tintas sombrías.

De esta manera, pues, vamos á presentar los hombres y las causas que provocaron, ó no supieron conjurar la inaudita catástrofe que sepultó en

los *barrizales* de las orillas de un pequeño rio de Andalucía el imperio godo, que durante tres siglos subsistiera libre, poderoso é independiente desde mas allá de los Pirineos hasta mas allá del Estrecho de Gibraltar; y una nacion, la española, cuyo inquebrantable teson, heroismo y amor á la independencia venian siendo proverbiales en el mundo desde los albores de sus tiempos históricos.

Sin embargo; cúmplenos hacer notar, antes de tiempo, y como un lenitivo que mitigue la congoja que el recuerdo de aquel suceso produce en el ánimo, que el rio de Andalucía cuya corriente arrastró hácia los mares del olvido con los nombres de Witiza, Rodrigo y Julian toda la raza goda, fué un nuevo Jordan en cuyas aguas la nacion española se purificó de sus pasadas culpas, y se regeneró y fortaleció lo bastante para renacer cuarenta años despues del dia de su aparente ruina, en condiciones para no volver á ser presa de ninguna otra raza estrangera.

I.

LOS ÁRABES.

La voz Arabia, el *Kitin* de la Escritura, significa *Occidental:* dióse este nombre á aquella península, por ser la mas occidental del Ásia. Forma un vastísimo trapezoide que tiene por límites: al N. la Turquía asiática de que está separada en parte por el Eufrates; al E. el golfo Pérsico, el estrecho de Ormus y el mar de Oman; al S. el mar de las Indias y el estrecho de Bab-el-Mandeb, y al O. el mar Rojo. Su mayor longitud desde el Istmo de Suez al N. O., hasta el mar de Oman al S. E. es de unas 480 leguas, y su anchura de 400 próximamente. Calcúlase su superficie en 100,000 leguas cuadradas. Desde la frontera de la Palestina donde se encuentra el *Djebel Mosa*, ó monte *Sinaí*, tan célebre en la Sagrada Escritura, hasta la estremidad meridional de

la Peninsula, estiéndese una cordillera de montañas que sigue la costa del mar Rojo. Los antiguos no la conocieron bajo un nombre general, siendo particulares los de *Saba* y *Dedan* con que la nombra la Biblia, así como los de *Hdejaz* y *Yemen*, dados unas veces á la parte ocupada por los turcos, y otras á todo el pais. Tolomeo la dividió inexactamente en tres porciones: *Arabia Petrea*, al N.: *Desierta* en el centro, y *Feliz* al Mediodia. Los árabes no conocen estas denominaciones; los geógrafos orientales la han dividido con mas acierto en seis partes principales; el *Haza*, al E.; el *Oman*, al S. E.; el *Hadramant*, al S.; el *Yemen*, al S. O.; el *Hedjaz* al O., y el *Hedjed* ó *Nedja* al centro.

Es opinion admitida, que en el *Yemen* se refugiaron muchos hebreos despues de las destrucciones de Jerusalen por Nabucodonosor y por Tito, hijo de Vespasiano, y mas tarde cuando Aureliano los arrojó de Palmira, donde habian encontrado un refugio. Introdújose allí el cristianismo en tiempo del emperador Valente, mas fué con la heregía de Arrio, abjurada mas adelante por los que la profesaran.

En el Hedjaz se encuentran las dos ciudades santas, la *Meca* y *Medina*. La primera, pátria de Mahoma, cuna de su religion y capital de la Arabia y del mundo mahometano. La segunda, situada á unas 80 leguas mas hácia el N. encierra el sepulcro del titulado *Apóstol de Dios*.

La Arabia, region poco conocida de los antiguos lo es menos de los modernos, á pesar de sus tradi-

ciones y de lo mucho que han hablado de ella historiadores y poetas.

Los Árabes reconocen dos orígenes, por el primero descienden de Katan, hijo de Heber y nieto de *Sem*, de quien nació Saba y de este Imicar y Calan; llámanse estos *Árabes naturales*: por el segundo descienden de *Ismael* hijo de Agar y del Patriarca Abraham; estos llámanse *Árabes naturalizados.*

Son, pues, de raza *semítica*, como lo es tambien su idioma, uno de los mas ricos y armoniosos. En los tiempos mas antiguos vivieron de la guerra y del pillaje á que se entregaban constantemente contra los pueblos vecinos. Desde la Era de los Seleucidas hasta la de J. C. tomaron parte en todas las contiendas entre los Egipcios y Sirios; y fueron tantas y tan sangrientas sus incursiones en la Siria que los generales romanos, en tiempo de los Césares tuvieron que hacerles frecuentes guerras, de las que no alcanzaron mas ventajas que el apoyo de algunos tributos momentáneos, ó la suspension de hostilidades que se renovaban á la primera ocasion.

Procedentes los Arabes, como los Israelitas, de Abraham, tuvieron en un principio la misma religion, las mismas tradiciones y la circuncision como estos; pero no estando refrenadas en ellos, por la voz de los profetas, las inclinaciones á la idolatría se abandonaron á ella desde muy antiguo. Creian, pues, en un solo Dios, pero adoraban al propio tiempo los astros. Profesaron el Sabeismo como en el Egipto, en toda el Asia Superior, en Pérsia y en-

tre los Caldeos. Sin embargo, tuvieron, como dejamos dicho, ideas de la religion judáica, y no les fué desconocido el cristianismo, pues en la época de Mahoma habia en Arabia muchos Arrianos, Nestorianos y Jacobistas.

Sin embargo, la historia de los tiempos de la ignorancia, como ellos llamaban á los que precedieron los del Profeta, son completamente desconocidos. En los áridos desiertos de la Arabia no se sabe que se haya establecido pueblo alguno estranjero. Alejandro pensó subyugarlos; pero la muerte frustró sus proyectos; y en cuanto á los Romanos, despues de inútiles tentativas, acabaron por declarar que los Arabes eran invencibles.

MAHOMA.

Mahoma, honrado por los musulmanes con el glorioso título de Apóstol y de Profeta, nació en la Mecca el 27 de Abril de 570. Su padre *Abd-Allah,* hijo de *Abd-el-Motalleb*, y su madre *Ausina,* hija de *Waheb,* príncipe de los *Zharitas*, eran de la ilustre tribu de los *Coroiscitas* la primera entre los Arabes. *Abul-Feda*, uno de sus mas célebres autores, inserta en su Historia General el árbol genealójico de la familia de Mahoma, á quien hace descender de Adan por Abraham é Ismael.

A los dos meses de nacido quedó huérfano de

padre, bajo la tutela de su abuelo *Abd-el-Motalleb*, custodio del templo de la *Caaba* en la Meca; cargo el mas importante en la Arabia, y que daba grande autoridad á quien lo ejercia.

Muerto *Abd-el-Motalleb*, Mahoma pasó á la casa de su tio *Abu-Taleb*, hermano uterino de su padre *Abd-Allah*. *Abu-Taleb*, gefe de la familia de los Coreiscitas, y nombrado prefecto del templo, reunia en su casa todos los príncipes árabes á quienes Mahoma se dió á querer por el atractivo de su persona y por su talento precoz, mereciendo de los que le trataban el sobrenombre de *Elamin*, (hombre de firmeza). A los catorce años tomó parte y se distinguió en las guerras que su tribu hizo á los *Kenanitas* y á los *Havazinitas*, que quedaron vencidos.

Vuelto á sus pacíficas ocupaciones al lado de su tio, vióse solicitado para ponerse al frente de sus negocios por *Cadiga*, viuda noble y opulenta, cuya casa de comercio necesitaba un hombre inteligente y discreto que la dirigiese. Muy luego, seducida por su fidelidad y varonil belleza, *Cadiga* le tomó por esposo, contando ella cuarenta años y él veinticinco. Mahoma se hizo rico con este matrimonio, mas no ingrato, puesto que amó á su bienhechora y no tomó, en tanto que vivió, otra esposa á pesar de la ley de su país que autorizaba la poligamia.

A partir de este instante, la historia guarda el mas profundo silencio acerca de Mahoma por espacio de quince años. Solo *Abul-Feda* dice, que Dios le habia inspirado amor al retiro y á la sole-

dad, y que todos los años pasaba un mes sepultado en una profunda cueva del monte *Hara*. Allí fué donde el legislador de la Arabia, echó los fundamentos de su grandeza futura. Allí meditó esa religion que debia someter el Oriente; allí, en fin, compuso el *Coran*. Conociendo el carácter y apreciando la ardiente imajinacion de los Árabes, trató de seducirlos mas bien por las galas de su estilo y la vivacidad de sus imágenes, que persuadirlos por la fuerza y exactitud de los razonamientos. Tuvo la astuta prevision de no imponer su ley de una vez y en corto tiempo, temeroso de desacreditar su doctrina esponiéndola á la controversia antes de haberla infiltrado lentamente en la inteligencia y en las venas de su pueblo; dióla, pues, versículo por versículo en el largo trascurso de veintitres años. De esta manera se constituyó en oráculo del cielo, á quien hacia hablar *con arreglo á las circunstancias*. Quince años empleó en asentar los cimientos de su sistema religioso. Llegado el momento de darlo á luz quiso ocultar la mano que lo habia dispuesto, y al efecto supuso que no sabia leer ni escribir, espresándose con el tono inspirado de un profeta que ha recibido del cielo la mision de convertir á los hombres. Por último, tomó por maestro al Arcángel Gabriel.

La grandeza de la impostura, necesitaba medios no menos grandes de propagacion.

Nada conceptuamos mas á propósito para dar á conocer á este hombre estraordinario, que solo á su génio debió su elevacion, como el reproducir los

principales rasgos de su vida y carácter.

«Mahoma dice Savary, (*Abregé de la vie de Mahomet*) fué uno de esos hombres estraordinarios que nacidos con un talento superior aparecen de tarde en tarde sobre la escena del mundo para cambiar su faz y arrastrar á los hombres en pos de sí. Cuando se considera su punto de partida y la inmensa altura á donde llegó, el ánimo se sobrecoje de admiracion, viendo lo que alcanza el génio favorecido por las circunstancias. Nacido idólatra llega hasta el conocimiento de un *Dios único*, y rompiendo los ídolos del paganismo pretende dar un solo culto á todos los hombres. La adversidad que le acompañó durante los primeros años de su vida fortaleció su alma y la hizo adquirir aquel temple superior de que tantas pruebas dió en el curso de su existencia. Durante sus largos y frecuentes viajes vió á los griegos y cristianos divididos en sectas que se anatematizaban las unas á las otras; á los hebreos raza aborrecida por todas las naciones, defender con tenaz porfía la ley de Moisés, y á las diversas tribus árabes sumidas en las tinieblas de la idolatria. Impresionado por este espectáculo que acusaba el desconcierto de los pueblos, se encerró durante quince años en la soledad y el silencio para meditar un sistema religioso que reuniese bajo un mismo culto y creencia á los cristianos, á los judios y á los idólatras. El pensamiento era inmenso, mas no de imposible ejecucion. Creyó poderlo realizar estableciendo un dogma sencillo, de fácil comprension para todos los pueblos de la tierra; y ninguno le pa-

reció mas conveniente que el de un Dios único que premia la virtud y castiga inexorablemente el crímen: mas como necesitaba para hacer aceptar su doctrina darle el carácter de divina, impuso la obligacion de creer ciegamente que habia sido elegido por Dios para predicarla. Sentada esta base, tomó de la moral del cristianismo y de la del judaismo lo que estimó mas conveniente para los pueblos moradores de los paises cálidos. Recordó á los árabes con preferente atencion la inolvidable memoria de Abraham é Ismael y trató de persuadirles de que el Islamismo fué la religion de aquellos dos patriarcas. Versado en el estudio de su lengua la mas rica en voces, la mas armoniosa de la tierra, la que por la composicion de sus verbos puede seguir todos los vuelos de la imajinacion, que por la armonía de sus sonidos reproduce el grito de los animales, el gorgeo de los pájaros, el murmurio del agua corriente, el sumbido del viento y el estallido del rayo: versado, repito, en el estudio de una lengua que tantos poetas han enriquecido y que existe desde los tiempos desconocidos, se esforzó en dar á su moral todo el encanto de una fácil y elegante diccion; á sus preceptos la majestad que le convenia y á las fábulas acreditadas en su tiempo toda la originalidad necesaria para hacerlas interesantes. Cuando conceptuó llegado el momento oportuno para anunciar su mision, rodeose de misterio y se limitó á convertir á las personas de su familia que moraban bajo el techo de su propia casa. Muy luego atrajo á sus miras, ya fuera por medio de su

destreza, ya por efecto de la superioridad de su génio, algunos de los principales ciudadanos de la Mecca. Con ellos tronó sin descanso contra los errores de la idolatría. Las persecuciones, los destierros y la saña de sus enemigos, léjos de desanimarle aumentaron sus brios y resolucion. Habiéndose granjeado el aprecio del rey de Abisinia y asegurándose un refugio en Medina, no temió anunciar sus proyectos y espuso su grande ambicion á la luz del dia. Los Cristianos le arrancaron la máscara, hicieron patente sus errores y clamaron contra el impostor; los Judios negándose á reconocer en un simple ciudadano de la Mecca cuya vida y antecedentes eran conocidos de todos, el Mesias rodeado de gloria que esperan, se declararan enemigos suyos, y los Coraiscitas viendo en peligro el culto al que debian su importancia y engrandecimiento pusieron á precio su cabeza.

Tal concurso de clamores y protestas, de ódios y de tremendas amenazas no le intimidaron; su constancia y energía desafiaban las contrariedades, y su génio se sobreponía á todos los obstáculos. Armó á Medina contra la Mecca, y sometió por la fuerza á los que no pudo avasallar con la persuacion. Convencido de la imposibilidad de atraer á sus miras á los cristianos y á los Hebreos, derogó todas las leyes que hiciera en su favor, y reconcentró su atencion en los Arabes. Uno de los puntos importantes en que se fijó, fué el de unir con lazo indisoluble las tribus que vivian en perpétua discordia entre sí. Al efecto creó la órden de la

Fraternidad, por cuyo medio reunió en una sola familia todos los ciudadanos y los dirigió hácia un solo fin, el de trabajar unidos como un solo hombre para engrandecer al gefe que los dirigia. Llegado el momento de combatir con las armas á sus enemigos, lo hizo no solo con intrepidez, sino con el génio de un gran capitan. La victoria ó el martirio, tal fué la alternativa que propuso á sus soldados. Obligado á combatir contra toda la Arabia solo con los ciudadanos de Medina, llegó sin embargo á sojuzgarla con su talento militar y el valor que supo inspirar á sus soldados. Una vez que hubo sometido las tribus y vencido á los judios, envió embajadores á los reyes estranjeros, no tanto movido por el deseo de atraerlos al Islamismo, como por el de encontrar un pretesto para atacarlos cuando lo estimase oportuno. Despues de ocho años de combates y de triunfos, apoderóse de la Mecca, y se instaló en ella como soberano. Reunió los miembros dispersos de su naciente monarquía y la dió toda la consistencia necesaria. Hábil politico y profundo conocedor del corazon humano supo elegir sus generales y gobernadores y convertirlos en grandes hombres. *Abu-Bekr*, *Omar*, *Otman* y *Ali*, parientes ó amigos suyos los mas distinguidos, le sucedieron en el imperio y ensancharón inmensamente sus fronteras. Su ambiciosa mirada penetraba complacida por la Siria. *Kaleb*, cruzando las abrasadas arenas de la Arabia, vengó la muerte que la cobardía de los Griegos habia dado á un embajador musulman, y obtuvo sobre ellos una de las mas seña-

ladas victorias que registran los anales de la guerra. Mahoma proyectaba desmembrar el imperio de Heraclio, empero tan prudente en combinar sus planes como rápido en ponerlos por obra, comenzó por atraerse los pequeños príncipes que reinaban en la Arabia Petrea: y esto conseguido, el mismo general que ocho años antes solo habia podido reunir 313 soldados bajo su bandera, en esta ocasion se puso en marcha al frente de 30,000 guerreros. Cruzó con la rapidez del rayo los desiertos y las abrasadas arenas, y estableció su campo en *Tabuc*. En veinte dias sometió todos los pueblos fronterizos de la Siria. Cubierto de gloria y cargado de botin regresó á Medina, donde le esperaba la noticia de habérsele sometido los reyes de *Hemiar*, que gobernaban las provincias del Yemen. Los príncipes idólatras llegaron uno en pos del otro á rendirle vasallaje y á confesar la religion del conquistador de la Mecca. Toda la península Arábiga se convirtió á su ley. Preparábase á penetrar en el imperio griego y á derribar el trono de los Césares al frente de 40,000 guerreros, cuando la muerte le detuvo en su carrera y cortó el vuelo de su inmensa ambicion.»

«Mahoma no menos profundo político que hábil capitan, estableció su poder sobre bases tan sólidas, que despues de su muerte la Arabia permaneció fiel al Islamismo, y sus sucesores pudieron continuar desembarazadamente por la senda que les dejó trazada. Muy luego estos, conocidos con el nombre de *Sarracenos* derribaron el trono de Per-

sia, desmembraron el imperio de Oriente, conquistaron el Egipto, la Siria, el África y la España, y marchando de combate en combate y de victoria en victoria llegaron á punto de someter el mundo entero. Las grandes monarquías que formaron sus sucesores, se derrumbaron porque los hombres de génio no se suceden como los reyes; pero las leyes que Mahoma estableció han sobrevivido á la ruina de los imperios. En tanto que muchos historiadores arrebatados por un celo mas digno de elogio que ilustrado, nos pintan á Mahoma como un farsante é impostor, una parte de la tierra sigue los preceptos de su Religion y respeta su memoria. Muchos sábios de Oriente que le niegan el título de Profeta, lo reconocen como uno de los mas grandes hombres que han existido. Tal es el relato fiel que la historia nos permite hacer de Mahoma. Todos los rasgos que presenta se fundan sobre hechos ciertos, y yo los he reunido con imparcialidad.»

Mahoma, segun el retrato hecho por su yerno Alí, que nos ha sido trasmitido por Abul-Feda, era de mediana estatura, tenia la cabeza abultada, barba espesa, color moreno sonrosado, ojos negros y mirada penetrante, frente prominente y nariz aguileña, el cabello lacio, y el cuello torneado y blanco como el marfil. Dotóle la naturaleza de una inteligencia privilegiada, y de una prodigiosa memoria. Hablaba poco, y cuando lo hacia su conversacion era amena. Enemigo del fausto y de la pompa, sentábase frecuentemente sobre el suelo, y preparaba con sus mismas manos sus alimentos. Dueño de

inmensos tesoros, solo guardaba para las atenciones de su casa lo estrictamente necesario. Háse dicho de él que sobrepujó á los demás hombres en cuatro cosas: en valor, generosidad, fuerza muscular y amor hácia las mugeres. Decia con frecuencia que Dios habia hecho dos cosas para la felicidad de los humanos: las mujeres y los perfumes.

Mahoma murió el dia 6 de Junio de 632, á los 62 años; cuatro despues del envenenamiento que contra él intentó la hebrea *Tainab*, hermana de *Marhab*, gobernador del castillo de *Elcamus*, ciudadela del *Kaibar*, que arrebató por fuerza de armas á los judíos de la Arabia. Sintiendo su muerte prócsima, dirigió un discurso á sus valientes compañeros de armas, y lo terminó con la siguiente imprecacion contra los judíos cuya perfidia habia acortado los dias de su existencia: «¡Que los judíos eran malditos de Dios, porque trasformaron en templos los sepulcros de sus profetas.»

EL CORAN.

Conocido el *hombre* por el detallado retrato que de él nos ha dejado el sábio orientalista Savary, cúmplenos dar á conocer su *obra*, mucho mas interesante para nosotros que la personalidad del autor.

No obstante, no vamos á ocuparnos de ella ba-

jo el punto de vista del dogma, ni á discutir cada uno de los principios fundamentales en ella contenidos, ni á esplanar en un sentido general sus preceptos, ni á considerarla siquiera como un progreso sobre el sabeismo, la adoracion del fuego y la idolatria de las tribus de la Arabia de los tiempos que precedieron á Mahoma; puesto que, en los doce siglos que van trascurridos desde la predicacion del que se tituló á sí mismo el *Apóstol de Dios*, los pueblos que aceptaron y profesaron su doctrina permanecen completamente estacionarios y como petrificados dentro de los preceptos religiosos, civiles, sociales y hasta domésticos que les impuso como inmutables la audacia de un hombre estraordinario que se hizo sectario para llegar á ser emperador.

Hace ya muchos años, muchos siglos que el Coran está juzgado y condenado por la razon ilustrada, por la crítica imparcial. A la raiz misma de su predicacion lo mismo que en los tiempos en que amenazaba invadir y sojuzgar el mundo todo, el Cristianismo le arrancó la máscara y puso al desnudo sus groseras imposturas. Reinecio ha dicho de él, que es una mala rapsodia, un verdadero centon compuesto de trozos recojidos sin plan ni concierto por todas partes, una coleccion de fábulas insulsas repetidas hasta la saciedad. Bochart lo califica de libro incapaz de seducir á nadie, porque no existe ninguno mas falto de buen sentido, y el orientalista sajon Hinckelmann, en el prefacio que puso á su edicion del Coran, dijo: que llegará un dia en que los Mahometanos se avergüencen de él.

En tal virtud hubiéramos pasado por alto *el libro*, si la circunstancia especialísima de haber vivido durante muchos siglos en Andalucía, y de haber sido el código de leyes religiosas, políticas, civiles y sociales con que se gobernaron las innumerables generaciones y los pueblos conquistadores de raza árabe y africana que pasaron por este suelo, no nos obligara á detenernos un momento en él, para dar á conocer, sus condiciones mas importantes, mas caracteristicas, y que hicieron posible lo que todavía, despues de los siglos trascurridos, no acertamos á comprender. Esto es, la rapidísima conquista de España y la prolongada dominacion musulmana en Andalucía, católica, con esclusion de todo otro culto, desde Recaredo hasta la muerte de Rodrigo.

La suscinta exposicion que vamos á hacer, acaso sirva para esplicar aquel hecho, aquel fenómeno que interrumpe el órden normal de los sucesos de nuestra historia pátria. Mas ántes cúmplenos presentar algunas consideraciones que hagan mas fácil la comprension de lo que dejamos indicado.

Los Árabes no fueron mas estrangeros en Andalucía que lo fueron los Fenicios, los Griegos, los Cartagineses, los Romanos, los Vándalos y los Visigodos; ni sus títulos y derechos á la dominacion fueron mas ilegítimos que los de sus predecesores. Orígen, raza, religion, leyes y costumbres, todas las bases constitutivas de la sociedad, fueron distintas si no diametralmente opuestas entre el pueblo conquistado y los pueblos conquistadores. La

religion de los Fenicios, de los Griegos, y de los Cartágineses debió chocar violentamente con la de los naturales, la de los Romanos con la que aquellos dejaron establecida en el pais, y la de los Godos arrianos con la católica hondamente arraigada en el corazon de los españoles; y tan es asi, que Leovigildo tardó seis años en someter la Iglesia católica de Andalucía á la Iglesia arriana de Toledo.

Ahora bien, prescindiendo de estas circunstancias estraordinarias y fatales, que hicieron fácil para los Árabes lo que fué tan difícil para los Romanos y los Godos; prescindiendo de que el pais acostumbrado desde los albores de sus tiempos históricos á la dominacion de razas estrangeras careciese del verdadero espíritu de nacionalidad é independencia tan necesario para resistir animosamente á toda invasion; prescindiendo de que si estrangeros y conquistadores fueron los Godos durante los tres siglos de su dominacion; prescindiendo, en suma, de todas estas causas, que mas adelante esplanaremos en la forma como las comprendemos, vamos á fijarnos en el principio religioso como elemento de conquista; puesto que este ha sido el punto sino el único, al menos el principal bajo el cual la han considerado todos nuestros cronistas é historiadores, que, con laudable celo nos presentan la musulmana como la mas odiosa, mas funesta, mas irritante y mas inesplicable de todas cuantas tuvieron lugar en España.

Los Árabes á su llegada á nuestras costas no eran idólatras ni paganos bajo ninguna forma. Ado-

raban al Dios único y verdadero, al Dios de Abrahan, de Isac y de Jacob; al Dios á quien llamó Jesús: Mi Padre que está en el cielo; al Dios que adoran los cristianos en la iglesia y los judios en la sinagoga; al Dios, en fin, á quien rendian culto todos los españoles.

En tal virtud, ¿cómo debió ofrecerse á los ojos y á los oidos atónitos de nuestros naturales esa religion de Mahoma la primera vez que apareció en tierra de España, traida en la moharra de las lanzas y en la punta de las espadas de los Sarracenos?

Como una secta fundada en los libros canónicos de la Sagrada Escritura, salvo la adopcion por Mahoma de muchos que los judíos declaran apócrifos y que no han aceptado jamás; y como una secta que tiene algunos puntos de contacto con el cristianismo, puesto que reconoce la verdad del Evangelio, cuyo texto, dice, no haber sido alterado por los cristianos, como afirma haberlo sido el Pentateuco por los judíos.

Mahoma habia frecuentado el trato de los cristianos, de los judíos y de los persas; hacíase leer sus libros sagrados, teníalos en grande veneracion y los estudiaba y meditaba con ahinco en el retiro en que se encerraba todos los años en la cueva del monte *Hera*. Cada uno de estos libros y cada uno de aquellos hombres contribuyeron á la enseñanza religiosa del Profeta. Despues de suficientemente instruido en lo que anhelaba saber, combinó su sistema de religion y compuso el Coran, que Reinecio tuvo razon en llamar *rapsodia, centón* compues-

to de trozos recojidos sin plan ni concierto por todas partes.

Unos autores orientales afirman, que Mahoma tuvo por maestro á un cristiano llamado *Cain*; otros que lo fueron dos jóvenes esclavos cristianos, de oficio libreros, y otros que dos armeros de la Mecca llamados *Haber* y *Jafer*. Fuera el que fuera entre estos su maestro, el hecho cierto y evidente, es, que Mahoma se inspiró en los libros que la Iglesia declara canónicos, que los alteró y falseó para adaptarlos al sistema religioso que se proponia establecer, mereciendo por ello el nombre de sectario, y que con justicia se le llama *impostor*, puesto que supuso que la doctrina que enseñaba le habia sido revelada por arcángel Gabriel, cuando en realidad la recibió de uno ó mas hombres, llamáranse *Cain*, *Haber* ó *Jafer*.

Esto sentado, preguntamos: ¿Debieron ser los españoles mas intransigentes en materia de religion con los Árabes musulmanes que lo fueron con los Godos arrianos? Secta por secta, las dos son peores dentro de los dogmas fundamentales de la religion católica. Arrio, negandose á confesar el Símbolo de Nicea y la consustancialidad de naturaleza del Padre con el Hijo, es decir, el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo, no fué menos herético que Mahoma diciendo: «Los que sostienen la Trinidad de Dios son blasfemos. No hay mas que un solo Dios.» Los infieles dicen: «Dios ha tenido un hijo. Blasfemia. Dios se basta á sí mismo.»

Podriasenos argüir, que á lallegada de los musulmanes (711), España tenia establecida la unidad de culto desde los tiempos de Recaredo, hijo de Leovigildo (586), y que á la sazon era enteramente católica desde el mar Cántabro hasta el estrecho de Gibraltar, y desde las costas del Occéano hasta las del Mediterráneo. A lo cual contestaremos, que en el tiempo relativamente corto trascurrido entre las dos fechas espresadas, no es posible que se hubiese desterrado del todo la heregía arriana; que la fasion entre las dos razas decretada por Recesvinto (652), era harto reciente para que hubiese desaparecido todo antagonismo religioso entre el pueblo conquistador y el conquistado; de lo cual es prueba concluyente la sangrienta discordia que estragó á España, promovida por las rivalidades de la familia de Rodrigo, representante de los intereses católico-españoles, y la de Witiza, de los intereses arriano-góticos; y diremos, además, que es muy probable que estos últimos conservasen como uno de sus blasones y uno de los caractéres distintivos de su raza, reminiscencias de la heregía con que el obispo Ufilas les dió á conocer el cristianismo; herejía que conservaron desde que el emperador Valente les dejó cruzar el Danubio, hasta que Recaredo la proscribió en España en el tercer concilio Toledano.

Despues de haber indicado, si bien de una manera suscinta, que la diferencia de religion no podia hacer á los ojos de los españoles de peor condicion á la raza Árabe que lo fueron las que prece-

dieron en la conquista y dominacion de la Península Ibérica, réstanos poner de relieve ciertos puntos fundamentales del dogma del Islam, para robustecer la opinion que venimos sustentando.

Diremos, pues, que los pueblos de España, que despues de haberse hecho católicos sufrieron á los Vándalos y Alanos idólatras; á los Visigodos arrianos, y á los restos del politeismo romano, no podian sublevarse arrebatados por una santa indignacion, por solo motivos religiosos, contra los nuevos conquistadores, cuya religion contenia como preceptos dogmáticos ó especulativos y como prácticas religiosas, los siguientes: Creer en un solo Dios; no jurar su Santo Nombre en vano; creer en el juicio final, y en la resurreccion de la carne; pagar el diezmo; ayunar todos los meses del Ramadan; no prestar con usura; no calumniar ni ser maldiciente; sufrir con paciencia los males que nos aflijen; no desconfiar de la misericordia de Dios; renunciar á la vanidad, y á Satanás; enseñar al que no sabe; amparar al huérfano, y alabar incesantemente á Dios.

Como complemento de esta moral, calcada sobre el Evangelio de Jesucristo, el Coran hace la siguiente profesion de fé:

«Creemos en Dios, en lo que nos ha enviado, y »en lo que ha revelado á Abrahan, Ismael, Isaac, »Jacob y á las doce tribus: creemos en los libros »santos que Moisés, Jesús y los Profetas han recibido del cielo; no hacemos ninguna diferencia en»tre ellos; somos musulmanes.»

«Los judíos niegan la verdad cuando sostienen »que Dios nada ha revelado á los hombres. Pre»guntadles: ¿Quién ha dado á Moisés el libro de la »Ley, dónde brilla la luz verdadera? Responded: »Dios.

«El Àngel del Señor se anunció á Maria: Dios »te salve María; Él te ha purificado y te ha elegido »entre todas las mugeres.»

«Soy el enviado de Dios; vengo á anunciarte un »hijo bendito.»

«De dónde me vendrá ese hijo, replicó María; »ningun hombre se ha acercado á mi; estoy pura.»

«Así es, y así será, respondió el Angel. El Altí»simo te lo asegura. Milagro fácil es este para Él. »Tu hijo será un prodigio, y hará la felicidad del »universo. Así lo manda Dios.»

«Tú darás vista á los ciegos—dice hablando de »Jesús—y curarás á los leprosos. Harás levantarse »á los muertos dc su sepulcro.»

«En medio de los milagros que hicistes ante sus »ojos, los judíos obstinados en su incredulidad, esclamaron: prestigios, embaucamientos.»

«Jesús será la señal cierta de que se acerca el dia del Juicio. Guardaos de negar su venida.» Esto es, que Jesucristo aparecera en aquel dia como juez universal, á cuya presencia comparecerán los vivos y los muertos.

Por último, el Coran establece la siguiente diferencia entre Jesucristo y Mahoma: Jesús, dice, nació de una madre virgen, sus ascendientes fueron todos virtuosos y santos; en tanto que los de Ma-

homa y el mismo Mahoma fueron todos idólatras. Jesús vivió virgen; Mahoma vivió en la impureza, en la poligamia desenfrenada, en el libertinaje y en el adulterio. Jesús fué un prodigio, la admiracion del universo, hizo muchos milagros, y sus Apóstoles los hicieron en su nombre. El mismo Mahoma en el Coran, no se atribuye ninguno; como no sea el haberse elevado, con solo la audacia de su génio, desde el mostrador de *Cadiga*, al rango de profeta y de soberano de un dilatadísimo imperio.

De lo que dejamos brevemente espuesto, ¿podrá deducirse, sin temeridad, que si bien el principio religioso mahometano no fué ni debió ser un elemento que facilitase á los Árabes la conquista de España, tampoco fué un poderoso estímulo para que los españoles organizasen por su parte una desesperada resistencia?

Y, ¿seria aventurado decir que el Dios de Mahoma se acomodaba mejor al sentimiento religioso de nuestro pueblo de lo que se habian acomodado el sombrío y cruel *Melkazth* de la mitologia fenicio-cartaginesa; el *Júpiter*, padre de los dioses de los Romanos, y el *Odin*, dios supremo de los Bárbaros procedentes de las orillas del Báltico y de los bosques de la Germania, cuya cólera se aplacaba con sacrificios humanos: y que María Virgen madre de Jesús, fecundada con la palabra del Altísimo debió ser mas grata á los hispanos que lo fueron la *Venus Afrodita* de la mitologia griega, y *Freya*, diosa del amor y la reproduccion, de la mitologia escandinava?

Hechas estas suposiciones que pueden esplicar

la actitud, ó servir de disculpa al pueblo que se allanó á sufrir sin resistencia el yugo y la religion de una raza estrangera, y que con incalificable flaqueza dejó caer de sus manos el Evangelio á la vista del Coran, y permitió que sus iglésias se convirtiesen en mezquitas, vamos á exponer una nueva conjetura respecto á la influencia que la religion pudo tener en el suceso de la rápida conquista de España por los Árabes.

Es opinion universalmente admitida que la invasion musulmana fué obra, en parte, de la traicion de los hijos de Witiza. Dejando para otro lugar el esplanar, bajo el punto de vista político, esta conjetura, fundada en indicios casi vehementes, vamos á ocuparnos de ella bajo el religioso.

La monarquía goda fué arriana hasta los tiempos de Recaredo. La voluntad de este rey la hizó católica. ¿Supone esto, que los godos, acérrimos arrianos desde su establecimiento en las orillas del Danubio, dejasen de serlo porque al rey pluguiera hacer del catolicismo la religion del Estado? Respondan por nosotros las conspiraciones que se fraguaron contra el decreto del tercer concilio de Toledo, á la raiz del memorable acontecimiento, y que no cesaron de inquietar al reino hasta que sonó la hora de su destruccion, y responda tambien el encumbramiento de Rodrigo elevado al trono en brazos del partido católico, derrocando de él á Witiza, representante de los intereses del partido godo puro.

Los primeros cristianos que existieron en la

Arabia, fueron arrianos; verdad es que mas adelante muchos abjuraron la herejía. Es punto histórico probado que Mahoma, antes de hacerse profeta, frecuentó con marcada predileccion el trato de los cristianos y que de ellos adquirió el conocimiento de las Sagradas Escrituras. ¿Fueron arrianos ó católicos los maestros del titulado Apóstol de Dios? Si nos atenemos al espíritu y letra de su libro, fuerza nos será convenir que lo primero, puesto que niegan el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo. No hay que decirnos que pudieron ser judíos, visto que reconoce la mision divina de Jesús.

Ahora bien; los Godos parciales del destronado Witiza, víctimas de las persecuciones del partido católico vencedor, y ardiendo, por lo tanto, en deseos de vengar las ofensas recibidas y de recuperar el poder que les fuera arrebatado, ¿no pudieron muy bien formar alianza con los Árabes conquistadores del Magreb, no solo en el concepto de auxiliares de su causa, sino en el de fieles pertenecientes á una misma ó parecida comunion de fé? La Crónica de Sebastian, Obispo de Salamanca, refiriéndose á la batalla donde murió Rodrigo, dice: «Agobiados los Godos con el peso de sus pecados *ó de los de sus sacerdotes*, hubo su ejército de volver las espaldas y fué pasado á cuchillo..... Siendo cierto que las cosas caen hácia el lado que se inclinan: ¿no es verosímil que el arrianismo cayese en brazos del mahometismo dado su mayor analojía con esta secta que con el catolicismo?

Admitida esta hipótesis, compréndese desde luego y sin trabajo, como algunos miles de guerreros pudieron realizar con tanta rapidez y facilidad la conquista de España, á pesar de su religion, que durante tantos siglos viene siendo considerada por cronistas é historiadores, como el máyor obstáculo en que debieron tropezar.

En efecto, si convenimos en que la secta mahometana no debió ser mas repulsiva para los católicos españoles que lo fuera la arriana, y en que, viéndose obligados por virtud de un destino fatal á sufrir una dominacion estranjera, debiales ser indiferente, cuando menos, cualquiera de las dos, la que se iba ó la que venia; si convenimos en que Godos y Sarracenos profesaban, si no la misma, parecida religion en cuanto algunos de sus dogmas fundamentales, fuerza nos será confesar, que si el elemento religioso no fué medio de conquista para los Árabes, tampoco fué obstáculo para que la realizaran con la asombrosa rapidez que todavia nos admira, á pesar de los siglos que van trascurridos, como si el suceso hubiese tenido lugar ayer.

Y, si no lo fué el religioso, ¿lo fueron acaso, las leyes acerca de la propiedad territorial establecidas por los conquistadores musulmanes desde el comienzo de su dominacion? Parécenos que no; y que bastará una somera indicacion para manifestarlo.

La division de las tierras entre godos y españoles, hecha en los tiempos de la conquista, establecia una irritante desigualdad de condiciones y derechos entre el pueblo conquistador y el conquista-

do, puesto que daban dos terceras partes al godo y una al hispano; y aun sobre esta tercera parte pagaba un tributo fiscal que le garantizaba su posesion, como del dominio ó del derecho de conquista á su vencedor. «De suerte que el interés del fisco venia á convertirse en la única salvaguardia, en la sola garantía de aquella mezquina propiedad.» (Pacheco, *discurso preliminar al Fuero Juzgo.)*

Veamos ahora como se condujeron los musulmanes en igualdad de circunstancias. En una crónica árabe escrita en el siglo XI por Mohamet-ibn-Mozain, de la cual nos dió conocimiento en 1851. D. Serafin Calderon, se contiene un pasaje interesante referente á la época de la conquista; y en él se dice, que despues de la derrota de Rodrigo, toda España, con escepcion de un corto número de localidades, bien conocidas, fué anexionada al imperio musulman por capitulacion, todas las ciudades pasaron por las mismas condiciones, y los cristianos que permanecieron en ellas fueron mantenidos en la posesion de sus tierras y propiedades, y conservaron el derecho de venderlas; y que en cuanto á los que se habian retirado hácia los castillos y montañas del Norte, Muza les dejó sus bienes y el libre ejercicio de su culto, bajo la condicion de que pagasen el impuesto territorial.

Algunos historiadores afirman que aquel impuesto era el 5 por 0[0 sobre los bienes muebles, y la décima parte de los frutos de los bienes raices; es decir, que establecia la igualdad entre el pueblo vencido y el pueblo vencedor, pues no hacia dife-

rencia entre los hispano-godos y las tribus árabes, egípeias y africanas que se establecieron en el suelo de la Península.

Como habremos de volver mas adelante sobre este mismo asunto al referir multitud de hechos, que lo comprueban plenamente, dejamos para entonces su mas ámplia demostracion.

II.

WITIZA; SUS HIJOS; EL CONDE JULIAN GOBERNADOR DE CEUTA.

Durante muchos siglos y en el nuestro todavia, se ha tenido y se tiene en execracion la memoria de Witiza, penúltino rey de los Godos, á quien casi todas las crónicas de la Edad media y las historias generales ó particulares de España, se estreman en pintar con las mas negros colores, atribuyendo á sus crímenes, á su inaudita relajacion y desenfreno la ruina del imperio de los Godos y la conquista de España por una raza la mas estrangera de cuantas la sojuzgaron en el trascurso de los siglos.

La circustancia de haber sido el suelo de Andalucía el escenario donde se representó aquel gran drama, desde su prólogo, que lo fué la revolucion que destronó á Witiza y puso en el sólio godo á Rodrigo, nos obliga á ocuparnos con alguna esten-

sion de lo que la historia refiere acerca de aquel, no sabemos si llamar desgraciado ó calumniado monarca, á fin de salvar á Andalucia de la responsabilidad que pudiera atribuírsele en aquella inmensa catástrofe; dado que aparece haber nacido en ella la revolucion que dió por resultado la conquista de la Península por los Árabes y los Africanos.

El ilustrado D. Modesto Lafuente, en su Historia general de España, T. 11, P. 1. L. IV, P. 453, dice: «Al llegar al importante reinado de Witiza, «sentimos la falta de documentos auténticos con«temporáneos... y solo nos quedan algunas suscin«tas crónicas escritas despues de la invasion sarra«cena y bajo la impresion de aquel triste suceso «etc.»

Esto mismo, poco mas ó menos, dicen todos nuestros historiadores de la Edad media, y en tal virtud ván á buscar en las crónicas posteriores al siglo IX noticias para emitir su juicio apasionado acerca del *funesto reinado del que abrió con sus desórdenes las puertas de España á la invasion musulmana.*

Creemos que Lafuente y los historiadores aludidos que le precedieron, han padecido un error; puesto que poseemos un documento auténtico, cuyo autor fué contemporáneo de los sucesos, y que aparece muy digno de fé, á pesar de la oscuridad que en él introdujeron los copistas, corrompiendo su texto, ya de por sí algo oscuro, debido á la época de decadencia literaria en que se escribió. Este documento es la Crónica latina de Isidoro de Beja,

escrita en 754, es decir, 43 años despues de la batalla de Guadi-Becca. De ella dice el erudito y notable orientalista de nuestros dias, Dozi: «que es un trabajo importantísimo, y mucho mas completo para adquirir una idea de los sucesos de aquellos tiempos *que las crónicas musulmanas*, porque los árabes, cuando comenzaron á escribir su historia, tenian casi olvidados los acontecimientos de aquella época.» Pues bien, Isidoro de Beja, escribe que Witiza fué un rey muy clemente, que dió pruebas manifiestas de su amor á la justicia y de su respeto á la religion convocando varios concilios y devolviendo sus bienes y sus empleos á aquellos que habian sido desposeidos y destituidos durante el reinado de su padre, que puso en libertad á los que gemian en prision por delitos políticos y abrió las puertas de la pátria á los desterrados; que España se conceptuaba feliz con tener tan escelente príncipe; en suma, hé aqui las mismas palabras con que Isidro hace su elogio: *Y una alegria inmensa difundióse inmediatamente por toda España.* La única tacha que le pone, es el haberse mostrado demasiado duro con los eclesiásticos que descuidaban el cumplimiento de sus deberes. Un historiador árabe, que ha consultado, dice Dozi, *antiguas crónicas latinas, hoy perdidas*, pinta á Witiza con el mismo colorido, diciendo de él, que fué el príncipe mas piadoso y mas justo de toda la cristiandad; ya hemos indicado al final del tomo precedente, los términos con que calificó á este rey el célebre Mayans, en su vindicacion y defensa de Witiza; y la censura que han

merecido del sábio crítico, el jesuita Masdeu, la mayor parte de los escesos que se le atribuyen: por último, D. Joaquin Francisco Pacheco, en el discurso que precede al Fuero Juzgo, dice: «Witiza »fué enemigo del clero, con el cual luchó en un »combate de muerte. El clero, dueño de la historia »le ha dibujado con los mas negros colores, atribu»yéndole todos los vicios. Mas teniendo estos datos »en cuenta todavía ignoramos si fué un libertino »de poco valer, ó un hombre del temple de Leoví»jildo, de Chindasvinto y de Wamba.... si pugnó »por robustecer y levantar el Estado, y vino tarde »para tamaña obra. Por lo menos fué vencido en »ella, y á la desgracia de su vencimiento se añadió »la de haber dejado su memoria y fama á merced »de sus enemigos irreconciliables.»

¿Dónde, pues, han tomado origen las tremendas acusaciones que contra Witiza lanzan algunos historiadores? Vamos á indicarlo. La Crónina de Sebastian, Obispo de Salamanca, escrita en el reinado de Alfonso III (866-910) dice: «Fué este rey »Witiza, muy malo y de depravadas costumbres» »*como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento;* »coinquinóse con muchas mugeres y concubinas; »y para que no se fulminase contra él la censura »eclesiástica, disolvió los concilios, olvidó sus cá»nones y corrompió á todo el clero, mandando »á los obispos, presbíteros y diáconos que se casa»sen. Estas maldades fueron las que causaron la »ruina de España; porque así como los reyes y los »sacerdotes quebrantaron la ley del Señor, así

»tambien la espada de los sarracenos destruyó los »ejércitos de los godos.» Aquí, segun se vé, Sebastian de Salamanca nada dice de haber negado Witiza la obediencia al Papa, de haber autorizado á los judíos para volver á España, ni de haber mandado arrasar todas las fortalezas del reino.

Haremos notar que Sebastian de Salamanca no conoció la Crónica de Isidoro de Beja, ni ninguna otra que se refiriese á los tiempos y al rey que pinta con tan negros colores, pues encabeza la suya, diciendo: «que por negligencia de los antiguos, nada se sabe de las cosas que pasaron en España, desde los tiempos del rey Wamba, en los cuales terminó su crónica Isidoro, metropolitano de la iglesia de Sevilla, hasta los del glorioso Garcia, hijo del rey D. Alfonso, y que lo que él cuenta *lo sabe de la boca de los antiguos* y de sus inmediatos predecesores.»

Entre la crónica del de Beja y la del de Salamanca, media un periodo de cerca de ciento cincuenta años, durante el cual nadie se cuidó de escribir los estraordinarios acontecimientos que tuvieron lugar en España. Despues de la crónica de Sebastian, vienen los cronicones de Oviedo y el Iriense, el Monje de Silos, los Obispos Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo, cronistas de los siglos noveno, undécimo y décimo tercero, y las historias generáles de Ambrosio de Morales y del Padre Mariana, que se inspiraron en la del de Salamanca para presentarnos á Witiza como un mónstruo de iniquidad.

Nuestros lectores decidiran quien merece mas crédito entre un autor contemporáneo de los sucesos que relata, y los que los refieren algunos siglos mas tarde apoyándosé en la tradicion oral.

Los hijos de Witiza.

Tenemos por hecho cierto, puesto que aparece suficientemente demostrado en crónicas latinas y arábigas, la traicion de aquellos príncipes dementados que por ciega ambicion y espíritu de ruin egoismo, contribuyeron con lo crítico de las circunstancias que atravesaba el país, á la ruina del imperio Godo y á la perdicion de España. De acuerdo en el hecho, como dejamos dicho, todas las crónicas antiguas, no lo están sin embargo en sus pormenores, ni en la forma en que se llevó á cabo la traicion. En dos cosas, sin embargo están contestes; estas son, en que les impulsó el deseo de vengar las ofensas hechas por Rodrigo á su padre y familia, y el lanzar del trono al *usurpador* que lo detentaba en perjuicio de sus propios derechos. En esto último no creemos anden acertadas, porque no cabe la calificacion de *usurpador*, ni la reivindicacion de derechos al trono, en una monarquía electiva, que contó desde su fundacion cerca de la mitad de los treinta y cinco reyes que enumera la preciosa cró-

nica conocida con el nombre de *Vulsa,* derribados del sólio por el puñal, por el veneno ó por las conspiraciones de los grandes. Con tal manera de sucesion, no hay derechos dinásticos al trono, ni cabe el nombre de usurpacion allí donde el éxito ó la victoria lejitiman la soberanía. Mas fundado y razonable encontramos lo del deseo de vengar las ofensas inferidas á la familia y á todo el partido víctima de la revolucion que destronó á Witiza y coronó á Rodrigo; porque en él se debian comprender estímulos suficientemente poderosos para lanzar á aquellos desdichados príncipes en el camino de la general perdicion; dado que obedecieron á las violentas escitaciones de la política, acaso de la religion, y desde luego al afan de recobrar sus bienes y la importancia que en tiempos anteriores tuvieron en la corte y en el gobierno de la cosa pública.

Examinemos, para corroborar lo que dejamos indicado, las crónicas aludidas que refieren el suceso.

La primera en el órden cronolójico y de autencidad, es la de Isidoro de Beja (754): en esta leemos que Oppas, hermano de Witiza, hizo alianza con los musulmanes; que en los tiempos de la invasion España se encontraba entregada á los horrores de la guerra civil; que Rodrigo fué abandonado por algunos de los suyos durante la batalla, y por último, dedúcese de un pasaje algo oscuro contenido en ella, «que las personas que huyeron de palacio, despues del asesinato de Witiza (Dozy), fueron los hermanos y los hijos de aquelrey.»

La crónica de Sebastian de Salamanca, (866-910) que sigue en órden de antigüedad á la de Isidoro, refiere lo siguiente: «Muerto Witiza los godos eligieron por rey á Rodrigo... los hijos de Witiza envidiosos de que Rodrigo hubiese ascendido al trono de su padre, conspiraron y enviando mensajeros al África, llamaron en su ayuda á los Sarracenos á quienes introdujeron en España luego que hubieron llegado con sus naves.»

Ibn-al-Cutia; escritor del siglo X, y como todos los historiadores *árabe-españoles*, dotado de buen criterio y en tal virtud digno sinó de ser creido en absoluto, al menos de ser tenido en mucha consideracion, nombra en su crónica tres hijos de Witiza, Olemundo, Rómulo y Ardaberto, los cuales, dice; hicieron traicion á Rodrigo, y se pasaron al ejército de Tarik, con quien anduvieron en tratos, en la mañana del siguiente dia en que fué empeñada la batalla.

Por último; la inapreciable coleccion de antiguos documentos que tiene por título *Akhbar-madjmua* (Coleccion de historias), citada y elogiada por Dozy, contiene una interesante relacion del suceso de la invasion musulmana en España, en la cual encontramos los siguientes pasajes que se refieren á los hijos de Witiza y á su traicion:

«En el entretanto el rey de España Witiza falle»ció, dejando algunos hijos entre los cuales se con»taban Siseberto y Oppas; pero como los españoles »no los querian, conviniéronse en dar el trono á un »cristiano llamado Rodrigo, lo cual produjo gran-

»des discordias en el pais.... En el ejército de Ro-»drigo encontrábanse tambien los príncipes de la »familia de Witiza.... que se convinieron en aban-»donar al rey durante la batalla....: Rodrigo que »habia dado el mando del ala derecha de su ejérci-»to á Siseberto y el de la izquierda á Oppas, am-»bos hijos de Witiza y gefes de la conspiracion...... »El rey de España salió al encuentro de Tarik que »hasta entonces habia permanecido en Algeciras »*cerca del lago* (de la Janda?) Empeñóse la refriega »y las dos alas del ejército español, mandadas por »Siseberto y Oppas, huyeron.»

Queda, pues, demostrado, en cuanto lo testifican las crónicas árabes y latinas mas dignas de fé por su mayor proximidad á la época en que tuvo lugar el suceso, que los hijos de Witiza hicieron traicion á su pátria, y contribuyeron con ella á la total perdicion de España. Conocida la maldad y los móviles que les indujeron á cometerla, en lo cual están contestes todos los autores, réstanos indicar la manera ó forma con que la llevaron á cabo, en cuya relacion discrepan crónistas é historiadores respecto á los detalles.

Isidoro, refiere pura y simplemente el hecho de la traicion, sin dar pormenores. Sebastian dice que los hijos de Witiza llamaron en su ayuda á los Sarracenos y los introdujeron en España. Ibn-al-Cutia, que entraron en tratos con Tarik el dia antes de la batalla y que en la mañana del siguiente dia se pasaron al enemigo. El autor del *Ahhbar madjmua* nos presenta la traicion bajo otro punto de vista: dice

que los hijos de Witiza no trataron con Tarik ni antes ni despues de la batalla, y aun indica que se habian reconciliado con Rodrigo poco despues de la muerte de su padre; mas que viendo cómo los musulmanes estaban perfectamente pertrechados y abastecidos en los dias que precedieron al combate, y ardiendo en deseos de vengarse del *infame* que habia destronado á su padre, se convinieron con sus parciales en abandoner al rey en el momento en que estuviera empeñada la refriega, lo cual llevaron á cabo como se habia convenido.

Viniendo á los historiadores generales españoles de los tiempos de los primeros Felipes, nos encontramos: la *Historia general* del Padre Mariana, que dice, en el L. VI, C. XXI que los hijos de Witiza «se resolvieron por miedo de mayores daños de ausentarse de la córte y aun de España, y pasar en aquella parte de Berberia que estaba sujeta á los Godos, y se llamaba Mauritánia Tingitana»; y la *Crónica general* de Ambrosio de Morales, que dice, al L. XII, C. LXXIII, «algunos de nuestros autores afirman haber tenido consigo el rey en estas batallas los hijos de Witiza, y encomendándoles los dos cuernos del ejército, ellos se concertaron secretamente la *noche antes del dia postrero* con el conde Juliano y Tarif, que desampararian al rey sin consentir que sus escuadras peleasen».

Nosotros opinamos como el erudito y diligente Ambrosio de Morales, como Ibn-al-Cutia, y como el autor del *Ahhbar madjmua*.

Pero, se nos objetará, recordando alguna de las

conjeturas presentadas en uno de nuestros capítulos precedentes, si los hijos de Witiza no trataron con Muza de la venta de su pátria, y su traicion se quiere hacer aparecer como resultado de un arrebato ó funesta inspiracion del momento, nacida en el instante de la crisis suprema para vengarse del matador de su padre y perseguidor de su familia. ¿quiénes fueron aquellos godos que formaron alianza con los Árabes, no solo en el concepto de auxiliares de su causa sino en el de fieles pertenecientes á una misma ó parecida comunion de fé?

Respondemos: lo fué la parcialidad vencida por la revolucion que elevó al trono á Rodrigo; lo fué el conde Julian gobernador de Ceuta; lo fué la lucha á muerte entablada entre el Catolicismo y el Arrianismo; lo fué en suma, el espíritu díscolo, turbulento, y nada escrupuloso de los grandes, que formaban alianzas estrangeras y abrian las puertas de España á los griegos bizantinos, llamados por Atanagildo para destronar á Agila, ó á los franceses traidos por Sisenando para vencer á Suintila, ó á los Sarracenos que se cree fueron llamados por Ervigio, en tiempo de Wamba, cuyo valor y fortuna libró á España de aquella primera invasion musulmana: lo fué, en una palabra, la desapoderada ambicion de los magnates, mas cuidadosos de su medro personal que de los intereses de la nacion y del peligro en que ponian el honor y la independencia de un país que no era precisamente el suyo, sino de la raza hispano-romana á quien mantenian en una absurda inferioridad política y civil.

El Conde Julian Gobernador de Ceuta.

Algunos historiadores y no pocos críticos, entre ellos el erudito jesuita Masdeu, han negado la existencia del conde Julian, fundándose en que las crónicas españolas mas antíguas no hacen mencion de este funesto personaje, hasta el monje de Silos que escribió la suya en los comienzos del siglo XII, esto es, cuatro siglos despues de aquella época. En efecto, ni Isidoro de Beja, *al parecer*, ni Sebastian de Salamanca, en realidad, le nombran.

Sin embargo, hoy ya no es posible negar su existencia; no solo porque las crónicas árabes mas antíguas la mencionan, y porque la tradicion arábigo-española la confirma, sino por que una oportuna observacion crítica del sábio Dozy, en su profundo exámen de la Crónica de Isidoro de Beja, viene á disipar todas las dudas, demostrando que en ella se contiene precisamente todo lo contrario de lo que afirman los incrédulos que la toman como testimonio y fundamento de su negativa. Veámos, pues,

cómo se espresa este crítico, que para nosotros hace autoridad:

«En el párrafo donde Isidoro refiere que Muza de regreso á Oriente fué condenado á una crecida multa por el Califa, dice lo siguiente:»

Quod ille (Muza) consilio nobilissimi viri Urbani, Africana Regionis sub dogmate Catholicæ fidei, qui cum eo cunctas.....

«Por lo cual él (Muza) aconsejado por el noble »señor Urbano (¿Juliano?) jefe de las rejiones que »en África unian la creencia, para que con él todas.....

«Este párrafo que ha pasado desapercibido, ignoro como, para todos los historiadores y críticos que se hán ocupado de esta época, es notable en estremo. En ningun otro autor sea cristiano ó árabe se encuentra este nombre de *Urban*, de este *nobilissimus vir*, que acompañó constantemente á Muza durante el curso de sus conquistas por España, Así es que estoy convencido de que aquel nombre propio está corrompido, y que bajo el *Urbanus* se oculta el Julianus. Por poco que se esté familiarizado con la peleografía, y que se sepa en que mal estado se encuentra el texto de Isidoro, no se tendrá por imposible el cambio de *Urbanus* en *Julianus*, en tanto que seria verdaderamente estraño que Isidoro hiciese mencion de un aliado de Muza que ningun otro autor menciona.»

A mayor abundamiento, cita el referido orientalista, la *Historia de los Bereberes*, por *Ibn Khaldun*, traducida por M. de Llane, en la que se encuentra,

en la parte necrolójica de los Anales de *Dhahabi*, un pasaje muy curioso del cual resulta que Julian tuvo un hijo llamado Pedro, ó Malka-Pedro como le nombraban los Árabes, y que como su nieto se hizo musulman y tomó el nombre de Abdallah.

Por último; el autor del *Akhbar madjmua* cita á un valiente cristiano llamado Julian, gobernador, en tiempos de la conquista por Muza, de Ceuta, una de las principales ciudades de la costa de África.

Probada la existencia de Julian, que todas las crónicas antiguas árabes y latinas reconocen desde el momento que la de Isidoro de Beja da testimonio ella, réstanos solo averiguar, para saber hasta que punto merece el dictado de traidor con que lo califica la historia, si fué Godo y además gobernador de Ceuta, y si esta plaza pertenecía ó no, á la sazon, á los reyes de España.

Al llegar á este punto nos encontramos en una situacion embarazosa, por falta de datos claros precisos y sobra de conjeturas que no resuelven nada de una manera satisfactoria; si bien no pocos entre nuestros historiadores de mayor crédito, resuelven gallardamente la dificultad afirmando, no solo que Julian era Godo, sino que tambien deudo de los hijos de Witiza.

Mariana, dice que el conde don Julian era persona poderosa, y que en la comarca de Consuegra poseia un gran Estado, muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de cualquier otro del reino. Ambrosio de Morales indica que era cuñado

del Obispo Oppas, y en tal virtud próximo pariente de los Witizas; mas uno y otro historiador dicen que el conde Julian, *tenia en Algeciras* la guarda del Estrecho y el gobierno de la parte de España cercana á Gibraltar. Don Modesto Lafuente, Cárlos Romey y otros estrangeros historiadores de España, siguiendo la corriente de la opinion vulgarizada, hácenlo tambien Godo y de la familia de Witiza, sin manifestar ninguno de ellos los fundamentos en que descansa su opinion.

Contra ella se levantan otras voces no menos autorizadas, que le dan otro orígen y representacion. Por ejemplo; de las palabras de Isidoro de Beja: «*Africanæ Regionis sub dogmate Catholicæ fidei exorti*» podria deducirse que Julian habia nacido en África; la Historia de los Bereberes de *Ibn Khaldun*, no dice que fuera Godo, mas bien da á entender lo que se desprende de las palabras de Isidoro, y por último, el erudito autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España Árabe* (que se dice lo fué D. Faustino Borbon) niega que Julian fuese siquiera español, sino un Ilian, Julian, ó Chia, que hacia mas de treinta años se hallaba ya al servicio de Muza.

Y como si fuese poca la oscuridad que reina acerca del verdadero orígen de este personaje, preséntase además otra cuestion, la de saber de que soberano tenia el gobierno de la plaza de Ceuta: cuestion todavía muy oscura á pesar de haber preocupado bastante á la crítica histórica.

En efecto, en tanto que la tradicion árabe-espa-

ñola y la mayor parte de nuestros historiadores aseveran que Ceuta pertenecia al rey de España, la fuente donde bebieron aquella tradicion los historiadores, si no dice terminantemente lo contrario, tampoco dice cosa alguna que justifique aquella opinion.

Segun refiere Isidoro, metropolitano de Sevilla, (*Hist.* Goth.) por los años de 548, el rey Teudis cruzó el Estrecho con un poderoso ejército, y puso sitio á Céuta, de la que acababan de apoderarse los ejércitos de Justiniano, emperador de Oriente, que destruyó el reino de los Vándalos en África, por medio de la espada de Belisario. Los godos fueron completamente derrotados y pasados á cuchillo delante de los muros de la plaza, en términos de que segun cuenta Isidoro, no quedó uno solo que pudiese traer á España la nueva de tan terrible desastre. A mayor abundamiento un cronista árabe, *Ibn-Adharí*, dá cuenta del suceso de la siguiente manera: «Un rey godo de España, llamado Teudis, pasó el Estrecho para combatir á los Bereberes que habian entrado en Céuta; otros Bereberes se reunieron en gran número, le sorprendieron y atacaron con tanto empuje, que pocos godos consiguieron salvarse, Teudis regresó á España y los Bereberes se mantuvieron en Céuta hasta que por *segunda vez los griegos se apoderaron de la plaza.* Mas adelante, *Julian*, mandaba en la ciudad, etc.»

Desde aquel desastroso acontecimiento, hasta principios del siglo VIII, Céuta no se nombra en la historia, á pesar de que en el trascurso de los años

que mediaron entre 548 y 710 hubo, cuando menos, dos acontecimientos memorables en que debió haber figurado, si hubiese pertenecido á los reyes godos. Nos referimos al tratado de paz ajustado entre Sisebuto y el emperador de Oriente, Heraclio, para poner término á la guerra entre Godos y griegos-bizantinos; una de cuyas cláusulas fué, que los súbditos del emperador de Oriente evacuarian todas las ciudades de la *costa meridional de España*, y que se reducirian á algunas plazas de los Algarbes: y nos referimos al suceso de la aparicion sobre las costas de España de una flota musulmana, del cual da cuenta la crónica de Sebastian de Salamanca (c. 3.) en los siguientes términos: «En tiempo de este rey (Wamba) tambien abordaron á las costas de España doscientas y setenta naves de Sarracenos, que fueron enteramente derrotados todo su ejército é incendiada la flota.»

Como se vé, y en tanto no aparezcan nuevos documentos que vengan á esclarecer este punto histórico de interés para España, subsistirá la duda, no acerca de la existencia de Julian, puesto que está suficientemente comprobada, sinó en cuanto á saber de una manera cierta, si el gobierno de Céuta lo tenia por los reyes godos, ó por el emperador de Constantinopla, ó si, favorecido por las circunstancias habia llegado á formarse con la plaza y su territorio un Estado independiente, feudatario, hasta cierto punto, de los reyes godos: pues como dice muy oportunamente Dozy: «Rodeado de bárbaros y separado por dilatados paises de las otras

provincias del imperio bizantino, el gobernador de Céuta (Julian) se veia obligado por lo premioso de las circunstancias á apoyarse en el rey Visigodo como el único príncipe cristiano que se encontraba mas cerca de él.»

Esta conjetura se robustece con el siguiente párrafo, que tomamos de la relacion del *Akhbar-Madjmua:*

«Muza atacó los pueblos de la costa africana, que tenian gobernadores nombrados por el rey de España. El principal entre aquellos pueblos era Céuta, cuyo gobernador era un cristiano llamado Julian. Muza le atacó; mas encontrando que los súbditos de Julian eran mas robustos y mas valientes que los otros pueblos que hasta entonces habia combatido, regresó á Tánger y dió órden para que fuesen talados los alrededores de Céuta. Las rasias decretadas no produjeron el efecto que Muza se prometiera, pues los *barcos* que llegaban de España abastecian cumplidamente con refuerzos y víveres la plaza cercada.»

Este párrafo, dado el crédito que se concede al autor del *Akhbar-Madjmua*, disiparia todas las dudas, si el manuscrito de donde está tomado fuese contemporáneo del suceso, y no posterior de cuatro siglos; y si en él no se contuviese la *misma tradicion* narrada en nuestras crónicas desde la del monge de Silos. De todas maneras, lo consignamos gustosos porque con él se tiene un nuevo testimonio acerca de la existencia del conde Julian, y de la naturaleza del cargo que ejercia en Céuta en tiem-

po de la invasion de España por los musulmanes. Réstanos ya solo para terminar la suscinta biografía de este célebre y á la par funesto personaje, que siendo cristiano y gobernador de Céuta por el *emperador de Oriente* ó por el *rey de España*, acompañó constantemene á Tarik durante su espedicion por la Peninsula, justificando con esta conducta la nota de traidor que ha merecido de la historia, decir algunas palabras referentes á la causa *única*, segun la tradicion, que le indujo á facilitar la conquista de España á los sectarios del Coran.

No hay quien conociendo siquiera los elementos de nuestra historia, ignore el suceso de los amores de *D. Rodrigo con la Cava, ó Florinda, la hija del conde D. Julian*, amores funestos, que al decir de todos nuestros historiadores de la Edad Media y principios de la moderna, fueron la causa de que el ofendido padre, puesto de acuerdo con los parientes de Witiza y con sus amigos, abriera las puertas de España á los Árabes y á los moros de África. Pues bien; de esta amorosa aventura, de esta manzana fatal arrojada por la Discordia en medio de España, no dicen una sola palabra la crónica de Isidoro de Beja, ni la de Sebastian de Salamanca, que tan odiosa nos pinta la memoria del último rey de los godos. Ni de ella tampoco nos hablan, ó si nos hablan es para negarla como fabulosa, algunas crónicas árabes-españolas; los autores árabes de Conde, el *Al-Makkarí*, traducido por Gayangos, y várias crónicas é historias traducidas por Dozy; en suma, ningun escritor anterior al

Monje de Silos, el primero que los menciona, y que escribió cuatro siglos despues del suceso, se ocupa de él; lo cual no obsta para que los cronistas é historiadores posteriores desde el Arzobispo D. Rodrigo hasta Mariana, le hayan dado el mayor crédito, y lo hayan descrito con tan interesantes detalles que ha pasado á ser una de las tradiciones que mas voga y popularidad han alcanzado en España.

Los críticos modernos, como no podia menos de suceder, deshechan la anécdota como apócrifa y fabulosa. Mas hé aquí, que en nuestros dias, cuando la *novelesca aventura* estaba relegada al lugar de la fábula, aparece el *Akhbar Madjmua*, curioso manuscrito ya citado, del siglo XI (nótese bien la fecha), de cuya existencia en la Biblioteca de París, nos dió noticias D. Pascual Gayangos, y que acaba de ser traducido al español por el malogrado Lafuente Alcántara, y al francés por Dozy, en el cual se contiene una relacion de aquellos funestos amores, tal cual están consignados en las crónicas latinas desde la del monge de Silos, y en nuestros historiadores generales españoles.

¿Qué deberemos pensar, dado el crédito que todos los orientalistas modernos conceden al citado manuscrito, acerca de aquel suceso, ignorado por los primeros crónistas, propalado por los que les siguieron, negado por los críticos y en nuestros dias vuelto á presentar en la escena histórica por un manuscrito antiquísimo que tiene cierto carácter de autencidad?

Antes de pronunciarse por la afirmativa ó la negativa, es necesario fijarse, como punto de partida, en el hecho singular, que en los ciento cincuenta años próximamente que sucedieron á los de la invasion musulmana, nadie en España, salvo Isidoro de Beja, se ocupó en escribir historia; que Sebastian de Salamanca, cronista de fines del siglo IX y principios del X, refiere *lo que habia oido*; que el monje de Silos, cuatro siglos despues, se inspiró solo en la tradicion oral; y por último, que los primeros historiadores arábigos relatan siempre los hechos atestiguando con la tradicion tambien oral, que de unos en otros se habia trasmitido hasta llegar á los mismos que tuvieron parte en los sucesos.

Esto considerado, nosotros reconociendo que el hecho no escede los límites de lo natural, que tiene probabilidades de certeza, que el silencio de Isidoro y de Sebastian no implica negativa en absoluto, pues pudieron ignorar el acontecimiento, ó sabiéndolo no creerlo de bastante importancia para consignarlo en sus respectivas crónicas; que todos los autores que lo afirman están contestes en el hecho y apenas si discrepan en los detalles, y que es posible dentro de las condiciones de una sociedad corrompida, tal cual muchos historiadores nos pintan la goda en sus postrimerías, aceptamos el acontecimiento en la forma como nos lo trasmiten el monge de Silos, D. Rodrigo arzobispo de Toledo, y demás crónistas árabes y españoles que lo han consignado en sus relaciones históricas.

Pero no le concedemos ninguna importancia po-

lítica; ninguna influencia en los memorables sucesos de aquella época aciaga; no lo consideramos siquiera como la gota de agua que hizo rebosar el vaso, ni como un mentido pretesto que se tomó para encubrir los verdaderos móviles de la traicion. ¿Pues qué, la ofensa hecha á Julian en el honor de su hija podia ser mayor que la inferida á los hijos de Witiza en la vida de su padre, en sus bienes confiscados y en sus aspiraciones al trono destruidas? Pues que ¿es posible que toda una gran nacion doblase el cuello para recibir el yugo del estrangero, por vengar el agravio de un palaciego, ó la atropellada honestidad de una *camarista?*

No, tan pequeña causa, considerada bajo el punto de vista político y bajo el de los intereses generales de la nacion, no podia producir tan inmensos, tan trascendentales efectos. Esta causa no existia unos 136 años antes; y sin embargo, sin e valor, acierto y prevision de Wamba, 270 naves procedentes de la costa de África hubieran desembarcado un numerosísimo ejército musulman en las meridionales de España.

No el honor amancillado, sino la ambicion de Julian gobernador de Ceuta y de su territorio; los resentimientos de la familia de Witiza, y el partido godo puro arrojado del poder y de la gobernacion del Estado por el partido católico español, fueron los que abrieron las puertas de España á los sarracenos en el concepto de aliados, acaso de mercenarios, no sospechando que muy luego estos se habian de convertir en amos, dado que en igualdad

de circunstancias ni los Francos, ni los Griegos imperiales habian podido conseguirlo.

Es preciso no perder de vista lo que en otros lugares hemos insinuado repetidas veces, y lo que la historia confirma con multitud de hechos: esto es, que los Godos no se mostraron nunca muy escrupulosos en la eleccion de sus aliados, ni en los medios que empleaban para ascender al sólio y para apoderarse de la gobernacion del Estado. Raza esencialmente guerrera que consideraba el triunfo como el título mas legítimo á la soberanía, enfrenada solo por las decisiones de los Concilios á los cuales daba vida, y de los cuales recibia la sancion de todas sus usurpaciones, vivia dividida en bandos y parcialidades que se disputaban un trono al que se ascendia no por una ley de sucesion, ni por eleccion siquiera, sino por la espada, por el puñal, por el veneno ó por la decalvacion del rey que lo ocupaba.

En estas condiciones de existencia, en la supremacía que el catolicismo habia adquirido en los últimos años sobre el arrianismo, en las discordias que se promovieron en la España goda, á resultas del triunfo del primero sobre el segundo con el advenimiento de Rodrigo; en la débil barrera que el Estrecho de Gibraltar oponia á las victoriosas armas musulmanas, que consideraban la Europa como una parte de la herencia que el *profeta* les señalara en vida y les dejara al morir; en el mahometismo, hermano gemelo del arrianismo, y en la demente ambicion que no repara en los medios

siempre que conduzcan al fin que se propone, deben buscarse las causas de la invasion musulmana; que con Julian y sin Julian, con Rodrigo ó uno de sus mas inmediatos sucesores se hubiera realizado; porque *estaba escrito*, segun el dogma del fatalismo musulman; porque obedecia á esas leyes que la historia llama providenciales, y por que cuando una sociedad exije ser disuelta ó regenerada nunca le falta la intervencion de la Suprema Sabiduria para dirigirla por los mas inesperados y desconocidos caminos á los fines de su santa y bendita voluntad.

Los cronistas é historiadores que dan por causa de la invasion musulmana la deshonra hecha por Rodrigo á Julian en la persona de su hija, no reparan en lo liviano del pretesto ni en la flagrante contradicion en que incurren. Porque, si en efecto, en los reinados de Witiza y Rodrigo, el ejemplo de estos dos reyes habia corrompido en tales términos las costumbres públicas y privadas, que la raza goda, modelo hasta entonces de honestidad y de respeto á la fé conyugal, se habia trasformado en la mas libertina y licenciosa, hasta el estremo de vivir públicamente reyes, obispos, clérigos y seglares en el mas descarado concubinato, en la poligamia y el desenfreno mas escandaloso ¿qué influencia podia ejercer un atentado mas contra el pudor, allí donde ya no se conocia esta virtud ni aquel crímen? ¿Cómo un hombre solo, celoso de la honra de su hija, habia de arrastrar á la rebelion contra el rey á todo un pueblo deshonrado, por un hecho

perfectamente ordinario y que no interrumpia la costumbre? Y si por el contrario, los cronistas é historiadores aludidos dijeron la verdad al afirmar que el atentado de Rodrigo fué la causa eficiente, inmediata ú ocasional de la invasion musulmana ¿cómo llamar corrompidos, cobardes y disolutos á unos hombres que se arrojan ciegos y dementes en el camino de su perdicion por vengar el agravio hecho por el rey al honor de una doncella?

No olvidemos que muchos de los escritores citados, pertenecen á la escuela popular de la edad media, como los califica el ilustre Thierry en la division que hace de los historiadores.

III.

RODRIGO ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.

Si escasas de noticias se nos presentan las crónicas de Isidoro de Beja y Sebastian de Salamanca, respecto á los hijos de Witiza y al conde Julian en lo relativo á sus personas y motivos de su traicion, aun mas parcas aparecen en lo que se refiere á Rodrigo, último rey de los Godos. Así que, lo poco que sabemos de este desgraciado monarca, lo hemos aprendido en las crónicas é historias muy posteriores á la época del suceso de la invasion musulmana: y como aquellos cronistas é historiadores se inspiraron en la traicion oral, se hace necesario ser muy cauto para elegir entre sus aseveraciones aquellas que tienen mayores visos de certeza, por que no esceden los límites de la verosimilitud, y por que están eslabonadas entre sí, y suficientemente relacionadas con ciertos hechos comproba-

dos, acaecidos en los reinados anteriores, para construir con ellas la historia, hasta ahora desconocida, de un hombre cuya figura se destaca en primer término en el grandioso y memorable cuadro que venimos bosquejando.

De nuestras asiduas investigaciones, no mas estensas de lo que permite lo limitado de nuestra inteligencia, en las diminutas crónicas y descarnadas historias aludidas, hemos obtenido el siguiente resultado.

Rodrigo fué hijo de Teodofredo hermano de Recesvinto, hijos estos dos últimos de Chindasvinto. Poco antes de morir este rey, logró con el *beneplácito y ayuda* del clero asociarse á su hijo Recesvinto en la gobernacion del Estado. Haremos notar, por que es muy importante para la mas fácil comprension de los sucesos posteriores, que Chindasvinto fué elevado al sólio por una revolucion movida por los grandes del reino, que destronaron á Tulga, hijo y sucesor de Chintila, dando por pretesto de su alzamiento, que con la eleccion de este último rey se habia sentado un precedente en favor del *principio hereditario*. Temores que, por lo visto, hubieron de ser poco duraderos, puesto que á Chindasvinto sucedió con el *beneplácito* del clero, su hijo Recesvinto.

Estos dos últimos reyes, hicieron notables sus respectivos reinados, principalmente por haber prohibido el primero el uso del derecho romano, y mandado que godos y españoles se rigiesen por la legislacion visigoda, con lo cual establecia la

igualdad de derechos; y el segundo, por haber abolido la ley de razas que vedada el matrimonio entre los indivíduos de uno y otro pueblo.

Dicho se está con esto, cuan acreedores se hicieron ambos á la gratitud del pueblo á quien sacaron del estado de inferioridad en que hasta entonces habian vivido. Y si se agrega que padre é hijo dieron grandes pruebas de celo religioso enviando á Roma á buscar los libros morales de S. Gregorio el Grande; fundando y dotando iglesias y monasterios; reuniendo Concilios; estableciendo que en lo sucesivo la eleccion del rey se hiciese por los Obispos y los grandes de palacio congregados al efecto, y decretando persecuciones contra los judios, nadie estrañará que su memoria fuese siempre grata á los españoles, es decir, á los católicos.

Muerto Recesvinto dejando a su hermano Teodofredo incapaz de sucederle en el trono por sus pocos años, los grandes elijieron á Wamba. En los últimos años del reinado de este gran principe, Ervijio, hijo de un tal Ardabasto, noble desterrado de Grécia que se habia refujiado en la córte del rey Chindasvinto que lo acojió honoríficamente,. Ervijio, repetimos, hombre segun Sebastian, *instruido en las artes palaciegas*, supo granjearse la privanza de Wamba cuyos beneficios pagó urdiendo una torpe y cobarde intriga para lanzarlo del trono y ponerse en su lugar. Parece que el principal móvil de su villana accion, fueron los sérios temores que llegó á concebir, de que á la muerte de su bienhechor, fuese proclamado rey, Teodofredo, hermano

de Recesvinto, por el numeroso partido que venia trabajando incesantemente en su eleccion.

Ervijio, antes de morir dejó la corona á Ejica, su yerno, pariente de Wamba. En el quinto año del reinado del sucesor de Ervijio, descubriose una conspiracion que tenia por objeto quitar la vida al rey y á sus hijos. Las crónicas no dan pormenores acerca de aquel frustrado crimen, y solo nos dicen que fué castigado el gefe de la conspiracion, Sisberto, metropolitano de Toledo. Empero llama la atencion que por aquel entonces, segun refiere D. Lucas Obispo de Tuy, fueron desterrados de la corte, Teodofredo y Favila, hermanos de Recesvinto, señalándose al primero, como punto de residencia, la ciudad de Córdoba, donde se casó, y donde tuvo de su esposa un hijo que se llamó Rodrigo.

A Ejica sucedió Witiza, no por eleccion, sino por sucesion consentida por los Obispos y los grandes del reino. A los pocos años de su reinado, descubriose una nueva conspiracion urdida contra el rey, quien indignado mató á Favila, segun cuentan Ambrosio de Morales y Mariana, é hizo sacar los ojos á Teodofredo padre de Rodrigo. Tan escesivo rigor no acobardó á los parciales de la familia de Chindasvinto, que no muchos años despues renovaron su tentativa, que esta vez tuvo mejor fortuna, visto que segun se deduce de la crónica de Isidoro de Beja, Witiza fué destronado por una revolucion que elevó al sólio á Rodrigo. Y lo mas notable del suceso, ó por mejor decir, lo que viene á confirmar la opinion que venimos sustentando acer-

ca de los móviles que impulsarán la série de conjuraciones que se sucedieron desde el reinado del inmediato sucesor de Recesvinto en favor del entronizamiento de los descendientes de Chindasvinto, es que el citado cronista dice:

Rodericus tumultuose regnum, hortante senatus romano.

¿A quien pueden aludir estas palabras si no aluden á los españoles á quienes se llamaba todavia romanos por los godos?

Aparece además, en las crónicas citadas, que la revolucion que entronizó á Rodrigo, se formó y desarrolló en Andalucía y particularmente en Córdoba, donde Teodofredo en la época de su destierro habia adquirido grandes propiedades y mandado construir magníficos palacios, que Rodrigo, siendo rey, hizo renovar ó embellecer. Así lo testifica Isidoro de Beja.

Hé aquí todo cuanto hemos encontrado en las crónicas é historias latino-hispanas que hemos consultado acerca de este desgraciado monarca de quien los escritores que con mas imparcialidad hablan, así como aquellos que mas han ennegrecido su memoria desde Sebastian de Salamanca hasta Mariana, dicen, que en los comienzos de su breve reinado fué un príncipe magnánimo y clemente, de consumada prudencia y liberalidad, valiente, diestro en las armas, bizarro soldado y entendido capitan.

A mayor abundamiento el autor del *Akhbar Madjmua*, dice de él: «Era un esforzado guerrero;

no pertenecia á la familia real, pero era uno de los mejores generales de España, y lo proclamaron rey.»

Otra noticia sumamente interesante nos dan las crónicas árabes acerca de los primeros tiempos del reinado de Rodrigo; y es, que estando sitiando á Pamplona recibió la nueva del desembarco de *Tarif* en las costas de Andalucía, y que conceptuando grave el suceso abandonó el país de los vascones para dirigirse hácia el mediodia; y que cuando Tarik invadió á España, Rodrigo reunió un ejército de cerca de cien mil hombres para combatir al invasor.

Ahora bien, cuando nos fijamos en las relevantes prendas que le conceden los historiadores al ascender al trono en 709; en que al comenzar su reinado tuvo que hacer la guerra á los vascones, quienes, como acontecia siempre que se aclamaba un nuevo rey, se rebelaron para sacudir el yugo de los godos; en que en la primavera de 710 hubo de levantar el sitio de Pamplona para acudir donde un nuevo y grave peligro le llamaba, y por último, que en la de 711 comenzó á reunir el formidable ejército que perdió pocos meses despues en las orillas del Guadi-Becca, no acertamos á comprender como en tan breve espacio de tiempo, que hasta el material debió faltarle para hacer sus preparativos militares, pudo cambiar las condiciones de su carácter y dar motivos con su conducta, á que cronistas é historiadores formales dijesen de él que fué libertino y disoluto, y que con sus punibles escándalos y torpezas dió lugar á que España fuese

invadida y conquistada en una sola batalla.—Luego veremos como no es enteramente cierto, que solo la de Gaudi-Becca entregase la Península á los Árabes.

IV.

Batalla del Guadi-Becca.

711.

Setenta y siete años despues de la muerte de Mahoma, los Árabes, aquel pueblo tan oscuro y desconocido hasta entonces, habian estendido sus conquistas por la Siria, la Pérsia y el Egipto, arrollado el imperio griego y sojuzgado el África desde los desiertos de la Libia basta las costas africanas bañadas por las olas del Occéano Atlántico. En los primeros del califato de Walid, que sucedió en 705 á Ab-el-Melek, fué nombrado *wali* de toda el África setentrional, *Muza-ben-Noseir*, caudillo prudente y afortunado, que á los comienzos de su gobierno venció los Bereberes—*bárbaros*, segun los llamaron los romanos y griegos bizantinos—dominó todo el *Magreb*, ó noroeste de África, y conquistó Tetuan, Arzila y Tánger. En esta última ciudad estableció la silla de su gobierno, guardó los rehenes que le entregaran las tribus principales del pais, y

se esmeró en propagar la doctrina del Coran entre todos aquellos indómitos consejos y kábilás que profesaban la idolatría y el sabeismo. Por último, llevó sus armas victoriosas por el territorio de Céuta, cuya plaza sitió inútilmente, estando defendida por una numerosa guarnicion cristiana y gobernada por el célebre conde Julian.

Este acontecimiento tuvo lugar, al parecer, durante los últimos años del reinado de Witiza. Posteriormente, segun dejamos indicado en los capítulos anteriores, muchos godos y los judíos de España vencidos y perseguidos unos y otros por la revolucion que entronizó á Rodrigo, pasaron el Estrecho y se refugiaron en Céuta, cuyo gobernador debió hacer causa comun con ellos, ya á título de pariente de Witiza, ya agradecido á los eficaces y oportunos socorros que aquel rey le envió cuando estuvo cercado por el ejército de Muza, ó ya, lo que no es menos verosimil, arrebatado por la ambicion de formarse con el territorio de su gobierno, un Estado independiente, así del soberano de África como del de España, visto que, segun se desprende de la crónica árabe *Akhbar Madjmua*, hácia el año 710, Julian celebró con Muza un tratado ventajoso para los súbditos de su gobierno y para él.

Creemos que los primeros meses de 709, se pasaron en negociaciones entre los parciales de Witiza refugiados en África y el caudillo árabe, para ajustar las condiciones de una alianza dirigida contra el trono de Rodrigo; y que convenidos al fin, puestos de acuerdo con los descontentos de Espa-

ña, y deseosos de aprovechar la coyuntura de la rebelion de los Vascones que hacia necesaria la presencia, en la estremidad del norte de España del ejército y de la persona de Rodrigo, los musulmanes instigados por la impaciencia de los godos refugiados, se prepararon para romper inmediatamente las hostilidades.

Esto sentado, entremos de lleno en el terreno de los hechos suficientemente comprobados, supuesta la veracidad de los nuevos manuscritos arábigos traducidos en nuestros dias; en los cuales encontramos esplicaciones mucho mas satisfactorias que las conocidas anteriormente acerca de los primeros pasos que en son de guerra dieron los sarracenos en la Península.

Entre los mas recientes y mas dignos de fé figuran en primer lugar, *Al-Makkari*, traducido por D. Pascual Gayangos, y el *Akhbar-Madjamua*, (coleccion de historias). De este último interesante y curioso manuscrito árabe del siglo XI, vamos á tomar lo que se refiere al suceso de la invasion musulmana y sobre todo á la batalla en que tuvo fin la monarquía goda á orillas de un pequeño rio de Andalucía.

Muza, dice la relacion del *Akhbar-Madjamua*, escribió al califa Walid, dándole cuenta de sus conquistas por el estremo del África setentrional y de los proyectos y alianzas que habia formado con Julian gobernador de Céuta, para realizar una invasion en España, pais que le pintó como tierra de incalculable riqueza. «Superior á la Siria por la

hermosura de su cielo y fertilidad de su suelo; al Yemen por la suavidad de su clima; á la India por sus aromáticas flores; al Hedjiaz por sus frutos, y al Catay por la abundancia de sus metales preciosos.» Walid le contestó mandándole practicar un reconocimiento en España por algunas tropas lijeras, y vedándole esponer los musulmanes á los peligros de un mar tempestuoso. Muza hizo presente al Califa, que no era un mar el que habia que atrávesar, sino un estrecho de tan corta estension que desde Tánjer se veia la costa opuesta. Walid insistió en su primer mandato, y Muza obediente envió á España á uno de sus familiares llamado, *Abu Zora-Tarif* con 400 infantes y 100 caballos, que cruzaron el estrecho en cuatro naves y tomaron tierra en una península llamada *Andalos*, punto de embarque para África, y departamento marítimo donde existian los astilleros de construccion y carena de los buques españoles. Aquella península tomó desde entonces el nombre de *Tarifa* del caudillo que mandara la espedicion. Verificóse el suceso en Julio de 710; y fué tan venturoso para los invasores, cuanto que no encontrando quien se opusiera á su correría, saquearon impunemente los alrededores de Algeciras y regresaron á África cargados de botin, y conduciendo como esclavas algunas mujeres *tan hermosas como nunca las habian visto Muza ni sus compañeros (Akhbar-madjmua.)*

Parécenos este el momento oportuno para decir algunas palabras acerca del orígen del nombre ANDALUCÍA, conque se conoce hace muchos siglos la

antigua Bética de los romanos; nombre que en realidad no se encuentra en ningun documento anterior á la conquista de esta region por los musulmanes, quienes lo aplicaron en la forma de *al Andalos*, á toda España. Dozy, con cuya opinion estamos conformes, dice, que algunos autores suponen que el nombre en cuestion procede de los Vándalos, quienes como es sabido, antes de establecerse en África, habian permanecido algunos años en el Mediodia de España; en tanto que otros objetan y con razon, que la permanencia de aquellos bárbaros en la Bética fué demasiado breve para que su nombre hubiese quedado al país.

Lo cierto es, que el nombre de *Andalucía* fué dado á la Bética no por los españoles sino por los musulmanes. Los cronistas del norte de la Península lo desconocian, puesto que siempre dan el de *España*, al país dominado por los Sarracenos. Afortunadamente, los autores arábigos nos facilitan la esplicacion que buscamos, puesto que el del *Akbar-madjmua* dice que *Andalos*, era el nombre de la península donde desembarcó Tarif, que desde *entonces se llamó* la península de Tarif (hoy Tarifa:) además, el antiguo cronista *Arib*, dice que Tarif efectuó su desembarco frente á Tánjer, en *al-Andalos*, que se llama desde entonces, Península de Tarif.

A quien pregunte qué relacion existe entre Tarifa y los Vándalos, remitiremos á S. Gregorio obispo de Tours. Segun los sábios mas versados en el conocimiento de la geografía antigua, el nombre romano de Tarifa, fué *Traducta*. Así que, el autor

que acabamos de citar, dice: «Prosecuentibus Alamannis *usque ad Traductam*, tránsito mari Vandali per totam Africam ac Mauritaniam sunt dispersi.»

Ahora bien; siendo cierto que en *Traducta* ó Tarifa los Vándalos se embarcaran para trasmigrar al África, es muy verosímil que su nombre quedara al puerto de su embarque; y en este caso nada estraño seria que desde la fecha del suceso, los bereberes de Tánjer y demás pueblos de la costa conservaran el nombre de *Andalos* á aquel punto, y que los soldados de Tarif se lo dieran á toda la comarca que saquearon, así como mas tarde los de Tarik lo aplicasen primero á la Bética y luego á toda España.

Reanudemos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Alentado con el éxito lisonjero de aquella primera algarada, Muza dispuso una nueva espedicion; mas esta vez en mayores proporciones, puesto que se compuso de 7,000 hombres, casi todos bereberes ó libertos, mandados por Tarik ben-Zeyad, general de la vanguardia del ejército musulman de ocupacion del África. En la primavera del año 711, los espedicionarios cruzaron las aguas del Estrecho en *cuatro naves*, que hubieron de hacer repetidos viajes entre las opuestas costas para trasportar tan crecido número de hombres y caballos, y Tarik tomó tierra en un monte muy fuerte del Andalos, situado á orillas del mar.

Verificado el desembarco sin que nadie se opusiera, Tarik, segun refieren *Abdo-l-Haquens*, y *Aben*

Abdharí, dió principio á sus operaciones ocupando el castillo ó casa fuerte de *Cartachena*, ó *Carteya*, la antigua colonia de libertinos fundada por los romanos en el siglo II a. de J. C.; y de allí pasó á *Algezira-Al-Adra* (Isla verde.) A mayor abundamiento, *Al-Makkari*, dice, «que despues de haber conquistado Algeciras, Tarik se hizo dueño del paso del Estrecho y de *todo aquel territorio* HASTA EL LAGO (de la Janda.)

Encontrándonos ya sobre el terreno donde se dió la memorable batalla que puso término al imperio y á la vida del último rey de los Godos, creemos que para desvanecer un error que subsiste hace demasiados siglos, y para detallar con grandes probabilidades de acierto aquel desastrozo acontecimiento, conviene describir la localidad donde se verificó, á fin de hacer comprensible hasta donde sea posible, el hecho de la completa derrota y esterminio de un ejército numerosísimo, aguerrido, disciplinado y bien pertrechado por algunos miles de berberiscos acaudillados por un general oscuro hasta aquel dia, que fueron realmente los primeros invasores de España, y que muy luego reforzados con las numerosas tribus de su misma procedencia que pasaron el Estrecho deseosos de encontrar nuevas tierras donde establecerse, fueron tambien los primeros conquistadores de la mayor parte de España, de donde á los 40 años se vieron espulsados, ó donde perdieron todo su poderio é influencia arrollados de un lado por las armas de los cristianos y del otro vencidos por las de los Árabes que lo-

graron reservarse en la conquista la parte del Leon.

«Tenemos, dicen los Sres. Hurtado (Revista de España, año II t. XI n.° 4 pág. 10.) bien marcada la region que ocupaba el Árabe (?) invasor: estudiemos ahora geográficamente el terreno que escojió para esperar á su adversario. A poco que se reflecsione se ve que este territorio era solo el de la *cora* (distrito) *de Algeciras*, cuya descripcion se lee en la crónica del Moro Rasis con estas palabras:—Parte el término de Xerez-Sadunia con el de Algecirat-Aladra, et Algecirat-Aladra yace al levante de Xerez et al meridien de Cordoba.... Et paresce dende Cebta que es villa en que ha mucho bien. Et ha grand laguna, et es tierra de buena sementera, et de muy buena crianza, et yace sobre el rio Barbate, aquel que salió de los de España cuando finchó: et este entra en una laguna á que non fallan fondos. Et en su término ha un monte muy alto et muy fuerte....—Hé aquí el monte, primer punto de ocupacion; despues Algecirat-Aladra, frontera de Ceuta desde donde Muza le enviaba refuerzos, y por último una gran laguna que es la de la Janda, y corresponde al *Lago*, hasta donde Tarik habia estendido su dominio, segun testualmente aparece del *Akhbar-madjmua* y de *Al-Makkari*. El limite, pues, que no traspasó la hueste invasora fué la linea señalada por la corriente del rio Barbate, hoy de Vejer, que entra en la laguna de la Janda, como dice Rasis, y del cual antes cuenta que finchó despues de tres años de sequía por lo que se llamaron

aquellos *años de Barbate*. El citado rio *yace sobre la gran laguna* ó lago, quedando este á la banda izquierda, ó sea en *territorio de Algeciras*, mientras que el rio pertenecia *al de Sidonia*, segun consta lo uno y lo otro de la crónica de Rasis, y en el *Akhbar-madjmua* resulta tambien nuestro rio de Vejer como perteneciente á esta última cora ó distrito.»

Volvamos á la relacion del *Akhbar-madjmua*.

«Cuando el rey (Rodrigo) que se encontraba á la sazon sitiando á Pamplona, baluarte de los rebeldes Vascones, tuvo noticias de la espedicion de Tarik, levantó el sitio de la plaza, y se puso en marcha hácia el Mediodia (de España) conceptuando peligrosa la presencia de los musulmanes en sus Estados. El desembarco de Tarik aumentó su inquietud; y en su consecuencia dióse prisa á reunir un poderoso ejército fuerte de unos cien mil hombres para acudir donde el peligro arreciaba.

«Sabedor Tarik de los grandes aprestos guerreros que hacia el enemigo, escribió á Muza deciéndole que, con el favor de Dios, habíase apoderado de Algeciras, y dominaba las cercanías del lago (de la Janda); pero que tenia noticias de que el rey Rodrigo se dirigia contra él con un numeroso ejército ante el cual tendria que retroceder, sino se le enviaban crecidos refuerzos. Muza le envió cinco mil soldados, en los *muchos buques* que habia mandado construir *despues* de la salida de Tarik de África. Con este refuerzo, la hueste de Tarik se elevó á 12,000 hombres. *Julian y no pocos españoles*, estaban con él; prestábanle grandes servicios ya

dándole cuenta de todo lo que sabian por conducto de sus parciales, ya mostrándole los puntos vulnerables del enemigo.»

«Rodrigo, seguido de la principal nobleza de su reino se dirigió al encuentro de los musulmanes; pero en su ejército encontrábanse tambien los príncipes de la familia de Witiza. Sabedores estos de que los musulmanes estaban suficientemente abastecidos de todo cuanto necesitaban y al mismo tiempo bien dispuestos para la pelea, reunieron sus parciales y uno de los príncipes les habló de esta manera:—Ese infame ocupa un trono que no le corresponde *por su nacimiento*, puesto que fué uno de nuestros mas humildes súbditos. En cuanto á esos estrangeros, puede afirmarse que no abrigan la intencion de *fijarse en el país;* aspiran solo á enriquecerse con el botin de la guerra, y así que lo hayan obtenido regresarán á su tierra. Huyamos, pues, y abandonemos á ese infame en cuanto la batalla esté empeñada.—Los conjurados aplaudieron la proposicion.»

«Rodrigo, que habia dado el mando del ala derecha de su ejército á Siseberto, y el de la izquierda á Oppas, uno y otro *hijos de Witiza,* y gefes de la conspiracion, avanzó al frente de unos cien mil hombres. El número de sus soldados hubiera sido mas crecido, *si el hambre* que desde el 88 (707) habia devastado el país durante tres años consecutivos hasta el 91 (710) no hubiese causado una mortandad espantosa entre los habitantes.»

«El rey de España atacó al ejército de Tarik,

que *hasta entonces habia permanecido entre Algeciras y el lago*. Empeñada la refriega, las dos alas del español, mandadas por Siseberto y Oppas, huyeron á la desbandada; el centro donde combatia Rodrigo en persona se mantuvo firme; pero al cabo hubo de ceder al ímpetu de los musulmanes que hicieron una horrible carniceria en los vencidos. Rodrigo no fué hallado; ignórase lo que fué de él. Los musulmanes encontraron su caballo blanco, que se habia atascado en un barrizal; la silla era de brocado de oro enriquecida con rubies y esmeraldas; encontraron tambien su manto de seda y oro adornado de perlas y rubies. Es indudable que el rey se apeó y entró por el barrizal donde dejó uno de sus botines. Lo cierto es que no se volvió á oir hablar de él, y que no se le encontró ni muerto ni vivo; Dios solo sabe cual fué su paradero.»

Por poco que se fije la atencion en las breves palabras con que el autor del *Akhbar-madjmua* dá cuenta de la memorable batalla en que pereció Rodrigo, salta á la vista el error en que han incurrido los historiadores que afirman haber tenido lugar el suceso en las orillas del *Guadalete;* error tan generalizado en historias nacionales y estrangeras, que se ha mantenido con todo el carácter de una verdad incontestable hasta nuestros dias, en que testimonios dignos del mayor crédito han venido á desvanecerlo y á dar la razon á los pocos críticos modernos que señalan otro sitio á la *primera* batalla campal en que fueron vencidos los godos por Tarik.

En efecto, el manuscrito repetidas veces citado, dice: «El rey de España encontró á Tarik quien *hasta entonces habia permanecido en Algeciras* CERCA DEL LAGO»; es decir, que la batalla se dió en la *córa*, ó distrito de Algeciras, en las inmediaciones del lago de la Janda. Ibn-al-Cutiá, mas esplícito todavía, dice: «Tarik y Rodrigo trabaron la refriega orillas del *Guadi-Becca*, en el distrito de Sidonia.« Nótese que ambos distritos estaban separados por el rio Barbate, que puede muy bien ser el *Guadi-Becca*, como luego indicaremos. El sábio orientalista D. Pascual de Gayangos, en su traduccion de *Al-Makkari*, indica que la batalla tuvo lugar cerca del lago y del rio Barbate. A mayor abundamiento, Isa-ben-Muhammad, en su libro que trata de la entrada de Tarik en España, libro citado por Aben-Adharis, dice: «Llegó Rodrigo al monte donde estaba Tarik, y tuvieron tan reñido combate que todos los musulmanes creyeron perecer: cambió Dios la suerte de las armas y fueron puestos los godos en fuga, alcanzando Tarik á Rodrigo en el Guad-al-Tin. Abdo-l-Haquem, refiere: «Que el rey cristiano vino en busca de Tarik, que estaba en el monte, y cuando llego cerca salió Tarik á su encuentro, yendo sus soldados á pié, *porque no tenian caballos*, y pelearon desde la salida del sol hasta su ocaso.» Este monte tantas veces mencionado, no puede ser otro que el muy fuerte y escarpado donde Tarik, segun el *Akhbar-madjmua*, desembarcó, y donde reunia sus tropas á medida que Muza se las enviaba desde Ceuta en los cuatro barcos en que

hizo la travesía á las costas de España, ó si se quiere, el monte de Gibraltar, como entienden nuestros orientalistas.

Por último, cuenta *Al-Makkari*, que encontrándose Rodrigo con su ejército en la *Cora de Sidonia*, próximo al de Tarik, envió esploradores para reconocer las posiciones del enemigo, su número y *sus barcos*. Esto revela que los musulmanes no podian estar frente á la ciudad de Jerez, demasiado apartada del mar para que los esploradores pudiesen contar sus barcos.

De lo que dejamos sentado se desprende que no deberemos separarnos mucho del lago de la Janda para encontrar el lugar de la batalla donde feneció el rey Rodrigo.

Veamos ahora cual pudo ser la causa del error de nombre en que incurrieron los cronistas é historiadores que suponen el suceso á orillas del *Guadalete*.

Ya hemos dicho, que segun *Ibn-al-Cutiá*, la batalla se dió en las márgenes del *Guadi-Becca*, y segun *Al-Makhari*, cerca del lago y rio Barbate. Sepamos cual es el rio que los Árabes llamaron *Guadi-Becca*.

El geógrafo Xerif-al-Edrisi, conocido por el Nubiense, que escribió su Geografía por el estilo de la de Estrabon, en el año 548 de la Egira, 1153 de J. C., en el itinerario que traza desde Algeciras á Sevilla, se expresa en los siguientes términos (traduccion de Conde): «De Algecira al Abra á Sevilla, hay dos caminos, camino por agua y camino por tierra;

camino por agua desde Algeciras hasta *Ar-Rimal*, (los arenales) hasta la desembocadura del rio Barbate en el mar 28 millas, y desde allí á la del rio *Becca*, 6 millas.»

Adviértese desde luego cierta discordancia entre estos autores al fijar el punto de localidad en que se dió la batalla, puesto que el uno señala las cercanías del *lago*, otro las orillas del *Barbate*, y otro, en fin, las del *Becca;* pero nótese que todos están conformes en indicar el mismo distrito, ó sea la *Cora* de Sidonia, y el lugar de la refriega, en el Barbate ó en el *Becca*, distantes entre sí cosa de legua y media; espacio no muy considerable si se atiende á que el número de los combatientes y las alternativas del combate pudieron llenarlo cumplidamente; mas claro, que en el mismo dia ó en los dias que duró la refriega, se pudo muy bien pelear en las orillas de ambos rios.

Llegamos á la cuestion, que para nosotros no carece de importancia, de saber si el *Becca* de Edrisi, que pasa entre Vejer de la Frontera y Conil, y el *Barbate* que lo verifica por Vejer, citados ambos por los escritores mas antiguos, como lugar de la batalla, pueden ser uno mismo, no considerados geográficamente, sino por efecto de la confusion ú oscuridad que frecuentemente se advierte en las crónicas; ó si debemos prescindir del de Conil y conceder al de Vejer la celebridad del suceso. Nosotros somos de este último parecer, dado que el autor del *Akhbar-madjmua* y *Al-Makkari* aseguran que el encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar en

el LAGO, de donde *no habia pasado Tarik;* sin que sea objecion formal en contra el que este pertenecia á la *cora* de Algeciras, pues el rio Barbate ó de Vejer, era la línea divisoria entre esta y la de Sidonia. Por último, y para robustecer mas nuestra opinion, reproduciremos la de los Sres. Hurtado (*Revista de España*, ya citada p. 14).

«Opónense, dice, á ello Dozy, opinando que »Verjer fué el *Besaro* de Plinio, lo cual no es un »obstáculo, pues el de *Becca* pudo derivarse de »aquel nombre romano escrito por los Árabes, »abreviándolo segun su costumbre con la supre»sion de la sílaba final y el cambio de la *s* latina »por el *chin* arábigo. Ni tampoco la ciudad de *Becca* »habria desaparecido, segun pretende el citado es»critor, cuando la designa entre las existentes el »geógrafo Edrisi; pero no era distinta de la de Ve»jer, porque en tal caso resultaria esta última omi»tida sin causa en su relato. Indudable es, tambien »que el pequeño Wadi-Becca tomaba su nombre de »la ciudad, no muy lejana; y como él, debia con »mayor razon apellidarse rio de Becca ó de Vejer, »al que en el dia llamamos Barbate porque corre »aun mas próximo á aquella poblacion que el otro »de que hablamos, etc.»

Hemos dicho que concedemos importancia á la designacion del *Guadi-Becca* ó rio Barbate como lugar de la campal refriega, porque así y solo así nos esplicamos el desastre de un ejército numerosísimo, aguerrido como que llevaba un año por lo menos de campaña, compuesto de la flor de la noble-

za y soldados godos, y acaudillado por un rey valiente y caballero, destruido en una sola batalla por algunos miles de bárbaros.

En efecto, consideremos el ejército de Tarik, fuerte de 12,000 bereberes y *unos* 6,000 *godos partidarios de los Witizas y mandados por Julian*, puesto que no pocos cronistas hacen subir á 18,000 soldados musulmanes los que combatieron en *Guadi-Becca*, siendo asi que Muza solo puso 12,000 á las órdenes de Tarik; consideremos, répetimos, este ejército protegida su ála derecha por el profundo lago de la Janda, la izquierda por sus bajeles prócsimos á la costa; defendido su frente por el rio Barbate y asegurada su retirada por el terreno montuoso de que estaba en posesion, y con su campo atrincherado de Algeciras ó del monte fuerte y escarpado donde verificó su desembarco; en una palabra, situado en una escelente posicion estratégica hábilmente elegida por el avisado caudillo, que comprendió que todo su porvenir y el de sus soldados dependia del éxito de la primera batalla que habia de empeñar con un enemigo tan inmensamente superior en fuerzas de infanteria y caballeria y en recursos de todo género, y que, además, guerreaba en su propio pais.

En esta situacion, estando los musulmanes *bien apercibidos y provistos de cuanto necesitaban*, llega Rodrigo al frente de un numerosisimo ejército, compuesto de los soldados que trajo del sitio de Pamplona y de los de todo el reino que habia convocado en Córdoba, entre los cuales se contaban muchos

parciales de los hijos de Witiza, á quienes por imprevision, ó por creer que de esta manera los comprometia en el peligro comun, habia confiado el mando de las dos alas de su ejército; sin considerar como debiera, que su deudo ó parcial, Julian, militaba con las tropas y gentes de su gobierno en las filas enemigas.

Este primer error fué seguido de otros muchos que hicieron inevitable el desastre de los Godos. Con fuerzas tan superiores, puesto que segun la version mas acreditada, habia en la refriega cinco cristianos por cada muslim, Rodrigo pudo dejar, sin debilitar la batalla, un numeroso cuerpo de ejército de reserva, ó envolver al enemigo rodeando el lago de la Janda hasta interponerse entre Tarik y su campo atrincherado.

Desgraciadamente, ya fuera confianza en su superioridad numérica, ya que el destino fatal lo empujase hácia su ruina, Rodrigo, sin tomar consejo mas que de su animoso corazon, se dirigió inmediata é impetuosamente al combate; sin reparar que dejaba un rio á la espalda, y en que iba á entablar la contienda en un terreno limitado por barreras insuperables, en el cual, si bien los musulmanes podian maniobrar con la suficiente holgura, los cien mil godos habian de encontrarse encajonados y en la imposibilidad de desplegar desahogadamente la batalla.

Sin embargo, la victoria permaneció indecisa por muchas horas, acaso por algunos dias, hasta el momento en que los hijos de Witiza, puestos de

acuerdo con Tarik y Julian, abandonaron el campo de batalla huyendo á la desbandada con sus soldados en cumplimiento de lo pactado en la noche anterior al dia de su infame traicion. No obstante, el centro acaudillado por el rey en persona, permaneció firme todavía durante algun tiempo. Pero el golpe mortal estaba ya dado. Siguióse el estupor, la incertidumbre y la confusion. Los leales que tenian el enemigo al frente, temieron verse atacados por la espalda por los traidores. Aquello debió ser un horrible compendio de guerra estrangera y de guerra civil desenlazándose ambas á dos en una misma hora. Entró, por último, el pánico, y el ejército de Rodrigo huyó en desórden acosado por las espadas musulmanas hasta precipitarse en las charcas y lodazales que forman el lago de la Janda y el rio inmediato.

De esta manera, repetimos, nos esplicamos el suceso de una completa derrota que sería increible en abierta campaña donde la inmensa superioridad numérica de los Godos, sus masas de caballería—de que carecia Tarik—las dotes militares del caudillo y el proverbial valor de los soldados hubieran envuelto y arrollado fácilmente la reducida hueste invasora, compuesta, no de aquellos Árabes entusiastas que al mando del Profeta y de los Califas sus sucesores buscaban en la muerte sobre el campo de batalla la palma del martirio, sino de Godos desleales y de tribus africanas, tropas armadas á la lijera y mal disciplinadas que fueron enviadas á España por Muza para talar las costas de Andalucía y

no para lanzarse por el interior de la Peninsula en son de conquista.

La batalla se dió entre los dias 19 y 26 de Julio, tres meses próximamente despues del desembarco de Tarik en el golfo de Gibraltar. Los musulmanes obtuvieron de ella, con el laurel de la victoria, un riquísimo despojo. Cuentan los cronistas Árabes, que los vencedores reconocian entre los cadáveres Godos amontonados en el campo, á los nobles, por las sortijas de oro que llevaban en los dedos, y á los de clases inferiores porque las tenian de plata ó de cobre.

V.

PRIMERAS ESPEDICIONES DE LOS BEREBERES Y ÁRABES POR EL INTERIOR DE ESPAÑA.

Despues de su espléndida é inesperada victoria, Tarik se dirigió hacia Ecija, pasando, segun Aben-Adhari, por la *Angostura de Algeciras*. Este es un nuevo testimonio que depone en contra de los autores que afirman que en las orillas del Guadalete tuvo desastroso fin la monarquía goda. En efecto, desde el mencionado rio hasta Ecija, dice con razon E. Lafuente Alcántara, «no hay que pasar angostura alguna, y si la hubiera, no es probable que llevara el nombre de *Algeciras*. Esta *angostura* no puede ser otra que la garganta que hay junto al pueblo llamado los Barrios, no léjos de aquella ciudad, ó bien el paso de las lomas de Cámara que atraviesa la cordillera penibética, entre Jimena y Alcalá de los Gazulez.»

Al ver los habitantes de Ecija, dice el autor del

Akhbar-madjmua, que los musulmanes avanzaban contra ellos, salieron de su ciudad, y reforzados con las reliquias del grande ejército de Rodrigo, les presentaron la batalla. «La refriega fué encarnizada; muchos muslimes fueron muertos ó heridos: pero con la ayuda de Dios, Tarik derrotó los politeistas. Si bien es cierto que *jamás habia encontrado tan obstinada resistencia.*»

Hé aquí, pues, una nueva batalla campal, mas reñida que la del lago de la Janda, y que fué tanto ó mas importante que aquella; puesto que si la obstinada resistencia, no encontrada hasta entonces en España por los musulmanes, hubiese tenido el prémio que merecia, es probable que la invasion sarracena se hubiera visto detenida, y acaso lanzada definitivamente mas allá del Estrecho. De todas maneras, este hecho y otros análogos que irán apareciendo en el curso de la narracion, manifiestan que los Godos no eran ese pueblo corrompido, degenerado y flaco que nos pintan los historiadores de la Edad Media, y que es necesario buscar en otra parte las causas que le condujeron á tan triste fin.

Vencidos los Godos por segunda vez en los llanos de Ecija, dice el autor del *Akhbar-madjmua*, Tarik estableció su campo á cuatro millas de la ciudad sobre las orillas del rio Jenil, llamado á la sazon segun Ambrosio de Morales, *Cilofonte*, junto á una fuente que tomó desde entonces el nombre de *Fuente de Tarik*.

«Dios, continua el manuscrito citado, llenó de temor el corazon de los infieles. Habian creido que

Tarik regresaria á África como lo hiciera Tarif; así que cuando vieron que continuaba avanzando por su país, se retiraron apresuradamente hácia Toledo y otras ciudades para organizar la resistencia. *Lo mas queda hecho en España, dijo Julian á Tarik: acónsejote ahora dirigirte hácia Toledo con el grueso de tus tropas, y destacar algunos cuerpos volantes á los que los mios servirán de guia para combatir las demás ciudades*. Tarik tomó el consejo. Envió pues contra Córdoba (á la sazon una de las mayores ciudades de los cristianos, y en el dia capital de España), un cuerpo de 700 hombres al mando de *Moghit el Rumi* (romano), cliente del Califa Walid. Como todos los musulmanes tenian caballos despues de las victorias conseguidas, la hueste de Moghit no contaba un solo infante. Otro cuerpo fué enviado contra la ciudad capital de la provincia de Reiya (Málaga, su capital era á la sazon Archidona), otro á la capital de la provincia de Elvira, y Tarik se dirigió sobre Toledo con el grueso de su ejército.»

«Llegado que fué á las cercanías de Córdoba, Moghit se ocultó con su tropa en las inmediaciones de Secunda (antigua ciudad romana situada sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, frente á Córdoba) en un bosque de Alerces, entre aquella ciudad y Tarsail, y muy luego envió sus guias á practicar un reconocimiento. Los esploradores encontraron un pastor que apacentaba su ganado, y le condujeron á presencia de Moghit, quien le interrogó acerca de las fuerzas que guarnecian á Córdoba.—Las personas principales, respondió el pastor,

han huido hácia Toledo; solo quedan en la ciudad el gobernador con 400 soldados y la plebe.—Preguntado si los muros eran fuertes, respondió que sí; pero añadió que existia una brecha por encima de la puerta de la Estátua (hoy puerta del Puente.)

«Moghit esperó la noche para continuar su marcha sobre Córdoba. Dios favoreció su empresa, pues una copiosa lluvia mezclada de granizo le ocultó á las velas y guardas de la ciudad. Los musulmanes vadearon el rio sin ser sentidos de los cristianos, y llegaron al pié de los muros que en vano intentaron escalar. Preguntaron de nuevo al pastor quien les mostró la brecha; no era practicable; pero al pié habia una higuera. Tras inauditos esfuerzos un musulman consiguió subir á la cima del árbol. Moghit le arrojó una punta de la pieza de muselina que traia enrollada en la cabeza á manera de turbante. Sirviéndose de ella como de una cuerda, vários musulmanes se encaramaron por el tronco de la higuera y alcanzaron la brecha. Esto hecho, Moghit que estaba á caballo junto á la puerta de la Estátua, mandó á los soldados que habian alcanzado el adarve del muro, pasar á cuchillo las guardias que custodiaban aquella puerta. Hiciéronlo así; mataron á muchos, los demás huyeron, y abierta la puerta Moghit pudo entrar con sus compañeros de armas, sus espias y sus guias. El general fué en derechura al palacio.»

«El gobernador no se encontraba en él. No bien tuvo noticia de la sorpresa realizada por los musulmanes, abandonó la ciudad seguida de cuatrocien-

tos ó quinientos soldados y algunos habitantes. Salió por la puerta del Oeste, la de Sevilla, y fuese á encerrar en la iglesia de S. Acisclo, cuyos muros eran récios y altos. Poco tiempo despues, Moghit habiendo dado cuenta á Tarik de las ventajas que llevaba conseguidas, puso sitio á la mencionada iglesia.»

«Tres meses hacia que Moghit sitiaba á los cristianos de Córdoba en la iglesia donde se hicieran fuertes, cuando una mañana vinieron á decirle que el gobernador la habia abandonado secretamente y que huia hácia los montes de Córdoba (Sierra Morena) con intento de reunirse á sus correligionarios en Toledo. Sin avisar á ninguno de los suyos, Moghit montó á caballo y salió en persecucion del gobernador, á quien avistó cerca de una alqueria. Viéndose el cristiano perseguido por el general musulman, llenóse de espanto; dejó la carretera y huyó á campo traviesa, hasta que viéndose detenido por una profunda gavia trató de salvarla de un salto; pero con tan mala fortuna, que el caballo alazan que montaba cayó en el fondo donde quedó muerto. Llegó Moghit, é hizo prisionero al gobernador á quien encontró tendido sobre su escudo. Este fué el solo príncipe que prendieron los musulmanes; pues los demás los unos se rindieron bajo condiciones, y los otros se retiraron á Galicia. Ya de regreso, Moghit, activó el sitio de la iglesia donde se habian fortificado los cristianos. Entróla, al fin, y mandó degollar todos sus defensores. Esta iglesia fué llamada desde entonces (por los musulmanes)

de los *Cautivos*. En cuanto al gobernador, Moghit, lo guardó en prision con propósito de presentárselo mas adelante al gefe de los Creyentes. Por último, el general musulman dió á los judios el cargo de guardar la ciudad, reservóse el palacio del gobernador para su propia morada, y repartió las casas de los cristianos entre sus compañeros de armas.»

»En el entretanto, Tarik, habíase apoderado de Toledo. Dejó guarnecida la ciudad, y se dirigió hácia Guadalajara, pasando la Sierra (de Guadarrama) por el puerto llamado mas adelante, de Tarik (se cree que sea Buitrago), y llegó á una ciudad situada en el vertiente opuesto de la Sierra. Dióse á esta poblacion el nombre de *Ciudad de la Mesa*, por haberse encontrado en ella la célebre mesa de Salomon hijo de David, toda incrustada de oro y guarnecida de jacintos y esmeraldas, así su tapa como sus piés. De allí se trasladó Tarik á Amaya, donde obtuvo un rico despojo de oro y objetos preciosos, y luego regresó á Toledo.

En el mes de Ramadan de este mismo año de 93 (junio 712) desembarcó en España Muza-ben-Nozeir, con un ejército que algunos hacen subir á diez y ocho mil hombres (árabes la mayor parte y de las familias mas ilustres). Sabedor de las fáciles conquistas que Tarik habia realizado, tomó en ódio á este general. No bien hubo desembarcado en Algeciras, aconsejáronle siguiese el mismo camino que Tarik; pero lo rehusó cediendo á las indicaciones de los cristianos que le servian de guías, los cuales le dijeron:— Os dirigiremos por mejor cami-

no, en el cual encontrareis ciudades mas importantes que las conquistadas por Tarik. Celebró y asintió á la propuesta y se dejó guiar primero á la capital de Sidonia (Medina Sidonia), que entró por fuerza de armas; y luego hácia Carmona. Esta última ciudad era una de las mas fuertes de España (ya desde el tiempo de los romanos) y como no podia ser tomada ni por asalto ni por bloqueo, sino por estratagema, Muza envió contra ella algunos cristianos, quienes, como Julian, habiánsele sometido espontáneamente. Estos cristianos llegaron fingiendo huir del enemigo. Los habitantes de Carmona los dejaron entrar en su ciudad; mas llegada la noche abrieron la puerta llamada de Córdoba á los ginetes de Muza, que entraron espada en mano en la poblacion.»

Conquistada Carmona, Muza se dirigió sobre Sevilla. Érase esta la mas grande, la mas importante, la mejor construida, y la mas rica en antiguos monumentos entre todas las ciudades de España. Antes de la conquista de este reino por los Godos, habia sido residencia del gobernador romano; los reyes godos eligieron á Toledo por capital; pero Sevilla continuó siendo la estancia de la ciencia sagrada y profana y de la nobleza romana. Muza se apoderó de la ciudad despues de un sitio que duró algunos meses. Los cristianos se retiraron á Beja, y los judios quedaron guarneciéndola. De Sevilla, Muza se dirigió contra Mérida. Esta era tambien una opulenta ciudad llena de antiguos monumentos, un puente, palacios é iglesias mag-

níficas. Sus habitantes salieron al encuentro de los musulmanes, y trabaron con ellos un sangriento combate que se renovó al siguiente dia. Los meridienses fueron rechazados, y Muza sitió la plaza, que se rindió despues de muchos meses de estrecho bloqueo (1.° de junio de 713).»

«Durante el sitio de Mérida los cristianos de Sevilla, reforzados con los de Niebla y de Beja, se sublevaron contra los musulmanes y mataron ochenta soldados de la guarnicion. El resto huyó, y fuese á refugiar en el campamento musulman establecido delante de Mérida. Muza envió su hijo Aldalaziz con un ejército contra los sublevados de Sevilla. Abdalaziz recobró la ciudad y puso guarnicion en ella.»

Hácia fines de junio de 713, Muza salió de Mérida y se dirigió hácia Toledo. Noticioso de su llegada, Tarik le salió al encuentro, y se avistó con él en un pueblo de la provincia de Talavera. Saludóle respetuosamente, Muza le dió un latigazo en la cabeza reprendiéndole ásperamente por haberle desobedecido. Llegados á Toledo, Muza dijo á Tarik:—Enséñame la presa que has hecho, y sobre todo la *Mesa de Salomon*. Tarik obedeció; mas como notase Muza que faltaba un pie á la mesa, preguntóle qué se habia hecho de él.—Lo ignoro, respondió Tarik, asi es como la he encontrado. Muza mandó poner un pié de oro á la mesa, y la guardó cuidadosamente.»

«Poco tiempo despues marchó sobre Zaragoza, que conquistó asi como las demás ciudades de

aquella provincia; pero en el año 95 (setiembre de 713 á setiembre de 714) un enviado del califa Walid, le trajo la órden de presentarse en la córte. Muza obedeció; mas antes dejó el gobierno de toda España á su hijo Abdalaziz, mandándole que fijase su residencia en Sevilla, por estar situada esta ciudad en las orillas de un rio caudaloso donde podian estacionar las naves musulmanas, y servir de puerta, por decirlo así, á España. Permaneció Abdalaziz en Sevilla, en tanto que su padre acompañado de Tarik y de Moghit salió de la Peninsula.»

Esta breve descripcion que del suceso de la conquista, desde el desembarco de Tarik hasta la salida de España de Muza, nos hace el autor del *Akhbar-madjmua*, descripcion ó narracion que por otra parte encontramos con alguna variedad en todos nuestros historiadores generales, que la tomaron de los antiguos cronistas latinos, que á su vez la tradujeran de las crónicas arábigas, viene á confirmar muchas de las apreciaciones que dejamos consignadas en los capítulos precedentes.

En efecto, por poco que se fije la atencion en el órden de marcha del ejército de Muza, desde que desembarcó en Algeciras hasta que llegó á Sevilla, se verá demostrado que la batalla en que pereció el rey Rodrigo no pudo verificarse en las orillas

del Guadalete. Porque si Muza siguiendo *distinto camino* que Tarik, tomó Medina Sidonia, y de aquí se dirigió sobre Carmona, dejando á la izquierda Jerez, claro es que el itinerario de Tarik desde Algeciras á Ecija no pudo sér por los campos jerezanos, y por consiguiente que no vió siquiera las márgenes del Guadalete.

De la misma manera, si consideramos que despues de la cobarde defeccion de los hijos de Witiza en el trance de la batalla que decidió de la suerte del imperio godo en España, y de la existencia de toda su raza, ellos ni los parciales de su familia vuelven á figurar ni á sonar en ninguno de los sucesos posteriores, ¿no parece evidente que la traicion de aquellos ambiciosos príncipes no tuvo por objeto vender ni entregar su pátria á los musulmanes, sino que trataron de servirse de ellos como auxiliares para sentarse en el trono que ocupara su padre, como se desprende de las siguientes palabras que la tradicion pone en sus lábios: «Estos estrangeros no abrigan la intencion de fijarse en el país; solo aspiran á enriquecerse con el botin de la guerra, y así que lo hayan obtenido regresarán á su tierra.» ¿No debió este ser el mismo razonamiento que se hicieran Atanagildo cuando formó alianza con los imperiales; Sisenando cuando se valió de los Francos, y Ervigio cuando llamó á los musulmanes, con la sola diferencia de haber sido mas desgraciados los Witizas y Rodrigo que lo fueron los reyes sus antecesores?

Por último, este Julian que tantos beneficios

mereció al rey Witiza, puesto que á sus generosos socorros debió la conservacion de sus Estados en la Mauritania Tingitana, combatidos por los musulmanes, y que luego auxilia á estos mismos musulmanes y les sirve de consejero; y estos godos que se encuentran guerreando en todas partes en España, bajo las banderas del Islam, en Guadi-Becca con Tarik y en Carmona con Muza, ¿quiénes son, si no fueron el elemento godo puro vencido por el hispano-godo en la revolucion que entronizó á Rodrigo? ¿A quién sino á ellos puede hacerse responsable de la catástrofe que barrió el nombre y la raza goda de la haz de la tierra? «Porque entendamos, como dice muy juiciosamente Ambrosio de Morales, que los godos por godos habian de ser vencidos, sin que otra nacion sola pudiese prevalecer contra ellos.» El suceso, pues, de la conquista no fué en un principio movido por los resortes de una guerra estrangera, sino de una *guerra civil;* en la que los aliados de una de las dos parcialidades, lograron, favorecidos por las circunstancias, destruir los dos *partidos*, y hacerse dueños absolutos de la alhaja, causa del anti-patriótico litijio.

No negamos que en los últimos años del siglo séptimo la monarquía goda hubiese entrado ya en el periódo de su completa decadencia; ni creemos, dados los antecedentes de la raza árabe, que las aguas del Estrecho hubiesen sido barrera capaz de detener su espíritu de proselitismo y su fatal invasion en Europa. Es mas, creemos que esta no se hubiese retardado mas tiempo que el que los Sarra-

cenos hubiesen necesitado para apoderarse de Ceuta y para echar al mar otra escuadra semejante á la que intentó un desembarco en las costas meridionales de la Península en los postreros años del reinado de Wamba; pero, en lo que no podemos convenir, es, en que en los tiempos de un rey como Rodrigo, que en los dos primeros años de su reinado movió un numeroso ejército desde Toledo á Pamplona, y otro de cien mil hombres desde Pamplona al distrito de Algeciras, estuviese la raza goda tan flaca y degenerada, que en el trascurso de pocos dias se dejase esterminar completamente por doce mil infantes berberiscos.

El suceso, repetimos, de la conquista, fué á juicio nuestro, el resultado de una guerra civil promovida por las ambiciones de los magnates godos, sostenida por el antiguo antagonismo entre la religion católica y la secta arriana, exacerbada por la igualdad de derechos civiles que las leyes de Chindasvinto y Recesvinto habian establecido en favor de los hispano-romanos y precipitada, en fin, en el abismo por la imprevision, cuando menos, del partido godo puro, que lanzado del poder por una revolucion en 709, buscó auxiliares entre los musulmanes para reconquistarlo en 711.

Y que estos no trajeron otro carácter hasta que sucesos imprevistos é inesperados les hicieron cambiar de plan, lo prueba la oposicion que hizo el Califa Walid, á que Muza, gobernador general del Magreb, intentase una espedicion formal en España; lo prueban los dos reconocimientos—que tuvieron

todo el carácter de correria en busca de botin y de esclavas—que aquel mismo gobernador mandó practicar en las costas de Al-Andalos en los años 710 y 711, por algunos miles de berberiscos; lo prueban las *cuatro naves*, únicos medios de trasporte que hizo disponer para llevar á cabo ambas vandálicas correrías; lo prueba el que en todas ellas tomaron parte Julian y los godos sus parciales; y lo prueba en fin, el que solo cuando los bereberes y libertos de Tarik y los soldados cristianos del gobernador de Ceuta hubieron trocado en conquista definitiva lo que se anunció como algarada, Muza y sus árabes, entre ellos algunos *tabiis*, (asi se llamaban los discípulos de los que fueron compañeros de Mahoma) pasaron el Estrecho y entraron en España, donde ya no quedaba casi nada que hacer salvo entrar en algunas ciudades dispuestas á capitular á la primera intimacion. Es decir, los Árabes invadieron y conquistaron á España, cuando estaba ya *conquistada por la guerra civil entre godos*, y entregada por Julian á los *moros de Tarik*.

Si se nos pregunta qué hicieron los españoles durante el curso de aquellos inauditos y funestos acontecimientos, que dejaron por *tercera* vez su pátria á la merced de una raza estrangera, responderemos con muy pocas palabras. Enervados por largos siglos de pesada servidumbre; no repuestos todavia del hambre general y de la pestilencia que durante los tres años que precedieron al de 710 asolaron la España y causaron entre sus habitantes una espantosa mortandad; viendo, de un lado, á los

Godos sus soberbios dominadores durante trescientos años, vencidos con Rodrigo ó traidores con los hijos de Witiza y Julian próximos á desaparecer de su suelo; y del otro á los Arabes pueblo invencible hasta entonces, y, además, culto y tolerante que les dejaba sus bienes, sus templos, sus obispos, sacerdotes y jueces naturales; y convencidos por una larga y costosa esperiencia, que en todas las guerras á que se entregaron las razas estrangeras que se disputaran la posesion de su suelo jamás sacaron otra cosa sino mudar de señores, que comenzaban por hacerles pagar *los gastos de la guerra*, en proporcion á lo prolongado de aquellas, se cruzaron de brazos ó capitularon con los musulmanes bajo condiciones tan ventajosas como ningun estrangero se las habia ofrecido.

En corroboracion de esto último que dejamos apuntado, vamos á estractar del libro de Dozy *(Recherches etc. T.* 1°; *pág*, 79 *y siguientes)* lo que acerca de las condiciones en que se encontró la propiedad territorial en España, despues de la conquista, dice aquel sábio orientalista, tomándolo de la copia de un manuscrito árabe, que le facilitó el Sr Estévanez Calderon de Madrid.

«En el libro de Mohamet, encuéntrase, además, lo siguiente: De la misma manera que Muza, despues de la conquista de España distribuyó entre sus soldados los prisioneros y el botin, repartió tambien las tierras conquistadas; pero reservó para el Estado el quinto de aquellas tierras y los edificios existentes en ellas...... Con respecto á los cristianos

que en los tiempos de la conquista se encontraban en las fortalezas y en las altas montañas Muza les dejó sus bienes y el libre ejercicio de su culto bajo la condicion de que pagaren el impuesto territorial *(djizya.)*

«Dicen los sábios de los tiempos antiguos que conocieron bien la condicion de España, que todo este pais, salvo un corto número de localidades, muy conocidas, fué anexionado al imperio musulman por capitulacion; pues vencido Rodrigo, todas las poblaciones capitularon con los musulmanes. Por consiguiente, los cristianos que permanecieron en ellas, fueron mantenidos en la posesion de sus tierras y demás propiedades y en el derecho de venderlas.»

«Segun Abu-Merwan (Ibn-Haiyan, el célebre historiador) Ardabasto el conde de España, gefe de los cristianos de Córdoba, encargado de percibir la contribucion que debian pagar á los Emires, y hombre, en fin, que se habia grangeado mucha celebridad en los primeros tiempos de la conquista por su saber y profundo conocimiento de los negocios, aconsejó al gobernador de Córdoba alejase los Sirios de la ciudad, y establecerlos en otras provincias donde se encontrarian tan á sus anchas como en la misma Siria de donde procedian. Así lo hizo el gobernador prévio consentimiento de los Sirios. En su consecuencia, estableció el *Gum* (ejército ó division) de Damasco en la provincia de Elvira; el del Jordan, en la de Reiya (Málaga); el de la Palestina, en la de Sidonia; el del Hemesa, en la de Sevilla; el de Kin-

serina, en la de Jaen, y el de Egipto, parte en la de Beja, parte en la de Murcia. Para que no faltase la subsistencia á los Árabes de Siria, el gobernador les señaló la *tercera parte del producto* de las tierras de los cristianos. Los Bereberes, y los Árabes-baladies (los primeros que realizaron la conquista) se hicieron sócios de los cristianos; estos conservaron sus alquerias y no se les espropió de nada.»

Ahora bien; por poco que se recuerde la incalificable rapacidad de los pro-cónsules, pretores y pro-pretores romanos en España; la irritante injusticia con que procedieron los Godos desde el principio de su conquista tomando á los hispano-romanos las dos terceras partes de sus propiedades, y dejándoles solo una, y esta gravada con un impuesto que debian pagar al fisco á fin de no verse despojados de ella por los conquistadores, y se recuerda además, las persecuciones que la intolerancia arriana ejerció sobre los católicos, nadie estrañará que los Españoles se resignaran á sufrir la dominacion de los Árabes, á quienes debieran mirar casi como libertadores dado lo sábio de su política, que ningun otro pueblo conquistador supo imitar.

VI.

EMIRES (GOBERNADORES) DE ESPAÑA DEPENDIENTES DEL CALIFATO DE DAMASCO.

La eleccion de Abdalaziz para gobernar el pueblo recien sometido—que no nos atrevemos á llamar conquistado,—no pudo ser mas acertada; tanto, que sin las enconadas rivalidades y los gérmenes de perturbacion política que traian consigo las dos razas invasoras, y sin el carácter receloso y cruel del despotismo oriental, es posible que desde aquel momento hubiesen comenzado á lucir en nuestra pátria, ó al menos en Andalucía, los años de prosperidad moral y material, que la distinguieron en Europa setenta años despues, con el primer Emir independiente, fundador del Califato de Córdoba. El hijo de Muza, durante la estancia de su padre en la Península, habíase dado á conocer por su valor en la guerra, por su clemencia con los vencidos y por su caballerosa generosidad.

En efecto; en los primeros meses del año 713, despues de haber sofocado el alzamiento de Sevilla, cuyos habitantes espulsaran la guarnicion musulmana, dispuso una espedicion militar hácia las costas orientales de España, en tierra de Murcia, donde Teodomiro, caudillo godo, se habia refugiado con algunos restos del grande ejército derrotado en las orillas del Guadi-Becca, y héchose proclamar rey en justo galardon de sus proezas.

Noticioso de la aproximacion de Abdalaziz, el esforzado varon, á quien podemos llamar el *último godo*, reunió las mermadas fuerzas de que podia disponer, y con ellas se estableció en los pasos y desfiladeros de Cazlona y Segura, á fin de hostilizar á un enemigo con quien no podia medirse en batalla campal. Sin embargo, Abdalaziz consiguió desalojarlo de sus ventajosas posiciones, y obligarlo á emprender la retirada por las campiñas de Lorca, donde los godos fueron alcanzados y acuchillados por la caballería musulmana. Afortunadamente para los cristianos, dice una relacion arábiga, Teodomiro era hombre de grande ingénio y prudencia, merced á cuyas dotes pudo refugiarse en Orihuela, ciudad mal fortificada, con los restos de su hueste. Disponíase Abdalaziz á combatir la plaza que creia falta de defensores, cuando vió coronarse súbitamente sus almenas de muchedumbre de guerreros' y salir de la ciudad un parlamento, que solicitó conferenciar con él en nombre del caudillo godo. Admitióle cortesmente en su tienda el general musulman, y el parlamentario supo captarse hasta tal

punto el aprecio y benevolencia de Abdalaziz, que en el acto se ajustó un tratado de paz, que es uno de los documentos mas curiosos de aquella época, del cual habla Isidoro de Beja, y que ha sido publicado por Casiri, que lo encontró en la crónica Dhabbi. Hé aquí su contexto:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso: »rescripto de Abdalaziz, hijo de Muza, á Teodomi»ro, hijo de los Godos: séale otorgada la paz, y sea »para él una estipulacion y un pacto de Dios y de »su Profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á »los suyos: que no se le desposeerá ni alejará de su »reino: que los fieles no matarán, ni cautivarán, ni »separarán de los cristianos sus hijos ni sus muge»res, ni les harán violencia en lo que toca á su re»ligion: que no se les incendiarán sus iglesias, sin »mas obligaciones por su parte que las aquí pacta»das. Queda convenido que Teodomiro ejercerá »pacíficamente su poder en las siete ciudades si»guientes: Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, »Biscaret, Aspis y Lorca: que él no tomará las »nuestras ni socorrerá ni dará asilo á nuestros ene»migos ni nos ocultará sus proyectos: que él y los »suyos pagarán por cabeza cada año un dinero de »oro, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, »cuatro de vino, cuatro de vinagre, cuatro de miel »y cuatro de aceite: los esclavos y campesinos pa»garán la mitad. Fecha el 4 de redjeb del añ o 94 de »la hejida (5 de abril de 713). Firman el rescripto »presente Otman-ben-Abi-Abdah, Habi-ben-Obei»da, Edris-ben-Maicera y Abul-Casim-et-Mozeli.»

Este documento nos dá la medida de moderacion, humanidad y tolerancia de que hicieron gala los Árabes en los primeros tiempos de su invasion en España. Dudamos mucho que la historia nos presente muchos ejemplos de idéntica conducta, seguida en circunstancias análogas por otros conquistadores.

Firmado el tratado, el parlamentario se dió á conocer como el mismo Teodomiro, gefe de los cristianos. Los Árabes celebraron la sagacidad del godo, y le obsequiaron con un espléndido banquete. Al dia siguiente entraron en Orihuela los musulmanes; y como advirtiesen que el número de los hombres de armas que salieron á recibirlos no correspondia al de los soldados que habian visto en las murallas dispuestos á defenderlas, preguntaron por su paradero; á lo que Teodomiro contestó, que aquellos guerreros fueron las mugeres de la ciudad, á quienes armára de cascos y lanzas é hiciera deponer el cabello á guisa de la barba de los godos para engañar á los árabes. Estos rieron la ingeniosa ocurrencia, y no violaron las condiciones del tratado de paz.

Sojuzgada la tierra de Murcia y Valencia, Abdalaziz se dirigió á las campiñas de Jaen, descendiendo luego por la sierra de Segura hácia Baza, Guadix, Granada, á la sazon colonia judia, y arrabal de Iliberis, Antequera, y por último, Málaga, ciudades todas que le abrieron sus puertas sin oponer resistencia y en las que dejó guarniciones compuestas de árabes y de judíos.

De regreso en Sevilla, despues de su venturosa espedicion por las costas orientales de la Península, Abdalaziz se dedicó con tanto celo como actividad á organizar el gobierno y la administracion pública del país, creando al efecto en Sevilla, capital á la sazon del Emirato de España, un consejo, ó *Divan*, con el que compartía la direccion de los negocios del Estado; nombrando majistrados con el nombre de *alcaides*, para la administracion de justicia en todas las ciudades de sus dominios, y estableciendo la administracion económica con empleados que se llamaron recaudadores de los impuestos; fué su gobierno, en suma, tan prudente, moderado y conciliador, que muy luego se establecieron relaciones sociales y aun intimas entre los árabes y los españoles; visto que estos no sentian la opresion de aquellos, sino es en cuanto al tributo que pagaban; y aun en este caso, la ley los igualaba con los musulmanes.

Contribuyó no poco á la popularidad que Abdalaziz se grangeó en Andalucía, su casamiento con Egilona, viuda del desventurado Rodrigo, la cual, entre otros rehenes que Muza tomó en Mérida, trajo á Sevilla. Esta muger de singular belleza y relevantes prendas morales, fué el amparo de los cristianos, de cuya fé no habia abjurado á pesar de su matrimonio con un musulman; mas tambien fué la causa involuntaria del prematuro y desastroso fin del jóven Emir, pues de aquel matrimonio tomó pretesto la recelosa política del califa de Damasco para decretar la muerte de Abdalaziz.

En efecto; temeroso Soleiman, sucesor del Walid, de los resentimientos que en la poderosa familia de Muza despertara la negra ingratitud con que habia pagado los servicios del ilustre conquistador del África setentrional y de España, tomó pretesto de las murmuraciones de aquellos musulmanes mas fanáticos, que acusaban al esposo de Egilona de tibieza, por amor de ella, en su fé, y de contemporizar de tal manera con los cristianos que se hacia sospechoso de apostasía y de aspiraciones á reconstruir en su provecho personal el trono sumergido para siempre en las márgenes del Guadi-Becca, y espidió el decreto de muerte, contra el Emir de España y contra sus dos hermanos gobernadores tambien de África, el uno con residencia en Kairwan y el otro en Tánger.

De la certeza del hecho da testimonio la crónica de Isidoro de Beja, cuyo autor por vivir á la sazon entre los musulmanes de España, merece completo crédito.

Parece que el de Abdalazis fué dirigido á los cinco oficiales superiores del ejército de ocupacion de España, y llegó á manos de Habib-ben Obeida el Fehri, amigo íntimo del jóven Emir. Su desconsuelo fué inmenso, pero la órden del Califa era terminante y no admitia dilacion. Los encargádos de ejecutarla temerosos de que si se divulgaba la órden los soldados que amaban con estremo á Abdalaziz se armasen en su defensa, resolvieron cumplimentarla en secreto. En su virtud sorprendiéronle una mañana á la hora en que rezaba la

oracion del Alba, en una mezquita que hiciera construir en una casa de recreo, situada á las puertas de Sevilla, donde pasaba algunas temporadas, y allí lo lancearon hasta quitarle la vida (715). Cortáronle la cabeza que enviaron al Califa de Damasco, metida en una caja entre alcanfor.

Cuéntase que llegado Muza al Alcázar en ocasion en que el cruel Soleiman estaba examinando la cabeza de su víctima, preguntóle el Califa con irónico acento: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó el anciano con altivez; la conozco.... ¡Qué la maldicion de Dios caiga sobre el que asesinó á quien valia mas que él....!» Muza salió transido de dolor de la presencia del Califa, y partió inmediatamente para Waltichora, su pátria, donde á poco murió de pesar.

Los dos hermanos de Abdalaziz, Walies de África, tuvieron el mismo triste fin. Tal fué la infame recompensa, dicen los escritores Árabes, que obtuvo aquella esclarecida familia por los servicios que habia prestado al imperio.

Destino fatal fué el de todos los hombres mas notables de que se valió la Providencia para operar el milagro de la redencion de España. Todos desaparecieron al dia siguiente de haber terminado su mision. La obra quedaba hecha; ¿de qué podian servir ya los instrumentos? Rodrigo, Julian, los Witizas, Muza, Abdalaziz, Egilona, Moghit, y el mismo Tarik que murió tambien en la oscuridad y en la desgracia, asistieron al funeral de la España de los Romanos y de los Godos; mas ninguno pre-

senció ni menos contribuyó á la resurreccion de la España de los españoles. De la misma manera que se decia en Francia, en tiempo del *Terror:* «Ninguno que haya conocido el antiguo régimen puede aceptar con sinceridad el nuevo» decimos nosotros al referirnos al suceso de la completa trasformacion de España: «Ninguno de los que cubiertos sus hombros con manto de brocado, adornados sus dedos con sortijas de oro, y calzados sus piés con borceguíes enriquecidos con rubíes y esmeraldas dejaron morir la España formada por razas estrangeras, podia asistir vestido de pieles sin adobar, armado de tosca malla, y calzadas abarcas de cuero á la formacion de la verdadera nacionalidad española. Así como el cristianismo no podia nacer en el palacio de los Césares de Roma, ni alimentarse con la corrompida sávia de una civilizacion que habia terminado ya su imperfecto desarrollo, así la España propiamente dicha, no podia tampoco nacer en el palacio de los reyes Godos de Toledo, ni nutrirse y robustecerse bajo la servidumbre romana ó goda erigida en ley inflexible en los códigos de aquellas razas, ni bajo el derecho aristocrático concedido á un corto número de familias para gobernar á las demás.

Muerto Abdalaziz y no habiendo nombrado el Califa quien le sucediera en el gobierno de la Península, reuniéronse en Sevilla los generales y musulmanes de mayor prestigio é influencia, y eligieron Walí interino á Ayub-ben Habib el Gami, primo hermano de Abdalaziz. Ayub, militar esclareci-

do y entendido administrador, se esmeró en continuar la política y administracion tolerante y equitativa de su primo. El primer acto de su autoridad, fué trasladar su asiento á Córdoba, conceptuando aquella ciudad en situacion mas ventajosa como mas central para los efectos de su gobierno. El segundo fué repartir la Península en cuatro grandes divisiones mal deslindadas en el nombre y en la repartición; es á saber: Norte, Mediodia, Levante y Poniente. Muy luego visitó algunas provincias de su Emirato, oyendo las quejas de los pueblos, y administrando recta justicia entre cristianos, musulmanes y judios. Poco tiempo gozó España de su paternal gobierno. El Walí supremo del África le depuso por órden del Califa, á quien Ayub se hiciera sospechoso como pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur-ben Abderrahman, conocido vulgarmente por El Horr.

Este fué el primer general musulman que pasó los Pirineos y penetró en la Septimania, Lo llevó todo á sangre y fuego; ocupó á Narbona y por espacio de tres años paseó sus armas victoriosas por la Galia Visigoda hasta el país que baña el Garona. Detúvole en medio de sus conquistas, obligándole á regresar ejecutivamente á España, la noticia de una sublevacion en el norte de la Península, movida por los cristianos, que destruyeron un ejército musulman.

Esta sublevacion fué la acaudillada por Pelayo, hácia los años 717 ó 718, segun las crónicas cristianas, ó entre los de 721 á 725 segun testimonio de

Razi, y de Ibn-Haiyan que la ponen bajo el gobierno de Ambiza-ben-Sohim, ó por los de 731, como dice Ibn-Kaldun. De todas maneras el hecho es cierto é incontestable, y solo varian sus detalles á impulsos de la pasion política y religiosa de los cronistas de distinto origen que los refieren.

No vamos á discutir la existencia de Pelayo que algunos críticos modernos han puesto en duda, fundados en el silencio que acerca del héroe de Covadonga guarda Isidoro de Beja, único cronista español contemporáneo del acontecimiento; pero de la que dan testimonio las crónicas arábigas publicadas en nuestros dias; ni tampoco discutiremos su orígen y genealogía por mas que las crónicas Albeldense y de Sebastian de Salamanca lo supongan descendiente de la sangre de Chindasvinto y sobrino de Rodrigo; que el cronicon de Oviedo llame á su padre duque de Alava, y que los cronistas musulmanes, lo titulen *Belaz el Mumi*, es decir, el *romano;* siendo de notar que cuidan mucho de indicar la procedencia de los primeros cristianos que se alzaron en armas contra los musulmanes, como aconteció con Teodomiro, á quien dijeron: *ben-Gobdos*, es decir, hijo de Godos. Bástanos, pues, tener probada su existencia y la del suceso que inmortalizó su nombre para que consideremos ociosa en este lugar toda discusion acerca de su orígen y de la fecha de su alzamiento, por mas que haya sido motivo de encontrados pareceres hasta entre los mismos historiadores árabes.

En corroboracion de esto último, véase como se

expresa el célebre historiador, de orígen andaluz Ibn-Khaldun.

»Cuando los musulmanes hubieron vencido á los cristianos, en el año 90 de la Hegira, y que hubieron dado muerte al rey Godo, Rodrigo, prosiguieron su conquista por todas las provincias de España, mientras que los cristianos huyendo delante de ellos pasaron los desfiladeros de Castilla y se refugiaron hácia la costa del Norte. Reunidos en Galicia alzaron rey á Pelayo hijo de Favila, quien reinó 19 años y murió en 133 (9 de Agosto de 750—30 de Julio de 751). Su hijo Favila que le sucedió, reinó dos años. Muerto este, los cristianos alzaron rey á Alfonso, hijo de Pedro, cuyos descendientes reinan todavia. Estos reyes proceden de una familia gallega; si bien Ibn-Haiyan pretende que su orígen es Godo. Creo que esta opinion es errónea, porque esta nacion habia perdido ya el poder; y es notorio que cuando una nacion lo pierde es muy difícil que lo vuelva á recuperar. Fué una *nueva dinastía* que reinó sobre un *pueblo nuevo:* mas solo Dios sabe la verdad.»

De estas palabras del historiador arábigo, se desprende á primera vista, que la sublevacion que obligó á El Horr á regresar á España, tuvo lugar, puesto que los cristianos alzaron un rey, cuando los musulmanes se creian soberanos de toda la Península; pero no se habla de la batalla de Covadonga. Mas, ¿no pudo trabarse aquella refriega á consecuencia de la irrupcion que los muslimes verificáran en las montañas de Astúrias para castigar á los

sublevados? Siendo así, el silencio de Ibn-Kaldun no implica negativa del hecho. Queda, pues, solo la duda, si la proclamacion de Pelayo precedió ó fué consecuencia de su inmortal victoria sobre las hasta entonces invencibles huestes musulmanas.

Vámos ahora á narrar compendiosamente el suceso, ateniéndonos á las narraciones mas acreditadas, y remitiendo aquellos de nuestros lectores que deseen mas detalles, á la Historia general de España.

Dueños los Árabes de las provincias mas ricas y feraces de la Península, descuidaron las agrestes y escabrosas regiones que atraviesa la gran cadena de montañas que corre de levante á poniente, desde los Pirineos hasta Galicia; suelo inculto y pobre que no les brindaba ni con presa ni con terrenos favorables para sus establecimientos. En ellas se habian refugiado, despues de la catástrofe del Guadi-Becca, multitud de cristianos que buscaron al abrigo de aquellas rocas inaccesibles, espesos bosques y profundos valles, el culto y la libertad de que temieron ser despojados por el afortunado é irresistible conquistador. Parece que durante el gobierno de Ayub, sucesor de Abdalaziz, algunos destacamentos musulmanes habian recorrido las regiones bajas y las playas marítimas de Galicia y Astúrias hasta Gijon, donde Otman-ben-Abu-Nesa (el Munuza de las crónicas latinas) estableció el centro de su gobierno.

Por los años de 717 ó 718, los *Astúres nunca do-*

mados, segun la frase de los poetas latinos del tiempo de Augusto, y los cristianos que procedentes de muchas provincias de la Península, se habian refugiado entre ellos huyendo del Árabe invasor, repuestos del espanto que los sobrecogiera, á virtud del reposo en que les dejára el enemigo durante tantos años, y alentados por las espediciones que este verificára allende el Pirineo, se atrevieron á salir de sus enriscadas viviendas, descendieron por los valles, y fundaron uno ó varios establecimientos en los campos inmediatos al pueblo de Cangas de Onis. Aquel embrion de Estado necesitaba de un gefe ó cabeza para constituirse en condiciones de estabilidad. En su virtud, todos los ojos se fijaron en PELAYO, cuyos antecedentes, es de suponer, lo harian merecedor de tan señalada distincion. Muy luego debió ser conocido en las comarcas inmediatas el heróico é inesperado suceso, y de ellas acudiria crecido concurso de cristianos para ponerse bajo el amparo de aquel nuevo gobierno que respondia á sus aspiraciones de independencia y á sus creencias religiosas.

El rumor de aquel imprevisto levantamiento llegaria mas ó menos abultado á oidos del Emir de España, quien dispuso el envio de algunas fuerzas al mando de un general, que la historia llama Alkamah, para sujetar á los rebeldes y obligarles á pagar el tributo. A la aproximacion de la hueste musulmana, Pelayo, no conceptuándose con medios suficientes para contrarestarla en campo abierto, abandonó las campiñas de Cangas y se retiró hácia

las fragosidades del monte Auseba. Los ancianos, las mugeres y los niños se ocultaron en lo mas enriscado de aquellas breñas, y los hombres de armas se situaron en ventajosas posiciones para ofender al invasor.

«A la estremidad de un estrecho valle al Oriente de Cangas, *(D. Modesto Lafuente, Hist.ª de España)* que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho pies de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podian caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de su gente en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el rio Deva... Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponian los refugiados en la cueva, quedando sus estensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel atàque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los Árabes arrojaban solian rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacian rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que

aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo.

«Cuando Alkamah vió el peligro en que se encontraba su ejército, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto en los que iban de vencida. El estampido del trueno, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y los troncos que de todos lados caian sobre los árabes, todo contribuyó á hacer creer á los soldados de Mahoma que hasta los montes se desplomaban sobre ellos. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulman que pudiera contar el desastre.....»

Hasta aquí la version cristiana; veamos ahora la de los musulmanes. Abdalah-ben Abd-el-Rahman refiere el acontecimiento en los siguientes términos:

«El gobernador de la Peninsula nombrado por el Califa, con noticia que tuvo de haberse sublevado los cristianos por las montañas del setentrion, envió contra ellos á Alkamah. Pelayo á favor de su situacion y de su arrojo, combatió á los musulmanes matándoles cerca de tres mil. Se perdieron sus tiros, estalló una tormenta y quedó sumerjida la hueste. Acudió Pelayo é hizo en ellos cruel matanza. Quedaron en el campo Alkamah y sus compañeros.»

Tal fué, en resúmen el memorable acontecimiento, cuya influencia en los destinos de la nacionalidad española, no ha menester para ser apreciada, de la hiperbólica exageracion con que el celo

religioso y el entusiasmo patriótico le han pintado; suponiendo tantos soldados musulmanes muertos en la batalla de Covadonga, como es muy posible no fuesen los vivos, á la sazon, en toda España. De todas maneras el hecho cierto y evidente es, que aquella fué la primera derrota que sufrieron los Árabes desde el dia de su primera invasion, y que aquella derrota fué obra de los *españoles,* que hasta entonces no habian combatido por su verdadera independencia.

Muy luego habremos de ver los inmensos resultados que produjo aquel memorable suceso en la Península. Entre tanto volvamos á Andalucia, donde reside todo el interes histórico de aquel período de la de España.

El año 720, el califa Yecid, á peticion de los musulmanes de España á quienes se habia hecho insufrible la estremada severidad y la codicia de El Horr decretó su destitucion y le reemplazó con Alsamah-ben-Melek (el Zama de nuestras crónicas) hombre hábil y entendido en administracion que se dedicó desde el comienzo de su gobierno á reparar los males causados por su antecesor y á normalizar la situacion económica del país. En el año siguiente 721, salvó los Pirineos, invadió la Septimania y la Aquitania, y puso cerco á Tolosa, bajo cuyos muros fué muerto en una batalla que le dió el conde Eudon. El ejército musulman se retiró á Narbona y nombró por su gefe al bizarro Abderrahman-el-Gafeki, cuya eleccion fué aprobada por el Emir de Africa; mas luego fué separado de su cargo, acusa-

do de corromper las frugales costumbres de los musulmanes por su escesiva liberalidad con los soldados.

Sustituyóle Ambiza ben Sehim, quien mandó distribuir los terrenos baldios entre los soldados veteranos y las tribus musulmanas que acudian á establecerse en España; hizo justicia á todos sin distincion de cristianos, mahometanos ó judios, y por último, con propósito de vengar el desastre de Tolosa invadió con un numeroso ejército la Galia gótica donde encontró la muerte en un combate (725).

Desde aquel año hasta el de 728, sucediéronse en Andalucía cuatro emires cuya breve administracion se señaló generalmente mas bien por lo codiciosa y tiránica que su moderacion; hasta que el califa de Damasco, dando oidos á las repetidas quejas de los muslimes, nombró para el gobierno de la Península al valiente Abderrahman, el mismo que pocos años antes habia sido depuesto por sus liberalidades con los soldados.

Benévolo y justo con los cristianos, Abderrahman reparó muchas de las injusticias cometidas por los emires sus predecesores; destituyó las autoridades que se habian señalado por su falta de probidad y devolvió á los cristianos las iglesias de que habian sido despojados faltando á las estipulaciones de los tratados. Pero lo que mas celebridad dió á Abderrahman en los fastos de la historia de la Edad Media, fué su famosa espedicion á las Galias. Ardiendo en deseos de vengar las sangrientas der-

rotas que sus antesesores habian sufrido del otro lado de los Pirineos, publicó con inusitado estruendo la *Guerra Santa* á cuyo llamamiento acudieron numerosas tribus procedentes de la Arabia, de la Siria, del Egipto y del Africa, que reunidas en España formaron un ejército tan numeroso como nunca se habia visto en Europa bajo los estandartes del Profeta. Con él pasó Abderrahman los Pirineos por Pamplona; incendió el Bearnés y la Aquitania; tomó y saqueó á Burdeos; pasó el Garona y el Dordoña; derrotó el ejército aquitano del Duque Eudon, y llegó á las dilatadas llanuras que se estienden entre Tours y Portiers. Allí le salió al encuentro Cárlos, duque soberano de los Franco-Austrasios, y se empeñó entre el Evangelio y el Coran aquella memorable batalla (732) que salvó la Francia del yugo musulman, y acaso á la Europa entera y á la cristianidad de caer bajo el imperio de la media luna. En ella dejó la vida el valiente Abderrahman, y los Arabes perdieron el rico botin que habian hecho en su venturosa correria por la Galia hasta Poitiers, y con él la fama de invencibles que hasta entonces los habia acompañado en todas sus guerras.

Sucediole en el amirato de España el anciano Abdelmelek ben Cotan, quien deseoso de vengar el desastre de Poitiers reunió un numeroso ejército y se puso en marcha resuelto á invadir de nuevo la Aquitania. Al pasar los desfiladeros de la Vasconia, vióse detenido por los montañeses, que no solo le cerraron el paso, sino que tambien le obligaron á

retroceder en desórden sobre el Ebro (734). El desgraciado emir fué destituido, y el Califa de Damasco nombró en su lugar á Ocba-ben-Alhegay, general que se habia distinguido en las guerras de África.

Ocba dió comienzo á su gobierno corrigiendo los abusos, y castigando severamente á todos los alcaides y funcionarios acusados de malversadores y concusionarios; estableció partidas rurales para la seguridad de los campos; empadronó los vecinos de todas las poblaciones; igualó los tributos entre cristianos, musulmanes y judios y fundó numerosas escuelas y mezquitas. Disponiendo estaba una espedicion allende el Pirineo, cuando recibió órdenes del Walí de África mandándole pasar allá para sujetar una nueva rebelion de los bereberes que se habian levantado contra la autoridad del Califa. Ocba reunió en Córdoba un escojido cuerpo de caballería y con él pasó á Africa en 737.

Cuatro años permaneció Ocba en África combatiendo á los rebeldes, al cabo de los cuales regresó á Andalucia que yacía presa del mayor desórden promovido por los celos y rivalidades entre las diferentes razas musulmanas establecidas en el país. Sorprendióle la muerte antes de que hubiese puesto coto á la anarquía; mas tuvo la prevision de dejar el gobierno encomendado al anciano Abdelmelek.

La salida de Ocba de África fué la señal de una nueva y mas terrible sublevacion de los berberiscos, que en dos batallas campales destrozaron completamente otros tantos ejércitos Árabes. En la segunda logró salvarse de la carnicería un cuerpo de

veinte mil Sirios mandados por Baleg y Thaalaba, que sé refujiaron en Ceuta desde donde pidieron socorro á sus hermanos de Andalucía que les fué negado por el emir de Córdoba, Abdelmelek.

La influencia que tuvo la rebelion de África en España fué demasiado importante para que dejemos de consagrarle algunas palabras, visto que á su influjo comenzó inmediatamente la obra de la reconquista, con una rapidez tal y resultados tan asombrosos, que en el breve trascurso de pocos años el imperio musulman se vió sériamente amenazado por las armas cristianas; esta vez esgrimidas por los *españoles*, sin mas auxilio que el de Dios y el de su varonil denuedo.

Reinaba á la sazon, en Astúrias, Alfonso I, casado con Ermesinda, hija de Pelayo. Era este príncipe hijo de Pedro, Duque de Cantabria, es decir de toda la tierra que se estendia á lo largo de la costa desde las fronteras Orientales de Asturias hasta las de Francia, país que no habia sido sometido por los musulmanes. Muerto Favila desgarrado por un oso en 739, sucedióle Alfonso, quien reunió bajo su cetro los dos Estados independientes del Norte, Astúrias y la Cantabria, formando con ambos un reino ya bastante poderoso para tomar la ofensiva con probabilidades de éxito, contra los musulmanes que le tenian estrechado entre las asperezas de las montañas y el Occéano.

Veamos ahora cual era la situacion de estos últimos, á fin de que se haga mas comprensible la fortuna y rapidez con que el primer Alfonso realizó

sus conquistas, y estendió en breves años las fronteras de sus Estados, desde la gran cordillera que corre de Levante á Poniente arrancando de los Pirineos para terminar en Galicia, hasta el Tajo.

Segun testimonio de los autores arábigos, de acuerdo con el de nuestros propios cronistas, despues de las invasiones de 711 y 712, los conquistadores que se establecieron en las provincias próximas á las Asturias, no fueron Árabes, sino Bereberes. Por todas partes, hasta en Galicia tenian asegurada su dominacion, hasta el estremo, que, segun dice el autor de *Akhbar-madjmua*, bajo el gobierno de Ocba, no habia un solo pueblo de aquella provincia que no les estuviese sometido. Así las cosas, subió al trono de Astúrias Alfonso I, y al poco tiempo estalló la sublevacion en África.

Hacia ya mucho tiempo que los Bereberes de España estaban sumamente irritados contra los Árabes, porque siendo ellos los que habian derrotado el ejército de Rodrigo y conquistado la Peninsula al mando de Tarik, cuando se trató de repartir el beneficio de la victoria, los Árabes de Muza se habian adjudicado la parte del leon; es decir, habianse reservado las provincias mas fértiles, entre ellas la hermosa y opulenta Andalucía, dejando á los Bereberes las áridas llanuras de la Mancha y de la Estremadura, y las agrestes montañas de Leon de Galicia y Astúrias donde vivian en continua hostilidad con los cristianos que no se avenian á sufrir el yugo musulman. Hacia mucho tiempo, repetimos, que las dos razas moraban en nuestro suelo mi-

rándose con enojo y desconfianza, cuando los Bereberes de África, no menos oprimidos por los Árabes que los de España, se insurreccionaron contra sus opresores.

Aquella insurreccion á la vez política y relijiosa tuvo mucho eco entre sus hermanos de España, á quien los de África enviaron emisarios para moverles á una insurreccion general que tenia por objeto esterminar á los Árabes. La sublevacion, pues, estalló en Galicia y se corrió hácia el Norte hasta el distrito de Zaragoza, donde no logró penetrar por estar en él los Árabes en mayoria. En todos los demás los Árabes fueron derrotados y espulsados. Alentados con el éxito de su brusca acometida, reuniérónse en un numeroso ejército los Bereberes de Galicia, Mérida, Coria, Talavera y otros distritos y se dirijieron contra las provincias del Mediodia, llegando hasta el pié de los muros de Toledo y de Córdoba.

Alfonso I no solo no descuidó, sino que supo aprovechar grandemente tan favorable coyuntura para levantarse en armas con sus súbditos, y caer con la rapidez del rayo sobre los restos de las tribus bereberes que habian permanecido en el pais. Tan ruda y ejecutiva fué su acometida, que muy pocos infieles lograron salvarse refujiándose en Astorga, y pereciendo los demás al filo de las espadas cristianas. En el pais pues, no quedó rastro de la dominacion musulmana. En el año 757 (segun la cronologia del *Akhbar-madjmua*, los Bereberes se vieron obligados á replegarse mas hácia el Medio-

dia. Abandonaron Braga, Porto y Viseo, de manera que toda la costa hasta mas acá de la desembocadura del Duero se vió libre de su dominacion. Retrocediendo siempre, y en la imposibilidad de mantenerse en Astorga, Leon, Zamora, Ledesma y Salamanca, hubieron de refujiarse en Coria y hasta en Mérida. Mas hácia el Este evacuaron Saldaña, Simancas, Segovia, Ávila, Oca, Osma, Miranda de Ebro y algunos pueblos de Rioja. Las principales ciudades fronterizas del país musulman, fueron desde entonces desde el Este al Oeste: Coimbra, Coria, Talavera, Toledo, Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Hé aquí, pues, de qué manera una mitad próximamente del suelo de la Península quedó libre del yugo musulman á los cuarenta años, poco mas ó menos, de la invasion de Tarik y Muza. La guerra civil entre las dos razas conquistadoras, una hambre espantosa que en aquellos tiempos asoló el país y las armas victoriosas de los membrudos soldados de Alfonso I, produjeron tan felices resultados para la cristiandad.

Alfonso, dice Dozy, no sacó el provecho que debiera de las ventajas obtenidas por él. Rocorrió en son de guerra todo el pais, pasó á filo de la espada los musulmanes que encontró en él, y llevóse consigo á sus Estados los cristianos que le recibieran como su libertador. Contentóse con tomar posesion de los distritos mas inmediatos á sus dominios, es decir, el Liébana, al sur oeste de la provincia de Santander, Castilla la Vieja, llamada Bardulia á la

sazon, las costas de Galicia y acaso la ciudad de Leon. Los demás paises solo fueron durante largos años *un desierto que formaba una barrera natural* entre los cristianos del Norte y los musulmanes del Mediodia. Ciudades tan importantes como Astorga y Tuy no se vierón repobladas hasta despues del año 850, en el reinado de Ordoño I, segun dicen Sebastian de Salamanca y la Crónica Albendense.

¿Sería aventurado atribuir á aquel desierto que formaba una barera natural entre cristianos y musulmanes, la larga suspension de hostilidades que duró entre los dos pueblos desde los últimos años del reinado de Alfonso el *Católico* hasta los primeros del de Alfonso el *Casto?*

Dijimos en alguno de los párrafos precedentes, que despues del segundo desastre de los Árabes en África, un cuerpo de veinte mil Sirios refugiado en Ceuta, pidió auxilio á sus hermanos de Andalucía y que le fué negada por Abdelmelek. Sin embargo, viéndose el anciano emir estrechado en Córdoba por la irrupcion de los Bereberes procedentes de Galicia, pactó con aquellos Sirios y sus gefes Baleg y Thaalaba, que les daria entrada en España á condicion de que habrian de reembarcarse para África cuando él lo estimase oportuno.

Vinieron los Sirios á Andalucía, y unidos á los Árabes derrotaron á los Bereberes, acosándolos en términos de que los vencidos se vieron en la necesidad de abandonar la Peninsula, de la que salieron embarcándose en el rio Barbate en la provincia de Sidonia, pasando al África, donde se

reunieron á los de su raza en Tánger y en Arcila.

Obtenida la victoria, el emir de Córdoba exigió de sus auxiliares el cumplimiento del convenio en virtud del cual les habia dejado entrar en España. Los Sirios contestaron apoderándose de Córdoba, ahorcando á Abdelmelek, y proclamando emir á su gefe Baleg (742-743). Los Árabes andaluces se levantaron en armas contra aquellos miserables aventureros; Thaalaba, segundo gefe de los Sirios, se negó á reconocer la autoridad de Baleg; llegó de Narbona con un numeroso cuerpo de tropas Abderrahman-ben-Alkamah, wali de la Septimania, derrotó y mató á Baleg en los campos de Calatrava, y por último, Thaalaba, con los restos del ejército sirio marchó sobre Mérida, volvió y se apoderó de Córdoba y se hizo proclamar emir.

Entre tanto que ardia la guerra civil entre los musulmanes en Andalucía, la formidable rebelion de los Bereberes, que arrojara á los Sirios en España, habia sido completamente sofocada, en términos de que todo el pais del Magreb hasta el Estrecho y el Atlas volvió á la obediencia de los Arabes. El walí vencedor de los Bereberes, Hanthalah, con deseo de aprovechar para la causa del Islam el génio batallador de aquellas gentes, dispuso enviar á la Península 10,000 magrebinos, al mando de Abulkatar, general que se habia distinguido mucho en la guerra de África. Este pensamiento que pudo ser un bien para aquella region, fué un mal

para Andalucia puesto que arrojó en ella un nuevo y poderoso elemento de discordia.

El dia que llegaron los magrebinos á la vista de Córdoba, iban á ser degollados en las afueras de la ciudad, por órden de Thaalaba, mil prisioneros Bereberes. La presencia de Abulkatar salvó las víctimas destinadas al sacrificio, y el gefe Sirio, que lo decretara fué reducido á prision por el nuevo emir, que lo envió á África cargado de cadenas (744).

La fama de que vino precedido Abulkatar á España, como guerrero y hábil político, le grangeó desde luego el respeto y la obediencia de todos sus correligionarios. Uno de los primeros actos de su administracion fué hacer un nuevo empadronamiento de todas las tribus, y un reparto territorial, sin perjuicio de los hacendados, entre la poblacion musulmana no avecindada, á fin de poner término á las sangrientas discordias que la necesidad de establecerse definitivamente mantenia entre las castas, principalmente la de los Árabes-Baladi y Sirios, que ambicionaban poseer las fértiles comarcas de Andalucia. Verificóse el reparto en la forma que dejamos apuntada en la página 111 de este tomo; mas no dió el resultado que fuera de esperar atendida la equidad con que procedió el emir, y la prevision y sabiduría de su consejero en este asunto, el Conde Ardabasto, gefe de los cristianos de Córdoba, visto que al poco tiempo un jóven Sirio, llamado Samail, de linaje esclarecido pero de carácter inquieto y turbulento que viniera en compañia de Baleg, alzó el estandarte de la rebelion ba-

jo el pretesto de que en el reparto de las tierras, Abulkatar habia mostrado señalada preferencia por los Árabes del Yemen. Uniósele Thueba, hermano de Thaalaba, el emir que en el año 744, fué enviado al África cargado de cadenas, y juntos, acaudillando numerosa hueste de descontentos movieron guerra cruel contra Abulkatar y las tribus que se le habian mantenido fieles, hasta que le derrotaron en una sangrienta batalla empeñada cerca de los muros de Córdoba, donde condujeron prisionero al vencido emir.

Samail y Thueba se repartieron el fruto de la victoria, quedando el primero con el poder soberano de la Peninsula, y el segundo con el emirato independiente de Zaragoza y de toda la España Oriental, si bien los Walies de Toledo y Mérida se negaron á reconocer al usurpadór.

Renováronse, como no podia menos de suceder, los ódios y sangrientas rivalidades entre las diferentes tribus de Árabes, Persas, Sirios, Egipcios y Berberiscos, hasta que el temor á la desastrosa ruina que veian en perspectiva, les obligó á firmar una trégua para tratar de nombrar un emir con poderes bastantes para concertar los intereses encontrados. Al efecto, reuniéronse en Córdoba los enviados de los diferentes Estados musulmanes, y elijieron á un noble Coraicita, llamado Yussuf-ben-Alderrahman-el-Fehri, guerrero de gran prestigio, que se habia mantenido independiente de todos los partidos. Su nombramiento fué recibido con general aplauso (746).

La paz que el gobierno de Yussuf proporcionó á la España musulmana no fué de larga duracion. Por los años de 748, el wali de Sevilla, Ahmer-ben-Amru, envió cartas á la corte del Califa de Damasco, acusando á Yussuf de abrigar el proyecto de hacerse independiente de la soberania del imperio. Súpolo el emir, é intentó inútilmente castigar á su calumniador. Esto dió motivo á nuevas y sangrientas discordias entre los musulmanes, en las que tomaron parte los walies y principales caudillos de muchas provincias.

Por aquel entonces tenia lugar en Damasco la memorable revolucion que esterminó toda la familia y dinastia de los Ommiadas, que habia dado catorce califas al imperio muslímico, y la sustituyó con la de los Abassidas, descendientes de Abas, tio de Mahoma y abuelo de Alí yerno del Profeta.

Del degüello general salvóse solo un vástago de aquella ilustre familia, jóven de veinte años, llamado Abderrahman-ben-Moawia, nieto de Hixem, décimo califa de los Omeyas. Huyendo el príncipe de sus sanguinarios perseguidores llegó tras vicisitudes mil á la Mauritania, y se refujió en la ciudad capital de la tribu de los Zenetas, donde halló una nueva pátria.

Ardia, á la sazon, la España musulmana en el fuego de la guerra civil; y fueron tantos los desórdenes, tantas las calamidades que afligieron á los pueblos, promovidos por los bandos que se titulaban de los *Andaluces* y de los *Orientales*, que los jeques mas ancianos y caracterizados de las tribus proce-

dentes de la Arabia, Siria y Egipto, se reunieron en Córdoba, en número de ochenta, para ver de atajar la discordia civil, y establecer un gobierno justo, fiel observante de la ley, y buen administrador de los intereses de los pueblos. La urgencia del remedio era tanta que todos convinieron en la proposicion que desde luego presentó el anciano Wabib-ben-Takir, en la primera reunion que celebró la Junta referente á emancipar la Península del imperio musulman de Oriente, y ofrecer el gobierno de ella á Abderrahman-ben-Moawia. En su virtud, fuéronle enviados al príncipe proscripto comisionados que en nombre de la Junta de los ancianos le ofrecieron el amirato independiente de España. Abderrahman aceptó en medio de los plácemes de los ancianos y del entusiasmo de los jóvenes de la tríbu que le habia dado asilo.

En el año 755 hubo grandes alborotos y juntas de jentes en tierra de Elvira y principalmente en Almuñecar, con motivo de la noticia que circuló de haberse embarcado en las costas de Argel, rumbo á las de España, el príncipe Abderrahman. No mucho despues apareció el jóven ommiada en aquel puerto, seguido de mil caballeros de la Tribu Zeneta. Los jeques árabes, sirios y los mas señalados caudillos egipcios que le estaban esperando, se apresuraron á jurarle obediencia, y el pueblo que en confusa muchedumbre se apiñaba por verle, prendado de su juventud y gallarda apostura lo victoreó con delirio. Seguido de sus fieles Zenetas, Abderrahman atravesó las Alpujarras, entró en

Elvira, y desde aquí se dirigió por la provincia de Málaga, de Sidonia y Jerez, hácia Sevilla en cuya ciudad entró al frente de veinte mil hombres armados. Fué recibido en medio del mayor entusiasmo por sus habitantes, que le juraron fidelidad, así como los diputados de otras ciudades, que, ó le esperaban ó acudieron á prestarle obediencia.

En 756, Abderrahman despues de haber derrotado completamente en reñida batalla al hijo de Yussuf, encargado por su padre del gobierno de Córdoba, y en otra no menos sangrienta y porfiada campal refriega al mismo Yussuf y á su lugar-teniente Samail, los cuales despues de su derrota se retiraron el primero hácia Mérida y el segundo á las asperezas de la sierra de Elvira, Abderrahman, repetimos entró en Córdoba, donde fué proclamado por los jeques y el pueblo, emir soberano de España, y heredero del trono y los derechos de los Califas Ommiadas. El ejemplo de Córdoba persuadió á otras muchas ciudades musulmanas, que enviaron sus protestas de obediencia al príncipe, á quien el pueblo, en sus trasportes de alegria, llamaba el génio benéfico del Islam.

A partir de este dia, la España musulmana se emancipó del Califato supremo de Oriente y Occidente; trocóse de vasalla en soberana, y dió comienzo á uno de los periódos mas brillantes de la historia política de la Peninsula. Desde entonces tambien, Europa, Asia y África volvieron los ojos hácia Andalucía, de donde no los separaron un momento durante muchos siglos.

Al cerrar esta primera época del periódo de la dominacion musulmana en la Peninsula, época tan breve como fecunda en acontecimientos que contribuyeron poderosamente á cambiar la faz de dos grandes pueblos, entonces preponderantes en Europa, y antes de abrir la que le sucedió, no menos importante para los destinos de España, creemos oportuno esponer algunas consideraciones que sean á manera de complemento de lo que dejamos narrado.

Dueños los Árabes de toda España y sometidos la mayor parte de sus moradores, unos por la fuerza, como los Godos no convenidos, y otros en virtud de honrosas capitulaciones como los españoles, pasan algunos años durante los cuales parece haber desaparecido, políticamente hablando, la raza hispano-romano-goda de la Peninsula. De improviso, álzanse en uno de los rincones mas escabrosos y apartados de esta tierra unos cuantos montañeses mal armados, que en el primer ensayo de sus fuerzas obtienen una señalada y providencial victoria sobre sus dominadores. Desprecian los Árabes aquella llamarada, que muy luego se ha de convertir en voraz incendio; y sin embargo, Pelayo, el caudillo vencedor de Alkamah, no cuida de aprovechar la indolencia del enemigo; recuéstase á la sombra de los laureles de Covadonga, y durante 21 años deja el embrion de la monarquía española encerrado en el seno de las montañas de Astúrias.

¿Qué hacen los Godos que no acuden presurosos á alistarse bajo las banderas del gefe que puede devolverles siquiera el honor que perdieron en las orillas del Guadi-Becca? ¿Qué los españoles que tienen que romper los eslabones de una nueva cadena de servidumbre y opresion? Los primeros huyeron á ocultar la vergüenza de su derrota ó traicion, los unos en la Galia meridional y los otros en Orihuela, á la sombra de un rey elegido por ellos y tributario de los Árabes, atentos solo á conservar la limosna que les hizo Abdalaziz en tierra de Murcia. Los segundos resignados, ya que no satisfechos, con las humanitarias concesiones que les hizo el vencedor, gobernados por sus jueces naturales, doctrinados por sus obispos y sacerdotes, y no habiéndose apoderado todavía de su pensamiento el deseo de la reconquista ni la idea religiosa de una manera clara y definida, no debieron ver en los compañeros de Pelayo los soldados de la Cruz y de la independencia nacional, sino los soldados de un caudillo que combatia por adquirir un Estado. Y acaso vieron mas; acaso vieron en el héroe de Covadonga, un príncipe como Teodomiro, es decir, un godo que les recordaba su antigua servidumbre. Y si á esto se agrega la formidable barrera, á manera de cordon sanitario, que las tribus berberiscas establecidas en los llanos tenian formado alrededor de las montañas que fueron cuna de la nacionalidad española, se podrá tener una idea de las causas que produjeron aquella prolongada quietud despues de la victoria.

Con el encumbramiento de Alfonso I al trono de Cangas, terminó aquel período de inaccion: comenzó á despuntar la idea religiosa, y con ella la de la independencia. La iglesia de Santa Cruz que acababa de ser fundada por Favila, daba alientos á la primera, y Alfonso quiso dar vida á la segunda paseando su victoriosa bandera desde los Pirineos al Duero. Mas, ¿cómo aquel pequeño Estado que nació en el reducido ámbito de una gruta, en cuarenta años llegó á constituir un verdadero reino por la estension de su territorio? ¿Cómo aquel poder mal constituido, falto de cohesion y teniendo para su defensa solo milicias visoñas pudo organizarse y establecerse á espensas de otro poder fuerte, culto y sostenido por falanges veteranas? ¿Cómo, en fin, con tan escasos recursos logró triunfar en combate tan desigual? Porque tenia en su favor la razón, el derecho, el cielo, el suelo y porque llevaba en su seno los gérmenes de una civilizacion invencible en lucha con la que importaran á España los soldados de Muza y Tarik. Porque á la deslumbrante pompa oriental opusieron los españoles su ignorancia y pobreza que fué su arma mas poderosa, y á la cultura de los Arabes y al ímpetu de los Africanos, la robusta y salvaje virilidad de aquellos *Astures* y *Cántabros nunca domados*. Además, favoreció los comienzos de la obra de la reconquista, de un lado la guerra civil que en los primeros dias del reinado de Alfonso estalló entre los conquistadores, y del otro el envio de aquellas terribles falanges á la Galia meridional, habiendo apurado para reunirlas y

equiparlas los recursos económicos y militares de la España musulmana; inmensos sacrificios que quedaron sepultados en los campos de Tolosa y Poitiers. No menos contribuyeron al éxito de las primeras escursiones de los españoles y á la súbita estension del pequeño reino que Alfonso heredara de Pelayo y Favila, la perturbacion que la secta de Alí y el cisma de los Fatimitas introdugeron á la sazon en la sociedad musulmana, y las rivalidades de tribus que mantenian perpétua guerra entre Arabes, Sirios, Egipcios y Bereberes, haciéndoles gastar en discordias intestinas las fuerzas que debieran emplear contra el enemigo comun.

Despues del suceso de la formacion de la nacionalidad y monarquia española en los dias en que ambas parecian completa y definitivamente borradas de la superficie de la tierra, el mas importante que registran los anales de aquella época, es el de las frecuentes guerras que los musulmanes hicieron del otro lado de los Pirineos. En su virtud, vamos á describirlas en la forma compendiosa que exije la naturaleza de nuestro trabajo.

Cuando los Arabes, ya dueños de España, penetraron por primera vez en la Galia meridional que formara parte del reino Visigodo, habian sido llamados por el implacable rencor de los judios, que huyendo de las persecusiones que sufrieran en la Península se habian refujiado en gran número en aquellas provincias, y particularmente en la Narbonense, llamada por esta razon, por un historiador, *el prostíbulo de los judios*. Destruido el sólio de Tole-

do, la Galia gótica se encontró abandonada á sus propias fuerzas, escasas y divididas entre tres razas que se odiaban mútuamente, los romanos, los judios y los godos, siendo estos últimos los mas débiles por su número y por el desprecio en que habian caido á resultas de su fácil vencimiento en España. así que los Árabes hubieron de prometerse una conquista tan rápida allende los Pirineos como lo habia sido la que realizaron aquende. Bajo tan felices auspicios, tomaron posesion de Narbona y estendieron sus correrías por el ducado de Tolosa, la Provenza y la Borgoña, donde no encontraron mayor resistencia que la que les opusieran las provincias de España.

Pero estas conquistas tuvieron solo el carácter de espediciones militares, puesto que no llegaron á fundar establecimientos, ya fuese por que el número escaso, relativamente, de soldados, no les permitiera dejar guarniciones en todas las ciudades, ya porque no les acompañaran, como aconteció en la Península, tribus y familias para fincarse en ellas. Así se mantuvieron tres años talando el pais, saqueando las poblaciones y escaramuzando sin cesar con los Aquitanos, Provenzales y Borgoñones, hasta que en 721 fueron completamente derrotados en batalla campal por un ejército aquitano. Diez años tardaron en reponerse de aquel quebranto y en hallarse en disposicion de tentar de nuevo la conquista de la *Tierra Grande*. Al cabo de este tiempo el inclito Abderrahman el Gafeki, salva los Pirineos al frente del mas brillante y numeroso

ejército musulman que hasta entonces viera la Europa. Los muslimes se estienden por la Galia meridional como un rio salido de madre. Nada se les resiste; todo lo avasallan; su marcha es una no interrumpida victoria, y el mediodia de Francia inclina la cabeza y recibe aterrada el yugo de la media luna. En una palabra, la fortuna de Abderrahman en Francia no le cede á la de Muza en España.

Y para que la situacion fuese igual y semejante, tuvo lugar en los campos que riega el rio Gironda, una batalla como la empeñada veinte años antes en los que riega el Barbate, en la cual la victoria coronó las armas de Abderrahman, y le hizo dueño de toda la Galia latina. Un paso más; un segundo triunfo como el de Ecija, y el estandarte del Profeta ondéa sobre los muros de Paris como ondeó sobre los de Toledo, y la Galia bárbara queda sometida tambien.

Cárlos de Heristal, duque de Austracia y heredero del poder y prestigio de su padre Pepino, al oir en las fronteras del reino franco el eco pavoroso de los atambores y añafiles de las vencedoras huestes muslímicas, temió para la Neustria y la Austracia igual suerte que le cupo á la Septimania, Novampopulania y Aquitania. Vista la inminencia del peligro, reunió aceleradamente sus rudos Francos, medio idólatras todavia, y marchó animoso al frente de un formidable ejército al encuentro de Abderrahman que estaba sitiando á Tours. Ambas huestes se avistaron en los campos de Poitiers y se

precipitaron la una sobre la otra con el mismo vigoroso empuje. La Europa, el mundo todo estuvo pendiente del resultado de aquella batalla...... Los Arabes fueron vencidos, y la Europa se salvó del yugo de la ley de Mahoma.

Mas ¿cómo los conquistadores del Asia, del Africa, los que hicieron temblar en su trono al emperador de Constantinopla y destruyeron el poderoso imperio de los Visigodos, pudieron ser vencidos y arrojados de la Galia que tenian sojuzgada, en una sola batalla por los semi-bárbaros soldados del Norte?

Ya lo hemos dicho anteriormente: los árabes no fundaron en la Galia establecimientos con carácter permanente como en España. Las tropas de Abderrahman, mas bien que como ejército que toma posesion de un pais estranjero, obraron como tribus guerrero-nómadas; apoderáronse de muchas plazas fuertes y ciudades importantes, mas solo fué para desmantelar las primeras y saquear las segundas, retirándose luego á descansar á sus tiendas sin cuidarse, como en Córdoba, Sevilla, Carmona, Toledo y Mérida, de fortificarse en aquellas y hacerlas base de sus operaciones militares, y refugio para rehacerse en el caso de una derrota. El rápido y feliz éxito de sus conquistas en toda España y en la Galia meridional, les hizo creer que bastaba su presencia y su voluntad para sojuzgar el resto de Europa. Engañáronse creyendo que los pueblos de orígen latino, civilizados por la Grecia de Pericles y la Roma de Augusto, y regenerados con la luz

del Evangelio de Cristo, serian tan fácil presa para sus armas como lo fueron los pueblos y tribus de la Arabia, de la Siria, del Egipto y del Africa, semi-bárbaros ó degenerados de su antigua cultura, y adoradores del fuego, de los astros ó de ıdolos groseros, al aparecer entre ellos los estandartes y la religion de Mahoma.

Este error, fruto de su ignorancia de la historia de los pueblos que formaron el imperio Romano de Occidente, unido á su movilidad incesante y á sus venturosas correrias por aquellos paises, ricos todavia á pesar de las guerras que habian sufrido en los años anteriores, tenia envanecidos á los caudillos árabes, y nadando en la opulencia á los soldados; en términos de que se relajó la disciplina, y de que los muslimes, aquel pueblo sóbrio, entusiasta y *resignado á la voluntad de Dios*, apartaba ya su vista del cielo para fijarla tenazmente en la tierra que le prodigaba sus dones. Además, vino á combatir por los soldados de la Cruz un enemigo con el cual no contaron los soldados de Abderrahman; el invierno, cuyos frios enervaban el cuerpo de unos hombres nacidos y criados en climas abrasadores.

Sin embargo; fuerza es confesar que no solo á estas causas conjuradas contra ellos, debieron la definitiva derrota de Poitiers y la pérdida de sus esperanzas de dominar el reino de los hijos del gran Clodoveo, sino que tambien al providencial é, inesperado rebato que durante la refriega, ó mejor diremos, en el instante de la crísis suprema de la batalla, dieron los soldados del duque de Aquita-

nia sobre el campamento musulman. Los Arabes, para quienes ya no eran las orillas del Loira lo que fueron las del Guadi-Becca, es decir, las puertas del Paraiso, cuidaron mas de su bagaje que de la recompensa que el Corán promete á los que mueren combatiendo á los infieles. Corrompida su primitiva sencillez por las prodigalidades de Abderrahman, y entibiado su fanatismo religioso por el frecuente roce con los latinos y por el cotejo que hubieron de hacer entre su naciente cultura, todavía encerrada dentro de las páginas del Corán, y la civilizacion que los romanos dejaron en aquellos paises que ellos recorrian en son de guerra, abandonaron el laurel de la victoria al enemigo que comenzaba á cederles el campo, por acudir á la defensa del oro que habian amontonado en sus venturosas espediciones. La Aquitania fué la Cápua de los Árabes invasores de Europa, y el sepulcro del ínclito caudillo, que si hubiera triunfado en Poitiers, acaso hubiera seguido á través de los Alpes, las huellas de Anibal.

Una pregunta y terminamos esta impertinente digresion: Si los Emires de España hubiesen triunfado de Carlos *Martel* y sus Francos, derramádose por la Italia y clavado su victoriosa bandera en las murallas de Roma; y los Califas de Damasco hecho ondear el estandarte blanco de los Ommiadas sobre la cúpula de Sta. Sofía de Constantinopla, la raza asiático-africana, ¿hubiera sustituido á la latina y triunfado de la germánica? La historia de los primeros siglos de su dominacion en España dice que

sí; la civilizacion cristiana tan espansiva, tan tolerante y tan contraria al fanatismo musulman y al despotismo puro de los orientales, dice que no.

VII.

OBSERVACIONES GEOGRÁFICAS ACERCA DE ALGUNAS LOCALIDADES ANTIGUAS DE ANDALUCÍA.

Considerando que á partir de la fecha de la declaracion de independencia de la España musulmana, comienza á fijarse en *Andalucía* el principal interés histórico del memorable período de la dominacion Árabe en la Península, hasta el dia en que, operada la fusion de razas é investido, poco despues, el grande Abderrahman III del título y atribucion de pontífice supremo de la religion mahometana en Occidente, se proclamó la paz general en España, en cuya época quedó definitivamente terminada la obra de concentracion de aquel interés, y se convirtió Andalucía en el foco de un inmenso lente por donde pasaban los rayos del sol de la civilizacion para difundirse por toda la Europa, no salida todavía enteramente de las tinieblas de la barbarie, creemos conveniente poner en este lugar

una corta digresion geográfica, acerca de algunas de las ciudades y localidades de Andalucía, que, á partir del suceso referido, se han de ver citadas con frecuencia en el curso de los acontecimientos; proporcionándonos con esto dos cosas: primera, rendir acatamiento al axioma que dejó sentado el célebre filósofo inglés, llamando á la geografía *uno de los ojos de la historia*, y segunda escusarnos en otros lugares y ocasiones esta misma digresion repetida á cada paso en perjuicio de la atencion del lector.

Entramos, pues, en materia, comenzando por dar al César lo que es del César; es decir, al sábio orientalista y profesor de historia de la universidad de Leyde, R. Dozy, lo que le pertenece, puesto que vamos á estractar sus trabajos sobre la materia (*Recherches* t. 1.° p. 306 y siguientes).

Entre los castillos y pueblecitos de Andalucía, encuéntranse muchos que tienen nombre árabe y aun berberisco, nombre que generalmente procede de una tribu ó de una familia poderosa; mas no sucede lo mismo con las ciudades, el de estas últimas es casi siempre el que tuvieron antes de la conquista musulmana. Las mas de las veces los conquistadores se limitaron á modificar estos nombres á fin de acomodarlos cuanto les fué posible al génio de su lengua; así que, las alteraciones que en ellos introdujeron son menos importantes de lo que habia lugar á esperar, dada la grande diferencia que existia entre su lengua y la latina. Debe observarse además que estos nombres habian sido modificados por los mismos españoles mucho antes de la con-

quista. Así que, refiriéndonos solo á las terminaciones, diremos que hacía ya algunos siglos que se empleaba el hablativo en lugar del nominativo cuando los nombres propios eran del número singular, y el acusativo en lugar del nominativo cuando eran del plural. (R. Caro. *Antigüedades de Sevilla.*)

Esto sentado, empezamos por

CALSANA, MEDINA SIDONIA.

Es indudable que Medina-Sidonia existía en tiempo de la dominacion romana, puesto que en ella se encuentran inscripciones y monumentos romanos. Pero ¿con qué nombre se la conocía entonces? El que lleva en la actualidad le fué dado por los Árabes, y solo significa *capital de* (la provincia) *Sidona*.

Los escritores árabes son quienes nos revelan el nombre con que era conocida de los romanos. Llamábase *Calsana*. Ibn-Hayan y Arib dicen textualmente: «La ciudad de Calsana, que es la capital de la provincia (de Sidona.)» El geógrafo Edrisi, en el siglo XII nombra á Calsana. El *Maracid*, la nombra tambien.

ASIDO, JEREZ.

Jerez es la antigua Asido; Flores lo ha demostrado, y los mejores geógrafos han aceptado sus demostraciones. Pero ¿de dónde procede el nombre de Jerez? No ha faltado quien haya ido á buscar su

orígen en el fondo de la Persia, y que suponiéndose conocedor de la lengua árabe hiciera creer al sábio Flores, que Jerez es una alteracion de *Chiraz*, nombre de un general nacido en Chiraz que conquistara Asido. No queremos discutir semejante suposicion, dado que Plinio resuelve todas las dudas, llamando á aquella ciudad *Asido quæ Cesaria na;* hé aquí, pues, el origen del nombre de Jerez. Siendo anterior á la conquista musulmana la trasformacion de *Asido* en *Asidona*, puesto que esta última forma se encuentra en la crónica de Juan Valclara, los árabes oyendo decir *Cæsaris Asidona*, escribieron *Ceris Sidona* (véase en confirmacion la página 85 de este tomo), ó bien *Ceris* solamente. Suprimieron, pues, la segunda sílaba de *Cæsaris* de la misma manera que la suprimieron en *Cæsar Augusta*, pronunciando *Cæragusta*.

HILIPULA MINOR, POLEI, AGUILAR.

La fortaleza dé *Polei*, cuya situacion fija Edrisi á veinte millas de Córdoba, es la villa conocida hoy en dia con el nombre de Aguilar de la Frontera, segun se demuestra en una escritura del año 1258, citada por Lopez de Cárdenas, en su libro titulado *Memorias de la Ciudad de Lucena*, en la que se lee lo siguiente: «Aguilar que en lo antiguo se llamó Polei.» Encontrándose en la citada villa muchas antigüedades romanas, no es aventurado suponer que Polei es la *Ilipula minor*, que menciona Plinio entre

las ciudades del *Conventus* de Ecija. Los árabes suprimieron *ili*.

TALYATA.

Por mas que muchos historiadores árabes mencionen frecuentemente el pueblo de Talyata, en la provincia de Sevilla, es bastante difícil, por falta de noticias precisas, fijar su situacion. El autor del *Morasid*, la supone en el distrito de Ecija y cerca de Córdoba. M. Plane en una nota puesta en su traduccion de Ibn-Kaldun, indica que este célebre historiador dice que en el reinado de Adil los musulmanes fueron derrotados en Talyata, y que Lucas de Tuy asegura que hácia aquella época los moros hubieron de ser vencidos en Tejada, concluyendo de aquí, que Talyata y Tejada son una misma cosa.

La conclusion del sábio traductor de Ibn-Kaldun parece, á primera vista, convincente; pero téngase presente, que no se funda en ninguna prueba incontestable, y que en el tiempo de que se trata, es decir, un poco ántes de la conquista de Sevilla por S. Fernando, se empeñaron muchas refriegas en territorio de Sevilla, y que nada autoriza á creer que el historiador cristiano y el árabe se refirieran á la misma batalla. La prueba concluyente de que Talyata y Tejada no son una misma localidad, es, que las ruinas de este último pueblo se encuentran á siete leguas al N. de Sevilla, (Morgado, *Historia de Sevilla*,) en tanto que Talyata estaba situada á

media legua de esta ciudad segun aparece del testimonio de Iben-Adan en su narracion de la invasion de los Normandos en el año 844.

Rodrigo de Toledo, traduce siempre el nombre de Talyata *Tablada,* sobre todo cuando refiere la primera invasion de los Normandos; de su traduccion aparece, pues, que la localidad mencionada es la estensa llanura que se encuentra al Sur de Sevilla, y que atraviesa el Guadaira: dudo mucho en admitir esta opinion. Este Tablada, donde un rey de Granada fué mandado ejecutar (?) por D. Pedro I de Castilla, se encuentra nombrada con toda claridad por Ibn-al-Khatib, en la relacion donde da cuenta de aquella muerte. Además, léese en Ibn-Haiyan un relato que no permite situar Talyata en la orilla izquierda del Guadalquivir, donde se encuentra Tablada. Este autor, despues de referir la incursion que los Bereberes de Mérida y de Medellin verificaron en territorio sevillano, dice, que saquearon Talyata, derrotaron las tropas sevillanas, y continuaron su marcha hasta Hüevar, pueblo situado cinco leguas al Oeste de Sevilla y una de Sanlúcar la Mayor. En esta narracion queda demostrado que Talyata se encontraba tambien al Oeste del Guadalquivir.

Esto considerado, deberemos situar Talyata á una media legua al O. de Sevilla; así dice Dozy, y luego termina este asunto con las siguientes palabras: «Debo dar una esplicacion acerca del nombre del distrito donde se encontraba Talyata. Este distrito se nombra por Ibn-Haiyan y por Ibn-al-Albar,

con un vocablo que se parece al *Pesula* de los antigüos, hoy Salteras, á dos leguas al O. de Sevilla. Esta observacion me ha sido comunicada por un sábio español; pero no me conformo enteramente con ella, pues creo que si los Arabes hubieran querido traducir el nombre *Pesula* en su lengua, se hubieran servido de otro vocablo diferente del que emplean. Todo me induce á creer que debemos señalar á la voz Talyata un orígen árabe. En este caso significaria, el *distrito de las cebollas*. Obsérvese que cerca de Sevilla existia otro distrito señalado por Ibn-Haiyan, con el nombre de *distrito del trigo candeal*.»

Vamos á hacer una indicacion, que acaso arroje alguna luz sobre esta cuestion geográfica, y de la cual nos ocuparemos con la debida estension y copia de dátos en la Historia particular de Sevilla.

Entre Aznalcázar y Benacazon, á un cuarto de legua de aquella villa, media de esta, y tres y media de Sevilla, se encuentra una hacienda propiedad del señor conde de Casa-Galindo, que radica en el solar de una poblacion antiquísima, que se llama, hoy todavía, *Castilleja de* TALHARA.

REIYA.

Los Arabes dieron á la provincia donde se encuentran Archidona y Málaga, el nombre de *Reiya*. ¿De dónde procede este nombre? Se ha tratado de explicarlo de diferentes maneras; mas no queriendo detenernos en refutar rancias interpretaciones,

nos remitiremos inmediatamente á Ibn-Haucal que nos pondrá en el buen camino. Este viajero que recorria la España hácia mediados del siglo décimo, no oia pronunciar Reiya, sino *Reiyo*, es decir un nombre latino; este Reiyo debe ser *Régio* se formó de la misma manera que Leon, de *Regione*. Régio debió llevar un adjetivo, que verosímilmente seria *montana*, suprimido por los Árabes. El nombre, pues, de *Régio montana*, conviene perfectamente á esta provincia; dos circunstancias se presentan en apoyo de la deduccion propuesta: 1.ª segun la antigua traduccion española de Razi, dábase el nombre de *Reiya* á la cordillera de montañas que atraviesa toda la provincia, y 2.ª, que Reiya era el nombre de una estension de territorio en el que no se encontraba ningun pueblo de aquelnombre. Cierto es que algunos recopiladores árabes que escribieron en una época en que aquel nombre habia caido completamente en desuso, creyeron que Reiya fué el nombre antiguo de Málaga; pero no lo es menos que incurrieron en un grande error. Sin duda encontraron en los autores que estractaban, *Medina Reiya*, y no se fijaron en que estas palabras no significaban la *ciudad de Reiya*, sino la capital de la provincia de Reiya, es decir, Archidona.

Archidona fué durante mucho tiempo la capital de la provincia de Reiya. En efecto, Ibn-Alcutiá dice, refiriéndose al reinado de Abderrahman I: «Archidona era entonces la capital de Reiya.» Ibn-Haucal dice lo mismo: «Reiya es una provincia considerable y fértil, cuya capital se llama Archidona (Me-

dina);» por último, Ibn-Haiyan y Razi se espresan en los mismos términos. Solo en las postrimerías del reinado de Abderrahman III ó en los comienzos del de su hijo El-Hakem II, fué cuando Málaga se elevó al rango de capital.

BOBASTRO.

Bobastro, situado en la cima de una enriscada montaña de la provincia de Reiya, fué durante medio siglo el baluarte de la nacionalidad española luchando contra la dominacion de los Árabes: sin embargo de la celebridad de aquella inexpugnable fortaleza, su nombre es desconocido hoy en Andalucía. Vamos, pues, á fijar su situacion combinando vários testimonios.

Edrisi, situa Bobastro al norte de Marbella. Esta indicacion es bastante incierta puesto que la distancia entre ambos puntos es algun tanto considerable. Ibn-Haiyan muéstrase mas esplícito. Describiendo el itinerario de la marcha de un cuerpo de tropas, dice; que de Khochin (Gauzin) se dirigió á Schail (Fuengirola), luego á Decwin (Coin), despues á Cazar-Bonera (Casarabonela) luego al rio de los Beni-Abderrame, frente por frente á Bobastro, y por último á Archidona. Siguiendo este itinerario sobre un mapa de Andalucía, es fácil convencerse de que el rio al cual los Árabes llaman de los Beni-Abderrame, es el Guadaljorce ó Guadalquivirejo, y que por consiguiente, Bobastro estaba situado cerca de este rio. A mayor abundamiento, Ibn-al-Cu-

tía atestigua que el castillo de Djaudhares se encontraba al O. de Bobastro. Es muy probable que este *Djaudhares* sea el pueblo conocido en el dia con el nombre de *Ardales*, edificado sobre una peña.

Los testimonios que acabamos de citar dan lugar á creer que Bobastro existió allí donde existen todavía unas ruinas que las gentes de aquella tierra llaman ruinas del Castillon. Encuéntranse sobre una alta montaña inaccesible por el E. y el S., situada á una legua al O. de Antequera y á un cuarto de legua del Guadaljorce. Todas las noticias que suministran los autores árabes pueden referirse á esta localidad: encuéntrase al N. de Marbella y al E. de Ardales, y tambien entre Casarabonela y Archidona junto al Guadaljorce.

Castra Vinaria, Casarabonela.

Háse visto en el párrafo anterior, que Inb-Abcutiá nombra á *Cazar-Bonera* y la sitúa entre Coin y el Guadaljorce. Es de creer que la antigua fortaleza llamada hoy en dia Casarabonela, sea el *Castra-Vinaria* de Plinio. De *Castra* hicieron los Árabes *cazar*, castillo, y *Vinaria* debió transformarse en *Binera*, que mas adelante, los Árabes conformándose con el génio de su lengua, convirtieron en el diminutivo de *bonera*.

Benamejí.

Esta villa situada sobre el Genil en la carretera de Lucena á Antequera, recibió el nombre de una

tribu Berebere muy conocida llamada de *Meghilá*, que se estableció en aquella comarca.

ELVIRA.

La providcia de Elvira, ó *Ilbira*, como pronunciaban los Árabes, tomó su nombre de la ciudad episcopal *Iliberis*.

Mármol *(Rebelion de los Moriscos)* fijó con gran precision el emplazamiento de esta ciudad. Existia al N. O. de Granada, al pié de la Sierra que hoy todavía se llama de Elvira, en las márgenes del rio Cubillas que desagüa en el Genil. En el siglo IX los autores cristianos lo mismo que los árabes, daban todavia el nombre de Ilvira lo mismo á la ciudad que á su provincia (S. Eulogio, Edrisi y Makkari.)

Sin embargo, esta ciudad tenía además otro nombre; llamábase *Castella*. En un párrafo de Razi, citado por Ibn-al-Khatih, se lee: «Entre las ciudades importantes de esta provincia, cuéntase Castella. Es la capital y la fortaleza mas considerable (de la provincia) de Ilbira.» Ibn-Haiyan dice: «los habitantes de Castella que es la capital de Ilbira,» y mas adelante: «El Emir-Abdallah se dirigió hácia Castella, capital de Ilbira;» por último, Ibn-al-Khatib dice tambien: «antiguamente se llamó Castella.»

Si se nos pregunta si Iliberis y Castella fueron una misma ciudad, contestaremos que tal es nuestra creencia, Ibn-al-Khatih, dice, que cuando los musulmanes se hubieron apoderado de Iliberis, armaron los judios y los instalaron en la ciudadela

con tropas musulmanas. De esta ciudadela debió tomar la ciudad el nombre de Castella. Llamábase *Castellum* y *Castillo* al hablativo; de este último nombre, pues, hicieron los Árabes *Castella*, cambiando la *o* en *a*, segun su costumbre. Iliberis debió ser arruinada por los conquistadores hasta el estremo de que durante los primeros tiempos de la dominacion musulmana no se nombra para nada aquella ciudad, y sí solamente su ciudadela. Mas adelante debió repoblarse su solar, y entonces volvió á tomar su antiguo nombre.

Ilbira volvió á ser destruida durante la guerra civil que estalló en Andalucía despues de la caida de los partidarios de Almanzor; y hácia el año 1010, sus moradores emigraron á Granada; de manera que ya en el siglo XI, quedó convertida en un villorro.

Granada.

Los geógrafos árabes, como Razi, el autor del *Marácid* y Cazwiní, están contestes en decir, que Granada es una ciudad muy antigua, acaso la mas antigua de todas las de la provincia. Desgraciadamente, las noticias geográficas que acerca de esta parte de España nos han dejado los autores griegos y latinos son tan incompletas, que es imposible saber el nombre que tenia Granada bajo la dominacion romana. Todo cuanto sabemos, es que en tiempo de los Godos, Granada, ó un bárrio de esta ciudad se llamó *Nativola*.

Segun Razi, bajo la dominacion de los Árabes, llamóse la *ciudad de los Judios*. Sin embargo, estos solo ocupaban una parte de la ciudad; los cristianos tenian iglesias en ella, tres de las cuales debieron su fundacion á un señor Gudila, como aparece en una inscripcion grabada en mármol blanco, hallada en los cimientos de Santa María de la Alhambra. De esta inscripcion resulta que el ilustre Gudila hizo edificar á su costa y por sus siervos tres iglesias, de las que una se concluyó en 594, en el reinado de Recaredo, y otra en 607, bajo el de Witerico.

Todavía en el siglo IX habia pocos Árabes en la ciudad propiamente dicha; pero los habia en las fortalezas que componian la Alhambra, entre las cuales se contaba una que aun en el dia se llama *Alcazaba* (el Castillo).

EL SENET (ZENETE) DE GUADIX Y EL SENET DE SEVILLA.

La voz árabe, *Senet*, significa: *uno de los vertientes de una cordillera de montañas*. Así es, que con frecuencia se dió este nombre á los distritos situados sobre las laderas; por ejemplo, el de Guadix, que por estar situado en el vertiente setentrional de la Sierra Nevada, se llamó el *Senet de Guadix*. Conquistado este distrito por los castellanos se formó con él un marquesado, segun confirma Marmol (*Rebelion de los Moriscos*) con las siguientes palabras: «Bajo el nombre de marquesado de Zenete, se entiende el vertiente setentrional de la Sierra Nevada.

Existía, además, otro Senet, el de Sevilla, que Ibn-Haiyan sitúa á quince millas (unas cuatro leguas), de esta ciudad. Es muy probable que se encontrase entre Sevilla y Niebla.

VIII.

Emirato independiente.

Soberanos de Córdoba. Abderrahman I.

756 á 788.

Por mas que los historiadores árabes no concedan á Abderrahman I el dictado de *Califa* y que él no usara otro, asi como sus hijos, sino el de *Emir*, hasta el octavo de los soberanos de la dinastía Ommiada de España, es lo cierto que no es posible negarle los títulos y las prerogativas de la soberanía, como la entendian los orientales, desde el momento en que habiéndose apoderado de Córdoba, ciudad capital y centro del gobierno musulman de la Península, y recibido en ella el juramento de sumision y obediencia de la mayor parte de los walíes de las provincias y de los jeques y tribus mas importantes, se hizo completamente independiente del imperio soberano de los Califas de Damasco. En tal virtud, nosotros empezaríamos gustosos á usar de esta denominacion para todos los soberanos

de Córdoba incluso el mismo Abderrahman I, si no temiéramos que se nos acusase de afanosos por introducir novedades en la historia de Andalucía, cuando nuestro intento seria pura y simplemente facilitarnos la narracion de los hechos, hacerlos mas perceptibles á la comprension de la mayoría de nuestros lectores, y fijar desde luego de una manera clara y precisa la línea divisoria que á partir de 756, se estableció entre los imperios musulmanes de Oriente y Occidente.

Dueño, pues, Abderrahman de Córdoba, dispuso lo que á sus intereses convenia para ir asegurando su naciente gobierno, y salió ejecutivamente hácia Mérida, donde se habia encerrado Yussuf despues de su derrota, dispuesto á someter de una vez los restos de la parcialidad Abasida que se negaba á reconocer su autoridad. Noticioso el antiguo Emir de los designios del Ommiada, salió de su refugio al frente de 40,000 hombres, y marchó sobre Córdoba cuya guarnicion sorprendió, y ocupó la ciudad, donde se disponia á castigar severamente á los jeques que habian llamado á España al príncipe Abderrahman, cuando las avanzadas del ejército de éste aparecieron de improviso, frustrando su intento y obligándole á abandonar á toda prisa aquella importante plaza, que en el discurso de pocos meses, se vió ocupada y abandonada repetidas veces por los ejércitos enemigos. El Ommiada movió el suyo sin pérdida de momento contra el Emir Abasida, á quien logró alcanzar tras la mas activa persecucion en tierra de Almuñecar, donde Samail, el

lugarteniente de Yussuf se habia reunido á éste con un cuerpo considerable de tropas. Empeñada la sangrienta refriega el ejército Abasida fué de nuevo derrotado y sus gèfes obligados á buscar un refugio en la sierra de Elvira; donde bloqueados estrechamente por el vencedor, tuvieron al fin que suscribir á un tratado en virtud del cual, Yussuf se obligaba á reconocer la autoridad de Abderrahman y á hacerle entrega, en un plazo señalado, de todas las ciudades que permanecian todavía en su obediencia. El nuevo Emir se comprometía, por su parte, á dar á Samail el gobierno de la frontera oriental del Pirineo, comprendiendo el valle del Ebro desde Zaragoza hasta Tortosa, y á autorizar á Yussuf para que se avecindase en Córdoba con su numerosa familia, bajo la condicion de que entregase como garantia del religioso cumplimiento del tratado, dos de sus hijos Abu-Zayd y Abu-Aswad.

La capitulacion de Yussuf fué señal de la completa sumision de toda la parcialidad Abasida de la España musulmana, al afortunado Ommiada. Los walíes, wasires, jeques, alcaides de las provincias, ciudades, tribus y castillos hasta entonces fieles al imperio de Oriente, se apresuraron, así como los diputados de las ciudades no sublevadas á presentarse en Córdoba para prestar juramento de obediencia al primer EMIR independiente de Occidente. Abderrahman los confirmó en sus respectivos cargos, y todos salieron complacidos de su presencia.

Alentado con lo próspero de su fortuna, y deseoso de asegurar por medio de la política la victo-

ria que habian obtenido sus armas, dispuso girar una visita por el Mediodia y Oeste de España, recorriendo al efecto las principales ciudades y plazas de Andalucia, Estremadura y Lusitania, donde fué aclamado con entusiasmo por todos sus habitantes sin distincion de razas ni de creencias religiosas.

Vuelto Abderrahman á Córdoba, vió colmada su felicidad con el nacimiento, en Marzo de 757, de un hijo, á quien llamó Hixem. A su venida á España acompañábanle otros dos nacidos en Siria; Soleiman llamábase el primogénito, y Abdalá el segundo.

Restablecido el órden y afianzada su autoridad en la Peninsula, el Emir de Córdoba se dedicó con empeño á hermosear la ciudad centro de su gobierno, restaurando monumentos romanos, mandando edificar mezquitas y plantar amenos jardines. Entretanto acudian, á solicitud suya, á su córte, muchos amigos de su familia que andaban perseguidos y errantes por Siria, Egipto y Africa; nobles é ilustres proscritos que dejaron de serlo al pisar las hospitalarias playas de Andalucía donde encontraron una nueva pátria y donde fueron tronco de familias que llegaron á ser poderosas. Entre ellos vinieron Habib-ben-Abd-el-Melek, y Abd-el-Melek-ben-Omar-ben-Merwan, últimas reliquias de la familia de los Ommiadas, á quien Abderrahman dió cargos importantes, y en particular al último á quien nombró walí de Sevilla.

Dos años hacia que Andalucía disfrutaba de la

codiciada paz bajo la justa y reparadora administracion de su nuevo Soberano, cuando la mal sometida faccion Abasida, se alzó otra vez en armas acaudillada por Yussuf-el-Fehry; quien rompiendo el tratado de Elvira, abandonó su residencia de Córdoba y puesto al frente de los rebeldes en número de unos 20,000 hombres, sorprendió y se apoderó del fuerte castillo de Almodóvar, situado á cuatro leguas al poniente de Córdoba, donde se atrincheró y desde donde impuso su autoridad á muchos pueblos cercanos á la capital, de la que intentó inútilmente apoderarse.

Por órden de Abderrahman, el wali de Sevilla, Abd-el-Melek, reunió las banderas de Arcos, de Sidonia y de la capital de su gobierno, y con ellas puso sitio al castillo de Almodóvar, que á los pocos dias se rindió. Yussuf se retiró á marchas forzadas y perseguido sin descanso por la numerosa caballería del wali de Sevilla, hácia tierra de Murcia, donde contaba con numerosos partidarios; cuyos esfuerzos no pudieron evitar, que Abd-el-Melek alcanzara en las campiñas de Lorca al último emir Abásida y lo derrotase completamente. El desgraciado Yussuf cayó cubierto de heridas sobre el campo de batalla. El vencedor le mandó cortar la cabeza, y la envió á Córdoba donde fué clavada en la muralla (759.)

Apesar de esta victoria, resistiéronse todavía por espacio de cuatro años en diferentes provincias de España los partidarios del Fehri, que al fin, vencidos en todos los encuentros, hubieron de resig-

narse á reconocer la autoridad del Soberano de Córdoba.

Apenas terminada la guerra civil que durante tantos años habia ensangrentado el suelo de Andacía, formóse hácia el Oriente un nublado que muy luegó apareció sobre nuestro cielo con todos los signos que anunciaban una nueva y deshecha borrasca. El Mansur, hermano y sucesor del sanguinario Abul-Abas, el verdugo de la familia de los Ommiadas, habia trasladado de Damasco á Bagdad la silla del imperio, trasformando en residencia de los sucesores del Profeta esta nueva ciudad mandada edificar al intento en la ribera oriental del Trigris, quince millas mas arriba de las ruinas de Modain. El Mansur, príncipe fastuoso y guerrero, no podia, en virtud de estos dos rasgos los mas señalados de su carácter; ver con indiferencia la emancipacion de una de las mas bellas y pingües provincias del vasto imperio fundado por Mahoma, y estraordinariamente engrandecido por los califas que le sucedieron.

La completa separacion de la España musulmana de la soberanía de Bagdad, despues de las irreparables derrotas de los árabes en la Galia meridional y en las fronteras del reino Franco, no solo desvanecia el prestigio que los estandartes del Profeta se habian grangeado durante mas de un siglo de no interrumpidas victorias, sino que tambien privaba al Tesoro imperial de los cuantiosos recursos con que le enriquecia España. En efecto; desde los primeros dias de la invasion Muza habia repartido en-

tre sus soldados las propiedades muebles é inmuebles de los habitantes de aquellos distritos que fueron *conquistados á viva fuerza* por negarse á todo género de capitulacion; mas al hacer aquel reparto, cuidaron de reservar para el Estado el quinto de los bienes secuestrados, cuyas rentas así como la mayor parte de las contribuciones que con el carácter de territorial ó capitacion pagaban los cristianos y judios no conquistados sino convenidos, entraban en el tesoro imperial.

Estimulos tan poderosos unidos al ódio de familia y á las diferencias religiosas que existieron entre Ommiadas y Abasidas, obligaron al Califa El-Mansur, á decretar la guerra contra el *cismático é impio* Emir independiente de Andalucía, cuya cabeza fué puesta á precio por el soberano de Oriente; quien además ofreció cumplido galardon en esta vida y en la otra á quien la arrojase á sus piés en Bagdad. Por órden del Califa y para llevar á cabo su decreto, El-Elá-ben-Mugueit, walí del Kairwan, en África, reunió un numeroso ejército de infantería y caballería, y pasó con él desde las costas de *Tunez* á las de Andalucía, en abril de 763. Verificado sin tropiezo el desembarco, El-Elá se dirigió á marchas forzadas sobre Córdoba, arrastrando en su tránsito al partido Fehry-Abasida, y á los musulmanes de conciencia timorata, á quienes conmovió anunciándoles que el Ommiada había sido maldecido por la voz del gefe de los creyentes y la de los imanes en todos los púlpitos de las mezquitas de Oriente. A beneficio de sus procla-

mas y predicaciones, el general de El-Mansur, allegó bajo el negro estandarte de los Abasidas, numerosa y atropellada hueste formada con los muslimes de las poblaciones que atravesó en su marcha sobre Córdoba.

No pudo holgarse mucho tiempo El-Elá con sus esperanzas de fácil triunfo. Salióle al encuentro Abderrahman, y alcanzado que le hubo, trabaron ambos ejércitos una reñida batalla, que un autor arábigo describe de la siguiente manera: «Avistáronse ambas huestes al amanecer; empezó la batalla acometiendo los africanos y fué sangrienta hasta el mediodía; por la tarde embistieron los ANDALUCES con tanto esfuerzo y bravura, que arrollaron á sus enemigos. Los visoños infantes del África se precipitaron sobre el campamento con intento de saquearlo, las tropas que lo guardaban se opusieron de manera que el ejército Abasida quedó derrotado á beneficio de aquella doble refriega.» La victoria de Abderrahman fué completa; sus tropas se apoderaron del estandarte del Califa, y degollaron siete mil enemigos entre cuyos cadáveres se encontró el de El-Elá. El resto del ejército africano huyó á la desbandada camino de la costa, en busca de sus naves para regresar á África.

El naciente califato de Córdoba se salvó providencialmente del trance mas comprometido en que se encontrara desde su fundacion. Aquella victoria fué la confirmacion de la independencia de la España musulmana. Si la fortuna no la hubiese favorecido en aquel tremendo lance, hubiera recaido ba-

jo la dependencia tributaria de Bagdad; pero tambien, acaso hubiérase anticipado algunos siglos el dia de la reconquista definitiva de la España cristiana.

Cuentan las crónicas árabes, que Abderrahman mandó cortar la cabeza al cadáver de El-Elá, y que la envió á África, donde fué expuesta en la plaza pública del Kairwan con el siguiente letrero: *Así castiga Abderrahman-ben-Moawia, á los temerarios como El-Elá-ben-Mugueit.* Otras afirman que la envió canforada al mismo Califa, quien esclamó al verla: «Este hombre es Satanás; demos gracias á Dios que media el mar entre él y nosotros.»

Hácese notar en este acontecimiento histórico un suceso singular que revela, cómo la separacion entre los imperios musulmanes de Oriente y Occidente, no era ya solo un hecho político, sino que tambien social y de razas, puesto que en la batalla en que fué vencido El-Elá, no se llaman, por los autores arábigos, *Árabes* á los soldados de Abderrahman, sino ANDALUCES, estableciéndose así, y á partir de aquella época, un antagonismo profundo y radical entre los musulmanes separados por el mar Mediterráneo. La importancia suma que tuvo esta singularidad en la série de los sucesos posteriores, justifica la oportunidad de la observacion que acabamos de hacer.

Abderrahman regresó desde el campo de batalla á Córdoba, dispuesto á proseguir la obra del afianzamiento de su poder en España y á continuar al mismo tiempo la del embellecimiento de la me-

morable ciudad que habia elegido para centro de su gobierno. Así que siguió sin levantar mano la edificacion de elegantes mezquitas y otros edificios públicos; estimuló el celo de sus amigos para que construyesen palacios, casas y barrios enteros, y planteó la primera casa de moneda, donde se acuñaba idéntica á la que usaron en Siria los califas sus abuelos. En suma, se rodeó de toda la pompa y atributos del califato, al cual, repetimos, solo faltó el nombre. Entretanto, la fama del venturoso Ommiada corria por todas partes, atrayendo hácia Córdoba lo mismo de las demas ciudades de España que de la Siria, del Egipto y del Irak, sábios, filósofos, literatos y poetas, que pusieron los cimientos de aquellas memorables Academias y Escuelas, que hicieron de la antigua *ciudad patricia* el centro del saber, y la Atenas de los siglos medios de Europa.

Sin embargo, no habia sonado todavia la hora de la paz ni del definitivo afianzamiento de la indepedencia de los musulmanes andaluces. Poco tiempo despues de la derrota de El Elá y sus africanos, el walí de Meknesah, Abd-el-Gafir, que se decia descendiente por línea directa de Alí, primo de Mahoma y de Fathima su hija única, levantó bandera entre los Schiitas de Africa para venir á combatir al Ommiada de Córdoba. Por mas diligente que anduviera Abderrahman en echar sus escuadras al mar y en guarnecer las costas para oponerse á la nueva invasion africana, el Gafir, mozo valiente y atrevido, reputado entre los suyos por su

garbo y magnificencia, logró desembarcar en las costas de Andalucía, hácia el año de 766, con un numeroso ejército de aventureros que se apoderaron ejecutivamente de toda la serranía de Ronda y Antequera, donde se enriscaron y fortificaron, limitándose por entonces, á tan mezquina empresa el vasto proyecto de la conquista de España por Abd-el-Gafir.

En este mismo año de 766, rindióse á las armas del Emir de Córdoba la ciudad de Toledo, que desde el de 763 servia de refugio á los hijos y partidarios del antiguo Emir Abasida, Yussuf el Fehry; y á él tambien refieren las crónicas árabes dos espediciones por las montañas de Galicia, Astúrias y Vasconia, de donde trajeron los musulmanes á Córdoba muchas riquezas, cautivas y ganados.—Las cristianas no hacen relacion del suceso.

A principios del año 767 la faccion de Abd-el-Gafir se descolgó de la sierra de Antequera y recorrió la costa talando los pueblos desde la comarca de Almuñecar hasta la provincia de Almería. Acudió para enfrenar su audacia el wali de Elvira; mas fué derrotado y tuvo que retirarse á la capital de su gobierno, donde espiró de resultas de las numerosas heridas que le causaron en la refriega.

Alentado por aquella victoria que habia engrosado su hueste, el general guerrillero Fatimita se atrevió á emprender operaciones en mayor escala, llegando por la provincia de Málaga á la de Sevilla, que recorrió durante todo aquel año, poniendo á contribucion los pueblos pequeños y talando las comarcas que se le manifestaban contrarias. El

walí de Sevilla y los caides de Carmona, Arcos, Medina-Sidonia y demás pueblos importantes del waliato, salian de continuo á perseguir con su caballería á aquellos rapaces foragidos—como los llaman los historiadores ommiadas—sin poder llegar á batalla formal con ellos, porque cuantas veces se veian comprometidos huian diligentes á guarecerse en las escabrosidades de la Sierra. En los primeros meses del año 968, habiendo recibido Abd-el-Gadir algunos refuerzos procedentes de África, se atrevió á invadir formalmente la Andalucía occidental, llegando hasta Astapa (Estepa), donde derrotó las fuerzas que salieran de Sevilla para oponerse á sus devastaciones, y las persiguió hasta dejarlas encerradas en la capital, á cuya vista plantó su campamento. El walí Abd-el-Melek, nombrado en 759 por el soberano de Córboba, salió de la plaza al frente de cuantas fuerzas pudo reunir, y atacó y derrotó completamente, despues de muchas horas de empeñada refriega al audaz Abd-el-Gafir. Huyó el Fatimita; mas no viéndose perseguido, contramarchó con su ejército durante la noche, y apareció á la hora del alba junto á las puertas de Sevilla, que un número considerable de parciales que tenia dentro de la ciudad, intentaban franquearle. Empeñóse porfiada lucha entre los habitantes de Sevilla y los parciales y soldados del Gafir, que se prolongó hasta la caida de la tarde, hora en que aparecieron las avanzadas de Abd-el-Melek. No desmayaron los africanos; por el contrario, revuélvense contra las tropas del walí y re-

nuevan la batalla, en la que cae gravemente herido Abd-el-Melek; y por una de esas inesplicables peripecias de la guerra, á favor de la oscuridad de la noche y del tumulto y desórden de una refriega empeñada en tales momentos, Abd-el-Gafir y sus africanos penetran en la ciudad, la saquean horrorosamente durante la noche; y salen de ella al rayar el dia, cruzan el rio y se dirigen hácia la sierra de Cazalla donde tenian numerosos amigos.

Cansado Abderrahman de aquella prolongada guerra de salteadores, que sin amenazar formalmente su poder, mantenia en contínua alarma los pueblos todos de Andalucía, resolvió ponerle término ejecutivamente, marchando él en persona contra el audaz aventurero que acababa de saquear á Sevilla. Al efecto reunió un ejército considerable, dió sus órdenes á los walies y caides de las fortalezas, trazó el plan de la campaña y salió de Córdoba en busca de Abd-el-Gafir.

La noticia de los movimientos militares que habia emprendido Abderrahman llenó de sobresalto al guerrillero Fatimita, que conoció, demasiado tarde, el exceso de su temeridad. En su consecuencia resolvió volver á sus escondidas guaridas de la serranía de Ronda; mas como para llevar á cabo su retirada, desde Cazalla donde se encontraba á la sazon, tenia que atravesar mucha tierra, quiso fiar á un golpe de mano atrevido el éxito de la jornada. Al efecto, marchó hácia el Guadalquivir y lo vadeó mas arriba de Lora del Rio, á unas dos leguas de la confluencia del Genil. Gozoso con tan

feliz comienzo, emprendió á marchas forzadas su retirada por la cañada del Genil, esperanzado en reemboscarse en sus inaccesibles defensas antes de ser alcanzado por Abderrahman. Empero su hora habia llegado ya. No bien la fugitiva hueste Fatimita apareció á la vista de Ecija, cuando los ejércitos de Córdoba y Sevilla cayeron sobre ella en movimiento combinado. La derrota de Abd-el-Gafir fué completa. El valeroso aventurero que durante siete años habia hecho la guerra contra todo el poder del soberano de Córdoba, murió gallardamente en la refriega (773). Su cabeza y la de cincuenta compañeros de su vida aventurera, fueron enviadas como testimonio de la victoria á las principales ciudades de Andalucía.

El triunfo de Ecija puso término á la guerra civil que durante diez y siete años habia perturbado y ensangrentado casi todos los distritos de Andalucía; Fatimitas y Fehrys quedaron reducidos á la impotencia, y el pais disfrutó largos años de paz que solo se vió turbada momentáneamente hacia 784, por los desmanes de una corta faccion Fehry, que alzó por última vez el negro pendon Abasida en las sierras de Cazorla.

Sin embargo, Abderrahman, aleccionado por una costosa esperiencia, que le mostraba ser el África el mayor enemigo de su poder, ya porque en ella se tramaban todas las conspiraciones contra su trono, ya porque en sus numerosas tribus reclutaban soldados los califas de Bagdad para encender a guerra en España, dispuso, á fin de precaver

nuevas invasiones procedentes de àquella regiòn, aumentar y organizar una marina militar suficientemente poderosa para guardar las costas de la Península sobre el Mediterráneo. Al efecto nombró *Emir-al-ma* (almirante) á su *hadjib* (secretario del despacho) Teman-ben-Alkhamah, con encargo de activar la construccion de numerosos buques de guerra en los astilleros de Barcelona, Tarragona, Tortosa, Cartagena y Sevilla.

Los años de paz que sucedieron desde el esterminio de la faccion Fatinsita hasta la muerte de Abderraman I, no fueron ciertamente perdidos para Andalucía cuyas principales ciudades Córdoba y Sevilla, continuaron embelleciéndose y siendo el centro de atraccion de todo el saber y la cultura de aquellos tiempos, en tanto que la agricultura y las artes de la paz prosperaban, y que el movimiento mercantil en los puertos del litoral se desarrollaba prodigiosamente. Lucian de nuevo para esta magnífica region los tiempos de Augusto, y volvia á ser el jardin de Europa. Cristianos, musulmanes y judíos vivian tranquilamente al amparo de leyes equitativas y protectoras, no recordando ya ninguno de ellos los inevitables desmanes que acompañaron la conquista de Tarik y de Muza, ni pensando todavia los primeros en dar comienzo á la obra de la reconquista. De esta manera y tras largas y porfiadas discordias intestinas, íbase afirmando el poder de los Ommiadas en el centro y Mediodia de España, á beneficio de la sábia y previsora política de Abderrahman, quien dió á su primogénito Su-

leiman el gobierno de Toledo, y á su segundo hijo Abdallah, el de Mérida, en tanto que su robusta mano dirigia las riendas del gobierno supremo desde Córdoba, donde educaba con esmero, por que lo destinaba para su sucesor, á su tercer hijo Hixem.

Empero, si el Mediodia de la España musulmana disfrutaba complacida de tan codiciada paz, no así las provincias orientales y septentrionales, y particularmente los valles que riega el Ebro, donde ardía sin cesar, ó con cortos intérvalos el fuego de la guerra civil, que muy luego se vió complicada con otra estrangera, últimas invasiones del Norte en la Península Ibérica.

Vamos á narrar compendiosamente aquel suceso, que forma época en los anales de la historia de España y de Francia.

Se recordará que en uno de los capítulos anteriores dijimos, con referencia á un historiador musulman, que una de las principales quejas que los Bereberes tenian contra los Árabes, era que estos últimos se habian adjudicado en la conquista la parte del leon, tomando para si las fértiles comarcas del Mediodia, y sobre todo la region del *Andalo* y dejado á los primeros las menos feraces, y además las mas comprometidas, puesto que sirviendo de fronteras á los Estados cristianos, vivian en ellas los Bereberes en continua guerra con los enemigos del Islam. Esta era, pues, la situacion de las tribus Berberiscas establecidas al Oriente y al Norte de la Península; y dicho se está con esto, cuán dispuestas estarian para aprovechar todas las ocasiones y á

tomar pretesto de todas las discordias entre sus correligionarios, para promover revueltas que les acercasen al término de sus deseos, que eran su emancipacion del poder establecido en Córdoba. Muchos años trascurrieron en aquellas regiones en un estado ya de latente ya de franca hostilidad contra los emires Árabes, y muchos sucesos importantes debieron tener lugar en ellas, acerca de los cuales las crónicas no dicen una sola palabra, cuando por los años de 777 y 78, encontrándose en Zaragoza, Suleiman-ben-Alarabi, nombrado por Abderrahman walí de la provincia, púsose al frente de una conspiracion que tenia por objeto emancipar la parte oriental de la Península del poder del Emir de Córdoba. Al efecto, el desleal gobernador, puesto de acuerdo con todos los enemigos de Abderrahman Abasidas, Fehrys, Fatimitas y Bereberes que habian buscado un refugio en Zaragoza y demás ciudades de su gobierno, solicitó la alianza del rey de Francia Carlo-Magno, comprendiendo que sin tan poderoso arrimo le seria imposible sostenerse contra las armas de los musulmanes-andaluces.

Carlo-Magno se comprometió á auxiliar las pretensiones de Ben-Alarabí, con la esperanza, segun dice Eginhard, secretario y cronista que fué de aquel gran rey «de tomar para sí algunas ciudades de España.» Al efecto reunió un brillante y numeroso ejército tal como lo exijía la magnitud de la empresa que iba á acometer, y en la primavera de 778 atravesó los Bajos Pirineos, entró en Pamplona y prosiguió su marcha, talando y devastando los

campos y poblaciones; obrando, en fin, mas bien como conquistador que como aliado de los musulmanes rebeldes, hásta llegar á las puertas de Zaragoza, con cuya posesion debia coronar la série de fáciles victorias que habia conseguido desde su entrada en España.

Mas, ¿cuál debió ser su sorpresa cuando en vez de los dóciles corderos que creyó encontrar en la ciudad, que 1031 años despues debia conquistarse el nombre de *Inmortal* por su heróica y simpar defensa contra las armas del segundo Carlo-Magno de Francia, vió una guarnicion numerosa y un vecindario decidido á sepultarse bajo los escombros de sus casas y fortificaciones, y, además, tan preparados para la defensa, que se hacia mas probable la derrota del ejército francés que el cumplimiento del patrióco propósito de los zaragozanos? ¿Qué habia pasado en Zaragoza que así recibia como enemigos mortales á los mismos que pocos meses antes llamara como auxiliares? No se sabe; nada dicen las crónicas españolas, francesas ni árabes acerca de aquel inesperado cambio de parecer de los musulmanes rebeldes. Mas lo que las crónicas nos dicen se deja fácilmente adivinar conocida la desapoderada conducta que observó el ejército de Carlo-Magno en su marcha desde Pamplona á Zaragoza. Aquellos tesoros abandonados en la hondonada de Roncesvalles, justifican la actitud de los zaragozanos que no quisieron aumentar con los suyos la rica presa que los franceses recojieron en sus espediciones por los valles del Ebro.

Sea de ello lo que quiera, lo que aparece mas cierto, es, que á ejemplo de Zaragoza todas las poblaciones y campiñas de ámbas márgenes de aquel rio, se alzaron en armas para rechazar el ejército invasor, y que el arranque fué tan formidable, que Carlo-Magno juzgó prudente regresar á la Galia; desesperanzado de poder *borrar políticamente los Pirineos* y dar por frontera á la Francia el Ebro.

Retrocedió, pues, hácia Pamplona cuyos muros hizo desmantelar, y prosiguiendo su retirada se internó en el desfiladero de Roncesvalles. En él le esperaban parapetados en las enriscadas laderas y en las inaccesibles cumbres de Altabiscar é Ibañeta, los montañeses vascos. El ejército francés marchaba dividido en dos cuerpos; Carlo-Magno á la cabeza del primero: la córte del monarca, los principales caballeros, los bagajes y los *Tesoros recogidos en la espedicion por tierra de España*, formaban el segundo. El primero pasó indemne; representaba la gloria del vencedor de los Lombardos, de los Sajones y de los Germanos mancillada con el lastimoso desengaño que sufrió su arrogancia delante de los muros de Zaragoza. El segundo quedó todo sepultado en la hondonada de Roncesvalles, bajo los peñascos, los troncos de árboles y las flechas que cayeron sobre él, lanzados á manera de granizo tan espeso que no dejaba penetrar el aire, desde las cumbres de Altabiscar é Ibañeta por los montañeses, temerosos de ver amenazada su independencia por los *hijos del Norte*.

Esta fué la célebre batalla de Roncesvalles, co-

mo la refiere el mismo secretario y biógrafo de Cárlo-Magno, que iba en la espedicion; y este el triste fin que tuvo la última invasion del Norte intentada en España por una raza estrangera.

La noticia del desastre acontecido al ejército de Carlo-Magno, fué la señal de nuevos disturbios en Zaragoza. El partido Abasida se sublevó contra la faccion que habia llamado en su auxilio á los franceses; dió muerte al wali, lanzó todos sus partidarios fuera de la ciudad, y enarboló en sus muros el estandarte de los Califas de Oriente, en cuyo nombre se realizára la sublevacion. Abderrahman acudió ejecutivamente con numeroso ejército contra la rebelde ciudad, cuyo sitio formalizó, batiendo sus murallas con treinta y siete arietes, y la tomó al fin despues de dos años de obstinada resistencia (780). Rendida Zaragoza, el valeroso y afortunado Ommiada, restableció su autoridad en todas las ciudades rebeldes, y regresó á Córdoba visitando de paso Gerona, Barcelona, Tortosa y demás poblaciones importantes de las costas de Levante.

Un año próximamente, despues de sometidos los rebeldes de la España Oriental, alzaron de nuevo el negro pendon de los Abasidas en el mismo seno de Andalucía, los hijos de Iussuf el Fehry; pero como siempre, fué hecho girones por la actividad y numerosas fuerzas con que el soberano de Córdoba combatió sus tenaces é incorregibles enemigos. Abul-Asuab y Cassim, herederos de los rencores de su padre, y gefes de los sublevados, fueron alcanzados en los llanos de Cazorla por la caballería de

Abderrahman, batidos y obligados á huir dejando mas de cuatro mil hombres tendidos sobre el campo de batalla (784). Un año mas tarde, Abul-Asuab, el primogénito de Iussuf, moria oscuro y miserable en un pueblecillo de la provincia de Toledo, y su hermano Cassim, despues de otra inútil tentativa contra Abderrahman, cayó prisionero y fué presentado al soberano Ommiada, que no solo le perdonó magnánimamente sino que le dió bienes en Sevilla para que pudiese vivir con el decoro que correspondía á su rango.

Tal fué el término de la guerra de treinta años, durante los cuales, con cortos intérvalos de paz, no cesó de combatir contra todo género de enemigos el ilustre fundador del Califato de Córdoba, para establecer su poder soberano, y con él la independencia de la España musulmana. Libre ya de enemigos interiores y esteriores, reconcentró todos sus cuidados y desvelos en reparar los males que las pasadas guerras habian causado en sus Estados, y en activar el embellecimiento de las principales ciudades y en particular de Córdoba, donde queria dejar recuerdos imperecederos de su poder y grandeza. Al efecto, despues de haber embellecido su capital con alcázares, mezquitas, otros monumentos públicos y deliciosos jardines, trazó sobre los mismos planos de la de Damasco, el proyecto de la *Grande Aljama* de Córdoba, su ciudad favorita que comenzaba ya á ser la digna rival de Bagdad, soberbia metrópoli de *los Creyentes*. Abderrahman quiso edificar un templo que igualase en suntuosi-

dad y magnificencia á los mas celebrados de Oriente, y que solo cediese en tradiciones y veneracion á los tabernáculos de mas santidad para los musulmanes, el Templo de Jerusalem, y la Caaba de la Meca. Acaso le impulsó á emprender tan jigantesca obra un pensamiento religioso y á la par político; el de emancipar los á musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente, así como los habia emancipado de aquel gobierno, haciendo de la mezquita-aljama de Córdoba, un centro de la religion muslímica, como lo era el templo de la Mecca en la pátria del Profeta.

A fines del año 787, Abderrahman conociendo que su larga y gloriosa carrera tocaba á su fin, convocó en Córdoba á las walies de los seis grandes distritos militares en que estaba dividida la España musulmana Toledo, Zaragoza, Valencia, Mérida, Elvira, y Murcia, á los gobernadores de las ciudades principales y á los veinticuatro wasires. Reunido que los hubo en el Alcázar y en presencia de los altos funcionarios de su corte, declaró á su hijo menor Hixem, *Wali Aladhi*, es decir, su sucesor en el imperio; rogó á todos los asistentes que le reconociesen y jurasen como tal; lo cual hicieron prestando en el acto juramento de obediencia al futuro soberano.

Terminada la solemne ceremonia y despedida la Asamblea, Abderrahman acompañado de Hixem, partió para Mérida, dejando en Córdoba á su hijo Abdalah. A los pocos meses de estancia en la capital de Estremadura, adoleció de una grave enferme-

dad que lo llevó al sepulcro á los 59 años de edad y 32 de reinado. Celebrados con inusitada pompa los funerales de Abderrahman I, procedióse en Mérida á la solemne proclamacion de su sucesor Hixém I, que á los pocos dias regresó á Córdoba.

Así terminó su gloriosa carrera colmado de las bendiciones de sus pueblos y nunca vencido por sus enemigos, el magnífico Abderrahman, el primero de los soberanos musulmanes de España. Pocos ejemplos nos ofrece la historia de un triunfo tan espléndido y completo como el del jóven Ommiada, quien, en el trascurso de 32 años, de oscuro proscrito y único vástago de una esclarecida familia esterminada toda entera en un dia, se levantó hasta sentarse en uno de los tronos mas codiciados de Europa; fundó una dinastía que se hizo memorable en la historia del mundo, y consiguió hacer de su corte el centro del saber y de la cultura de una de las mas señaladas épocas históricas. Cierto es que al nombre que llevaba y á las prendas con que el cielo le dotara, debió su rápido y glorioso encumbramiento; pero no lo es menos que sin la anarquía y la guerra civil á que, desde los albores de la conquista se habian entregado las diferentes tribus musulmanas establecidas en España, y sin la necesidad de fundar un órden de cosas que salvase los frutos de la victoria del inminente naufragio que los amenazaba, es seguro que no se hubiesen reunido en Córdoba, en Asamblea, los 80 ancianos que llamaron á España al último de los Ommiadas de

Damasco, y esmuy probable que el ilustre refugiado en la tribu africana de los Zénetas, hubiese muerto oscuro y desconocido. Fortuna fué para la Andalucía musulmana que en lugar de un déspota sin corazon, el destino le deparase un príncipe magnánimo é ilustrado; y desgracia para la España cristiana, que los primeros Alfonsos tuviesen por competidores á los Ommiadas.

La historia que de su reinado ha llegado hasta nosotros, no registra un solo acto de debilidad de aquel grande hombre, cuyos mayores enemigos tuvieron que hacer justicia á sus sobresalientes cualidades. Nuestros cronistas antiguos le llaman el *Grande* el *Justo;* y un historiador contemporáneo compara su grandeza con la del ilustre vencido en Roncesvalles. Podrá ser exajerada esta comparacion; empero no es pósible negar que entre las cuatro grandes figuras históricas que brillaban en el mundo al finalizar el siglo octavo; Cárlo-Magno en el imperio de Occidente, Irene en el de Oriente, Harun-al-Raschid en Ásia y Abderrahman en España, el último se destaca en medio de una aureola de gloria, no empañada por una memorable derrota como la que sufrió el primero, ni por los grandes crímenes que mancharon la memoria de la segunda, ni por lás estravagantes debilidades que afearon la colosal grandeza del tercero.

Glorioso destino fué el de Andalucía cuna de la grandeza de Aníbal, de Escipion, de Sertorio, de Pompeyo, de César, de Augusto, de Trajano, de Teodosio, y ahora, en la época que historiamos,

de los Ommiadas, que preparan la de los Alfonsos, de los Fernandos, de Isabel y de Colon.

El mismo año de la muerte de Abderrahman I, el África, desde el Egipio hasta el Estrecho de Gibraltar, se hizo independiente del califato de Bagdad. Otro ilustre proscrito, Edris-ben-Abdallah, imitando la conducta del último de los Ommiadas en España, se apoderó de todo el Magreb y echó los cimientos del reino de Fez.

IX.

Soberanos de Córdoba.

Hixem I. Al-Hakem I. Abderrahman II.

788 á 840.

Necesaria se hacia en Córdoba la presencia del nuevo soberano, para atajar el vuelo que iba tomando una parcialidad cuyos conatos anunciaban dias de nuevas perturbaciones en la España musulmana.

La causa que movia la naciente rebelion, procedia, ó mas bien diremos, era una consecuencia natural del sistema de sucesion al trono establecido entre los musulmanes así en Oriente como en Occidente. Para ellos el poder soberano no era hereditario ni electivo. No habiendo sobre tan importante base de la forma constitutiva del gobierno de aquel pueblo ni derecho escrito, ni prescripciones tácitas, ni costumbre en fin, las armas eran las que dirimian la contienda entre los pretendientes que se crian con mejor derecho, ó en su defecto el

consentimiento del pueblo que ligaba sus intereses á los de una familia y aceptaba el heredero que el soberano tenia á bien recomendarle.

En esta irregular y perturbadora manera de sucesion fundáronse los dos hijos mayores de Abderraman I, Suleiman y Abdallah, para protestar la eleccion de su hermano Hixem. Resentidos al verse postergados por su padre, conspiraron en Córdoba para arrebatarle el trono, y muy luego se vieron al frente de una numerosa parcialidad engrosada con los restos de las facciones Fehry, Abasida y Fatimita, que ansiosas de novedades y revueltas acudieron bajo sus banderas para tomar venganza en el hijo, de las derrotas que les hiciera sufrir el padre.

No conceptuándose seguros en Andalucía, donde la voluntad de Abderrahman era ley para la gran mayoría de sus habitantes, los rebeldes se retiraron á Toledo, desde donde declararon abiertamente la guerra á su hermano. Hixem, apurados todos los medios conciliadores, marchó sobre Toledo al frente de un ejército de 20,000 hombres. Salióle Suleiman al encuentro acaudillando otro no menor de 15,000, y empeñaron los dos hermanos una sangrienta batalla, en la que la caballeria andaluza acuchilló gallardamente á los rebeldes, que huyeron, favorecidos por la oscuridad de la noche, hacia los montes donde se guarecieron. El vencedor no se cuidó de perseguir á los fugitivos, y fuése inmediatamente á poner sitio á la ciudad. La derrota de Suleiman y la falta de socorro hicieron compren-

der á Abdallah lo temerario de una larga resistencia; en su virtud, solicitó una conferencia con su hermano Hixem, que no solo se la concedió sino que le recibió en su campo con los brazos abiertos. Tanta generosidad conmovió á los rebeldes en tal manera que entregaron la plaza y recibieron en ella al Emir con públicas demostraciones de alegría. Hixem regresó á Córdoba, de donde salió muy luego para reducir á Suleiman, que desde los montes de Toledo se habia corrido con crecida hueste á los campos de Murcia.

La vanguardia del ejército andaluz, capitaneada por el jóven príncipe Al-Haxem, alcanzó cerca de Lorca á los rebeldes, que quedaron completamente derrotados en el encuentro. Suleiman trató en vano de prolongar la resistencia, y al fin hubo de rendirse á su hermano, que le perdonó; si bien le desterró de España, aconsejándole que se estableciese en Tanger ú otra ciudad del Magreb. Así terminó la guerra de los tres hermanos, que habia durado desde 788 á 790.

Con la sumision de Suleiman y Abdallah coincidió la de los inquietos Bereberes de la España Oriental, que no pudiendo resignarse de buen grado á la obediencia de los soberanos de Córdoba, habiánse rebelado de nuevo con ocasion de los disturbios que agitaran el centro de la Peninsula. Vencidos por el wali de Valencia, Abu-Otman, y muertos sus caudillos, cuyas cabezas fueron enviadas al Emir, la paz se restableció en aquella region así como en el resto de la Peninsula, á beneficio de la for-

tuna que acompañó por todas partes las armas de Hixem. En celebridad de tan faustos acontecimientos hiciéronse en Córdoba fiestas públicas.

No obstante, aquella paz, por mas que estuviese bien cimentada en Andalucía, en el resto de la España musulmana tenia mas de aparente que de real. Cierto es que el califato de Córdoba se habia establecido bajo los mejores auspicios, y que Abderrahman I y su hijo Hixem habian vencido sobre el campo de batalla todos los enemigos interiores que se alzaron en armas contra ellos, y rechazado cuantas agresiones, que procedentes del África—de donde ya no eran de temer—ó de allende el Pirineo, habian intentado despojarlos de su soberanía; pero no es menos cierto que no podian congratularse con igual victoria sobre el espíritu de rebelion latente, cuando no manifiesto, en todas las tribus musulmanas establecidas en España; entre quienes á falta de motivos de rivalidades fundadas en privilejios de casta ó de gerarquías debidas al nacimiento, existían profundos ódios y enconadas envidias motivadas en el repartimiento de las tierras conquistadas que hicieron los Árabes reservándose, como dejamos dicho, la parte del leon. Débiles los lazos de nacionalidad que unian á todas aquellas tribus, Árabes, Sirias, Egipcias y Africanas por lo imperfecto, cuando menos de la constitucion política que las regia, y no muy sólidos los religiosos, por mas que fueran los únicos que los mantenían en la obediencia, era muy difícil que el poder central las tuviese enfrenadas de otra manera que por

la fuerza en tiempo de paz ó con el esplendor de la victoria durante la guerra.

Quedábale sin embargo, á Hixem, un medio para realizar la estabilidad de su imperio; medio que en todos tiempos han empleado los *políticos hábiles*, elevados al poder por una de esas revoluciones ó série de revoluciones que dejan en pos de si muchos descontentos y no pocos enemigos sometidos por la fuerza; jente toda que anda al acecho de una ocasion ó pretesto para levantar de nuevo el estandarte de la rebelion. Este medio era el provocar una guerra esterior, que comprometiendo los intereses generales del país, distrajese la atencion de los partidos de los suyos particulares, é hiciese converger todas las miradas hácia un solo y mismo punto. A él recurrió Hixem, proclamando la *guerra santa contra los infieles*.

Ochenta años de rebeliones, guerras intestinas y esteriores, con cortos intérvalos de paz, durante los cuales las razas musulmanas establecidas en España habian puesto de manifiesto su impotencia para constituir una nacion unida y fuerte, y lo fácil que hubiera sido lanzarlas de la Peninsula, si la raza indigna se hubiera educado en otra escuela que la de la servidumbre en que la mantuvieron sus primeros dominadores romanos y godos, no habian, sin embargo, apagado del todo aquel entusiasmo guerrero, aquel ciego fanatismo religioso con que aparecieron en Europa los sectarios del Corán acaudillados por los Emires dependientes del Califa de Damasco. Así es, que á la llamada del so-

berano de Córdoba respondieron ejecutivamente todas las ciudades, pueblos y alquerías, enviando tantos guerreros ansiosos de la *victoria* ó del *martirio*, que el Emir pudo formar tres numerosos ejércitos para combatir los pueblos cristianos no sometidos, que amenazaban todas las fronteras del imperio musulman de España.

Al rayar la primavera del año 791, pusiéronse en movimiento dos de aquellos ejércitos. El primero fuerte de unos 40,000 hombres, al mando de Iusuf-ben-Bokht, recorrió llevándolo todo á sangre y fuego las tierras de Astorga, Lugo y la mayor parte de Galicia, de donde sacó rico botin en cautivos y ganados. Una parte de este ejército hubo de encontrarse con el del rey de Astúrias, Bermudo, en un sitio llamado *Burbia* (cerca de Villafranca del Vierzo), donde trabaron sangrienta refriega; cuyo resultado traducen en su favor los cronistas cristianos, en tanto que los arábigos dicen: «Iusuf, dió la batalla á Bermudo en persona, le derrotó, saqueó su campo y cortó la cabeza á diez mil cristianos.» (Ben-Adhari).

Él segundo ejército se encaminó por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia, de donde regresó victorioso á Andalucía con mucha presa, cautivos y ganados.

El tercer ejército musulman marchó resueltamente contra los Francos. Invadió la Septimania; taló sin piedad cuantos pueblos, iglesias y abadías encontró en sus correrías por las campiñas de la Galia; pasó á cuchillo los habitantes é incendió el

grande arrabal de Narbona, ciudad que 30 años antes perdieran los muslimes, y por último, cargado de ricos despojos se dirigió sobre Carcasona, dispuesto acaso á seguir las huellas de Abderrahman-el-Gafeki; cuando al acabar de atravesar el rio Orbieu por su confluencia con el Aude, encontróse con el ejército franco-aquitano mandado por Guillermo duque de Tolosa, que acudiera desalado á contener aquella terrible invasion. Empeñóse muy luego una porfiada y sangrienta batalla en la que los Francos fueron derrotados y huyeron á la desbandada, dejando el campo cubierto de cadáveres. Despues de esta espléndida victoria, los Árabes regresaron á España, sin que las crónicas de aquellos tiempos, y en particular la de Moisac que da los mas ámplios detalles acerca de la invasion musulmana y de la derrota del duque de Tolosa, digan la causa que les hizo renunciar á proseguir sus venturosas correrías en la Galia.

Sin embargo, resulta de ellas, que renunciaron á continuar recojiendo laureles, movidos por el deseo de poner en seguridad el inmenso botin que recojieron en su venturosa espedicion.

Escusamos ponderar los estremos de alegria con que se recibieron en Andalucía las noticias de aquel triunfo, y particularmente en Córdoba donde se celebraron con fiestas públicas, y donde se activó por órden del Califa, la conclusion de la gran mezquita comenzada por Abderrahman I. Al fin propuesto por Hixen, destináronse como obreros, los numerosos cautivos hechos en Narbona, y una

parte de las considerables riquezas arrebatadas en la Galia.

En el año siguiente (794), el EMIR de Córdoba envió dos nuevos ejércitos contra el reino de Astúrias, cuya importancia política crecia demasiado para que el *virtuoso Hixem*, como lo llaman sus historiadores, que consideraba como su principal deber la *Guerra Santa*, dejase prosperar los reyes cristianos del Norte del Duero. Segun los cronistas musulmanes Novairi é Ibn-Kaldun, (citados por Dozy) uno de aquellos ejércitos se limitó á verificar una correría por tierras de Álava, y el otro penetró en el corazon de Astúrias, y se apoderó de la capital que arrasó despues de haberla saqueado. No obstante, su retirada fué desgraciada, pues habiéndose estraviado en aquellas montañas, perdió muchos soldados, armas y caballos.

Las crónicas latinas no solo confirman el suceso, sino que lo describen como un verdadero desastre para los musulmanes. En efecto; segun la de Sebastian de Salamanca, los Árabes durante su retirada fueron atacados y derrotados por Alfonso II, en un lugar pantanoso llamado *Lutos* (Lodos) situado, segun la tradicion que se conserva en Astúrias, entre Tineo y Cangas (de Tineo) llamado hoy todavía, *Llamas del Mouro*, en cuyas cercanías hay un sitio que se llama *campo de la matanza*. Los sarracenos sufrieron una gran mortandad; perdieron el general que los mandaba, y toda la presa y cautivos que habian hecho en su espedicion.

Como se vé, la *Guerra Santa* tan feliz para los musulmanes andaluces por el lado de la Galia, fué desgraciada por el de Astúrias.

En los primeros dias del mes de Abril de 796, falleció Hixem I, á resultas de una aguda y corta enfermedad, dejando por sucesor en el trono, á su hijo Al-Hakem, jóven de brillántes cualidades, vasta instruccion y refinada cultura, á quien reconocieran por heredero, en vida de su padre, todos los grandes dignatarios de la corte y gobierno del imperio.

El advenimiento al trono de Córdoba del tercer Ommiada, fué la señal de nuevos disturbios y sangrientas rebeliones entre los musulmanes. Los príncipes Suleiman y Abdallah, hermanos del Emir difunto, creyeron la ocasion favorable para renovar sus pretensiones á la herencia de su padre; y en tanto que el segundo levantaba el estandarte de la rebelion en la España central, el primero desembarcaba en Valencia con una crecida hueste de Bereberes que habia reclutado en África, donde le desterrára Hixem I despues de haberle vencido en 790.

El Emir acudió ejecutivamente con los contingentes de caballería de Córdoba, Sevilla, Jerez, Arcos y Sidonia á combatir á su tio Suleiman; mas á pesar de su mucha dilijencia no llegó á tiempo para evitar su entrada en Toledo, ciudad que se pronunció en favor de los príncipes rebeldes (797).

Con la insurreccion de la España central coincidió la invasion de la oriental por un ejército Franco acaudillado por Ludovico Pio, rey de Aquitania

é hijo de Carlo-Magno. Lo grave y casi desesperado de la situacion no intimidó el ánimo esforzado del jóven Al-Hakem. Puesto al frente de la pujante caballería andaluza, se dirige á marchas forzadas hácia la España Oriental; llega á Zaragoza, reune bajo su bandera los buenos muslimes y se lanza vigorosamente sobre las falanges del rey de Aquitania. Recobra todas las plazas de que se habian apoderado los Francos, Huesca, Lérida y Gerona; los arrolla al otro lado del Pirineo; los persigue hasta Narbona y saquea todo el país que recorre con su victoriosa caballería. Sin darse un momento de descanso despues de tan ruda y feliz campaña, vuelve sobre Toledo; acosa sin cesar á sus dos tios oblígalos á retirarse á tierras de Valencia y Murcia; persíguelos allí, alcánzalos al fin, y los derrota completamente en una campal refriega donde encontró la muerte el mayor de sus dos tios, Suleiman. El segundo, Abdallah, imploró el perdon de su sobrino el Emir, quien se lo concedió generosamente; empero le exigió en garantía del cumplimiento de su palabra, que le dejase en rehenes á sus dos hijos, á quienes trató como á príncipes de su misma sangre.

Despues de tan rápidos y señalados triunfos, Al-Hakem regresó á Córdoba (800), donde fué recibido con general regocijo por el pueblo y los soldados que le aclamaron *Al-Mudhaffar* (vencedor afortunado).

No mucho tiempo pudo descansar el Emir tranquilo á la sombra de sus laureles, en sus amenos

jardines de Córdoba, rodeado de los sábios y poetas que formaban su séquito ordinario. En el otoño del año siguiente 801, un numerosísimo ejército Franco-Aquitano puso sitio á Barcelona, y la rindió despues de muchós meses de desesperada y heróica resistencia. La rendicion de aquella memorable ciudad forma época en los anales de las historias de España y Francia, no solo como uno de los mas importantes acontecimientos militares de entonces, sino porque fué el verdadero fundamento de la Marca Gótica, y el comienzo del célebre Condado de Cataluña.

Tarde y casi infructuosamente acudió Al-Hakem á reparar aquel trascendental desastre, puesto que solo despues de sabida la rendicion de Barcelona se encaminó con un ejército hácia la España oriental, que recorrió sin intentar recobrar la plaza perdida, limitando su campaña á castigar los rebeldes musulmanes de los waliatos de Huesca y Tarragona.

De regreso á Córdoba, envió una emdajada(804) con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris-ben-Edris, que acababa de ser proclamado Emir independiente del Magreb. Importábale mucho al de Córdoba aquella alianza, dado que con ella robustecia su imperio tanto como debilitaba el de sus eternos enemigos los Abasidas de Oriente.

Desde aquel año hasta el de 809 los guerreros andaluces permanecieron tranquilos en sus cuarteles, en sus casas ó entregados al cultivo de sus

tierras. Desgraciadamente la inexorable y sanguinaria justicia del despotismo oriental trasplantado en España, y la ferocidad de las venganzas musulmanas no permanecieron ociosas durante el bienio de 805 á 806. A resultas de un motin popular que estalló en Toledo, provocado por la falta de prudencia del jóven gobernador Yussuf, este fué separado de su cargo por el EMIR. Amín, padre del walí depuesto, fué enviado en su reemplazo. Ardiendo en rabiosa sed de vengar el agravio hecho á su hijo, el nuevo gobernador convidó á un festin á cuatrocientos ciudadanos los mas notables del vecindario, y así que los tuvo en su alcázar mandó cerrar las puertas y los hizo degollar á todos por sus guardias... El pueblo de Toledo no tuvo conocimiento de tan bárbara é inhumana trajedia, hasta que al amanecer del siguiente dia vió las cuatrocientas cabezas goteando sangre, expuestas en los muros del palacio del gobernador (805).

En el año siguiente Córdoba presenció un espectáculo no menos horrible. Habíase urdido una vasta conspiracion contra la vida del EMIR, aprovechando los momentos en que este se encontraba combatiendo en Mérida una supuesta rebelion del walí de la ciudad. Noticioso del suceso, Al-Hakem regresó apresuradamente á su capital. Dos dias antes de que estallase la conjuracion, fuéle entregada por uno de los conjurados la lista de sus cómplices, encargándole que no se descuidase un momento en hacer justicia. La recomendacion no era necesaria. Un déspota oriental sabe demasiado lo

que le conviene hacer en semejantes casos. Asi es, que, segun la crónica traducida por Conde, el *Walilcoda* (presidente del Consejo) ofreció pocas horas despues, á los ojos del Califa, tendidas sobre una alfombra, *trescientas cabezas de los principales conjurados*, que al amanecer del siguiente dia aparecieron puestas en garfios en la plaza, con un letrero que decia: *Por traidores y enemigos de su rey*.

En el año 809, por órden de Carlo-Magno, los Francos que ocupaban la Marca-Hispana, territorio comprendido entre los Pirineos y el Ebro, salieron de Barcelona divididos en dos numerosos ejércitos para sitiar á Tortosa, baluarte principal de los musulmanes en la España Oriental. Acudió desde Zaragoza en socorro de la plaza el jóven Abderrahman, hijo del Emir, y unido al walí de Valencia, forzó á los Francos á levantar el sitio, los batió completamente y les obligó á encerrarse precipitadamente en Barcelona. Una segunda acometida contra la citada plaza intentada por los soldados de Carlo-Magno en el año siguiente, no fué menos desgraciada que la primera para los Francos. Apesar de tan repetidas victorias, el Emir de Córdoba envió una embajada á Carlo-Magno, proponiéndole la paz, que el grande emperador aceptó sin titubear.

El motivo que tuvo Al-Hakem para dar aquel paso, fué la dificultad en que se encontraba de sostener á la vez dos guerras muy costosas la una en el Oriente de la Peninsula, y la otra en el Occidente donde los cristianos de Astúrias y Galicia no

se daban trégua á combatir el poder musulman. En su virtud, pues, el EMIR dispuso hacerles la guerra, y envió contra ellos dos numerosos ejércitos, mandados por Abdalá, y Abd-el-Kerim, generales los mas reputados entre los árabes. Ambos penetraron gallardamente en Galicia llevándolo todo á sangre y fuego; mas se internaron imprudentemente en comarcas montañosas que no conocian y pagaron muy caro su atrevimiento, segun dice Sebastian de Salamanca (c. 20), puesto que fueron esterminados el uno en las orillas del Naharon y el otro en las del Ancéo. Las crónicas Árabes consultadas por Conde, refieren el suceso, con ciertos detalles curiosos; suceso que vemos confirmado por la siguiente narracion del historiador Ben-Adharí, traducida por Dozy (*Recherches* t. 1.° p. 150).

En el año 200 (816) Al-Hakem dió órden á su wasir Abd-el-Kerim ben Moghit, de ir á combatir la tierra de los politeistas. El wasir penetró hasta el corazon del país talando los campos y arrasando las casas, los castillos y todos los pueblos del wadi-Aron. El rey (maldígalo Dios!) hizo un llamamiento á sus vasallos; los cristianos acudieron de todas partes armados y se situaron sobre el rio Aron dando frente á los musulmanes. El dia siguiente Abd-el-Kerim y sus soldados intentaron vadear el rio, pero los infieles los combatieron en todos los puntos. Los musulmanes se portaron como hombres que querian ganar el cielo, pero fueron rechazados y los cristianos pasaron el rio. Entonces los muslimes los combatieron reciamente y los arrolla-

ron hácia sus desfiladeros dando muerte á un considerable número de ellos con las lanzas y con las espadas. Sin embargo, los mas se ahogaron en el rio. Peleóse no solo con espada y lanza sino tambien con piedras. Terminada la refriega estableciéronse centinelas en los puntos vadeables, y se formaron trincheras con fosos y empalizadas. (Nowari é Inb-Kaldum añaden que los dos ejércitos permanecieron tres dias sobre el campo combatiéndose incesantemente) «Muy luego empezaron las lluvias; y como los infieles y los musulmanes careciesen de víveres, Abd-el-Kerim emprendió la retirada y el dia 8 de junio de 816, entró victorioso (?) en la capital» (Conde lo supóne muerto de un bote de lanza.

Bien considerado, esta narracion no desmiente formalmente la victoria que Sebastian de Salamanca y los cronistas consultados por Conde, atribuyen á los cristianos en las orillas del Naharon; y desde luego es significativo el silencio que guardan los traducidos por Dozy, respecto al resultado de la otra batalla empeñada en las márgenes del Ancéo.

Es verdaderamente notable que las armas musulmanas victoriosas siempre contra los Francos y Aquitanos, lo mismo en la Galia meridional que en las provincias Orientales de la Península, fuesen desgraciadas con tanta frecuencia contra los cristianos de Astúrias y Galicia. ¿Eran, estos, mas civilizados, mas guerreros, mas numerosos que aquellos? ¿contaban con mayores recursos, ó tenían á su frente uno de esos hombres estraordinarios que la

Divina Providencia envia de tarde en tarde al mundo para cambiar las condiciones políticas y morales de los pueblos y fundar entre ellos una nueva manera de ser religiosa ó social? No: eran algunos miles de rústicos montañeses que ocupaban un país con el cual el poderoso Carlo-Magno á penas si se hubiera dignado formar una provincia de su vasto y colosal imperio; gobernábalos un soberano, no coronado en la basílica de S. Pedro por un Papa y proclamado EMPERADOR DE LOS ROMANOS, título que habia desaparecido hacia mas de tres siglos, sino un *caudillo-rey* levantado sobre el tosco pavés de sus soldados, y *ungido* con el *barro del Llamas del Mouro,* y el *limo* de las orillas del *Naharon* y del *Ancéo*. ¿De dónde, pues, sacaron aquel indomable valor aquel inquebrantable teson que les hizo triunfar tantas veces de los dominadores de España, y vencedores de los soldados del *Gran Rey* que reunió bajo su cétro la Francia toda y avasalló la Alemania, el reino de Lombardía y la Italia hasta Benevento? ¿De donde...? De su fé; nada mas que de su fé religiosa. Suprimid este poderoso estímulo de sus sencillos corazones; arrancad la cruz de sus estandartes; persuadidles que hay otro camino para *ir al cielo* que aquel que dejó trazado JESUS en el Calvario, y veréislos parar, á pesar de que todavía circula por sus venas la sangre de los *Astures* y *Vascones nunca domados*, en tributarios de los musulmanes, hasta que la idea política, que siempre llega en pos de la religion, se apodere de su corazon.

. . . .

. . . .

En aquel mismo año de la frustrada espedicion musulmana á Galicia, el EMIR Al-Hakem convocó á los grandes dignatarios de su corte, y en presencia de la asamblea declaró su futuro sucesor en el imperio á su hijo Abderrahman, que era ya, á la sazon, una de las mas brillantes glorias militares del imperio y el alma de su gobierno. Juráronle todos con alborozo, y celebróse el suceso en Córdoba con general regocijo.

Desde aquel dia, Al-Hakem I abandonó del todo las riendas del gobierno en manos del príncipe su heredero, y se encerró en su alcázar para entregarse á los frívolos pasatiempos de una vida muelle y sensual, rodeado de sus mugeres, de sus esclavas y de numerosos eunucos; (bajo el reinado de este EMIR conociéronse por primera vez en España estos desdichados séres que fueron causa de su ruina.)

Hácia los años 818, segun refiere el historiador Conde, ocurrió un alboroto en una de las puertas de Córdoba con motivo de un nuevo tributo impuesto por el *Emir*. Diez de los amotinados fueron presos y condenados á morir empalados. Acudió crecida muchedumbre de gente del pueblo á presenciar la ejecucion que se verificó en la orilla del rio; y como aconteciera que un soldado de la guardia del Emir hiriese casualmente á un vecino, se amotinó el pueblo y persiguió al soldado apedreándole hasta el mismo alcázar. Indignado Al-Hakem, púsose á la cabeza de su guardia y cargó á los amotinados, que huyeron á encerrarse en sus casas, en

mayor parte. Al dia siguiente 300 desgraciados que cayeron prisioneros en manos de los soldados, fueron clavados vivos en estacas, puestas en fila en las margenes del rio. En tanto duraba el bárbaro suplicio de aquellas víctimas de un despotismo sin freno, la guardia del Emir entró á saco el arrabal del Mediodia. Los desventurados vecinos que pudieron salvarse de las espadas de aquella desenfrenada soldádesca, fueron desterrados de la ciudad y su distrito. La inaudita crueldad de Al-Hakem, arrebató á Córdoba 20,000 habitantes, cuyas tres cuartas partes emigraron á África.

En Mayo de 822, murió el cruel Emir víctima de la profunda tristeza que se apoderó de su espíritu desde el suceso del arrabal del Mediodia. El mismo dia en que se celebraron las pomposas exéquias de Al-Hakem I, fué proclamado en Córdoba Abderrahman, su hijo, príncipe de esclarecidas prendas, á quien el pueblo y el ejército apellidaban *Al-Mudhafar*, (vencedor feliz) por sus virtudes, por sus victorias y por su gallardia y magnificencia.

No bien Abderrahman II, húbose sentado en el trono, cuando su anciano tio, Abdallah, el desterrado en África, se puso por tercera vez en campaña en demanda de la herencia de su padre el fundador de la dinastía Ommiada de España, y bisabuelo del *Emir* recien proclamado. No menos desgraciada que las anteriores fué esta nueva intentona para el incorregible pretendiente; mas en ella, como siempre, las armas y la generosidad le reduje-

ron á la obediencia. El clemente EMIR no solo le perdonó, sino que tambien le concedió el señorío del distrito de Tamir, donde murió Abdallah á los dos años.

Terminado tan breve y satisfactoriamente este conato de guerra civil, Abderrahman tuvo necesidad de acudir con sus andaluces hácia la España oriental, para combatir una irrupcion que los condes de la Marca Gótica habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Como siempre, el *Vencedor feliz*, derrotó los Francos, y despues de obligarles y guarecerse en sus fortalezas, regresó á Andalucía cubierto de laureles.

Por este tiempo, cuentan las crónicas, llegaron Córdoba dos espléndidas embajadas; una enviada por el emperador de Constantinopla, Miguel el *Tartamudo*, en solicitud de formar alianza con el EMIR de España, contra su comun enemigo el Califa de Bagdad. La otra llegaba en nombre de los Vasco-navarros, en demanda de auxilio contra los Francos-Aquitanos que los amenazaban con una nueva invasion. Abderrahman recibió solemnemente ambas embajadas, y suscribió á las alianzas que le propusieron.

El temor de los montañeses no era infundado. A fines del año 823 un ejército Aquitano salvó los Piríneos y llegó hasta Pamplona. Terminado el objeto de su espedicion, regresó por el mismo camino que habia traido; mas al llegar á los desfiladeros de Roncesvalles, reprodújose para los invasores la trajedia de Carlo-Magno. «Los nuestros, (dice el

Astrónomo, en la vida de Ludovico Pio) esperimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada de aquellos habitantes. Rodeado de todos lados por los naturales del país, el ejército fué deshecho, y los condes que lo mandaban cayeron en mano de los enemigos.» (824) Las crónicas de Navarra, dicen, que uno de aquellos condes, el de Eblo, fué enviado, á título de *regalo*, á Abderrahman, rey de Córdoba, cuya alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.

La paz que á la sazon disfrutaba Andalucía, fué bien aprovechada por el magnífico EMIR. Cuenta uno de sus historiadores, que en aquel tiempo mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba; edificó alcázares en las principales ciudades de España; reparó los caminos; construyó las ruzafas á orillas del rio de Córdoba; dotó las *madrisas*, ó escuelas públicas, y mantenia de su peculio 300 huérfanos en la de la aljama de su capital. En las horas que robaba á los negocios graves del Estado, se entretenia con los sábios y buenos ingenios que habia en su córte, que eran muchos; y, por último, que era muy liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas á quienes regalaba joyas de inestimable valor.

«Cuenta Ibrahim-el-Catib (Conde c. XL.) que un dia regaló á una niña esclava suya, un collar de mucho valor; y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el Tesoro real y podia

servir en un apuro ó vicisitud de la fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que Dios ha puesto en mis manos esta joya para que yo le dé su propio destino, y sirva de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

¿Sería este el *collar* que perteneció á Zabaida, esposa del Califa de Bagdad Harun-al-Raschid, y que luego vino á enriquecer el guarda-joyas de los Ommiadas de España? Oigamos lo que dice el sábio orientalista Dozy (*Recherches*, T. II, P. 48) acerca de esta preciada alhaja: «En la historia escrita por Ibn-Adhari (T. II, P. 93) se lee lo siguiente: Cuando Mohamed-Ausin, hijo de Harun-al-Raschid, fué asesinado (813) y su palacio saqueado, sus joyas y muebles mas preciosos lleváronse á España, y fuéle entregado á Abderrahman II, sultan de este país, un collar conocido con el nombre de *collar de las lentejuelas*, (llamado así, segun parece, porque estaba formado con piedrecillas verdes y redondas, pequeñas esmeraldas) que habia pertenecido á Zabaida.»

Este collar volverá á figurar incidentalmente en nuestra Historia, al referir la conquista de Valencia por el Cid Campeador.

No de muy larga duracion fué el sosiego que disfrutaba el Emirato de España. Entre aquellos pueblos tan mal unidos por falta de lazos de verdadera nacionalidad y por las rivalidades de orígen que los trabajaban desde el principio de la conquista, cualquier pretexto servia de motivo para una rebelion; que este y no otro carácter tenian las su-

blevaciones que estallaban con frecuencia en las principales ciudades musulmanas. Así es, que hácia los años 828, tuvieron lugar dos, una en Mérida y otra en Toledo. En la primera ciudad, cuarenta mil hombres del pueblo, á pretesto de lo gravoso y exhorbitante de los tributos, se amotinaron y armados recorrieron las calles, cometiendo todo género de excesos contra las autoridades y vecinos pudientes. El Emir envió contra ellos al walí Abd-el-Ruf, con crecidas fuerzas, quien ahogó en sangre la sublevacion, acuchillando en las calles de Mérida unos 700 hombres del pueblo. A los pocos dias un indulto general concedido por Abderrahman terminó, por entónces, aquel triste acontecimiento. La de Toledo fué mas porfiada y tuvo, si cabe, mas deplorables consecuencias. Parece que un jóven llamado Hixem-el-Aliki, opulento vecino de la ciudad, por resentimientos personales con el gobernador de la misma, promovió una sedicion ganando á la gente pobre y á los soldados berberiscos á fuerza de oro. El Emir envió contra los rebeldes á su hijo Omaiya, con parte de la caballería de su guardia. Las primeras operaciones del príncipe no fueron afortunadas; haciéndose necesario, en consecuencia, que el walí Abd-el-Ruf, pasara de Mérida á Toledo con todas las fuerzas disponibles. Los rebeldes no se intimidaron y resistieron gallardamente durante algunos años los ataques de las tropas del Emir. En el entretanto reprodújose la sublevacion de Mérida; y esta vez marchó Abderrahman en persona para reprimirla, lo cual consi-

guió sin efusion de sangre, habiéndosele entregado la ciudad á discrecion. Cuenta Conde, que como se le presentaran los vecinos mas notables, disculpándose de no haber podido detener á los gefes de la rebelion, el EMIR les contestó: «Doy gracias á Dios de que en este dia de regocijo me haya librado del disgusto de hacerlos descabezar.» Estos nobles y levantados sentimientos hacen la mas brillante apología del carácter de Abderrahman II.

Rendida, por fin, Toledo despues de seis años de porfiada resistencia, y desembarazado, por tanto, Abderrahman, de revueltas intestinas, ordenó al walí de Zaragoza (838) que con las banderas de la España oriental recorriesen la Marca Gótica. Sus órdenes fueron cumplidas fielmente, pues durante dos años los musulmanes acosaron sin cesar á los cristianos de aquella tierra, en tanto que una escuadra sarracena equipada en los puertos de Tarragona, Ibiza y Mallorca, se dirigió á las costas de la Provenza, saqueó sus puertos incluso el arrabal de Marsella, regresando á los de España cargadas sus naves de cautivos y de riquezas.

Hácia el año 840, llegó á Córdoba una nueva embajada enviada por el emperador de Constantinopla Teófilo, á Abderrahman, en solicitud de auxilio contra el Califa de Bagdad, Al-Motassim. Recibióla honoríficamente el EMIR, y la despidió con la promesa de que ayudaría al emperador en cuanto se lo permitiesen las guerras que entonces le ocupaban.

Es digno de notarse que en la época que esta-

mos historiando, en tanto que los dos imperios de Oriente, el Griego y el Musulman, caminaban aceleradamente hácia su ruina, y que el de Occidente, resucitado por Cárlo-Magno, se disolvia bajo el gobierno y los débiles sucesores de áquel grande hombre, el que podemos llamar, *Imperio Musulman-andaluz*, caminaba hácia el apogeo de su gloria, envidiado de todos los pueblos por su cultura; temido de todos sus enemigos por la fortuna de sus armas, y solicitado en alianza por los emperadores cristianos de Oriente.

El bello ideal de Sertorio se habia realizado al fin en Andalucía. Si España no daba leyes al mundo, tampoco las recibia de ninguna nacion estraña.

Sin embargo; allá en las márgenes del Duero, ibase formando una nube, que avanzaba lentamente hácia el Mediodia, amenazando enturbiar el claro sol que alumbraba las maravillas que la civilizacion árabe habia sembrado en las orillas del Guadalquivir.

Era el pequeño reino de Astúrias que crecia á compás del imperio Musulman-andaluz. Era la cruz que descendía de las ásperas montañas de Asturias y Galicia, hácia las llanuras que habia de alumbrar muy luego con sus vivos resplandores.

X.

PRIMERA INVASION DE LOS NORMANDOS EN ANDALUCÍA.

844.

En el año 23 del reinado de Abderrahman II, tuvo lugar la primera invasion de los piratas Normandos en Andalucía. El suceso bien merece que le dediquemos un capítulo, no solo por lo estraordinario, sino porque tenemos la fortuna de poderlo detallar en nuestra *Historia general de Andalucía*, como no le ha sido posible hacerlo á ninguno de los cronistas ó historiadores españoles que nos han precedido, por carecer de los textos árabes que dan los mas estensos y curiosos detalles acerca de él.

En efecto, la crónica de Sebastian de Salamanca, la de Oviedo y la de Abelda, apenas si le dedican cuatro renglones estas últimas, y en cuanto á la primera, aunque algo mas estensa, se limita á decir:

«Algun tiempo despues aportaron los norman-

dos con sus naves por el Occéano septentrional á las playas de Gijon, desde donde estendieron sus correrías hasta la Coruña. Al saberlo, Ramiro, reconocido ya por rey sin contradiccion, envió contra ellos un numeroso ejército con sus duques y condes, los cuales pasaron á cuchillo á una gran multitud de aquellos invasores, y pegaron fuego á sus naves. Los que de ellos pudieron salvarse se dirigieron á una *ciudad de España, por nombre Sevilla*, la cual saquearon, y en donde con el hierro y con el fuego dieron muerte á muchísimos caldeos (musulmanes).»

Antes de pasar adelante, cúmplenos llamar la atencion de nuestros lectores hácia las palabras que dejamos subrayadas en el párrafo copiado de la Crónica de Sebastian, porque ellas justifican bastante lo que hemos dicho en otro lugar; esto es, que durante la ocupacion musulmana desde la batalla del Guadi-Becca, hasta las invasiones de los Almoravides y de los Almohades, *Andalucía vivió separada del resto de la Península, y formando una nacion totalmente distinta religiosa, civil, política y geográficamente considerada*. En efecto, ¿cómo se esplica si nó, que un Obispo, hombre de letras y el primero de nuestros cronistas despues de la invasion de los Arabes, dijese, escribiendo en una ciudad del reino cristiano del N. O. de la Peninsula, y refiriéndose á otra, harto célebre para serle desconocida, que esta se *encontraba en España* y que tenia por nombre Sevilla? Siendo evidente, pues, que para los cronistas del Norte de la Península, bajo el nombre de

Hispania, solo se comprendian los estados dominados por los Arabes, y en particular los del Mediodia, queda justificado nuestro aserto, y descubierto, en parte, el secreto de la larga dominacion musulmana; de lo lento de la reconquista, y de la resignacion, por no decir otra cosa, en que vivieron los cristianos de Andalucia bajo el gobierno de los Emires de Córdoba.

Volvamos al asunto de los cronistas é historiadores españoles que se ocuparon antes que nosotros de aquel trájico suceso.

Los posteriores, pues, á los anteriormente citados, desde Rodrigo de Toledo hasta el padre Mariana, no se muestran mucho mas abundantes de noticias que las fuentes de donde tomaron conocimiento del suceso; y por último llegando á nuestros dias, ni Conde, en su *historia de la dominacion de los Arabes en España*, ni los historiadores de España, así los nacionales como la mayor parte de los estrangeros, que consultaron la citada historia, arrojan mayor luz sobre el acontecimiento, puesto que lo describen de una manera breve, confusa, falta de órden y de esactitud no solo en los detalles, de que se muestran muy avaros, sino en el conjunto de la narracion del suceso. Esceptuamos, sin embargo, de esta crítica los trabajos de D. Pascual de Gayangos, desgraciadamente muy poco conocidos en España.

Afortunadamente para nosotros; repetimos, nos es dado poder detallar el suceso de la primera invasion de los Normandos en Andalucía, con nueva y

mayor copia de curiosísimos datos, no conocidos hasta el dia, merced al importante y concienzudo trabajo que sobre este interesante asunto ha publicado el sábio y diligente orientalista Dozy, en su inapreciable libro titulado: *Investigaciones sobre la historia y la literatura de España durante la edad media.*

Permítasenos, antes de reproducir el trabajo del citado autor, trabajo al cual los amantes de los gloriosos y memorables recuerdos de Andalucía deben estar muy agradecidos, satisfacer á una pregunta que indudablemente se ocurrirá á muchos de nuestros lectores. ¿Quienes fueron los Normandos?

Los Normandos, (*North-Menn*, hombres del Norte) pueblo del norte Europa, habitaban, en la época de sus primeras escursiones, la Escandinavia é islas adyacentes. Algunos autores pretenden que aquellos audaces piratas que saquearon muchas costas bañadas por los mares de Europa, fueron míseros desterrados del suelo que los vió nacer, que se hiciéron los *reyes del mar*, porque les faltaba tierra donde asentar la planta. «Se parecian á los Francos y demás Germanos (César Cantú) en el aspecto de su cuerpo, distinguiéndose por su elevada estatura, hermoso semblante y noble porte. Las feroces costumbres que les inspiraba la religion del Odin, *padre de los estragos, salteador, incendiario*, no estaban moderadas en ellos por el contacto con pueblos mas cultos. Manchaban la religion con supersticiosas atrocidades, sacrificando hombres y arrojándose de unos á otros los niños que recibian en la punta

de sus lanzas. Cuando llegaban al térmido de su vida aventurera mandaban echar al fuego todos sus bienes para que sus hijos se viesen obligados á proporcionarse otros pirateando.» Sin embargo, estos hombres, á pesar de su ferocidad, eran altivos en su porte, orgullosos, valientes hasta la temeridad y amantes del lujo; de suerte que se les considera como los fundadores de la aristocracia europea de los pueblos modernos.

Ahora, pues, vamos á reproducir el curioso é interesante trabajo de Dozy, acerca de la invasion de los piratas escandinavos en la península Ibérica, despues de medio siglo que contaban de incesantes saqueos, incendios y depredaciones en los mares de Europa. (*Recherches* t. 2.° p. 273).

Invasion de 844.

«En el año 844, una armada normanda salida del Garona, fué arrastrada por una tempestad hácia las costas de Astúrias. Los piratas saquearon los alrededores de Gijon, y dirigiéronse luego hácia el antiguo faro que se llamaba entonces, Farum Brigantium, y hoy *Torre de Hércules*, cerca de la Coruña. Allí tomaron tierra, mas no les fué dado llevar muy adelante sus devastaciones, habiendo enviado el rey Ramiro I, un ejército contra ellos que los espulsó y les quemó 70 naves.

«Frustrada su tentativa en Astúrias y Galicia, los Normandos navegaron hácia las costas del Mediódia con propósito de atacar los Estados musul-

manes. Hasta entonces los Árabes habian vivido en buenas relaciones con ellos. Prueba de ello es, que segun refiere Ibn-Dihya, Abderrahman II habia enviado por los años de 821, un embajador al rey de los Normandos. Este embajador lo fué el poeta Yahya-ibn-Hakam, á quien apellidaban el Gazal (Gacela) en razon de su notable belleza. Érase un diplomático muy discreto y muy galante: en Constantinopla habia sabido grangearse el favor de la Emperatriz, á beneficio de los elojios que la prodigó; de la misma manera logró merecer el de la esposa del rey normando, por su galantería y los versos que escribió ponderando su belleza. El autor árabe no indica el motivo que tuvo Abderrahman para enviar aquella embajada.

Fuera el que se quiera, es lo cierto, que en esta ocasion los musulmanes en vez de matar el tiempo escribiendo versos en elojio de las damas normandas, tuvieron que medirse con los sectarios de Odin; entretenimiento algo mas penoso que el primero, segun se demuestra en las narraciones que vamos á reproducir.

Dozy traduce á seguida el texto de Nowari, que nosotros suprimimos por creer mas curioso y mucho mas rico en detalles el de Ibn-Adhari, que el traductor pone á continuacion. Dice así:

«En el año 229 (30 Setiembre de 843 á 17 de id. 844) recibióse en la capital una carta del gobernador de Lisboa, en la que anunciaba que los *Madjioges* (Normandos) se habian presentado con cincuenta y cuatro naves y otras tantas barcas sobre

las costas de su provincia. Abderrahman le contestó autorizándole, así como á todos los gobernadores de las provincias marítimas para que tomase sus medidas y obrase con arreglo á las circunstancias.

Toma de Sevilla por los Normandos en el año 230.

Los Normandos llegaron embarcados en unas ochenta naves que cubrian la mar á manera de una innumerable bandada de aves de color rojo oscuro, llenando de inquietud y angustia el corazon de los hombres que las veian llegar. Despues de haber verificado un desembarco en Lisboa, hicieron rumbo á Cádiz, luego á la provincia de Sidonia, y por último á Sevilla. Cercaron esta ciudad, la entraron por fuerza de armas, y despues de haber hecho sufrir á sus habitantes los horrores de la esclavitud ó la muerte, permanecieron siete dias haciendo apurar al pueblo el caliz de la amargura.

»Noticioso el Emir Abderrahman de lo que acontecia, dió el mando de las tropas de á caballo á su hadjib Isa-Ibn-Chohaid. Los musulmanes acudieron presurosos bajo las banderas de este general, y se apiñaron en su derredor como las hojas de una rosa á esta flor. Abdallah-Ibn-Chohaib, Ibn-Wasim y otros oficiales generales marcharon con la caballería. El gefe superior del ejército puso su cuartel general en el Aljarafe y escribió á los gobernadores de los distritos para que aprontasen sus contingen-

tes de soldados. Reuniéronse estos en Córdoba, y el Eunuco Nasr los condujo al ejército.

»Entre tanto los Normandos recibian continuos refuerzos; y, segun el autor del libro intitulado *Bahdja-an-nafs*, continuaron matando hombres y cautivando mujeres y niños por espacio de trece dias: el autor del *Dorar-al-Calayid*, dice que fueron siete, como dijimos anteriormente. Tras algunas refriegas empeñadas con las tropas musulmanas, se retiraron á Captel (la isla menor) donde permanecieron tres dias. Despues entraron en Coria (del Rio, á dos leguas de Sevilla), donde asesinaron mucha jente, y luego se apoderaron de Talyata situada á dos millas de Sevilla. Allí pasaron la noche, y á la mañana siguiente se presentaron en un lugar llamado al-Fakkarin. A seguida se reembarcaron, y poco despues dieron una batalla á los musulmanes, que fueron derrotados y perdieron mucha jente. Los generales de Abderrahman tuvieron várias encuentros con los Normandos, que se retiraron hácia la provincia de Sidonia y luego á Cádiz. Por último, empleáronse contra ellos máquinas de guerra, y con esto y los refuerzos llegados de Córdoba, fueron derrotados completamente. En esta refriega perdieron unos quinientos hombres y cuatro naves que Ibn-Wasim mandó quemar despues de haber sido vendido lo que contenian. Mas tarde fueron derrotados en Talyata, el mártes 25 de Safar de este año (la fecha de esta segunda batalla parece estar equivocada segun observa Dozy). Muchos fueron muertos en la refriega, otros fueron ahorca-

dos en Sevilla y en las palmeras que se encuentran en Talyata, y perdieron treinta naves. Los que lograron salvarse de la carnicería se reembarcaron dirigiéndose á Niebla, de aquí á Lisboa, y ya no se volvió á hablar de ellos. Llegaron á Sevilla el mártes 14 de Moharran del año 230 (1 de Octubre de 844), y desde este dia hasta el de la retirada de los que escaparon con vida, habian trascurrido cuarenta y dos. Su gefe quedó entre los muertos.»

A esta narracion, dice Dozy, acompañaremos la no menos curiosa de Ibn-al-Cutia, enteramente desconocida hasta ahora, y que es la mas antigua puesto que data del siglo X.

«Ábderraman mandó construir la gran mezquita de Sevilla, y reedificar las murallas de esta ciudad que habian sido destruidas por los Normandos en 230. La llegada de aquellos bárbaros sembró el espanto entre sus habitantes, que huyeron á la desbandada para buscar un refugio en los montes y en Carmona. No se encontró en todo el Oeste quien se atreviera á combatirlos, siendo necesario por lo tanto, armar los moradores de Córdoba y de las provincias limítrofes, con los cuales los Wasires marcharon contra los invasores. Los habitantes de las fronteras habian sido llamados á las armas desde el momentó que los Normandos desembarcaron y tomaron posesion de las llanuras de Lisboa.

Los wasires pusieron su campo en Carmona, donde permanecieron no atreviéndose á atacar á los Normandos hasta que se les incorporasen las tropas de las fronteras. Estas llegaron al fin; sus

jefes pidieron noticias acerca de los movimientos del enemigo, y los wasires les dijeron, que los Normandos enviaban todos los dias destacamentos hácia las fortalezas de Firrich y de Lacant, hácia Córdoba y hácia Moron. Preguntaron de nuevo si no habría un parage cerca de Sevilla donde pudiesen armar una celada al enemigo, y los wasires les indicaron el pueblecito de Quintos situado á S. O. de la ciudad. Alli se dirigieron las tropas de la frontera durante la noche, se emboscaron y pusieron una atalaya en la torre de la antigua iglesia del pueblo.

«Al amanecer la atalaya señaló un cuerpo de diez y seis mil Normandos (parécenos muy exajerada la cifra) que caminaba hácia Moron. Los musulmanes los dejaron pasar; mas luego les cortaron la retirada á Sevilla, y los pasaron todos á cuchillo.

«Sabido el suceso los wasires marcharon sobre Sevilla, y entraron en la ciudad cuyo gobernador se encontraba sitiado en el Castillo; libertáronlo, y unidos á él facilitaron la vuelta de los habitantes á sus moradas.

«Con la numerosa banda de Normandos que habia marchado en direccion de Moron, salieron otras dos, la una hácia la fortaleza de Lacant, y la otra hácia tierra de Córdoba. Así que, cuando los que habian quedado en Sevilla vieron llegar el ejército musulman, y supieron el desastre ocurrido á los que salieron para Moron, llenáronse de temor y abandonaron la ciudad para embarcarse á toda prisa. Esto hecho, navegaron rio arriba hasta un

castillo situado á dos leguas de Sevilla, (¿Alcalá del Rio?) donde encontraron muchos de los suyos. Embarcáronlos en sus naves, y unidos todos bajaron por el rio entre las maldiciones y las piedras que les lanzaban los moradores del país, desde ambas orillas. Así navegaron hasta una milla mas abajo de Sevilla, donde ya, agotado el sufrimiento, los Normandos dieron voces á los que los maltrataban diciendo: *Dejadnos en paz si quereis rescatar los cautivos que llevamos.* El pueblo se apaciguó y muy luego comenzó el rescate de los cautivos. Los Normandos no quisieron recibir oro ni plata, sino ropas y víveres.

. . . .

«Muchos chaiks de Sevilla han contado, que los Normandos lanzaban flechas incendiarias sobre el tejado de la mezquita. Hoy todavia se conocen las señales que dejaron aquellas flechas. Mas cuando vieron que con tal manera no lograrian reducir á cenizas la mezquita, amontonaron en una de sus naves pedazos de madera y esteras de junco. Disponíanse á dar fuego á aquel combustible, cuando se presentó á sus ojos un jóven que los espulsó del templo y durante tres dias, hasta el de la gran batalla, les cerró el paso. Los Normandos decian que aquel jóven era de una belleza deslumbrante.

«Desde entonces, el Emir Abderrahman, como medida de precaucion, labró el arsenal de Sevilla, mandó construir buques de guerra, matriculó marineros en toda la costa de Andalucia; les señaló

crecidos sueldos y los proveyó de máquinas de guerra y de nafta. Así es que cuando los Normandos llegaron por segunda vez en el año 244, reinando el Emir Mohamed, saliéronles al encuentro hasta la desembocadura del rio, donde fueron derrotados y perdieron muchas naves.»

No seria fácil, concluye Dozy, reunir en una sola narracion las tres que acabamos de traducir, vista la frecuencia con que se contradicen. Esto se esplica teniendo presente que no son contemporáneas al acontecimiento, sino que se refieren á tradiciones escritas en el siglo X. Los árabes de España, como es notorio, comenzaron muy tarde á escribir su historia. Además, estas contradicciones reconocen otra causa, segun una muy oportuna observacion de M. Kunik; y es, que los Normandos que invadieron las costas de la Península, no formaban un solo ejército, ni estaban sometidos á la autoridad de un solo jefe, sino que por el contrario se dividian en bandas más ó ménos numerosas que unas veces obraban de concierto y otras separadamente; circunstancia en la que parece no se fijaron los autores arábigos, siendo esta la causa de las contradicciones que se notan en el cotejo de sus escritos.

Prescindiendo, decimos nosotros, de las circunstancias anotadas por los Señores Dozy y Kunik, nos vamos á permitir hacer una observacion sobre un hecho importante en el cual parecen no haberse fijado estos dos historiadores. Comenzaremos diciendo que damos entero crédito á las re-

laciones arábigas, visto que la crítica histórica encuentra en ellas muy poco ó nada que rechazar, tanto porque los sucesos aparecen referidos con el carácter de la verdad, y porque la mayor parte de los pueblos y comarcas donde tuvo lugar aquella pavorosa trajedia subsisten todavía y con los mismos nombres con que eran conocidos en el siglo noveno, cuanto porque las escenas de que fueron teatro las márgenes del Guadalquivir son una copia esacta de las que se verificaron en las del Sena, del Loira y del Garona.

Esto sentado, diremos: Los Normandos llegaron á Sevilla, procedentes de Lisboa, embarcados en ochenta naves. ¿Qué número de hombres se contenia en cada una de ellas? Si nos atenemos á las versiones mas autorizadas, en la nueva invasion que á mediados del siglo X (966) los piratas escandinavos verificaron en las costas lusitanas sus naves contenian cada una unos *ochenta* hombres. Admitiendo que igual ó algo mayor número embarcaran los que remontaron el Guadalquivir en 844, tendremos, en el primer caso, un número redondo de 6,400 hombres, y en el segundo uno que varia entre 7 y 8,000.—Siendo esto así, salta á la vista el error ó exajeracion en que incurrió el historiador Ibn-al-Cutiá, al decir que fueron 16,000 los Normandos pasados á cuchillo por los musulmanes emboscados en el pueblecito de Quintos.

Ahora, bien; fuera el que se quiera el número de los invasores escandinavos, 6,400 ú 8,000, preguntamos: ¿Cómo se esplica que permanecieran

cuarenta y dos dias saqueando los pueblos situados en las márgenes del Guadalquivir, y á Sevilla ciudad fuerte y populosísima distante poco mas de dos dias de camino de Córdoba capital del imperio musulman de España? ¿Qué gente fué aqulla que en tan corto número tuvo en jaque durante mes y medio el poder de los Árabes, y obligó al victorioso y magnífico Abderrahman II, á convocar, para batirla, todas las banderas incluso las de las provincias fronterizas de los Estados cristianos, y lo que es mas, á solicitar el auxilio de uno de sus súbditos rebeldes, Muza-ibn-Casí, que se titulaba *tercer rey de España*, portándose como tal en sus dilatados dominios situados en la orilla derecha del Ebro?

Comprendemos què el espanto que infundian por todas partes aquellos sanguinarios piratas, cuya religion les ordenaba ofrecer como homenage el mas grato á su feroz divinidad el incendio y el asesinato, y cuya presencia en los pueblos era señal infalible de muertes y devastaciones, hubiese acobardado el ánimo de los habitantes de Sevilla, que al verse sorprendidos con tan terrorífica aparicion huyeron hácia los montes; pero la numerosa guarnicion de la ciudad, la renombrada caballería andaluza, los generales, y las huestes musulmanas vencedoras de los Francos, de los Aquitanos, de los Vascones, de los Astures y de cuantos enemigos interiores ó esteriores tuvieron que combatir durante mas de un siglo, ¿qué hicieron en presencia de 7, ú 8,000 bárbaros que se ense-

ñorearon durante cuarenta y dos dias de una de las mas ricas provincias de Andalucía y que devastaron tan sin piedad? Qué hicieron.... Establecer un campo á la vista del enemigo en el Aljarafe y en Carmona, y escaramuzar con él, hasta que una feliz casualidad, la *emboscada de Quintos* les abrió las puertas de Sevilla, que fué para los sanguinarios piratas, la señal de sálvese el que pueda.

No procedieron, ciertamente con tanta pusilanimidad ó lentitud los cristianos de Astúrias y Galicia, puesto que no les dejaron tomar tierra, ó si la tomaron tuvieron que abandonarla inmediatamente.

Es indudable que aun sin la sorpresa de Quintos, los Arabes hubieran acabado por arrojar fuera de Andalucia aquellas hordas de salteadores é incendiarios; y lo es tambien que los Normandos no hubieran encontrado en nuestra region la misma facilidad para establecerse, que tuvieron en Francia para hacerlo definitivamente en aquella parte de la Neustria que desde entonces se llama *Normandia:* pero de todas maneras es verdaderamente inconcebible, que 7, ú 8,000 piratas pudieran permanecer por espacio de mes y medio casi á las puertas de Córdoba, capital del imperio musulman de España, cuyo soberano se encontraba, á la sazon, en paz con todos sus enemigos asi interiores como esteriores; que saquearan á Sevilla durante siete ó trece dias; que derrotaran en campal refriega las aguerridas tropas del *Emir*, y por último, que los historiadores arábigos tan pródigos en cortar cabezas á los cristianos de Galicia y de Afranc vencidos en ba-

talla por los musulmanes, señalen como un triunfo para sus armas lo muerte de tres ó cuatro Madjiojes acaecida en tal cual escaramuza.

Y aqui damos punto á la historia de la primera invasion de los Normandos en Andalucia.

XI.

Soberanos de Córdoba

Abderahman II. Mohammed I. Mondhir I.

844-888.

Despues de la espulsion de los Normandos, el Emir de Córdoba envió un numeroso ejército contra los cristianos de allende el Duero, que hubieron de sufrir mucho quebranto en aquella campaña, sobre todo con la toma, saqueo é incendio de Leon. He aquí las palabras con que los historiadores arábigos refieren el acontecimiento.

»En el año 846, la ciudad de Leon fué sitiada por Mohammed, presunto heredero del trono. Viéndose los sitiados reducidos á la última extremidad, abandonaron de noche la poblacion y huyeron á refujiarse al abrigo de los bosques y de las montañas. Los musulmanes saquearon la ciudad, la incendiaron é intentaron arrasar las murallas; lo cual no pudieron conseguir, á pesar del empeño que en

ello pusieron, por ser aquellas fuertísimas, como que tenian diez y siete codos de espesor.»

De este suceso dan testimonio las crónicas de Sebastian de Salamanca y la de Albelda, puesto que dicen que la ciudad de Leon fué repoblada por Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro I, muerto en 850.

Terminada tan felizmente para los musulmanes la campaña del año 846 contra los cristianos de Astúrias, Andalucia permaneció en reposo hasta el 850; mas en esta fecha volvió á verse conmovida con preparativos militares y grandes acopios de material de guerra para emprender otra mas lejana y no menos arriesgada espedicion.

A consecuencia de la espantosa anarquía que devoró la Francia despues de la imprudente particion que del imperio de Carlo-Magno hizo en vida, entre sus hijos, Luis el Piadoso, así como á resultas de la memorable batalla de Fontenay en la que pereció la flor de la nacion de los francos y donde quedaron destruidas, con la muerte de cien mil combatientes, todas sus fuerzas militares y su ruda energia en términos de no quedar ya entre ellos hombres libres aptos para empuñar las armas, á consecuencia, repetimos, de estos acontecimientos, encontróse la Francia tan debilitada, que Abderrahman II, no temió romper las paces que habia asentado con Cárlos el Calvo. Al efecto envió contra los Francos, un numeroso ejército que les arrebató la importante plazo de Barcelona y los persigió hasta mas allá del Pirineo; y una escuadra que saqueó de nuevo las costas de la Provenza.

A poco de terminada esta victoriosa campaña, tuvo lugar en Andalucia el sangriento y á la par glorioso episodio que un historiador de nuestros dias, llama: *La era de los mártires de la Iglesia mozárabe española.*

Debiendo narrar este doloroso suceso con la estension y copia de datos posible, en el tomo correspondiente á la *Historia particular de Córdoba*, ciudad que fué el principal teatro donde se verificó la tragedia, nos limitaremos, en este lugar á decir, que de un lado, la intolerancia de los *Faquies* (doctores de la ley) y el fanatismo de los musulmanes exajerados, y del otro el celo, á las veces indiscreto, de algunos cristianos y las escitaciones de sus monjes y sacerdotes que *buscaban el martirio*, como el monje Isaac, agotó la paciencia del, hasta entonces, tolerante gobierno musulman, y abrió una era de persecusiones y de martirios.

Cerca de dos años hacia que duraba esta cruel situacion sin que los rigores decretados contra los cristianos entibiasen su fé ni aminorasen el número de las victimas voluntarias, cuando el Emir Abderrahman deseoso de volver la paz á sus subditos, recurrió, como medio, á la convocacion de una asamblea religiosa que alcanzase con el consejo lo que no se habia podido lograr con la fuerza. Vióse con este motivo, un espectáculo sin ejemplo en la historia religiosa de los pueblos; esto es, reunido en Córdoba, silla de un gobierno musulman, *un concilio de obispos católicos convocado por un principe que se titulaba vicario de Mahoma.*

Este hecho sin ejemplo, repetimos, que hubiera sido imposible en Damasco, en Bagdad, en el Cairo, en Kairwan y en Tánger, y que hubiese sublevado á los sábios muslimes de las famosas escuelas de Kufa y de Başora, se verificó sin embargo con aplauso general en la mas importante ciudad de la España musulmana; probándose con él lo muy superiores que eran en cultura moral y material, los *musulmanes andaluces*, á todos sus correligionarios habitantes de la mitad del Asia y de todas las costas septentrionales del África, y justificando la fama que tenian en el mundo mahometano, de *tibios creyentes*, y de haberse contaminado con los errores de los politeistas á quienes dejaban vivir á sus anchas entre ellos.

Reunióse, pues, un Concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba (852), presidido por el metropolitano de Sevilla, Recafredo; y en él se declaró que no debian ser considerados como mártires, aquellos cristianos que arrebatados por un escesivo celo religioso buscaban y provocaban el martirio. Contra esta declaracion protestó ardientemente el ilustre sacerdote Eulojio, mereciendo por su cristiana entereza ser puesto en la cárcel con el obispo de Córdoba, Saul, por órden del metropolitano de Sevilla, Recafredo; segun escribió el ilustre caballero cordobés, Álvaro, su grande amigo. (Morales L. XIV, C. 27.)

En el mes de setiembre de este mismo año, falleció el Emir Abderrahman II, habiendo reinado treinta y un años. Todos los pueblos, dicen las his-

torias musulmanas, lloraron su muerte como la de un padre.

Sucedióle su hijo Mohammed I, príncipe en quien no resaltaban las prendas de humanidad y tolerancia que distinguieran á su ilustre padre: asi que desde los comienzos de su reinado arreciaron las persecusiones contra los cristianos andaluces, que protestaban contra la declaracion del concilio mozárabe de 852. Entre los mártires que vieron realizado su deseo en esta segunda persecucion, se cuenta San Eulojio (859). Desgraciadamente para las víctimas de su celo religioso, no faltaron prelados cristianos que se unieran á sus perseguidores. Hostigesio, obispo de Málaga y Samuel de Elvira, hicieron mas aflictiva la situacion de los cristianos, aconsejando á Mohammed exijiese nuevos ó mas crecidos tributos á los fieles. El primero de aquellos prelados recabó del Emir la convocacion de un nuevo concilio, que se celebró, como el anterior, en Córdoba, con asistencia del obispo de esta ciudad, de los de Almería, Elches, Cabra, Écija y Sidonia. En él se decretaron nuevos impuestos contra los súbditos cristianos, y se declararon perniciosas las doctrinas y proposiciones del abad de la iglesia de San Zoilo, el sábio Samson, digno continuador de la ortodoxia y de la virtud de San Eulojio. Por último, Hostigesio consiguió hacer deponer y desterrar á Samson, quien pasó á Martos donde escribió la defensa de su doctrina con el título de *Apologético*.

Desde entonces comenzó á calmarse la persecu-

cion que sufrieran los cristianos de Andalucía. En el discurso de estos años las armas musulmanas volvieron á esgrimirse en contienda civil y en guerra con los cristianos de Astúrias.

Despues de la célebre batalla que el rey Ordoño I alcanzó en la Rioja sobre las huestes. del renombrado Muza, aquel príncipe que se titulaba el *tercer rey de España*, y á quien llamara en su auxilio Abderrahman II, para rechazar la invasion de los Normandos en 844, un hijo de aquel famoso rebelde, que se mantenia en Toledo, ciudad que con su provincia pretendia emanciparse del dominio de los Emires de Córdoba, para acrecentar con ellas los Estados semi-independientes de su familia, fué combatido y sitiado en la citada plaza, por el príncipe Al-Mondir, hijo de Mohammed, que tuvo la desgracia de ser derrotado por Muza en persona que acudiera en socorro de los suyos cercados en Toledo.

Con esta victoria se envaneció el rebelde en términos que el rey. de Astúrias, que habia auxiliado la rebelion de Toledo, temiendo por su propia seguridad, se puso de nuevo en campaña contra Muza, á quien alcanzó y derrotó completamente en el monte Laturce, cerca de Clavijo (en la Rioja; esta fué la célebre .batalla de Clavijo). Muza dejó 10,000 hombres tendidos en el campo, y entre ellos su yerno y auxiliar Garcia de Navarra, salvándose él de la matanza herido con tres botes de lanza.

La victoria de Ordoño en Clavijo, no solo fué ventajosa para los cristianos, sino que de ella se

aprovechó grandemente Mohammed, que viéndose libre de su temible enemigo pudo activar el sitio de Toledo, yendo en persona á rendir la plaza que al fin se le entregó bajo favorables condiciones.

Segunda invasion de los Normandos en Andalucia.

Por los años de 860, los piratas escandinavos volvieron á aparecer sobre las costas del Norte y Mediodia de la Península. Pero en esta segunda espedicion fueron bastante mas desgraciados que en la primera de 844, y particularmente en Galicia. Oigamos cómo las crónicas cristianas refieren el suceso.

«En tiempo de este rey Ordoño (primero) volvieron los Normandos á las costas de Galicia: pero fueron derrotados por el conde Pedro.» Esto dice la de Aldelda.

La de Sebastian de Salamanca, mas esplícita como siempre, refiere asi el suceso: (c. 26).

«Por estos tiempos aportaron los piratas Normandos por segunda vez á nuestras playas, desde donde se corrieron á España (es decir, á Andalucia) llevando á sangre y fuego toda la costa. Atravesaron luego el mar y se dirigieron á la Mauritania donde se apoderaron de la ciudad de Nachor, con muerte de muchísimos caldeos; y haciendo en seguida rumbo á Mallorca, Formentera y Mènorca devastaron aquellas islas. Por último, se encaminaron á Grecia, y al cabo de tres años regresaron á su pátria.»

La exactitud de esta narracion está confirmada por la de los cronistas árabes: véase en prueba, lo que refiere Ibn-Adharí: (Traduccion de Dozy).

»En el año 245 (8 de abril 859 á 27 de marzo 860) los Madjiojes aparecieron de nuevo sobre las costas del Oeste, embarcados en sesenta y dos naves; pero las encontraron bien guardadas por los cruceros musulmanes, que vijilaban desde las fronteras orientales de España hasta las de Galicia en la estremidad Oeste. Dos buques piratas se adelantaron á su armada; mas fueron capturados por los cruceros en un puerto de la provincia de Beja. Encontróse en ellos muchos prisioneros, oro, plata y víveres. El resto de la naves normandas navegó costeando hasta la desembocadura del rio de Sevilla en la mar. Entonces el Emir (Mohammed) dió órden para que el ejército se pusiese en movimiento, y mandó que todas las banderas se reuniesen al hagib Isa Ibn-Hasan.

»Desde la desembocadura del Guadalquivir los Madjiojes se dirigieron á Algeciras; saquearon la ciudad é incendiaron su gran mezquita. De aquí pasaron al África donde cometieron sus acostumbradas devastaciones. Luego dieron la vuelta á España; desembarcaron en las costas de Murcia y estendieron sus correrías hasta la fortaleza de Orihuela. Despues fuéronse á Francia donde pasaron el invierno. Allí hicieron muchos prisioneros, saquearon todo el país, y se apoderaron de una ciudad donde se establecieron, y á la que dieron su nombre con el que es conocida hoy todavía. Mas

tarde volvieron hácia las costas de España; mas ya habian perdido mas de cuarenta de sus naves, y en el combate que empeñaron con la armada del EMIR Mohammed, sobre la costa de Sidonia, perdieron otras dos que venian cargadas de grandes riquezas. Las demás naves continuaron su rumbo.»

Acerca de aquel combate naval referido con tanto laconismo por Ibn-Adhari, el Nowairi, despues de reproducir la larga escursion de que queda hecho mérito, dice lo siguiente:

«En su viaje de vuelta encontraron la armada del EMIR Mohammed, y habiendo empeñado el combate con ellos, perdieron cuatro naves, dos de las cuales fueron quemadas; todo lo que contenian las otras cayó en poder de los musulmanes. Esto visto, los Madjiojes arremetieron con imponente furia, por lo cual muchos musulmanes murieron como mártires.»

Como se vé, en esta segunda invasion los musulmanes-andaluces anduvieron mas diligentes y avisados que en la primera; y á ejemplo de los cristianos de Asturias y Galicia hicieron imposible el establecimiento de aquellas hordas de bandidos en ningun punto de la Península.

El resultado de las escursiones de los Normandos en España y Francia, nos suministra un testimonio elocuente del estado de postracion en que se encontraba, en aquel tiempo, el desmembrado imperio de Cárlo-Magno, y de la situacion próspera en que se hallaban las dos grandes monarquías cristiana y musulmana de España.

A partir de este suceso y durante una larga série de años que se prolongaron hasta los primeros dias del reinado del Emir Abdallab (888) toda Andalucía gozó de una paz sin ejemplo en los anales de su historia desde la conquista de Tarik y Musa. Desgraciadamente para los muslimes y en buen hora para los cristianos del Norte, que supieron sacar partido de las circunstancias, el resto de la España musulmana se vió envuelta en los desórdenes de la guerra civil que continuó sin tregua hasta el año 927, en que Abderrahman III rindió á Toledo despues de cincuenta años que llevaba esta ciudad de estar emancipada del dominio de los soberanos de Córdoba.

Trataremos en grandes rasgos aquellos sucesos, visto que no nos es posible prescindir enteramente de ellos en cuanto que están ligados con la existencia de la raza musulman-andaluza que venimos historiando.

Alentado Ordoño I con el triunfo de Clavijo, llevó sus armas victoriosas hácia las márgenes del Duero; venció al walí de la frontera y destruyó las murallas de Salamanca y Coria. El príncipe Al-Mondhir acudió ejecutivamente con sus andaluces, y no encontrando á los cristianos de Astúrias, se corrió con su ejército por el Norte de la Península hasta Pamplona. Terminada felizmente aquella campaña, volvió á Córdoba cargado de cautivos y despojos.

El año 863, llegó á la capital del Emirato la noticia de que el rey de Astúrias habia entrado las

tierras lusitanas, llegado á la vista de Lisboa, y saqueado todos los pueblos abiertos que encontró en su espedicion. Tan rápido incremento del poder asturiano, alarmó al Emir en términos que hizo publicar la *Guerra-Santa*. Juntáronse las banderas, y Mohammed, en su calidad de Califa, se puso el frente del ejército con el que penetró en Galicia, llegando hasta Santiago sin encontrar á los cristianos, que al rumor de aquella formidable acometida se habian atrincherado en sus inaccesibles riscos donde la caballería andaluza no podia penetrar. El Emir regresó á Córdoba sin haber obtenido mucho fruto de aquella espedicion

Entre tanto, en las fronteras de Afranc, un hombre oscuro, originario de una tribu berberisca, y nacido de padres judíos, dió comienzo á una rebelion que muy luego habia de parar en guerra larga-sangrienta y porfiada. Este hombre llamado Hafsun, que comenzó su vida aventurera haciéndose salteador de caminos en la comarca de Trujillo, de donde fué arrojado, se trasladó á las fronteras de Afranc con su cuadrilla de bandidos, y allí se apoderó de un fuerte inespugnable llamado Roth-el-Yehud (Roda de los judíos) donde muy luego se le unieron los montañeses de Ainsa, Benavarre y Benasque. Fué tan afortunado en sus primeras correrías por tierras de Barbastro, Huesca y Fraga, y engrosó tanto sus filas con los descontentos cristianos, musulmanes y judíos, que el wali de Lérida y los alcaides de otras poblaciones y fortalezas pactaron con él y le reconocieron por gefe. De modo que al

poco tiempo, el antiguo salteador de caminos en Trujillo se vió dueño de buena parte de la España Oriental.

No se le podia ocultar al Emir la importancia de aquella rebelion, que nacida en ruin y despreciable cuna, habia adquirido en poco tiempo tan desmesuradas proporciones á resultas de las condiciones especiales para el caso de los habitantes cristianos, musulmanes y judíos del pais donde campeaba. Además, estaba harto reciente la de Muza el *tercer rey de España*, para que en evitacion de nuevos desastres Mohammed dejase de tomar contra la de Hafsun medidas fuertes y ejecutivas.

Al efecto, comenzó por asegurarse la neutralidad del imperio Franco, proponiendo á Cárlo el Calvo un tratado de paz y amistad que el nieto de Cárlo-Magno aceptó sin vacilar; luego envió su hijo Al-Mondhir con las banderas de Mérida y Lusitania á guardar las fronteras de Galicia, para no dejar expuestas las provincias de Andalucía á un golpe de mano de los cristianos de Asturias, y él acompañado de su nieto Zeid ben-Casim y seguido de las banderas de Andalucía, Murcia y Valencia marchó contra los rebeldes de la España Oriental.

Comprendiendo Hafsun que le seria imposible sostener la campaña contra el formidable poder y prestigio del Emir, trató de conjurar la tormenta pronta á estallar sobre su cabeza, escribiendo al soberano de Córdoba que estaba dispuesto á someterse á su autoridad con la sola condicion de que le permitiese emplear sus armas contra los cristianos

y los malos muslimes. Mohammed se dejó engañar por el *zorro* de Rotah-el-Yehud; aceptó sus ofrecimientos; licenció la mayor parte de sus banderas, y despues de dejar á su nieto Zeid con un cuerpo de tropas escojidas para que obrase de acuerdo con Hafsun contra los cristianos, regresó á Córdoba.

Apenas se vió libre el antiguo bandido de la presencia del EMIR, dióse prisa á incorporar sus tropas con las de Zeid en los campos de Alcañiz: y en ellos, una noche que los andaluces dormian confiados en la lealtad de sus aliados, estos, por órden de Hafsun sorprendieron al nieto de Mohammed, y lo degollaron alevosamente con los mas de sus soldados.

La noticia de aquella infame alevosía llegó á Andalucía, é hizo prorumpir en gritos de indignacion á todos los musulmanes. Igual efecto produjo en el ejército del príncipe Al-Mondhir cuyos oficiales y soldados pidieron con instancia ser llevados sobre la marcha para castigar á los asesinos. El EMIR satisfizó el deseo de todos sus guerreros, dando inmediatamente órden al príncipe su hijo para que se pusiese en campaña. Con la órden llegaron al campo de Al-Mondhir las banderas de Andalucía, y muchos voluntarios de Córdoba, Sevilla y otras poblaciones, ardiendo en deseos de tomar parte activa en aquella guerra de justa venganza.

A marchas forzadas dirigióse el ejército andaluz contra los rebeldes de Hafsun; mas estos no osaron esperarle en campo abierto, y huyeron hácia sus

riscos y fortaleza de Rotah-el-Yehud, donde se atrincheraron confiados en lo inexpugnable de sus defensas. Vana esperanza; llegaron los Andaluces y se arojaron contra ellos con tan impetuoso denuedo, que los desalojaron de todas sus posiciones, y los acuchillaron sin piedad. La noche suspendió la matanza; pero al dia siguiente los soldados de Al-Mondhir, ébrios todavía de coraje, trepando como cabras por las breñas y escarpados riscos, asaltaron la fortaleza de Rotah, se apoderaron ejecutivamente de ella, y pasaron á cuchillo los rebeldes que la defendian. Hafsun fué uno de los pocos se salvaron de la carniceria. Esta señalada victoria redujo á la obediencia del Emir toda la tierra sublevada, y muy luego el ejército victorioso regresó á Andalucía donde fué recibido con general regocijo.

Vencida tan gloriosamente la *primera* rebelion de Hafsun (866) las armas musulmano-andaluzas se volvieron contra los reyes de Astúrias; pero con tan mala fortuna para ellas, que despues de haber perdido uua escuadra que Mohammed enviara sobre las costas de Galicia, á resultas de una borrasca que la asaltó en la desembocadura del Miño; la campaña del año 868, en la que los Walies de la frontera pasaron el Duero y se internaron temerariamente por el territorio de los cristianos; la de 873 emprendida por el bizarro príncipe Al-Mondhir, que fué derrotado en los campos de Sahagun, y dejó en ellos la flor de la caballería de Córdoba, Sevilla y Mérida; la de 876 en la que los cristianos se apoderaron de muchos pueblos importantes de la

Lusitania y arrollaron á los musulmanes hasta los límites meridionales de aquella provincia, y por último la de 879, en la que el infatigable Al-Mondir perdió una batalla campal á orillas del Orbigo, no léjos de Zamora, se ajustó una trégua de tres años entre el Emir de Córdoba y Alfonso III, cuyas victorias y el desarrollo que durante su reinado recibió la ya pujante nacionalidad española, le hicieron acreedor al renombre de *Magno* con que le conoce la historia.

Mas afortunados los musulmanes-andaluces contra sus correligionarios rebeldes, se habian apoderado durante aquellos años, de la ciudad de Toledo, centro de la rebelion que acaudillaba un nieto de aquel célebre Muza, que se llamaba Abdallah. De la misma manera, en 882, el Emir en persona, acompañado de sus dos hijos los príncipes Al-Mondhir y Zeid, esterminó en la batalla de Aybar la segunda sublevacion del intrépido Hafsun, que esta vez se presentara mas amenazadora que en la anterior, por venir coaligado con el famoso rebelde, el rey de Navarra García Iñiguez. El ejército aliado cristiano-musulman fué, pues, completamente derrotado, y dejó en la refriega muerto al rey de Navarra y mortalmente herido á Hafsun.

Por este año habiendo cumplido el plazo de la trégua, el rey Alfonso III realizó una corta y gloriosa campaña en los Estados musulmanes del Mediodia. Pasó el Guadiana; se puso á diez millas de Mérida, y se adelantó hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, de donde regresó á sus montañas

satisfecho y orgulloso de haber paseado sus estandartes por tierras que, desde la conquista, no habia pisado ningun príncipe cristiano.

En el año siguiente (883), despues de una campaña de dudoso resultado entre cristianos y musulmanes-andaluces, firmóse en Córdoba un tratado de paz entre Alfonso III rey de Astúrias y Mohammed I Emir de Córdoba. Hubo tanta sinceridad por parte de ambos soberanos, que la buena armonía entre los dos pueblos no se turbó ni en el reinado de Mohammed ni en el de sus dos mas inmediatos sucesores. En virtud de las estipulaciones de aquel tratado, el rey de Astúrias quedó en posesion de Zamora, Toro, Simancas y otras poblaciones importantes del Pisuerga y del Duero, y fuéle reconocida la soberanía del condado de Alava.

A los treinta y cinco años de un reinado ajitado pero glorioso, el honrado, el padre de sus súbditos y el amigo de los sábios, Mohammed I Emir soberano de Córdoba, murió de repente en la noche del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886.)

Sucedióle su hijo segundo, el bizarro é incansable guerrero Al-Mondhir, reconocido tres años antes sucesor en el imperio. El nuevo soberano á penas si llegó á cambiar la lona de su modesta tienda de campaña por los artesonados techos de su alcázar de Córdoba, puesto que desde los primeros dias siguientes al de su proclamacion, tuvo que emprender una porfiada guerra que le fué fatal. Hé aquí, en pocas palabras, como la refiere Conde (c. 58 y 59).

Por los años de 883, Caleb, hijo del célebre rebelde Hafsun muerto á resulta de las heridas que recibiera en la batalla de Aybar, reunió en las montañas de Jaca numerosos parciales veteranos de su padre los unos y gente allegadiza los otros, y con ellos se apoderó en tres años de guerra contra los generales del Emir, de todo el país comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana. En los dias de la muerte de Mohammed se apoderó de Huesca y Zaragoza, y en los primeros del reinado de Al-Mondhir, marchó al frente de 10,000 caballos sobre Toledo que le abrió sus puertas, y donde se hizo proclamar rey de la mayor parte de la España oriental y central.

El Emir convocó inmediatamente las banderas de Andalucía y Mérida, con propósito de combatir sin pérdida de tiempo á los rebeldes. Al efecto envió contra ellos á modo de vanguardia, sus cuerpos escogidos de caballería al mando de su primer ministro Haxem, encargando á este que fuera muy cauto y no se dejara engañar por el *astuto zorro Caleb ben-Hafsun.* Disponíase Al-Mondhir á marchar con el grueso del ejército, cuando recibió en Córdoba la noticia de que el confiado Haxem, habia aceptado un convenio que le propusiera el rebelde, en virtud del cual las tropas del Emir entraron en la ciudad. Pocos dias despues súpose en la capital, que Toledo habia presenciado una tragedia semejante á la de los campos de Alcañiz; es decir, que el hijo á semejanza del padre habia sorprendido y pasado á cuchillo los soldados andaluces, que guar-

necian á Toledo segun lo convenido entre Haxem y Caleb.

Ciego de cólera, Al-Mondhir, llamó á su presencia á su ministro Haxem; reprendióle ásperamente por haber pactado con el rebelde y traidor Caleb; y sin tener en cuenta sus muchos y buenos servicios lo mandó descabezar en el acto en un patio de su mismo alcázar. Profundo dolor causó en Córdoba la muerte del hajib, por ser hombre que en el ejercicio de su alto ministerio se habia granjeado el cariño y respeto de todo el mundo; y no ménos sentimiento produjo el rigor con que el Emir persiguió á los dos hijos de Haxen, Omar y Ahmed, wasires el uno de Jaen y el otro de Ubeda, á quienes destituyó de sus cargos y confiscó los bienes.

Pocos dias despues de cometido aquel *asesinato jurídico*, Al-Mondhir marchó sobre Toledo al frente de las banderas de Andalucía y Mérida, y llevando consigo á su hermano el príncipe Abdallah, que era el mas esforzado y sábio de todos los hijos de Mohammed. Llegado al frente de la plaza encargó al príncipe que dirigiera las operaciones del sitio, y él, con un campo volante de caballería se dedicó á perseguir las taifas de los rebeldes y sus auxiliares cristianos. Batiólas en diferentes encuentros: les tomó muchas poblaciones y castillos de la ribera del Tajo, y durante un año no dejó pasar ocasion de empeñar una escaramuza con los rebeldes. Recorriendo un dia el pais al frente de un escuadron de sus mas bizarros caballeros, descubrió cerca de Huete un numeroso cuerpo de ejército enemigo.

Sin contarlos ni atender mas que á los arranques de su impetuoso valor, el Emir cerró con ellos y los hizo retroceder; mas repuestos muy luego los contrarios, cargaron sobre Al-Mondhir y sus valientes en apiñada muchedumbre, cercáronlos entre un bosque de lanzas y los mataron á todos incluso al valeroso Emir que murió acribillado de heridas (888.)

Dos años menos unos dias habia reinado aquel valeroso príncipe, de quien cuentan sus historiadores, que nunca conoció el miedo; que fué en estremo frugal; que en sus armas vestidos y mantenimiento. no se diferenciaba de los caudillos inferiores, y que su tienda de campaña solo se distinguía por la bandera de las de sus generales.

XII.

SOBERANOS DE CÓRDOBA

ABDALLAH I.

888—912.

GUERRA CIVIL EN ANDALUCÍA.

Al saber la infausta nueva, el príncipe Abdallah que dirigía el cerco de Toledo, dió sus órdenes á los generales para que la continuasen y partió del campo con la caballería de su guardia en direccion de Córdoba.

Llegado á la capital, que encontró vestida de luto por la muerte de Al-Mondhir, en quien tantas esperanzas fundaba su pueblo, se presentó al Consejo de Estado que se hallaba reunido y deliberando acerca de lo azaroso de las circunstancias. Todos sus miembros se levantaron en su presencia y le aclamaron EMIR de España, á una voz sin reservas ni condiciones.

Los dos primeros actos de su reinado, fueron; mandar traer á Córdoba el cuerpo de su hermano

Al-Mondhir, al que se hicieron magníficas exequias, y poner en libertad, restituyéndoles sus bienes, á los dos hijos del desventurado Haxem, á quienes indemnizó de sus pasados inmerecidos sufrimientos reponiendo á Omar en el cargo de walí de Jaen, y nombrando á Ahmed capitan de su guardia de caballería. Los grandes de su córte y el pueblo de Córdoba aplaudieron este acto de justicia; mas no asi los príncipes de su familia á quienes desagradó, y particularmente á su propio hijo el príncipe Mohammed, gobernador, á la sazon, de Sevilla, «que por rivalidades y competencias de mocedad (Conde C. 60) y galanterías estaba enemistado» con los hijos de Haxem, Omar y Ahmed.

Uno de los episodios mas curiosos de la historia de Andalucía durante la dominacion de la dinastía Ommiada, es esta guerra civil que vamos á narrar compendiosamente, tomándola de Conde, único autor que hasta el dia ha dado conocimiento de ella. Decimos que curioso, porque si bien nuestros lectores deben estar cansados, hasta cierto punto, de la no interrumpida narracion de tantas discordias y guerras civiles como vienen turbando la existencia de la raza musulmana desde los primeros años de su establecimiento en la Península Ibérica, es lo cierto que esta de que vamos á ocuparnos presenta una novedad que la hace única en su género. Esta novedad es, que se ignora completamente las causas que la produjeron, puesto que Conde, ni los manuscritos arábigos que tradujo, dicen una sola palabra acerca de este punto tan importante, limitán-

dose á referir los sucesos militares de mas bulto, y callando el motivo determinante de la guerra. No fué esta, ciertamente la vez primera que los *príncipes de la sangre,* como hoy los llamamos, levantaron bandera contra el soberano legítimo; la rebelion de Suleiman y Abdallah, hijos de Abderrahman I, en tiempos de los primeros Emires de su propia familia, sucesores de su padre, contra quienes hicieron armas porque se creian con mejor derecho al trono, es una prueba de ello; pero si es la primera vez que veremos á los príncipes de la sangre, hijo y hermano del soberano reinante, promover una guerra civil, ¿por qué? Porque, segun cuenta el único historiador del suceso, entre un hijo de aquel soberano y los hijos de un primer ministro caido en desgracia, existian *celos y competencias de mocedad*... Un episodio histórico escrito de esta manera, no merece el nombre de historia, sino el de novela.

A riesgo de que se nos moteje de amigos de introducir novedades en la Historia de Andalucía nos vamos á permitir hacer algunas *suposiciones.*

Teniendo presente que la costumbre tenia establecido, desde la fundacion de aquella soberanía, que en ella, visto que no habia ley de sucesion al trono ni se conocia el principio elctivo, para prevenir las contiendas civiles que pudieran ocurrir á la muerte de cada soberano, este propusiera en vida á los altos funcionarios de su córte y gobierno reunidos en asamblea, el sucesor que dejaba, costumbre que por un acontecimiento fatal no se habia

observado en la proclamacion de Abdallah I; teniendo esto presente, repetimos, ¿seria temerario suponer que los otros hermanos de Al-Mondhir, llamado el uno Al-Kasim y el otro Al-Asbah, walies de Jerez y de Sidonia, resentidos por la manerá inusitada como fué proclamado Abdallah; y conceptuándose con el mismo derecho que él al trono vacante se levantasen en armas para reivindicar aquel derecho, y atrajesen sagaz y mañosamente á su partido al walí de Sevilla, hijo del Emir, escitando en él los resentimientos que abrigaba, por *competencia de mocedad*, contra sus rivales Omar y Ahmed, castigados por Al-Mondhir, y rehabilitados por Abdallah? ¿Y lo sería, tambien, suponer que en la proclamacion del sucesor del finado Emir, no hubo en el Consejo de Estado, toda la libertad y toda la espontaneidad que el caso requeria, visto que simultáneamente con la noticia de la muerte de Al-Mondhir llegó á Córdoba Abdallah; sorprendió con su presencia á la Asamblea, y puso término á las deliberaciones pidiendo la herencia de su hermano, acaso á la manera que el soldado pordiosero pidió, en el camino entre Oviedo y Peñaflor, limosna á Gil Blas, tomando de aquí pretesto los descontentos, que nunca faltan, para apoyar las pretensiones de los príncipes sublevados? Y, por último, ¿no pudieron avivar el fuego de la discordia de un lado, la lucha latente entablada entre la aristocracia musulmano-andaluza y la familia de los Ommiadas, desde la fundacion del Califato de Córdoba, y del otro los parientes, amigos ó parciales

de los hijos que dejó Al-Mondhir, que se veian desheredados, no por la voluntad de su padre, sino por las facultades que se arrogó el Consejo de Estado, ó por la presion que en el ánimo de sus miembros ejerció la inesperada vista del pretendiente al Emirato?

En fin; sea la que se quiera la causa eficiente de aquel lamentable acontecimiento, es lo cierto que con él terminaron los años de paz que toda la Andalucía venia disfrutando desde la segunda invasion de los Normandos, y que comenzó una madeja de guerras y sediciones entre los principes de la familia reinante y entre el poder central y las razas rebeldes que le hostilizaban sin cesar, que durante siete años el Oriente y Occidente de Andalucía ardieron en el fuego de la guerra civil.

Vamos, pues, á narrar sus efectos, por mas que nos sean desconocidas todavia sus causas.

Disponíase el Emir Abdallah á regresar al sitio de Toledo al frente de la numerosa caballeria andaluza que habia reunido en Córdoba para dar un golpe decisivo al rebelde hijo de Hafsun, cuando llegaron correos de Sevilla con la inesperada noticia de haberse sublevado sus hermanos Al-Kasim y Al-Asbah y su hijo Mohammed, á quienes se habian unido los alcaides de las fortalezas de Lucena, Estepa, Ronda; muchos de la provincia de Granada, y no pocos de la de Reiya (Malaga). Disgustaron mucho al Emir estas novedades y desavenencias en su familia, por que si en todos tiempos eran una calamidad pública, en aquellos momentos

complicaban mas y mas la difícil situacion en que se encontraba su gobierno combatido por los rebeldes musulmanes orientales, dueños de la España central y de las plazas mas importante situadas en las provincias bañadas por el Ebro. Vista la necesidad de acudir con prontitud y á la vez á todos los puntos donde arreciaba el peligro, Abdallah dispuso que pasase á Sevilla su hijo el príncipe Abderrahman para que con buenos consejos y amonestaciones hiciese volver á la obediencia á su hermano Mohammed y á sus dos tios Al-Kasim y Al-Asbah, y sujetase los alcaides de las provincias que apoyaban las pretensiones de los príncipes rebeldes. Partió luego Abderrahman á dar cumplimiento á su delicada mision, y el Emir se encaminó á Toledo al frente de una crecida hueste de caballeros andaluces.

Mientras Abdallah hacia la guerra en las orillas del Tajo, el espíritu de rebelion que habia ganado tantas comarcas de Andalucía penetró hasta dentro de los muros de Córdoba, donde estuvo á punto de estallar una sedicion, afortunadamente ahogada en la cuna por la diligencia del prefecto de la policia de la ciudad, que prendió á tiempo á los principales conjurados y los mandó empalar. Tan rápido y tremendo castigo impidió que el pueblo tomase parte en la revuelta.

A los pocos dias de haber obtenido un señalado triunfo la caballeria andaluza sobre la del rebelde Hafsun, á la que alcanzó y lanceó gallardamente en una espaciosa llanura situada en las orillas del

Tajo, el EMIR recibió comunicaciones de su hijo Abderrahman, en las que le anunciaba que todas sus gestiones para traer á la obediencia á su hermano Mohammed habian sido infrutuosas, puesto que el príncipe rebelde no solo le habia negado la entrada en Sevilla, sino que habia desatendido sus cartas y desoido sus fraternáles amonestaciones; en tanto que continuaba ajitando la tierra, haciendo penetrar la rebelion por las de Jaen, y, por último, allegando los medios para intentar un golpe de mano sobre Córdoba; cosas todas que hacian necesaria la presencia del EMIR en su capital para concertar el plan que deberia seguirse á fin de poner término á aquella grave situacion. Abdallah estimó prudente el consejo, y en su virtud dejó encomendado el cerco de Toledo á los generales de su mayor confianza, y regresó á marchas forzadas á Córdoba donde llegó sin dar aviso de su venida. Muy luego convino con su hijo Abderrahman el plan de la campaña que debia emprenderse para apoderarse de Sevilla y del príncipe rebelde, y para tranquilizar al país castigando á los sublevados que lo inquietaban. En aquellos dias llegaron á Córdoba comunicaciones del Wazir de Lusitania Obeidala el Camri, anunciando haber vencido una rebelion que estalló en aquel país, y castigado ejemplarmente los principales culpables. Con la comunicacion vinieron, canforadas, las cabezas del Wali de Lisboa, y de los alcaides de Coimbra, Viseo y otras poblaciones sublevadas, para dar testimonio de la certeza del hecho.

Entre tanto el infatigable y denodado *Zorro Caleb hijo de Hafsun*, no se descuidaba en añadir combustible á la hoguera que ardia en Andalucía. Al efecto, envió á tierra de Jaen uno de sus mejores generales, que desde luego se apoderó de Somotan y Cazlona, y corriéndose hácia las Alpujarras, entró muchas fortalezas de aquellas enriscadas sierras. Uniéronsele las tribus semi-nómadas pobladoras de tan agrestes comarcas, gente toda que vivia del robo y de la desvastacion. De manera que «no habia quien labrara los campos, ni se pensaba sino en pelear. No quedó rincon en Andalucia donde dejara de arder la guerra civil.» Marchó contra estos rebeldes, por órden del Emir, el wali de la provincia de Jaen, que tuvo la desgracia de ser batido por ellos, perdiendo siete mil hombres en la refriega y cayendo prisionero con los principales caudillos de su hueste en manos de los vencedores, que los condujeron á las fortalezas nuevas de Granada, al poniente de la ciudad de Elvira. Envanecidos con esta victoria los rebeldes se estendieron por todo el pais y ocuparon Jaen, Huescar, Baza, Guadix, la provincia de Málaga y toda la de Elvira hasta Calatrava, apoyándose en una estensa linea de sólidas fortificaciones.

Todos estos sucesos se verificaron durante los dos primeros años del reinado de Abdallah, (888 y 89.) En los comienzos del 890, el Emir, á quien aquella sublevacion inspiró tan sérios cuidados que habia marchado á combatirla al frente de las banderas leales de Andalucía y de la caballeria de su

guardia, entró en las principales ciudades sublevadas, despues de haber sido completamente derrotado, con muerte de su caudillo, el grueso del ejército rebelde por un general de Abdallah, en un lugar cercano á la ciudad de Elvira. Las reliquias de la destrozada hueste, se retiraron á las asperezas de la Sierra, donde nombraron nuevo capitan. Este mas osado que discreto, se atrevió á abandonar sus guaridas para recorrer en son de guerra las vegas y llanuras de los campos comprendidos entre Granada y Loja. En ellos fué alcanzado por la caballería del Emir y derrotado completamente, pagando con la vida su temeridad. Despues de este segundo desastre, los restos del grande ejército rebelde se acojieron á las asperezas y fragosidades de aquellas sierras, evitando con prudencia nuevos encuentros con las tropas del Emir. Terminada la campaña, Abdallah regresó á Córdoba, donde le llamaban con premura los asuntos de la guerra de Toledo y los de la que devastaba las fértiles comarcas de Sevilla.

En efecto; en tanto que Abdallah combatia los facciosos de Elvira, los príncipes rebeldes Mohammed, Al-Kasim y Al-Asbah, mantenian sublevado todo el Sur de Andalucía, peleando obstinadamente contra el príncipe Abderrahman en tierras de Sevilla, Estepa, Sidonia y Jerez. Así que, no bien llegó el Emír á Córdoba envió crecidos refuerzos á su hijo, y con ellos parte de la caballería de su guardia á fin de que activase ó terminase lo mas ántes posible las operaciones de la guerra. Falta le

hacian aquellos refuerzos al príncipe Abderrahman, pues la audacia de su hermanos y tios, habia crecido tanto ayudada por los favores de la fortuna, que no solo no evitaban su encuentro, sinó que le buscaban obstinadamente unidos los tres al frente de muy escogida y numerosa cabellería; en tanto que uno de sus capitanes, llamado Ibrahim, puesto á la cabeza de quinientos caballos, vencia un movimiento que estalló en Sevilla en favor del Emir Abdallah, y despues entraba en la importante plaza de Carmona donde se preparaba otra semejante al de la capital de la provincia.

Recibidos los refuerzos, el príncipe Abderrahmman tomó ejecutivamente la ofensiva contra su hermano y tios. Entró sin encontrar grande resistencia en Carmona y en Sevilla, donde el partido de la córte le recibió como á libertador. En esta última ciudad engrosó su ejército con los principales caballeros de la misma y las banderas de las poblaciones que habian permanecido fieles al Emir y que acudieron presurosas bajo el blanco estandarte de los Ommiadas, y con muy lucida hueste salió en busca de los rebeldes á quienes, al fin, logró dar alcance.

Encontráronse (dice Conde c. 63; pero no dice donde) los campeadores de ambas huestes, y trabaron una reñida escaramuza. Pelearon en ella los mas nobles y esforzados caballeros de Andalucía; los de Jerez, Arcos y Sidonia, contra los de Córdoba, Sevilla, Carmona y Ecija; así que muy luego el empeño y decision de los caballeros generalizó la

pelea que se convirtió á las pocas horas en batalla campal. Combatióse por ambas partes con brioso teson y durante mucho tiempo; los del bando de los príncipes rebeldes porque jugaban el todo por el todo en aquella refriega, y los de Abderrahman por la justicia de su causa y la gloria de su caudillo. La sangre corrió con abundancia, y al fin la lucida hueste de Mohammed quedó vencida no obstante el impetuoso valor del príncipe rebelde, de sus caballeros y de toda su gente. Muchos alcaides y personas principales murieron en la batalla; y el mismo Mohammed, á pesar de su heroismo, cayó cubierto de heridas bajo su caballo muerto, siendo hecho prisionero en aquella situacion y conducido á presencia de su hermano, Abderrahman, que lo mandó curar y tener á buen recaudo. Lo mismo aconteció al príncipe Al-Kasim, hermano del Emir Abdallah, que cubierto de heridas fué preso y presentado á su sobrino, que tambien lo mandó curar y guardar con el mayor cuidado. Desde el campo de batalla el vencedor pasó á Sevilla donde fué recibido en triunfo por los afectos al Emir, y donde calmó muy luego con sus prudentes y conciliadoras medidas las discordias promovidas por los bandos que inquietaban y dividian la ciudad. A seguida el príncipe envió al Emir cartas dándole cuenta de la victoria obtenida por sus armas en aquella sangrienta batalla, y de la prision de su hermano Mohammed y de su tio Al-Kasim, heridos ambos gravemente. La noticia fué grata para Abdallah, porque le anunciaba el término de aquella guerra civil que

durante tantos años habia turbado la paz de las mas fértiles provincias de Andalucía, y dolorosa al mismo tiempo por la mucha sangre derramada así de su hijo y hermano como de tantos nobles muslines. El príncipe Mohammed murió en su prision: algunos dijeron que de ponzoña que le hizo dar su hermano Abderrahman, otros dijeron que la órden de su muerte fué firmada por su padre, cosas ambas que no son creibles: los mas avisados afirman que murió de sus graves heridas y de abatimiento de ánimo, que es lo mas cierto. El desgraciado príncipe falleció el dia 10 de Xawal del año 282 (Febrero de 895). Tenia veintiocho años y dejó un hijo de cuatro, llamado Abderrahman, que Dios guardaba para grandes cosas, como despues veremos. En la córte se le llamaba á este niño, el hijo de Mohammed el *Macdul*, que quiere decir el *asesinado*, porque segun maliciosa opinion del pueblo su padre no habia muerto de muerte natural.

El príncipe Al-Kasim curó de sus graves heridas. Perdonólo su hermano el Emir, y aun llevó tan allá su generosidad que quiso darle el gobierno de Sevilla, á lo que se opusieron su hijo Abderrahman y otros Walies.

A la derrota y prision de los príncipes rebeldes siguiéronse mil enconados ódios, tristes reliquias de toda guerra civil, que ensangrentaron las calles de Córdoba y Sevilla, donde se verificaron porcion de combates parciales y desafios en que murieron algunos nobles caballeros, Walies y caudillos, y entre ellos el príncipe Al-Mutaraf.

Hé aquí, pues, como refiere Conde la guerra civil que trabajó á Andalucia desde el año 888 hasta el 895; guerra en la que, á diferencia de las que le precedieron en todos los Estados y provincias de la España musulmana, no lucharon las razas entre sí por espíritu de independencia, rivalidades de tribus ó afan de mejorar de establecimiento, sino los príncipes de la dinastía reinante, ayudados por la flor de los caballeros andaluces, y auxiliados por los habitantes de las ciudades mas importantes y populosas de la Andalucía central y occidental. ¿Quién despues de leida esta narracion, de cuya mayor ó menor esactitud en los detalles no respondemos por mas que tengamos por cierto el hecho de la sublevacion, podrá creer que sus causas eficientes ú ocasionales lo fueron el acto de justicia que hizo el Emir, con los hijos del tan desgraciado como querido y respetado ministro Haxem, y los celos y rivalidades que el principe Mohammed alimentaba contra aquellos dos jóvenes tan injustamente castigados por Al-Mondhir? Los autores de los manuscritos arábigos traducidos por Conde, han querido plagiar la ficcion del *Padre de la poesía épica*, dando por causa de aquella lamentable guerra civil, unos *amores desconocidos*, asi como Homero dió por causa de la de Troya el robo de la esposa de Menelao por el hijo del rey Priamo.

Afortunadamente para el Emir de Córdoba, en tanto que la guerra civil inundaba en sangre la mayor parte de las provincias musulmanas, exacerbaba los ódios y ahondaba mas y mas el profundo é irreconciliable antagonismo que dividia los *musulmanes-andaluces* y los orientales, el rey Alfonso de Astúrias, estricto guardador de la fé de los tratados, observaba religiosamente la trégua y armisticio concertado en 883 con el Emir Mohammed I. Si el rey de Astúrias se hubiese manifestado menos esclavo de su palabra y hubiera tratado de sacar en favor de su reino, todo el partido con que le brindaban las difíciles circunstancias que atravesaba el imperio muslímico, es mas que probable que el trono de los Ommiadas combatido simultáneamente por los tres enemigos que le amenazaban hubiérase derrumbado con estrépito al finalizar el siglo noveno. Así debió comprenderlo Abdallah, cuando por gratitud ó por política dejó en plena libertad á Alfonso para combatir á los musulmanes orientales; si es que el mismo no ayudó indirectamente á la siguiente señalada victoria que las armas cristianas obtuvieron sobre los que se habian apoderado de la España central.

Militaba bajo la bandera del hijo de Hafsun, un general de ilustre familia, apellidado Abul-Kasim. A este caudillo, hombre soberbio y arrogante, dió el encargo Caleb, de dilatar las fronteras de sus Estados de Toledo y Talavera mas allá de las fronteras de Galicia. Entró Abul-Kasim en tierra de cristianos con un ejército, que algunos cronistas

hacen subir á sesenta mil hombres, arrollando todo cuanto encontró á su paso. Los cristianos, que confiados en la tregua estipulada con el Emir de Córdoba, tenian mal guardadas sus fronteras, al asomo de tan formidable acometida, huyeron á refugiarse en Zamora, desde donde pidieron auxilio al rey Alfonso III. El *Magno* respondió al grito de angustia de sus súbditos atropellados, con un ejército no menos considerable que el del general del hijo de Hafsun. Avistáronse (901) ámbas huestes en los campos de Zamora, y empeñaron una sangrienta batalla que duró cuatro dias. Parece que durante la refriega las numerosas taifas Bereberes que militaban en el ejército de Abul-Kasim, abandonaron el campo. Los musulmanes de Toledo y de la España Oriental sostuvieron todo el peso de la batalla y pelearon con valor; mas al fin fueron vencidos y huyeron en desórden dejando el campo cubierto de cadáveres entre los que se encontró el del caudillo Abul-Kasim. «Cortaron, los cristianos, dice una crónica arábiga, muchas cabezas y las pusieron en las almenas de Zamora y en sus puertas. Esta derrota fué célebre entre los cristianos y fronterizos con el nombre de, *el dia de Zamora.*» (Sampiro, Roder Tolet, y Conde.)

Dos veces en el trascurso de cuarenta y dos años, en Albelda y en Zamora los soldados de la *Cruz* habian salvado á los Ommiadas de Córdoba.

Cuentan los historiadores árabes, que fué general el sentimiento de los pueblos por aquella memorable derrota; tanto que los mas ardientes mus-

limes predicaban que todo musulman debia armarramada de sus hermanos. El Emir Abdallah se vió acosado por las instancias de los mas fanáticos, que le pedian hiciese la paz con Caleb-ben-Hafsun á fin de que unidos todos los musulmanes declarasen una guerra de esterminio á los cristianos. Mas el Emir, como hábil político que sabia sacrificar, á tiempo, á la *razon de Estado* las demás razones, se mostró sordo á los clamores de los que solo veian el mundo á través de las páginas del Corán, y envió una embajada al rey Alfonso el *Magno* para darle la enhorabuena por su victoria; renovar la *cordial inteligencia* que reinaba entre ellos, y mover su ánimo á guerrear sin tregua contra los musulmanes orientales que llegasen á sus fronteras. Esta última pretension, que debió ser el secreto móvil de la embajada, pone de manifiesto los progresos que la ciencia diplomática habia hecho entre los hombres de Estado musulmano-andaluces; para quienes las batallas ya no eran las puertas del Paraiso, sinó un medio de obtener preponderancia política y moral. Desgraciadamente no eran *los más* los que opinaban de esta manera, sinó los menos. Asi que, *los más*, arrebatados por las predicaciones de los austeros ó fanáticos muslimes murmuraban sin rebozo de la conducta del Emir; llegando á tal estremo las murmuraciones, que en las mezquitas de algunas ciudades de Andalucía los imanes y catibes hubieron de omitir en la oracion pública el nombre de Abdallah, como si fuese un mal muslim ó un excomulgado. En Sevilla fué mas ruidosa la protesta que

se para tomar ejecutiva venganza de la sangre der- en ninguna otra ciudad, puesto que en algunas se sustituyó, en la oracion pública, el nombre del Emir de Córdoba con el del Califa de Oriente. Parece que el principal promovedor de aquella reaccion religiosa, lo fué el célebre príncipe Al-Kasim, que pagaba la generosidad con que su hermano el Emir le perdonó su rebelion del año 888, desprestigiándole á los ojos de sus pueblos, y minando arteramente su trono. Avisado Abdallah de los reprobados manejos del príncipe, lo mandó prender y juzgar. Sentenciáronlo á la última pena, y fué muerto en la prision con una *bebida que le prepararon.*

Entretanto activaba mas y mas el sitio de Toledo el walí Abu-Otman, quien bloqueó en tales términos la plaza, que el rebelde Caleb no pudo salir en tres años de ella. Así las cosas, quiso encargarse de esta guerra el hijo del Emir, el valiente Abderrahman, apellidado ya Al-Mudhaffar (el victorioso) por su feliz campaña contra los rebeldes de Andalucía. Otorgóle Abdallah aunque á su pesar lo que pedia, y nombró al bravo walí Abu-Otman capitan de los eslavos que componian parte de su guardia personal. Mal premio á los buenos y dilatados servicios de aquel valiente caudillo.

Demos un momento de tregua á la angustiosa narracion de tantas guerras, sublevaciones genera-

les y rebeliones parciales que no se daban descanso, y que tenian convertido todo el suelo español en un vasto campo de batalla donde musulmanes andaluces y musulmanes orientales; donde cristianos de Afranc, de Vasconia, de Astúrias y de Galicia guerreaban sin cesar en contienda civil ó en contienda entre razas antagonistas, revueltos confundidos en términos, que á las veces los estandartes de la Cruz servian de auxiliares á los del Profeta y otras los del Profeta á los de la Cruz para satisfacer los fines de las ambiciones políticas. Epoca de transicion, y como tal fecunda en revoluciones, morales y materiales, de las cuales se libró, en parte Andalucia única region de España que con el reino cristiano de Astúrias progresó notablemente en medio de aquella conflagracion general; aprovechemos, pues, esta corta tregua para contar dos anécdotas que pudieron ser contemporáneas, y una de las cuales se refiere á los años que venimos historiando; porque con ellas mas bien que con la narracion de las batallas y de los actos diplomáticos que mediaron entre las dos razas cristiana y musulmana que se disputaban el suelo de la Península, se pinta muy á lo vivo el carácter de estos pueblos enemigos, su humanidad con el vencido y su tolerancia religiosa.

Comenzemos por la de fecha desconocida.

«Un faqui de Córdoba, llamado Ibn-al-Hasar (Dozy. *Recherches* t. 2.° p. 269) tenia por vecino á un cristiano que se complacia en servirle; así que solia decirle: «Que Dios os conceda larga vida, y

cuide mucho de vos;—que Dios refresque vuestros ojos;—lo que os alegra me alegra á mí tambien, os lo juro.—Dios quiera que mi última hora en esta vida llegue antes que la vuestra.» Gozábase muy mucho el cristiano con la buena voluntad que le manifestaba el faquí; pero los musulmanes por el contrario reprobaban la conducta de este, hasta que un dia alguno hubo de echarle en cara los votos que hacia por la prosperidad de un infiel. El faquí le respondió: «Cuando los hago, mi pensamiento espresa todo lo contrario de lo que dicen mis palabras. Por ejemplo, cuando le digo al cristiano: Que Dios os conceda larga vida y cuide mucho de vos, quiero decir que Dios se la conceda para que pague muchos años la capitacion, y lo de *cuidar mucho de él*, significa que cuide de castigarle. Cuando le digo: Que Dios refresque vuestra vista, quiero decir que le dé la gota serena (refrescar y pararse se espresa en árabe con el verbo *acarra*). Cuando le digo: Lo que os alegra me alegra á mí tambien, aludo á la salud que es uno de los bienes mas preciosos. Por último, cuando le digo: Dios quiera que mi última hora en esta vida llegue antes que la vuestra, quiero decir que ruego á Dios me abra las puertas del Paraiso, antes de que á él le abra las del infierno.»

Veamos, ahora, la de fecha conocida.

«En este tiempo (906) sucedió una cosa memorable que refieren Homaidi y Ben Pascual: (Conde c. 65) Cuentan que cierto dia vino una pobre mujer al virtuoso y sábio faquí Baqui, de Córdoba, y le dijo que tenia un hijo cautivo entre los cristianos,

y que habiendo acudido inútilmente á todos los medios para libertarlo, venia á consultarle para que la consolase en su congoja. Díjole el faquí que tuviese confianza en Dios cuya divina bondad todo lo remedia: rogóle ella que se lo pidiese á Dios, y él dijo que así lo haria. Pocos dias despues vino la muger, con su hijo, á ver al faquí, y el mancebo contó de esta manera su libertad: Dijo que estaba cautivo con otros muslimes en poder de unos señores cristianos: que un hombre los llevaba todos los dias á trabajar á una ranchería, cargados de cadenas sujetas con argollas á los piés; que un dia se le cayeron las cadenas, y que el hombre que guardaba á los cautivos se fué á él diciéndole: ¿ por qué rompistes tus cadenas? Que él respondió: No las rompi que ellas se me cayeron á los piés. Que le llevaron delante de su señor, y allí le volvieron á poner las cadenas; y como anduviese algunos pasos volviéronselés á caer. Los cristianos meditaron sobre el caso, y lo consultaron con sus monjes. Estos le preguntaron: ¿Acaso tienes madre? y como respondiese que si, ellos dijeron: Sin duda Dios oyó sus oraciones, y pues Dios te dá libertad, nosotros no podemos encadenarte ni quitártela: esto dicho le enviaron á la frontera de los musulmanes.»

¡Qué diferencia entre la fé sencilla y amorosa caridad de los monjes cristianos, y la hipocresía y doblez del faquí musulman!

En tanto que el príncipe Al-Mudhafar estrechaba el bloqueo de Toledo y hacia una guerra sin cuartel á los rebeldes de Hafsun, Andalucía recobrada del quebranto que le ocasionaran las pasadas sangrientas discordias de los príncipes de la familia de Abdallah, gozaba de aquella culta y serena paz que parecia estar vinculada en su suelo, y que no eran poderosos á turbar los desórdenes y las frecuentes guerras civiles ó estrangeras que se sucedian sin interrupcion en el resto de la península, sin esceptuar el reino cristiano de Astúrias. Al amparo de aquella paz prosperaban, anunciando la proximidad de los espléndidos dias del Califato de Córdoba las ciencias, las bellas letras, las artes, el comercio y la agricultura que hicieron de Andalucía la region mas privilegiada de la tierra, en tanto que los dos grandes imperios de Europa se habian desmoronado, comenzando á formarse con cada uno de sus pedazos el mundo cristiano tal como ha llegado hasta nosotros, y las naciones de la Europa moderna.

En esta situacion, la mas crítica que habia atravesado España desde los primeros años del siglo octavo, puesto que el estraordinario desarrollo que habian adquirido los dos grandes poderes verdaderamente antagonistas y naturalmente irreconciliables que batallaban sin trégua disputándose la definitiva posesion de la Península Ibérica, el cristiano de Astúrias y el musulman de Andalucía, hacia inminente en plazo mas ó menos corto una nueva batalla del Guadi-Becca ó de Poitiers, un duelo á muer-

te en el que el vencedor sirviese de sepulturero al vencido; en esta situacion, repetímos, crecia en Córdoba, donde lo trajera á su lado su abuelo el Emir Abdallah, el jóven Abderrahman hijo de Mohammed el *Mactul*, y sobrino del príncipe Al-Mudhaffar el calumniado matador de su padre.

Noble, gentil y discreto, el príncipe Abderrahman, aquel que habia de hacer brillar con radiante luz la civilizacion musulmano-andaluza en medio de las tinieblas de la barbárie que envolvian todavia el resto de Europa, se educaba en la espléndida córte de Córdoba, en el palacio del Emir, doctrinado por los más sábios alimes que le enseñaban el Coran y le instruian en todos los ramos del saber humano; adiestrado en el arte de la guerra y en el ejercicio de las armas por los mas afamados capitanes; amado de todos los Walies y Wazires, y del pueblo que fundaba en él sus esperanzas, y mas amado que de otro alguno de su abuelo, Abdallah, que se embelezaba contemplando su precoz talento y suma gentileza.

Poco mas de veinte años contaria el jóven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la culta y elegante córte de Córdoba, cuando falleció la Sultana Athara, madre del Emir á quien este amara, honrara y respetara en vida como buen hijo, y á quien lloró despues de muerta con lágrimas tan amargas, que se apoderó de su ánimo una melancolía que acortó las horas de su existencia. Sintiendo el próximo fin de sus dias, congregó los altos funcionarios de su córte, y de-

claró por futuro sucesor en el imperio á su nieto Abderrahman, hijo de su primogénito Mohammed. Reconociéronlo todos sin protestas ni reservas, tanto por amor al futuro CALIFA, como por obediencia á la voluntad del último EMIR; distinguiéndose entre todos por la espontaneidad de su juramento el príncipe Al-Mudhaffar, hermano de Abdallah, quien léjos de mostrarse resentido al verse postergado, prometió al EMIR proteger y amparar lealmente á su sobrino como si fuese su propio hijo.

Grandeza de alma fué renunciar en un niño, solo por obediencia á la voluntad de su padre y por respeto á la memoria de su hermano, á cuya muerte contribuyó involuntariamente en cumplimiento de un deber moralmente ineludible, el trono mas brillante de la tierra, al cual tenia el *mejor derecho*, con arreglo al modo de sucesion en aquella soberanía; es decir, el derecho que daban el prestigio de un gran nombre; la adhesion del ejército que tantas veces habia conducido á la victoria; un carácter propio para hacer frente á la tormenta que se cernia sobre el imperio, y las virtudes públicas y privadas que hacian del príncipe Al-Mudhaffar la mas importante figura del imperio en aquellos tiempos.

Un año y un mes despues de la muerte de su madre, en el acceso de una calentura falleció, á los setenta y dos años de edad (noviembre de 915,) el EMIR Abdallah I. Príncipe de gran corazon; bondadoso y en lo general benigno; escelente caudillo de sus tropas; hábil político y fiel observador de los

tratados, gozó, sin embargo, pocos años de paz durante los veinticinco de su reinado.

«Tuvo habilidad para vencer enemigos, (dice un historiador de nuestros dias) pero le faltó mano para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los Sirios sobre los Árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enagenarse á los fervientes y fanáticos muslimes.»

Este juicio de un historiador cristiano, calcado sobre el de los cronistas musulmanes acerca de la vida política del Emir Addallah, peca, cuando ménos, de apasionado. Cierto es, que mirado el hecho de *sus alianzas* con Alfonso el *Magno*, á través de los preceptos del Corán, se puede encontrar motivo en él para dar razon á los *fanáticos musulmanes;* pero mirado bajo el prisma de la razon de Estado, que si unas veces es acomodaticia, otras es de imperiosa observancia, se hace forzoso absolverle y casi aplaudirle.

En efecto; los musulmanes orientales, es decir, todas las razas musulmanas y *latinas* amalgamadas, enemigas de los musulmanes andaluces Árabes y Sirios, eran mucho mas temibles para el Califato de Córdoba, que los cristianos de Astúrias y Galicia. La alianza de estos últimos con los primeros, que hubiera sido el acto político mas hábil de aquellos tiempos y á la par el mas funesto para los Ommiadas, no era enteramente imposible, dado que ya se habian visto príncipes y huestes cristianas combatir, bajo las banderas de Muza el renegado, y de Hafsun el bandido de Trujillo, contra las tro-

pas de los Emires de Córdoba. Además, Alfonso el *Magno*, reinaba mas allá del Duero; Caleb-ben-Hafsun, reinaba en Toledo, es decir, en la España central. Los soldados del primero solo podian contar con el auxilio de Dios y el de sus fuertes corazones; los del segundo rebibian continuos refuerzos de África, y acaso se congratulaban con la esperanza de recibirlos de los califas de Oriente. Alfonso era esclavo de su palabra; Hafsun habia heredado la fé púnica, base de la política africana desde el tiempo de los Cartagineses. Si á estas pôderosas razones de Estado, sobre las cuales Abdallah tenia que regular su conducta política en interés de su dinastia y de la cosa pública, se agregan las profundas escisiones religiosas nacidas de las dos grandes sectas que dividian la familia mohometana; que los musulmanes andaluces, como los mas ilustrados entre todos los sectarios del Profeta, eran, lo que llamamos hoy en dia, *les esprit fort* del Mahometismo, y que veian en los orientales no solo contrarios políticos, sino tambien contrarios en materia de religion, se absolverá repetimos, y aun se aplaudirá la política del Emir, que teniendo dos enemigos poderosos al frente y armados para combatirle, intentó lanzar el uno contra el otro para que se despedazasen y sacar él, el fruto de la guerra sin gastar un dinar ni perder un soldado.

El Emir Abdallah I, obró, pues, obligado por la fuerza de las circunstancias superior, acaso, á la fuerza de su voluntad. Muy pronto vamos á ver, bajo el reinado de su sucesor, el Califa Abderrah-

man III imperar otra política, mas ajustada á las exigencias del fanatismo musulman; pero será despues, que, destruidos todos los elementos rebeldes que hacian imposible la unidad de las fuerzas del imperio musulman de España, puedan Àbderahman y Almanzor volver la vista hácia los cristianos que esperan al primero en Simancas, y en Alhandega.

XIII.

Consideraciones generales sobre la situacion de Andalucía durante los dos primeros siglos de la dominacion Musulmana.

Si hubiéramos de juzgar de la situacion en que debió encontrarse Andalucía en los comienzos del siglo IV de la Hegira (X de J. C.) despues de los dos siglos cumplidos que llevaba de estar sometida á los Árabes, solo por la narracion político-guerrera que hemos venido haciendo hasta la página presente, sin duda que se nos presentaria bajo el peor de los aspectos; visto que ella—no diremos que sola, puesto que la ayudaron las provincias de Lusitania y Estremadura, y las de la costa de levante desde Almería hasta Tortosa—pero si principalmente llevó sobre sus hombros y sostuvo con sus recursos el peso de aquellas sangrientas y costosas guerras civiles y estrangeras, que en el discurso de dos siglos no cesaron un momento de marti-

rizar la España musulmana y la cristiana. En efecto; hemos visto batallar de contínuo y simultáneamente en el Oriente, en el Norte, en el Occidente, en el Centro y en el Mediodia de la Península á los Andaluces; reunirse, organizarse y equiparse en Córdoba aquellos numerosos ejércitos, que acaudillados por los Emires vencian en todas partes ya en el Ebro, y en la Galia Meridional, ya en la Vasconia, en Astúrias y en Galicia, ya en la España central, y nos hemos preguntado ¿cómo pudo satisfacer Andalucía cumplidamente, como satisfizo, á todas las necesidades de aquellas costosas é interminables guerras sin haberse despoblado y empobrecido hasta el último estremo? Porque es de advertir que no tuvo como los Galos, como los Musulmanes orientales, y como los cristianos de Astúrias, una Germania, una África y un espíritu religioso que la suministrasen enjambres de guerreros para reemplazar las bajas que en sus ejércitos causaban tan repetidas y sangrientas batallas.

La contestacion á esta pregunta que parece exijir una larga y filosófica disertacion, se encierra, sin embargo, en dos palabras: Cultura, Civilizacion. Pero no en aquella civilizacion gastada ó corrompida, viciada de evolucion en evolucion hasta llegar á ser un elemento de muerte en lugar de serlo de vida como aconteció con la de la Roma del tiempo de los últimos emperadores, y como acontecia á la sazon, con la del imperio cristiano de Oriente y la del musulman de Bagdad, sino en esa civilizacion jóven, entusiasta, exuberante de vida,

en toda la plenitud de su robustez y en toda la fuerza de su actividad que trajeron los Árabes al cruzar el Estrecho; que sembraron en Andalucía, como en tierra preparada desde su orígen histórico para recibir y hacer florecer todas las civilizaciones, y que conservaron pura y desarrollaron durante los siglos III y IV de la Hegira, é hicieron llegar á su apogeo en el V, ó sea en el gran siglo de Abderrahman III.

Hé aquí, pues, el secreto, la esplicacion del hecho verdaderamente fenomenal que presenciaron aquellas edades; es decir, un país que despues de doscientos años de guerras empeñadas con todos los Estados, pueblos y naciones que le rodean, se encuentra, en vez de despoblado y empobrecido, en el auje de la prosperidad moral y material; porque él solo fué culto y civilizado en medio de la semi-barbárie ó cultura rudimentaria del enjambre de enemigos que le combatian sin trégua por todos lados.

Si se necesitara una nueva prueba para justificar la exactitud del axioma que sienta: *que los pueblos no cambian fácilmente de carácter*, Andalucía dominada por los Árabes la suministraria plena y concluyente. Tan es así, que estamos seguros que no faltariamos á la verdad histórica, reproduciendo en este lugar mucha parte de las once primeras páginas del c. VII del t. 1.° de nuestra obra, y algunos párrafos de otros capítulos, sin hacer mas correccion en ellos que sustituir los Romanos con los Árabes; los celtíberos con los musulmanes orienta-

les; los carpetanos con los rebeldes Toledanos, y los cántabros con los Asturianos y Gallegos. Es decir; la guerra y la barbárie en todas partes; la civilizacion y largos períodos de paz solo en Andalucía; de donde sacaron los cónsules y pro-cónsules todo el oro que necesitaron para comprar el Senado y el *pueblo rey*, sin agotar la mina como los Emires de Córdoba para fundar las maravillas del arte y del lujo como lo fueron sus aljamas, sus alcázares, y su Medina Azahara, sin disminuir por ello en nada los enormes tributos de sangre ó de dinero que impusieron unos y otros á su *provincia predilecta* para hacer la guerra en todas las partes donde eran provocados á ella, ó donde les convenia hacerla para los fines de su ambicion.

No obstante, el caracter de la dominacion musulmana en Andalucía, no tuvo, ni con mucho, el de las dominaciones Fenicia, Cartaginesa y Romana. Existe una notabilisima diferencia entre aquella y estas dominaciones; y acaso en esta diferencia se encierra el secreto de los resultados que dió. Fenicio, Cartagineses y Romanos *ocuparon comercial ó militarmente* el país; los Arabes, por el contrario se establecieron con sus familias en él, lo poblaron y trasformaron en tales términos, que mucho antes de cumplirse los dos primeros siglos de su establecimiento, ya no habia Turdetanos, Betulios, Túrdulos ni Bastulios esclavizados por los Cartagineses como en tiempos de la prosperidad de la gran República de Africa; ni Béticos sometidos á los Romanos como en los del Senado que desde el Capi-

tolio avasallaba al mundo entero; sino *andaluces musulmanes*, que no tenian ni recordaban otra pátria suya ó de sus abuelos, fuera de esta tierra de Andalucía donde tenian toda su historia, todos sus recuerdos, todas sus afecciones, su familia y las cenizas de sus progenitores, desde una larga sucesion de generaciones. En Oriente lôs llamaban los *Andalosis;* en el otro lado del Pirineo, los llamaban los sarracenos de Occidente, y en Astúrias y Galicia los llamaban.... los *españoles!*

Por eso amaron con tanto ardor esta tierra; reconcentraron en ella toda su vida política y social, fundaron en ella una segunda Meeca y la convirtieron en un Paraiso. Porque los árabes andaluces fueron á la par el pueblo mas culto é ilustrado, el agricultor mas inteligente y laborioso de aquellos tiempos. Ellos introdujeron la fabricacion del azúcar; fomentaron el cultivo y la ganaderia; establecieron grandes fábricas de tejidos de brocado, brocadillo, lanas y algodones; aventajaron á todos en el temple y primor de las armas blancas, y en la riquísima labor de sus objetos de orfebreria y plateria. Con sus productos agricolas y manufactureros, y con la elaboracion de multitud de objetos y utensilios de hierro y de cobre mantuvieron un comercio activísimo y lucrativo entre los puertos de Andalucía y los de Italia, del Egipto y de la Siria. Finalmente entre sus progresos materiales, merece particular mencion el empleo de los correos á caballo, usados por ellos los primeros en Europa, para correr los plieges del gobierno.

¿Compréndese ahora, ya que no se disculpe, la razon de la conformidad en que vivieron los cristianos de Andalucia entre los Arabes que se habian apoderado de su suelo y permanecian en él por la fuerza? ¿No debia sorprenderles el contraste que ofrecia el opulento ó risueño aspecto de sus ciudades, de sus pueblos, de sus alquerias y de sus campos en manos de los Arabes, con el triste y deplorable estado en que yacieron estos mismos objetos de su amor y cariño en las de los Godos? Además, ¿no era ya Córdoba la *Capital de España?* y Sevilla ¿no continuaba siendo el asiento de la ciencia sagrada y profana como en tiempo de los Romanos y de los Godos? La ley musulmana ¿no habia abolido al distincion de castas, la esclavitud y la servidumbre que establecieran en Andalucia las legislaciones goda y romana? Verdad es que se oia al *muezin* desde lo alto de la *almeinara* mezclar su voz al sonido de las campanas de las iglesias y monasterios cristianos; pero ¿no quedaba apagada aquella voz entre los alegres repiques, ó el acompasado toque que anunciaban un dia de fiesta para la Iglesia Católica, ó llamaban á los fieles al cumplimiento de los preceptos de la Esposa de Cristo? ¿no conservaban sus obispos, sus sacerdotes y sus monjes? ¿no celebraban las ceremonias y ritos de su culto con la misma pompa y libertad que hubieran podido hacerlo del otro lado del Duero? Cierto que bajo los reinados de Abderrahman II y de Mohammed se vieron cruelmente perseguidos; pero ¿no hubieran sufrido igual persecucion los musulmanes en Ovie-

do si hubieran osado abrir allí una mezquita, ó escarnecer los dogmas de la religion de Cristo? Y luego, ¿de qué medios se valieron los musulmanes para poner término á aquella injusta persecucion? ¿recurrieron á los preceptos del Coran? ¿apelaron á decretos de proscripcion ó de muerte en masa? No; á un Concilio nacional de obispos católicos: es decir, sometieron el litigio entablado entre los cristianos y los musulmanes, al fallo de una augusta asamblea de cristianos.....

Aquel fué uno de los mas espléndidos triunfos del Evangelio sobre el Corán. La sangre de los mártires dió en aquella ocasion uno de sus mas ópimos frutos, ya se mire bajo el punto de vista religioso, ya bajo el político la convocacion del concilio nacional del año 852 en Córdoba.

Si de la situacion en que los cristianos se encontraban en Andalucía respecto al libre ejercicio de su culto, pasamos á examinar la condicion política que les habian concedido los Árabes, veremos: que tenian un gefe ó príncipe nombrado por ellos, que los representaba y defendia, investido de toda aquella autoridad que á sus funciones concedian las leyes godas, en cuanto no estuvieran en contradiccion con las del gobierno musulman; un tribunal de jueces cristianos para fallar en todos los pleitos que se suscitaban entre ellos; un repartidor de contribuciones, cristiano tambien, y finalmente, cristianos eran los cobradores de los tributos.

¿Qué condicion, política y civil, tenian, pues, los cristianos entre los musulmanes? La misma que,

la de los musulmanes; la ley los hacia iguales en todo; salvo en la obtencion de los altos destinos del gobierno, y en el servicio de las armas, al cual no creemos que fuesen llamados, pero al que no dudamos serian admitidos cuando lo solicitasen. Eran pura y simplemente súbditos del soberano que no profesaban la religion del Estado; pero que gozaban iguales derechos civiles y políticos que aquellos que la profesaban, siendo, en tal virtud, admitidos al desempeño de ciertas funciones administrativas en el gobierno y en la córte del soberano.

Ni aun el carácter de cristianos los rebajaba á los ojos de aquella sociedad, que si bien llamaba *perros gallegos*, en justo desagravio, á los que la combatian en las márgenes del Duero, no osaba, ni podia rebajar la consideracion social de los que moraban entre ella, por mas que constituyeran una familia aparte. Pudiéramos citar multitud de hechos en corroboracion de lo que dejamos sentado.

Verdad es, que en aquella sociedad de un córte democrático originalísimo, y tal cual no se comprende en nuestros dias, no era posible establecer la diferencia de clases á la manera que existe entre nosotros. Aquello erà un pueblo *todo pueblo*, sin nobleza y sin clase media; todos los musulmanes eran iguales; cualquiera podia llegar á ser *Iman*, *general*, hajib, walí, wazir, ó faquí con solo ser apto para el desempeño de alguna de estas funciones; era, en suma, un pueblo perfectamente libre, que gozaba de todos los derechos que llamamos individuales, bajo la férula de un déspota, que ejercia

sin trabas, cortapisas ni limitacion alguna los supremos poderes del pontificado y del imperio.

«El derecho musulman (dice M. Amari, *Revue enciclopédique*. Setiemb. 1846) no reconocia mas nobleza que aquella que el Profeta trasmitió á sus descendientes, ni otra distincion social que no fuese la de los empleos eminentes, del talento ó de la ciencia. No admitia la aristocracia de sangre, por mas que no pudiera destruirla enteramente.»

Hé aquí esplicada y descrita en pocas palabras la manera de ser, la forma y la esencia de aquella sociedad. Igualdad absoluta entre todos sus individuos; acceso fácil, por lo tanto, á todos los puestos eminentes del Estado, con solo ser musulman, título con que se *honraba mucho Mahoma;* pero distinciones para el talento y la ciencia, no fundadas en privilegios de nacimiento, de casta ó de honores otorgados, sino en el respeto que inspira el saber, Mahoma *hizo decir*, al Angel Gabriel, mensajero que le *enviara* el Todo-Poderoso:

«Dios enseñó al hombre á servirse de la pluma.
Puso en su alma los destellos de la ciencia.»

La ciencia, pues, era el origen de la aristocracia entre los musulmanes andaluces; el que mas sabia y mejor guerreaba era el mas noble, porque sabia y porque guerreaba. Fuera de las letras y fuera de las armas, no habia entre ellos distincion posible.

Esto es, pues, lo que constituye el carácter singularísimo de la civilizacion y sociedad andaluza durante los siglos III, IV y V de la Hegira (IX, X

y XI de J. C.) En tanto que en los demás pueblos de Europa la aristocracia feudal fundaba sus títulos en el orgullo y en la soberbia; en la fuerza; en los privilegios que le concedian diferentes legislaciones; en los enlaces entre familias de esclarecida estirpe ó de rancia prosapia, y en la trasmision de padres á hijos de un nombre y de títulos que se hicièron célebres en tiempos mas ó menos remotos; entre los musulmanes andaluces, el talento, el saber, la ortodoxia en materia de religion, el valor en el campo de batalla, y la facultad autorizada por la costumbre y mal definida por la ley escrita, que tenia cada musulman para defender personalmente su derecho, eran los únicos fundamentos de su aristocracia. Su derecho no reconocia otra nobleza, sus costumbres de orígen patriarcal y la perfecta igualdad civil y política entre todos los musulmanes, excluian toda distincion que tuviese otra procedencia. Por eso vemos ser aquella sociedad una mezcla de bienes y de males, de virtudes y de vicios, de tolerancia y de fanatismo, de humanidad y de fiera crueldad, de refinada cultura y de tosca barbárie, como formada de sábios, poetas y literatos que fueron la admiracion de aquella edad; y de un pueblo menos ignorante, es cierto, en Andalucía que en el resto de Europa, pero que escitado por la intolerancia de los ministros de su religion apedreaba y quemaba vivos los hombres que se entregaban al estudio de la filosofía especulativa (Ibn-Said y al-Makkari). Es de advertir, que los filósofos andaluces, los mas ilustrados y los mas

despreocupados entre todos los de la secta musulmana, eran acusados, lo mismo en Oriente que en Occidente por los fanáticos muslimes, de haber abandonado la palabra de Dios y del Corán y de *inspirarse solamente en la luz de la razon.*

Aquella civilizacion tan brillante y seductora, tan sábia, aristocrática y elegante, como ahora decimos, tenia un vicio de orígen que la minaba sordamente, y, además, carecía de condiciones de proselitismo á propósito para difundirse en Europa. Subordinada á la idea religiosa impuesta á sus sectarios por un hombre que lo fué todo menos sábio; encerrada en el círculo de hierro que trazaban en su derredor los preceptos de una religion supersticiosa, rígida é inflecsible que hacian imposible la ley santa del progreso humano, vedando en absoluto el ir *mas allá* ó retroceder hácia cualquier orígen despues de la última palabra pronunciada por los lábios del Profeta, y de la última sílaba escrita en el Corán; que se queria mantener encerrada toda entera en un libro presuntuoso, admirable solamente por las *bellezas literarias* que contiene, y que aspiraba á imponerse por la fuerza obediente al mandato de su *evangelio* que ordena repetidas veces en sus páginas hacer la guerra á los infieles y obligarles por la espada á abrazar el Islamismo, no podia arraigarse entre los pueblos cristianos de origen latino, y tenia que desaparecer fatalmente, como desapareció arrollada por las oleadas de los bárbaros Almoravides y Almohades procedentes del África, sin dejar entre nosotros, como la latina leyes,

usos, costumbres, virtudes y vicios que durarán acaso tanto como dure España.

Mas antes del dia de su desaparicion del suelo andaluz—dia del cual nos separa poco mas de siglo y medio.—¡Qué sorprendente espectáculo ofreció á los ojos del mundo que contemplaba atónito de admiracion, esta Andalucía de los Ommiadas, émula de la de los tiempos de Augusto al finalizar el siglo noveno, y que fué el magnífico prólogo de aquel siglo décimo, que no vacilamos en llamar, *el de las letras musulmano-andaluces:* siglo cuyas tres primeras cuartas partes llenaron Abderrahman III y El-Hakem II con la gloria que adquirieron protegiendo espléndidamente las ciencias, las letras y las artes, y el gran capitan de aquel siglo, Almanzor, la última con su génio y gloria militar.

Magnífico prólogo hemos llamado al siglo tercero de la Hegira, porque en él las Escuelas y Academias y bibliotecas; las ciencias, la filosofía, la literatura, las bellas artes menos la pintura de imájenes y la estatuaria; las tertulias literarias, los certámenes y concursos literarios y científicos, todos los medios, en fin, de difundir las luces y de hacer prosperar todos los ramos del saber humano, recibieron de los Emires independientes aquel poderoso impulso que hizo de Córdoba, en el siglo cuarto de la Hegira, décimo de J. C., la Atenas de la Edad Media.

Aquel inmenso progreso moral; aquel grado superior de cultura producto de la ardiente impresionable y poética imaginacion de una raza pura,

puesto que ningun pueblo estrangero llegó, antes de Mahoma, á mezclar su sangre con la de los Árabes,—nacida entre las abrasadas arenas de la Arabia y trasplantada todavia en su infancia sobre el opulento suelo de Andalucía, donde creció y se desarrolló, no podia menos de hacerse sentir en todas las demás esferas donde se mueve la actividad del hombre. Así que la agricultura, la industria y el comercio, segun dejamos indicado anteriormente, prosperaron en Andalucía mas que en otra parte alguna de España y de Europa, á beneficio de los auxilios que les prestaban las ciencias; de la consideracion que gozaban en una sociedad donde por no existir la separacion de nobles y plebeyos el trabajo no se consideraba como resultado de la esclavitud ó de la servidumbre, y al desahogo que les permitia una administracion económica sencillísima, que ignoraba los secretos que posee la ciencia moderna para hacer ingresar en el Erario el oro del rico y el sudor del pobre, y tan rudimentaria, en fin, que se reducía, en materia de contribuciones, al diezmo y á la capitacion. Para acudir á los grandes gastos que originaban las obras públicas, el esplendor de la córte, y la edificacion de las grandes mezquitas aljamas, el Gobierno enviaba, á modo de recaudador de contribuciones, un ejército á los paises enemigos, de los que sacaba los recursos necesarios para satisfacer sus obligaciones y cubrir sus necesidades. Sistema bárbaro, de una sencillez primitiva; pero que no ha caido todavia en desuso entre las grandes naciones del siglo XIX, á pesar de

haber sido elevada á la categoría de ciencia esacta la economia politica.

Consecuencia natural de este estado de prosperidad, moral y material, fué el auje que adquirió la marina mercante Andaluza, que llegó á ocupar en los tiempos que historiamos, sinó el primero, uno de los principales lugares entre todas las que frecuentaban los puertos del Mediterráneo desde el estrecho de Gibraltar hasta el canal de Constantino, pla.

De su marina militar poco podemos decir, dado que los Arabes no fueron pueblo marino, y que en los tiempos aquellos las grandes espediciones navales carecian de objeto. Sin embargo, recordaremos, que su marina fué la única en Europa que hizo frente y derrotó las armadas de los Normandos.

Habiendo sido los Arabes un pueblo esencialmente guerrero por espíritu de proselitismo y por instinto de conservacion, natural es que digamos algo acerca de la organizacion de sus ejércitos, de su táctica militar y de sus armas de combate.

Los Arabes, pues, como todos los pueblos de Europa, no tenian, á la sazon, ejércitos permanentes, ni mas tropas sobre las armas en tiempo de paz que la guardia de caballeria de los Emires, que recibia sueldo del Estado. Atribúyese á El-Hakem I la formacion de este cuerpo, que en un principio se componia de cinco mil hombres, tres mil andaluces y dos mil esclavos, ó *Eslavos*, que con este nombre se les conocia principalmente, por su origen ger-

mano. Estos eslavos eran traidos y vendidos en Córdoba por los mercaderes judios que durante la Edad media monopolizaron el comercio marítimo de esclavos.

Pero si los Arabes carecian de ejércitos permanentes, no así de soldados, puesto que todo musulman lo era de hecho y de derecho; ventaja que tenia aquel pueblo sobre los demás de Europa, donde el ejercicio de las armas era privilegio de determinadas clases. Cuando la necesidad de combatir una invasion obligaba á reunir una hueste, el Emir enviaba sus órdenes á los walies de las provincias y estos se las comunicaban á los wazires, alcaides de fortalezas y jeques de tribus para que en un plazo marcado concurriesen sus respectivas banderas al punto donde debia reunirse el *Gum* (division). Esto hecho, marchaban á incorporarse con el Emir ó en su defecto con el general nombrado por este y encargado del mando de la espedicion. Si la guerra se hacia contra musulmanes rebeldes, observábase religiosamente en ella la *costumbre de Alí*, que prohibia matar un muslim fuera del campo de batalla; perseguir al enemigo musulman mas allá de la comarca donde se empeñara la accion, y bloquear las plazas por espacio de muchos dias. Esta *costumbre*, como desde luego se comprende, prolongaba indefinidamente las guerras civiles, y era, sin duda alguna, la que las alentaban, fomentaba y hacia de ellas el estado normal de aquella sociedad. Cuando la guerra tenia por objeto combatir á los cristianos cuyo poder amenazaba sériamente al imperio mu-

sulman, el Emir publicaba la *Guerra Santa*, cuyo pregon se hacia en los púlpitos de todas las mezquitas. A este solemne llamamiento respondian todos los buenos musulmanes, acudiendo, ansiosos de ganar el Paraiso ofrecido por el Profeta al muslim que moria en la *Guerra Santa*, ya en persona, si estaban en edad de soportar las fatigas de la guerra, ya con armas y caballos ó con cuantiosas limosnas. Los soldados permanecian bajo sus banderas solo el tiempo que duraba la campaña, ó la buena estacion. Llegado el invierno, el ejército se disolvia fuérale favorable ó adverso el estado de la guerra. El soldado musulman no recibia paga; vivia sobre el país donde operaba, y por lo tanto éranle lícitos todos los medios de atender á su subsistencía. Esto esplica el carácter vandálico y asolador con que las crónicas nos pintan aquellas guerras. Reunido el botin, separábase el quinto para el Emir, y el resto se distribuia sobre el campo de batalla entre los gefes y los soldados: dábasele al ginete dos partes, y al infante una. Sin embargo, con respecto al sueldo de las tropas, el célebre historiador Razi, dice, que el Califa nombraba dos gefes en cada *Gum;* uno iba á la guerra y el otro permanecía en la tierra; el primero recibia cien monedas de oro. Los Sirios eran los únicos soldados pagados por el Tesoro, porque no poseian tierras, viviendo, en tiempo de paz, del impuesto que les pagaban los cristianos. Los parientes del gefe Sirio recibian diez monedas de oro al terminarse la campaña, y los soldados que no pertenecian

á su familia cinco. En cuanto á los Árabes-baladis, solo el gefe del *Gum* y los individuos de su familia percibian sueldo.

La caballería, que los musulmanes introdujeron en los ejércitos europeos, constituia la única fuerza de los suyos. Esto esplica sus frecuentes victorias sobre los Francos. Las tropas musulmanas usaban generalmente el sable, la lanza y el arco: fiados en el irresistible empuje de sus formidables masas de caballería costábales suma repugnancia y aun debian conceptuarlo inútil, el cubrirse de armas defensivas al tenor de los cristianos.

La arquitectura militar de los Árabes estaba muy léjos de alcanzar la hermosura y gallardía que caracterizaba la civil. Su sistema de fortificacion se reducia á mazizos torreones cuadrados distribuidos sin órden ni concierto y enlazados por cortinas almenadas. Construian sus fortalezas sobre eminencias; de manera que su impugnabilidad fuese mas bien obra de la naturaleza que del arte. Mas imperfecto que su sistema de fortificacion era su modo de sitiar las plazas. Reducíase á escalarlas ó bloquearlas estrechamente hasta que el hambre ó la traicion les abrian las puertas. No obstante, no les eran desconocidas las máquinas de batir, pues las crónicas arábigas las mencionan, particularmente el ariete; probablemente conocerian tambien la catapulca, cuya construccion y uso debieron aprender de los españoles.

XIV.

OJEADA SOBRE LA SITUACION EN QUE SE ENCONTRABA LA PENÍNSULA AL FINALIZAR EL SIGLO IX.

No nos es posible ni seria conveniente al interés, órden y claridad que ambicionamos dar á este libro, dejar de bosquejar, aunque sea rápidamente, la situacion en que se encontraba España en los últimos años del siglo IX, y primeros del X que venimos historiando; y sobre todo la del reino de Astúrias, que viene batallando hace cerca de doscientos años con el imperio musulman, siendo su mayor y mas temible enemigo y aquel que realmente amenaza su existencia. Además seria injusto, cuando menos, desaprovechar esta ocasion de ensalzar cual lo merece, un pueblo, que en medio de la conflagracion general de la Península caminaba mas de prisa que otro alguno de los cristianos de España, por la senda del progreso material y de la cul-

tura intelectual; que fué mas guerrero, ó si se quiere mas amigo de la guerra que su irreconciliable enemigo; que tuvo el mismo espíritu de proselitismo religioso; que si no fué tan vivo, ingenioso y culto como el árabe, fué mas perseverante en el cumplimiento de la mision que el cielo le encomendára; mas enérgico, mas sufrido en los combates y en la adversidad; menos rebelde contra los soberanos que se daba, y mas dispuesto, en fin, por estar mejor preparado por medio del cristianismo, para caminar por la senda del progreso hácia la libertad política, cuyas puertas cierra herméticamente el Islamismo á todos sus sectarios. Finalmente; porque seria una flaqueza en nosotros no tener valor para decir lo que sentimos en este asunto; esto es: que sin la fé, la constancia, el esfuerzo y la decision de los cristianos de Astúrias, la raza musulmana no hubiera sido lanzada de la Peninsula Ibérica; y que en 1870 todavía, la Europa cristiana, que marcha á la cabeza de la civilizacion universal tendria el pesar y el remordimiento de sufrir entre las naciones que la constituyen, dos imperios mahometanos; el uno al Sur, la España, el otro al E. la Turquía.

Ahora bien digamos:

El reino de Astúrias ha duplicado en el siglo IX la estension de territorio que poseia al finalizar el VIII. La línea de sus fronteras, que en este último, nacia en la desembocadura del Miño en el Occéano, y pasaba por la larga cordillera de montañas que corre hacia el Este, hasta el pais de los Vascones,

se ha adelantado hasta el Duero y apoya su estremidad E. en el Ebro, dejando á sus espaldas el futuro reino de Leon, lo que mas tarde se llamará Castilla y los estados de Alava. Su crecimiento político ha marchado de consuno, si es que no ha superado su desarrollo geográfico. Ya no es un pequeño pueblo oscuro y olvidado en un rincon de la Península; es un reino lleno de vida, orgulloso con la grandeza é independencia que se ha conquistado; que tenia condes y gobernadores en provincias lejanas; que dispone de numerosos ejércitos, envia embajadores y se envanece con una córte, sino esplendorosa, heredera al menos de la cultura y civilizacion de los Godos. Sus reyes tratan de igual á igual con los soberbios y opulentos Emires de Córdoba; fundan basílicas y monasterios; reunen concilio de Obispos; construyen templos, palacios y baños públicos; vencen en batalla campal á los mismos formidables ejércitos de rebeldes musulmanes, que los soberanos de Córdoba no pueden vencer, y, por último, establecen un sistema de castillos fortificados para protejer sus costas contra las invasiones de los Normandos, y defender sus dilatadas fronteras de las escursiones de los sarracenos.

Ya no es tampoco el embrion, la infancia de la nacionalidad y monarquía española, es su adolescencia regida por un poder único y fuerte que es el trono y gobernada por un código de leyes el mas acabado que á la sazon existe en Europa; empero ya atormentada por otro poder que la inquieta y es una remora á su enérgico desarrollo; por el elemen-

to aristocrático guerrero que de elector turbulento se ha convertido en orgulloso aspirante al mando, y que pretende hacer de los sucesores de Pelayo lo que los bárbaros leudos Francos hicieron de los del gran Clodoveo, y aun mas osados que aquellos, los condes asturianos y gallegos no solo intentan someter los reyes á la tutela de los grandes de palacio, sino que á imitacion de Pepino quieren despojarlos del trono. La aristocrácia militar que de soldado sediento sólo de gloria é independencia, se ha trasformado en magnate ávido de riquezas, de esclavos y de poder soberano, se rebela á cada paso, y tras una derrota se levanta otra vez para caer de nuevo aplastada bajo el trono que la dominaba. Pero ¿quién presta ese esfuerzo y vigor al cetro de los reyes? ¿Quién? La religion cristiana y sus mandatarios los obispos y prelados, que á título de únicos depositarios en aquella edad de hierro, de las verdades del Evangelio y de las leyes civilizadoras que sobrevivieron al desastre del Guadi-Becca, ejercian de hecho el poder moral que dirigia la conciencia de aquella sociedad, y prestaban su robústo apoyo al trono. Al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, habia dicho el Divino Maestro, y como en aquella época el César era el único que podia conquistar en bien y provecho de la Iglesia y del pueblo, los prelados defendian al César á fin de que se cumpliera el precepto todo entero bajo el concepto divino y humano. He aquí el secreto de los triunfos del trono de Astúrias sobre los nobles que le disputaron el poder en los siglos VIII y IX.

A diferencia de la sociedad musulmana en la que la ciencia profana se habia refugiado en los alcázares de la aristocrácia del saber y del dinero, entre los cristianos habia buscado la hospitalidad en las iglesias y en los monasterios fundados por las donaciones de los reyes y sostenidos con las oblaciones del pueblo. La ciencia, pues, ó sus depositarios, fué entre los cristianos, el lazo que unió el trono con el pueblo; este es el verdadero origen del carácter notoriamente democrático de la monarquía española. Por el contrario, entre los musulmanes, la ciencia en lucha constante con la religion, y cultivada solo por los poderosos que podian adquirirla, fué contraria al poder soberano cuyo absurdo despotismo le repugnaba; y contra el cual conspiraba sordamente, por instinto, y porque los Califas y Emires la habian despojado del poder moral y material que ejerciera por medio de la aristocracia, antes de que los Ommíadas se alzaran con la soberanía de España.

Terminada esta breve y acaso inoportuna digresion, volvamos á nuestro asunto.

Es evidente que todo cuanto ganó en el siglo IX el reino de Astúrias, lo perdió el imperio musulman. Y no fué solo por el N. donde los Emires de Córdoba vieron retroceder sus fronteras, sino que tambien por el Este y el Oriente perdieron para no volverlas á recuperar las fértiles comarcas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos. Mas nótese, que por este lado no fueron enemigos naturales los que arrancaron tan magnífico floron á la corona de

los Emires, sino la rebeldia y la traicion. El renegado Muza, el ex-bandido Hafsun; las tribus africanas enemigas irreconciliables de las asiáticas; la *costumbre de Alí*, en suma, el vicio inherente á la constitucion religiosa y á la defectuosa organizacion política y social del pueblo musulman.

Las guerras civiles que en aquélla época ajitaron los dos Estados preponderantes en la Península, aunque tendian á idénticos fines, y eran iguales los agentes que las movian y análogas sus aspiraciones, eran completamente desemejantes en los móviles que las impulsaban y en los pretestos que invocaban los rebeldes ó facciosos. En Astúrias fueron movidas por los nobles que aspiraban á elevarse al nivel del trono, ya fuera por medio de la creacion de una multitud de soberanías que amenguaran su preponderancia, ya disponiendo de él á su arbitrio y en la forma y medida que conviniera á sus intereses. El clero y el pueblo se unieron al trono reconociendo instintivamente la necesidad de fundar un poder bastante robusto y fuerte que los protegiese contra la mas insoportable de las tiranías; esto es, la tiranía fraccionada. En la España musulmana, eran consecuencia de las rivalidades de tribus, sectas y localidades, y del ningun freno puesto á los ambiciosos por la constitucion religioso-política que regia aquella sociedad. Era la lucha interminable empeñada hacia 150 años entre las tribus africanas descontentas del lote que les cupo en la reparticion de España hecha por Muza, y los privilegiados hijos de la Arabia, de la Siria y de

Egipto, que siendo los mas favorecidos eran al mismo tiempo los mas ilustrados, y en tal virtud ocupaban los primeros puestos en el Estado, en la mezquita y en la milicia. Aquí como allí, el clero se unió al pueblo para combatir á la aristocracia; pero no en el concepto de enemiga del trono, sino en el de escéptica en materia de religion y harto descuidada en el cumplimiento de muchos de los preceptos consignados en el Corán. En cuanto al trono, el clero y el pueblo le dejaban entregado á sus propias fuerzas, dado que eran inmensas, obedientes al dogma del fatalismo musulman, y sumisos á la costumbre que legitimaba toda usurpacion triunfante.

Con respecto al combate á muerte empeñado entre los soldados cristianos de Oviedo y los musulmanes de Córdoba, hay que fijar dos cosas importantes: es la primera, que fué la guerra mas noble y leal que se hizo durante aquella memorable época en la que todos los ámbitos de la Península eran campos de batalla; y la segunda, que fué una guerra de reconquista por parte de los Asturianos y de conservacion por la de los Andaluces; en la cual el principio religioso entró solo como auxiliar. Doloroso pero necesario es confesarlo: en aquellos tiempos en que la barbárie se defendia todavia tras sus últimas trincheras contra la verdadera civilizacion, la religion era un medio, algunas veces un pretesto; pero el fin era el acrecentamiento de territorio y la preponderancia política ó militar. El Evangelio y el Corán; la Cruz de Cristo y el sable de Mahoma

luchaban allá en la region invisible por el porvenir del mundo; aquí, en la tierra, se veian frecuentemente sacrificados á la ambicion, al orgullo y á las veces al temor. El primero habia dicho: Conquistad con la palabra para la Verdad; el otro habia dicho lo mismo, pero sustituia la palabra con el sable. Mas los guerreros que debian cumplir el mandato divino ó el mandato de la feroz intolerancia, conquistaban en su propio particular provecho. En el monte Laturce, cerca de Clavijo, el ejército aliado cristiano-musulman dejó el campo cubierto de cadáveres; ¿murieron allí los primeros defendiendo el símbolo de la redencion del género humano....? No. En el valle de Aybar, quien los llevó á derramar su sangre á torrentes, ¿fué la Cruz....? No.

En Clavijo murieron confundidos los aliados cristianos-musulmanes, y perdieron sus caudillos el rey García de Navarra y Muza el renegado, combatiendo contra el rey Ordoño, por sacudir el dominio moral que sobre ellos ejercian los reyes de Astúrias, á título de únicos soberanos y cabezas de la confederacion cristiana de la Península. En el valle de Aybar, los soldados cristianos del rey de Navarra, García Iñiguez, unidos á los del rebelde Hafsun combatieron, no por el triunfo de la Cruz, sino por el interés político del acrecentamiento de territorio: venciólos el Emir Mohammed. Cosa estraña, en Aybar como en Clavijo, quedó en el campo el caudillo de la hueste cristiana.

En aquellos tiempos la Fé pura, con sus gene-

tosos sacrificios y su heróica abnegacion se albergaba en las iglesias y en los manasterios; pero no se enseñoreaba en los castillos. Habia penetrado el tosco sayal del monje; mas no habia taladrado la loriga del guerrero.

¿Era, por ventura, mas puro el sentimiento religioso en los mahometanos? No; porque no fué el *libro* ni la tradicion quien ponia á los rebeldes musulmanes al frente de los cristianos del Pirineo Oriental para combatir á los soberanos de Córdoba ni la ortodoxia del Corán quien enlazó la hija del renegado Muza con García de Navarra, ni la obediencia al Profeta quien armó el brazo de Hafsun y sus hijos contra los musulmanes de la España meridional. Fué el ódio de casta y la ambicion de poder que todo lo sacrifica al logro de sus deseos.

Sucesos anómalos dentro del órden regular que debia presidir á la formacion de aquellas dos sociedades; acontecimientos estraordinarios en los cuales no ha penetrado todavia con bastante profundidad el escalpelo de la crítica histórica, que nos confirman en la idea, que aquella lucha tenaz é implacable empeñada entre dos pueblos que se odiaban y debian odiarse dado lo diametralmente opuestos de sus respectivos orígenes, religion, tradiciones, leyes, organizacion de la familia, costumbres y lengua, tuvo por alimento principal el afan de engrandecimiento político, y el empeño de dilatar fronteras sin escrupulizar sobre los medios conduncentes al apetecido fin.

En la segunda mitad del siglo noveno se han formado dos nuevos Estados cristianos independientes en la Península: el reino de Navarra y el Condado soberano de Barcelona. El primero debe su existencia al carácter belicoso, rudo é independiente de sus naturales; á la impotencia de los sucesores de Cárlo Magno; á la debilidad relativa de los reyes de Oviedo; á las guerras civiles de los musulmanes, y, por último, á la celosa rivalidad de los Astúres, Francos y Andaluces que se disputan sin cesar diplomática ó militarmente la posesion de la Vasconia española. El segundo debe su orígen á la traicion de los Walies de la España Oriental; su formacion á los Franco-Aquitanos; y su constitucion definitiva á los Españoles y Godos, que desde la Septimania y muchas provincias de la Península acudieron á buscar refugio en él. Muy luego el Condado hubo de emanciparse de toda dependencia estranjera, por mas que los reyes de Francia, á fin de mantenerlo en la obediencia pasiva, le otorgaron las mismas libertades, privilegios y franquicias de que gozaban los Francos Sálicos que eran los mas favorecidos entre todos los pueblos Germanos.

CONSTITUCION POLÍTICA DE LOS CUATRO ESTADOS SOBERANOS DE ESPAÑA EN EL SIGLO IX.

El poder soberano, entre los Andaluces, estaba vinculado, por consentimiento tácito de la aristocrácia y por la costumbre que venia observándose

desde la fundacion del imperio musulman de Occidente, á semejanza del de Oriente, en una familia, la de los Ommiadas. El trono, pues, no era hereditario de derecho, ni electivo en el hecho. Desconocíase el derecho de primogenitura; el Emir elegia su sucesor con libérrima voluntad entre los individuos de su familia. El gobierno era despótico absoluto en el sentido mas lato de la palabra. El soberano *Emir* ó Califa, reunia en sus manos el poder espiritual y temporal. La constitucion que regia al pueblo era mas religiosa que política. El Corán era su único código de leyes.

El reino de Astúrias se gobernaba por las leyes y tradiciones góticas asi en el órden político como en el civil. El trono era electivo; los nobles los electores. A fines del siglo IX, los reyes de Asútrias empezaron á gobernar con intervencion de Asambleas ó Concilios.

El reino de Navarra era autónomo. El poder soberano hereditario, y existia en virtud de ciertas condiciones que le fueron impuestas por los naturales. El rey, ó caudillo, no podia resolver ningun negocio grave sin acuerdo de doce Ricos-hombres.

El condado de Barcelona se gobernaba por un código misto de godo y franco. El poder soberano era hereditario. La constitucion reflejaba la fisonomía feudal de la monarquia francesa.

LENGUAS.

Los andaluces hablaban la arábiga, que en el

reinado de Hixem I se hizo obligatoria para todos sus súbditos, incluso los cristianos mozárabes.

Los Asturianos la latina muy adulterada.

Los Navarros la euskara, ó vascongada; pero usaban el latin en los instrumentos públicos.

Los Barceloneses, el latin muy modificado con el dialecto de los pueblos germanos que se establecieron en el Mediodía de Fracia.

Religion.

Los Asturianos, navarros y barceloneses profesaban la católica; pero toleraban la musulmana y judía en justa correspondencia de la que con ellos guardaban los mahometanos.

Los andaluces profesaban el Islamismo, este es el verdadero título que Mahoma dá á la religion que enseña el Corán, que quiere decir: *Consagracion á Dios, sumision á la voluntad de Dios*. Pero pertenecian, desde el establecimiento de la dinastía Ommiada en España, á una de las dos grandes sectas que dividian, y dividen todavía, la familia mahometana, la de los *Sunnitas* y la de los *Schiitas*. La *Sunna* es un libro que contiene las palabras y los hechos de Mahoma que no fueron incluidos en el Corán, pero que se conservaron por tradicion oral, y fueron escritos despues de su muerte. El Corán, pues, y la *Sunna* son los dos códigos de leyes religiosas y civiles de los musulmanes. Los *Schiitas* rechazan la tradicion, en tanto que los *Sunnitas* le profesan el mismo respeto que al Corán. Estos últi-

timos, se creian los verdaderos ortodoxos, y en tal virtud execraban á los primeros cuyo nombre viene de *Schiah* que significa *faccion*.

Los Ommiadas y los Andaluces eran *Sunnitas;* los Abassides *Schiitas*. Nótese esta circunstancia, porque ella nos ayudará poderosamente á comprender los secretos resortes que movian y sostenian las frecuentes rebeliones de los musulmanes Orientales contra los Ommiadas de Córdoba, y su ódio inveterado á los Andaluces.

Existía, además, en todos los reinos de España, así cristianos como musulmanes, la religion Judáica; pero como no formaba *iglesia oficial* en ninguno de ellos, no la concedemos importancia histórica en este lugar.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

VIII.

IX.

X.

XI.

XII.

XIII.

XIV.

HISTORIA
GENERAL
DE ANDALUCIA.

Esta obra se publica por tomos en 8.º francés, constando cada uno de 300 á 320 páginas.

Se repartirá un tomo á lo menos cada dos meses.

El tercer tomo está en prensa.

PRECIO DE SUSCRICION.

Por tomos, llevado á domicilio, 7 reales en Sevilla. Fuera, 8, franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sevilla. Imprenta y librería de Hijos de Fé, Tetuan 35 y Sierpes 21. Libreria nacional y extrangera, Sierpes 73. Libreria de José M. del Campo, Génova 17. Libreria de Quintana, Génova 21. Imprenta y libreria de Eduardo Hidalgo, Génova 30. Imprenta y libreria de Santigosa. Jovellanos 10.

Fuera, dirigiéndose en carta al editor, á cualquiera de los puntos de suscricion anunciados, sin incluir mas que el importe de los tomos que estén publicados.


3 2044 035 955 533